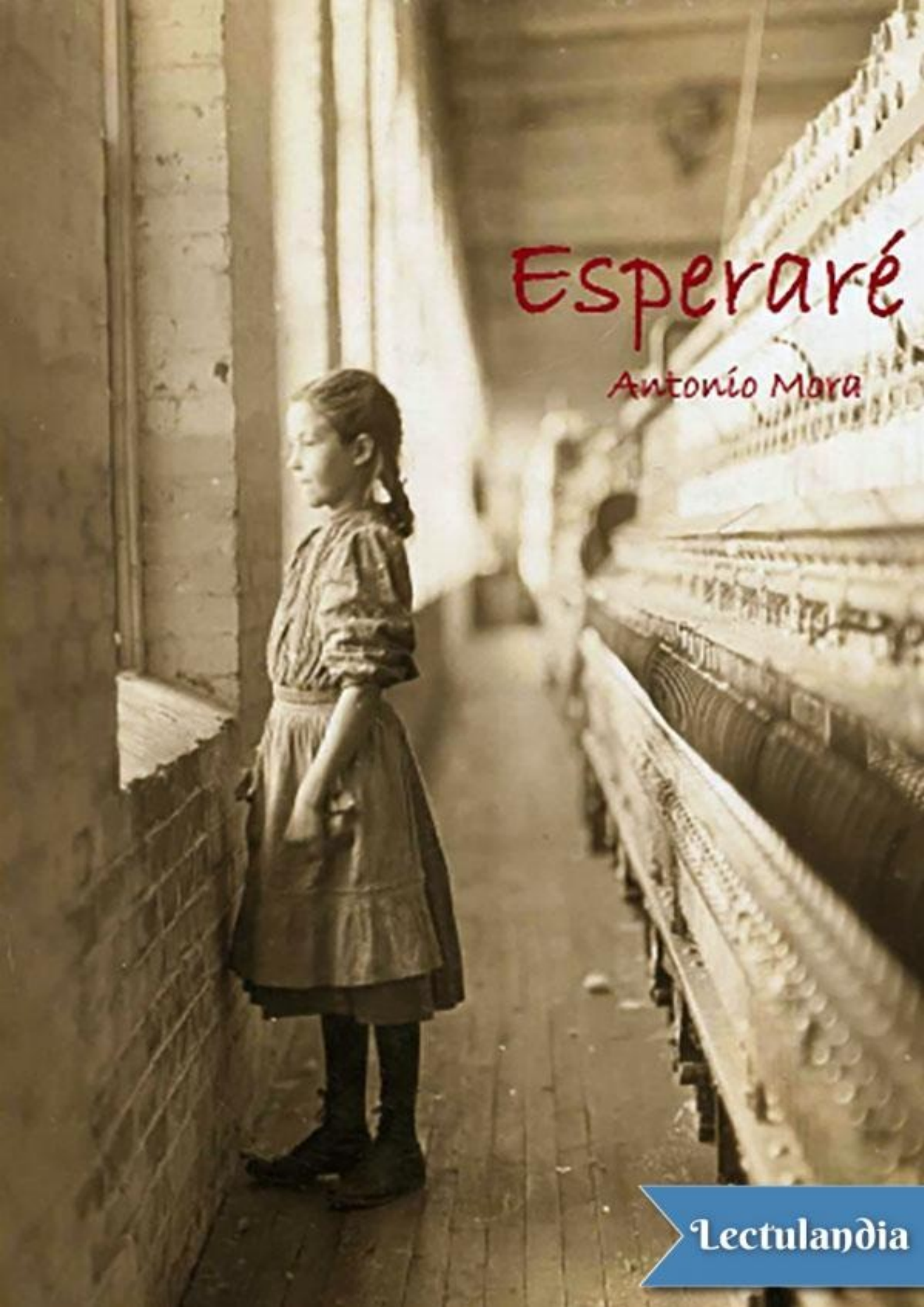

Esperaré
Antonio Mora
Lectulandia

María es una joven malagueña, de clase obrera, de principios del Siglo XX. A pesar de las desgracias que durante sus primeros años de vida castigan a su familia, ella no pierde su interés por el mundo que le rodea. Aunque los recursos familiares no le permiten estudiar para dedicarse a la docencia, ella encuentra un camino alternativo para conseguirlo. Un buen día aparece el amor en su vida. María se enamora de Alfred Stern, un fugitivo que le corresponde.

Todo parece ir perfectamente hasta que los acontecimientos históricos de su tiempo los arrastran como una bola de nieve cayendo por una pendiente.

Esta es la historia de María y de Alfred, pero también es la historia de Josefina, de Juan, de Nuria, de Carmen, de José y de muchas otras personas, en su mayoría normales y corrientes, que tuvieron que ir adaptándose a un mundo duro y cambiante y en el que las guerras y los conflictos pasaron a ser parte del paisaje.

La historia se cocina a fuego lento al principio para entrar en ebullición a partir del primer tercio. Los ingredientes son el Amor en un 50 %, las Aventuras en un 30 %, la Historia en un 10 % y el resto en el 10 % restante.

Antonio Mora

Esperaré

ePub r1.0
Titivillus 02.02.2020

Título original: *Esperaré*
Antonio Mora, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Esta es mi primera obra y hubiese sido absolutamente imposible sin la paciencia de Marta al corregir los textos una y otra vez, la crítica constructiva de Teresa que la ha hecho mejor y la emoción de Ana.
A las tres muchas gracias

En memoria del Avi.

Esperaré que las manos me quieras tomar,
que en tu recuerdo me quieras por siempre llevar,
que mi presencia sea el mundo que quieras sentir,
que un dia no puedas sin mi amor vivir.
Esperaré a que sientas nostalgia de mí,
a que me pidas que no me separe de ti,
tal vez jamás seas tú de mí, más yo, mi amor,
esperaré.

Armando Manzanero. Esperaré

Una tarde más de sábado.

El hombre, ya mayor, próximo a entrar en la década de los sesenta, cogía de la mano al niño de apenas seis años y se disponía a realizar una de aquellas actividades que a base de repetirse se había convertido en coda una costumbre.

Componían vivienda. Eran parce de una familia extensa: padres, abuelo, tía y dos niños. El espacio de la casa era escaso y el hombre y el niño componían habitación. El niño le adoraba y a su vez, aquel hombre, pudo dedicar al niño codo el tiempo que no pudo dedicar a sus hijos cuando eran pequeños.

La imagen de aquel hombre grueso, vestido elegantemente y con su aún a hundan ce pelo blanco peinado hacia atrás, y el niño cogido de la mano, se había convertido en un clásico de aquel rincón de la ciudad.

Al salir bajaban parla calle donde vivían en el barrio de los quince y caminaban hacia la calle Cartellá. Luego seguían hosca la Avenida Barbón, al final al Paseo Fabra i Puig.

El paseo no duraba más de cuarenta minutos. El abuelo caminaba despacio para que el niño pudiese seguir su paso sin cansarse.

Todo el camino, iban hablando de sus cosas. El niño, le preguntaba sobre lo que veían en el trayecto o lo que le había pasado en el colegio aquella semana. Aquel hombre era alguien a quien se le podían hacer codas las preguntas que le pasaban por la cabeza sin miedo a no ser considerado en serio o respondido con ambigüedades, como en ocasiones pasaba con los demás mayores. En realidad, aunque era su abuelo, para él era su amigo. Era genial tener un amigo que supiese caneas cosas.

Aunque entre ellos hablaban en castellano, el niño le llamaba Avi, que es como se dice abuelo en catalán. Nunca tuvo claro porqué, pero en aquella familia, los parentescos eran en catalán, ¡Avi, iaia, tieta o tiet! Aquello era un síntoma de que a pesar de tener orígenes de otras tierras se iban integrando en aquella ciudad que había acogido al abuelo y a su familia muchos años anees.

La conversación podía llegar a ser tan amena que siempre se les hacía coreo el paseo. Finalmente llegaban al canódromo de la A venida Meridiana. Ese era el lugar al que se dirigían.

Pasaban las cardes de los sábados allí. El abuelo hacía sus apuestas, poca cosa en realidad. Como parce del juego, iban donde escoban las jaulas de los galgos y come ruaban que animal prefería cada uno. Lógicamente el niño no tenía ningún criterio razonable, pero al abuelo le gustaba oírle opinar y poco a poco le hacía cambiar de parecer hasta conseguir que la idea del ganador acabase recayendo sobre el mismo animal que él había elegido. En ocasiones,

sin embargo, cada uno mantenía una idea diferente y el abuelo no intentaba convencer al niño.

–Mira –decía el abuelo– ya verás cómo gana el número 3, ¿ves cómo se mueve¿, está impaciente por salir corriendo. Seguro que ha comido poco y huele a la liebre.

–¿Sí¿ –preguntaba el niño un poco angustiado–. Yo no quiero que cojan a la liebre.

–Pero si ya te he contado muchas veces que la liebre no es de verdad –reía el abuelo– es de mentira, pero huele igual que las de verdad y por eso los perros corren para cogerla.

–Es igual –decía el niño que ya había oído cada semana la misma explicación– no quiero que la pillen.

–¿Pero tú has visto alguna vez que la cojan¿, nunca la pillan. Va muy rápido.

Finalmente, el niño miraba detenidamente a todos los perros para al final decidirse por uno.

–Yo prefiero el número 2 –decía con vencido.

–¿Por qué¿ –preguntaba el abuelo dándose cuenta de que aquel animal no parecía muy dispuesto a correr.

–Porque se ve muy tranquilo y no creo que pueda pillar a la liebre –comentaba el niño con tozudez.

Cuando llamaban por los altavoces para hacer las apuestas de las carreras iban a las taquillas y el abuelo compraba un boleto con lo que habían decidido cada uno a pesar de que la mayoría de las veces estaba claro que la apuesta del niño era tirar el dinero. No le importaba. Las apuestas eran muy baratas.

Aceleraban el paso hasta la pista para situarse de forma que pudiesen ver bien la carrera. Normalmente se ponían en la planta de arriba ya que desde allí se veía mucho mejor. La carrera era breve pero emocionante. En unos segundos todo había pasado. Por raro que pareciese, muy de vez en cuando, ganaba el niño y entonces lo celebraban.

–¡Has ganado! –decía el abuelo– ahora tendré que invitarte a merendar. Lo comentaba como algo excepcional, aunque en realidad todas las semanas merendaban.

–Bravo Avi –respondía el niño contento.

–¿Qué quieres merendar? –preguntaba el abuelo aun sabiendo perfectamente que respondería.

–Quiero una pasta y un batido de chocolate.

Cuando no estaban en plena merienda y para entretenerse, el niño recogía del suelo boletos, generalmente de color azulo de color rosa, que no habían ganado y que la gente tiraba, y se los daba al abuelo que dibujaba galgos en el dorso. Era muy buen dibujante. Los dibujaba en posición de carrera y el niño montaba sus propias competiciones con los dibujos que le hacía.

A sí pasaban al menos un par de horas. Eran tardes muy sencillas, pero para aquel niño y para su abuelo eran como un pequeño tesoro. No hacía falta mucho para pasar una buena tarde. Solo salir un rato a la calle, andar y una buena merienda.

Cuando llegaba la hora de irse el niño le daba la mano al abuelo y se marchaban a paso lento, por el mismo

camino que habían recorrido a la ida y retomaban su conversación. Siempre había un tema recurrente. Se trataba de una historia. El niño no se cansaba de oírla y siempre se la pedía.

–A vi, cuéntame más aventuras. Háblame de aquella señora que esperó tantos años.

Y el abuelo le iba contando...

CAPÍTULO 1

MÁLAGA. LA FAMILIA MARTÍ

Era el principio del invierno de 1905 justo después de la fiesta de Año Nuevo. Aquel año la estación estaba resultando muy húmeda para la latitud en la que se encontraban. En la ciudad de Málaga el clima era bastante benévolo normalmente. Estaba claro que aquel año era una excepción. La lluvia hacía días que no dejaba de caer machaconamente y había empezado a afectar al humor de la gente. No era aquel tipo de lluvia tan Mediterránea que habían sufrido durante el otoño y que cae casi de golpe acompañada de rayos y truenos.

Era un temporal insistente que acababa provocando inundaciones en las casas, poco preparadas para tanta agua, en muchos barrios de la ciudad.

Venían de un verano que se había alargado mucho y se habían comido las castañas asadas y los boniatos, batatas que decían por allí, de la fiesta de difuntos aún en manga corta. Cosa poco habitual.

No hacía mucho frío. Era un problema de humedad, que era mucho peor porque calaba en los huesos y hacía casi imposible entrar en calor y quitarse de encima la sensación de estar mojado. Generalmente empezaba por los pies. No era extraño. Los zapatos que calzaba la gente no eran de mucha calidad, muchas veces eran alpargatas y al minuto de salir de casa, tenían los pies mojados y ya no se secaban en todo el día. Ni que decir tiene que una pulmonía solía ser un viaje sin escalas al cementerio y que no era una enfermedad poco habitual.

El barrio del Perchel estaba muy cerca del mar y era especialmente húmedo. Había sido el primer barrio exterior a las antiguas murallas varios siglos antes. Los musulmanes le habían llamado Tabbanim. Aquel arrabal, que había quedado, siglos atrás, separado del centro histórico por el río Guadalmedina que casi siempre iba seco o con muy poca agua, había ido desarrollando una personalidad propia.

Cuando se tiraron las murallas, ya en tiempos más recientes, se construyó una Alameda donde se levantaron casonas y palacetes nobles que contrastaban con las calles y viviendas que quedaban a los lados, mucho más humildes. El nombre actual de El Perchel le venía porque durante mucho tiempo era el lugar donde se secaba el pescado «en perchas». El olor llegó a ser tan molesto que los vecinos forzaron a que esa actividad se desplazara a otras zonas aún más pobres y alejadas.

El barrio, fue con los años integrándose en la ciudad y en aquel momento era una zona obrera y bastante castiza, situada muy cerca del centro de aquella Málaga de principios de siglo XX, que empezaba a extenderse cada vez más ocupando poco a poco los campos que la rodeaban.

Entre sus pobladores estaba Josefina que ya era una mujer madura. Tenía cuarenta años que venía a ser toda una vida en aquellos momentos. Había sobrevivido a muchísimos madrugones que invariablemente seguían a muchas horas de trabajo y a poco tiempo de descanso y casi ninguna ocasión para pensar en ella misma.

Había vivido toda su vida en la ciudad y tan solo había salido de allí en un par o tres de ocasiones sin alejarse demasiado. En el centro de la ciudad había estado tan pocas veces que literalmente, se podían contar con los dedos de una mano.

Nunca había aprendido a leer y escribir. Identificaba algunas letras e incluso algunas palabras, pero poco más. No fue a la escuela cuando era pequeña y lo poco que había aprendido había sido a base de cabezonería.

Contaba con los dedos y sumar sí que se le daba mejor, además le era mucho más útil en su vida diaria.

Ocupada en su día a día no había tenido mucho tiempo para preocuparse o planificar su futuro. Su vida era sencillamente una sucesión de hechos que encarrilaban su existencia. El ritmo de los acontecimientos la había llevado en un sentido para después cambiar a otro a lo largo de sus años. Ella se dejaba llevar. No tenía demasiadas alternativas.

Ya tenía el pelo prácticamente blanco y le gustaba llevarlo recogido en un moño detrás de la cabeza. Era una mujer pequeña y delgada, aunque de cadera ancha y pechos grandes. Era difícil de entender cómo, pero a pesar de todo eso, su cuerpo era harmonioso y atractivo incluso a su edad. Posiblemente ayudaba el hecho de que tenía rasgos bellos. Unos ojos enormes iluminaban su cara. Su nariz no era grande y sus labios eran finos. En realidad, se cuidaba más bien poco, lo justo. No podía dedicarse demasiado a ella misma. Había tenido que tirar de una familia numerosa durante muchos años y la verdad es

que como consecuencia se le empezaba a notar un cierto desgaste en sus movimientos, tenía unas cuantas arrugas y por supuesto su forma de pensar era acorde con todo ello. A pesar de todo le gustaba salir a la calle arreglada. Su aspecto, aunque maduro, resultaba atractivo, es más, a pesar de todo lo vivido, recibía muchos más piropos aquellos años que cuando era una jovencita. Sabía que sus caderas y su busto despertaban el instinto inseminador masculino.

Por aquellas tierras era muy habitual que los hombres piropearan, generalmente de forma galante, a las mujeres atractivas. Aquella alegría de vivir podía tener mucho que ver con el clima y la actitud de la gente ante los problemas. Habían sido tiempos difíciles y lo que se veía venir no parecía mejor, pero a pesar de todo, nadie perdía esa simpatía que les caracterizaba.

El padre de Josefina, había muerto de un tifus cuando la niña tenía tan solo tres años y su madre, había tenido que buscar trabajo desesperadamente.

La mujer nunca volvió a casarse y no tuvo más hijos. Encontró un trabajo en el taller de doña Marujita. Había sido una gran suerte para la viuda que al principio sabía coser lo justo pero que aprendió al ritmo rápido que marca la necesidad. Hacían bordados y encargos para los ajuares de todas las niñas bien de la ciudad, a veces hasta de Sevilla llegaban pedidos.

Entre patrona y trabajadora, empezó a crearse una relación de tipo familiar. Las dos estaban solas en el mundo, excepto por Josefina. Doña Marujita, ayudo a la madre de Josefina a tirar adelante con su vida, especialmente dura, y con la de su hija, que al crecer entre telas e hilos desarrolló una buena mano para la costura y las labores en general.

La mujer fue incansable y aparte de darles trabajo se ocupó de que se alimentasen correctamente, según sus posibilidades y que no le faltase ni a la madre ni a la hija nada que ella se pudiese permitir.

En una primera hoja había dibujado una especie de árbol donde estaba su nombre, el de su mujer y el de todos sus hijos. Dentro del libro en cada hoja se apuntaba el nombre completo de cada uno, la fecha de nacimiento, los hechos relevantes de la vida de todos ellos y finalmente las defunciones. Cuando se visitaban era habitual que intercambiasen la información de sus libros y de esta manera se mantenían más o menos al día de las novedades familiares. Esto funcionó mientras Pere estuvo vivo. Le llamaban *El llibre de la vida*.

Doña Marujita y la madre de Josefina se hicieron inseparables y al morir bastante joven y sin una causa clara, la madre de Josefina, quien sabe si fue el cansancio, el hambre o la tristeza, doña Marujita se hizo cargo de la niña que,

aunque ya tenía dieciséis años necesitaba el control de una mujer adulta, aunque en realidad Doña Marujita tenía solo quince años más que Josefina.

Fue una segunda madre para ella. La niña vivía en su casa y de esa manera las dos estaban más acompañadas.

Nadie dedicó mucho tiempo en impregnar de catolicismo el «alma de Josefina». Eso unido a su falta de escolarización hizo de ella una persona sencilla y muy libre.

Josefina después de una infancia y juventud tan azarosa, había conseguido también tener una vida propia. Cuando tenía diecinueve años se casó con Juan que era cinco años mayor que ella y que le tenía «*toito toito el corazón robad*», como solía decir. Él no era del Perchel.

La ciudad ejercía una atracción considerable sobre los pueblos de la provincia. Era una de las grandes ciudades del país. A pesar de eso era una ciudad de dimensión humana y se podía caminar de punta a punta. La gente más o menos se conocían entre ellos dentro del barrio y estaban todos un poco al corriente de lo que pasaba en la vida de sus vecinos.

Aquellos años se vivía lo que se dio en llamar una segunda industrialización y la población de las comarcas vecinas se dirigía a las ciudades abandonando el campo. La intención era mejorar económicamente y dar un futuro mejor a los hijos, pero en realidad solía intercambiarse la pobreza en el campo por la miseria en las ciudades. Había barrios enteros en los que la gente se acumulaba en condiciones bastante penosas. Eso también pasaba en el Perchel que se fue llenando de gente desconocida.

Juan había llegado a pasar la feria en Málaga desde Almogía, que era un pueblo vecino, y había ido a la ciudad con sus mejores ropas y con un grupo de amigos con la intención de pasar toda la semana de fiesta y hacer alguna que otra conquista entre las jóvenes de la ciudad que sin duda debería ser más fácil que en el pueblo. Buscaba también encontrar la ocasión de instalarse allí, donde seguro que había más posibilidades.

El padre de Juan, que se había llamado Joan antes de que le rebautizaran como Nito (abreviación de Juanito) procedía de una familia catalana de la zona que se extiende entre el Montseny y el mar. Era una gente que tenía un negocio familiar, en aquellas tierras lejanas, dedicado a la cría de caballos y burros que se utilizaban en las ferias y en los trabajos del campo. El negocio tenía fama por el carácter y la calidad de los animales que producían. Eran óptimos para trabajar la tierra.

Una vez al año Pere (que era el abuelo de Juan, padre de Nito y el patriarca familiar) cogía a sus hijos varones y algún que otro trabajador de la

explotación y con sus animales emprendían largas rutas de varios meses para la venta de sus equinos.

Era un hombre dominante, ambicioso y que ejercía cualquier recurso que tuviese para tenerlo todo bajo su control sobre todo a sus hijos. Todos los que vivían bajo su protección (su esposa, sus hijos y sus hermanos menores) le obedecían. Tenía visión comercial y bastante sentido común y eso le ayudo a tener éxito en su empresa.

Alternaban dos rutas: La primera era hacia el norte y pasaba por Girona para alcanzar la frontera por La Junquera y seguir por la costa del Languedoc con desviaciones hasta Narbona y Carcasona —alguna vez de forma excepcional habían llegado hasta Toulouse— y finalmente alcanzar la Camarga, donde realizaban buena parte de sus negocios con los gitanos de la región. Si aún quedaban animales después de pasar unos días allí, podían seguir hasta Niza.

La segunda ruta era hacia el sur y siguiendo la costa llegaban a Tarragona para luego avanzar hasta Valencia, Alicante y Murcia, pero cuando aún quedaban animales para vender podrían continuar hasta la costa Andaluza y llegar a Cádiz y Jerez de la Frontera.

Eran recorridos que duraban varios meses y en los que se relacionaban con los lugareños de los pueblos donde comercializaban. Tenían una red de contactos bastante bien consolidada y eran muy bien recibidos.

Generalmente alternaban una ruta cada año. Los hijos de Pere, como jóvenes que eran, fácilmente intimaban, se enamoraban y podían llegar a casarse con jovencitas de los lugares donde hacía escala la caravana habitualmente. Así Pere se dio cuenta que podría tener a sus hijos en muchas ciudades de la costa entre Niza y Cádiz.

Nito, se quedó en Almogía y distribuía los animales de la familia por la zona de Málaga, Granada y Cádiz. En aquella zona donde se había instalado Joan, aquellos animales eran especialmente valorados y no tuvo ningún problema para comercializarlos con éxito.

En un primer momento Pere llevaba los animales desde Catalunya, pero al final pudo ir produciendo su propia mercancía que intercambiaba con la familia cuando llegaban hasta allí. Durante los primeros años estudió la posibilidad de ampliar su negocio desde Málaga a Sevilla y Lisboa con bastante éxito, imitando a alguno de sus hermanos que había llegado hasta Génova.

En su punto máximo, la red se extendía por España, Portugal, Francia e Italia. Las caravanas de animales transmitían las noticias de unos y otros

cuando pasaban por los diferentes lugares.

Cuando Pere murió, años más tarde, aquella red de contactos fue muy difícil de mantener. La razón principal era la distancia a la que se sumaron los intereses particulares de cada uno que acabaron predominando.

Pere siempre intentó que sus hijos se mantuviesen en contacto a pesar de la distancia. Había inventado una costumbre que era entregar un libro a cada uno de ellos, donde había una hoja para cada persona del núcleo familiar. Era una libreta con tapas de cartón y unas cuantas hojas.

En una primera hoja había dibujado una especie de árbol donde estaba su nombre, el de su mujer y el de todos sus hijos. Dentro del libro en cada hoja se apuntaba el nombre completo de cada uno, la fecha de nacimiento, los hechos relevantes de la vida de todos ellos y finalmente las defunciones. Cuando se visitaban era habitual que intercambiasen la información de sus libros y de esta manera se mantenían más o menos al día de las novedades familiares. Esto funcionó mientras Pere estuvo vivo. Le llamaban *El llibre de la vida*.

Nito, se quedó con unos cuantos animales que le sirvieron para mantener su propio negocio a menor escala por la zona y completarlo con una herrería abierta a todo aquel que la necesitase.

Juan, el hijo de Nito, era un joven con ambición y Almogía se le quedaba pequeña para sus ideas. Había imaginado un negocio que cada vez parecía más necesario en la ciudad y que aún tenía cierta relación con el negocio de su padre. Pensaba en tener un coche de caballos que ayudase a la gente a desplazarse por la red de calles y callejones de una ciudad en constante crecimiento. Ya había quien lo hacía, pero cada vez costaba más encontrar un coche para ir de aquí para allá. Quería aprovechar los días de la feria para ver cómo podía desarrollar su idea. Contaba con el apoyo de su padre, aunque el hombre no quería riesgos innecesarios ni aventuras que le acabasen costando una fortuna.

Juan era una persona alegre. Disfrutaba de los placeres que le ofrecía la vida y transmitía alegría entre la gente que le rodeaba. Su vida había sido fácil en comparación con la mayoría de la gente de su época. Era un tipo atractivo, aunque no especialmente por su físico. Era fuerte pero no destacaba ni por su belleza ni por su altura. Más bien era su postura y su actitud lo que atraía a todo el mundo. Sabía explicar historias y reía con una risa franca y contagiosa que cautivaba a la gente.

Tanto él como sus amigos, al igual que todos los jóvenes, iban locos por relacionarse con las mujeres jóvenes de la ciudad que según su imaginación

seguro que eran más fáciles de conquistar que las del pueblo, mucho más reprimidas.

En plena feria, Juan vio a Josefina, Josefina vio a Juan y se atrajeron. Al principio no fueron más que miradas, luego sonrisas y finalmente Juan tomo la iniciativa y la sacó a bailar. Josefina no se pudo resistir a la atracción que ejercía aquel joven sobre ella y dejó que durante aquellos bailes hubiese algún roce innecesario y se escapase alguna mano supuestamente de forma accidental hacia algún lugar prohibido.

Cuando Josefina habló por primera vez de Juan a Doña Marujita, a la mujer se le dispararon todas las alarmas y al día siguiente, con disimulo siguió a la joven a la feria y pudo ver con sus propios ojos lo explosiva que era aquella combinación, en la que saltaban chispas. Tenía dos opciones, o la encerraba en casa durante todo lo que quedaba de feria, o la comprometía con aquel joven.

Aquella misma tarde provocó un encuentro totalmente casual con la pareja e hizo que la niña, como ella le llamaba, se lo presentase. Como no podía ser de otra forma, también quedó prendada del joven. Había que actuar rápido.

Al final de la feria Juan se quedó en Málaga y pidió permiso a la mujer para visitar a Josefina regularmente. Durante un par de meses intentó inculcarle a la niña que no debía dejarse tocar hasta que no estuviese casada y que por supuesto no debía quedarse embarazada.

A Josefina, totalmente desconocedora de cómo funcionaba el sexo, aquello aún la tenía más perdida. Le gustaba mucho cuando Juan la acariciaba e imaginaba que así no se iba a quedar embarazada. Ella tenía mucha curiosidad por cómo debía ser el cuerpo de un hombre, pero no se atrevía a avanzar tanto como él avanzaba explorándola a ella.

Finalmente, doña Marujita habló con la pareja y se fue a Almogía a conocer a sus padres. Cuando explicó la situación y sus riesgos, Nito estuvo de acuerdo en que había que casarlos lo antes posible.

Un mes más tarde, la pareja se casaba en Almogía y se instalaban en Málaga.

Nito puso el dinero para el coche de caballos y Doña Marujita colaboró comprando los animales. Así consiguieron su carruaje y a partir de ese momento Juan se convirtió en el cochero más popular de la ciudad. La pareja se instaló en un piso del Perchel. Cerca de la Iglesia del Carmen.

Aquellos primeros meses fueron muy felices. Los mejores en la vida de los dos jóvenes.

Al lado de Juan, Josefina descubrió todo lo que no sabía sobre el sexo y pudo confirmar todo lo que ya se imaginaba. Mucho tiempo después, aún se conmovía cuando se acordaba de aquel momento en que regresaron a casa desde Almogía, después de casarse.

Juan le había besado apasionadamente en el cuello, en los pechos, en la boca, mientras que le iba acariciando por todas partes y desnudándola. En un primer momento ella no sabía qué hacer.

Primero se hizo la sorprendida:

—¿Qué haces niño? —le dijo sin ninguna intención de que parase.

—Tu déjate llevar —le susurró él—. Confía en mí.

Le gustaba lo que sentía y le gustaban aquellos besos y aquellas caricias por todo su cuerpo con aquellas manos tan grandes. Casi sin darse cuenta se vio tan solo con aquella especie de viso que llevaba debajo del vestido con el que unas horas antes se había casado.

Ella no se estuvo quieta. Tenía mucha curiosidad y toqueteó todo lo que pudo el pecho y la cintura de Juan mientras que también le iba quitando la ropa.

Quería averiguar todo aquello que hasta el momento había reprimido.

Parecía que a él también le gustaban aquellas caricias ya que cada vez reaccionaba más apasionadamente. La sorpresa se la llevó cuando llegó a los pantalones y descubrió aquel cambio en la anatomía de Juan. Su pene era más grande de lo que se había imaginado en aquellos roces accidentales y sin duda era curioso que fuese algo tan duro. Ella imaginaba que era algo mucho más blando.

Primero retiró la mano. No sabía qué hacer, luego acarició levemente la zona. Esto volvió loco a Juan que la levantó cogiéndola de la cintura y la tumbó encima de la mesa de la sala.

Josefina ya no llevaba nada de ropa encima. A pesar de lo que hubiese imaginado toda su vida, no sentía ninguna vergüenza por su desnudez. Él también se había quedado totalmente desnudo.

En aquella posición Juan le fue acariciando todo el cuerpo suavemente.

Iba besándola por todos los rincones hasta que llegó a sus partes más privadas.

Allí se entretuvo un buen rato jugando con su boca y acariciándola. Aquello le provocó a Josefina unas sensaciones que nunca antes había sentido. No se había imaginado que podía sentir aquel placer.

Cuando Juan pensó que estaba preparada poco a poco le penetró. Con cuidado y dándole tiempo a que ella se fuese adaptando a su presencia.

Llegaron a un punto donde ambos notaron que había una pequeña obstrucción y cuando Juan empujó un poco más ella sintió un leve dolor, pero enseguida recuperó el punto de excitación anterior.

Al cabo de unos minutos, nunca supo si había durado mucho o poco tiempo, su marido se dejó ir en su interior provocándole a ella los últimos espasmos de placer.

A Josefina le gustó aquella nueva actividad. Tardó días en acabar de asimilar toda aquella experiencia. Aquello era mucho mejor de lo que había imaginado nunca y poco a poco aún fue mejorando.

Trabajo no le faltaba ni a uno ni al otro y así fueron viviendo con más o menos estrecheces, pero con sus necesidades satisfechas. Eso era mucho más de lo que tenía mucha gente en aquellos días. Aquel reinado de Alfonso XII estaba resultando económicamente bastante malo.

Al lado de Juan, Josefina fue aprendiendo muchas cosas no solo sobre sexo, sino también sobre la vida y su entorno. Él supo ayudarle a desarrollar aquella inteligencia natural que sin duda ella poseía.

Josefina siguió trabajando con Doña Marujita pero antes de que acabase el primer año ya no iba sola, sino que se llevaba al pequeño Juan, al igual que su madre había hecho años antes con ella. Doña Marujita ejercía de abuela con el niño.

Después de Juanito llegó Alfonso y después Josefina pasó una época en la que dos embarazos acabaron en abortos espontáneos durante los dos primeros meses. Luego siguió María y a continuación se repitieron los abortos y eso llegó a preocuparle, pero finalmente y al cabo de algunos años llegaron Marta y Ana.

Los hermanos mayores cuidaban de los pequeños y en general, las calles estaban siempre llenas de niños que o bien estaban ocupados en la industria, o bien iban a la escuela o bien sencillamente jugaban. Tanto Josefina como Juan pensaban que dejar que los niños trabajasen era una monstruosidad y habían hecho todo lo necesario para no verse obligados por las circunstancias a hacerlo. Hasta el momento nunca habían llegado a pasar hambre, aunque en alguna ocasión no les faltó mucho.

En aquellos primeros días de 1905, Josefina estaba al final de su embarazo número doce. Habían pasado veinte años desde el primero y Juanito, su hijo mayor, ya se había ido de casa y vivía en Guadalvalle.

Siguiendo la tradición familiar se había establecido por su cuenta y tenía una herrería y muchas ganas de sacarla adelante.

Había aprendido el oficio con su abuelo en Almogía y parecía que se le daba bastante bien. Se parecía en muchos aspectos a su padre. Era un poquito más guapo, pero a cambio no era tan irresistible como él. Era más tímido, menos abierto a la gente en un primer momento. Tenía un carácter noble y sin duda era académicamente bastante bueno. Juan, el padre, decía que en eso debía salir a ella pero que nunca lo sabrían porque ella no pudo ir a la escuela. Eso le convertía en una persona con una cultura más amplia que la de la mayoría de la gente.

En Guadalvalle, donde estaba la herrería, Juanito conoció a una moza de buena familia con la que estuvo de novio durante un tiempo. Un buen día se enteraron de que la joven estaba embarazada. Josefina lo vivió bastante mal ya que pensaba que su hijo aún era muy joven como para tener que tirar adelante una familia con todo lo que representaba. Se había enfadado con doña Marujita cuando esta le dijo directamente:

—¿Qué esperabas alma de cántaro?, ¿no sabes que la cabra siempre tira al monte?

—¿Por qué me dice eso? —le dijo Josefina sorprendida y ofendida a la vez.

—Pues porque no creo que te hayas olvidado de cómo era tu marido a su edad. Era totalmente previsible que esto podía pasar y tendrías que haber estado más atenta. Tal y como yo estuve contigo.

Josefina tuvo que reconocer que la mujer tenía razón, aunque le molestase admitir que ella no había estado a la altura de las circunstancias. A pesar de todo, pasó un par de días ofendida con su patrona.

Juanito y Lola se casaron cuando el embarazo empezaba a notarse. El pobre Alfonso tuvo mucha más mala suerte. A los dieciocho años se había alistado como voluntario en el ejército y estaba destinado en Huesca. El ejército solía ser una opción para salir adelante. Estuvo a punto de morir del frío que pasó durante el primer invierno en aquellas tierras tan inhóspitas.

Lamentablemente lo que no consiguió el invierno lo consiguió el otoño siguiente y una pulmonía se lo llevó por delante. No fue ninguna bala ni ningún accidente como ella había temido que pudiese pasar.

La tragedia aún era muy reciente y Josefina sabía que en su interior, algo se había roto para siempre. Su vida siempre tendría dos épocas. Una antes de la muerte de su hijo y otra después. En aquellos días fue cuando empezó a peinarse siempre con un moño y a vestir ropa al principio negra en señal de duelo y posteriormente siempre de algún color oscuro.

Al principio Josefina se imaginaba que era toda una mentira, que aquello no podía ser. Su hijo había sido un joven muy fuerte, mucho más que su hermano y su padre. Tenía todo el encanto de su marido cuando era joven.

Había heredado lo mejor de todos ellos. Además, era un joven inteligente.

Hubiese hecho carrera en el ejército. íntimamente sabía que era su preferido, aunque no lo podía reconocer en público. ¿Cómo había durado tan poco su vida?

En su interior aún esperaba que en algún momento apareciese por la puerta. Debía ser un error, pensaba. Estaba muy enfadada con los militares. No les habían avisado de que estaba enfermo y se enteraron de todo cuando ya había muerto. Su niño muerto tan lejos solo, sin que ella pudiese ir a despedirle y a acompañarle en aquellos momentos. Ella que era su madre.

No había recursos para llevar el cadáver a Málaga así que lo habían enterrado en un cementerio de un pueblo de la zona.

Poco a poco la locura y la desesperación fueron dando lugar a la tristeza que se asomaba en sus ojos.

Cada día soñaba con él. Imaginaba que era una manera de retenerlo y no perderlo para siempre.

La noche anterior había tenido un sueño que recordaba con bastante detalle. Se encontraba en un lugar extraño. Sola y rodeada de una espesa niebla a través de la cual iba andando con los brazos extendidos para no chocar con nada. Estaba descalza y notaba que la humedad le subía por las piernas. Tenía miedo, pero quería seguir adelante.

No sabía cómo, pero de pronto la niebla se deshacía y se veía a sí misma, en una habitación. Era una habitación gris, muy grande, más que cualquier habitación que ella hubiese visto nunca. Estaba totalmente vacía excepto por un gran sillón del que solo veía el respaldo.

No se oía ningún ruido y no sabía qué hacer. Decidió acercarse al sillón y cuando se encontraba a escasos cinco metros, veía a un hombre que se levantaba y se giraba hacia ella. Era Alfonso. Él le regaló una amplia sonrisa que hizo que su corazón de pronto se notase totalmente liviano. Su cabeza decía que todo lo anterior solo había sido un sueño. De pronto se fue todo el dolor y las paredes se volvieron de bonitos colores, la habitación se llenó de muebles y un gran sol entraba por un ventanal en el que antes no se había fijado.

Alfonso estaba perfecto. Vestido de militar, se le veía muy feliz y se acercó a ella abrazándola y levantándola del suelo. Era real, ella noto como sus brazos le levantaban.

—Mamá —decía.

—Mi niño, mi niño —repetía ella entre lágrimas y apretándole con todas sus fuerzas.

—No sufras por mi Mamá —le decía él.

—Yo sabía que no te habías muerto —iba repitiendo ella. No podías irte sin que yo me despidiese de ti.

Pasaron unos minutos abrazados hasta que Josefina se serenó. Alfonso la tomó de los hombros y la llevó al sofá. Se sentaron mirándose directamente a los ojos.

—Hijo mío, dime que de verdad estas aquí.

—De verdad estoy aquí —le respondió Alfonso.

—Por favor prométeme que todo ha sido una pesadilla y de verdad no te has muerto.

—No puedo Mamá —le dijo él, tomando las manos de su madre entre las suyas.

—No puede ser que te hayas muerto. Estás aquí conmigo.

—Sí, mamá; pero en realidad sí que estoy muerto —respondió Alfonso.

Josefina no quería oír aquellas palabras y se concentraba en acariciar la mejilla de su hijo con todo el cariño que podía transmitir.

—Escucha mamá —dijo Alfonso— que estemos ahora mismo aquí los dos y que podamos hablar es una cosa muy especial. Es como un regalo que alguien nos hace.

—No te entiendo hijo.

—Si mamá. En realidad tú lo sabes, aunque no te des cuenta de ello.

—No te voy a dejar marchar —respondió Josefina.

—No puedes retenerme. Han querido que nos veamos porque no nos pudimos despedir cuando me morí.

—Por favor hijo…

—Sí, mamá; estoy muerto, pero no te preocupes por mí. Estoy muy bien.

Los últimos días fueron muy malos por la fiebre. Deliraba todo el tiempo y además me costaba mucho respirar.

Josefina lo miraba en silencio. Caían lágrimas lentamente de sus ojos que bajaban por sus mejillas hasta dejar notar su sabor salado en sus labios. Alfonso siguió.

—Fue como tenía que ser. No es culpa de nadie, no es un castigo por nada mal hecho. Tú no podías protegerme. Todo está bien como está.

—Pero si tú me dejas ya no tiene sentido la vida para mí.

—Sí que la tiene mamá. Tienes cuatro hijos más y estás a punto de tener un bebe. Todavía tienes mucho trabajo por hacer. Lo he visto y te quedan muchos años con cosas buenas y también con cosas no tan buenas.

—Pero sin tí…

Alfonso le abrazó con mucha ternura. Josefina volvió a sentir los brazos de su hijo entorno a ella.

—Me tengo que ir mamá. Demos gracias por esta oportunidad que hemos tenido de poder despedirnos y también de que pudieses ver que estoy bien, que no tienes que preocuparte por mí. Tranquila todo pasará. Muy pronto tendrás que ocuparte de tu nuevo hijo. Ya está listo para estar contigo.

De pronto Josefina, se encontró de pie en la misma sala donde había estado antes. No había niebla a diferencia de la vez anterior y entonces se dio cuenta de que tenía un pequeño bulto entre sus brazos.

Casi sin querer, empezó a cantar muy suavemente aquella nana que había cantado a todos sus hijos:

A la nanita nana nanita ea, nanita ea.

Mi niño tiene sueño.

Bendito sea, bendito sea.

Lejos Alfonso le observaba sonriendo

—Vas a tener mucho trabajo a partir de ahora —le decía con bastante humor. Te quiero mamá, nunca dejaré de quererte. Adiós. Entonces se daba la vuelta y desaparecía, como si él se hubiese convertido en la propia niebla.

Josefina lloraba sin poder salir corriendo detrás de él. El bebé que sostenía entre sus brazos le retenía y le impedía correr detrás de Alfonso. Sus propias lágrimas acabaron por despertarla aquella mañana.

Se encontraba terriblemente triste y entre eso y el peso de su embarazo le costaba mucho esfuerzo moverse.

Quería creer que el encuentro con Alfonso había sido real y que su hijo, aunque lejos de ella, estaba bien. Necesitaba que aquel encuentro hubiese sido cierto para poder seguir viviendo. Estaba muy confundida.

Cuando María, oyó que su madre se levantaba de la cama decidió levantarse ella también. Se encontraron en la cocina.

—Hola mamá —le dijo María mientras le daba un abrazo. ¿Cómo te encuentras?

—Hola cariño —respondió Josefina. Estoy bien. Me he levantado porque no tenía ganas de seguir durmiendo

—¿Qué te parece si te preparo el desayuno de una reina? —le dijo María riendo mientras le hacía sentarse en una silla que tenían en la cocina.

—No hija vuélvete a la cama, aún es temprano.

—No tengo sueño —respondió María mientras se puso manos a la obra.

En seguida había encendido el fuego, calentado un poco de leche y preparado unas tostadas de pan seco bañadas en aceite y sal.

Mientras desayunaban solas y con la casa en silencio Josefina le explicó a María el sueño que acababa de tener. María le escuchó atentamente y totalmente emocionada por todo lo que le iba explicando su madre. Al final Josefina le preguntó:

—¿Qué te parece hija?

—No lo sé Mamá —respondió María— pero ¿y si es verdad?, ¿y si Alfonso ha podido venir a despedirse de tí cómo tú pedías?, ¿y si realmente está bien allá dónde esté?, ¿qué tiene de malo que decidamos que es así?

—No sé niña —respondió pensativa Josefina.

—¿Qué perdemos mamá que no hayamos perdido ya?

El silencio se hizo entre las dos mujeres. María intentaba controlarse, pero estaba muy emocionada y tenía ganas de llorar.

Finalmente, Josefina se levantó y se decidió a prepararse para ir a trabajar.

Llegaría temprano, pero le apetecía que le diese el aire. Estaba muy orgullosa de su hija María. Se había convertido en toda una mujercita y era una de las pocas personas en las que podía confiar todo tipo de cosas.

María era la mayor de sus hijas. Tenía quince años y era un gran apoyo para su madre.

Siempre había sido una niña muy curiosa y muy despierta. Cuando Juan, su padre, enseñaba a sus hijos a leer ella los miraba con tanto interés, que aprendió a leer y escribir a la vez que sus hermanos aun siendo menor que ellos.

Llevada por su curiosidad leía todo lo que caía en sus manos y aprovechaba cualquier ocasión para refugiarse en algún lugar donde no la buscasen. Andaba siempre con la cabeza en las nubes, según decía su madre que íntimamente estaba muy orgullosa de aquella niña tan inteligente. Tuvo unos años en los que era tan despistada que no era extraño que de tanto en tanto se estrellase contra alguna pared al calcular mal la distancia y estar tan metida en lo que le pasaba por la cabeza. Sus hermanos le llamaban de broma *la estampilla* porque de tanto en tanto se quedaba pegada a la pared.

Exploraba su entorno y observaba el tipo de sociedad en que vivía. Fue desarrollando a lo largo de su vida una gran sensibilidad por los temas sociales y por los problemas del barrio. Ayudaba por las mañanas a Josefina en el taller de doña Marujita y cuidaba de la casa y de las dos pequeñas:

Marta de siete años y Ana de cinco. Poco a poco María se había convertido en alguien imprescindible para aquella familia.

María había crecido y tras su primera menstruación se le habían desarrollado los pechos, no tanto las caderas. Se mantenía delgada, quizás un poco más de lo que gustaba por aquellos tiempos.

Era muy bonita. Tenía unos grandes ojos muy expresivos. Quizás un poco tristes y de color verde. Su pelo era muy abundante y bastante más castaño que el de sus hermanos. Su piel era muy blanca. Doña Marujita decía que la niña se parecía mucho a la madre de Josefina cuando ella la conoció.

María dedicaba el tiempo que le quedaba libre a enseñar a leer a los niños del barrio. Luchaba a su manera por la alfabetización de todo el mundo. Había entrado en la órbita de un grupo de señoras mayores que ella y se dedicaban a recorrer los peores lugares de la ciudad para ir a la casa de la gente a enseñarles a leer y escribir. Al cabo de un tiempo la mayoría de raterillos y pillos de la zona por donde andaban, se habían acostumbrado a verlas pasar y en aquel momento María, a pesar de su aspecto fino y sus modales de señorita se movía libremente por las zonas más oscuras de Málaga sabiendo perfectamente que nada iba a pasarle y que pobre del que intentase hacerle algo ya que había una multitud de antiguos alumnos dispuestos a defenderla.

Había quedado muy impresionada por la muerte de su hermano con el que tanto había peleado y a su vez compartido durante su infancia. Recordaba que cuando eran pequeños Alfonso le había hecho caer al suelo en más de una ocasión y que no era raro que le escondiese juguetes y otras cosas. Tenía celos de aquella niña que le había dejado en un segundo lugar en relación a su madre.

A pesar de todo, era el que estaba más pendiente de ella y no toleraba que nadie le molestase. Era como si solo él pudiese fastidiarla.

En plena adolescencia María tuvo que afrontar aquel drama familiar y se encerró mucho en sí misma durante unos años. No entendía la muerte por mucho que ella, acostumbrada a racionalizar las cosas y a acabar entendiéndolas, se esforzaba. No se daba cuenta de que aquello era para todo el mundo incomprensible y ella no iba a ser una excepción.

Con Juan, su hermano mayor en Guadalvalle y con Alfonso muerto, se había quedado de hija mayor y sobre ella recaía la responsabilidad de ayudar a su madre con sus hermanas menores.

Marta y Ana eran muy niñas y aunque supieron de la mala noticia y entendieron la gravedad, cada una a su manera, tuvieron recursos suficientes para que la tragedia no les marcara tanto como al resto.

Ana tenía un recuerdo bastante difuso de Alfonso, no tenía claro qué parte se había inventado, qué parte le habían contado o había oído y qué parte era real. Marta sí que tenía un recuerdo más claro de su hermano y a su manera le añoraba. Tras los primeros días volvieron a ser las niñas alegres de siempre.

Se pasaban el día jugando y su juego favorito era que Ana estaba a punto de tener un bebe y Marta le ayudaba. Siempre la niña tenía un bebe al que llamaba Ana. Era algo así como un *autoparto*. Marta reproducía el nacimiento de Ana y ella a su vez copiaba el estado de su madre.

La verdad es que había llegado a ser muy curioso y a la vez cómico ver como Ana se daba a luz a sí misma. María y Josefina no dejaban de sorprenderse del juego.

Eran dos niñas muy traviesas y muy rápidas aprendiendo. Les gustaba mucho meterse en líos y espiar a los mayores.

La obsesión por la maternidad se había ido acentuando en los últimos tiempos, sobre todo a raíz de las historias que les rodeaban: La muerte de un hermano y el próximo nacimiento de otro.

Un día Marta se atrevió a preguntar a su madre si el hermano que venía era el sustituto de Alfonso. Lo hizo como lo más natural del mundo. Josefina, pacientemente le explicó que las personas no se sustituyen y que serían dos personas diferentes.

Aquella mañana, después de aquel sueño, Josefina pasó el día muy ensimismada. Trabajaba rápido, tenían un trabajo que urgía acabar antes de que se fuese la luz del día. Aquella noche pasarían a recoger aquel dichoso vestido por el taller.

A pesar de eso, su mente no dejaba de recordar los detalles de aquel sueño. Se estaba dando cuenta que aquello era lo último que le aferraba a su hijo desaparecido.

Igual que el sueño pasaba de Alfonso al nuevo niño, su mente también iba de uno a otro. Se dio cuenta de que no habían decidido ningún nombre todavía para el pequeño. Estaba claro que si era una niña se llamaría como ella, pero ¿y si era un niño? Por supuesto que Alfonso quedaba descartado, nadie iba a reemplazar a su hijo.

Finalmente miró a Doña Marujita, que era la única persona que en aquel momento estaba allí con ella y como si ella hubiese estado al tanto de sus pensamientos le dijo:

—Creo que al niño le voy a llamar José.

Doña Marujita la miró de reojo y confirmó lo que todo el día le había estado preocupando. Su querida Josefina estaba destrozada y tenía aquel día

un aspecto terrible

—Tengo la mente en otro sitio Doña Marujita.

—Ya lo sé Finita, solo con verte sé en qué estás pensando, por no decirte que de tanto en tanto pareces a punto de llorar. Insisto en que tienes que descansar un poco y ya verás que cuando hayas descansado y estés mejor todo te va a parecer menos malo.

—No sé yo. Estos días ya estoy al final del embarazo y por las noches no duermo me ponga como me ponga. Me levanto por las mañanas como si me hubiesen dado una paliza. Además, esta humedad no ayuda nada.

—Finita, vete a tu casa niña. Por hoy ya has hecho bastante y se está yendo la luz. Descansa y si mañana no estás mejor quédate en casa yo me apaño bien, el encargo urgente ya está y lo que queda se puede hacer perfectamente. Si quieres me envías a María y yo le doy todo para que te lo lleve y si tienes ganas de hacer algo no hace falta que te muevas de tu cama. Luego por la tarde yo paso a verte y me llevo lo que hayas podido hacer.

—Gracias Doña, sí que estoy pesada. Me da la impresión que voy a reventar de un momento a otro. Hace muchos días que ya no me veo los pies —dijo Josefina sonriendo mientras hacía esfuerzos para levantarse de la silla donde se encontraba.

—¡Ay!, que no se me olvide —dijo Doña Marujita— coge el poco de gazpachuelo de arroz que te he dejado al lado del abrigo. Cuando llegues a casa lo calientas, le tiras un huevo para que cuaje, te lo comes y te metes en la cama.

Ya verás lo bien que te sienta.

Josefina se puso el abrigo con bastante dificultad, cogió el paquete y le dio un beso en la frente a Doña Marujita.

—Hasta mañana niña.

—Buenas noches, —dijo Fina saliendo de la casa.

Marujita se quedó pensativa mirando cómo se alejaba. Sufría por ella. Por un lado, un embarazo cuando ya empezaba a ser mayor y por otro lado la muerte del hijo. Todo a la vez. Parecía demasiada carga y estaba muy preocupada.

Josefina bajó las escaleras poco a poco y esforzándose en no resbalar y caerse. Bajaba sin ver los escalones y la escalera no tenía barandilla, así que la única manera era apoyándose en la pared. La barriga le tapaba la perspectiva y al llegar a la calle vio que estaba diluviando. Eran las cinco de la tarde, pero estaba oscuro como si fuesen las diez de la noche. Tronaba y caía agua sin parar. De nada servía taparse. Se iba a poner como una sopa.

Empezó a andar pegada a las fachadas y con cuidado de que los chorros de agua que salían de los canalones y de los tejados no se le viniesen encima.

No había pasado ni treinta segundos y ya estaba de agua hasta la cintura. Como si fuese un terrón de azúcar que absorbe la humedad por capilaridad, se fue empapando toda. No se veía a casi nadie por la calle. La distancia a recorrer en situación normal era corta, cuestión de diez minutos, pero había andado ya cinco minutos con mucho trabajo y parecía que por el Guadalmedina tenía que aparecer el Arca de Noé de un momento a otro. Daba miedo ver el río con tanta agua y tan próximo a desbordarse. Ojalá que María no hubiese ido a enseñar a los niños de la Malagueta, si no recordaba mal era donde le había dicho que iría aquella tarde.

De pronto noto una punzada que partía de más abajo de la cintura y que le llegó hasta el cerebro atravesándola de abajo a arriba y en diagonal. Tuvo que pararse un instante mientras se le pasaba el dolor. Todo el día había tenido punzadas, pero con mucha menos intensidad y se dio cuenta de que estaba en las primeras contracciones del parto. Normalmente ella empezaba a tener contracciones días antes de que llegase el momento y por eso decidió no darle importancia.

Siguió andando y avanzando metro a metro bajo el agua. Cada vez que sonaba un trueno aceleraba el paso tanto como podía. En una de las ocasiones estuvo a punto de resbalársele el gazpachuelo. *A ver si con la prisa me voy a quedar sin la sopa* —pensó.

Un metro más, otro y al fin llegó al portal de su casa. La humedad le había dejado helada. Solo pensaba subir hasta su casa, quitarse la ropa y ponerse a descansar un rato. A ver si las niñas la dejaban un poquito antes de ponerse a preparar la cena.

Habían pasado veinte minutos justo el doble de tiempo normal, pero por fin había llegado. Con mucho trabajo subió los dos pisos hasta la puerta de su casa y entonces, mientras intentaba abrir con la llave María abrió.

—Hola Mamá, que pronto que has llega…

—¿Qué te pasa niña? ¿Por qué me miras así? —preguntó Josefina sorprendida.

—Mamá ¡tienes el zapato lleno de sangre! —dijo María lo más tranquila que pudo.

Josefina se dio cuenta entonces. Durante el camino había roto aguas, pero al no ser algo doloroso no se había dado cuenta, además al estar empapada de lluvia no se le ocurrió pensarlo. Habían pasado ya unos minutos desde aquella

punzada que debió ser cuando le pasó. Debían reaccionar sin perder el tiempo.

—Niña, no hay tiempo de buscar a tu padre. Ves a buscar a Carmela y que venga volando para aquí. Ya estoy de parto.

María no abrió la boca, salió como alma que lleva el diablo a buscar a la señora Carmen —para Josefina, Carmela— que era la comadrona que los había visto nacer a casi todos. Vivía muy cerca de allí.

Josefina se fue lentamente a su cama y se quitó la ropa mojada como pudo y se estiró en el lecho tapada esperando que llegasen. Intentaba relajarse y no pensar, pero las contracciones cada vez eran más fuertes. Aunque sabía cómo era aquello tenía miedo de que algo saliese mal.

Parecía que ahora tenía contracciones muy seguidas. También estaba muerta de frío. Tiritaba. El frío combinado con el cansancio y el dolor estaban a punto de dejarla sin conocimiento.

De pronto las niñas irrumpieron en la habitación y se le abalanzaron para besuquearla por la cara.

—Niñas, iros un ratito a jugar, que el bebé viene de camino —dijo Josefina con un tono un poco impaciente, estaba al límite de sus fuerzas.

Aquellas dos revoloteando por allí eran lo que menos necesitaba en aquel momento

—¿Sí? —gritó Ana— ¡qué ilusión Mamá! ¿Puedo mirar un poquito?

Marta se quedó callada al darse más cuenta de lo delicado de la situación, cogió a su hermana de la mano y la sacó casi arrastrando.

—Deja descansar a Mamá —le dijo a Ana cuando ya estaban fuera— es muy difícil tener un bebe y cansa mucho.

—¿Tú te acuerdas de cuando nací yo? —preguntó inocentemente Ana.

—No —dijo Marta— pero sé lo que cuenta la gente.

Josefina oía como hablaban mientras se alejaban y la dejaban sola en la habitación. Parecía que de momento habían perdido el interés.

En ese momento llegó María con Carmela y su ayudante Rosario.

Enviaron a María a calentar un barreño de agua. María corrió hacia la cocina a preparar lo que le habían pedido. Ella sí que recordaba el nacimiento de las dos pequeñas que, por otro lado, no se apartaron mucho de la habitación.

Las conocía perfectamente y sabía que esperaban el menor despiste para colarse en el cuarto sin que las viesen.

Carmela estuvo al lado de Josefina dándole instrucciones todo el tiempo mientras que Rosario poco más hacía que aguantarle la mano y procurar no

desmayarse.

Era una mujer muy aprensiva y muy mala ayudante para estos temas y estaba pensando que este sería su último parto. De hecho, hacía poco tiempo que ayudaba a Carmela y siempre había sido igual de inútil. Carmela cada vez la tenía más atravesada, pero la seguía necesitando.

—Va Finita, otro empujón.

Llevaban así ya más de media hora y aquello estaba a punto de acabar, Josefina ya estaba muy dilatada.

—Hay Carmela que ya no puedo más —dijo casi sin fuerzas.

—Pero ¿qué dices niña? Si estoy viniendo por aquí casi cada año. Va empuja un poquito más y ya estará.

Un último empujón en medio de un grito desgarrador y salió un bebe envuelto en moco y sangre, pero totalmente inmóvil. Casi se le cayó de las manos a la comadrona por el impulso y lo resbaladizo que estaba.

En ese justo momento se oyó un golpe seco y es que Rosario finalmente había perdido el conocimiento. Afortunadamente no se abrió la cabeza contra ningún mueble en la caída.

—Esta desgraciada se va a enterar —dijo Carmela mirando a Josefina y refiriéndose a Rosario.

Tiró de la placenta e hizo un nudo en el cordón umbilical separando definitivamente a madre e hijo.

Mientras todo eso pasaba, Marta y Ana habían entrado con mucho cuidado aprovechando la confusión y el jaleo del momento y mientras Ana estaba en el suelo al otro lado de la cama, Marta imitaba a la comadrona. Casi las pillan, ya que en el momento en que entraban, Rosario caía al suelo y Marta se quedó paralizada mirándola mientras la mujer se desplomaba. Suerte que Ana tiró de ella.

Con todo el nerviosismo del momento nadie había reparado en las niñas.

Además, la cama de Josefina era muy alta y las niñas quedaban totalmente ocultas al estar agachadas, casi estiradas en el suelo en el otro lado del mueble.

Al poco entró María con el barreño de agua caliente y casi tropieza con Rosario que ya estaba volviendo en sí. Iba pensando en que aquellas dos se le habían escapado. Seguro que estaban en algún lugar de la habitación escondidas.

—Fina, ha nacido muerto —dijo Carmela después de mirarlo y ver que no había ninguna reacción por parte del niño. Parecía que las vías respiratorias

estaban taponadas por algo—, pobrecito todo eso que se va a ahorrar de sufrimiento en esta vida —dijo Carmela resignada.

Lo envolvió en una sábana y lo dejo encima de la cama a un lado.

Josefina empezó a llorar en silencio, de forma calmada y pensando para ella misma que a pesar de todas las desgracias aún tenía sus 4 hijos y su marido.

No entendía para que pasar por todo aquello para acabar mal. Se acordó del sueño de Alfonso y estaba segura de que en aquel sueño el niño estaba vivo. A lo mejor todo era fruto de su imaginación.

Notaba Josefina, eso sí, un cierto desahogo. Posiblemente era algo físico, aunque el dolor en sus riñones, causado por el esfuerzo, seguía siendo fuerte sabía que poco a poco y en los próximos minutos se le iría pasando y de aquí a unos días podría volver con Doña Marujita a trabajar.

María había dejado el barreño en el suelo e intentaba consolar a su madre.

Mientras que escondidas y en silencio, al otro lado de la cama Ana y Marta jugaban.

—Señora su hijo ha nacido muerto —le decía Marta a Ana en voz baja.

—Quiero ver al bebé —le contestaba Ana haciendo ver que estaba llorando y que el dolor no la dejaba incorporarse, la niña era muy teatrera.

—No señora que da muy mala impresión y además su bebé está muerto —repitió Marta siguiendo con el juego.

—No tonta, quiero ver el bebé de verdad —dijo Ana muy seria.

—Como nos pillen nos van a tener castigadas todo un año —le dijo Marta nerviosa, ya que sabía perfectamente que su hermana estaba lo suficientemente loca como para hacer lo que decía.

Ana, más decidida —o más inconsciente— se levantó del suelo y con la rapidez que tienen los niños cuando planean una trastada, cogió el recién nacido en sus brazos.

—¡Oh qué sucio y qué peste! —dijo Ana entre arcadas mientras lo miraba.

—Nos van a matar a palos —dijo Marta totalmente aterrada y a punto de ponerse a llorar— vamos a devolverlo —suplicó presa de un terror casi irreprimible y a punto de ponerse a llorar previendo lo que se le venía encima.

—Si lo devolvemos nos van a pillar igual —dijo Ana ya recuperada de la impresión y totalmente tranquila y concentrada en su travesura—. Se me ocurre una idea —dijo con total sangre fría y mirando de reojo al barreño de agua caliente—. Vamos a lavarlo y diremos que lo hemos cogido para limpiarlo.

—Tú estás loca. Dámelo, que lo limpio yo —dijo Marta con la intención de que pareciese todo más creíble y evitar el castigo que estaba segura que iban a tener.

El agua del barreño estaba templada, y aunque su temperatura era un poco alta, no era lo suficiente como para quemar al bebé.

En el momento en que Marta fue a meter el niño en el barreño, notó un leve movimiento del niño, instintivamente apartó la mano y lo dejó caer dentro del agua, con la suerte de que la cabeza quedó fuera provocando que el agua desbordara el barreño y las dos niñas quedasen empapadas.

De pronto el niño, por el impacto de la temperatura abrió la boca y acto seguido dio un bramido que resonó por toda la casa. Posiblemente, el contacto con el agua provocó que se le destaponaran los conductos respiratorios tapados por la mucosidad.

Las niñas se pusieron de pie, como impulsadas por un muelle y dejaron que el niño se hundiese en el agua. Miraban aterradas al barreño. Ana casi estuvo a punto de apretar aquella cabecita dentro para no oírlo del miedo que le daba.

A continuación se hizo el silencio. Josefina y Carmela se giraron a la vez para mirar en dirección al barreño de donde había venido el grito. María se arrodilló y rescató al niño del agua y Rosario empezó a rezar antes de caer al suelo desmayada por segunda vez, ahora de la impresión. Aquella mujer definitivamente, no era ninguna ayuda.

Ana y Marta estaban paralizadas por el susto que se habían llevado. La parálisis les duró diez segundos y en el segundo once empezaron a chillar como locas y salieron corriendo pasando por encima y pisoteando el cuerpo de Rosario que estaba extendido en el suelo de la habitación y les cortaba el paso en la huida, mientras gritaban:

—¡El Demonio! ¡El demonio!

En su locura arroyaron todo lo que encontraron por el camino. Ana cayó al suelo al tropezar con una silla. Marta se quedó sin manga al dejarla enganchada en el pomo de la puerta en su carrera desesperada. Parecían dos caballos en plena estampida. No se les ocurrió pensar que el niño no estaba muerto sencillamente le había costado nacer. Pensaban que era algo parecido a un monstruo.

Las mujeres no les hicieron caso en el primer momento.

Después Carmela reaccionó y arrancó a correr detrás de ellas. De pronto la carrera de las niñas quedo frenada en seco ya que Juan se las cruzó cuando entraba en la casa y las cogió al vuelo evitando que rodaran escaleras abajo.

—¡El demonio! Gritaba Ana como loca —mientras intentaba deshacerse de los brazos de su padre.

—Corre papá —decía Marta—, el niño es un resucitado.

Detrás venía Carmela para atrapar a las niñas cuando se dio de bruces con Juan y los cuatro rodaron por el suelo.

Juan se levantó ágilmente y ayudó a doña Carmela a levantarse mientras que las niñas intentaban seguir corriendo a pesar de que Juan las retenía con fuerza.

—¡Ay Juanito, menos mal que las has cogido! ¡Cuándo os pille os voy a dar una lección que no os vais a olvidar sinvergüenzas! —dijo Carmela enfadada de verdad.

—¿Qué ha pasado Carmela? —preguntó Juan preocupado.

—Ha nacido tu niño. Es un varón, pero creíamos que estaba muerto hasta que este par de demonios lo han metido en el agua caliente y el niño ha resucitado.

Las niñas empezaron a llorar. Nunca se supo si fue el sentimiento de culpa, el horror de haber visto a un muerto que de pronto había resucitado y se había puesto a gritar o una simple estrategia para conseguir que el castigo fuese menor. Lo que sí que pasó es que nunca más Ana jugó a autoalumbrarse ella misma con la ayuda de Marta. Aquello había sido suficiente para las dos.

No entendieron nunca por qué no les castigaron. En realidad, eran ellas las que habían salvado a su hermano. Si hubiese sido por la comadrona y la inepta de su ayudante el niño se hubiese asfixiado poco a poco.

El *bebé-demonio* pasó a ser su juguete favorito a partir de aquel día y durante unos años aquellas niñas se dedicaron a vestirlo y desvestirlo, llevarlo arriba y abajo y manejarlo todo lo que quisieron, hasta que el bebé —ya un niño— se liberó del dominio de sus hermanas no sin mucho esfuerzo.

Juan se fue hacia la habitación a ver a su mujer. Al abrir la puerta la vio allí, en la plenitud de sus cuarenta años con su bebé en brazos y con una expresión de tranquilidad y felicidad que hacía mucho que no veía en su cara.

Intercambiaron una sonrisa.

—Se va a llamar José —dijo Josefina.

—Me parece perfecto —dijo Juan mientras cogía con mucho cuidado a aquel pequeño entre sus brazos.

—No quiero que le llamemos de ninguna otra manera —aclaró Josefina quiero que le llamemos así, José y nada más.

—No te preocupes —dijo Juan dándole un beso y acariciándole la mejilla — este José no te hará olvidar a Alfonso, pero te dará unas obligaciones

nuevas y te necesitará. Te va a ir muy bien. Estoy seguro de que es él quién te lo envía para ayudarte a volver a la vida.

Ya no hizo más falta la presencia de Carmela en aquella casa, Josefina había dado a luz a su último hijo. Contra todo pronóstico Josefina fue recuperando su humor y su carácter habitual.

Pasado un tiempo Juan se sentó en la mesa del comedor con Ana y Marta.

Una a cada lado. Iban a realizar lo que se había convertido en todo un ritual.

Juan había conocido la tradición familiar del libro en el que apuntaban a todas las personas de la familia y sus vivencias más importantes.

El libro de Nito había quedado aún con muchas hojas en blanco así que desde el nacimiento de su primer hijo decidió recuperar la tradición e ir apuntando a todos los nuevos miembros de su familia. La primera persona que había apuntado, fue Josefina. El nombre de sus padres y su fecha de nacimiento.

También copio una poesía que sabía de memoria.

Hay bastante amor en mi para los dos, alma mía.
No es necesario que pongas tu parte,
Déjate llevar por el viento de mi sentimiento,
Déjate arrastrar a los confines del sueño eterno.
He reservado una nube para ambos en los cielos.

Luego apuntó en la hoja siguiente, a su hijo Juan nacido el 16 de mayo de 1885 a las 4 de la madrugada. Había algunas anotaciones sobre cosas que le habían pasado y cosas importantes de su vida. Cuando Juan se casó con Lola y se fue a Guadalvalle, su padre pacientemente apunto aquellos hechos y abrió una hoja nueva para Lola.

En la hoja que seguía a la de Juan estaba Alfonso que había nacido el 11 de octubre de 1887, a las 7 de la tarde. Igual que en el caso de Juan habían apuntado las cosas más importantes de su vida. Nunca hasta aquel momento se había atrevido a apuntar su defunción.

Seguía la hoja de María, que había nacido en 3 de marzo de 1890, luego iba la hoja de Marta nacida el 12 de septiembre de 1898 y finalmente Ana nacida el día 5 de febrero de 1900.

Juan y las dos pequeñas leían las anotaciones que habían hecho y hablaban sobre la propia historia de todos ellos. Todo aquello estaba envuelto de una solemnidad muy especial. Habían pasado ya seis meses desde que

había nacido José y parecía que estaba sano así que era el momento de darle la bienvenida al libro.

Juan con un cuidado reverencial y su mejor caligrafía apuntó el nombre y los dos apellidos del niño y la hora y el día de nacimiento. Ana estaba tan nerviosa que no pudo evitar levantarse de la silla e ir a dónde estaba la cuna del niño para explicárselo. Como si él lo entendiese. Era la primera vez que ella participaba en el ritual de inscribir a alguien en el libro.

Fue Marta la que le dijo a su padre:

—Papá, ¿no vamos a apuntar lo que le pasó a Alfonso?

Juan, miró a Josefina que estaba situada detrás de ellos a un par de metros y los observaba. Ella entendió la mirada de Juan y le hizo un pequeño gesto afirmativo con la cabeza. Iba siendo hora de dejar marchar a su querido hijo.

Juan se fue a la hoja de Alfonso y anotó:

Nuestro querido Alfonso decidió abandonamos el día 13 de octubre de 1904 a la edad de IS años. En el cielo le necesitaban y Dios lo llamó a su lado.

CAPÍTULO 2

GUADALVALLE. FAMILIA MAURA

Aquilina salió a pasear aquella tarde templada de principio de otoño. Iba a casa de su hermana Lola, que vivía en el camino de la estación del tren y que quedaba un poco apartada del pueblo.

En realidad, la distancia no era muy grande, apenas un par de quilómetros de paseo agradable por el camino que cruzaba los campos. Era una senda estrecha con árboles a los dos lados que daban una buena sombra en verano. A hora empezaban a perderlas hojas, pero el juego de colores de sus copas era precioso.

A ella le gustaba mucho andar. Solía dejar que su mente volase de un lado a otro. Era una manera de ser libre. No solía cruzarse con mucha gente en el trayecto. Durante aquellos paseos se sentía más ella misma que en ninguna otra situación. El sonido de los grillos la acompañaba todo el tiempo.

Caminaba ensimismada, perdida en sus pensamientos, cuando de pronto lo vio a lo lejos. Primero pensó que se equivocaba, que no podía ser. Se dijo a si misma que tenía tantas ganas de verlo que se lo estaba imaginando. Luego empezó a identificar aquel perfil, la manera de andar y poco a poco fue adivinando y concretando sus rasgos. Sin duda era él.

Se dirigía a ella directamente, con paso acelerado y una sonrisa amplia de oreja a oreja.

Aquilina era la menor de los cuatro hijos de la familia Maura de Guadalvalle. Los Maura eran terratenientes de la zona y también tenían una industria de embutido muy importante en la comarca.

El pueblo, estaba cerca de la capital y del mar, a menos de veinte quilómetros. Esa proximidad a la ciudad, hacía que las comunicaciones fuesen buenas. El clima también era templado. Podía ser muy caluroso en verano, aunque seco y soportable, mientras que en invierno la proximidad de la sierra hacía que fuese más fresco que en Málaga.

Guadalvalle era un pueblo antiguo a los pies de una montaña, encima de la cual había una Ermita y su Virgen. Era el típico pueblo andaluz de casas blancas, pegadas entre ellas y con tres calles principales que los lugareños llamaban la calle del medio, la calle de arriba y la calle de abajo.

De origen fenicio, por lo que se sabía, se encontraba donde el Guadalhorce dejaba de ser navegable en la antigüedad.

La familia materna de Aquilina había sido propietaria de grandes extensiones de limoneros, no demasiado alejados del pueblo. Eran respetados por todos sus paisanos, aunque de vez en cuando eran protagonistas de las críticas de algunos de sus vecinos. En realidad, pequeñas envidias, nada importante.

Remedios, la madre de Aquilina, se había casado con Miguel y se habían dedicado en cuerpo y alma a hacer crecer la empresa familiar. El cultivo de cítricos había dado muy buenos resultados a lo largo de los años. Ella no intervenía directamente en la gestión, eso no hubiese estado bien visto, pero intentaba influir en todas las decisiones de su marido.

Miguel además había empezado con dos de sus hermanos a explotar un negocio de elaboración y comercialización de productos del cerdo y poco a poco había ido creciendo su empresa. Al final se lo había acabado quedando todo cuando ellos se cansaron y se decidieron por otras actividades. El hombre tuvo que desembolsar una importante suma para comprar sus partes de la empresa, pero valió la pena. Al cabo de poco tiempo había recuperado toda la inversión y la fábrica que no era la única del sector en el pueblo, impulsó a Guadalvalle que empezó a ser famosa por sus productos. El pueblo celebraba dos ferias de ganado muy importantes en la provincia. Una de ellas en abril y la otra en septiembre.

El matrimonio se implicaba en todos los festejos y celebraciones que se desarrollaban durante las ferias. Las cenas en casa de los Maura, eran en aquellos días, todo un evento al que asistían el alcalde, el cura, los demás terratenientes y empresarios del pueblo más algunos invitados de la capital.

En este ambiente nació Aquilina. La niña fue educada de acuerdo a lo que se consideraba necesario en aquella época. Aprendió a leer y escribir, a sumar y restar y como no podía ser de otra manera, aprendió a comportarse como

una señorita. Bordaba maravillosamente, sabía cocinar, aunque no le hiciese falta hacerlo y la prepararon para ser una excelente esposa.

Lola, un par de años mayor, era la que había dado lugar a infinidad de comentarios entre sus vecinos. Su embarazo siendo soltera, aunque nunca se había reconocido públicamente por parte de la familia, había corrido de boca en boca. A pesar de disimularlo la gente sabía contar y supieron del nacimiento del niño al cabo de siete meses de la boda. Los chistes y las bromas estaban en todos los corrillos, aunque nadie hacía ningún comentario delante de ningún miembro de la familia. Tan solo algún amigo de Juan, el hijo de Josefina y futuro padre de la criatura, se atrevió a bromear sobre el tema.

Su amigo Antonio, que por aquel entonces era soltero, lo visitaba frecuentemente y lo ayudaba a soportar todo aquello. Poco a poco se convirtió en un habitual en Guadalvalle y en casa de Juan y Lola.

Los dos jóvenes se habían conocido más de quince años atrás, cuando Antonio acompañaba a su padre a la herrería del abuelo de Juan en Almogía.

Juan pasaba temporadas con él. Ayudaba todo lo que podía a cambio de aprender lo relativo al herraje de animales.

Cuando Antonio llegaba desde Málaga a pasar el verano en la casa familiar, ambos niños se perdían y se pasaban el día jugando y nadando en el río Campanillas. Eran veranos luminosos e interminables que dedicaban a buscar tesoros imaginarios y vivir grandes aventuras donde se enfrentaban con palos convertidos en maravillosas espadas a monstruos imposibles.

Los niños se convirtieron en adultos y su amistad evolucionó hacia la amistad entre hombres.

Antonio era un malagueño burgués. Había ido al colegio hasta que entró a trabajar en la empresa de tejidos de su padre en el Guadalhorce. Aunque había hecho todo lo que se esperaba que hiciese tenía sus propias ideas sobre la vida.

Era alegre y simpático. No había tenido motivos para ser de otra forma hasta aquel momento. Soñador. Atractivo a su manera y sin duda un buen partido.

Aquilina y Antonio congeniaron muy bien. La menor de los Maura, era bonita y refinada. La joven tenía buena figura y siempre iba muy bien arreglada.

Nada desentonaba en ella. Tenía una cuidada y abundante cabellera negra que solía llevar recogida y siempre vestía impecablemente.

En realidad, y aunque era considerada una belleza local no había nada en particular que destacase. Su atractivo iba de dentro hacia fuera. Quizás era esa sensación de serenidad y equilibrio que solía transmitir lo que llamaba más la atención.

Tenía una gran relación con Lola y solía visitarla a menudo, sobre todo en los últimos meses de embarazo y cuando nació el niño. Pasaba horas jugando con él y hablando con su hermana de cualquier tema que le pasase por la cabeza.

Tanto a Aquilina como a Antonio era fácil encontrarlos en casa de Juan y Lola y fue inevitable que acabasen siendo novios. Se habían sentido atraídos el uno por el otro desde el primer momento en que se vieron y se habían convertido en inseparables.

La boda no tardó mucho en celebrarse. Como era la menor de los hermanos y la última en casarse Aquilina y Antonio se instalaron en la casa familiar y vivieron con los padres de Quili, como la llamaba todo el mundo. Por aquellos tiempos era frecuente que el menor de los hermanos se hiciese cargo de los padres.

La casa era grande y estaba muy bien situada en el centro del pueblo. En aquel caserón podían disfrutar de cierta intimidad, aunque viviesen acompañados.

No pasó mucho tiempo hasta que nació su primer hijo, al que también pusieron de nombre Antonio siguiendo la tradición. Luego llegó María y a principio de otoño de 1908 Carmen.

Al nacimiento de Carmen le siguió una tragedia que cambió la vida de todos ellos. Eran los últimos días del año y Miguel había ido aquella tarde a ver cómo estaban los campos de limones. Anduvo bastante rato y revisó que todo estuviese correctamente. Ya no era joven y aquella actividad le costaba un esfuerzo. Habló largamente con los capataces, preguntó por sus hijos y sus familias, le invitaron a tomar vino y comer queso. Le gustaba la cercanía de la tierra y el trato con la gente que trabajaba en su propiedad. Los cuidaba, estaba al corriente de sus vidas e intentaba ayudarlos cuando consideraba que lo necesitaban. Normalmente se anticipaba a que le pidiesen ayuda.

Antes de marcharse dio las últimas instrucciones. Se iba con la sensación del trabajo bien hecho.

Iba a arrancar el coche, pero el joven Diego se ofreció…

—Patrón súbase usted que ya le doy yo a la manivela.

—Gracias Diego —dijo Miguel— la verdad es que arrancarlo para venir me ha costado mucho.

—No se preocupe. Solo hay que darle con energía.

—Bendito tú —dijo Miguel riendo— que tienes de sobra.

Al joven no le costó arrancarlo. Iba en un *oldsmobil* que había comprado el año anterior y que era uno de los siete primeros vehículos que se matriculaban en la provincia. Había sido un lujo, pero era muy útil para moverse por los campos. Antonio lo conducía a menudo y lo hacía servir para ir a Málaga. A los dos les gustaba estar al día de las novedades tecnológicas del momento.

Remedios, su mujer, le tenía pavor. Pero a Miguel le encantaba. Ella intentaba que su marido no condujese y siempre que podía hacía que fuese Antonio quien le llevase. Aquel día aprovechó que estaba todo el mundo ocupado y se fue sin decirle nada a nadie. Tenía práctica en utilizar pequeños trucos y trampas para acabar haciendo lo que él quería.

Todo el día había tenido un ligero dolor de cabeza, pero no había hecho mucho caso. A veces le pasaba. Pensó que ir a los campos le iría bien y se despejaría, pero ahora, cuando empezaba el regreso, parecía que se encontraba un poco peor.

Le dolía el lado izquierdo y cada vez le molestaba más. Creía que era un dolor muscular. Empezaba en el hombro y le recorría todo el brazo hasta llegar a los dedos. Había momentos en que parecía que por mucho que se esforzase el aire no llegaba correctamente a sus pulmones. Respiraba cada vez más y con más fuerza. Cada vez estaba más mareado.

No podía seguir así y decidió que iba a parar el coche. No estaba seguro de poder volver a arrancarlo. Pensó que iba a encender un cigarro. Era totalmente consciente de que algo no funcionaba bien. Probó a relajarse y ver si mejoraba. Aunque era diciembre, no hacía nada de frío y se estaba poniendo el sol. Le seguía costando respirar, cada vez le costaba más. Se le dormían las manos y en un par de ocasiones se le cayó el cigarro de los dedos. Casi quema la tapicería.

Se recreó mirando el paisaje, sus ojos se llenaron de aquella luz fantástica que se iba apagando poco a poco y mientras tanto iba dando caladas a su cigarro que ya casi se había acabado.

De pronto notó una punzada que le atravesó desde el pecho al omoplato.

Su primer sentimiento fue más de sorpresa que de dolor. Acto seguido notó una presión en el pecho que no le dejaba respirar y que cada vez era más intensa. En un primer momento concentró todo su esfuerzo en realizar las inspiraciones y las expiraciones, pero le costaba conseguir el objetivo de llenar los pulmones.

Entendió en aquellos segundos, que se estaba muriendo, pero no tuvo miedo.

Curiosamente y en contra de lo que siempre había creído no se puso nervioso, estaba totalmente sereno. Sobre todo, sentía pena porque había llegado el final. Iban a pasar un mal rato en casa.

Era el último anochecer que veía, tenía que irse de esa tierra que él quería tanto y donde tan a gusto se encontraba. Lamentaba no haberse despedido de su mujer y darle las gracias por todos aquellos años que habían compartido y esa vida que habían llevado juntos y que no había estado nada mal. Aquel era el último disgusto que le iba a dar.

Sabía que era inevitable y tan solo podía recibir la muerte con serenidad.

Se reclinó en el asiento, lucho para que el aire llegase a sus pulmones, pero poco a poco se fue dejando ir. Pensó en lo bueno que era no anticipar la muerte, ni la propia ni la de los seres queridos y dio gracias por no haber llegado allí tras una larga agonía, todo lo contrario. Llegó tras haber pasado una buena tarde haciendo cosas que le gustaba hacer. Deseó que morir fuese como pasar un velo, nada más y que ojalá pudiese con tan solo cerrar los ojos estar cerca de sus seres queridos. En esos pensamientos acabó su vida Miguel. No fue una muerte brusca. Se dio cuenta de que era un proceso en que poco a poco se iba desconectando del mundo. Una de sus últimas decisiones fue abrirse a esa nueva experiencia que iba a ser la última.

Fue una muerte pacífica y a pesar del dolor fue menos terrible de lo que se había imaginado durante toda la vida. Anocheció y en la casa todo el mundo estaba inquieto. No llegaba Miguel. Cuando Remedios empezó a buscarlo no lo encontró y guiada por una intuición se fue a la cochera y se dio cuenta de que el coche no estaba.

La mujer estaba al borde del ataque de nervios y Aquilina intentaba calmarla lo mejor que sabía.

—Cálmate mamá —le decía Quili impacientemente—. Seguro que ha ido a los campos. Ya vendrá.

—Niña, tu padre ya está viejo y no está para ir por ahí solo.

—No le estés todo el tiempo encima. No ganas nada, ya ves que acaba haciendo lo que quiere.

—Tengo un mal presentimiento —decía la mujer poniéndose a llorar.

—¿Por qué? —le decía la hija cada vez más nerviosa

—¿Cómo que por qué? —respondía la madre en el mismo tono— los presentimientos se tienen y punto.

Aquilina estaba cada vez más nerviosa. Tan solo le faltaba que su madre empezase con las supersticiones. Había hecho llamar a su marido que estaba en la fábrica.

A ninguna se le ocurrió hacer nada efectivo e ir andando en busca del padre. Estaban paralizadas por el miedo.

Antonio no tardó mucho desde que le avisaron, aunque ya era la hora de cenar cuando llegó.

Madre e hija le esperaban en la entrada de la casa.

—Antonio —dijo Quili— mi padre no aparece y se ha llevado el coche.

—Hijo mío —dijo la suegra— seguro que le ha pasado algo. Por favor —lloraba— ve a buscarlo.

—Pero ¿hace mucho que se fue? —preguntó.

—No lo sé —dijo Remedios. Hace un rato que lo busco.

Mientras hablaban apareció el encargado de los cuidados de la casa con un caballo preparado para montar.

—Gracias —dijo Antonio mientras que cogía las riendas y subía al caballo.

Salió a toda velocidad de la casa dejando una polvareda detrás y a las mujeres paralizadas esperando.

No le costó encontrarlo. Vio el coche a lo lejos. Galopó lo más rápido que pudo y salto del animal casi en marcha, pero no había ninguna prisa. Miguel ya llevaba un buen rato muerto y empezaba a estar frío. Intentó despertarlo, pero él ya había visto antes otros cadáveres y no tuvo dudas de que no había nada que hacer.

Arreó al caballo para que volviese solo a las cuadras y movió el cadáver de Miguel con cuidado, como si estuviese vivo, para colocarse en el asiento del conductor. Logró arrancar el coche sin muchos problemas y condujo lentamente hasta la casa. El camino se le hizo corto. No sabía cómo afrontar el encuentro con su esposa y su suegra.

Se había ido el patriarca y eso siempre provoca cambios importantes.

Sentía mucho la muerte de aquel hombre, pero no debía dejarse llevar por sentimentalismos. Le necesitaban con la mente clara para organizar todo a partir de aquel momento. Las dos mujeres no estarían en condiciones.

Avisados por la llegada del caballo, estaba Aquilina con Remedios y todo el servicio esperando la llegada del coche. Nada más aparecer el coche a lo lejos Remedios dio un grito de dolor y se dejó caer de rodillas llorando desesperadamente y tirándose de los pelos. Su hija, como podía, intentaba levantarla.

Enseguida llegó Lola. La habían ido a avisar y había salido disparada hacia la casa de sus padres. Llegó en el momento en que Antonio paraba el motor del coche. Poco más tarde llegó Juan que se había enterado cuando los niños fueron a avisarle.

—Papá, algo pasa con el abuelo —le dijo su hijo—. Mamá ha salido corriendo.

—Pero ¿qué pasa? —intentó averiguar el hombre.

—No sé —dijo el niño—. Han venido de la casa a avisarle y mamá se ha ido. Me ha dicho que te lo dijese.

—Está bien —dijo Juan sin querer alarmar al niño—. Debe ser una tontería. Ayúdame a cerrar y te quedas con las niñas hasta que vuelva.

Algo importante debía pasar pensó Juan. No era normal que su mujer lo abandonase todo de aquella manera y saliese a la carrera. En un momento dejó todo cerrado y se fue a paso ligero a la casa familiar. Allí se encontró con la desgracia.

Entre los dos jóvenes empezaron a prepararlo todo. Avisaron a los dos hijos de Miguel que estaban fuera. Iban a ser unos días bastante duros para todos.

Aquel año no hubo celebración alguna por Navidad. La familia estaba de riguroso duelo. Permanecieron juntos aquellos días especialmente tristes. Así entró en aquella casa el año 1909.

Antonio, cada vez estaba más ocupado en la empresa de embutidos de los Maura. Por aquel entonces, ya no trabajaba en el negocio de su propia familia.

Le consultaban y él les ayudaba solo puntualmente y eso le había liberado para llevar los negocios de la familia de su mujer. Ahora también seguía de cerca lo que pasaba en los campos.

Los últimos tiempos de Miguel sirvieron para que el hombre se apoyase en su yerno. El joven, tenía buenas dotes para la gestión y estaba bien formado para los negocios. Sus hijas, Lola y Aquilina no estaban hechas para trabajar y sus dos hijos eran pequeños burgueses que hacía muchos años habían ido a estudiar a Madrid y no tenían ningún interés en los campos ni en la fábrica.

Tenían sus propios recursos y se habían distanciado de la familia geográficamente, siendo aún muy jóvenes, aunque mantenían una relación cordial. Ramón, el mayor, había entrado en el ejército y eso le situaba en un mundo bastante alejado del resto. El otro, Jesús, se había casado con una joven de la alta sociedad y habían emigrado a La Habana poco después de la independencia de Cuba y la relación ahora era mucho más difícil de mantener.

Ni siquiera había podido venir al entierro. No hubo tiempo de avisarle hasta que ya habían pasado varios días.

En los últimos tiempos Miguel y Antonio habían estudiado la posibilidad de importar carne y exportar embutidos a Argentina. Los barcos viajaban con cierta rapidez y era una buena ocasión para aprovechar qué cuando llegaban a Europa cargados de carne vacuna y cereales, cargarlos de vuelta con embutidos españoles. Se repartía los costes del transporte.

Los sistemas de refrigeración empezaban a ser buenos y fiables y era plenamente factible exportar alimentos que llegasen en buen estado.

Para los embutidos de la familia era una oportunidad. La competencia estaba más centrada en el mercado estatal así que la exportación era una alternativa a tener en cuenta.

El mercado europeo no parecía demasiado interesante, los hábitos de alimentación no eran los mismos que aquí y además resultaba difícil arancelariamente. Argentina tenía costumbres muy parecidas a España y compartía idioma y hábitos alimenticios. Era un gran mercado en aquellos días.

Miles de españoles emigraban cada año.

Se habían planteado exportar también limones de su propia cosecha, pero rápidamente lo descartaron ya que limones también se podían cultivar allí. Sin embargo, el embutido al tener una serie de características especiales de elaboración y composición tenía muchas posibilidades de éxito.

A Antonio le interesaba mucho aquella posible aventura. Aún no tenía treinta años y se veía casado y con tres hijos. Tenía una situación muy desahogada, pero se preguntaba si eso era todo en la vida. Quería hacer algo más, necesitaba algún riesgo y retos que le hicieran crecer como persona. No se conformaba con lo que tenía, aunque sabía que era mucho.

Se veía viviendo en Buenos Aires, que tenía más de un millón de habitantes y era mucho mayor que cualquier ciudad española. Había quien la llamaba el París de Suramérica. Además, Argentina estaba en un buen momento económico. No estaba afectada por los conflictos que se daban en Europa y su carne se vendía con éxito en Alemania e Italia y cada vez estaba más introducida en Francia. Era un país para emprendedores y para gente que no tuviese problemas en trabajar. Era la nueva tierra prometida.

Antes de la muerte de Miguel, el buen hombre se había planteado la posibilidad de enviarlo allí con su mujer y sus hijos y establecer una delegación del negocio de la familia. Habían estudiado conjuntamente

modalidades y formas de establecerse. Analizaron todos los detalles del proyecto.

A Aquilina también le había gustado la idea, aunque le daba un poco de miedo irse tan lejos con sus hijos tan pequeños. A pesar de todo estaba dispuesta a hacerlo. Le emocionaba imaginarse allí, en una ciudad con grandes almacenes, con teatros y espectáculos y con todo lo que no podía tener en su entorno rural actual. Ya se veía formando parte de aquel mundo. Le habían dicho que tenían muy buenas escuelas y que el servicio doméstico era bastante asequible. Lo único que le apenaba era lo que dejaba atrás. Remedios lo veía diferente. Sus dos hijos se habían ido a Madrid. Su hija Lola era lo único que le quedaría si Quili también se iba a América.

Cuando Miguel murió todo cambió. Remedios estaba destrozada y Aquilina se sentía responsable de su madre sobre todo ahora no podía abandonarla. No solo se iba ella, también los niños que las tenían todo el tiempo ocupadas y les ayudaban a superar la muerte del abuelo.

Después de hablarlo durante muchos días y darle muchas vueltas al asunto, la pareja pensó que lo mejor era que él se fuese solo. Ella se quedaría aquí y con la ayuda de su hermana y su cuñado intentaría mantener el lado español del negocio mientras que él intentaba abrir el negocio argentino.

Más adelante, en un par de años como mucho verían la posibilidad de que Aquilina y los niños se fueran a la Argentina, incluso llevándose con ella a su madre que de momento no quería ni oír hablar del tema.

Antonio no estaba del todo decidido, pero entre todos le animaron. No éralo que él había querido, pero era más que nada así que finalmente un treinta de marzo de 1910, salía de Cádiz, rumbo a Buenos Aires.

El viaje fue largo. Salió de España al final del invierno y llegó a Argentina cuando empezaba un nuevo invierno. Iba con suficiente dinero así que acostumbrarse al país fue menos difícil que para la mayoría de inmigrantes que habían viajado en el mismo barco en situación mucho más desesperada.

Al principio todo fue bien en Guadalvalle. Aquilina con el apoyo de su hermana y su cuñado se fue introduciendo en el negocio, dejando las decisiones más difíciles a su Juan. Se podía decir que todo marchaba por sí solo y había que hacer poca cosa. Las dos hermanas no se habían planteado nunca trabajar así que cuando vieron que todo funcionaba bien dejaron de interesarse demasiado por la actividad diaria. El pobre Juan acabó siendo el que dedicaba todo el tiempo que la herrería le dejaba libre a controlarlo todo.

Los niños iban creciendo sin problemas y su madre cada vez estaba más recuperada de la muerte de su marido. Aquilina fue volviendo a la normalidad

que solo estaba ensombrecida por la ausencia de su esposo.

Los niños eran alegres y mientras que Toño, como ellos le llamaban, iba a la escuela y se estaba preparando para su futuro al frente de los negocios de la familia, María y Carmen —al igual que lo hicieran antes todas las mujeres de la familia— eran educadas para ser buenos partidos y perfectas señoras de su casa.

Toño era aplicado y se parecía mucho a su padre. Las niñas tenían temperamentos muy diferentes. María era muy inquieta. Se metía constantemente en líos. Era una niña curiosa, alegre y muy vital. Le gustaba reírse y hacer bromas. Provocaba a todo el mundo. A pesar de eso era muy noble.

Carmen era una niña mucho más calmada. Destacaba su fino sentido del humor. Era obediente y le gustaba hacer labores y siempre observaba a su madre y a su abuela. Era una muñequita. No recordaba a su padre. Se había ido cuando era muy pequeña.

Crecían sin el padre, pero con el cariño de las mujeres de la familia. La abuela había cogido especial atención en educar a Carmen (Carmela para ella) ya que parecía muy dispuesta mientras que María era mucho más difícil de retener y había que dejarla ser libre.

Los meses fueron pasando y Antonio seguía en Argentina. Escribía regularmente a su mujer desde Buenos Aires y le explicaba como era su vida y los éxitos de los productos que iba vendiendo. Enseguida empezaron a llegar pedidos y todo iba según lo esperado. Recorría el país de punta a punta en busca de distribuidores. No estaba demasiado tiempo en un mismo lugar y las cartas que enviaba tenían matasellos de Córdoba, de Bahía Blanca, de Mendoza o de Tucumán.

A los pocos días de llegar a la ciudad, alquiló un despacho en el centro de Buenos Aires y contrato a un par de escribientes que le ayudaban mientras él recorría el país.

Los primeros tiempos se alojaba en el Hotel Cecil, en la Avenida de Mayo. Su trabajo era comercial y en consecuencia tenía que relacionarse y abrirse camino entre la gente bien situada de la ciudad para conseguir contactos entre los empresarios de su ramo.

Caía bien y al cabo de un tiempo la gente le conocía y le tenía en cuenta a la hora de invitarlo a reuniones y ferias. Al principio no tuvo problemas para mantener el celibato impuesto por él mismo a pesar de que hubo alguna joven que intentó aproximársele. Aquilina le escribía cartas bastante largas donde le explicaba su día a día, cómo iban las actividades del negocio en Málaga.

Siempre adjuntaba historias sobre los niños y dibujos que hacían para su padre.

Las aventuras de María eran las más divertidas.

Antonio se desplazó a Mar del Plata para contactar con Jorge Anderson.

Un comerciante muy importante en la provincia que estaba interesado en aprovechar la situación en España de Antonio para exportar el vacuno que ellos producían en la Tierra del Fuego a cambio de importar los famosos embutidos de Guadalvalle.

Anderson no soportaba el frío del sur y estaba instalado en un palacio a orillas del río de la Plata. Antonio estaba invitado a instalarse en su casa durante el par de días que durase la visita.

Se abrían nuevas posibilidades. Tenía que estudiarlas.

Al final del segundo día llego Isabela. Isabela Anderson era una bella joven de veintidós años que vivía en Buenos Aires. Se había instalado en la ciudad en sus años de estudiante y se había negado a volver a Mar del Plata o regresar a Tierra del Fuego.

Era rebelde e independiente y nadie consiguió hacerla cambiar de idea.

Aquel día había ido a visitar a su padre. Pagaba su libertad pasando un par de días cada tres meses en la casa familiar.

Isabela se encontró con ellos a la hora de cenar

—Venga Sr. Gutiérrez, le voy a presentar a mi hija —le había dicho Jorge Anderson a Antonio.

—Isabela, este es mi invitado, el Señor Gutiérrez. Esta aquí para hacer negocios. Es español.

Isabela lo miró con descaro y le sonrió extendiéndole la mano.

—Encantada de conocerle señor Gutiérrez.

Antonio no pudo evitar fijarse en aquella mujer. Tan alta como él. Rubia y con unos grandes ojos azules. Le pareció desenvuelta y sin duda era decidida.

Le gustó todo en ella nada más verla.

Cenaron y hablaron durante toda la noche. Antonio le contó que llevaba cuatro meses en Argentina. Le explicó que estaba casado y tenía tres hijos y ella le entretuvo explicándole su vida de soltera en el Gran Buenos Aires.

Antonio notó que a ella, él también le había gustado. A pesar de todo no tenía ninguna intención de intentar nada con aquella joven. Era la hija de un posible cliente y él estaba casado y añoraba a su mujer.

Al final de la velada cada uno se retiró a su habitación. La noche era agradable y la habitación tenía una buena vista sobre el río. Hacía calor y se

quitó la camisa quedándose solo con los pantalones mientras miraba por la ventana. Se oían los sonidos del río como música de fondo.

Estaba concentrado mirando los barcos cuando se abrió la puerta de la habitación. Se sobresaltó al girarse y ver que era Isabela.

Él iba sin camisa. Rápidamente se levantó e hizo el gesto de ponérsela, pero Isabela no le dio tiempo. Sin decir ni una sola palabra, cerró la puerta y se fue directa hacia él. Se puso en frente suyo y le acercó los labios. Antonio no evitó besarla mientras que ella le respondía ardientemente.

—Isabela, estoy casado…

—Ya me lo has dicho —dijo ella mientras que le desbrochaba el pantalón y se agachaba acercándole la boca a sus genitales.

Antonio no pude evitar una erección. Jamás había pensado que le podía pasar algo así. No supo reaccionar, o quizás no quiso reaccionar y dejó que en aquellos primeros momentos la joven llevase la iniciativa. Hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer. Tenía miedo de no aguantar mucho tiempo así que pasados los primeros momentos la levantó y la desnudó. Luego fue él quién se entretuvo con ella.

Al cabo de unos minutos se estiraron en la cama. Primero Isabela dejó que él se pusiese encima, pero para la sorpresa de Antonio, unos minutos más tarde ella lo situó boca arriba y fue quien después se subió a horcajadas.

Nunca había imaginado verse en esa situación.

Pasaron la noche alternando sueños y sexo. Antonio se despertó por la mañana y ella ya no estaba. En unas horas salía hacia Buenos Aires. No la encontró en el desayuno y no pudo despedirse de ella.

El tiempo pasó y no supo nada más de ella. Los negocios con Anderson no habían resultado como esperaban, pero mantenían una relación cordial. Se sentía culpable e incluso había pensado en explicárselo a Aquilina, pero al final siempre decidía que era mejor olvidarlo y pensar en que aquello nunca había pasado.

Al cabo de un año ya se había pateado las ciudades principales de la provincia de Buenos Aires y durante el segundo año se recorrió todo el Río de la Plata y Uruguay. Finalmente se estableció en la ciudad de Rosario a medio camino entre las tierras del Chaco, La Pampa Oriental y Los Andes por un lado y el puerto de Buenos Aires por otro. Era una ciudad importante de Argentina en la provincia de Santa Fe y a orillas del Río Paraná y con una población cada vez mayor de españoles. Tan solo estaba a trescientos kilómetros de la gran ciudad. Recordaba un poco a las ciudades españolas y él

se sentía particularmente a gusto allí. A Aquilina no le gustó, ella prefería Buenos Aires pero pensó que si ella llegaba a trasladárselo cambiaría.

El negocio iba bien, pero la situación no se podía mantener como estaba.

Aquilina y los niños en España y Antonio en Suramérica. El matrimonio empezó a plantearse la posibilidad de que Lola se trasladara a casa de su madre y Aquilina marcharse a Argentina, ahora que su madre empezaba a estar mucho más recuperada. Primero se iría ella sola y al cabo de un tiempo volvería a buscar a sus hijos.

Antonio había encontrado ya una vivienda en las afueras de Rosario y estaba empezando a adecuarla para la llegada que parecía inminente de la familia, pero ese momento nunca acababa de llegar.

Seguía viajando y había llegado hasta Santiago de Chile y ya estaba en muchos comercios de todo el subcontinente. Antonio llenaba sus cartas de anécdotas. Explicaba desde algún que otro pequeño movimiento de tierra hasta la magnitud de las distancias y lo diferentes que eran las regiones de aquella zona tan grande como media Europa.

Hacía ya cinco años de la partida de Antonio y cuando parecía que Aquilina y los niños definitivamente, iban a viajar, estalló la Primera Guerra Mundial. Parecía imposible pero el asesinato de un archiduque austríaco por un fanático en Sarajevo —que nadie sabía exactamente dónde estaba— iba a hacer que un negocio tan trabajado se fuese a quedar en nada.

En muy poco tiempo, los países europeos detuvieron la importación de carne en previsión de su entrada en la guerra Todos los recursos que antes habían dedicado a la importación ahora lo dedicaban a las industrias relacionadas con el conflicto.

Antonio no quería seguir allí una vez que empezó todo a empeorar y quería encontrarse con su familia. Llevaba mucho tiempo solo. En Guadalvalle Juan avisó de que empezaban a tener pérdidas por el coste de mantener el negocio en Argentina y entre todos decidieron que Antonio vendiese todo lo que tenía allí y regresase.

Antonio dejó la casa de Rosario y mientras la vendía regresó a Buenos Aires. Cerró los últimos tratos con los distribuidores y tuvo que esperar a liquidar todo el *stock*. Eso le llevó unos meses.

Estaba deprimido. Una tarde paseaba por la Avenida de Mayo cuando de pronto oyó que alguien le llamaba. Era una voz familiar. Se giró y se encontró con Isabela. Seguía igual de atractiva que en sus recuerdos.

—Antonio —dijo ella resuelta y dándole dos besos en las mejillas.

—Hola Isabela —sonrió él—. ¿Cómo estás?, no he sabido nada de ti.

—Estoy muy bien —dijo ella—. Sé que no salió el negocio y pregunté a mi padre por ti. Me dijo que te habías ido a Rosario.

—Me instalé en Rosario pero con la guerra en Europa la empresa no funciona y estoy liquidándolo todo. Calculo que en un par de meses me iré a mi país.

—¿Tu mujer no vino?, estaba convencida de que había venido para estar contigo.

—Al final no pudo ser. Demasiadas obligaciones en España.

—Oye Antonio, ¿por qué no vienes mañana a mi casa y te invito a cenar?

—Creo que no debería Isabela. Lo que pasó aquel día no puede volver a pasar.

—Yo te estoy invitando solo a cenar —dijo ella con una carcajada.

—Está bien —dijo él.

Al día siguiente se presentó con un ramo de flores y una botella de vino en casa de Isabela. A pesar de los años transcurridos en aquel país no se había acostumbrado a las costumbres mucho más liberales de aquella gente. En Málaga una mujer sola nunca hubiese invitado a cenar a su casa a un conocido.

La cena estuvo deliciosa. Pasta y una carne excelente. Todo acompañado por un buen vino. Cuando se hizo tarde Antonio dijo que se tenía que marchar.

—¿De verdad que te vas a ir? —dijo ella.

—Me tengo que ir —insistió él.

—Está bien —dijo ella resolutiva acercándose a él para darle dos besos de despedida.

Antonio no recordaba como aquellos dos besos acabaron convirtiéndose en un beso apasionado que los dejó sin respiración.

Galantemente la cogió en brazos y la llevo hasta su habitación. Antonio no se fue de aquella casa aquella noche ni en los cuatro meses siguientes que fue el tiempo que necesitó para liquidarlo todo.

Se amaron apasionadamente sabiendo que su relación era imposible y en breve iba a acabarse. Un mes antes del final, Isabela le dijo que estaba embarazada.

Antonio se desesperó, pero ella le convenció de que debía irse y vivir su vida allí. Ella no había querido evitar el embarazo. Quería un hijo suyo. Tenía suficiente dinero como para educar a su hijo ella sola sin ningún tipo de problema.

Para ella había sido la única forma de quedarse con algo de él. Antonio se fue y en el barco pasó días torturándose y pensando si debía contárselo a su mujer. Isabela había insistido en que no lo hiciese. No tenía ningún sentido.

Se sintió culpable con las dos mujeres. Con Isabela por abandonarla y con Aquilina por ocultarle la verdad. Era un cobarde y tendría que guardar aquel secreto toda la vida. Sentía muchos remordimientos.

Cuando llegó a Málaga lo primero que hizo fue ir al Notario de la familia.

Allí hizo testamento y nombró heredero a su hijo de Argentina en igualdad de condiciones que a sus hijos de España. Dejó una carta que había escrito para las dos mujeres y que a su muerte debía entregarse a las dos o si ya no estaban, a sus descendientes.

En la carta intentaba explicar lo que no tuvo valor de explicar a la cara a Aquilina mientras que en la de Isabela explicaba lo culpable que se sentía por su cobardía y por haberla abandonado a pesar de todo lo que sentía por ella.

Las quería a las dos.

No sabía que eso era posible. Por otro lado. Aquilina intentó aguantar lo mejor que pudo, aunque cada vez era peor. Se estaban arruinando. Añoraba a su marido, le dolía su ausencia. Era mucho tiempo el que habían pasado separados.

Estaba harta de pelear sola con la educación de sus hijos y con su madre que estaba al final de su vida.

Hubiese salido corriendo si hubiese sabido a dónde ir. Su marido estaba a punto de regresar de pasar años fuera y volvía derrotado. Ella había sido educada para ser un ama de casa perfecta y no una mujer de negocios y eso es lo que ella quería ser en aquel momento. Un ama de casa.

La situación era casi insoportable cuando apareció la posibilidad de vender la empresa familiar de productos cárnicos a la competencia en el mismo pueblo. La oferta era excelente y en parte era tan buena porque las dos familias habían sido muy amigas durante toda la vida y no querían abusar de la desgracia de Aquilina. No había tiempo para comunicarlo a Antonio, lo habló con Juan y decidieron liquidar la empresa.

Aquilina se liberó. Volvía andando de casa de su hermana, con la cabeza en sus asuntos y repasando mentalmente todo lo ocurrido aquellos años. Le iban bien aquellos paseos para despejarse.

De pronto lo vio a lo lejos y el corazón le dio un vuelco.

No puede ser se dijo a sí misma. Aún faltaban tres días para que llegase el barco de Buenos Aires.

Dios mío no puede ser —se dijo.

Se quedó paralizada. No sabía qué hacer. El corazón se le aceleró y empezó a sentir que las fuerzas le abandonaban.

¿Era eso lo que tenía que hacer?, ni hablar —pensó. Había soñado con tocarle y abrazarle. Llevaba años imaginando aquel momento y por fin estaba pasando.

No se lo pensó se arremangó las faldas y salió corriendo hacia su marido.

Se le colgó del cuello y se abrazaron durante unos cuantos minutos. No hablaban. El mundo se había parado a su alrededor.

Se olían, notaban sus cuerpos a través de la ropa. Entonces ella empezó a llorar silenciosamente. Lloraba de la emoción y de toda la contención de aquellos años. Primero fueron pocas lágrimas, pero poco a poco el llanto fue cada vez mayor.

Él le apretaba con fuerza y le susurraba al oído:

—Nunca más, me oyes, nunca más —y hacía todo lo que podía para que no se le escapasen las lágrimas a él también.

Al cabo de un año nació Lucía, la menor de los hijos de la familia.

CAPÍTULO 3

MÁLAGA: LA JOVEN MARÍA

Tras el accidentado nacimiento de José, y con el paso del tiempo todos recuperaron poco a poco el estado de ánimo y la actividad previa a la muerte de Alfonso. Los primeros días era Josefina la que se quedaba en casa con el niño mientras que María ayudaba a Doña Marujita en el taller de costura. Al cabo de unos días Josefina pudo empezar a ir a trabajar llevándose al bebe, tal y como había hecho con todos sus hijos y María volvió a sus clases y al cuidado de las niñas.

Casi sin querer, todo fue recolocándose de nuevo. Josefina cada día estaba más segura de que el sueño en el que hablaba con su hijo era realidad. Sentía que se le había dado la posibilidad de mantener esa última conversación y de poder despedirse. Eso le ayudó mucho a superar aquella tragedia. María era la única que estaba al corriente de todo ello y aunque nunca estuvo de acuerdo con el punto de vista de su madre jamás se lo dijo. Observó que le sentaba bien creerlo y con eso le bastaba.

Marta y en menor medida Ana, eran cada vez más mayores y requerían menos atención de María. Ella les había enseñado a leer y escribir y también les enseñó a sumar, restar, multiplicar y dividir. Era muy divertido enseñar a sus hermanas y ver como poco a poco y no sin esfuerzo, avanzaban. Su padre pensó que no era necesario enviarlas a la escuela ya que María les podía explicar todo lo que necesitaban saber. Fueron las dos únicas que no llegaron a ir al colegio.

La discriminación de las mujeres en la educación era habitual. No había sido tan corriente que a María se le ofreciesen las mismas oportunidades que a sus hermanos varones.

Las niñas colaboraban en las tareas domésticas y entre todas cada vez era más fácil y les ocupaba menos tiempo. José fue creciendo y cuando llegó el momento empezó a ir a la escuela pública del barrio donde estudió primaria.

Sus padres decidieron hacer por él lo mismo que habían hecho por sus hermanos mayores.

Juan seguía con su negocio a pesar de que cada vez le costaba más esfuerzo. Había perdido parte del empuje de la juventud y ahora ya era un hombre en la cincuentena. A pesar de todo no tenía más que dos coches y otro conductor que trabajaba para él, cuando había soñado que tendría una flota.

Casi todo se lo organizaba él mismo. Tenía bastante trabajo y aparte de transportar personas a veces también llevaba pequeñas mercancías o incluso hacían recados.

María tenía verdadera pasión por la enseñanza. Hacía ya años que participaba activamente en la alfabetización de la gente sin recursos de los barrios pobres de Málaga.

Ella no había podido estudiar ni secundaria ni estudios superiores. Su familia no podía pagarlos, así que no podía ejercer de profesora. Lo que sí que podía hacer era aquella actividad. No había un salario fijo, pero de vez en cuando recibían donaciones de alguna que otra familia agradecida y también pequeños regalos muchas veces en forma de alimentos como leche, pan o huevos.

Se había convertido en una joven muy guapa. Su belleza era un poco lánguida y serena. Tenía una bonita figura. Le gustaba arreglarse con esmero para salir a la calle. No tenía un carácter especialmente fuerte, aunque sus ideas eran muy claras y creía saber dónde quería llegar.

El programa de alfabetización en el que participaba le permitía tener la certeza de que hacía algo por los demás y para mejorar la vida de la gente. Le gustaba mucho como le hacía sentir todo aquello. Se sabía útil.

A todo el que la trataba le gustaba su sencillez. A pesar de todo no era siempre realista. En ocasiones pecaba de idealista y de soñadora. Su mente inquieta siempre estaba sedienta de conocimiento. Aquella actividad ponía a su alcance libros de todo tipo que devoraba en sus ratos libres. No importaba cual fuese el tema. Le gustaban las novelas de los autores clásicos, los libros de historia y en general cualquier cosa que la entretuviese. Su curiosidad y su pragmatismo también le habían acercado a las matemáticas. Las mujeres del grupo de alfabetización intercambiaban entre ellas todo aquel material.

En ocasiones leía mientras caminaba por la calle y ni siquiera oía cuando la piropeaban.

Posteriormente, María fue profesora auxiliar. Josefina le había animado a ello. Las profesoras auxiliares normalmente ayudaban a cualquier profesor

que las necesitase. No estaban siempre en la misma clase, pero en el caso de María era diferente.

Ella estaba siempre en la clase de Doña Concha que era la profesora más dura y de peor carácter de toda la escuela. Más de una ayudante había acabado el día llorando por la manera en que le trataba la mujer.

María la había tenido de profesora en su infancia y la conocía bien. Sabía cómo manejarla. Antes que ella sus dos hermanos habían sido alumnos suyos.

El primer día que llegó a clase le soltó a bocajarro:

—Vaya, tenemos otro Martí en la clase. Espero que seas tan buena estudiante como tus hermanos, pero menos gamberra. María había bajado la cabeza y se había ruborizado. Estaba muerta de vergüenza.

—¿Me has oído niña? —insistió la profesora

—Si —dijo la niña en un tono casi inaudible.

—¿Hablas con el cuello de tu camisa o conmigo?

—Con usted.

—Pues entonces habla más alto —le gritó.

—Si —repitió la niña esta vez alzando la voz.

—Pues muy bien —respondió la profesora dándose cuenta de que tenía carácter—. Ya te puedes sentar.

Para sorpresa de ambas, María descubrió en ella, a la primera profesora de verdad de su vida. Aprendió más que con nadie, mientras que Concha tuvo en aquella niña que parecía tímida una de las mejores alumnas de toda su carrera.

Cuando María acabó la primaria perdió el contacto con la escuela y también con la profesora.

Todo se complicó. Nacieron sus hermanas, murió su hermano y nació el pequeño. Eso la tuvo muy ocupada y no pudo pensar mucho en sus ambiciones y en su afición por la docencia. Se conformaba con trabajar en el taller de costura y en enseñar a sus hermanas.

Un día Josefina observaba como enseñaba a Marta a multiplicar y pensó que quizás allí se estaba malgastando una oportunidad de que María se buscase un futuro.

Cuando se quedaron las dos solas fregando los platos de la cena, Josefina le dijo:

—Hoy miraba como intentabas explicarle a Marta eso tan difícil que le enseñas de las cuentas.

—¡Ah, sí! le enseñaba a multiplicar. No es fácil, pero con paciencia todo se consigue.

—Lo haces muy bien. Parecía que Marta te estaba entendiendo.

—Marta es lista —dijo María distraídamente.

—Estaba pensando que es una pena que no te dediques a eso.

María paró de hacer lo que estaba haciendo y riendo le dijo a su madre.

—¿Dónde quieres ir a parar?

—Por qué no vas a tu escuela y miras si hay algo para ti.

—Yo no soy profesora…

—Pero podrías hacer de ayudante. Sé que hay muchas niñas que lo hacen y les dan un jornal.

—No se mamá…

—Doña Concha se pondría muy contenta de verte. Te quería mucho.

—¿Quieres decir que vale la pena?

—Por probar no pierdes nada.

—Tienes razón. Tampoco pierdo nada por ir.

Al cabo de un par de días María se presentó en la escuela y cuando Concha supo que podía tenerla de ayudante hizo todo lo posible para que se la asignaran a ella, y así fue. A partir de aquel momento fue la única ayudante que tenía un aula y un profesor fijo. Todas las demás ayudantes se alegraron muy sinceramente de no tener que aguantar más aquel carácter de Doña Concha.

Tenía una actitud positiva y curiosa y con eso intentaba compensar un poco no haber pasado por la Escuela Normal de Maestras de Málaga. En las pocas ocasiones en que Doña Concha se ponía enferma ella sola se encargaba de la clase sin ningún problema.

Habían pasado un par de años así cuando un día Doña Concha al final de las clases y mientras recogían el aula para tenerla lista al día siguiente le comentó:

—Me han dicho que están buscando a alguien para la escuela nocturna de adultos que van a abrir en la Malagueta. ¿Te interesa?

María había oído hablar de que estaban a punto de abrir aquella especie de escuela.

—Claro que me interesa —dijo María girándose hacia Doña Concha y dejando de hacer lo que estaba haciendo. Pero no sé si estoy preparada y además no tengo titulación.

—No te preocupes por eso. Al principio querían gente de la Escuela Normal, pero al final han visto que saldría más caro de lo que están dispuestos a pagar y van a recurrir a gente con vocación, aunque no tengan estudios.

—Pues a mí me encantaría.

Tan pronto como había acabado de decir aquello pensó que tendría que pedir permiso en casa.

—Pediré permiso a mis padres.

—¿Qué tontería estás diciendo? —dijo Concha. Tú vas y si sale bien le pides permiso a tus padres, no al revés.

—Pues como se entere mi padre de que he ido a ofrecerme sin avisar antes se puede enfadar.

—Ya nos encargaremos de él cuando sea el momento.

—Que nervios Doña Concha, muchas gracias por pensar en mí.

—El asunto lo está coordinando Pilar Marqués que es una gran amiga mía. Ya he hablado con ella y te espera mañana por la tarde. Te daré las señas para que te presentes allí.

Era verdad que Concha tenía mano con Pilar. Habían estudiado juntas.

Pilar era una niña de *familia bien* de Málaga y estudió porque algo tenía que hacer mientras esperaba para casarse, como la mayoría de las jovencitas de su nivel social. Concha era su amiga rebelde, contrariamente a su amiga sabía que no se casaría nunca. Por un lado porque no había hombre que tuviese lo que hay que tener para estar con ella y en segundo lugar porque en secreto para los demás estaba enamorada de Pilar.

Pilar le correspondía y ambas habían pasado una juventud tórrida y secreta alternando las clases, los libros y las sábanas y todo oculto al exterior, ya que si se hubiese sabido podrían haber acabado en prisión. Pilar mucho más preocupada por las apariencias y cumplidora del rol que le correspondía, había encontrado un señorito con el que casarse y se había convertido en una señora de la alta sociedad. Concha ni siquiera había buscado y sustituyó sexo por comida, que en cincuenta años.

Ambas tenían encuentros esporádicos. Secretos y cargados de morbo.

Cada vez eran menos frecuentes y en la actualidad se podía decir que eran amigas íntimas.

Pilar se aburría tanto con su vida que tuvo que buscar otros alicientes y con un conjunto de señoras ricachonas y sin otra cosa que hacer, se dedicó a realizar obras de caridad de todo tipo.

Habían empezado yendo a los comedores sociales a ayudar, al cabo de un tiempo también decidieron acudir a los hospitales como voluntarias, pero les resultaba muy desagradable tener que limpiar sangre y heces así que finalmente viendo que seguían aburriéndose, pensaron en montar una escuela para adultos.

El objetivo era que los adultos analfabetos que constituían una buena parte de la población de la ciudad aprendiesen a leer. Era sencillo, no hacía falta que se ensuciaran y ni siquiera tenían que perder mucho tiempo en la escuela. Por otro lado, con la excusa de organizado todo podían celebrar reuniones en casa de una y de otra.

Mucha gente de los barrios más desafortunados veían la necesidad de aprender, pero no tenían recursos para ello así que cuando supieron que se iba a abrir aquel centro hubo cola para poderse apuntar. Además, no tenían que pagar nada.

El local estaba en la Malagüera y buscaban gente dispuesta a enseñar y aunque no era necesaria la titulación oficial sí que requerían una cierta experiencia en la enseñanza. Serian remuneradas y no eran muchas horas las que tenían que dedicar.

Aunque toda la escuela estaba al corriente del tema, Concha no había prestado mucha atención. Casualmente en una conversación entre las dos amigas, había salido la cuestión de que Pilar y sus socias aún buscaban candidatas y Concha pensó en María y le concertó la entrevista.

María se presentó en el lugar indicado a la hora fijada. Vestía una falda lisa azul marino y una blusa de manga corta blanca de algodón. Tenía la apariencia correcta para la ocasión: Clásica y discreta.

En la puerta se encontró con el pintor del local subido en una escalera, que después de mirarla de arriba abajo y proponerle todo tipo de guarrerías le indicó donde estaba Doña Pilar. No le quitó los ojos de encima mientras se alejaba y a punto estuvo que se le cayese la lata de pintura.

María sin hacer caso y sofocada, se dirigió a donde le habían indicado que estaba la mujer. Pilar estaba en un cuarto que utilizaba como despacho, sentada haciendo ver que miraba papeles, aunque en realidad esperaba a María. La joven golpeó levemente la puerta y entró cuando oyó que le decían «*adelanté*».

—Buenas tardes, ¿Doña Pilar Marqués?, soy María Martí y me envía Doña Concha.

Pilar la observó disimuladamente. Le pareció que tenía el aspecto adecuado, quizás un poco más atractiva de lo que buscaba, pero en fin eso no era lo principal.

—Pase Señorita Martí. La estaba esperando. Siéntese. ¿Quiere tomar alguna cosa?, Puedo hacer que el grosero del pintor nos vaya a buscar algo —dijo sonriendo y dando a entender que había oído las barbaridades que le había dicho.

—Muchas gracias Señora Marqués pero en este momento no me entra nada.

Se me ha cerrado el estómago.

—No esté nerviosa. Viene muy bien recomendada. He oído decir verdaderas maravillas de Usted. Quizás podría hablarme un poco sobre sus planes de futuro, que ha hecho hasta ahora y por qué cree que es una buena candidata.

Al principio nerviosa, pero poco a poco más confiada, María le explicó lo que había hecho hasta aquel momento. Le habló de la alfabetización que hacía como voluntaria, de que le gustaba mucho la docencia, pero no había tenido recursos para estudiar y de lo que hacía actualmente.

Pilar le preguntó si tenía novio y planes de casarse ya que muchas mujeres dejaban de trabajar cuando contraían matrimonio. María rio negándolo y bromeando sobre que nadie quería casarse con ella al menos hasta aquel momento. El ambiente acabó siendo muy agradable. María había gustado a Pilar y Pilar le inspiró suficiente confianza a María como para que se explayara en sus explicaciones.

—Bueno, señorita Martí, imagino que ya se da cuenta, pero le confirmo que el puesto de trabajo es suyo, cumple con todos los requisitos deseados.

—No tendrá ninguna queja —dijo María con una gran sonrisa. No daba crédito a lo que le estaba pasando.

—Imagino que ya le ha contado Concha que el salario no es muy elevado, pero a cambio podrá seguir trabajando si lo desea en la escuela por las mañanas así que si lo hace tendrá unos ingresos al final que no están nada mal para una muchacha de su edad.

María volvió a casa casi flotando. Estaba muy contenta. Ahora solo faltaba que sus padres no pusiesen ningún problema. Podría continuar por las mañanas en la escuela con Doña Concha y por las tardes en la escuela de alfabetización. Tendría que dejar las clases particulares nocturnas para enseñar a leer y escribir, pero Doña Pilar le había dicho que si alguno de sus alumnos estaba interesado y ella lo consideraba conveniente podrían mirar de adelantarlo en la lista de espera para la matriculación en la escuela.

Aquella noche después de cenar les explicó a sus padres la entrevista que había tenido y el nuevo trabajo que le habían ofrecido. La reacción de Juan fue la que María se temía.

—Ni hablar. Tienes un trabajo que está bien y no lo vas a dejar por ir a dar clases a una gente que cualquier día puede llegar borracha o meterse en política o cualquier otra cosa.

—Pero papá yo ya me he comprometido y también me van a pagar. No hace falta que deje el trabajo de la mañana. Puedo combinarlo y además ya lo saben y me lo permiten.

—Que no niña y como te pongas cabezona te envío con tu hermano a Guadalvalle —cada vez esa amenaza se convertía en algo más habitual.

Juan quería lo mejor para su hija, pero tenía miedo por ella. La veía todavía como una niña y pensaba que moverse por aquellos barrios era muy peligroso. Si a ella le pasaba algo, él no se lo perdonaría nunca.

—No es justo —se atrevió a insistir María.

—Pues no será justo, pero tú no vas —insistió Juan inflexible, él sabía perfectamente como miraban los hombres a las jóvenes tan bonitas como su hija.

—¿Por qué no quieres que ayude a la gente? —insistía María.

—¡Basta! —dijo Juan alzando la voz.

María abandonó la habitación llorando y se refugió en el dormitorio que compartía con sus hermanas. Estaba furiosa. No entendía a su padre. Decidió que con permiso o sin él se había comprometido e iría, lo que no se le acababa de ocurrir es como hacerlo y que consecuencias iba a tener su rebeldía.

Al cabo de un rato Josefina fue a verla e intentó calmarla.

—No te lo tomes así —decía la mujer mientras le acariciaba la cabeza—. Ya sabes cómo es tu padre, tiene miedo de que te pase algo. Se imagina cincuenta mil cosas. No te preocupes hablaré con él y le convenceré.

—Pero mamá yo ya he dado mi palabra.

—Y la cumplirás. Hazme caso y no te preocupes.

—Quiero ir —insistió María.

—E irás, solo dame un par de días para convencerle.

—¿Por qué cree que no me puedo defender sola? —dijo María—. ¿Tan inútil me ve?

—Ya te digo que tiene miedo. Tu padre te quiere tanto que solo de pensar que te puede pasar algo le vienen todos los males. Es algo natural —le dijo Josefina— para él sigues siendo su niña. Dale un poco de tiempo. Es la primera vez que una de sus hijas se hace mayor.

Josefina intentó hablar con Juan aquella noche, pero Juan se mantuvo firme en su negativa. Decidió que al día siguiente volvería a intentarlo. Por la mañana no se encontraron. Juan había pasado mala noche y cuando la joven se levantó, él ya no estaba.

María pasó un mal día y entre clase y clase se lo fue explicando a Doña Concha, que se decidió a tomar cartas en el asunto y a la salida de la escuela

se fue directamente a buscar a Juan a su garaje. Habían tenido más de una conversación cuando los niños habían ido a la escuela.

Tuvo la suerte de que él estaba allí y no hizo falta esperarle

—Hombre Juan Martí ¿cómo está usted?

—Bien Doña Concha ¿y Usted?

—Pues mira, yo estoy muy contenta con tu hija. Como ya debes saber va a empezar a dar clases a los adultos de la Malagueta. Me he enterado de tu absurda cabezonería en no dejarla.

—Bueno… —empezó Juan sin saber bien que decir, tras pasar toda la mañana dándole vueltas— verá es que no me gusta que vaya por esos barrios tan tarde…

—Vaya tontería. Tienes miedo y no tienes derecho a traspasárselo a tu hija. Tú tienes el problema no ella.

—… no le digo que no…, pero…

—Pero nada. Tienes la suerte de que la niña vale mucho. Quiero que la dejes ir y que no le pongas problemas. Ya sé que te crees que lo haces por su bien, pero te estás equivocando y así la acabaras perdiendo. Espabila de una vez que ya eres muy mayor, y déjala hacer su vida.

Tal y como acabó de decir aquello, Concha se dio la vuelta y se marchó sin dejar oportunidad a ninguna réplica. María empezó las clases tal y como estaba previsto. Al final de aquella primera semana María recibió su primer sueldo que también entregó íntegramente a su madre. Toda ayuda era bienvenida, aunque tenían para cubrir sus gastos normales con los salarios del matrimonio, la nueva aportación les permitiría vivir un poco mejor. Josefina le daba dinero a María para sus gastos y siempre que podía le iba comprando cosas para hacerle un ajuar. Cualquier día tendría novio y quería que fuese la envidia de todo el mundo.

Madre e hija conocían a Concha y adivinaban lo persuasiva que podía llegar a ser, pero no tenían ni idea de que le habría dicho a Juan para hacerle cambiar de opinión con tanta facilidad. Aquel día había llegado a casa y se fue directo a dónde estaba María. Le dijo que se lo había pensado y que tenía su permiso. Luego se fue, ellas imaginaban que al bar que solía ir, y apareció cuando los niños ya habían cenado y estaban en la cama.

Josefina le esperó y le preparó la cena, pero él no quiso explicarle nada.

Esto pasaba en 1911, cuando María, tenía 21 años. Al principio iba tres horas cada tarde y sus alumnos iban llegando cuando acababan sus jornadas laborales.

A primera hora eran principalmente mujeres que estaban en sus casas y a medida que avanzaba la tarde se incorporaban los hombres y mujeres que salían de sus trabajos.

Fue inevitable que el horario se ampliara. La gente se sentía a gusto y además de aprender debatían de los temas de actualidad que podían ser muy variados.

En el mes de Julio las Sociedades Anarquistas fomentaban una huelga general y aquel fue el tema de discusión habitual durante aquellos días. Por momentos María temía que se le pudiese escapar de las manos el control de la clase, pero por suerte no llegó a pasar nunca. Sus alumnos solían hacerle caso a pesar de su juventud.

Posteriormente, la discusión principal pasó a ser el motín de la fragata Numancia en Tánger y la amenaza de bombardear Málaga. Era una amenaza seria y había gente que tenía miedo. Muchos de sus alumnos se alarmaron cuando supieron que algunos de sus patrones habían enviado a sus mujeres e hijos a sus residencias fuera de la ciudad. La gente lo interpretó como una señal de que el bombardeo era inminente y los estaban poniendo a salvo.

A María le gustaban aquellos debates. No los fomentaba porque como profesora no debía hacerlo, podían llamarle la atención sus empleadores, pero tampoco los impedía ya que podían ser utilizados pedagógicamente en redacciones, lecturas de diario e incluso en debates *civilizados*.

Existía el riesgo remoto de que en mitad de un debate acalorado apareciese Pilar Marqués o cualquier otra de sus amigas y se molestasen por esa actividad. Hacía falta que la situación estuviese en todo momento bajo control y esa era una de las tareas principales de María.

En el otoño de aquel mismo año María se había consolidado en su puesto.

Cada noche, al salir caminaba a paso ligero hacia su casa. Como siempre, iba cargada con lápices, libretas y un par de diarios, el material de la clase.

Acostumbraba a alejarse de las calles principales y atajaba por calles pequeñas.

No quería llegar a casa demasiado tarde para que no se preocupasen. Además, sabía que su madre le guardaba siempre su cena caliente. Había gente que iba en la misma dirección, pero no tenían tanta prisa así que la mayoría de días no les esperaba.

Había llovido por la tarde, pero ahora el cielo estaba raso. El suelo seguía mojado y había pequeños charcos y lugares donde era fácil resbalar. La calle estaba muy poco iluminada, prácticamente toda la luz era la que venía de las ventanas. Como era tarde y había mucha humedad no había nadie por la calle.

Oía el repique de sus propios pasos en los adoquines cuando de pronto y al pasar junto a un portal notó que un brazo la sujetaba fuertemente y le atraía hacia la oscuridad.

María de momento no fue consciente de lo que estaba pasando, pero enseguida quedó paralizada por el miedo mientras que el hombre que la sostenía reaccionó rápido inmovilizándola con su propio cuerpo mientras que le tapaba la boca firmemente.

—Como abras la boca te rajo el cuello aquí mismo —dijo aquel hombre con voz rota y mirándole fijamente a los ojos mientras le ponía un cuchillo de cocina en la garganta.

Mientras apretaba su cuerpo contra el de ella para que no se pudiese mover, y con una mano sostenía el cuchillo en el cuello de la mujer, con la otra mano la toqueteaba en busca de cualquier cosa que pudiese llevar la chica encima.

María respiraba pesadamente, apenas le llegaba aire a sus pulmones y le aterrorizaba el tacto del metal de la hoja que imaginaba, más que notaba en el cuello. Poco a poco intentó ir tomando el dominio de sí misma y conseguir tranquilizarse. Estaba convencida de que eso era transcendental para que aquello no acabase fatal para ella.

—Dame todo lo que tengas —le dijo aquel hombre sin disminuir la presión y una vez que había acabado de registrarla.

—No voy a gritar —dijo María con un hilo de voz—. Si deja de apretarme le daré lo poco que llevo —dijo con voz lo más firme que pudo y deseando que todo pasase rápido y que aquel hombre no le hiciera daño.

—Está bien, nada de trampas —dijo él— dame rápido lo que tengas o te dejo tiesa aquí mismo.

—No sé qué quieres encontrar. Los que vivimos por aquí estamos todos igual.

—No todos —dijo él— tú comes cada día y mi familia no.

María le entregó el poco dinero que llevaba encima y tan pronto como el hombre lo cogió salió corriendo dejándola allí sola y a oscuras.

Se sentó en el suelo e intentó calmarse. Al cabo de unos minutos empezó a notar que ya no temblaba. Se puso de pie y se colocó bien la ropa. Recogió todo lo que tenía desparramado por el suelo y una vez que fue consciente de que todo había salido bien y en realidad había perdido tan solo el poco dinero que llevaba encima no pudo evitar ponerse a llorar.

Todo había pasado muy rápido y podía haber acabado muy mal. De vez en cuando los diarios llevaban noticias sobre asesinatos en la ciudad. Imaginó

lo que hubiese representado para su familia que le hubiesen matado allí mismo.

Casi le preocupaba más eso que lo que pudiese pasar a ella.

No tardó mucho en llegar a casa. Se dio un repaso antes de entrar para que todo estuviese correctamente y entró.

—Hola niña, sí que llegas tarde hoy —dijo Josefina.

—Si mamá tenía mucho trabajo.

—Pues a cenar y a dormir que mañana te espera Doña Concha.

Josefina se fijó en María y le dijo:

—Tienes mala cara, ¿has llorado?

—¿Yo? —dijo María haciéndose la sorprendida—. ¿Por qué iba a llorar?, solo estoy cansada.

Nunca iba a contarlo. No quería preocuparles ni tampoco quería volver a la discusión sobre dejar aquel trabajo. Durante los días siguientes se obligó a regresar sola y por el mismo camino. Era la única forma que se le ocurrió de no coger miedo a andar por la calle de noche.

El año 1912 fue más tranquilo para Málaga. La historia que más se comentó en clase era la del torero Ricardo Torres que secuestró a su amada, en contra de su voluntad y de la de su familia y que cuando fue a juicio salió inocente. Nadie pensaba que la justicia había funcionado bien. Aquel hombre era culpable, aunque también había mucha gente dispuesta a perdonarle cualquier cosa al matador y considerarlo inocente. María participaba en las conversaciones, aunque normalmente tan solo hacía de moderadora entre las diferentes posiciones. Le gustaba oír a la gente mayor y aprender de sus experiencias. Se le estaba despertando la conciencia social.

Un buen día, uno de sus alumnos, llegó con un acordeón. El hombre venía directamente de tocar en una boda por lo que había ganado algunos reales.

Enseguida los alumnos de la clase de María empezaron a pedir que dejasen las letras y los números por aquel día y que les tocase algo. En poco rato se montó una fiesta. Unos enseñaban a otros pasos de baile mientras todos cantaban y reían olvidando así sus pequeñas y grandes miserias cotidianas.

Un día al llegar a la escuela se encontró con un nuevo alumno. Se trataba de un joven que aparentaba más o menos su misma edad, aunque resaltaba entre todos los demás. Para empezar media veinte centímetros más que el resto de los adultos de su clase, además el color de sus ojos era de un azul casi gris que no era fácil de ver por aquellas latitudes. Su cabello era castaño bastante claro y se notaba que había estado haciendo trabajos físicos por su

corpulencia, quizás venía del campo. A María le atrajo poderosamente desde el mismo momento en que lo vio.

Rafael, uno de sus alumnos más activos en política y que llevaba tanto tiempo yendo a clase que sabía leer y escribir perfectamente pero no quería dejar de participar en aquellas clases. Se acercó a ella acompañado del joven y se lo presentó:

—Mire usted señorita, este hombre es un vecino mío que se llama Alfred.

María, intentó que no se le notase la impresión que le había causado y le saludo lo más formalmente que pudo.

—Hola —le dijo María sonriendo.

Alfred, recogió su mano sin abrir la boca y la sujetó delicadamente intentado no ejercer una presión incómoda que pudiera molestarla. Rafael siguió:

—Verá señorita maestra —la mayoría la llamaba así—. Alfred sabe leer y escribir, pero él no es español. Él es alemán y sabe poco español y nos preguntábamos si podría aprender nuestro idioma aquí en clase.

María no sabía que decir. Lo correcto hubiese sido pedir permiso al comité de organizadoras ya que normalmente eran ellas las que daban permiso o no para incorporar nuevos alumnos.

—Tendría que pedir permiso —dijo dubitativa dirigiéndose a Alfred— estoy dispuesta a ayudarle, aunque no tengo ninguna experiencia en enseñar el idioma a un extranjero y no sé si lo haré bien.

—*Bite Fräulein* —dijo Alfredo con un acento fuerte— puedo hablar poquito español. Aprendo *sehr* rápido. No molestaré en la clase.

—¿Qué pasaría si no pide permiso? —dijo Rafael. Nadie lo dirá y ellas no pasan nunca por aquí.

María no contestó. Intentaba resistirse a aquella mirada de Alfred que observaba con intensidad todo lo que Rafael y María hablaban. Pensó unos segundos y al final resolvió:

—Bien Alfred, hoy quédate y mañana por la mañana intentaré hablar con Pilar Marqués. No creo que tengamos ningún problema, pero las cosas se tienen que hacer bien. Veremos si nos dejan y si yo sé ayudarte. Siéntate donde puedas.

—*Viele Danke* —respondió Alfred con una gran sonrisa mientras se sentaba.

—Dice que muchas gracias —dijo Rafael—. Ya verá que es muy buena gente y seguro que aprende muy rápido. Estos alemanes son muy listos.

Todos estaban muertos de curiosidad por aquel joven extraño y María la primera así que decidió enterarse de quien era.

—Alfred, para que yo pueda saber cuánto español sabes me gustaría que me contases alguna cosa, por ejemplo, de dónde vienes y por qué estás aquí.

—Yo soy *Deutsh*. Mi nombre es Alfred Stern.

—Quiere decir alemán aclaró Rafael.

—Vivía en Chemnitz —siguió Alfred—. Trabajaba en una mina de lignito, cerca de la ciudad, pero vivía muy mal. Trabajábamos muchas horas. Malas condiciones. Poco salario. Tenía hambre y ganas de conocer otros lugares. Decidí que podía venir aquí a seguir pasando hambre, pero con sol —dijo a la vez que sonreía con humor.

—No está nada mal para empezar —dijo María— intentaremos que aparte de no tener frío consigas comer bien. ¿Qué haces ahora en Málaga?

—Estoy ayudando a Rafael en la fábrica textil La Aurora. Ayudo con las máquinas.

—Muy bien —dijo sonriendo— como ya te debe haber explicado Rafael, esto es una escuela para que la gente mayor aprenda a leer y escribir. También enseñamos un poquito de matemáticas. Hablamos mucho y leemos los diarios.

Luego discutimos sobre lo que hemos leído. Espero que tengamos el permiso de la dirección y que a partir de ahora podamos decir que también enseñamos a hablar español.

Al día siguiente María fue a casa de Doña Pilar Marqués y le expuso el caso.

—Ya te dije que si tenías algún alumno lo podíamos poner en la lista y adelantarlo. ¿Quieres que ese joven vaya a tu clase?

—Puede ser interesante ya que nunca he enseñado el idioma a nadie.

—Pues no hay problema, ya es alumno tuyo.

Al joven se le iluminó la cara cuando María le contó que tenía autorización para tenerlo en clase. Para él era una manera de empezar a conocer gente y relacionarse en su nueva ciudad.

A partir de aquel día Alfred se integró en la clase y participaba en las discusiones habituales como buenamente podía. Su llegada fue una excusa para introducir temas de gramática que ayudaban a todos.

La gente intentaba enseñar y explicar palabras nuevas al recién llegado que aprendía cada día nuevas expresiones. Solía apuntarlo todo en una libreta que llevaba. Al principio escribía en alemán, pero poco a poco aumentaron las

anotaciones en español. Al final del día María corregía las faltas de ortografía que hacía alargando la clase solo para él unos minutos.

Para todos ellos Alfred pasó a ser Alfredo y mientras que al principio intentaban no hacerle muchas bromas porque parecía muy serio, poco a poco le fueron tomando confianza y se metían con él. A Alfredo lejos de ofenderle le gustaba. Era una manera de integrarse. Su español mejoraba día a día.

A María le atraía aquel hombre. No sabía si por su físico o por lo misterioso que era para todos ellos, una persona tan diferente y con una vida que no tenía nada que ver con la suya. Seguro que había estado en sitios que nunca vería y debía tener experiencias totalmente diferentes a las que conocía.

Tuvo que admitir que le atraía por las dos cosas.

Por su parte a Alfredo también le gustó María desde el inicio. Una mujer joven y guapa como ella no le había pasado desapercibida. Era muy latina, femenina y simpática. Además, era muy lista y podía controlar a los alumnos de aquella clase de una manera agradable. Mucha gente no hubiese podido hacerlo.

Alfredo cada vez anotaba más cosas. Lo hacía porque le interesaba aprender, pero también porque después se podían quedar más rato, los dos solos hablando de las faltas de ortografía. Alguna incluso la hacía a pesar de saber la manera correcta de escribir la palabra.

Ella no era tonta y se dio cuenta desde el principio, pero le gustaba aquello y no dijo nada. Al salir, como era tarde, Alfredo la acompañaba hasta un par de calles de donde vivía ella y allí esperaba hasta que la veía entrar en su portal. Para calmar a sus padres, María había explicado que un alumno que vivía cerca la acompañaba para que no fuese sola.

Nadie preguntó más, aunque empezaron a hacer sus conjeturas. A Alfredo trabajar, aprender el idioma y sentirse parte de la clase también le sentó bien. Su aspecto mejoró con los días y claramente se le veía mucho más animado que el día en que apareció por allí por primera vez.

Al cabo de un año Alfredo no necesitaba prácticamente para nada las clases. Hablaba bastante bien el idioma, aunque con acento. Aquel año de 1913 había muerto Arturo Pérez Aguilar, escritor importante, y ambos trabajaron conjuntamente los *Cuentos Andaluces* del autor.

Un jueves por la tarde, al acabar la clase y cuando todos ya se habían ido, María estaba recogiendo las libretas, y borrando pizarras, cuando de pronto se giró y se topó con los ojos de Alfredo que le miraban con aquella intensidad habitual.

Ahora ya no hacía falta corregir cada día la ortografía, pero Alfredo le esperaba igual y la acompañaba a casa. Ambos se quedaron unos segundos en silencio. Alfredo fue el primero que habló.

—María, he pensado que si quieres podríamos vernos el sábado y hacer alguna excursión por los alrededores. La verdad es que no tengo muchas relaciones en Málaga. Podemos hablar de muchas cosas, de los *Cuentos Andaluces*, por ejemplo. No siempre entiendo bien lo que dicen.

María no sabía que decir. Le había pillado por sorpresa. Ahora ya hacía tiempo que se conocían y aunque ella era la profesora y él era el alumno, sabía perfectamente que la atracción entre ellos era algo mutuo.

A pesar de que ya tenía 23 años nunca había salido con nadie. No se lo habían pedido. Según su madre asustaba a los hombres con tanta cultura.

—No sé Alfredo. Tendría que mirar como lo explico en casa. Además, quien sabe si te acabaré aburriendo —una vez que lo había dicho se arrepintió.

—¿Aburrir? —exclamó él extrañado—. Disculpa, pero eso es justo al revés, eres la persona más interesante que he conocido en toda mi vida.

María se sonrojó a su pesar y pensó que le apetecía salir con aquel hombre. En realidad hacía tiempo que lo pensaba. No tenía ninguna intención de dejar escapar aquella ocasión y no quería volver a arriesgarse a meter la pata.

—Está bien —dijo con una amplia sonrisa que iluminó su cara—. ¿Cómo quieres que quedemos?

—He oído decir que desde la semana pasada hay una línea de ferrocarril que va de Málaga a Coín. Es un tren de vía estrecha. ¿Qué te parece si vamos y almorzamos en el campo?

—Muy bien, yo llevaré la comida. ¿Cómo nos encontramos? —respondió viendo que él lo tenía ya planeado.

—¿Te parece bien a las 10? Te recogeré en la puerta de tu casa. Sé dónde vives.

Alfredo sonrió y se dio la vuelta mientras María se quedó pensativa.

—Mejor quedamos en la escuela. Yo te estaré esperando aquí.

Había reaccionado en el último momento. No quería contar en casa que tenía una cita con un alumno. Ya lo contaría más adelante si realmente la cosa avanzaba.

Se decidió a hablar con Doña Concha y le pidió permiso para preparar la comida de la excursión en su casa. A sus padres les explicaría que estaba con la mujer preparando unas clases.

A María el tiempo se le pasaba muy despacio. Estaba impaciente.

Por la casa andaba totalmente despistada. Josefina fue la primera que se dio cuenta. Era una mujer observadora y además tenía un sexto sentido para según qué cosas.

Por fin llegó el sábado.

Alfredo pasó por la escuela puntualmente a la hora que habían acordado.

Vestía con unos pantalones cómodos sujetos por unos tirantes, una camisa blanca arremangada y una gorra *de maquinista*. María también iba con ropa cómoda. Llevaba una falda ancha y una camisa estampada que le daba un aire muy alegre y juvenil. El pelo lo llevaba recogido en una coleta, aquel peinado destacaba sus bonitos rasgos.

Se saludaron, y se dirigieron a la estación de donde salía el tren a Coín. El trayecto de tren fue muy agradable. Hablaban de sus cosas, iban casi solos en el vagón. Hacía un sol espléndido pero el calor no era tan agobiante como podía serlo en el mes de junio.

Recordaron anécdotas de la clase y de los demás alumnos. También se rieron de ellos mismos y de los primeros tiempos de Alfredo en la escuela.

Luego Alfredo le habló de cómo era su pueblo que estaba en la región de Sajonia, en Alemania, pero a pocos quilómetros de la frontera del imperio Austrohúngaro. Allí sí que estaban las cosas feas.

Cuando llegaron a la estación Alfredo propuso ir a casa de un conocido suyo, donde le esperaban y le dejaron una bicicleta. María se sentó en el manillar y se dirigieron a las afueras del pueblo.

Siguieron por el río Pereila hacia arriba y cuando llegaron a un lugar que les gustó, decidieron que era un buen sitio para comer. María desplegó la manta que llevaba en su cesta y sacó la comida. Llevaba tortilla, carne empanada y embutidos. De postre había cogido fruta y para beber vino tinto. Comieron y rieron hasta acabar con todas las existencias. María no comía mucho, pero Alfredo sí. Cuando acabaron recogieron todo y relajados y con un poco de alcohol en la sangre se estiraron sobre la manta a tomar el sol.

—Cuéntame María cosas sobre ti, ¿cómo llegaste a dar clases? ¿Tu familia ha vivido aquí toda la vida?

—Bueno —dijo ella— es poco interesante. Soy una persona normal de una familia corriente. Tengo un hermano mayor y tres hermanos menores. Mi madre cose y mi padre lleva un coche de caballos. Como muchas otras familias, no pudieron pagarnos estudios superiores, pero se esforzaron en que los mayores acabásemos primaria y ahora pretenden que mi hermano pequeño estudie también secundaria. Ojalá lo consigamos. Respecto a las clases poco a

poco me fui metiendo en el tema. No tener titulación lo hizo más complicado, pero al final si te esfuerzas lo consigues.

—Tienes una gran familia. Eso es una suerte. Yo casi no recuerdo cuando mi familia estaba viva —su cara se entristeció y no era la intención, así que le dijo:

—Vamos a darnos un baño.

—Pero ¿qué dices? Yo no he traído traje de baño —dijo ella divertida.

—En Málaga ¿la gente no se baña en los ríos? —preguntó él siguiendo la broma.

—Sí, pero aquí somos muy decentes —dijo María riendo y con curiosidad sobre cómo iba a acabar aquella situación.

—¿Y si no llevas bañador? —Alfredo no entendía nada.

—Pues no nos bañamos.

Alfredo no se lo pensó dos veces, se quitó la camisa, los pantalones y se quedó en calzones que le llegaban hasta justo por encima de la rodilla. Antes de que María reaccionase él se había tirado al agua.

—Estás loco —le gritó María entre risas desde la orilla. No le sacaba los ojos de encima. Veía como se reflejaba el sol en su piel mojada y eso se le hacía irresistible.

—No, tú estás loca por no bañarte —le dijo Alfredo riendo—. Va, ¡atrévete y ven al agua! —estaba desesperado por verla en el agua.

—Me da vergüenza —le dijo María, aunque en realidad se moría de ganas de bañarse.

—No hay nadie más que nosotros —insistió— ¿de qué tienes vergüenza?, ¿de mí? —le dijo para provocarla.

María se había ido quitando la falda y la camisa y se había quedado en ropa interior. Llevaba un bonito viso de algodón. *Estoy loca* se dijo ella misma, pero cuando se quiso dar cuenta estaba también en el agua.

Jugaron y chapotearon como niños. María intentó hundir a Alfredo en el agua y él la cogió en brazos y la lanzó dejándola caer suavemente. Todo aquello les llevó a un contacto físico totalmente inevitable. Cada vez estaban más excitados.

En un momento y sin saber cómo sus bocas se encontraron. El beso fue cálido y largo. Ambos lo buscaron.

De pronto a María le entró el pánico y se apartó. Estaba experimentando nuevas sensaciones y tuvo miedo de la excitación que sentía. Era superior a lo que había imaginado.

Los dos estaban sorprendidos.

—Empieza a hacer frío, me voy a secar —le dijo María saliendo del agua.

—¿Te has enfadado? —le preguntó Alfredo preocupado mientras salía detrás de ella.

—¿Enfadado? —dijo María mientras lo miraba con ternura, a pesar de lo grande que era todo él era inocencia—. No Alfredo, me ha gustado mucho, pero he tenido miedo.

—Por favor no me tengas miedo. Perdóname si he sido brusco. No he querido molestarte. La verdad es que hacía mucho tiempo que soñaba con este momento —estaba realmente preocupado.

—Era yo quien me daba miedo —dijo con voz apenas inaudible—. Alfredo me gustas desde el principio y me gustas mucho, pero en realidad sé muy poco de ti. Me gustaría conocerte mejor. Te propongo que vayamos poco a poco.

—Como tú quieras María, he esperado más de un año y esperaré todo el tiempo que haga falta.

Se extendieron mojados encima de la manta que habían traído y sobre la que habían comido hacía un rato. Hacía un sol muy agradable. Delicadamente María acercó su mano a la de él y suavemente entrelazaron los dedos.

Estuvieron un rato en silencio. Finalmente fue ella quien tomó la iniciativa.

—En realidad me has contado muy poco de ti. No sé quién eres.

—Soy un antiguo minero alemán —dijo él como si aquello fuese lo que más le caracterizaba.

—Eso ya lo sé —dijo ella sonriendo—. ¿Por qué has venido hasta aquí?

Debía haber algo más que te impulsara a cruzar el continente.

—Es cierto —dijo él. El rostro se le ensombreció. De golpe desapareció aquella expresión sincera y transparente que tenía normalmente.

—¿No lo quieres compartir conmigo? Si vamos a ser novios deberíamos ser sinceros el uno con el otro —dijo María que estaba inclinada de lado mirando hacia él.

Alfredo puso un brazo detrás de su nuca mientras buscaba como empezar su historia.

—Tienes razón. Debo ser honesto contigo.

—Por favor. Si queremos tener una relación deberías serlo.

—La verdad es que yo vengo de una familia humilde —dijo Alfredo muy serio— vivíamos en un pueblo cerca de Chemnitz y mi padre, mis hermanos y yo trabajábamos en una empresa minera de la zona. Cuando cumplí dieciocho años me casé con Judith, una vecina de toda la vida. Se decía que desde

pequeños estábamos prometidos el uno con el otro. La casamentera de nuestra comunidad lo había arreglado. Judith era morena, con ojos marrones. Tenía el pelo rizado y era muy guapa. Siempre estaba cantando y riendo.

María se quedó callada. No se esperaba una revelación como aquella.

Resulta que él estaba casado. Alfredo tardó unos minutos en seguir con el relato

—Un día Judith fue a comprar fruta al mercado del pueblo tal y como solía hacer frecuentemente. Compraba manzanas casi siempre y hacía tartas cuando se empezaban a estropear. El ambiente en el pueblo era normalmente bueno, pero en los últimos tiempos la mina había despedido a bastante gente.

Por suerte yo conservé mi trabajo. Por desgracia, había muchos jóvenes que no tenía nada que hacer y formaban grupos que se pasaban el día borrachos en el pueblo.

Paró otra vez, hacía tiempo que no explicaba la historia y se esforzaba en recordarlo todo tal y como era.

—Uno de esos grupos de jóvenes la vieron pasar y se metieron con ella.

La insultaron por ser judía. Normalmente no había conflictos entre las comunidades. Los judíos éramos pocos en esa zona así que se nos aceptaba bien.

—No me habías dicho que eres judío.

—Si lo soy. Al final la dejaron en paz y no pasó nada más. Ella hizo su compra y cuando acabó se fue a casa. Vivíamos en las afueras del pueblo.

Cuando Judith estaba abriendo la puerta alguien la empujó. Por lo visto se había acercado sin que ella se hubiese dado cuenta. Realmente no sé exactamente como fue. Era Klaus, el que se había metido con ella un rato antes pero ahora iba solo.

María, estaba horrorizada y anticipaba sin querer un desenlace trágico. Le vino a la cabeza como se había sentido cuando le asaltaron hacía ya un tiempo y no pudo evitar que le viniesen a los ojos unas tímidas lágrimas. Por Judith, por Alfredo y por ella misma.

—Le empujó y la hizo entrar en casa. Ella estaba sola y no sabía cómo defenderse. Klaus la sujetó con fuerza y le rompió el vestido y allí mismo la forzó. Cuando acabó con ella empezó a buscar por toda la casa. Cuando ella se recuperó intentó atacarle, pero él se volvió y le debió pegar. Judith se desnucó. No estoy seguro de que fuese exactamente así, pero se debió parecer mucho por como lo encontré todo al llegar a casa.

—Lo siento mucho —susurró María mientras le acariciaba suavemente la mejilla—. No hace falta que sigas…

—No te preocupes. Quiero seguir. Nunca le he contado a nadie toda la historia y aunque al final me veas como un monstruo lo mejor es que lo sepas todo.

—No es necesario…

—Para mí si lo es —dijo retomando el relato—. Cuando llegué a casa me encontré con el cuerpo de Judith. Iba con mi amigo Hans —por fortuna no iba solo— y después de intentar revivir a Judith y ver que estaba muerta, me acompañó a denunciarlo todo. Apenas podía hablar de tanto dolor como sentía.

Estaba totalmente ofuscado. Hans me ayudó.

Pasaron unos segundos en silencio y luego Alfredo continuó.

—Si alguna vez tienes un problema siendo judío, nunca vayas a la policía.

Es peor. Mi padre me lo había dicho toda la vida. La policía no averiguó nada e incluso llegaron a pensar que había sido yo. Por suerte Hans era católico y juró no haberse separado de mí en todo el día. Estaba desesperado. Habían matado a mi mujer y nadie hacía nada. Al final fui yo mismo quien empezó a averiguar cómo había pasado. Primero no sabía por dónde empezar, luego me enteré del incidente por el frutero y después supe que había sido Klaus.

—¿Fue entonces cuando te fuiste?

—No María. Esperé el momento en que estaba solo. Me dirigí hacia él.

Le pregunté, lo negó, luego me insultó y empezamos a pelear. En uno de esos golpes salió por los aires y al caer se abrió la cabeza. Quedo muerto al instante.

Creo que también se desnucó. Es como el ojo por ojo de las escrituras.

—Fue un accidente —le dijo María impresionada ante aquel horrible relato lleno de dolor y muerte.

—Sí, fue un accidente, pero nadie lo hubiese creído. Hans me ayudó.

Ocultamos el cadáver, recogimos todo el dinero que pudimos y me acompañó hasta Bohemia. De allí pasé a Viena, después a Milán y de Milán a Barcelona.

Todo el tiempo huía y al final llegué hasta aquí.

—Lo siento mucho Alfredo. Debes haber sufrido mucho durante este tiempo. No debería haber preguntado.

—He sido yo quien quería contártelo. Creo que he aceptado todo aquello, aunque me ha costado mucho. Ahora quisiera empezar una vida nueva y me gustaría hacerlo contigo.

Se miraban a los ojos fijamente. Él tenía una mirada suplicante y a ella nunca le habían dicho algo tan bonito como aquello último. Casi sin querer se volvieron a besar y aquella vez fue con mucha más pasión. Empezaron a acompañar los besos con caricias.

Al cabo de un rato decidieron que lo mejor era regresar a la ciudad.

Cogidos de la mano fueron hasta la bicicleta y bajaron al pueblo donde la devolvieron.

Llegaron corriendo a coger el tren, estuvieron a punto de perderlo y era el último del día eso sí que hubiese sido todo un problema.

Viajaron en silencio, pero cogidos de la mano. María apoyó su cabeza en el hombro de Alfredo y cerró los ojos. En realidad no dormía. Pensaba en él, a sus veinticinco años ya había vivido una vida y había empezado una nueva. Le dijo que nadie de Alemania lo había encontrado ni siquiera al principio cuando era más fácil y no sabía si lo buscaban. Su nombre oficial era Alfred Stern, pero lo había españolizado y no se había registrado en la embajada de Madrid. Se hacía llamar por todo el mundo Alfredo Estern. En Málaga se sentía seguro.

Cuando llegaron a la estación Alfredo acompañó a María hasta cerca de su casa y se despidieron. Esta vez sin besos para evitar que nadie los pudiese reconocer y buscarle problemas a María con su familia.

Una vez que María entro en su portal, Alfredo se fue hacia su habitación, pero esta vez notó que andaba más ligero y contento. Se sentía bien consigo mismo e iba silbando.

Estaba muy enamorado, había superado la muerte de su esposa. Era correspondido por María y confiaba en que todo les iría muy bien si tenían un poco de buena suerte. La vida empezaba a tener otro color. Había tardado tres años en rehacerse y no quería dejar pasar la oportunidad de empezar de nuevo en aquella ciudad de la que nunca antes había oído hablar y estaba a tantos quilómetros del lugar donde había nacido.

Todo había sido muy duro para él durante todo aquel tiempo. Muchas veces seguía acordándose de Judith y de la desgracia que había tenido. Se reprochaba no haber estado allí para defenderla, pero en realidad nada podía hacer ya. Estaba convencido de que a Judith le hubiese gustado María.

Se había quitado un peso de encima, desde el principio sabía que tendría que compartir toda aquella historia con María. Debía hacerlo si quería empezar correctamente una nueva vida. Había tenido miedo a su reacción, pero ahora estaba seguro de que su amor era correspondido.

Una vez hablado hasta le costaba entender cómo era posible que hubiese tenido miedo a su reacción.

Empezaba a anochecer cuando llegó a su habitación. No cenó. No tenía hambre, estaba enamorado. Aquella noche durmió plácidamente y soñó con ella.

CAPÍTULO 4

MÁLAGA. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Cuando María llegó a la escuela por la mañana. Doña Concha la estaba esperando para preguntarle cómo le había ido. María no había encontrado a la mujer en casa cuando llegó y le devolvió la cesta y la manta a través de una vecina tal y como habían acordado así que no pudieron hablar y la mujer tuvo que esperar hasta aquella mañana.

Nada más la vio se la llevó al aula. Aún no había llegado ningún alumno, faltaba todavía media hora para empezar las clases, y tan pronto entraron Concha cerró la puerta para que no les interrumpiesen

—Bueno niña, cuéntame cómo fue esa cita con tu alemán —le preguntó directamente tal y como hacía ella habitualmente.

—Muy bien. Pasamos una tarde muy agradable y yo al menos me divertí mucho.

—¿Qué quieres decir?, ¿que él se aburrió?

—Imagino que no —dijo ella pensando en que no se le había ocurrido esa opción.

—No si lo digo porque dices que *tú al menos*— aclaró la mujer— ¿que hicisteis en Coín?

—Pues nada, le dejaron una bicicleta y nos fuimos a merendar y a bañarnos al río —dijo sonriendo y como si no hubiese pasado nada.

—¿Fuisteis a bañaros los dos solos? —se sorprendió Concha—. Espero que tuvieses cabeza y no pasase nada.

—Nada Doña Concha —dijo María—, solo nos dimos un beso —susurró distraídamente en voz baja, casi inaudible.

—Me alegro por ti, pero ten cuidado no vayas a celebrar *Pascua antes que Ramos*, tú ya me entiendes.

—No se preocupe.

—Yo no, pero a ti sí que hay algo que te preocupa. Lo veo.

—Bueno —dijo María— me explicó su vida anterior y la verdad es que no lo pasó nada bien pero ya se lo iré contando, ahora no da tiempo y preferiría esperar un poco.

—Como quieras —dijo Concha que no era especialmente chafardera—. Si necesitas que te cubra algún otro día o quieres hablar conmigo ya sabes que me tienes a tu disposición —dijo la mujer cogiendo por los hombros a la joven y dándole un beso maternal en la frente.

Abrieron la puerta y enseguida empezaron a llegar los niños. Por la tarde María había vuelto a sus clases para adultos esperando encontrarse con Alfredo como ocurría habitualmente, estaba impaciente por verlo y cuando pasó por casa para comer se arregló más de lo habitual, pero él no se presentó.

A María, que él no asistiese a unas clases que nunca se perdía, le extrañó y a medida que fueron pasando las horas le preocupó. Cada vez que llegaba alguien el corazón le daba un vuelco, pero ninguna vez fue él con lo que su decepción aumentaba.

Pasaban las horas y le fueron entrando dudas. ¿Habré hecho algo que le molestase y no quiera volverme a ver?, ¿le habrá pasado alguna cosa y no ha podido venir? Realmente no sabía que pensar ya que cuando se despidieron después de la excursión él le había dicho «hasta mañana». No le gustaba sentirse así. Seguro que sus alumnos se estaban dando cuenta de su falta de concentración y de su cambio de humor. Intentó controlarse y llegar lo mejor que pudo al final de las clases. Le costó, pero al final el tiempo pasó.

Al acabar la clase estaba recogiendo la sala cuando de pronto y al girarse se lo encontró de cara. Dudó si debía abrazarle o enfadarse con él por tenerla preocupada toda la tarde.

—Un día de estos me va a dar un infarto —es lo primero que se le vino a la cabeza, y luego dándose cuenta de la estupidez que había dicho y queriendo rectificar—. Hola —con una sonrisa encantadora— hoy te he echado de menos en clase —dijo.

—Hola María —sonrió él— yo te he echado de menos en las horas de clase y en todas las demás horas.

Se habían quedado solos y casi no se sentía ruido por el pasillo. Alfredo pensó que se podía arriesgar así que avanzó un paso y abrazó a María. Ella levantó la cara esperando que él la besase y así ocurrió.

—¿Cómo es que no has venido? —dijo María ya más tranquila y recuperada de las dudas que había sufrido toda la tarde. Había llegado a temer

que él no quisiera seguir con ella—. Pensaba que te habías replanteado lo nuestro.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó Alfredo muy sinceramente— no voy a replantearme nada. Solo quería hablar contigo a solas —dijo Alfredo ahora ya serio.

—Bueno, ahora estamos solos —dijo María haciendo un gesto con las manos enfatizando lo que decía—. ¿Qué me quieres decir?

Alfredo paró unos segundos para poner en orden sus palabras.

Normalmente hablaba lentamente ya que aunque empezaba a tener un dominio admirable del idioma necesitaba pensar lo que iba a decir. Además, su carácter no encajaba muy bien con aquella velocidad verbal de sus vecinos.

—Creo que ya no hace falta que venga a clase cada día. Empiezo a hablar y escribir bien el idioma y si sigo viniendo a tus clases el resto de la gente se va a dar cuenta de lo nuestro. Además —siguió no sin sentido del humor— ahora quizás tenga a la profesora para mí solo.

María no podía negar que lo que él decía era verdad. Ya hacían bromas y comentarios sobre ellos y seguro que muchos se habían dado cuenta de que aquel día él no estaba y que ella no había estado en su mejor día durante la clase. Una sonrisa que significaba reconocimiento a la inteligencia de Alfredo asomó a sus labios.

—Tienes razón cuando dices que tu español ahora es francamente bueno y que no necesitas venir más a clase y también estoy de acuerdo en que si ya comentaban los demás cuando realmente no había nada, ahora aún será peor. Es fácil que esto llegase a oídos de mis padres. Algunos de los que vienen a clase los conocen o se encuentran con ellos en un sitio u otro y no querría que se enterasen por otro que no fuese yo. Sería feo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Alfredo extrañado— eres mayor para tener novio y para tu familia tan solo soy un hombre más o menos de tu edad. Tengo trabajo y si es cierto que soy extranjero y a lo mejor eso les preocupa, pero si me conocen verán que soy una persona normal y corriente.

—Claro que si —dijo ella pensando que no se había explicado bien—. No creo que a nadie le importe que seas de aquí o de otro sitio. La familia de mi padre también venía de lejos. Ese no es el problema, la cuestión es que lo correcto es que sea yo quien diga en casa que estoy saliendo contigo y que formalmente pidamos permiso, aunque todos sabemos que acabaré haciendo lo que yo quiera sin necesidad de que me autoricen. Es como se hacen aquí las cosas. Imagino que en Sajonia tampoco debería ser muy diferente.

Casi como un acto reflejo y dando por aclarada la cuestión, Alfredo que estaba apoyado en uno de los pupitres, la tomó de la cintura y le hizo aproximarse suavemente, haciéndola callar con un amoroso beso en la boca al que ella no pudo evitar responder.

—Tiene razón tu padre —bromeó Alfredo— tenemos que tener mucho cuidado de que no te pase nada. Le explicaré que no me voy a separar de ti para protegerte bien.

—No te rías de mí —dijo María siguiendo con la broma— después soy yo quien tendría que dar explicaciones.

—Te hablo muy en serio —bromeó él—. A mi lado no dejaré que te pase nada malo.

Tal como acabó la frase la volvió a besar.

María podía haberse pasado horas así, pero tenían que abandonar el edificio. Imaginaba que ya se había ido todo el mundo. Menos mal que ella tenía un juego de llaves. Cogidos de la mano revisaron que no quedase nadie y cuando todo estuvo listo se fueron.

A partir de aquel día cada noche la iba a buscar a clase. La esperaba en algún lugar un poco apartado para que no le viesen muy fácilmente y la acompañaba a casa. Se despedían —cada día les costaba más— y cuando la veía entrar en su portal, se marchaba a su habitación.

Aquel mes de Agosto María y Alfredo fueron cada día a la Feria. Dejaron que la gente les viese más o menos juntos. Durante aquellos días los horarios en la casa se relajaban mucho.

A María le gustaba bailar, pero Alfredo no tenía ni idea de cómo hacerlo con aquellos ritmos tan complicados para él. María pacientemente le explicaba todo lo que sabía de cada canción o de cada tipo de música.

A Alfredo pareció gustarle especialmente los tangos, al menos eso decía.

Porque realmente le costaba entenderlos. Aquellos días estaba muy de moda uno en particular que llamaban *El Choclo*. María se divirtió explicándole que aquella música tan temperamental en realidad jugaba con las palabras.

—Pero ¿qué quiere decir choclo? —preguntó finalmente Alfredo.

—Se refiere a una mazorca de maíz. En Argentina le llaman así.

—¿Y le dedican una canción a una mazorca?

—Le dan un doble sentido —reía María.

—¿Qué quiere decir entonces? —preguntaba inocentemente Alfredo.

—Se refiere a María —dudaba— eso que imagino que tú tienes y yo no.

—No te entiendo… —pensaba Alfredo, pero de pronto entendió—. ¡Ah! Ya sé que quieres decir —rio al darse cuenta.

Los boleros también empezaban a estar de moda y a María le gustaban a pesar de su dramatismo en mucho de los casos. Al final Alfredo no aprendió a bailar, pero al menos cuando salía a la pista no era tan desastroso como al principio.

Los días pasaron y acabó el verano con sus tardes luminosas y largas y llegó el otoño. María no había hablado de Alfredo a su familia. No había decidido como presentarlo. No tenía miedo de que no lo aceptasen, pero seguro que le harían muchas preguntas y más tratándose de alguien que no era de allí.

Les faltarían las referencias que se obtienen al conocer a sus familiares o el barrio donde había nacido. Ellos habían adivinado mucho más de lo que María pensaba, pero aguardaban pacientemente a que ella diese el primer paso.

Ana, la más inquieta de sus hermanos, era la que estaba más al corriente de todo. Se había dado cuenta casi desde el principio de que María había cambiado de humor y se dedicó a investigar. Seguía a María cuando no tenía nada que hacer. Otras veces enviaba al menor. José le explicaba y callaba a cambio de pequeños chantajes. Cuando tuvo todo más o menos atado y ya no resistía guardar más el silencio se lo contó a Marta. Al final los tres habían descubierto el romance que mantenía María con aquel joven extranjero, aunque guardaron silencio ante sus padres.

La pareja cada vez estaba más enamorada y su amor era apasionado como suele serlo a la edad que ellos tenían. Pasaban los ratos que podían juntos.

Paseaban, hablaban, se contaban la vida y reían.

Siempre que podían, y en lugares apartados de la vista de la gente, se abrazaban y se besaban, pero hasta aquel momento María había sido quién paraba antes de llegar más lejos. Influía su educación y también las posibles consecuencias de llegar al final, aunque cada vez le costaba más. Él estaba más impaciente por avanzar, aunque respetaba el ritmo que ella marcaba. Alfredo había conocido el sentido que tenía para una pareja una relación sexual, al haber estado casado con anterioridad. No compartía muchas de las dudas y los miedos que María tenía.

María acabó por decidir que quería hacer el amor con Alfredo y un día tomó la iniciativa:

—Alfredo —dijo, aunque no sabía muy bien cómo enfocarlo— todas las compañeras de la escuela que tienen mi edad ya son madres. Yo las oigo

hablar de sus maridos y de las relaciones que tienen. Creo que es el momento de que conozca de que hablan.

Se dio cuenta de que le había quedado muy retórico y casi parecía que le invitaba a hacer un experimento científico cuando en realidad para ella era buscar otras formas de expresar su amor.

Alfredo se sorprendió. Creía que llegarían a aquel punto entre caricias y besos y no de una manera tan *científica*. A pesar de todo, le gustó aquella forma tan directa de tratar el tema. No daba lugar a equivocaciones o a hacerse falsas expectativas. No supo cómo reaccionar y se limitó a pasarle la mano por los hombros y seguir andando.

Aquel domingo Alfredo fue a buscar a María. La esperó donde solía hacerlo, cerca de su casa y cogidos de la mano, fueron a la habitación donde vivía Alfredo tal y como habían acordado.

Era una habitación pequeña, en la azotea de un edificio de dos plantas de una familia. Estaba ya fuera del Perchel, por lo que caminaron un poco. La familia propietaria, había sido bastante numerosa y en algún momento de su historia habían decidido construir aquella habitación para algún hijo. Poco a poco todos los hijos se fueron y ellos se decidieron a alquilar algunas habitaciones. Alfredo tuvo suerte de conseguir aquella que era totalmente independiente a la casa. Podía entrar y salir a su aire sin tener que molestar a nadie. Tenía muy buena relación con sus caseros.

Cuando llegaron, a María le gustó. El sol entraba por el gran ventanal y había agua corriente. Alfredo había comprado un barreño de ropa grande donde se aseaba. Normalmente estaba colgado en la fachada para no ocupar espacio dentro. Debía ser divertido verlo tan grande como era él, en un espacio tan pequeño tirándose agua por la cabeza. No había duda de que era un hombre muy aseado.

Había pocos muebles. Un pequeño escritorio, con una silla, donde había varios libros y libretas todos en español y que María reconoció de las clases y una cama de matrimonio.

Todo estaba muy ordenado y sobre el escritorio había un tarro de cristal que hacía las veces de jarrón donde Alfredo había puesto unas flores. Había procurado que todo estuviese en orden e impoluto para que fuese lo más agradable posible para ella.

A María le pareció que todo aquel espacio hablaba de él. Se notaba que lo había hecho suyo y eso fue suficiente para que ella se sintiese bien entre aquellas cuatro paredes. Curiosamente ahora estaba más nervioso él que ella.

Alfredo le quito la chaqueta y la invitó a sentarse. Le ofreció un poco de vino dulce que tenía y que sabía que a ella le gustaba. Lo acompañaron con una especie de galletas que había comprado de camino hacia allí.

Bebieron un poco y estuvieron hablando y riendo. No sabían si fue el alcohol del vino dulce o la conversación lo que los fue desinhibiendo. Pero al cabo de un rato volvían a sentirse tan cómodos como siempre que estaban juntos.

María, decidida a seguir adelante se levantó y se sentó en las rodillas de Alfredo, dándole un beso en el cuello y subiendo hasta llegar al lóbulo de su oreja donde empezó a jugar.

Él le dejó hacer y pasado unos instantes también le empezó a acariciar.

Pasados unos minutos, Alfredo se puso de pie sujetándola para que no se cayese de sus rodillas y llevándola en brazos, como si fuese una pluma, la depositó suavemente en la cama.

María lo atrajo hacia ella y quedaron los dos estirados. Suavemente Alfredo empezó a desnudarla. Le quitó la blusa que llevaba y la ropa interior dejando a la vista aquellos preciosos pechos. Jugueteó con ellos que encajaban perfectamente en sus grandes manos. Intentaba controlar su excitación. Estaba más centrado en el placer de ella que en el propio.

María estaba totalmente entregada a aquellas sensaciones que eran tan nuevas para ella. Pasados unos minutos, decidió experimentar más cosas y fue ella la que empezó a tomar la iniciativa empujándolo y poniéndolo boca arriba en la cama. Botón a botón le desabrochó la camisa y apartó los lados, dejando al descubierto el potente pecho de su amado.

Lo acarició por todos los rincones para ir bajando hacia su abdomen.

Había deseado durante mucho tiempo hacerlo y ahora lo estaba haciendo por fin. Luego empezó a besarle en los pezones, a mordisquearle en la oreja y siguió bajando por el cuello.

Alfredo no podía esconder la erección que se apuntaba debajo de sus pantalones. Finalmente, la abrazó y suavemente la apartó mientras se quitaba nerviosamente la camisa. Ahora era él quien llevaba la iniciativa.

Entre caricias y delicadamente le fue desnudando hasta que ella quedó totalmente sin ropa. Él torpemente también se fue quitando lo que le quedaba hasta que quedó desnudo.

Ambos jugaron y experimentaron con sus cuerpos. Sin prisas a pesar del tiempo que habían esperado hasta llegar allí. Al principio tímidamente, pero atreviéndose cada vez más a tocar en aquellas partes que parecían más prohibidas.

Finalmente, cuando Alfredo pensó que María estaba preparada procedió a penetrarla suavemente y con mucho cuidado para no hacerle daño y que ella pudiese disfrutar de aquel momento.

Aquello duró varias horas en las que alternaban sus descubrimientos con conversaciones, besos y caricias. Aquella fue la primera de bastantes tardes de amor en la habitación de Alfredo.

María, iba consiguiendo mantener a raya a sus hermanos y en especial a Ana que era la más peligrosa. Josefina cada vez cosía menos en casa de doña Marujita y cada vez lo hacía más desde su casa. Por su parte doña Marujita se había hecho mayor y se sentía muy sola en su casa. Josefina se había dado cuenta y un día se lo planteó a Juan. Era de noche y se acababan de acostar.

Josefina aprovechó el momento:

—Cada día estoy más preocupada por Marujita.

—¿Y eso?, ¿está enferma? —preguntó distraídamente Juan.

—No que yo sepa —contestó Josefina—. Está mayor y muy sola.

—Pobrecilla —dijo Juan dándose la vuelta y entendiendo que la conversación se había acabado.

—Ya sabes que para mí es como si fuese mi segunda madre —volvió sobre el tema Josefina—. Había pensado que se podía venir a vivir con nosotros.

Juan se giró y se incorporó, sentándose en la cama.

—Y ¿Dónde la quieres meter? —preguntó. La vivienda está bien pero no sé yo si aquí cabe alguien más.

—Yo creo que sí que cabemos. Si Marta y Ana comparten una cama, María duerme en la misma habitación en otra cama y el niño duerme en el diván, Doña Marujita podría dormir en la habitación de María. Además, María no tardará mucho tiempo en querer casarse. Su casa puede seguir siendo el taller y ella en realidad vendría poco más que a dormir.

—Si tú crees que es lo que tienes que hacer, hazlo. Para que el niño no duerma en el sofá, le podemos poner un colchón en la habitación de las niñas o sencillamente si cambiamos la cama de las niñas por una de matrimonio podrían dormir allí las tres y que el niño duerma en la cama pequeña. Hazlo como quieras.

Al día siguiente la mujer llegó con Josefina, con un hatillo con sus cosas y tan contenta que no cabía en sí misma de la alegría. Todos la trataron con mucho cariño y la hicieron sentir uno más.

Era en los alrededores de la fiesta de Santa Lucía y todo empezaba a tener ya un aire navideño.

Una tarde estaba Josefina con sus tres hijas en la cocina y amasaban *borrachuela*, dulce típico de aquellos días y postre por excelencia de las fiestas navideñas.

Se cocían batatas —o boniatos— hasta que quedaban bien tiernas. Luego se pelaban y se machacaba la pasta que quedaba. Este era el trabajo principal de José, que por ser un niño no le dejaban colaborar en nada más.

A continuación, se cocía la pulpa resultante con azúcar a fuego lento evitando que se enganchase. Marta era la encargada. Más tarde se añadía yema de huevo y canela molida y cuando todo estaba bien mezclado se dejaba enfriar.

Al cabo de un rato se ponía aceite a freír y se tiraba una piel de naranja que se mantenía hasta que quedase muy tostada. Ese momento indicaba que se debía retirar del fuego para que no amargara, y entonces se le tiraban los anises y el ajonjolí.

Cuando todo estaba ya listo se mezclaba el aceite que se había dejado enfriar un poco, con el vino blanco y el zumo de naranja, la piel rayada, canela y anís seco y se podía ir tirando la harina poco a poco en la mezcla y amasando hasta que la masa quedase no muy dura. Esa era la parte del trabajo de mayor esfuerzo. Eso lo hacían María y Ana.

Al final Josefina iba cogiendo trocitos de masa, la extendía, ponía un poco de dulce de batata y lo cerraba como si fuese una empanadilla. Luego la freía y cuando estaba doradita la sacaba del fuego y la rebozaba en azúcar.

Las mujeres de la casa pasaban toda una tarde haciendo el dulce mientras hablaban de sus cosas. Aquel año Doña Marujita se había incorporado y aunque no le dejaban hacer nada, la tenían sentada allí en una silla probando de vez en cuando algún trozo de masa.

Como quien no quiere la cosa, Ana preguntó:

—Mamá, ¿cuántos vamos a ser esta Nochebuena?

—Pues mira niña —contestó Josefina— por un lado, los que estamos aquí más papá. Juan y Lola con los niños vendrán a pasar el día de Navidad, ya sabes que la Nochebuena la pasan con la familia de Lola.

—Y tu María, ¿no vas a traer a nadie? —fue más allá Ana con su descaro habitual.

Durante unos segundos todos quedaron callados esperando una respuesta.

María se quedó en blanco y no supo que decir, afortunadamente fue Josefina quién habló primero

—María, es una buena ocasión —dijo con total naturalidad— sé que estás saliendo con ese joven alemán y parece un buen chico por lo que me han

dicho.

—Mamá —dijo intentando excusarse—. Os lo quería presentar y formalizar la relación entre nosotros, pero la verdad es que no encontraba el momento. ¿Sabes si Papá lo sabe?, no sé si siendo de otro país le va a parecer bien.

—A lo mejor podrías decírselo —dijo Marta—. Si hay quien pueda convencer a Papá de algo, esa eres tu Mamá.

—Seguro que no será para tanto —dijo Ana— a fin de cuentas, es natural que María tenga pretendientes a su edad. Ya podría ser madre y todo Finalmente María dijo:

—A mí me gustaría que lo conocieseis y poder formalizar nuestra relación. Él hace tiempo que os quiere conocer.

—Pues arreglado el asunto, dile a este joven que tu padre y yo le invitamos a pasar con nosotros la Nochebuena si no tiene nada mejor que hacer —dijo finalmente Josefina.

—¡Gracias mamá! —dijo María dando un beso a su madre.

Aquel domingo, estaban los dos en la habitación de Alfredo. Habían hecho el amor y después habían dormido más o menos una hora. María tenía la cabeza apoyada en el pecho de él. Distraídamente le dijo.

—Mi madre me ha dicho que te invite a pasar la Nochebuena en casa con nosotros. Mi padre aún no lo sabe, pero si a mi madre se le mete en la cabeza no te quepa duda que serás bien recibido.

—¿Crees que les gustaré a tus padres? —dijo Alfredo dubitativo—. No sé cómo celebráis estas fechas. Los judíos no celebramos Navidad. A pesar de que Rafael me ha insistido siempre para pasarlas con ellos yo nunca he ido. Para nosotros no son fiestas igual que para los católicos.

—No te preocupes, yo no te he dicho nada de ir a la misa del Gallo. En casa solo va mamá y doña Marujita. Nosotros no vamos ninguno y por lo demás no es más que una ocasión de estar todos juntos. ¿No vas a querer venir?

—Por supuesto que iré, hace tiempo que quiero formalizar nuestra relación, pero me preocupa equivocarme o decir algo que no deba decir…

—Bueno —dijo María quitando transcendencia al asunto— solo tienes que preocuparte por una cosa.

—¿Qué cosa? —dijo divertido Alfredo

—No acabar borracho con tanto licor. En esa cena se bebe mucho y es fácil que se te acabe subiendo un poco a la cabeza.

—Bueno, yo aguanto bien la bebida —dijo Alfredo riendo.

—Estoy segura de que a mi padre le vas a gustar —dijo María convencida de que iba a ser así.

Durante aquellos días, Josefina buscó el mejor momento para comentar a su marido la invitación de aquel joven del que parecía tan enamorada su hija.

Un día, cuando volvía del taller un poco tarde, aprovechó para pasar por donde Juan dejaba el carro y los caballos. Observó como él estaba cogiendo y ordenando todo para cerrar e ir para casa.

Se quedó esperando sin decir nada hasta que Juan la vio.

—¿Qué haces tú por aquí? —le dijo él sonriendo contento con la sorpresa.

—Es que llevaba muchas horas sin verte y tenía ganas de pasar por aquí —le dijo Josefina bromeando cariñosamente.

Juan se acercó y le dio un beso.

—Si te esperas un momento nos vamos los dos juntos para casa.

—No tengo ninguna prisa —le dijo Josefina.

Juan acabó lo que estaba haciendo y cerró. Cogió los paquetes de tela que llevaba su mujer y ella se colgó de su brazo.

Iban caminando por la calle sin prisa, aunque era tarde y hacía un poco de frío para pasear.

—Oye Juan, ¿tú ya sabes que María tiene un pretendiente?

—Claro que lo sé.

—Es que no me has dicho nada nunca —dijo Josefina.

—Ni tú tampoco a mí —respondió.

—¿Lo conoces o has oído hablar de él? —dijo ella con curiosidad.

—No me lo han presentado nunca, aunque lo he visto de pasada. He oído hablar de él, a las niñas y a José que no paran de perseguirlos y se ponen a hablar cuando les parece que yo no les oigo, pero también me ha hablado de él Rafael, que ya sabes que habla por los codos.

—Y ¿qué te parece?

—Me parece que si María ha decidido que quiere estar con él, ¿quién soy yo para escoger por ella mejor que ella misma?

—No te reconozco —dijo Josefina con sinceridad— en otro tiempo hubiese sido muy difícil convencerte de que es un buen partido.

—Uno va aprendiendo con los años —dijo él sonriendo.

—No sabes lo contenta que se va a poner la niña cuando lo sepa.

—Se merece tener alguna alegría y que las cosas le vayan bien. Es muy buena chica y se esfuerza mucho en hacer las cosas bien.

—¿Qué te parece si lo invitamos en Nochebuena?

—Perfecto —dijo Juan.

—Estoy impaciente de decírselo —dijo Josefina contenta.

María le había explicado a Alfredo como solía ser la cena aquella noche.

Le habló de cómo era cada uno, de lo que les gustaba y lo que no les gustaba y también de cómo debía actuar para que todo fuese bien, y todos, incluido él mismo se sintiesen cómodos.

Aquel día, se ponían sus mejores ropas. Doña Marujita y Josefina pasaban los pocos ratos libres que tenían arreglando los vestidos que se iban a poner ellas mismas y las niñas para que estuviesen lo mejor posible aquella noche.

Hacían lo que buenamente podían porque era habitual que los días anteriores a la fiesta tuviesen mucho trabajo en el taller.

Solía ser ropa que se pasaba de año en año en el armario ya que no había muchas ocasiones para lucirla.

Las chicas habían preparado la mesa para ocho personas. Juan en la cabeza de la mesa. A su derecha doña Marujita y a su izquierda habían pensado poner al invitado.

María estaría a su lado y Marta al otro lado de María. En frente José, codo con codo con doña Marujita y Ana al otro lado del niño. Josefina se sentaría en la otra punta de la mesa.

La distribución también hacía fácil que el ama de la casa y sus tres hijas se pudiesen mover libremente e ir y venir de la cocina. Bajo ningún concepto, a nadie se le pasaba por la cabeza que un hombre (ni que fuese un niño) se levantase de la mesa a quitar o poner platos, un vaso, un cubierto o cualquier otra cosa. Solo a Ana se le podría ocurrir cuestionarlo. Durante los últimos preparativos y mientras que esperaban a que llegase Alfredo, estaban en la cocina todas las mujeres menos doña Marujita y a Ana se le ocurrió preguntar:

—Mamá, ¿hay algo en el cuerpo de los hombres que haga que el culo les haga ventosa en la silla y no se puedan levantar de la mesa a recoger platos?

Entre el nerviosismo por conocer al invitado y la ocurrencia, todas estallaron en risas a pesar de que aquellas salidas eran habituales en la joven.

—Hay que ver qué cosas te pasan por la cabeza —le dijo Josefina cuando se le pasó la risa.

Juan, Doña Marujita y el niño estaban en el comedor haciendo tiempo y esperando a que empezase la cena. Hablaban de temas sin importancia y Doña Marujita contaba alguna cosa que hacía reír a Juan.

Sonaron unos golpes en la puerta y Josefina le hizo un gesto con la cabeza a María.

—Ves, niña, a abrir, ya lo tienes aquí —dijo con una sonrisa— no te preocupes por tu padre, él está muy contento de que lo hayas invitado y así poder conocerlo.

—Voy a abrir —dijo María nerviosa tras sacarse el delantal y recolocarse bien la ropa y el pelo mientras caminaba hacia la puerta.

Abrió la puerta y allí estaba él. Parecía que estaba hasta más nervioso que ella. Vestía con un *blazer* y un pantalón de color oscuro. Llevaba una camisa blanca y se había puesto una corbata azul.

María se quedó agradablemente sorprendida, no esperaba verlo tan bien arreglado. Estaba afeitado y repeinado. En una mano llevaba una botella de vino y en la otra un ramo de flores. Fue el primero en hablar.

—¡Qué guapa estás María! —dijo impresionado al verla con aquel vestido tan bonito que llevaba.

La verdad es que María estaba preciosa. Iba vestida con un bonito vestido de seda negra en su mayor parte. Entallado y que destacaba su bonita figura.

Llevaba unos zapatos con bastante tacón y se había recogido el pelo de forma elegante siguiendo los patrones de la época. Sus preciosos ojos y sus rasgos harmoniosos destacaban sin nada que los ocultase.

—¿Dónde vas tan guapo y tan cargado? —le dijo María saludándole con una amplia sonrisa.

—Me han invitado a una cena en esta casa —bromeó—. Espero ir bien vestido para la ocasión —comentó ya serio.

—Vas más que bien —le dijo María—, les vas a encantar.

Alfredo y María entraron y María presentó a Alfredo a su familia. Todos absolutamente quedaron encantados. El hombre tenía muy buena presencia y se comportaba con muy buenos modales. Juan y Josefina agradecieron los regalos que les había traído y enseguida se creó una corriente de simpatía entre el padre y el que podría llegar a ser su yerno. Los dos jóvenes hacían muy buena pareja pensó Juan.

Cuando se sentaron en la mesa, hubo un momento en que todos se quedaron a la espera y entonces Juan, siguiendo la tradición, dijo las palabras rituales que daban inicio a la cena.

A partir de aquel momento fueron apareciendo los platos típicos que más o menos se repetían cada año. Todos hablaban y comentaban cuestiones irrelevantes.

Juan aprovechó la ocasión para saber un poco sobre Alfredo y le estuvo preguntando por su vida.

—¿Qué hacías en Alemania? —le preguntó.

—Trabajaba en una mina —respondió Alfredo—. Mi padre y mis hermanos también habían trabajado allí.

—¿Sois muchos hermanos?

—En total somos cinco —contestó Alfredo— tengo dos hermanas y dos hermanos. Yo soy el menor.

—¡Una gran familia! —dijo Josefina desde el otro lado de la mesa—. ¿Son muy mayores tus padres?

—La verdad es que ahora ya están muertos. Serían muy mayores. Mi madre murió cuando yo tenía cinco años y fueron mis hermanas quienes me criaron. Mi padre murió poco antes de salir de allí.

—Vaya, lo siento mucho —dijo Josefina seria.

—Bueno, es ley de vida —dijo él.

—¿Qué te trajo hasta aquí? —preguntó Juan.

—La verdad —dijo Alfredo— es que las condiciones de vida allí no eran muy buenas y decidí buscar un poco más allá de mi ciudad.

—¿Has estado en muchos sitios? —preguntó Ana que no pudo callarse a tiempo y dejar que hablasen los mayores.

—Unos cuantos —dijo Alfredo sonriendo.

—¿Dónde has estado? —preguntó José que no se podía aguantar y tenía mucha curiosidad.

—Pues pasé por Praga primero, en Bohemia. Es una ciudad bonita. No muy grande. Luego me fui a Viena que es mucho más grande, muy elegante y con mucha gente por todos los sitios, pero a pesar de que son muy bonitas las dos no me gustaban como para quedarme. Luego seguí hasta Milán. Allí vi que la gente ya tenía otro carácter y vivían de otra forma. Eso me empezó a gustar.

Desde allí recorrí el sur de Francia y llegué a Barcelona. También me gustó mucho.

—Cuantos sitios —exclamó Ana mientras todos oían con interés lo que explicaba.

—¿Y cómo llegaste a Málaga? —dijo el niño.

—Ya que estaba en España pensé que a lo mejor podía ir a América a buscar nuevas oportunidades. Por eso decidí seguir hasta Málaga con la intención de tantear un poco la cuestión y quién sabe si coger un barco aquí.

—Y, ¿te vas a ir? —dijo Juan.

—No señor, me gustó mucho la ciudad y su gente.

Todos pensaron en que se refería a María y rieron. La pareja se sonrojó.

—Bueno —aclaró Alfredo— me refiero a la gente en general.

—¿No te gusta María? —preguntó José.

—¡Niño! —dijo Josefina.

—María gusta a todo el mundo —dijo Doña Marujita para ayudar al joven.

—En fin —dijo Alfredo— que me gustó Málaga y encontré un trabajo y aquí me he quedado.

Preguntaron sobre ciudades y países por los que había atravesado Alfredo en su recorrido. Básicamente Alfredo no había mentido en su historia. Había ocultado parte de la verdad, pero lo que había dicho sin duda era cierto. Lo habían preparado así entre María y él los días anteriores.

Ambos respiraron tranquilos cuando vieron que había salido todo según lo previsto. Estaban todos encantados con Alfredo. A Juan le gustó aquel joven tan serio y con tanto mundo. Le parecía que se abriría camino en la ciudad sin ningún tipo de problema. Las mujeres estaban todas encantadas y las niñas medio enamoradas. Hasta José estaba encantado de que le tratasen como si fuese un adulto, tal y como había hecho él.

Alfredo superó con éxito la prueba. Cuando todos ya habían bebido un poco, se produjo un momento cómico. Doña Marujita le preguntó a Alfredo

—Niño ¿tú me has dicho que tienes un abuelo viudo en Alemania?

—No señora —le dijo Alfredo sonriendo—. Mis abuelos ya murieron.

—Pues vaya pena —dijo ella como si nada.

Al final de la cena y mientras las mujeres recogían la mesa e iban por el postre, Alfredo aprovechó para pedir permiso a Juan para visitar a María y salir con ella. Juan, que lo esperaba, se lo concedió tras advertirle que debía respetarla y que tan solo deseaba la felicidad de su hija y no quería que sufriese.

A partir de aquel momento, Alfredo pudo visitar a María en su casa. Con Juan los temas de conversación iban normalmente sobre política. A Juan le interesaba lo que estaba ocurriendo en Europa y comentaban las noticias que iban llegando. Alfredo le explicaba cómo eran las cosas allí, los vínculos entre Alemania y el imperio de Austria y Hungría y la relación con Rusia. Él conocía todo aquello por su propia historia.

José también estaba encantado. Alfredo jugaba con él y el niño no lo dejaba ni a sol ni a sombra cuando estaba en casa.

Las clases de María en la escuela nocturna cada vez funcionaban mejor.

Hasta aquel momento se habían ocupado principalmente de alfabetizar a la gente que trabajaba en peores condiciones. Eran los que más fácilmente podían mejorar su situación aprendiendo.

No importaba que fuesen hombres o mujeres. Había más hombres en sus clases, pero generalmente las mujeres que asistían regularmente aprendían mucho más rápido que los hombres. Un buen día se presentó en el centro, antes de empezar las clases Pilar Marqués. Iba acompañada de otra señora, que tenía un aire un poco exótico. Debía estar en sus primeros cincuenta.

—Hola María, ¿cómo está? —dijo con la cortesía habitual en ella. Pilar hablaba a todo el mundo de Usted, lo que creaba una cómoda distancia con los demás.

—Doña Pilar, que alegría verla por aquí —le dijo María que se sentía muy agradecida a aquella mujer por cómo había confiado en ella desde el principio — no la esperaba, ¿en qué le puedo ayudar?

—Pues mire María, sí que puede. Le quiero presentar a mi amiga la Señora Luengo.

—Suceso, por favor —dijo la mujer que le acompañaba.

Ambas se estrecharon la mano. María tenía curiosidad por ver a dónde iba a ir a parar aquella visita inesperada.

—Verá María —siguió doña Pilar—. Suceso Luengo es una amiga mía de juventud. No sé si se lo había contado, pero yo pasé unos años en Soria y allí nos conocimos. Luego en 1890 Suceso se fue a Cuba y trabajó en la Escuela Normal de La Habana.

—Bueno, no te compliques tanto —le interrumpió sonriendo Suceso— verás María, he oído hablar muy bien de ti y de cómo das tus clases. Tus alumnos aprenden rápido y no faltan a clase. Eso quiere decir que están motivados. No te creas que sea muy normal encontrar jovencitas como tú, con tanta paciencia y que sepan enseñar tan bien. Yo me estoy dedicando a fomentar la igualdad de derechos entre hombres y mujeres y creo que eso empieza con la educación.

María les escuchaba atentamente.

—Ya puede ver que mi amiga tiene las ideas claras —apuntó Pilar.

—Bien, María, —siguió Suceso— he pensado que en paralelo a esta escuela y con un corte similar, podríamos abrir una escuela solo para mujeres.

La finalidad sería enseñarles a leer y escribir, pero también enseñarles cultura, operaciones matemáticas, un poco de historia y geografía… No sé, deberíamos hacer un plan de estudios. Como no puede ser de otra manera la formación no es reglada y sería impartida por voluntarios como tú.

—Bueno María —dijo Pilar— arreglaríamos un poco más su salario, pero tendría que trabajar más horas. Le buscaríamos una sustituía para esta escuela y podría dedicarse a la nueva. ¿Le interesa nuestra propuesta?

María solo necesitó dos segundos para responder.

—Estoy con Ustedes si me aceptan.

Tras aquel encuentro, María empezó a reunirse con Doña Suceso Luengo, para ir elaborando el esquema y la organización. Vieron que materias eran las que más podían interesar y a la población a la que podían dirigirse. Pronto entre las dos mujeres nació una corriente de simpatía.

Por doña Suceso, María supo cómo había sido su vida en Soria durante su juventud y como se vivía en La Habana antes de la independencia. Aquella mujer era una avanzada para su tiempo y su país.

Aguantó la guerra allí hasta que no pudo más y volvió a España con sensación de desarraigo y derrota. Se dedicó a escribir y a la enseñanza, que habían sido siempre sus dos aficiones.

A pesar de todo. Suceso tenía multitud de proyectos. Era liberal porque le gustaba la libertad y era reformista porque quería reformar la sociedad.

María vivía aquel año 1914 el mejor momento de su vida. Tenía a Alfredo del que estaba totalmente enamorada, tenía un trabajo que nunca se le hubiese pasado por la cabeza ni soñar y además se relacionaba con gente de un nivel cultural y social mucho más alto que el de ella y de los que no dejaba de aprender.

Alfredo también había progresado laboralmente y ahora era encargado en los talleres de los Ferrocarriles Suburbanos de Málaga. Trabajaba a gusto y era muy valorado.

Seguían con sus encuentros secretos en la habitación de Alfredo en las tardes de domingo. No se cansaban de experimentar con sus caricias y sus juegos. Planeaban casarse y empezaban a estudiar cómo se podía conseguir una documentación para Alfredo y así conseguir celebrar una boda católica en Málaga sin ningún problema.

Cuando Alfredo pasó por Barcelona había logrado contactar con la pequeña comunidad judía de la ciudad. Eran pocos, muy discretos y muy influyentes. Ellos habían logrado que Alfredo tuviese documentos que hasta ahora le habían permitido trabajar sin problemas. Eran documentos falsificados ya que partiendo de su documentación real se habían manipulado legalizándolos.

Al marchar de la ciudad le habían dado direcciones en Gibraltar y en Tánger, donde vivían comunidades judías, próximas a Málaga, que podían ayudarle ante cualquier problema. Alfredo había escrito a Gibraltar explicando su situación y solicitando documentos que lo identificaran como católico para poder casarse con María.

A finales de junio de 1914, en la ciudad de Sarajevo, a 2000 quilómetros en línea recta, era asesinado el heredero a la corona del imperio *austro-húngaro* y a partir de ese momento se empezaron a suceder los hechos que provocarían que buena parte de los países de Europa empezaran a caer en una especie de abismo que acabaría siendo la Primera Guerra Mundial o la guerra Europea como se llamó entonces. Austria y Hungría, Serbia, Rusia, Alemania y después Gran Bretaña y Francia.

En Málaga aquello provocó el pánico y todo el que tenía algo de dinero acudía al Banco de España a cambiar los billetes por duros y pesetas que les dejase al menos el valor residual del metal que había en las monedas.

Una tarde después de un largo día de trabajo en el Suburbano, Alfredo se dirigía a su habitación después de haber acompañado a María. Ella le había invitado a subir y cenar con la familia. Él subió un rato, los saludó, pero no se quiso quedar a cenar a pesar de las protestas de Josefina. No le gustaba invitarse de aquella manera sin haber avisado antes.

Caminaba por la calle que a esas horas ya estaba casi vacía, con la cabeza en sus asuntos y sin prestar demasiada atención a lo que le rodeaba. Silbaba, era un hábito que había copiado de los malagueños.

Oyó que alguien caminaba en su misma dirección, pero no le dio ninguna importancia. Inesperadamente unas palabras llegaron a su cerebro que le causaron el mismo efecto que un golpe con un mazo.

—*Entschuldigen, Herr Stern*?

—¿Me habla a mí? —contestó en español girándose.

—Buenas noches, sabía que si me dirigía a Usted en su lengua me atendería. Me llamo Quintana —dijo aquel hombre alargando su mano para estrechar la de Alfredo—, trabajo para la administración española, aunque prefiero no revelarle para qué departamento o dependencia, al menos de momento.

Quintana era un hombre elegante. Vestía chaqueta y corbata. Debía estar en la cuarentena y hablaba con acento castellano, posiblemente de Madrid. Era casi tan alto como Alfredo, pero estaba gordo. Tenía un fino bigote y le sonreía con un punto de ironía mientras observaba su reacción.

Alfredo respondió y finalmente le estrechó la mano.

—¿En qué puedo ayudarle Señor Quintana? —dijo Alfredo con una inquietud que se le notó al hablar. En aquellos primeros segundos aún estaba considerando la posibilidad de huir de allí.

—Bien, señor Stern, es un poco tarde y yo acabo de llegar a Málaga —dijo Quintana con fingida amabilidad—. ¿Qué le parece si nos sentamos en

una cafetería?, o mejor aún, dada la hora que es, le invito a cenar. Dígame un restaurante que le apetezca por esta zona y nos dirigimos allí. Realmente tengo hambre.

—Verá señor Quintana, no sé cuál es su propósito, pero yo acabo de salir de trabajar —explicó Alfredo intentando ser lo más correcto posible—. Ha sido un día largo y duro y no tengo hambre, así que casi preferiría que hablásemos otro día —dijo mostrando la intención de girarse e irse.

—Pero señor Stern —insistió Quintana— mañana yo me voy y tengo otras cosas que hacer aquí antes de irme. Le ruego que sea tan amable de acompañarme. Sepa usted que de todas formas me acompañará —aquello era definitivamente una amenaza que por cómo fue hecha parecía real.

—Está bien —dijo Alfredo dándose cuenta de la situación y de que no tenía posibilidad de escapar—. Imagino que haga lo que haga no hay nada que le disuada de su propósito.

—En efecto. Por otra parte también le interesa a Usted.

—Acompáñeme, conozco un sitio tranquilo donde podemos comer bien y nadie nos molestará —dijo finalmente Quintana al no haberse decidido Alfredo por ningún lugar. Alfredo podría haber intentado deshacerse de él por la fuerza, pero adivinaba que sabía dónde vivía. Parecía un hombre bastante peligroso.

En esos momentos por la mente de Alfredo tan solo circulaba un pensamiento. Me han descubierto. Me enviaran a Alemania. Se acabó todo. Así que *a priori* podía marchar corriendo, intentar huir de aquel individuo, pero vendría otro y más tarde otro…

Llegaron al restaurante y tomaron asiento. El mesonero les canto lo que tenía y Quintana escogió una buena cena mientras que Alfredo al final escogió alguna cosa ligera. Notaba que se le había cerrado el estómago.

Para beber Quintana encargó uno de los mejores vinos tintos de la carta, al menos por el precio debía serlo pensó Alfredo.

—Bien señor Quintana, que quiere de mí.

—Señor Stern, vengo con una propuesta, que me temo no podrá rechazar, o ¿quizás debería decir eludir?, sí, es más correcto eludir. Le sugiero que mientras hablamos disfrute Usted de la cena. ¿Quién sabe qué pasará mañana? Acaso ¿existe el futuro? —dijo irónicamente y se puso a reír solo de lo gracioso que le había parecido aquella frase.

Alfredo estaba cada vez más nervioso. Tenía una sensación de fatalidad cada vez más aguda. Notaba que se le habían puesto las orejas rojas de la

tensión. Había muy poca gente en el comedor del restaurante y enseguida trajeron la cena. Cuando el camarero se retiró Quintana empezó a hablar.

—No voy a jugar con Usted, me parece una buena persona —dijo con expresión seria y sin ironía— así que voy a plantearle sin rodeos la propuesta que traigo.

—Por favor, se lo agradeceré —dijo Alfredo mirándole a los ojos.

—Verá Usted, como sabe tenemos media Europa en guerra. Una guerra estúpida que ha empezado por el asesinato de un tontaina inconsciente que se metió en la boca del lobo y que otro tontaina aún más inconsciente ha asesinado.

—Sí, aunque creo que es una visión muy superficial —dijo Alfredo.

—Bueno ya se debe imaginar que entiendo la seriedad de la cuestión, pero estoy intentando desdramatizar al asunto. El caso es que desde que Princip mató al archiduque media Europa se ha declarado en guerra. Rusia ha entrado en territorio de Alemania. La Gran Bretaña ha dado un ultimátum que sus compatriotas alemanes han ignorado… Mal, mal. Pinta todo muy mal.

—Y a parte de haber nacido en una Alemania atacada por los rusos, ¿qué más tengo yo que ver en este asunto?

—Pues resulta que desde nuestro servicio de correos se interceptó una carta enviada a Gibraltar por usted. Fue una imprudencia de su parte.

Cualquiera sabe que una carta enviada por correo hoy en día puede ser interceptada por nuestros servicios de espionaje. Joven, tendría que haber ido en persona al peñón en lugar de enviar una carta. Además, en aquella misiva explicaba muchas cosas. Tan solo tuvimos que corroborarlas. Fue muy fácil para nosotros y usted fue muy inocente.

—Sí. Veo que fui un estúpido.

—En un momento como este, debió imaginar que no se deja pasar ni un documento sin revisar, sobre todo si viene de algún ciudadano de los países implicados en el conflicto. Antes de averiguar nada más, solo con su carta supimos que la persona que escribía, un señor llamado Alfredo *Estern*, era en realidad un señor llamado Alfred Stern. Alemán de Sajonia, de la ciudad de Chemnitz. Viudo y de religión judía que desapareció misteriosamente tras el asesinato de un tal Klaus Braun que a su vez era el pájaro que lo había dejado viudo.

Alfredo, que había vuelto a ser Alfred, sintió que toda su huida de Alemania y sus planes de futuro se habían acabado aquella misma noche y en aquel restaurante.

—Señor Stern ¿se encuentra usted bien? —dijo Quintana—. No sufra, como le dije al principio de nuestro encuentro yo vengo con una propuesta. No lo olvide.

Alfred estaba mudo y aún no había probado la cena. Decidió beber. Como no respondió. Quintana siguió.

—La situación es la siguiente: Por su parte Usted es un prófugo de la justicia alemana. Se le acusa de asesinato, aunque ni los fiscales alemanes ni francamente yo, lo creo. Como mucho diría que es usted un homicida, pero no un asesino. Además, estoy informado de su vida y sus actividades en Málaga.

Quintana dio un trago de vino mientras observaba a Alfred.

—Como Usted seguro que sabe por la prensa, España no tiene ningún interés en entrar en una guerra en la que no se nos ha perdido nada. Puede ser mucho más interesante vender a los dos bandos. Entrar del lado alemán nos enfrentaría a nuestros vecinos los franceses. También podrían verse perjudicadas las minas de Río Tinto y los puertos del Cantábrico por los barcos de guerra ingleses. Además, tenemos Gibraltar a muy poquitos kilómetros de aquí. Entrar del bando de los ingleses y los rusos, tampoco nos aportaría nada.

Se podría estropear la relación con los alemanes, además de que España y Austria han estado unidas por vínculos históricos que si bien ya no existen sí que inspiran cierta simpatía.

—Señor Quintana, no sé dónde va a parar todo lo que me está diciendo —dijo Alfredo impaciente.

—No se preocupe señor Stern porque todo tiene su lógica. El hecho de que nosotros no estemos interesados en entrar en esta guerra, no quiere decir que no queramos ganar alguna cosa en ella. Verá Usted, nosotros necesitamos saber. Queremos saber que ocurre y cómo podemos influir en los movimientos políticos que se produzcan. Y si de paso podemos obtener un beneficio mejor que mejor, pero claro, esto lo tenemos que hacer de forma muy discreta y sin que nadie lo descubra.

—Bien, Señor pues que les vaya muy bien. Yo no sé qué puedo hacer por Usted.

Alfredo retiró la silla como para levantarse.

—Espere un poquito —le sujetó del brazo invitándolo a volverse a sentar — déjeme acabar la conversación y la cena.

Volvió a dar otro trago de vino.

—El vino de esta casa es muy bueno. Bien, sigo con mi relato. ¿Dónde estaba? Ah sí, le hablaba de los intereses españoles en la guerra. Aquí es

donde entra usted. Nuestra propuesta es la siguiente. Le ofrecemos nacionalidad española e identidad nueva. Se lo ofrecemos a partir de mañana. A cambio le pedimos que trabaje para nosotros. Le destinaríamos a Alemania, a Berlín. Iría usted como funcionario militar a la Embajada de España. Su función sería mezclarse con la población, los funcionarios y demás, y procesar y reportar cualquier información a Madrid. También nos interesa que traduzca textos y mensajes.

—Pero ¿por qué yo?, yo no tengo preparación académica. Soy un exminero y ahora soy un empleado de una industria española…

—Muy fácil señor Stern, porque domina el español y casi no tiene acento, porque como alemán habla perfectamente el idioma y porque quiere algo que solo podemos darle nosotros. Una identidad y una nacionalidad nueva. Además, por su pasado. Querido señor le tenemos cogido por las pelotas.

—¿Y si me niego?

—Esta misma noche saldrá en un barco destino al puerto de Hamburgo, arrestado y será entregado a las autoridades alemanas que le someterán a la justicia de su país.

—Entiendo —dijo Alfredo totalmente abatido—. No tengo escapatoria.

¿Cuánto tiempo seré su rehén?

—El que haga falta. Puede que hasta el final de la guerra, puede que menos. Nosotros le daremos su nueva identidad a partir de mañana si acepta, así que como ciudadano español no tiene nada que temer mientras que esté en Berlín. Cuando todo haya pasado podrá volver y casarse.

—Imagino que tengo que decidir ahora si acepto o me voy a Hamburgo preso.

—En la próxima media hora, mientras acabamos de cenar. Al salir del restaurante, yo haré una señal imperceptible para usted que hará que quienes nos observan actúen en un sentido o en otro. Por cierto, no se lo he dicho, pero evidentemente todo su trabajo será remunerado. Pasará Usted a ser un funcionario español en Berlín con su nómina pertinente, su vivienda y sus dietas.

—¿Y si cuando esté en Berlín cambio de parecer?

—Las autoridades de su país serán informadas *ipsofacto*.

Alfred no podía creer todo lo que le estaba pasando. Era imprescindible hablar con María antes de que todo se le fuese definitivamente de las manos.

—Señor Quintana, ¿qué harán con la información que yo consiga? No me gustaría perjudicar a Alemania.

—Usted no debe preocuparse por eso. Imagino que la utilizaremos e incluso puede que la vendamos a nuestros amigos. Como ya le he dicho nosotros no tenemos enemigos.

Finalmente, Alfred vio que no tenía alternativa.

—Está bien, haré lo que me piden. Con una condición.

—Querido señor, discúlpeme —dijo Quintana sonriendo— seguro que no me he explicado bien, usted no está en condición de poner condiciones —y a continuación soltó otra carcajada que hizo que la poca gente que había en la sala se girase.

—Quisiera avisar a mi novia de que voy a desaparecer por un tiempo…

—No se preocupe por eso. Ya hemos pensado en ello. Mañana por la mañana podrá hablar con ella y despedirse temporalmente. También les explicaremos cómo pueden ponerse en contacto entre ustedes. No somos tan inhumanos. Por valija diplomática, sus cartas llegarán a Madrid y nosotros las entregaremos en Málaga, le puedo asegurar que funciona mucho mejor que el correo ordinario.

—Una vez en Berlín, ¿cómo sabré que tengo que hacer?

—No se preocupe compañero, creo que ahora puedo llamarle así —volvía el Quintana más cínico— en Madrid recibirá un intenso entrenamiento de tres meses antes de enviarle hacía su destino. Mañana saldremos en tren a las 10 de la mañana. Quince minutos antes yo le traeré a su novia a la cafetería contigua al restaurante en que estamos. Le habremos informado de la nueva situación y ustedes tendrán ese tiempo para despedirse. Esta noche dormirá en el hotel donde me alojo yo. No necesita coger nada de su habitación. Liquidaremos todas las cosas y sus pertenencias serán entregadas a su prometida para que las guarde.

—Veo que lo tienen todo muy bien previsto.

—Si, por cierto, a partir de ahora su nombre es Alfredo Estrella Gil. Eso es lo que figura en los documentos que le hemos preparado. Nos hemos tenido que inventar un segundo apellido.

Quintana pagó la cena y ambos salieron del restaurante y se dirigieron al hotel tal y como estaba previsto.

Alfred tenía una habitación para él solo con un extraño personaje en la puerta que evidentemente estaba encargado de vigilar que no se escapase.

Como le había aconsejado Quintana, se bañó, se afeitó y se preparó para salir al día siguiente.

También, tal y como estaba previsto, a las 9:40 le recogió Quintana y lo llevó a la cafetería donde le esperaba María. María tenía los ojos rojos de

llorar y el susto hacía que las piernas casi no le aguantasen. Habían llegado dos guardias a buscarla a la escuela. A Doña Concha casi tuvieron que sujetarla para evitar que se liara a bofetones con la autoridad. Sin muchas explicaciones la habían llevado a una sala reservada del hotel y Quintana le había hecho jurar que sería discreta y no explicaría toda la trama. Le amenazó con la seguridad de Alfredo. Posteriormente le explicó la nueva situación. Con ella fue amable.

Todo aquello había superado la imaginación de la joven.

Después le llevó a la cafetería vecina al restaurante de la noche anterior y la condujeron a una sala. Esperó a que Alfredo llegase.

Cuando lo vio entrar se levantó y se abrazó con fuerza a él.

—Mi amor, me han explicado que te envían a Alemania, pero a trabajar para la embajada española. No entiendo nada. ¿Cómo nos puede estar pasando esto?

—María, nos han descubierto. Fui un estúpido escribiendo a Gibraltar. Si no colaboro me envían preso a Hamburgo y lo más seguro es que me juzguen y me ejecuten. La alternativa es colaborar con ellos. Tendremos que esperar un poco, pero me han entregado hace un momento un pasaporte español y una nueva identidad.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar separados?

—No lo sé. Puede que mucho. Mientras dure esta locura.

—Alfredo, yo te quiero. Te esperaré tanto tiempo como haga falta y pase lo que pase.

—Yo también te quiero. No te preocupes por mí. Volveré para casarme contigo, aunque sea lo último que haga en la vida. Nada se interpondrá entre nosotros. Solo tenemos que esperar un poco…

—Te esperaré.

—Volveré, pero si piensas que no quieres esperar y me quieres dejar, tan solo te pido que me lo digas.

—No te dejaré y te esperaré tanto tiempo como haga falta. Si tú también decides que no quieres esperar por favor házmelo saber.

—Eso no va a pasar.

—Me han dado una dirección donde escribirte y me aseguran que te llegarán mis cartas y que yo también recibiré las tuyas.

—A mí también me han dado instrucciones, pero sabes que esas cartas las leerán dos o tres personas.

—Lo imagino, pero no me importa —dijo María.

Quintana, que había salido de la sala cuando entro Alfredo volvió y se acercó a ellos.

—Señorita, esté tranquila, le trataremos bien. En un tiempo lo tendrá de vuelta. Además, podrá estar en contacto con él. Ahora nos tenemos que marchar.

Se levantaron y se abrazaron. María lloraba silenciosamente. Alfredo aguantaba las lágrimas. Se besaron. Alfredo se esforzó en conservar la sensación del contacto de aquellos labios y el sabor de la lengua de María.

Necesitaría de esos recuerdos. Fotografió la cara de María en su memoria.

—Nos puede acompañar a la estación —dijo Quintana—. Nadie nos vigila no hay ningún peligro.

Fueron a la estación. Allí se abrazaron y se besaron de nuevo, mientras Alfredo esperaba al último segundo para subir al tren. Para ambos fue un momento muy triste. Pensó él, que era la segunda vez que encontraba la felicidad y se la arrebataban repentinamente.

María vio cómo el tren se alejaba. ¿Cuándo lo volvería a ver? ¿Estaría bien? No le había contado que hacía unos días que tenía los pechos hinchados y que se iba durmiendo por los rincones. Además, la menstruación tenía que haberle bajado hacía dos semanas, pero no daba señales.

El tren se fue perdiendo de vista hasta que desapareció.

—Pase lo que pase te esperaré —era lo último que María le dijo.

—Sea como sea volveré —fue lo último que él le respondió.

CAPÍTULO 5

GUADAL VALLE. LA HERRERÍA DE JUAN

Ya era tarde y el sol estaba a punto de ponerse. Se acababa la jornada.

Juan decidió que iba a fumar un cigarro. Empezó liándolo y después se sentó a disfrutarlo tranquilamente. No fumaba mucho, aunque de vez en cuando le gustaba prepararse un pitillo y saborear el gusto del tabaco. Procuraba estar solo cuando lo hacía para poder consumirlo sin nada que le distrajese. Era una pequeña concesión que se daba en los días de más trabajo.

No le quedaba mucho a 1917. No había parado de darle vueltas a la carta que había recibido de María desde Málaga aquella semana. Aunque no había mucha distancia entre Guadalvalle y Málaga, tenían la costumbre de escribirse.

No estaba mal ya que cuando se veían normalmente había más gente alrededor.

Con las cartas conseguían comunicarse con más intimidad.

Estaba preocupado por ella. María le explicaba lo mal que lo estaba pasando por la ausencia de Alfredo. Juan sabía que había sido casi secuestrado por agentes del gobierno español, que le chantajeaban para mantenerlo como espía en Berlín. No sabía mucho más a pesar de que había preguntado a María, pero ella siempre le decía que no quería escribirlo en un papel y que mejor se lo explicaría cuando se viesen y pudiesen hablar con algo de privacidad. Había pasado tiempo, pero la ocasión no se presentaba. Su hermana volcaba sus sentimientos y sus pensamientos en aquella última carta. Juan creía que en realidad escribía para ella misma más que para él. Eso le había pasado también a él en alguna ocasión.

Lo que sí que le explicaba es que había recibido cartas desde Berlín con párrafos enteros tachados e ilegibles. Estaba claro que las cartas de la pareja las leían en algún despacho en Berlín o en Madrid, donde decidían que se podían decir y que no. Al final, valía la pena no decir nada prohibido o que

pudiese comprometer a nadie ya que con los tachones, a veces se hacía difícil leer lo que decía la carta en el dorso porque el papel transparentaba.

Juan sabía que a sus padres y a sus hermanos menores les había contado lo imprescindible. Josefina y Juan se daban cuenta de que había mucha información que se les ocultaba, pero entendían que si no les explicaba más cosas debía ser porque había una parte de todo aquello que no debían saber.

Sobre todo a su padre le estaba costando mucho entender todo aquello.

Tan solo una vez había visto Juan a Alfredo y a pesar de que pudo hablar poco con él le gustó. Le pareció una buena persona, aunque no sabía cuál era su historia y qué le había traído a España. Intuía que llevaba algo de su pasado cargado sobre sus espaldas, pero eso pasaba con la mayoría de las personas.

Pensó que no podía aplazar mucho verse con María. Ella le estaba pidiendo ayuda de una manera indirecta.

Cuando eran más jóvenes no habían tenido mucha relación ya que entre los dos estaba Alfonso. Juan y Alfonso compartieron mucho más a pesar de que desde muy joven él había pasado largas temporadas separado de la familia, en casa de su abuelo. Imaginaba que durante esas ausencias el lazo entre María y Alfonso se fue haciendo cada vez más fuerte.

La tragedia de la muerte de Alfonso, a pesar de que Juan ya estaba casado unió a los dos hermanos. María se fue a Guadalvalle y pasó un mes con ellos.

Josefina había insistido en que era lo mejor. Allí fue donde pudieron hablar y desahogarse, llorar juntos y poco a poco ir superando la pérdida. María no quiso quedarse más tiempo. Josefina estaba a punto de dar a luz otra vez y aunque no la reclamaban ella sabía que la necesitaban, así que regresó a Málaga. Desde entonces habían empezado a escribirse largas cartas en las que se explicaban todo lo que les pasaba y lo que sentían.

Juan le había hablado muchas veces de su relación con Lola. Se querían y al principio, a pesar del nacimiento del pequeño poco después de la boda, habían disfrutado mucho el uno del otro. Lola se había repuesto muy bien del embarazo y se dedicaba a cuidar a su marido y a su hijo. Ella era una mujer alegre y divertida. Era muy independiente y le gustaba hacer siempre lo que quería.

Juan le decía en broma que era una consentida, aunque en realidad pensaba que algo de eso había. No tardaron mucho en llegar los problemas.

Al cabo de un tiempo había nacido la niña y eso empezó a hacer más difícil la relación entre ellos. Posteriormente murió su padre y su cuñado Antonio, se fue a América.

Lola no tenía tiempo para ella misma y eso poco a poco la fue haciendo infeliz. Ella necesitaba estar por ella misma. Se querían. No había duda, pero la relación entre ellos se había ido enfriando. Juan solo se desahogaba con María por carta.

Afortunadamente a Juan le llegó un dinero inesperado con la herencia de su abuelo que le había dejado una buena parte de lo que tenía. Eso y su conocimiento del negocio, hizo que se volcase cada vez más en la herrería que por cierto funcionaba muy bien. Amplió la instalación e instaló una fragua nueva mucho más grande y potente. Cada vez ganaba más dinero y poco a poco parecía que empezaba a ser muy conocido en el pueblo y en los alrededores.

Desde que tenía la nueva fragua, había empezado a hacer rejas para las ventanas. Eso parecía gustar a Lola. Un buen día había bajado mientras estaba trabajando y le preguntó:

—¿Qué haces?

—¿Te refieres a esto? —dijo él mientras señalaba lo que estaba trabajando.

—Sí.

—Estoy preparando una reja.

—No sabía qué hacías rejas —dijo ella sorprendida mientras que los ojos se le iluminaban.

—Estoy preparando algunas para tenerlas expuestas. Pienso que podemos venderla —dijo él.

—¿Por qué no me dejas que las diseñe yo? —preguntó ella.

—¿Te interesa? —dijo Juan extrañado.

—Claro que sí —le dijo ella— se me da muy bien. Si quieres en un par de días te preparo un par de dibujos.

Dicho y hecho, en un par de días tenía los dibujos. La verdad es que eran más elaboradas que lo que Juan estaba haciendo, pero le parecieron muy bonitas y las forjó. Lola era buena dibujando y tenía sensibilidad artística.

Se vendieron en seguida y desde aquel momento Lola era la diseñadora de rejas de la familia. Ahora ella tenía en mente hacer otros objetos. Ya se vería cómo resultaba.

Otra cosa más, rondaba por la cabeza de Juan. Se trataba de Antonio.

Su cuñado y amigo de la infancia había llegado de Argentina un par de meses antes. Al principio todos se alegraron mucho, pero Juan se dio cuenta con el transcurso de los días de que algo le torturaba. Intentó en alguna ocasión preguntarle, pero él le respondía con evasivas.

Finalmente, el día anterior a una hora similar y cuando ya estaba solo recibió su visita inesperada

—¡Hombre vaya sorpresa! —dijo Juan distraído mientras acababa de recoger un par de cosas.

—Tengo que hablar contigo, no aguanto más —le dijo Antonio con voz ronca. Juan dejó todo lo que tenía entre manos y ambos caminaron unos metros y se sentaron en un banco de madera que había hecho el mismo y que estaba un poco apartado de la casa. Sabía que pasaba algo y buscó aquel lugar para poder hablar tranquilamente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Juan directamente. Sé que hay algo que no me has contado y que te preocupa.

Antonio bajo la cabeza y se puso a llorar. Se llevó la mano a la cara para tapársela. Sentía vergüenza. A Juan le sorprendió aquella reacción. Muy pocas veces le había visto llorar incluso cuando eran niños. No sabía qué hacer.

Finalmente dejó que se desahogase un poco y lio un cigarrillo para cada uno. Se lo ofreció a Antonio y este lo aceptó.

—No sé cómo empezar —dijo Antonio, ya más sereno— espero que no me haya visto nadie.

—No nos ha visto nadie —dijo Juan serio.

—Juan, le fui infiel a Aquilina cuando estuve en Argentina —dijo Antonio directamente y sin dar rodeos.

—Me imaginaba que se trataba de algo así.

—Fue casi sin querer —dijo Antonio.

Poco a poco le fue contando toda la historia de su relación con Isabela, como había empezado, que estuvieron una noche juntos y que después no se vieron más hasta que él estaba a pocos meses de volver.

Le habló de los últimos meses en Buenos Aires y del embarazo. Le explicó que le había escrito y ella le había respondido poniéndole al día de su estado y de que estaba bien. Parecía contenta de tener noticias suyas. Él le había ofrecido enviarle dinero, pero ella lo había rechazado, tenía sus propios recursos y no lo necesitaba.

—¿Y si Aquilina descubre alguna carta? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar a Juan.

—Me escribe a la dirección de uno de mis hermanos en Málaga —respondió Antonio— escribirte aquí tenía el peligro de que lo descubriese Lola y además te estaba comprometiendo.

—¿Todavía estás enamorado de ella? —preguntó Juan.

—Creo que sí, aunque también quiero a Aquilina.

—Amigo, tendrás que decidirte.

—Ya decidí cuando volví, pero sigo añorándola. Era muy diferente a mi mujer y a las mujeres de aquí. Ella era libre, culta… no sé…

—¿Vas a decirle algo a tu mujer?

—No, aunque tengo muchos remordimientos por ella y también por haber dejado a Isabela sola en Buenos Aires.

—Entonces, si has decidido no decirle nada y volver, lo mejor que puedes hacer es olvidar a Isabela. Olvida también los remordimientos, eso sí que no te va a aportar nada.

—Es muy difícil, además está el bebé.

—Es verdad —dijo Juan— pero tú mismo me has dicho que no le va a faltar nada, que la familia de ella es rica. Tus hijos de aquí también te necesitan.

—Cuando llegué a Málaga fui al notario y cambié el testamento.

—Vaya follón que se liará si Aquilina muere más tarde que tú.

—Ya estaré muerto —dijo Antonio con indiferencia— soy un cobarde.

—No. Creo que yo hubiese hecho igual que tú en la misma situación.

—Gracias Juan —dijo Antonio.

—No hace falta que me agradezcas nada. Somos amigos desde la infancia. Si necesitas hablar conmigo aquí me tienes.

Hablaron un rato más y al final le pareció que Antonio se iba más tranquilo. No había podido quitarse aquella conversación de la cabeza. La verdad es que estaba bastante preocupado por Antonio, por María y por Lola.

Menos mal que al menos no tenía que preocuparse por el dinero. Eso ya era mucho.

Estaba ensimismado cuando notó que alguien se sentaba a su lado. Ya había oscurecido.

—Papá dice mamá que tiene la cena lista y que si vas a tardar mucho.

José era un niño simpático y cuando no tenía nada que hacer se pasaba el tiempo alrededor de su padre viendo cómo trabajaba el hierro. A Juan le gustaba que estuviese por allí. —Ayúdame a recoger las herramientas que están en la parte de atrás y nos vamos a cenar.

Recogieron todo lo que tenían y cerraron la herrería. Subieron y en el comedor les esperaba Lola.

—¿Ya has cerrado por hoy? —dijo Lola un poco seca.

—Si cariño ya está —respondió Juan mientras le besaba en la mejilla.

—Vete a lavar un poco mientras yo acabo de preparar la cena que debes tener hambre a estas horas.

Juan se estuvo aseando y al cabo de media hora estaba toda la familia sentada alrededor de la mesa. Bueno, toda la familia no porque Remedios, que tenía menos de un año ya estaba en su cuna durmiendo.

—Papá —le dijo Margarita, que era más joven— dice la maestra que mi nombre es muy largo y que cuando haya aprendido a escribirlo sabré ya muchas letras —los niños aprovechaban la cena para hablar de sus cosas.

—Ves hija como a veces es una ventaja tener un nombre que no se acaba nunca —le dijo Juan con cierta ironía, aunque despistado. Observaba de reojo a Lola.

—Pues el mío es pequeño —le dijo José.

—Y el mío también —cortó Lola— pero igualmente se tiene que aprender a escribir todas las letras —respondió la madre con la intención de liquidar el tema.

—Ya que estamos con esto, José no te olvides de que cuando acabemos de cenar quiero que me leas un poco el diario.

—Vale Papa —dijo el niño contento. Era el momento de ellos dos.

Era una práctica habitual. Juan hacía leer cada día a su hijo parte del diario que había comprado aquella semana. Por un lado, conseguía que el niño se viese forzado a practicar la lectura y por otro lado él se informaba y comentaban lo que leían. Margarita aún era pequeña y aún no leía suficientemente bien. Cenaron, recogieron la mesa las mujeres de la casa mientras que el niño leía y al cabo de un rato todo el mundo estaba acostado.

Cuando estaban en la cama y parecía que los niños estaban dormidos, Juan intentó acercarse cariñosamente a Lola, pero ella se hizo la dormida, aunque en realidad estaba despierta.

Juan se dio cuenta. Eso pasaba la mayoría de las veces en los últimos tiempos. Se dio la vuelta y empezó a pensar en los problemas de todos los que le rodeaban.

El verano anterior, la familia tuvo una visita inesperada. Una tarde mientras todo el mundo dormía la siesta, alguien entró en el recibidor de la casa y empezó a llamar en voz alta:

—¡Mamá!,¡niñas!, ¿no hay nadie?

Doña Remedios a pesar de su edad fue la primera que llegó y de pronto vio a aquel hombre, con una mulata y una niña cogida de la mano.

—¡Mamá! ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo el hombre acercándose y abrazando a la mujer.

Solo unos segundos después apareció Aquilina y con ella un montón de niños, los suyos y los de Lola que pasaban el día en la casa. A Doña Remedios tuvieron que sentarla en una silla y traerle sus sales ya que la impresión estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento.

Jesús, siempre había sido el hermano díscolo de la familia. Cuando lo enviaron a Madrid a estudiar, todos respiraron tranquilos ya que por fin la casa tendría un poco de calma. Los últimos años que había pasado en Guadalvalle había sido un periodo en que se había dedicado íntegramente a hacer lo justo para sacar adelante los estudios y hacer enfadar tanto como pudo a su padre.

Cuando por fin lo enviaron a la capital, su hermano que hacía tiempo que vivía allí se hizo cargo de él. En aquel tiempo tenía veinte años.

Su vida, por lo que sabían, no había sido fácil. Se casó con Jacinta que era una joven que pertenecía a una familia de militares de alto rango de Madrid y al poco tiempo se marcharon a vivir a Cuba. Allí tuvieron un par de hijos, los dos varones y al cabo de unos años Jacinta murió casi de repente. La familia de Guadalvalle se ofreció a acogerlos a los tres y a ayudarlos, pero Jesús, que por entonces gobernaba un *Ingenio de caña de azúcar*, dio las gracias, pero avisó que no tenía ninguna intención de volver.

A pesar de todo ahí estaba. Elegante en sus treinta y tantos, bien vestido, con un cierto aire colonial y con la misma sonrisa y expresión de descaro con la que se había ido.

A su lado estaba Rosa. La presentó como su doncella. Ella era una mulata espectacular. Exótica, simpática y bellísima. Algo más joven que él. En seguida vieron que se trataban con mucha familiaridad y su madre, acostumbrada a lo excéntrico de su hijo, le decía todo el tiempo a Aquilina y a Lola.

—¿Estáis ciegas niñas?, esa Rosa es su querida. A mí este pájaro no me engaña.

—No mamá, él dice que es su doncella —decían invariablemente la hermana con la que estuviese hablando, aunque si la otra andaba por allí intentaban no cruzar la mirada para no estallar en risas.

—Era lo que nos faltaba después del embarazo de Lola y ahora que parecía que todo el mundo se había olvidado… —decía la mujer preocupada. A Rosa le bastaron dos paseos por Guadalvalle para que todo el mundo la conociese y hablase de ella. Los hombres la saludaban cuando iba por la calle y las mujeres hablaban a sus espaldas. Era el centro de todos los comentarios

y ¿por qué no admitirlo?, la protagonista de muchos sueños eróticos entre los habitantes masculinos del pueblo.

Con ellos dos viajaba Inés. La niña era la hija de Rosa y tenía entre tres y cuatro años. Era una niña encantadora, muy bien educada y que en seguida se convirtió en el juguete de las otras niñas de la familia que la llevaban de un lado para otro. La niña tenía una característica que lo complicaba todo. Los que se dieron cuenta intentaron callar, pero la vecina, Isabel se lo soltó a bocajarro a Doña Remedios.

—¡Santo cielo Remedios! —exclamó la mujer una tarde que había pasado un momento para saludarla, cuando vio pasar a la niña.

—¿Qué pasa? —respondió la mujer.

—Esa niña ¿quién es?

—La hija de la doncella de mi hijo —respondió tensa Doña Remedios.

—Eso dices tú —dijo entre carcajadas— ¿no ves que es igualita que tu cuando eras pequeña, pero en moreno?

—Qué barbaridad acabas de decir.

—Que no mujer que no, que esa niña es hija de tu Jesús. Yo me acuerdo de ti cuando eras pequeña y eras igualita.

La pobre mujer intentó cambiar de tema a pesar de que la puñetera de la vecina insistía en el parecido.

Jesús había venido a visitarles desde el Caribe porque no quería que con su madre le pasase igual que con su padre, quería verla antes de que fuese demasiado tarde. Al menos eso decía, pero no siempre se le podía creer. Había dejado a sus dos hijos en un internado de La Habana y con Rosa e Inés se había plantado en la casa sin avisar.

La madre, mal pensada, llegó a temer que les pidiese dinero, pero estaba equivocada, no lo hizo. A lo mejor se dio cuenta de que a ellos tampoco les sobraba. Todo lo contrario, parecía que a él sí que le sobraba.

Se instalaron en casa de su madre y pasaron allí todo el verano.

A Jesús le prepararon la habitación del ático. Era una habitación en donde ahora no dormía nadie pero que antiguamente había sido el dormitorio de los dos hermanos cuando vivían allí. Quedaba aislada del resto de la casa ya que todos los demás tenían su dormitorio en las dos plantas de abajo. A Rosa la instalaron en una habitación que tenían libre en la planta baja y la niña fue a dormir con Carmen y Maru en la planta del medio.

No tardó en simpatizar con Juan. Jesús era alegre, indolente, consentido —igual que Lola— aunque muy divertido y propenso a todo tipo de placer

que le ofrecía la vida. De risa fácil y duelo corto, lo convertían en una buena compañía.

Para los niños *el tío de América* era su distracción favorita y tanto José como Margarita —los hijos mayores de Lola— como Toño, Maru y Carmen —hijos de Aquilina, se pasaban el día detrás del tío Jesús o de la Tata Rosa— como ellos le habían bautizado.

Aquellos días esperaban el regreso de Antonio desde Argentina y la presencia de ellos ayudó a que la espera fuese más fácil para todos. Por otro lado, era innegable que Jesús tenía espíritu empresarial y revisó las pérdidas que había representado para la familia la aventura de los embutidos en Argentina.

También pasó horas con Juan hablando sobre el negocio de la herrería y estudiando posibilidades y vías de actividad.

Tanto Toño como José, de edades parecidas y en las puertas de la pubertad, tenían una curiosidad irresistible por saber más sobre Rosa. Se sentían muy atraídos por ella. Sin duda que Rosa se había dado cuenta y se divertía viendo como no le quitaban el ojo de encima.

Con el calor de primera hora de la tarde toda la familia dormía la siesta.

Eran siestas largas y en las que no se movía un alma en toda la casa. El calor era tan pesado que lo único que se podía hacer era dormir y si el lugar tenía un poco de corriente de aire mejor. Ya recuperarían el tiempo yéndose a dormir más tarde por la noche.

Cuando acababa de comer, Jesús, se iba solo a la habitación. Se quitaba la ropa quedándose solo con el calzón y se estiraba en la cama a dormir.

Los dos niños, desde hacía días, se habían dado cuenta de que había algún movimiento en la casa. Alguien subía las escaleras sigilosamente. Al principio se asustaron, influidos por las historias de espíritus y fantasmas que la abuela contaba a todo el que quisiese oírle, pero al segundo o tercer día decidieron que fuese lo que fuese lo iban a averiguar.

Los dos compartían una habitación que estaba justo al pie de la escalera en la segunda planta. Junto a la habitación había una especie de despensa empotrada en la pared, donde se solían guardar las sábanas, mantas y colchas de las camas de aquella planta. Era muy grande y dentro cabía una persona adulta sin ningún problema. La puerta era una celosía que permitía que si se metían dentro podrían observar sin que les viesen a no ser que se fijasen mucho. Así que allí estaban escondidos.

No esperaron mucho rato cuando de pronto vieron que Rosa subía sigilosamente desde la planta baja y pasaba por delante del armario. Los niños

casi aguantaron la respiración hasta que vieron que seguía hacia el ático.

Sin decir nada y sin hacer ningún ruido, abrieron cuidadosamente la puerta y descalzos subieron los veinte escalones que les separaba de la planta de arriba. La madera de la casa crujía ligeramente pero no lo suficiente como para alertar a nadie.

Cuando llegaron al ático la puerta estaba cerrada. Con mucho cuidado se acercaron a la cerradura de la puerta. José fue el primero que miró Al fondo y a contraluz de la ventana abierta en el otro lado, pudo ver como estaba su tío estirado y Rosa a horcajadas sentada encima de él saltando como en trance.

—¡Ala! —se le escapó en voz muy baja.

—Déjame ver —decía Toño impaciente.

José se apartó y entonces miró Toño. La escena seguía su curso en aquel momento. Los niños iban alternando uno y otro mientras que los adultos parecían no darse cuenta de nada.

Los niños estaban tan concentrados y tan impresionados por el espectáculo que no oyeron que alguien subía por la escalera.

—¿Qué hacéis? —dijo una vocecita.

Toño y José saltaron sobresaltados cada uno hacia un lado de la puerta.

En el gesto reflejo el agujero de la cerradura quedó libre y la pequeña Inés se fue directa y puso el ojo. Pasados unos segundos, que fue el tiempo que necesitaron para recuperarse José la apartó cariñosamente de la puerta para que no siguiese viendo.

—Inés tenías que estar descansando —dijo Toño entre susurros para que no les oyeran hablar.

—Pobre mamá —dijo la niña con expresión triste.

—¿Pobre mamá? —dijo José en voz muy baja para que no les descubriesen.

—Si —dijo Inés— otra vez el amo Jesús —como ella le llamaba— le está castigando, ¿no ves como ella se queja? Juegan al caballito para castigarla.

Los dos niños intercambiaron una mirada. Realmente les sorprendió a los dos aquella forma de interpretar aquello por la niña. Aunque tenían ganas de reír no quisieron que la pequeña pensara que se estaban burlando de ella así que lo más serio que pudieron, intentaron consolarla.

—A los mayores les gusta discutir y castigarse —dijo José.

—Si es verdad —insistió Toño— son muy raros.

—¿De verdad? —decía Inés— mamá le llama *mi amol* cuando hacen esas cosas para que no se enfade.

—¿Lo ves? —dijo José— es que no hay quien los entienda.

—Ahora nos vamos a ir poquito a poco y sin hacer ruido —dijo Toño cogiendo en brazos a Inés— no podemos dejar que nos descubran. Nos castigarían.

—Vale —dijo la pequeña.

—Inesita —dijo José— esto debe ser nuestro secreto y nadie debe saberlo. Nos enviarían a los tres a un colegio interno.

—Yo no quiero —se quejó la niña.

—Y yo tampoco —dijo José— así que mantendremos el secreto.

Se alejaron sin hacer ruido. Acompañaron a Inés hasta la habitación de las niñas que estaban medio dormidas y volvieron a su cuarto. No pasó mucho rato cuando oyeron bajar otra vez silenciosamente a Rosa hacia su dormitorio en la planta de abajo. No fue aquella la única vez que subieron a espiar, aunque se cuidaron mucho de que nadie les siguiese.

Un buen día Rosa —que traía un gramófono en el equipaje y unos cuantos discos de música—, reunió a las niñas en la sala de casa de la abuela e intentó enseñarles a bailar al estilo del Caribe. Aquellos bailes eran muy sensuales y las niñas se divertían imitando a la mujer.

Durante todo aquel mes que pasaron allí la casa tuvo una banda sonora compuesta de boleros y ritmos tropicales que ambientaban y alegraban a todos los habitantes de la casa. La única que de vez en cuando se quejaba era Doña Remedios. A los demás les gustaba y no era raro ver a los otros adultos de la casona tarareando alguna de las canciones del repertorio.

A todos les ayudó la presencia del trio en la casa durante aquellos días.

Les aportó un poco de alegría y les dio temas suficientes de conversación como para hacer más fácil la espera de la llegada de Antonio.

Justo una semana antes de esa llegada, tal y como habían llegado anunciaron que al día siguiente se iban. Tenían que pasar unos días por Madrid, ya que Jesús tenía gestiones que realizar y visitas que hacer. Era una cuestión de un par de semanas y después irían a Cádiz que era desde donde salía el barco que los llevaría de regreso a casa.

Casi no hubo tiempo de despedirse y todos los niños se comprometieron con Rosa a escribirse y mantenerse en contacto y al día de las novedades que pasaran en la casa.

Todos notaron el vacío que dejaron y la casa tardó días en recuperar el ritmo habitual previo a la visita.

Lola no se había planteado nunca desarrollar ninguna profesión ni dedicarse a nada más que a su familia, pero cada vez le sobraba más tiempo.

La pequeña Remedios era cada vez mayor y la necesitaba menos y los dos mayores ya no la necesitaban más que lo justo.

Lola, era bastante especial. Tenía algunos puntos en común con su hermano. Era una mujer sensible y creativa y la verdad es que hasta aquel momento siempre había tenido una vida bastante fácil, quizás por eso le gustaba mucho pensar en ella misma. Tendía a anteponer sus intereses a todo lo demás a pesar de que sabía perfectamente que eso no era lo correcto y esa certeza le hacía sufrir. Había tenido que aprender a saberse imperfecta y a convivir con ello sin demasiados problemas. Mantuvo una larga conversación con su hermano, que no era muy diferente a ella.

Jesús había ido a visitar a Juan a la herrería y cuando iba a regresar andando a la casa familiar ella se ofreció a acompañarle. Jesús fue directo al tema.

—Lola, ahora que he conocido a tu marido y me parece buena persona, que veo que tienes unos hijos preciosos y además os va bien no entiendo porque yo te veo triste.

—¡Cómo eres Jesús! —contestó ella evasiva.

—A mí no me engañas. Tú y yo no somos tan diferentes.

Lola no estaba segura de querer tener aquella conversación con su hermano, pero al final pensó que no iba a dejar escapar la ocasión

—No estoy bien, tienes razón. Quiero a mi marido y a mis hijos, vivo bien pero no sé qué me pasa. Es como si me faltase algo. He pasado años dedicada a ellos y veo que se me pasan los años. Me gustaba más cuando vivía pensando solo en mí.

—Te entiendo, y tengo que reconocerte que a mí me pasa igual, aunque yo no echo para nada de menos la época en que tenía que aguantar a Papá y a Mamá.

Ambos rieron relajando la situación

—Para mí no fue tan duro. Incluso cuando me quedé embarazada me ayudaron.

—Imagino que comparado con lo que yo les había hecho sufrir, lo tuyo no era nada.

—¿Qué hago con mi vida? —dijo Lola muy seria de repente.

—No es fácil Lola, pero deberías intentar ser tu misma. Recuperar tu libertad para hacer lo que te gusta. Eso no quiere decir que te alejes de tu marido ni de tus hijos, sencillamente intenta compaginar las dos cosas. Cuando vean que teniendo tu espacio estas mejor, ellos también estarán mejor. Créeme.

—Pensaré en tu consejo —dijo Lola, y cambiando radicalmente de conversación preguntó—. ¿Rosa es tu querida?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Jesús riendo.

—Aquilina y yo estamos muertas de curiosidad.

—Pues no te lo voy a decir, ¿tú me ves bien?

—Estupendamente —respondió Lola.

—Pues eso es lo único que te debe importar.

Lola tenía una vena artística. Siempre había sido una buena dibujante y al principio se dedicó a dibujar con carboncillo pequeños dibujos de una silla, de una mesa, de algún mueble de la casa, luego siguió dibujando aquella flor o esta taza, prosiguió dibujando algún paisaje y al final acabo dibujando pequeños retratos de sus hijos y de su marido y ¿cómo no? de su querida madre. Había sido una autodidacta.

Más adelante pasó a dibujar en lienzo y con acuarelas. Había encontrado una actividad que le permitía dar rienda suelta a sus sentimientos y ejercía sobre ella una buena terapia que le ayudaba a controlar sus emociones y la forma de ver la vida que le rodeaba.

A pesar de todo tenía remordimientos y no acababa de sentirse feliz.

Necesitaba alguna cosa que no conseguía identificar. Algún aliciente nuevo en su vida.

Una tarde Aquilina, que era una de las personas que mejor la conocía visitó a Juan. Con la excusa de ir a casa de su hermana se pasó por la herrería antes de subir a ver a Lola. Juan se sorprendió gratamente al verla.

—¿Qué haces por aquí cuñada? ¿Has venido a ver a Lola? —le dijo Juan alegremente, ellos dos tenían muy buena relación, se apreciaban muy sinceramente.

—Sí, pero de paso te quería ver a ti también —dijo Aquilina seria.

—Pues ya me ves. ¿Quieres que hablemos de algo? —preguntó distraídamente y sin apreciar aquella seriedad, mientras seguía con lo que estaba haciendo.

Aquilina, pensó que la mejor manera de tratar el tema era directamente.

—Mira Juan pues sí. Hace ya mucho tiempo que veo que mi hermana no levanta cabeza. Primero fue lo de mi padre, luego que si se nos vino encima toda la historia de los embutidos y ahora que ya ha pasado todo a mí me da la impresión de que no se acaba de animar y me preocupa porque cada vez está más cerrada en sí misma. Además, ya sabes cómo es ella.

—¿Cómo es? —dijo Juan provocando a su cuñada a seguir hablando.

Hacía tiempo que a él también se le escurría entre las manos el estado anímico de su esposa.

—Pues especial —dijo Aquilina dudando mientras ponía en orden sus ideas—. Es especial, a veces insoportable, mimada y consentida. No sé.

—Incomprensible —añadió Juan— muy sensible. Cariñosa cuando le da la gana y terrible cuando no…

—Eso y mucho más —dijo Aquilina sonriendo.

—Tienes razón. Hace mucho tiempo que le doy vueltas y que veo que no está bien. Desde que empezó a pintar parece que la cosa ha mejorado un poco porque ahora tiene un entretenimiento, pero hay días que no se puede hablar con ella y a la mínima se te tira a la yugular. Siempre tiene la escopeta cargada.

—Yo he estado pensando en ella y he llegado a la conclusión de que a Lola le iría muy bien poder despejarse un poquito y salir de lo cotidiano —dijo Aquilina tímidamente.

—Y ¿en qué estás pensando? —preguntó Juan intrigado.

—Pues, la verdad es que aún no lo he hablado con nadie, ni siquiera con Antonio, pero yo creo que si a ti te pareciese bien y si ella está de acuerdo, hace mucho tiempo que no vemos a Ramón —que era el hermano que tenían en Madrid y que era militar— y podríamos ir las dos a visitarlo. Él estaría contento de tenernos en su casa y seguro que a Lola le iría muy bien.

Juan no lo veía claro. Si Lola se marchaba ¿qué pasaba con todos los niños? Además, no estaba seguro de que en aquellos momentos bajos en su relación como pareja fuese buena idea separarse. Aquilina identificó la duda en los ojos de Juan.

—¿Te parece una locura? —preguntó Aquilina tanteando si había ido demasiado lejos en su propuesta y en la manera de enfocarla.

—La verdad es que no estoy muy seguro de que sea una buena idea. Veo que por un lado están los niños y por otro lado está tu madre. ¿Quién va a cuidar de todos ellos? Además, ya sabes que no estamos en un buen momento —le dijo directamente—. ¿No te parece arriesgado? Y ¿si decide no volver? Es un poco como abandonarnos.

Aquilina pensó unos segundos, más que nada para expresar correctamente lo que pensaba

—Yo no lo tomaría como un abandono. Tan solo es como dar un respiro a una situación. Si le proponemos la historia a Lola como un abandono yo creo que se negara. Ella te quiere más de lo que te pueda parecer, si no hubiese vuelto a casa hace tiempo. Ya sabes que cuando se trata de ella misma lo que

piensen los otros tampoco le importa tanto. Además, por los niños yo creo que tengo la solución.

—¿Dime cuál es? —preguntó Juan dubitativo mientras razonaba en lo que le explicaba Aquilina.

—Los míos se pueden quedar al cuidado de mi madre. Los niños cuidan a la abuela y la abuela los cuida a ellos. Por lo que hace a los tuyos, tu hermana Ana o tu hermana Marta a lo mejor podrían venir a cuidar de ellos. No será demasiado tiempo.

Juan vio que Aquilina lo tenía todo pensado. De hecho, no le parecía mal del todo el planteamiento, tendría que hablar con su familia.

—Dame unos días antes de hablar con nadie más. Déjame que hable con mis hermanas a ver si alguna de ellas quiere venir. Me lo tengo que pensar muy bien. No es lo correcto que se marche y nos deje —dijo Juan contrariado y dolido por la situación.

—Por supuesto que si tú no lo ves claro me olvido de la idea —dijo Aquilina conciliadora.

Juan, se dio cuenta que aunque estaba enfadado con él mismo y con la situación, no dejaba de ser una buena idea y empezó a preparar la partida de su mujer. Preguntó a su familia.

Ana, estaba más que dispuesta a ir a casa de su hermano. La joven ya tenía dieciocho años y aunque prácticamente no habían convivido, estaba loca por poner emociones nuevas en su vida.

Cuando Juan supo de la disposición de Ana para ir y quedarse con ellos, invitó a Aquilina a plantear los dos el tema a Lola.

Los dos hablaron con ella, Lola al principio se quedó sorprendida. No se esperaba ninguna propuesta de aquel tipo. De entrada se negó pensando que no podía dejar sola a su familia, pero uno a uno su hermana y su marido fueron tumbando sus argumentos y un buen día llegaba Ana a Guadalvalle y al cabo de una semana salían las dos hermanas en dirección a Madrid.

Ana enseguida se hizo cargo de la situación.

Empezó a cocinar, a cuidar de los niños y de su hermano. Los niños al principio fueron reacios a que su madre se fuese y que ellos se quedasen, pero poco a poco Ana se los fue ganando. La principal aliada de Ana fue Margarita que, aunque era solo diez años menor que ella, fue tomando admiración por su tía y por el brío que le daba a las cosas.

Aquilina y Lola llegaron a Madrid y su hermano las recibió en su casa de la zona del Retiro. Como no podía ser de otra forma las dos se dedicaron a salir por la ciudad todo lo que pudieron, pero Lola estaba especialmente

interesada en el Museo del Prado. Siempre que podía se iba allí y se pasaba horas y horas delante de los cuadros.

Una tarde estaba sentada, frente al cuadro *El quitasol* de Goya. Le llamaba la atención poderosamente la distribución de los dos personajes del cuadro, pero sobre todo la luz. Analizaba en silencio la obra con los pocos conocimientos que tenía y la gran sensibilidad que sentía. No sabía por qué, pero estaba obsesionada con el pintor.

De pronto alguien se dirigió a ella:

—¿Le gusta el cuadro?

Ella se giró. Vio que detrás de ella le hablaba un hombre de unos cuarenta años que le dirigía una amplia sonrisa. Era un hombre atractivo a simple vista.

Refinado y bien vestido. Le inspiró confianza y le respondió con sinceridad.

—La verdad es que me gusta mucho cómo refleja la luz —le respondió ella devolviéndole la sonrisa— aunque yo no tengo formación en el tema.

—Formación no sé, pero creo adivinar que tiene sensibilidad. Me doy cuenta que el cuadro no la deja indiferente.

—Tiene razón. Sensibilidad sí que creo que tengo.

—Discúlpeme —le dijo él con galantería— no me he presentado. Me llamo Fernando Martín. Estoy metido en el mundo de la pintura. Tengo una escuela y una sala de exposiciones. Estaría muy honrado si algún día visita mi exposición —le dijo a la vez que le entregaba una tarjeta de visita. Lola se quedó un poco sorprendida. No estaba acostumbrada a que los desconocidos le hablasen.

—Yo me llamo Lola. Como se debe haber dado cuenta por mi acento soy andaluza y he venido con mi hermana a pasar unos días en casa de mi hermano que vive hace muchos años en Madrid.

—¿Es empresario? —preguntó Fernando con curiosidad.

—No. En realidad es funcionario. Del ministerio de defensa.

—¿Qué le parecería pasarse por mi galería con sus hermanos un día de estos? Le presentaré a mi esposa y les enseñaré la galería.

—Déjeme que lo hable con ellos —dijo Lola tímidamente, pero aceptando la tarjeta de visita que él le extendía.

A Aquilina le pareció divertido que un desconocido le hablase en el museo mientras que a Ramón le pareció de lo más normal. Él llevaba mucho tiempo en Madrid y ya era más madrileño que de cualquier otro sitio.

—En la ciudad la gente tiene menos problemas para hablarse que en los pueblos —le había dicho—. Son mucho más directos. El viernes por la tarde

podemos visitar a ese tal Fernando Martín si queréis.

Dicho y hecho. Aquel viernes los tres hermanos más Isabel, la mujer de Ramón, estaban en la exposición.

Fernando se alegró mucho cuando los vio entrar. Se presentaron y les enseñó los cuadros que tenían expuestos. Eran cuadros de estilo naif y de varios pintores de la ciudad. Lola desconocía el estilo y le fascinó. También estuvieron hablando de la escuela de pintura que regentaba y junto con su esposa acabaron cenando en una tasca de los alrededores de la Plaza Mayor. Para Lola aquel bocadillo de calamares a la romana con mayonesa fue el primero de su vida.

Todo bien regado con sidra.

Lola estaba contenta y había vuelto a reír como hacía tiempo que no lo hacía. La verdad es que tanto Fernando como su mujer, Judith, que era de origen francés le habían parecido muy sorprendentes y a la vez divertidos, y la escuela le había encantado. Lástima que se acababa el mes que se había fijado para estar en Madrid.

El tema de conversación entre Fernando, Judith y Lola fue principalmente la pintura. Los otros estaban un poco descolocados. Fernando le propuso a Lola que le visitase y que su mujer y él le harían una prueba para ver como la veían de conocimientos y habilidades.

Una tarde llegaron las dos hermanas a la galería y el matrimonio dedicó un buen rato a discutir y ver como pintaba Lola. Al cabo de un par de horas le hicieron una propuesta.

—Mire Lola —le dijo Fernando— yo creo que Usted tienen las cualidades artísticas más que necesarias para dedicarse a la pintura, pero entiendo que le falta técnica.

—Ya se lo dije yo —le contestó Lola orgullosa de ella misma— todo lo que he aprendido ha sido por mi cuenta y la verdad es que no he ido nunca a la escuela.

—¿Por qué no se queda un tiempo y nosotros le enseñamos?, le daríamos las claves principales para que usted pueda desarrollarlas por su cuenta cuando vuelva a su pueblo —le dijo Judith.

—Es una pena —contestó Aquilina— debemos volver a casa la semana próxima. Tenemos nuestras obligaciones allí, además yo ya no aguanto más sin ver a mi marido y mis hijos.

—Tiene razón mi hermana —dijo Lola— yo también añoro a mi marido y mis hijos. Hace un mes que no estoy en mi casa.

—Bueno, si se lo piensa ya sabe dónde encontrarme —le dijo Judith.

Aquella tarde las dos hermanas hablaron. Aquilina pensó que si Lola renunciaba a aquello acabaría siendo peor el remedio que la enfermedad y la frustración de la vuelta tendría consecuencias. Seguro que Ramón no tenía ningún inconveniente en tenerla allí y además ejercería la tutela sobre su hermana que requería la circunstancia. Faltaba ver que pensaba Juan.

Lola se negaba en rotundo. Hubiese dado lo que fuese por poder estudiar pintura un par de meses, pero no resistía más sin su marido y sus hijos. Al menos eso decía.

Aquilina, tomo cartas en el asunto. Se fue sin que nadie lo supiese a la centralita de teléfono que no estaba lejos de la casa de su hermano y, ni corta ni perezosa, llamó a la centralita del pueblo que hacía poco tiempo habían instalado.

Cuando consiguió la conexión —lo que no resultó nada fácil— pidió que avisasen a su cuñado. En unos minutos estaba al otro lado de la línea.

Aquilina explicó a Juan todo lo bien que supo cuál era el dilema de su esposa y que efecto beneficioso podía tener sobre Lola el quedarse y hacer aquel curso. Por otro lado, le explicó que no debía temer por ella. Su hermano tendría buena cuenta de que todo fuese *como debe ser*.

Juan dudó y dudó. Se le pedía mucha comprensión. Al final entendió que Aquilina tenía razón. Ya que ella estaba allí debía aprovechar la circunstancia.

Finalmente le dijo que se quedase Lola en Madrid.

Aquilina le dijo que Lola no sabía nada de esa conversación pero que por mucho que ella insistiese tenía que ser él quien le dijese que se quedase.

—Está bien —le dijo Juan. Déjame ver como lo hago.

Al día siguiente llegó un telegrama a casa de Ramón dirigido a Lola. Era un telegrama de Juan. Decía:

Aquí estamos todos bien. Te echamos de menos. Quédate en Madrid. Haz el curso de pintura y cuando estés lista vuelve. Nosotros te esperaremos el tiempo que haga falta. Te quiero.

Lo firmaba Juan.

Lola se emocionó.

Aquilina regresó a Guadalvalle según lo previsto. Antonio y los niños estaban locos de contentos cuando la vieron llegar. Tardaron horas en explicarse todo lo que había pasado durante aquel mes y todas las novedades

y aventuras que les habían pasado en aquellos días. Todos hablaban a la vez y se pisaban las frases unos a otros.

Cuando Aquilina había descansado un poco y se había aseado del viaje, acompañada de Antonio se fueron a visitar a Juan.

Cuando se vieron se dieron un cálido abrazo. Aquilina estaba agradecida a su cuñado por haber puesto las cosas tan fáciles y por haberle ayudado a recuperar a su hermana. Por su parte Juan lo estaba con ella por haberse metido en el asunto y haberle ayudado a salir de aquel pozo en el que se hundía su mujer y al que parecía que estaba arrastrando a su matrimonio. Ahora tenían una oportunidad de poder dar un cambio positivo.

En Madrid, Lola empezó las clases. Iba cada tarde tres horas a la galería de Fernando y Judith y se pasaba horas y horas dibujando.

Judith era muy exigente y le pedía excelencia. Al principio utilizó con ella la técnica de hacerla enfadar y hacer que ella expresase su rabia en sus dibujos.

La táctica daba resultado y con mucha paciencia fue enseñándole a Lola a controlar la rabia y administrarla correctamente en el dibujo. Poco a poco se fueron uniendo otros sentimientos y Lola iba desarrollando las técnicas que le permitían plasmar como se sentía en la tela o el papel.

Por su parte Fernando era el especialista en explicarle a Lola cómo debía distribuir el espacio y cómo tenía que colocar en la superficie que le ofrecía la tela a los personajes o los componentes que querían situar y también la forma correcta de hacerlo para dar el protagonismo que quería darle a cada uno.

Lola aprendía y al principio volvía exhausta a casa de su hermano. A pesar de todo lo que estaba disfrutando era cierto que añoraba a su marido y a sus hijos. Parecía que la distancia le había ayudado a valorar todo lo que tenía de bueno su vida y sobre todo a recuperar qué es lo que había visto en Juan cuando se enamoró de él. No entendía como la distancia precisamente le había acercado a los suyos, pero hacía tiempo que sabía que cada uno tiene sus mecanismos. Quizás empezaba a dejar de ser una *joven* consentida para ser una mujer madura.

Muchos viernes, al acabar las clases, ya que la escuela cerraba el fin de semana —aunque la galería permanecía abierta— se iba el matrimonio con Lola de cena. Solían frecuentar los mesones de alrededor de la zona de la plaza Mayor y acababan normalmente en algún local de la Gran Vía tomando la última copa. Cuando daban la velada por finalizada le acompañaban a casa de su hermano y la dejaban en la puerta.

Se había comprado un cuaderno y por las mañanas salía al Parque del Retiro o al Palacio Real y pasaba horas y horas dibujando con lápiz, edificios, árboles, niños, pájaros y cualquier cosa que le pudiese parecer interesante. Veía parejas jóvenes paseando de la mano y poco a poco fue recordando a su marido cuando era joven y lo que había habido entre ellos. Sorprendida se dio cuenta de que añoraba a aquel joven que había sido él, antes de que sus vidas se complicaran. Empezó a sentir la impaciencia por volver a verlo y recuperar su vida junto a él.

Cuando ya se estaba acabando el segundo mes de las clases y su tercer mes en Madrid, Judith se presentó en la escuela con tres copas y una botella de *Champagne* francés que enviaban desde su París natal.

Con su acento galo le dijo:

—Querida, yo creo que ya te he enseñado todo lo que podía enseñarte de pintura y tú estás a punto de irte a tu casa.

—Judith —le dijo Lola— nunca podré agradecerte lo suficiente todo lo que Fernando y tú me habéis ayudado. No solo respecto a la pintura, sino también respecto a mi vida en general.

Apareció Fernando en la sala diciendo:

—Salta a la vista querida que te vas mucho mejor. Cuando te conocí en el museo vi a una persona muy diferente a la que estoy viendo en este momento.

Nuestro tiempo se ha terminado. Podríamos trabajar muchos más temas, pero desde el principio sabíamos que esto se acabaría en dos meses y el tiempo ha pasado.

Fernando se dirigió a Lola y le entregó su copa de *Champagne* llena y una rosa. Lola le dio las gracias y dio un trago a la copa.

Judith se acercó a ella y segura de ella misma le dio un beso intenso y húmedo en la boca.

Lola se quedó sin reaccionar ante la sorpresa de aquel beso tan inesperado. Se sorprendió incluso de su reacción ya que instintivamente había respondido a aquel beso.

—*Adieu Cherie* —le dijo y se fue.

Lola estaba muda por la sorpresa. Fernando se dirigió a ella y le soltó otro beso igual.

—Hasta la vista amiga mía. Nosotros estaremos aquí siempre que nos necesites.

Y siguió los pasos de su mujer.

Lola tardó unos instantes en reaccionar. Recogió sus cosas y escribió una nota:

Queridos amigos.

Muchas gracias por todo. He aprendido con vosotros a expresar lo que llevo dentro de mí. De no haberos encontrado, nunca lo hubiese conseguido.

Utilizaré lo que me habéis enseñado para ser más feliz y espero que a pesar de la distancia mantengamos nuestra amistad a lo largo de los años. Os llevo en mi corazón.

Besos.

Lola

La dejó encima de la mesa de trabajo y salió dejando tras de sí la galería.

Cuando se acercaba a la casa de Ramón vio a Juan a lo lejos con un gran ramo de flores esperándole. ¡Había venido a por ella! Ella no lo sabía, pero Judith se había puesto en contacto con Aquilina para avisarle de que se acababa el curso. Aceleró el paso hasta que frenó entre los brazos de él.

CAPÍTULO 6

GUADAVALLE. LA NUEVA CONFITERÍA

Cuando Antonio y Aquilina se encontraron tras la aventura argentina, ambos habían cambiado.

Antonio traía en su maleta una carga importante. Por un lado, venía con los pedazos de un proyecto empresarial que había fracasado. No fue culpa suya sino de las circunstancias. Nada pudo hacer para evitar la guerra y que eso afectase a su actividad. Tan solo pudo recoger los pedazos de todo aquello y empaquetarlo de regreso a Guadalvalle.

Eso no era lo único que se había roto. Su corazón también se había hecho pedazos. No sabía cómo le había ocurrido, pero aunque nunca había dejado de querer a su esposa había vivido un amor apasionado en Buenos Aires que había dado por fruto una criatura. Podía haber decidido quedarse allí, pero en aquel momento tenía una esposa y tres hijos en España. Eso le hizo volver.

Cuando llegó tenía miedo de sí mismo y de cómo iba a volver a retomar aquella vida que había dejado hacía unos años pero que para él parecía un siglo.

Por suerte todo fue más fácil de lo que pensaba. Al regresar se reincorporó a la empresa de su propia familia, donde le acogieron sin ningún problema ya que, entre otras cosas, gracias a esa misma guerra que le hizo regresar, estaban exportando productos textiles a toda Europa.

Eso le ayudó a seguir una rutina y a alejarse de aquel tiempo en el Cono Sur Americano y poco a poco sus sentimientos hacia Isabela y su hijo se fueron adormeciendo a pesar de que había una correspondencia regular y él enviaba dinero que Isabela no necesitaba e iba ingresando en una cuenta de ahorro para cuando el pequeño fuese mayor.

Por su parte Aquilina había dejado de ser una joven local de *familia bien* y poco acostumbrada al trabajo para implicarse en la aventura empresarial de su familia.

Ella no había sido educada para ello y no estaba acostumbrada a tanta actividad como había tenido aquellos años. Se encontró luchando por sacar adelante a sus tres hijos aún pequeños, cuidar a su madre y además llevar una parte de la gerencia de la empresa. Afortunadamente el mayor peso lo había llevado su cuñado Juan porque ella hubiese sido incapaz.

Mientras todo fue bien no se preocupó mucho. Estaba cansada pero poca cosa más. Cuando todo empezó a fallar todo se complicó. Al final fue ella la que consiguió el acuerdo para la venta de la empresa y acabar con el proyecto.

La llegada de su marido provocó que ella se retirase de este tipo de actividad y se dedicase a lo que había hecho toda la vida: Llevar su casa y cuidar su familia, sobre todo desde el momento en que se quedó embarazada de Lucía.

Al principio aquella reorganización familiar fue buena para todos. Cada uno volvió al punto anterior en el que las cosas parecían haber estado más en orden que nunca.

A partir del segundo año, Antonio iba olvidando a Isabela y dominando más su actividad empresarial pero Aquilina empezaba poco a poco a añorar la actividad que había tenido tiempo atrás. Ella misma fue la primera sorprendida ya que cuando todo se acabó había jurado que nunca más se iba a meter en un berenjenal como aquel.

Quizás no añoraba la locura, sobre todo la de los últimos tiempos, pero sí que añoraba tener una actividad que le permitiese realizarse de alguna forma, más allá de sus papeles como hija, esposa y madre. Cada vez necesitaba algo más. El viaje a Madrid con Lola la había tenido entretenida un tiempo, pero ahora quería hacer alguna cosa más.

Aquilina empezó a imaginar proyectos y actividades y como mujer con imaginación que era encontró uno que era factible y que con un poco de suerte saldría bien sin afectar a la economía familiar.

Un día después de la cena, se decidió a poner en común con su marido lo que llevaba días pensando.

Estaban los dos sentados en la mesa del comedor, uno frente al otro. Los niños ya se habían ido a dormir y Aquilina decidió servir una copita de vino dulce a su marido y de paso se puso ella otra. Aquellos momentos eran especiales. Todo el ruido de los niños y de su propia madre que los rodeaba en su vida cotidiana de pronto desaparecía y les dejaba un espacio para ellos.

Antonio se levantó y se fue hacia el gran sofá que tenían al otro lado del salón y que estaba justo debajo de la gran ventana que daba a la calle. Aunque

era tarde aún no había anochecido del todo y entraba algo de luz. Aquilina se acercó con las dos copas y se sentó a su lado

—¿Cómo te va por la fábrica? —preguntó Aquilina.

—Como siempre más o menos —dijo Antonio—. Mi hermano Javier no para de presionar a todo el mundo en los telares para que suba la producción. Últimamente está muy nervioso y no sé por qué ya que sigue siendo tan hermético como siempre y no hay manera de saber lo que le pasa por la cabeza. Lo que sí que es verdad es que tanta presión nos tiene a todos en guardia y en cualquier momento te puede salir por cualquier historia inesperada —le explicó Antonio.

—Pues si eso es cuando todo va bien, que debe ser cuando todo se complica —dijo ella distraídamente.

—Bueno, ya sabes cómo es. Es un pesado, pero es un gestor excelente.

Consigue vender hasta en el desierto y por otro lado también hace que la producción sea más alta que cuando lo gestionaba mi padre. Esta mucho más preparado y ahora está planeando enviar una expedición con otros empresarios andaluces a Londres. Es una historia que están montando entre varias empresas y en Inglaterra parecen muy interesados. Ya veremos por donde sale todo esto.

—¿Y tu hermano José? —preguntó Aquilina.

—José solo hace que pensar en Rosa, desde que se murió Pepa tuya sabes que le costó mucho remontar, pero ahora que se ha vuelto a casar parece haber empezado a revivir otra vez. Yo lo veo muy bien y además el trabajo no es algo que le preocupe mucho. Hace lo que le toca, lo hace bien y él vive tranquilo.

—Eso será —dijo Aquilina distraídamente dando un sorbo y saboreándolo. Ella había ayudado a su cuñado a superar la muerte de su primera mujer que por otro lado había sido amiga suya, en Guadalvalle todos se conocían. Rosa no le acababa de gustar ya que pensaba que estaba más enamorada del dinero de José que de él, pero ese no era su problema.

—Ya ves que es lo de siempre. Yo entiendo que Javier esté tan implicado porque en realidad siendo el hermano mayor será el que se acabará quedando con todo. José y yo tenemos otra situación.

Antonio se había dado cuenta de que algo le pasaba por la cabeza a su mujer. Había estado esperando a que ella le explicase de qué se trataba, pero como parecía que le costaba decidirse pensó que le iba a ayudar.

—Quili —le dijo cariñosamente— te veo distraída. Últimamente estas muy metida en tus pensamientos. Pensaba que los niños te estaban dando

mucha guerra y estabas cansada pero no veo del todo claro que solo sea eso.

—Tienes razón —se había dado cuenta pensó ella—. La verdad es que al principio, cuando se acabó todo el negocio y volviste a casa, pensé que no tenía ganas de hacer nada más que cuidar de mi familia. Además, acabé harta de todo el lío de la empresa y de Argentina. Solo me iba a dedicar a cuidar de todos vosotros.

—Y eso es lo que has hecho todo este tiempo ¿no? —dijo él invitándola indirectamente a que siguiese hablando.

—Sí —admitió ella— pero me he dado cuenta de que me falta algo. Me acostumbré a tratar con la gente a tener actividad, a pelearme con este y con aquel para conseguir una cosa u otra y sacar adelante nuestros proyectos. Ahora Lucía ya empieza a andar y a hablar y aunque es pequeña ya no me necesita tanto. Toño está en su colegio interno y las niñas me ayudan en todo lo que les pido.

Antonio no sabía exactamente qué era lo que ella llevaba de cabeza, pero estaba seguro de que no tardaría en saberlo.

—¿Echas de menos al niño?, ¿quieres que vuelva? —dijo para que siguiese hablando, a pesar de que sabía que no era eso.

—No, ni mucho menos. Veo que no me entiendes o es que yo no me explico. Quiero decir que sí que lo echo de menos pero no quiero que vuelva.

Está estudiando en un buen colegio y le estamos dando la mejor herencia que se puede dejar a un hijo.

—Entonces cielo ¿qué te pasa? —decidió que le iba a ayudar a que le dijese cuál era el problema.

—Pues, mira que me lo he pensado bien y quiero volver a trabajar.

—¿Estás segura? —dijo Antonio dando un sorbo de la copa y dándose unos segundos antes de hacer la segunda pregunta— ¿qué quieres hacer?

Aquilina había estado dando vueltas al tema antes de llegar a aquella conversación. Tenía un proyecto maduro. Buscaba alguna actividad que no fuese gravosa para la familia, que fuese asumible y por supuesto que tampoco le ocupase las veinticuatro horas del día. El embarazo, nacimiento y primeros tiempos de Lucía le habían dado suficiente espacio como para diseñar el proyecto que llevaba en la cabeza.

—He estado pensando que en el barrio de la estación cada vez hay más gente. También he visto que no tienen ninguna panadería ni pastelería y que tienen que venir aquí, al pueblo, a comprar pan. Había pensado que a lo mejor sería una buena idea abrir una pastelería allí.

Antonio se quedó pensativo unos segundos y luego preguntó

—¿Y la idea es vender pan? —no tenía nada en contra, pero no veía a su mujer solo vendiendo pan.

—No exactamente, había pensado en abrir una confitería más bien. Se trataría de tener pan y dulces. Podríamos contratar un panadero que hiciese el pan por la madrugada y yo, con la ayuda de las niñas, lo venderíamos durante el día. Yo me pasaría allí la mañana y las niñas al salir de la escuela podrían pasar un rato. A lo mejor de aquí a un tiempo hará falta que alguien nos ayude, pero de momento y, para empezar, nosotras podríamos arreglarnos solas. Hasta puede que mi hermana y sus niñas nos dieran una ayudita si hiciese falta, aunque la verdad es que prefiero que lo arreglemos entre nosotros porque ella ya está bastante ocupada con sus cosas.

Antonio vio cómo Quili se animaba hablando del tema. Por lo que le explicó mientras se bebían otra copa de vino dulce vio que lo tenía todo bastante estudiado. Bien mirado, no parecía una mala idea.

Había que controlar mucho el gasto de la inauguración, pero ellos tenían algo de dinero ahorrado y podían utilizarlo en este proyecto. Además, sabía que su mujer se estaba empezando a aburrir con su vida actual. Tener actividad le iría bien y haría que todos viviesen mejor.

Resultaba que no era tan diferente de su hermana, también se aburría en su vida diaria —pensó Antonio.

—¿Has pensado en los gastos para montar la tienda? —preguntó en parte para saber hasta dónde había avanzado en su proyecto y qué cantidad había pensado ella gastar.

—He estado mirando y allí mi madre tiene un local que nos va perfecto. ¿Ya sabes a que local me refiero?, al que está al lado de casa de Curro —dijo ella convencida de que era una buena idea.

—Sí. Ya sé dónde dices. Es verdad que está muy abandonado y es una pena no aprovecharlo.

—Si lo arreglamos es perfecto. Además, se puede hacer una tienda y una trastienda grande donde instalar también el horno de pan y los dulces. Yo creo que si tenemos el local que es el gasto más grande todo lo demás nos puede salir por menos de una tercera parte de lo que tenemos ahorrado.

—No está mal pensado —dijo él—. ¿Qué te parece si le doy unas cuantas vueltas, pido algún presupuesto a algún albañil y miro un poco los números? —pensó que quizás podía ayudar con alguna idea.

—Me parece bien, yo también miraré por mi parte dónde se puede comprar la mercancía y todo lo demás.

A Quili se le había iluminado la cara. Aquella noche no pudo pegar ojo.

Parecía que había posibilidades de que aquel negocio se pudiese arrancar en no mucho tiempo.

Pasó los días siguientes imaginando cómo iba a organizarlo todo y qué recetas eran las que iba a elegir para elaborar los dulces que cocinaría. Tal era la inquietud que aquella primera noche, al no poder dormir, acabó por levantarse de la cama e irse a la sala de estar con una libreta y un papel para apuntar todo lo que le daba vueltas por la cabeza.

Al cabo de seis meses de aquella conversación la *Confitería de la Estación* arrancaba. Celebraron una inauguración donde no faltó nadie y donde todo el pueblo estaba invitado.

El local había quedado muy bonito. Tenía una entrada y en lugar de encontrar directamente la barra donde se vendía el pan, habían dejado un espacio donde pusieron varias mesas para que la gente se pudiese sentar y tomar alguna pasta o alguna bebida de granja. Ellas no vendían alcohol. Detrás de las mesas estaba la barra con un mostrador donde se veían los productos que vendían. Detrás del mostrador y pasando una puerta estaba el horno.

Las paredes estaban pintadas con colores alegres y colgaban algunas pinturas de Lola creadas para la ocasión.

Aquilina, que era muy laboriosa, había hecho una selección de una veintena de dulces que iba a tener para todas las ocasiones y que quería que diesen un aire un poco *chic* a la tienda. Buscó recetas de la zona, pero también de otros lugares de España y hasta de Francia de donde consiguió que le enviasen un libro de recetas de postres. Ella tenía nociones de francés así que tampoco fue un inconveniente el idioma.

Las niñas pasaban las tardes allí. María, a la que llamaban Maru (abreviación de Maruja que a su vez es otra manera de decir María) tenía catorce años y era la que se hacía responsable de Lucía que por aquel entonces tenía tres y del cobro, mientras que Carmen, mucho más calmada, era la que se encargaba de despachar a los que entraban.

En realidad, las niñas se lo pasaban bien y les gustaba ir a la tienda. Al cabo de un tiempo tenían muchas anécdotas para explicar.

Un día estaban las tres hermanas y entró en la tienda Marquitos —como le llamaba todo el mundo y que vivía al final de la calle—. Era un pobre hombre de unos veinte años. Tenía buena presencia, pero le costaba mucho hablar. Era tartamudo.

A las niñas les hacía mucha gracia y entre ellos se gastaban bromas metiéndose unos con otros.

La verdad es que el hombre no se sabía expresar muy bien con la voz, pero era un dibujante estupendo y cada vez iba más a menudo a visitar a las jóvenes. Parecía sentirse tan bien que Lucía nada más que lo veía entrar sacaba sus cuadernos y sus colores y se pasaban largos ratos dibujando juntos.

Maru y Carmen acababan por no cobrarle lo que tomaba ya que les hacía de niñera algunas tardes. Las niñas, con su alegría creaban un ambiente muy agradable. Cuanto más confianza iba cogiendo el hombre con las niñas, tartamudeaba cada vez menos y ellas se dieron cuenta.

Maru se metía con él:

—¿Tartamudo? —le decía— yo creo que más que eso eres tímido y un cara dura que con el cuento ese te pasas la tarde aquí —la niña era bastante descarada.

—Que no niña —le respondía él— yo no sé qué me pasa, pero a veces me pongo más nervioso que otras y cuando me pongo nervioso no me salen las palabras y entonces me pongo más nervioso y es aún peor.

—Vamos hombre —decía Maru bromeando— *a otro perro con ese hueso* que a mí no me engañas. Eso es un cuento para llamar la atención.

En realidad Maru, a su manera, intentaba transmitirle confianza con aquel desparpajo que tenía. Carmen se acostumbró a tenerlo como «probador» de experimentos y cada vez que se le ocurría alguna cosa se la daba a probar.

Marcos era muy directo y claro (cuando no le entraba la tartamudez) y a veces Carmen se ofendía.

—Va Marcos, prueba este pastelillo de chocolate deshecho —le proponía Carmen.

Marcos lo probaba y le podía soltar:

—Vaya cosa más amarga y más sosa —a veces adornándolo con alguna palabra mal sonante.

Entonces Carmen, toda digna, lo retiraba y se iba para la cocina. Se podía pasar horas obsesionada mejorándolo hasta que en un par de tardes se lo volvía a llevar.

—Prueba ahora —decía la niña, mientras le arrimaba un plato de lo que fuese con una expresión de desafío.

—No que te enfadas —le decía Marcos que veía venir que aquello podía no acabar bien.

—No me enfadaré —insistía Carmen— yo sé aceptar las críticas —decía la niña con gran dignidad.

Marcos se veía obligado y cuando se quedaba sin excusas lo probaba. Si estaba bien y mejorado Carmen acababa contenta y todo eran atenciones para

el hombre, pero en alguna ocasión en que aún no estaba del todo bien Carmen se había visto tentada de tirárselo a la cabeza, cuando él le decía que seguía estando mal.

En esas ocasiones había una tercera prueba, una cuarta y las que hiciesen falta. La niña nunca se había rendido y el pobre hombre se cargaba de paciencia. Otro día llegó Maru con la niña y al poco llegó una amiga suya, con ganas de pasar un rato hablando. Las dos iban intercambiando cotilleos. La amiga de Maru estaba muy interesada en sus primos, los hijos de Juan y Lola y estaba perdidamente enamorada de José, el mayor. Maru se hacía la interesante y le prometía que intentaría averiguar alguna cosa y que ya le contaría.

Lucía quería merendar e insistía y se había puesto pesada después de un par de intentos por llamar la atención de su hermana.

—Maru quiero merendar —decía la niña.

—Ahora va —decía la hermana mientras seguía hablando con su amiga.

—Maru que tengo mucha hambre —insistía la niña.

—¿No está Carmen? —respondía Maru un poco harta.

—No está. Dame algo de comer.

—Ves tú misma y coge algo —*a ver si se calla de una vez*, pensó.

Mientras Maru hablaba en la puerta, la niña se fue para dentro. Vio un pastelillo encima de una silla que había en la entrada y se fue derecha hacia allí.

En esto entró Maru que había acabado la conversación con su amiga. Mientras se ponía la bata para atender, Lucía se fue hacia ella y le preguntó:

—Maru, ¿la pastita tiene ojitos?

—Sí, tiene ojitos pesada —respondió sin pensar realmente en lo que estaba diciendo.

—¿Tiene rabito? —dijo la niña.

—Que pesada, sí, tiene rabito —contestó Maru pensando que la niña estaba jugando a ponerla nerviosa.

—¿Y tiene patitas?

Cansada de tonterías y dispuesta a acabar con la descripción de la anatomía de la pasta, se giró hacia la niña y en ese momento se dio cuenta que la niña había cogido un ratón muerto y que lo estaba confundiendo con una pasta.

Maru pegó un grito y le dijo a la niña:

—¡Deja eso! Es un ratón —exclamó María.

—No. Es mi merienda —le dijo Lucía cabezona.

—¡Que lo dejes te digo! —y le dio un manotazo que hizo que el ratón saltara por los aires.

La niña se puso a llorar desconsolada. Maru tuvo que explicarle que era un ratoncito que se había colado de la calle y que se había quedado muerto en la silla. En realidad, el ratón había quedado atrapado en la masa y se había convertido en parte del pastel.

Afortunadamente eso fue algo excepcional y no volvió a pasar. Carmen pasaba muchas horas con su abuela Remedios. La mujer era ya muy mayor, se aproximaba a los ochenta años. Su marido había muerto el mismo año en que había nacido la niña así que ella pensó que lo que por un lado le quitaba la vida por otro lado se lo daba.

Aquilina había dejado que su madre se ocupase de la niña desde el principio además había coincidido con los años en que Antonio estaba en Argentina y ella estaba muy ocupada con la fábrica de embutidos. De este modo ella se había podido dedicar más a Toño y Maru, mientras su madre se encargaba del que por aquel tiempo era un bebé.

Esto creó un vínculo muy especial entre la abuela y la nieta. La abuela entretenía a la niña con historias antiguas. Había nacido en 1848 y el mundo había cambiado mucho en todo aquel tiempo. Remedios provenía de una familia muy bien situada y con los años, aunque conservaban un cierto *status*, la familia se había ido normalizando y en aquel momento eran lo que se podía considerar burguesía un poco alta. A pesar de todo, la abuela educaba a la niña como si fuese una princesa y le enseñaba todo lo que le habían enseñado a ella en su infancia. Había cosas que a la niña le aburrían cuando su abuela le insistía, pero también había otras que le gustaban. Carmen disfrutaba muchísimo cuando su abuela le enseñaba a bailar el Vals. La niña tenía habilidad para girar y girar sin caerse y sin chocar con los muebles.

También le había enseñado a bordar y Carmen hacía unos bordados originales, cargados de flores y pájaros. Había sido ella la que había bordado el nombre de su hermano en toda la ropa que el niño se había llevado a la escuela en la que estaba interno. También había bordado pañuelos para toda la familia y había puesto las iniciales de su padre en todas sus camisas.

Aquilina las dejaba hacer, aunque no entendía muy bien esa afición a bordarlo todo. Ella no había puesto nunca demasiado interés en aprender estas cosas a pesar de que su madre lo había intentado con ella y su hermana durante muchos años, hasta que se dio por vencida.

Otra asignatura que Remedios enseñaba a la niña era la cocina. Las dos se pasaban horas y horas entre los fogones. La abuela y la niña compartían un

gran instinto culinario.

Un tema bien diferente era el paranormal. Remedios le contaba a la niña que, aunque su marido había muerto, ella le hablaba y la niña también se acostumbró a hablarle. En algún momento tenían hasta conversaciones a tres bandas como la cosa más natural del mundo. Remedios había insistido mucho en que eso solo lo podían hacer cuando no había nadie más delante para que no las tomasen por locas. Carmen era la que más se interesaba por estos temas mientras que Maru, que también solía andar por allí tenía mucho miedo a todo lo extraño. Cuando llegó Lucía, como lo empezó a vivir como algo habitual se acostumbró a hablar con los muertos, como ellas le llamaban, como la cosa más natural del mundo.

Cuando murió Miguel, el marido de Remedios, ella se había interesado por todos los temas en los que aparecían espíritus y fantasmas. También se aficionó a juegos inexplicables. La abuela y las tres niñas habían aprendido un juego que mantenían en secreto.

El juego consistía en lo siguiente: se sentaban las cuatro alrededor de una pequeña mesita que tenían en la habitación de Remedios. Apagaban todas las luces y encendían una vela. Entonces las cuatro ponían las manos alrededor de la mesita y cerraban los ojos. Se concentraban en pensar que la mesa se elevaba y curiosamente de tanto en tanto conseguían que la mesa se elevase dos o tres dedos del suelo.

La primera vez Maru se asustó mucho y Carmen también. Hasta la misma Remedios se asustó. Para Lucía no tenía nada de especial el tema. Ella no entendía realmente nada de todo aquello.

La segunda vez, la niña se asustó porque fue un movimiento brusco y justo al empezar. No se lo esperaba y del susto tiró la vela y el mantel se puso a arder. Entre gritos apagaron el fuego y evitaron la desgracia, pero acordaron que este experimento podía ser muy peligroso y no lo volvieron a hacer.

Amenazaron a la niña con todo tipo de cuentos para que no explicase nada a nadie ya que hubiesen tenido un montón de problemas con Aquilina y con Antonio si se hubiesen enterado. Durante unos días la pobre niña se despertaba con pesadillas. Aquilina llegó a preocuparse.

Remedios le explicaba a Carmen que las dos tenían un sexto sentido y que Lucía como era pequeña también lo tenía. Maru tenía los otros cinco mejor que ellas, bromeaba la abuela, pero carecía del sexto y de esta manera la naturaleza humana les compensaba.

Remedios disfrutaba contándoles a sus nietas sus ideas sobre las almas, los ángeles y la muerte. Les hablaba de que la gente cuando se moría no se iba

y rondaba a los que querían y aún estaban en la tierra. A veces sus historias eran terroríficas pero otras veces eran francamente bonitas. Las que no había oído se las inventaba ella misma.

Las reservaba para cuando todo el mundo se iba a dormir y generalmente Carmen y Lucía se deslizaban en su cama y la despertaban para que les explicase historias de muertos, como ellas las llamaban.

—Mira niña —decía Remedios— nosotros antes de nacer estamos con todas las otras almas en una especie de limbo.

—¿Qué es el *mimbo* abuela? —preguntaba Lucía.

—El limbo —corregía Remedios— pues eso, niña el lugar donde están las almas antes de nacer.

—Ah —decía Lucia como si entendiese lo que le estaban diciendo.

—¿Y qué pasa después? —preguntaba Carmen.

—Pues pasa que nosotros tenemos que evolucionar y para eso tenemos que volver a nacer. Revisamos con nuestros ángeles, que nos enseñan, que lecciones nos faltan por aprender y entre todos escogemos unas cuantas.

—¿Muchas? —preguntaba Lucía.

—Depende —respondía Remedios— ni muchas ni pocas. Escogemos unas cuantas. Imagino que las suficientes como para que nos dé tiempo a aprenderlas y alguna más por si nos sobra tiempo.

—Abuela ¿puede sobrarnos tiempo? —preguntaba Carmen.

—Normalmente no, pero por si acaso.

—¿Y entonces qué pasa? —preguntaba Lucía impaciente.

—Pues pasa, que volvemos a nacer y empezamos a vivir. Durante el tiempo que estamos vivos nos van poniendo pruebas y lecciones para que aprendamos lo que no sabemos y cuando acabamos de aprender nos morimos.

—Yo seré lenta aprendiendo —decía Lucía, así viviré más.

—No te creas que deba ser tan fácil —decía Carmen— seguro que venimos con un reloj en el bolsillo para saber cuándo nos tenemos que ir.

—Yo creo que llevamos el tiempo marcado —aclaraba Remedios— y no nos podemos pasar más tiempo del que nos dan. Por suerte nuestros familiares y amigos que ya han muerto nos ayudan y nos dan pistas.

—¿Y nos hablan? —preguntaba inquieta Lucía mientras Carmen también esperaba la respuesta no sin cierta inquietud.

—Sí, nos hablan —respondía Remedios— lo que pasa es que no lo hacen como los humanos que están vivos. Ellos no son materiales, solo son espíritus y nuestros sentidos no pueden percibir lo que nos dicen. Están hechos para captar los ruidos y las imágenes, pero no las sensaciones *espirituales*.

—Pues hay gente que dice que ve fantasmas —dijo Carmen.

—Eso es una tontería —le decía Remedios— los fantasmas se pueden sentir, pero no se pueden ver. No son materiales. Ellos se comunican mediante los sueños, soplándonos al oído la inspiración que nos lleva a hacer algunas cosas sin saber por qué, o si tienes mucha práctica los puedes sentir directamente.

—¿*Siiiii…*? —dijeron las dos niñas a la vez.

—*Siiiii…* —imitó la abuela— pero no involuntariamente. Para eso tienes que querer y practicar. No hay peligro que pase si tú no quieres.

—Buf —sopló Lucía— porque yo no quiero.

—Pues si no quieres no pasará —le dijo Remedios—. Además ¿tú crees que te quieren hacer daño?, ¿para qué?

—No lo sé —respondió Carmen— a lo mejor para reírse.

—¡Qué tontería niña! —respondió Remedios. Además, cuando vuelven pasan un tiempo revisando como les ha ido y después se ponen a ayudarnos.

Como eso es muy agotador y tienen que seguir mejorando, cuando ya se han muerto todos los que conocían mientras estaban vivos, vuelven a nacer. Tienen que esperar a que se mueran todos porque así vuelven a estar todos juntos.

—¿Tú serás mi abuela otra vez? —preguntó Carmen.

—No se sabe —dijo Remedios— puede que sea tu madre o tu hija o tu prima o tu perro. Dependerá.

—Pero si a ti no te gustan los perros —dijo Lucía.

—Pues por eso —dijo Remedios— y ahora a vuestra cama porque como nos pille tu madre me va a convertir en perro sin necesidad de morirme antes.

En realidad, Carmen siempre había sentido que no estaba sola. Ella, tal y como decía su abuela, no veía a nadie que fuese de otra dimensión a su alrededor. Tampoco nadie le hablaba ni se movían cosas ni nada por el estilo, pero se sentía vigilada y cuidada. Sabía instintivamente que era su abuelo quien la rodeaba. Con las historias que le contaba su abuela le había dicho que sus almas se habían cruzado una entrando y la otra saliendo y por eso estaban unidos.

De eso se había dado cuenta una noche.

Carmen se había ido a la cama de su abuela y estaban las dos profundamente dormidas. De pronto sin saber si estaba dormida o despierta se le apareció una especie de bola, más o menos redonda, a un par de metros de su cara. Ella noto que alguien le estaba mirando y entonces vio lo que tenía en frente.

En un primer momento el miedo la dejo paralizada. Entonces fue cuando la bola que tenía en su interior una cara y que iba vestida al estilo de los faquires le dijo:

—Carmen, no te asustes, he venido a verte y no he podido evitar que tú me vieses también. A veces estas cosas fallan.

Carmen, empezó a gritar, pero no le salía la voz.

—¿De qué tienes miedo? No ves que yo no voy a hacerte daño. Además, si quisiese hacerte daño tampoco podría.

Carmen seguía gritando.

—¡Solo quiero que sepas que estoy cerca de tí y que te vigilo. Te protejo del mal y de todo lo que te rodea. A cambio quiero que cuides a tu abuela y que quieras mucho a tus padres y a tus hermanos!

Entonces la bola empezó a desaparecer, pero Carmen no dejaba de intentar gritar y gritar, pero no lo conseguía.

De pronto de su garganta salió un grito:

—*A buelaaaaaa*.

La pobre mujer pegó tal salto en la cama que se cayó por el otro lado del susto que se había llevado. La niña se quedó también sorprendida al oír su propia voz salir de su garganta con tanta angustia en plena noche después de pasar lo que a ella le había parecido una eternidad gritando sin que se oyese nada.

—¿Qué te pasa? —le gritó la abuela a la niña con la cara desencajada y levantándose como podía del suelo.

Carmen estaba desecha en lágrimas del mal rato que había pasado. Su abuela una vez recuperada del susto intentaba consolarla, pero no había manera de que la niña dejase de llorar. Al cabo de unos segundos apareció Aquilina en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —le decía Aquilina mientras abrazaba a la desconsolada Carmen.

—Se me ha aparecido un *magüito* —decía la niña que asociaba el aspecto que tenía la bola con el turbante y la manera de vestir con un pequeño mago.

—¿Qué *magüito*? Ni qué leches —decía Remedios que tenía el corazón que le iba a cien y los ojos totalmente desorbitados.

—Un *magüito* que me ha dicho que tenía que portarme bien y yo estaba muy asustada y gritaba y gritaba y no me salía la voz y al final me ha salido y de pronto he pegado un grito.

—¿Un grito? —le dijo Remedios que seguía con la cara totalmente desencajada— si vuelves a asustarme de esa manera me vas a enviar al otro

barrio antes de que sea mi hora.

—Abuela yo no quería asustarte —le decía la niña ahora afectada porque ella no había querido provocar aquella situación.

Poco a poco todas se fueron calmando. Carmen no recordaba muy bien cómo había ido todo. Les explicó que ella no sabía si estaba despierta o dormida pero que de pronto vio una bola a la que le salieron ojos, una barba, una boca y un turbante y que le hablaba.

Ella no se podía mover y gritaba con todas sus fuerzas, pero tampoco le salía la voz y el *maguito* le iba hablando y le decía cosas. No recordaba bien que le decía y que era lo que quería, pero estaba tan asustada que solo hacía que gritar y gritar.

De pronto le salió la voz y no sabe si se despertó del grito o si ya estaba despierta.

—Pues niña me has dado un susto de muerte, otro como ese y la que no sabrá si está dormida o muerta seré yo —se quejaba la abuela.

—Ya te está bien mamá —le decía Aquilina a su madre. ¿Te crees que no sé las cosas que les metes en la cabeza a las niñas?

—Yo no les digo nada —se quejó la abuela mirando de reojo a Carmen.

—Bueno ahora todo el mundo a dormir que mañana será otro día y aún vamos a despertar a los demás.

Aquilina salió de la habitación y tuvo que hacer esfuerzos para no reírse a carcajada limpia de la situación tan cómica y del susto que se había llevado su madre que había salido de la cama disparada como un proyectil ante el grito de la niña.

Pensó que ya le estaba bien por hablarles de cosas raras como lo de la mesa que se levantaba. Lucía era muy pequeña y le explicaba a poca presión que hiciese todas las cosas extrañas que pasaban.

Cuando se volvió a meter en la cama y le explicó a Antonio lo que había pasado se pasaron un buen rato riendo.

Una tarde estaban las tres niñas en la confitería. Las dos hermanas mayores, detrás del mostrador, hablaban de sus cosas sin prestar demasiada atención a la pequeña Lucía que estaba jugando en la trastienda.

En la tienda había un par de señoras del pueblo que habían ido a comprar pan y que de paso habían estado entretenidas intercambiando rumores y chismorreos sin ninguna importancia.

Maru y Carmen, oían como la pequeña Lucía hablaba y hablaba sin parar en la trastienda.

Cuando finalmente se quedaron solas las dos, Carmen le dijo a Maru:

—¿Has visto que conversación lleva la niña?

—No calla la puñetera ni un momento —le dijo Maru.

—¿Qué haces Lucía? —le gritó Carmen.

—Estoy jugando —le respondió desde la trastienda Lucía.

—¿Con quién hablas? —le preguntó Maru.

La niña no contestó.

—Que ¿con quién hablas? —repitió Maru, esta vez con alguna nota de inquietud en la voz; Maru veía venir estas cosas.

—Con un señor —le contestó Lucía.

Se hizo el silencio y las dos hermanas mayores cruzaron una mirada poniéndose ambas en alerta.

—Cariño, ¿y quién es ese señor? —le preguntó Carmen.

Entonces, las chicas oyeron como Lucía le preguntaba:

—¿Cómo se llama señor? Pero no oyeron ninguna respuesta.

—¿Lucía? —dijo Maru.

—No quiere que os diga cómo se llama. Es mi amigo y ya está —acabó respondiendo la niña.

Las dos hermanas se reprimían para no salir corriendo ya que sabían perfectamente que dentro de la trastienda solo estaba Lucía.

—¿Qué te dice tu amigo? —le preguntó Carmen.

—Me dice que se lo está pasando muy bien pero que no quiere que os explique nada.

Entonces Lucía apareció por la puerta de la trastienda e iba como si llevase a alguien cogido de la mano.

—¿Ve señor?, estas son mis hermanas —le dijo Lucía al aire.

Aquello fue superior a las fuerzas de Maru. Se puso la mano en la boca para no pegar un grito y salió corriendo de la tienda totalmente descompuesta y alocada. El terror se había apoderado de ella.

Carmen, que generalmente era más serena notó que las piernas le flaqueaban y se sentó en la silla de la tienda. Notó que se le ponía la piel de gallina.

—¿Dónde va Maru? —le preguntó Lucía a Carmen.

—Va a hacer un encargo —le contestó Carmen a Lucía.

—¿Lo ves señor? —dijo Lucía mirando al vacío—. No te tiene miedo, solo es que tenía un encargo.

—¿Cómo va vestido el señor? —le preguntó Carmen a Lucía, más que nada por asegurarse de quien era el que estaba con la niña. Quería asegurarse que no se lo imaginaba.

—¿No lo ves? —le dijo Lucía.

—Si —le contestó Carmen— pero quiero que me lo expliques.

—Pues lleva un abrigo largo y un sombrero. Debe tener mucho calor.

De pronto Lucía se lo miró muy seria y le dijo:

—No te vayas, me divierto mucho cuando juegas conmigo —dijo lloriqueando.

Carmen estaba más blanca que el papel. En definitiva, aquel era el mundo de las niñas y así iba transcurriendo su infancia mágica mientras se iban haciendo mayores. Por su parte el hijo mayor, Antonio, para ellos Toño, estudiaba en el Colegio de San Estanislao de Kotska en el barrio de El Palo de Málaga.

Sus padres habían buscado la que consideraron la mejor institución de la provincia para enviar a estudiar a su hijo primogénito. Se trataba de una escuela antigua que había sido fundada por los jesuitas en 1882 y que ofrecía uno de los mejores centros donde poder realizar toda la enseñanza.

Toño tenía dieciséis años y estaba en la recta final de sus estudios. Había sido un buen estudiante y estaba acabando su bachiller. Sus padres habían pensado que el niño se integraría en la empresa familiar con su padre y con sus tíos. Pensaban que podía ser muy útil para la empresa ya que el niño había aprendido francés en el colegio y tenía unos buenos conocimientos de inglés y esto podía ayudar bastante en las ventas al extranjero. Había muy poca gente por aquel entonces que fuese capaz de hablar idiomas.

Durante los años que el niño estuvo estudiando allí, estaba en condición de interno y tan solo visitaba a la familia durante los fines de semana, aunque cada vez más, se quedaba en casa de sus tíos en Málaga ya que la ciudad ofrecía muchos más atractivos que el pueblo.

Los años iban pasando para todos y las generaciones empezaban a sucederse unas a otra.

Un buen día Remedios decidió que se iba con Miguel y se fue de este mundo sin mucho ruido y en paz. Sus hijos y sus nietos le lloraron, pero era ley de vida y su tiempo se había agotado.

De vez en cuando, se podía ver a Lucía que decía en susurros.

—Abuela, abuela —llamando a Remedios.

—No va a venir —le dijo un día Carmen— ¿no te acuerdas que nos contaba que cuando nos morimos primero hay que hacer una revisión de todo lo que ha pasado?

—Pero yo quiero que vuelva —le decía Lucía.

—Ya verás cómo vuelve, pero más adelante —le consolaba Carmen.

Carmen convenció a la pequeña Lucía de que tenían que dejar pasar unos meses y que más adelante intentarían las dos juntas hacer como les había enseñado su abuela para notar que estaba cerca de ellas.

Esa promesa hizo que Lucía poco a poco se fuese conformando, aunque de vez en cuando la oían que iba susurrando *abuelita, abuelita* cuando pensaba que nadie la oía. Alguna vez llegaba incluso a enfadarse con ella y se le oía decir *ya no me quieres, yo estoy tan triste porque te has ido y tú no puedes venir ni un momento a verme*. Según como daba mucha pena.

Poco a poco la cuestión se fue relajando y cada vez pasaba menos a menudo. Maru tenía la teoría de que como todo el mundo había ido asimilando la ausencia estaba más tranquila.

Carmen le decía que a lo mejor no era eso y es que había encontrado la manera de comunicarse. Esto le daba terror a Maru solo con pensarlo.

Por lo que fuese, Lucía poco a poco se fue calmando y fue volviendo a ser la niña alegre que había sido antes.

Aquilina con su marido y sus hijos siguieron viviendo en la casa familiar ya que sus hermanos estaban muy lejos y no tenían ningún interés por la vivienda y su hermana Lola ya tenía su propia casa. Además, había sido Aquilina quien había vivido la vejez de su madre con ella.

Los niños se hacían cada vez mayores y pronto empezarían a tener una vida propia con sus propias familias. Afortunadamente Lucía aún era pequeña y era la que ocupaba la mayor parte de su tiempo.

Cada vez dedicaba más horas a la Confitería que estaba perfectamente consolidada y que se había convertido en una referencia para el barrio de la estación. Lógicamente también había influido la presencia de Maru y Carmen que empezaban a ser ya adolescentes y que atraían a la juventud de la zona al establecimiento.

CAPÍTULO 7

BERLÍN

Ya era tarde y el sol estaba a punto de ponerse. Llegaba la hora de volver a casa.

Para alguien a quien le gustase andar, el paseo podía ser muy agradable, aunque siempre dependía del clima. El invierno en Berlín no tenía por qué ser especialmente frío a la vista de sus ciudadanos, más que acostumbrados a su temperatura, pero para alguien que había pasado suficiente tiempo en el Mediterráneo como para acostumbrarse a su clima templado, estar bajo cero todo el día podía ser algo duro. Además, estaba la oscuridad. La noche llegaba antes que en el sur y eso afectaba al estado anímico de la gente. Aquel era uno de esos días.

No obstante, Alfredo se abrigó bien. Tenía un buen abrigo, sombrero y guantes. Estaba preparado para soportar aquel clima sin problemas. Decidió que iba directo a casa dando un paseo. El trayecto era de aproximadamente una hora a su paso.

Salió de la Embajada y aquel día decidió atravesar el Tiergarten. No era consciente de su estado anímico hasta que empezó a atravesar el parque. En verano aquella extensión era un bosque lleno de árboles frondosos donde los ciudadanos de la ciudad iban a pasear. Sin embargo, en invierno los árboles habían perdido sus hojas y el aspecto que ofrecía era mucho más deprimente.

Observando aquellos árboles se dio cuenta de que él se sentía así.

Mientras caminaba dejaba a su mente jugar con su imaginación con total libertad y se decía a sí mismo que estaba atravesando un territorio enemigo. Su meta era llegar a la Puerta de Brandemburgo, al final del parque. Eso sería como estar a salvo.

Terrible error. Seguiría en territorio enemigo. Se adentraba en Berlín-Mitte.

Hacía ya muchos días que observaba que en algún momento de su trayecto, que variaba cada día, alguien le seguía. Se había fijado en aquel hombre, pero no le resultaba familiar. No le costaba identificarlo, pero aún no había conseguido verlo cuando hacía el trayecto en metro o tranvía.

Pensó en dirigirse a él directamente y preguntarle si se conocían, pero prefirió no actuar de esa manera que podía interpretarse como paranoica. Tenía que recordar por qué estaba allí. Otra opción era mentir y decirle que le resultaba familiar pero igualmente le pareció imprudente, así que dejó que le siguiesen sin entrometerse. Mientras no le molestase no pasaba nada. Tan solo se obligaba a extremar la prudencia y no hacer nada que le delatase como el homicida sajón que había sido.

Alfredo había adoptado totalmente su nacionalidad española. Pensaba que no le debía mucho a Alemania. Culturalmente, buena parte de su formación era judía. No podía olvidar que era un campesino y en un entorno rural como el suyo la religión tenía mucho peso. El tiempo que había estado en Málaga se había identificado con la ciudad y con el país. Se había sumergido en su cultura y en su manera de hacer y finalmente se había enamorado. A él, el mundo mediterráneo le había parecido infinitamente más atractivo.

No repudiaba su vertiente alemana, ni tampoco la judía. Se reconocía a sí mismo como alemán y como judío. Tan solo pensaba que había liquidado a ambas en el momento del asesinato de su esposa, el homicidio y su huida. En aquel momento se había convertido en un apátrida, con todas las consecuencias.

Cuando conoció a María, ella le dio el calor suficiente para despertar su alma de nuevo. Le trajo sensaciones que él pensaba que se habían muerto para siempre y que nunca más iba a sentir. Un nuevo fuego se encendió en su corazón que aportó luz y calor de nuevo a su vida.

Pero una vez más, las circunstancias le habían arrancado de sus brazos de la persona que quería y le habían alejado de ella. Por mucho que la correspondencia fluyera entre ambos su corazón lloraba de nuevo por el alejamiento de María.

En esto estaban sus pensamientos cuando finalmente alcanzó la Puerta de Brandemburgo. Bien, ya estaba salvado. Su mente volvió al juego. Solo tenía que esperar un poco más y se acabaría la guerra y podría volver a casa.

Miró de reojo hacia donde suponía que estaba su perseguidor y en efecto allí estaba. Alfredo no sabía si aquel hombre era realmente malo disimulando o sencillamente no se ocultaba.

Volvió a pensar en la guerra. En realidad, no había indicios que le hiciesen pensar que iba a durar poco ya que la situación cada día que pasaba se complicaba más.

Llevaba más de un año en Berlín y cada vez tenía más trabajo y más asuntos en los que le implicaban. Las relaciones de España bailaban de un lado a otro. España era una potencia neutral amiga de la Entente. Cubría a Francia en algunos aspectos ya que daba soporte diplomático y exportaba alimentos.

También había soldados aragoneses y catalanes luchando con los soldados franceses. A pesar de todo y como siempre había pasado a lo largo de la historia, hasta convertirse en un clásico, también se daban pequeñas (o grandes) traiciones desde París a Madrid. Sobre todo, respecto al reparto de Marruecos.

Desde hacía más de 100 años los franceses y los españoles, que compartían tantos intereses comunes, tenían establecido entre ellos un tradicional desprecio mutuo que no eran capaces de vencer.

Por otro lado, Alemania también tenía interés en mantener una buena relación con España. Existía una simpatía mutua de carácter histórico, pero se había visto alterada en algún momento cuando el Imperio Alemán había empezado a hundir barcos de países neutrales y entre ellos alguno español.

Por todo esto el trabajo en la embajada era muy intenso. Encontrarse en una posición neutral entre las dos potencias no era cómodo para un país como España.

Alfredo se dedicaba a leer toda la información que caía en sus manos y a clasificar la relevante, separándola de la que no lo era, y traducirla al español.

Al principio la traducía él mismo pero en la actualidad era tal el trabajo acumulado que dictaba los documentos a un soldado de la embajada que le habían asignado como escribiente.

Por si todo eso fuese poco, el embajador a instancia del gobierno español, había encargado a la embajada en Berlín una nueva función. Se trataba de que cómo potencia neutral que era España, se designase a alguien para que en un tiempo más o menos breve fuese competente para expresarse en ruso con más o menos corrección. La finalidad última era enviar periódicamente a alguien a Sant Petersburg.

El caso es que, entre el funcionariado de la embajada, los españoles estaban colapsados con el aprendizaje del alemán y los alemanes que trabajaban tenían sus propios problemas con el español.

Alfredo conocía las dos lenguas y era bastante hábil con los idiomas así que fue el candidato ideal para aprender ruso. Él no podía negarse por su situación y no lo hizo, así que se puso manos a la obra.

Había otro factor más que se había tenido en cuenta, aunque no se había compartido con la mayor parte del personal. Alfredo en su condición de judío hablaba Yiddish como lengua materna y ese mismo idioma era hablado por buena parte de los judíos askenazis de todo el este de Europa y Rusia. Esto aportaba una ventaja extraordinaria ya que además entre dos conocedores de Yiddish se podía hablar más o menos tranquilamente sin que los rusos de alrededor tuviesen idea de lo que se estaban diciendo. Con los alemanes era diferente ya que sí que podían entender parcialmente una conversación en ese idioma que no era tan diferente.

Alfredo era muy rápido aprendiendo. Siempre lo había sido. No era una persona más inteligente que la mayoría, pero sí que era una persona muy aplicada y muy metódica. Cuando aprendió a leer y escribir empezó a leer todo lo que le caía en sus manos. Era muy bueno sintetizando la información y extrayendo de los textos lo que realmente era significativo. Cuando lo que buscaba era información sabía conseguirla de una manera muy eficaz. Por otro lado, tenía una mente muy bien estructurada para las matemáticas y sobre todo para la percepción del espacio y el álgebra. Eso también le era muy útil cuando aprendía sintaxis.

Esto hizo de él un alumno brillante durante el periodo de tiempo que pasó en la escuela hasta que empezó a trabajar. Afortunadamente resultó ser muy autodidacta. Empezó estudiando los libros que había en la Sinagoga donde estaba adscrita su familia, con la colaboración del Rabí que le ayudaba en todo lo que le pedía. De mayor empezó a interesarse en autores alemanes y aunque no era fácil conseguir libros, ya que en su entorno eran escasos, estudiaba más que leía, lo que le llegaba.

Ya había atravesado la explanada de la Puerta y se había decidido a caminar por Unter den Linden. A pesar de lo fría que era la avenida, al tratarse de una calle ancha, le apetecía pasar por delante de los edificios que la rodeaban. Era la calle más señorial de la ciudad. A la izquierda, detrás de la avenida, se veía el edificio del Parlamento. Pensó en dar un vistazo por las tiendecitas de libros que se ponían en los alrededores de la Universidad de Humboldt para ver que encontraba.

Su perseguidor seguía tras de él. Como no tenía ningún tipo de vida privada durante aquel tiempo (y por imposición clara desde la embajada), mataba las horas pensando, escribiendo a María y leyendo.

La verdad es que de lo poco positivo que se podía sacar de esta situación la lectura había sido lo mejor. Leía a todas horas y leía de todo. En uno de los puestos donde se solía parar, trabajaba un joven romano con el que había simpatizado desde el principio.

Alfredo se había presentado como español y aunque a Fabio le había extrañado su aspecto —nunca se acabó de creer que fuese totalmente español —

, cogieron confianza en poco tiempo.

Ambos compartían la condición de expatriados. Alfredo explicaba que trabajaba para una agencia de información como periodista y Fabio le explicaba que le había desterrado su propia familia debido a lo difícil que había sido en su juventud. La idea era que estar solo en Berlín le ayudase a madurar y quién sabía si de paso, hacer negocio en Alemania.

Entre ellos no utilizaban el alemán. Fabio se habría dado cuenta de que el de Alfredo era autóctono. Alfredo hablaba en español y Fabio le contestaba en italiano y se entendían perfectamente.

Fabio le había suministrado buena parte de los libros que habían caído en sus manos recientemente. A cambio Alfredo le invitaba a cenar de vez en cuando y compartían alguna que otra cerveza. Fabio había hecho intentos de llevarse a Alfredo en alguna salida con alguna amiga que tenía de la universidad, pero Alfredo siempre se había negado.

Esta relación estaba en contra de las instrucciones de la embajada, pero Alfredo se había saltado la norma. A pesar de todo, la embajada en secreto, era conocedora de la relación. Hasta el individuo que lo seguía se debía haber dado cuenta. Alfredo no debía hacerse amigo de nadie externo a la embajada. Se lo habían dicho muy claramente antes de salir de Madrid.

Cuando llegó a la parada, Fabio tenía su puesto en la plaza de la Ópera, justo enfrente de la Universidad. Tenía bastante gente que buscaba entre sus libros. El negocio seguramente aquel día sería bueno. Iba de un lado para otro hablando con todo aquel que se paraba a ojear los libros que estaban a la vista de todos.

Alfredo le saludó con un gesto de la cabeza y Fabio le respondió con una sonrisa.

—*Ciao* Alfredo, *come stai?* —le dijo en su idioma.

—Bien Fabio, ¿y tú? —respondió Alfredo sonriendo.

—*Tu mi vedi, mi fa ricco.* —Ironizó el joven. Había que vender muchos libros para ganar algo.

—¡Qué suerte que tienes! —bromeó Alfredo mientras se sumó a la gente que miraba todo lo que tenía allí expuesto Fabio.

—*Vuoi un libro trovi interessanté*? —le ofreció el joven que siempre se los dejaba sin cobrarle nada a cambio.

—No de momento. Aún no he acabado lo último que me diste. —Fabio le había dejado *El mercader de Venecia* de Shakespeare en una traducción al alemán y a Alfredo le estaba gustando mucho y lo leía con mucho detenimiento—. Te dejo con tu trabajo. La semana que viene pasaré un poco más tarde y si te apetece nos tomamos una cerveza —ofreció como despedida.

—*Certo! Ciao!*

—Nos vemos.

A poco más que esto se habían limitado sus relaciones durante la mayor parte del tiempo. A esto y a las cartas que enviaba y recibía de María. No había nadie ni nada más que su trabajo. En algún momento había pensado en contactar con sus hermanos, pero rápidamente había rechazado la idea. Estaba seguro que eso hubiese representado su arresto y su final.

Pensó mientras seguía andando que si él desaparecía casi nadie lo echaría de menos. Bueno a lo mejor el hombre que le perseguía sí que lo encontraría a faltar.

En el trabajo tenía buena relación con la gente, pero el problema principal es que allí a parte de los trabajadores que se dedicaban a la tramitación de documentos de manera oficial, el resto eran militares y espías. Él mismo trabajaba para el espionaje así que las relaciones personales no llegaban más lejos de las justas y necesarias. Todos defendían sus parcelas y las mantenían alejadas del resto del personal y de su curiosidad.

La relación con su superior, Mateo, era cordial. Mateo era un auténtico diplomático de carrera que estaba agregado a la embajada en calidad de responsable de información. La cultura de Mateo era amplísima. Era un hombre de unos cuarenta años, bien plantado, originario del barrio de Salamanca de Madrid y cuya familia se había relacionado con aquel mundillo desde siempre.

Correcto en las formas, impecable en el trato, pero totalmente opaco en lo personal. No dejaba ver ni lo más mínimo de sus pensamientos reales. Él ejercía una función. Si tenía un objetivo, lo seguía hasta conseguirlo y punto. No perdía el tiempo haciendo consideraciones relativas a temas morales. El trabajo era el trabajo y su vida era su vida.

Esto último, aunque quizás fuese cierto, perdía consistencia cuando te enterabas que estaba casado con una joven de buena clase de la ciudad. *Frau*

Katharina era una belleza espectacular. Diez años menor que él, media prácticamente igual que Mateo y eso que Mateo medía un metro ochenta. La joven rubia, de ojos azules y con una figura perfecta de acuerdo a los parámetros de la moda del momento, estaba en el final de los mejores años de su belleza. Ambos tenían cuatro hijos que por aspecto eran mucho más alemanes que españoles.

Mateo, había invitado en un par de ocasiones a Alfredo y a otros empleados de la embajada a alguna fiesta particular que había dado en su casa.

Generalmente eran fiestas a las que acudían entre cincuenta y cien personas, lo que facilitaba que, a pesar del gesto de invitarles, Mateo pudiese conservar la distancia con los empleados de su área ya que había suficiente gente como para no verse obligado a intimar con ellos.

Katharina se había acercado en la primera ocasión a Alfredo y habían tenido una conversación amena sobre la ciudad y el país. Durante la conversación siempre lo había tratado como si fuese español así que a Alfredo le fue imposible poder adivinar qué es lo que sabía o no de su verdadera historia.

No sabía por qué, pero sus pensamientos estaban en aquellas dos invitaciones mientras iba subiendo por la avenida. Llegó al final de la Avenida y tomo por *Rathaus* dejando el *Altes Museum* y el Palacio de la República a su izquierda y atravesando el *Spree*. Ya no faltaba mucho. Su trayecto era de Oeste a Este. Su residencia estaba en *Alexanderplatz*.

Al llegar a la Plaza generalmente perdía de vista a su perseguidor. Parecía que era como una niñera que vigilaba que llegase bien a casa. A lo mejor todo eran imaginaciones suyas y el pobre hombre salía de trabajar a la misma hora que él y hacia el mismo trayecto.

En realidad, y si lo miraba fríamente, en el aspecto económico, nunca había vivido tan cómodamente como aquellos días. Tenía un apartamento de unos cincuenta metros cuadrados, equipado con una cocina, un baño con agua corriente y una sala que daba a la plaza. El apartamento tenía además una habitación.

Cuando se lo entregaron estaba totalmente amueblado y perfectamente acondicionado para entrar a vivir. Mantas, edredones nórdicos, todo lo necesario para cocinar, etc… Pasado el primer tiempo y cuando la guerra estaba al principio pensó que quizás podría solicitar que dejasen que María se fuese a vivir con él alguna temporada, pero con la evolución del conflicto, empezaron los problemas de abastecimientos y esto unido a que había que

atravesar países con mucho riesgo en el trayecto de Málaga a Berlín, y al hecho de que la embajada nunca lo hubiese permitido, desistió de la idea.

La comida, al igual que la de las fiestas de Mateo, salía directamente de la embajada. Paradójicamente, en una ciudad rica y orgullosa sus ciudadanos empezaban a tener problemas para encontrar alimentos que comprar mientras que los funcionarios de un país bastante más pobre tenían todo tipo de comida sin problemas. Alfredo también se había llegado a preguntar, cuántos de aquellos invitados a las fiestas de Mateo no iban más que a comer.

Alfredo no necesitaba cocinar. La embajada tenía su comedor donde todos los empleados (de cualquier rango) podían comer tranquilamente y sin pagar ni un marco. Por otro lado, también tenían un economato donde, una vez se puso seria la crisis alimenticia, podían comprar lo que necesitasen a un precio más que correcto. Podían adquirir cantidades pequeñas y siempre justificando para qué periodo y cuántos comensales iban a ser. La razón era evitar el comercio de los productos que podían comprar fuera de la Embajada.

Querían evitar verse implicados en actividades de estraperlo.

Se conformaba con mantequilla, huevos, algo de embutido, pan y leche que iba llevándose de poco en poco y básicamente para cenar. Cenaba poco.

Mantenía las costumbres españolas y desayunaba y cenaba frugalmente mientras que comía fuerte en la embajada. Esto también facilitaba que de tanto en tanto y para agradecerle a Fabio tos favores de lectura le regalaba alguna cosa que le entregaba de manera disimulada (algún paquete con embutido y algunas verduras, sobre todo).

Toda esta situación le hizo pensar que no era necesario hacerle correr riesgos innecesarios a María. Él estaba convencido de que en breve tendría un permiso para volver a pasar unos días en España. Se habían dado algunos permisos a algunos de los empleados y él estaba muy bien considerado entre sus superiores. Hacía bien su trabajo, era rápido y además había avanzado de una manera mucho más veloz de lo esperado en el aprendizaje del ruso.

Solicitaría formalmente permiso para desplazarse a Málaga unos días.

Tenía ahorros suficientes como para ir sin que la Embajada le subvencionara y poder pasar unos días con María.

No sabía cómo estaban realmente las rutas entre las dos ciudades, pero con pasaporte español seguro que no tendría ningún problema para atravesar Francia y llegar a Málaga.

Finalmente llegó a su destino y entró en casa. No se cruzó con ningún vecino. Normalmente si se encontraba con alguien se saludaban y nada más.

Ya eran las seis de la tarde y era de noche totalmente, además la temperatura había bajado unos cuantos grados a lo largo de su paseo.

El paseo le iba muy bien para distraer la mente. Le hacía olvidar la tensión del trabajo del día y le cansaba lo suficiente como para hacerle dormir bien toda la noche.

Preparó un poco de cena a base de huevos y queso junto con una botella de vino que tenía abierta y que acabó liquidando.

Cuando acabó se preparó para irse a la cama. Cogió la caja donde guardaba las cartas de María y empezó a releerlas por quién sabe qué vez hasta quedarse dormido.

Alfredo se despertó al día siguiente, bastante temprano. El día aún no había amanecido. Había dormido muy bien.

El cielo estaba encapotado, con lo que la sensación de estar en pleno invierno aún se acentuaba más, aunque curiosamente al estar el cielo cargado de nubes la temperatura no había bajado tanto como el día anterior. Era un consuelo.

Fuese por lo que fuese estaba de buen humor y tenía el claro propósito de solicitar el permiso que tenía en mente para viajar a España, aunque solo le dejasen marchar quince días. Se lo debían. Le habían traído a Berlín prácticamente secuestrado y sin ningún matiz, bajo un fuerte chantaje.

Él había colaborado y dado un servicio impecable a pesar de todo. Se había entregado al trabajo y a todas las condiciones que le habían impuesto.

Había progresado considerablemente en la embajada. Sí que es cierto que ellos le habían entregado una nueva identidad y recursos económicos suficientes para vivir mejor de lo que nunca había vivido, pero a pesar de todo estaba convencido de que se merecía el permiso.

Estaba tan convencido que ni por un momento dudo de que se lo fuesen a dar. Solo tenía que esperar el momento oportuno para solicitarlo. Además, no podían dudar de que volviera, sabían cómo chantajearle.

Aquella mañana se tomó un desayuno un poco especial. Aún tenía víveres de sobras y tiempo suficiente. Por tener tenía hasta café.

Cuando acabo de desayunar se dio un baño. Le apetecía asearse con calma a pesar del frío del exterior. Calentar agua y echársela por encima le iba a ir bien.

Se afeitó y se vistió. Recogió todo lo que tenía por la cocina del desayuno, hizo la cama y se preparó para salir a la calle.

Estaba de buen humor. En el kiosco de la plaza compró el *Berliner Morgenpost* del día y lo ojeó mientras se dirigía a la estación de Metro de

Alexanderplatz. Era una estación de una línea nueva de los *U-Bahn* de Berlín que lo llevaba hasta la *Postdamerplatz* y desde allí en unos minutos estaba en la embajada.

El trayecto duraba poco. Nada comparado con la caminata que se pegaba por las tardes. Entró en el metro y esperó a su tren, lo cogió y se fue hacía *Postdamerplatz*.

Bajó del metro y esta vez anduvo por la *Tiergarten Sírasse* hasta la embajada. Por supuesto que en una noche los jardines no habían cambiado y estaban los árboles igual de pelados que por la tarde anterior, no obstante, aquello no le afecto como el día anterior, iba con la determinación de la decisión tomada. El lugar le pareció mejor de lo que le había parecido la tarde anterior cuando había salido de la embajada.

Llegó a su puesto de trabajo. Saludo a su asistente que en aquel momento empezaba a ordenar los trabajos previstos para el día.

Alfredo preguntó por Mateo. Quería hablar con él si era posible tan pronto como llegase. Nadie lo había visto y su despacho estaba con la luz apagada, pero de todas formas estaba previsto que pasase la mañana en la embajada. La secretaria de Mateo, Clara se lo confirmó.

Paciencia. No podía precipitarse.

A eso de las 11 de la mañana, finalmente apareció Mateo por la puerta de la Embajada. No iba solo, le acompañaba un hombre totalmente desconocido, pero de aspecto alemán. No le inspiró nada bueno aquel individuo.

Entraron en el despacho y al cabo de un rato, Clara apareció en la sala donde trabajaba Alfredo.

—Alfredo, me ha parecido que quería hablar con el Sr. Mateo. Ha tenido suerte, está muy ocupado y no quiere que nadie le moleste, pero me ha preguntado por Usted y desea verle en su despacho —dijo la joven tan eficiente como siempre.

—Muchas gracias Clara, ¿sabe quién es la persona que le acompaña? —a Alfredo le intrigaba aquella persona que había llegado con él.

—Pues no lo había visto en mi vida —dijo ella con total franqueza—. No se preocupe seguro que usted lo sabrá mucho antes que yo así que ya me lo dirá —sonrió ella.

—Sí. En un minuto estoy en su despacho.

—De acuerdo, pero no tarde más de un minuto, ya sabe que al Sr. Mateo le gusta que cuando él quiere algo se cumpla al momento —dijo sonriendo.

—No se preocupe. —Alfredo le devolvió la sonrisa con complicidad.

Recogió todo lo que tenía encima de la mesa. Esa era una costumbre natural en su trabajo. Si se supone que alguien busca información y de alguna manera colabora en espionaje, es de esperar que no se deje los documentos de su investigación a la vista de cualquiera que pudiese pasar por allí.

Se dirigió al despacho y llamó a la puerta.

—Adelante —le dijo Mateo.

Alfredo abrió la puerta y entró. Los dos hombres que estaban en el despacho dejaron de hablar y se levantaron a la vez.

—Buenos días Mateo, me han dicho que quería verme.

—Si Alfredo, pase por favor —dijo Mateo con expresión seria— le presento a *Herr* Kurtz.

Alfredo le estrechó la mano.

—*Herr* Kurtz —dijo Alfredo.

—*Herr* Stern —respondió.

En aquel momento se hizo un silencio pesado. Le había llamado Stern, por su apellido alemán, lo cual quería decir que estaba totalmente al corriente de su historial y su situación.

Ante la tensión del momento Mateo, conteniendo claramente su enfado hacia aquel Kurtz, decidió dirigir la conversación.

—Bueno Alfredo, como ves nuestro amigo Kurtz conoce la historia que te trajo de vuelta a Alemania. La verdad es que no debes tener ninguna inquietud.

Tienes nacionalidad española y tus documentos son auténticos y oficiales. Nada en absoluto de lo hablado con el Sr. Quintana ni nada de lo transcurrido desde entonces ha cambiado.

—Creía que se trataba de una cuestión confidencial —replicó Alfredo que estaba conteniendo el enfado posterior a la sorpresa del primer momento.

—Por favor, escúchenos. Tenemos algo que proponer y lamento haber utilizado su apellido alemán. Entiendo que puede haberle sonado a amenaza y esa no era mi intención —dijo Kurtz— en realidad le estoy tratando como a uno de los nuestros y por eso he utilizado ese nombre. Si le ha molestado lo lamento —el hombre no parecía sincero.

—Es cierto Alfredo —dijo Mateo— la cuestión es que necesitamos un servicio, por decirlo de alguna manera, importante y delicado que tú deberías realizar para la embajada española.

—Hasta ahora saben que he colaborado plenamente con Ustedes y que a pesar de que fui secuestrado en su momento sigo aquí colaborando de la mejor manera que sé sin que sea necesaria ninguna presión por su parte —dijo

Alfredo mirando a los ojos a su jefe y mostrando que estaba realmente enfadado. Algo le decía que su permiso se estaba complicando por momentos —. *¡Qué iluso había sido!* —pensó.

—Así es —contestó Mateo molesto con la torpeza de aquel prepotente de Kurtz— pero es que además hemos visto tu capacidad para aprender idiomas y tus cualidades intelectuales, que en realidad son mucho mejores que las de la mayoría del resto del personal de la embajada. Es por eso que se te ha designado para aprender ruso. Tu trabajo con nosotros ha superado cualquier expectativa y te estamos muy agradecidos. Consideramos que cualquier cosa que tanto esta embajada como el estado español haya hecho por ti está bien hecha y de sobras compensada.

—Gracias por su reconocimiento. No sé qué necesitan de mí en este momento y en qué les puedo ayudar, pero sí que creo que ya que consideran que está más que pagada cualquier cosa que hayan hecho por mí, les agradecería que me dejaran volver a España. Saben que hay quien me espera y no quiero alargar por más tiempo mi estancia en Berlín —dijo Alfredo ya envalentonado y aprovechando el reconocimiento que le ofrecía su jefe.

—Cuidado con lo que desea Sr. Estrella —esta vez le llamó por su nombre español— ya que no siempre los deseos se cumplen como uno quiere y hay que trabajárselos —dijo Kurtz con expresión cínica.

—No entiendo dónde quiere ir a parar —dijo esta vez Alfredo dirigiéndose directamente a Kurtz en alemán.

—Ahora me explicaré yo —dijo Kurtz en forma autoritaria—. Apreciado señor Estrella o como quiera que se llame ahora, como usted sabrá de sobras su nuevo país tiene una posición neutral en esta guerra. Esto ha permitido que sigan manteniendo estrechas relaciones tanto con Francia como con Alemania.

Siempre hemos creído que Ustedes tenían una posición neutral, sobre todo desde que Romanones preside su gobierno.

—Hasta donde sé es cierto —dijo Alfredo.

—No me interrumpa por favor —contestó Kurtz totalmente seco—. El caso es que hace tiempo que sabemos que a pesar de esta supuesta neutralidad de su país siempre han sentido una cierta proximidad con nuestros vecinos comunes, de Francia. En realidad, España ha ayudado a Francia en muchos aspectos. Desde aportar soldados hasta enviar alimentos y ¿para qué engañarnos?, espiando para ellos. En nuestros ministerios se sabe que si algo se descubre sobre nuestros secretos desde la embajada española en muy poco tiempo se conoce en París. Quizás estén equivocados al escoger sus amistades

ya que como sabrán por la prensa sus amigos franceses no han tenido ningún problema para vender los intereses españoles al mejor postor con tal de obtener lo que ellos quieren. Me remito a la actuación francesa en el reparto de Marruecos…

—Bien Kurtz, cada uno escoge sus amistades como mejor prefiere —le corto Mateo manifiestamente molesto con aquel personaje que ya le estaba impacientando con tanto rodeo.

—Cierto, amigo Mateo, pero estoy convencido de que han hecho una mala elección y en el futuro ellos seguirán utilizándoles a su antojo, ya lo verán, pero vamos al tema que nos ocupa. Desde la *Kanzilleria* pensamos que es muy feo por parte de España que se declaren neutrales y que luego ayuden a una de las partes. Nosotros hemos sido siempre países amigos y además estamos dando soporte a las aspiraciones españolas sobre Tánger y a los movimientos *Iberistas* para la unión de España y Portugal que promueve su rey Alfonso.

—Sigo sin entender nada —empezaba a impacientarse Alfredo.

—Un poco más y lo entenderá Alfredo —le dijo Mateo conciliador e igual de enfadado con aquel individuo.

—Señor Estrella, habrá leído que en Rusia la situación está muy mal —siguió Kurtz como si nada—. Entre el frío y la inflación los rusos cada vez son más pobres y hasta mueren de hambre y pulmonía como pulgas. Hace nada, este mes de enero, se han manifestado más de 150 000 personas en Petrogrado, me cuesta no llamarle Sant Petersburgo, y se dice que esto no ha hecho más que empezar. Se espera que el Zar Nicolás abdique y si tiene suerte pueda escapar, aunque entre la diplomacia europea nadie apuesta por su vida.

—Bien —dijo Alfredo— lamento mucho la situación, pero no sé qué puedo hacer por ustedes y mucho menos por alguien tan poderoso como el Zar Nicolás.

—Como amigos traicionados por su nuevo país, pensamos que una buena manera de compensarnos por todas las traiciones sufridas sería que usted, en calidad de español espiase para nosotros y nos mantuviese al día de cómo evoluciona la situación en Petrogrado. Éramos nosotros quienes le seguíamos cada tarde y hemos comprendido que no hay nada malo que sospechar de Usted. Nos ha parecido que podemos confiar plenamente.

Así que era el impresentable este el que me hacía seguir, pensó Alfredo

—Pero, esto es una locura —estalló Alfredo totalmente enfadado— ¿cómo voy yo a espiar para nadie? Yo no soy un espía. Esta no es mi guerra y

no quisiera sacrificar mi vida por algo que no me interesa, ¿se da cuenta de lo peligroso que puede ser ir a Petrogrado tal y como están las cosas?

—Piénselo Alfredo —le dijo Mateo conciliador—. Le pedimos solo seis meses en Rusia, después podrá volver directamente a Málaga desde Petrogrado.

Tendrá un documento oficial que le dará inmunidad diplomática en el momento en que salga de Berlín y el compromiso formal de que se le liberará de cualquier obligación con nosotros a partir de que se acabe el plazo de tiempo de los seis meses. También se le realizará una transferencia bancaria de un importe más que suficiente para empezar una nueva vida al banco que usted nos indique en España o donde sea.

La oferta es considerablemente buena como para tenerla en cuenta. En tan solo medio año podrá empezar una vida nueva pero como todo un burgués.

Alfredo recapacitó. ¿Qué alternativas tenía? Si se negaba ya podía ir despidiéndose de la posibilidad de viajar. Incluso en el caso de que se la concediesen igualmente tardarían al menos un par de meses en dejarle marchar.

Si colaboraba serian seis meses y se acabaría aquel asunto definitivamente y podría volver con María. Por otro lado, existía el riesgo que representaba para su integridad, aunque eso con la vida que había tenido hasta ahora le preocupaba relativamente poco. Sabía que era capaz de asumir riesgos y salir adelante con los problemas.

Finalmente se decidió a hablar.

—Está bien. No sé si realmente tengo alguna alternativa a negarme ya que mi situación sigue siendo delicada. Estoy en territorio alemán con antecedentes de asesinato. Por otro lado —se dirigió directamente a Mateo— ustedes no me han engañado nunca, y en consecuencia no creo que deba desconfiar.

Colaboraré tal y como me solicitan, pero será mi última colaboración. Quiero en una caja fuerte de un banco de Madrid, del que decidan ustedes, los documentos que me liberan de cualquier obligación tanto con las autoridades españolas como con las alemanas. Esto debe ser antes de que me marche.

Podrán liquidarme el importe que ustedes consideren una vez regrese de Petrogrado.

—Estupendo —dijo Kurtz con una amplia sonrisa que inspiraba muy poca confianza— no esperaba menos de Usted. No se preocupe, tendrá toda la cobertura necesaria y los riesgos serán mínimos.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Alfredo.

—Nos tenemos que mover rápido —contestó Kurtz—. Creemos que la situación se desbordará en un par de meses a mucho tardar. Usted viajará como empleado de la embajada española en Berlín que se destina temporalmente a la ciudad para seguir, en su calidad de periodista, los hechos que están ocurriendo en Rusia. Su contacto estará en la embajada española y para nada estará relacionado con Alemania. Toda la información que obtenga viajará directamente de la embajada española en Petrogrado a nosotros en Berlín.

—Si me permite —dijo Alfredo con cierta ironía—, ¿qué van a obtener ustedes a cambio?

—Si vamos a colaborar me parece justo que lo sepa. Pensamos que el estallido de una revolución en Rusia que provocaría la caída del Zar y la revolución de las clases pobres del país harían abandonar la guerra a Rusia.

Esto nos ayudaría a derrotar a franceses, ingleses y americanos. Al liberarnos del problema con el frente oriental nos podríamos dedicar a conquistar Francia y anular a las potencias occidentales.

—¿Y que obtiene España? —preguntó Alfredo sin entender como él se veía implicado en aquella locura.

—España, se pondría en paz con los alemanes después de que nos exijan una compensación por la *traición* de los últimos tiempos y por otro lado podremos obtener una posición de fuerza con el apoyo alemán y una Francia derrotada, para conseguir mayor parte en el reparto de Marruecos —explicó Mateo.

—¿Tiene alguna pregunta más? —dijo Kurtz.

—Imagino que me irán saliendo montones de dudas, pero ya las iré planteando. ¿Cuándo partimos?

—Mañana a primera hora.

A Alfredo se le acumulaba el trabajo. Era imprescindible escribir a María y respetando el secreto que de cualquier manera la censura iba a hacer valer, recordarle cuanto le quería, y explicarle que iba a estar fuera seis meses y que después podría regresar con ella pero que durante este periodo no podría comunicarse ya que el servicio de valija ya no les iba a funcionar.

Tenía que dejarle claro que su compromiso con ella era tan válido como el momento en que se habían separado y que en realidad hacía todo aquello para volver con ella lo antes posible.

Al salir de la Embajada, se dirigió a su piso en *Alexanderplatzz* paso ligero. No paró en ningún sitio y evitó pasar cerca de donde se situaba Fabio.

No quería tener que mentir. Tampoco le apetecía despedirse, se había pasado la vida despidiéndose. Haría que alguien de la embajada le devolviese el libro.

Llegó a casa y se preparó algo de cena. No tenía mucha hambre. Parecía mentira como podía cambiar la vida de una persona en un momento y lo imprevisible que era todo.

Siempre había pensado que era el amo de su tiempo, pero debía reconocer que las cosas son siempre provisionales. ¿Cómo iba a ser de otra manera? El problema es que los años iban pasando y él no conseguía avanzar en el sentido en que quería hacerlo —iba pensando Alfredo mientras recogía sus cosas.

Preparó su maleta con el mínimo equipaje que pudiese necesitar y siguiendo las instrucciones que le dieron. Sobre todo, miró de asegurarse de que se llevaba ropa de mucho abrigo. El invierno en Rusia había sido muy duro y Petrogrado era una ciudad muy húmeda. No quería ir, superar todos los peligros y acabar muriendo de una pulmonía.

Por María, valía la penar correr el riesgo que representaba toda la operación. Contaría los días que faltasen para poder reencontrarse con ella.

Conseguiría vencer las circunstancias y salir triunfante y con el tiempo olvidaría toda su vida anterior y empezaría a vivir desde el día en que la conoció.

Cuando el equipaje estuvo preparado y todo listo se sentó en la mesa del comedor y puso encima todas las cartas que había ido recibiendo.

Se concentró y empezó a escribir una larga carta a María. No debía dejar ningún resquicio a la duda. La quería con toda su alma y su amor era lo más verdadero que le había pasado hasta aquel momento en toda su vida.

Se alargó escribiendo, hasta pasada la media noche. Escribió más que una carta un libro y lo dejó preparado para entregarlo por la mañana en la embajada.

Recogió todas sus pertenencias y se metió en la cama. Le costó dormirse.

Tenía la sensación de que su vida había vuelto a ser una montaña rusa como en alguna otra ocasión y se alternaban subidas y bajadas a toda velocidad.

Finalmente se quedó dormido.

Aquel día amaneció soleado, cosa extraña para las latitudes en las que se encuentra Berlín, no obstante, parecía que como castigo a occidente, los rusos habían dejado abiertas todas las puertas de Siberia y el aire era extraordinariamente frío para estar ya en la primera mitad del mes de febrero.

Tal como habían acordado, le esperaba puntualmente, a las siete de la mañana, un vehículo en *Alexanderplatz* que iba a acompañar a Alfredo en este viaje hacia el infierno que se situaba al este.

Hicieron primero una parada en la embajada, donde Alfredo pudo entregar su carta para la valija y dio instrucciones para devolver el libro de Fabio. Había una nota de despedida. Tras una breve reunión con Mateo y la entrega de la documentación prometida, se despidió de Clara con un hasta la vista y salió de la embajada.

Había salido de *Alexanderplatz* con un chofer del que nunca supo más que se llamaba José, también le acompañaba un agregado a la embajada de Berlín, que Alfredo nunca había visto antes, del Ministerio de Exteriores del Gobierno español y que se llamaba Manel Rovira y cerraba el grupo Volodia Vasiliev que haría las funciones de intérprete hasta Retrogrado. Volodia era un buen conocedor de la lengua y la cultura española y por supuesto de la rusa que era su lengua natal. Ellos habían esperado en el coche mientras Alfredo hacia aquellos trámites en la embajada.

Salieron de Berlín hacia Stettin, una ciudad a orillas del Oderhalf y desde allí hasta la ciudad de Danzig. El viaje fue por territorio alemán con lo que tampoco hubo más complicaciones de las que cabía esperar.

Eran tierras ricas pero que habían sufrido el ataque ruso al principio de la contienda. Aún se veían los efectos de esos ataques. La gente, que eran una mezcla entre alemanes y polacos, era amable pero distante. Su historia les había convertido en gente precavida y desconfiada.

En Danzig descansaron. Habían recorrido aproximadamente 500

Kilómetros. Durante el trayecto Alfredo fue informado muy detalladamente por Rovira de lo que se esperaba de él y de qué contactos y quién iba a ayudarle.

Por su parte con Volodia la conversación fue todo el tiempo en ruso. Se intentaba que llegase con el máximo conocimiento de la lengua posible y con el oído y la práctica fresca. Alfredo llegó agotado tanto física como psíquicamente.

Danzig, era un puerto importante en el Báltico y Alfredo se limitó en los dos días que permanecieron allí a visitar los lugares de interés y descansar lo máximo que pudo. Volodia le acompañaba todo el tiempo mientras practicaban ruso. Debían ir con cuidado, la gente de aquella ciudad no apreciaba a los rusos.

Temprano, el tercer día partieron hacia Konigsberg. Aunque la distancia era menor que la realizada hasta el momento, las carreteras habían sufrido

mucho más los efectos de la guerra. Tardaron prácticamente lo mismo en llegar que en la etapa anterior.

La ciudad era bonita. Era una ciudad de frontera. Capital de la Prusia Oriental, había perdido parte de su importancia al desplazarse el centro de decisión hacia el oeste cuando se unificó el país hacia un centenar de años. A pesar de todo conservaba bastante de su encanto decadente.

Allí descansaron un par de días más y Rovira se despidió de ellos, dejándole a Alfredo las credenciales para presentarse en la Embajada española de Petrogrado, más su documentación como periodista de *La Vanguardia* de Barcelona para el que supuestamente trabajaba. José también se despidió de ellos ya que debía devolver a Rovira a Berlín.

Se quedaron solos. Ambos habían congeniado desde el principio. Tenían edades similares y la simpatía entre ambos fue dando lugar a una cierta complicidad. Volodia, oficialmente, hacia el papel del fotógrafo que acompañaba a Alfredo en los reportajes que iban a hacer para el diario.

Estuvieron curioseando entre la documentación que les habían entregado y francamente parecía auténtica.

Dado el estado de las carreteras, a partir de aquel momento iban a viajar en motocicletas. El camino estaba muy dañado y lleno de socavones y era el mejor sistema a su alcance para llegar a Petrogrado sin perder mucho tiempo.

Podrían haberlo intentado por mar, pero era muy peligroso en aquellos momentos.

Partieron rumbo al norte. Los pueblos que atravesaban eran lugares arrebatados a los rusos y era más que evidente el daño causado. Todo estaba lleno de restos de las batallas, pero más que por los edificios y las carreteras, donde más se notaba la situación de desánimo y desesperación era en las caras de la gente. Polacos, lituanos y letones que históricamente habían tenido la fatalidad de tener sus tierras entre alemanes y rusos, que se los habían ido disputando a lo largo de los tiempos, y que habían sido las víctimas de todos aquellos enfrentamientos, una vez más volvían a sufrir las disputas de sus vecinos.

Casi sin tiempo para rehacerse, caía sobre ellos otro ejército. Tanto daba si venía del este o del oeste. Los soldados alemanes los paraban periódicamente y les pedían la documentación. Tuvieron que dar explicaciones sobre quiénes eran y sobre qué hacían allí infinitas veces. El pobre Volodia, como ruso que era, estuvo en un par de ocasiones a punto de ser ejecutado allí mismo.

Afortunadamente Alfredo tenía recursos suficientes como para convencerles de que iba con él y que era partidario de los alemanes.

Por otro lado, Alfredo también resultaba sospechoso. Un español por aquellos parajes no era algo habitual. España no estaba en guerra y aquello era un infierno, así que era raro que estuviese perdido por aquellas tierras. Además, su aspecto germánico no ayudaba para nada. Todo era muy confuso para cualquiera que les parase y aquel trayecto se había convertido en una terrible prueba de astucia por sobrevivir.

A pesar de todo consiguieron ir pasando control tras control, hasta que pudieron llegar al lugar donde se había detenido el frente. Aquellos días la actividad militar estaba reducida a la mínima expresión y las batallas se libraban lejos de allí. Debían pasar la frontera y llegar a Riga que se encontraba del lado ocupado por los rusos. Si hasta aquel momento había sido difícil, la cosa se complicó tanto que a punto estuvieron en más de una ocasión, de recibir un tiro cada uno y acabar su viaje en la frontera. Finalmente, y tras recibir algún que otro culetazo con las armas y haber sido golpeados, consiguieron pasar al lado ruso. Tanto alemanes como rusos no disimularon su brutalidad tratándolos tan mal como supieron y si no los liquidaron fue por la documentación de la embajada que los identificaba como parte del cuerpo diplomático de un país neutral. No entendían como no les habían requisado en ningún momento las motos en las que viajaban.

A los pocos kilómetros de la frontera empezaba un paisaje totalmente devastado. Aquella gente había sufrido los ataques alemanes directamente.

Había restos por todos los lados. Era fácil ver cadáveres cerca de la carretera.

Los controles en esta ocasión eran directamente por parte del ejército. Los soldados no pedían documentos. Pedían comida, tabaco o bebida. Fueron entregando todo lo que llevaban poco a poco y así consiguieron llegar a la ciudad.

La ciudad había sido atacada en más de una ocasión, por mar y por tierra, pero aún conservaba bastante de su encanto histórico y arquitectónico. A pesar de todo la gente se moría de hambre ya que entre la guerra y el invierno el suministro de alimentos había sido del todo insuficiente.

Se alojaron en una pensión en el centro donde pasaron la noche y a la mañana siguiente tomaron camino a Pskov. La carretera era bastante recta y la distancia no alcanzaba los 300 kilómetros. La ciudad de aproximadamente cuarenta mil habitantes sirvió para poder realizar otro final de etapa. Cuanto más se alejaban de la frontera y más se acercaban a Petrogrado, los daños

causados por el ejército alemán eran menores. A pesar de todo, los habitantes de todo el país compartían el hambre que no distinguía entre nacionalidades.

Los fondos que les habían dado en la embajada casi estaban agotados.

Habían comprado comida, bebida y tabaco para soldados y para poder pasar los controles de carretera. Afortunadamente una vez llegasen a Retrogrado volverían a tener dinero.

También se habían desecho de buena parte del poco equipaje con el que habían salido y llevaban poco más que lo puesto. La mayoría de la ropa se las habían robado en esos mismos controles. Afortunadamente habían podido conservar sus abrigos.

Ahora entendieron porque les habían dado motos en lugar de caballos.

Posiblemente les hubiesen robado los caballos para comérselos. Así de desesperada era la situación en Rusia.

Al día siguiente, otra vez temprano, salieron rumbo a Retrogrado. La ciudad ahora ya estaba a pocos kilómetros. Málaga estaba a seis meses menos nueve días.

CAPÍTULO 8

MÁLAGA. MARTA

María lo había pasado muy mal cuando Alfredo se fue. Lo añoraba y le dolía no poder tocarle, acariciarle, besarle, oír su voz o tenerlo cerca. Estaba segura que si lo hubiese tenido a su lado todo hubiese sido muy diferente.

María creía estar embarazada. Su mente se negaba, pero la evidencia era cada vez mayor. Los mareos, los pechos, las ganas de llorar y la falta de la menstruación. Tardó unos días en quererlo admitir.

Al principio pensó confiada que era una falsa alarma y que eso era por los nervios de la separación tan inesperada pero poco a poco fue asumiendo que no se trataba de una cuestión psíquica y que los cambios en su humor, en su fisionomía y los mareos no podían ser solo una cuestión de la mente. A María le entró el pánico.

Aunque se consideraba católica, no tenía una influencia muy fuerte de la iglesia. A pesar de todo no pudo evitar pensar que aquello era un castigo divino.

Le costó esfuerzo no caer en supersticiones y sacarse esa idea de la cabeza. *¿Cómo podía ser que de algo tan bonito como el amor entre ellos surgiese algo malo?* —se preguntaba.

Ana había tenido un papel importante en los primeros tiempos después de la partida de Alfredo.

Era muy observadora, fue la primera que se percató de lo que estaba pasando y espero unos días hasta que no le quedaron dudas y al ver que María no tomaba la iniciativa la tomo ella.

Escogió un momento en que las dos estaban solas en la casa y le dijo directamente:

—María no estás bien —era una afirmación, no una pregunta—. ¿Qué te pasa?

—¿Te parece poco lo que pasa con Alfredo? —respondió María pensando que eso bastaría.

—No. Yo estaría igual que tú —dijo Ana con calma—. Quién sabe si peor —y a continuación aclaró— no me refiero a Alfredo, me refiero a lo que te está pasando físicamente.

—No sé de qué hablas. Ya sé que estoy rara, pero es normal. Deben ser los nervios —dijo María intentando sacarse de encima a su hermana y sin la menor sospecha de que le había descubierto.

—¿Y qué más? —respondió Ana. Si no quieres confiar en mí no lo hagas, pero pronto se te va a notar— ya había soltado la bomba pensó Ana. Justo en ese momento tuvo en cuenta la posibilidad de estar equivocada pero ahora ya no importaba, lo dicho, dicho estaba.

En eso Marta que acababa de llegar, entró en la habitación y oyó el final de la conversación. Josefina por suerte aún tardaría en llegar, estaban las tres solas en casa. María no pudo más y se puso a llorar.

—Estoy embarazada —dijo cuándo se pudo contener mínimamente para hablar. Era la primera vez que lo verbalizaba.

No estaba segura de cuál era la razón principal de aquel llanto, si el miedo a tener que afrontar un embarazo o un aborto, si el miedo a que le descubriesen o la pena por no tener a Alfredo cerca y poder afrontarlo juntos y sacar adelante aquella aventura de la maternidad. El caso es que había controlado el torrente de emociones hasta aquel momento, pero ahora ya no podía retenerlo por más tiempo.

Las dos jóvenes la dejaron hacer. A Marta aquella revelación la había dejado sorprendida, Ana no le había puesto al corriente de sus sospechas.

—¿Se lo has dicho a Alfredo? —preguntó Marta cuando se recuperó de la impresión de la noticia.

—No se lo he dicho a nadie, ¿para qué? —respondió María— él no puede hacer nada.

—Eso ahora no es importante —dijo Ana resolutiva, pero intentando hablar cariñosamente. Preguntó—: ¿Sabes que quieres hacer?

Estaban las tres sentadas en la cama. María en medio y cada una a un lado. Marta la tenía cogida por el hombro y Ana le cogía una mano entre las suyas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó María.

—Que si lo quieres tener o no —aclaró Ana.

—Si Alfredo estuviese aquí supongo que nos casaríamos y lo tendríamos, pero estoy sola y no nos podemos casar. Tenerlo sería un desastre y no sé qué

pasaría con papá y mamá. No quiero que lleguen a enterarse.

—Se lo has dicho a Doña Concha —preguntó Marta. A lo mejor ella nos puede ayudar.

—Ya os he dicho que no se lo he dicho a nadie —dijo María.

—Bueno pues entre las tres buscaremos una solución —dijo Ana.

—Claro que sí —se solidarizó Marta.

Por primera vez en días, María se sintió más segura y menos abandonada a su suerte. Sus hermanas asumían el problema como propio y no la iban a abandonar. Tenía suerte de que Ana la hubiese descubierto, ahora solo faltaba buscar un lugar en donde poder abortar sin que fuese una carnicería. Corrían comentarios que ponían los pelos de punta. Era fácil que un aborto acabase también con la vida de la madre

—Lo primero que tienes que hacer es decidir si lo quieres tener o no y después ya nos encargaremos de decirlo si es necesario. Las tres sabemos que mamá no será ningún problema. Será más complicado con papá, pero al final también lo aceptará. Son nuestros padres y tenemos la suerte de que nos quieren incondicionalmente así que si al principio no lo llevan bien tendremos que tener paciencia, pero poco a poco irán cambiando de postura. Acuérdate de que no es la primera vez que se encuentran ante una cuestión como esta. Juan se casó con Lola embarazada.

—Juan es un hombre —dijo María— y aunque sea injusto la gente lo ve diferente. En todo caso era el padre de Lola quien se lo tomó peor. Vosotras erais muy pequeñas y no os acordáis de todo.

—¡Qué asco eso de ser mujer! —dijo Ana— bueno, me refiero a lo injusto que resulta. Encima de quedarte embarazada tienes que afrontar el tema como si fueses la única culpable cuando la culpa es de los dos por igual.

—Mamá nos controla las reglas —dijo Marta llevando la conversación a los aspectos más acuciantes—. ¿Cómo lo haremos para que no se dé cuenta con los paños?

—Eso no es problema —dijo Ana— como más o menos a las tres nos viene a la vez nosotras daremos paños a María para que los haga pasar por suyos. Nadie se dará cuenta.

María tenía claro que iba a ser muy problemático tener a aquel niño, pero también sabía que a pesar de que pudiese parecer que se iba a acabar el mundo pasado el primero tiempo todo volvería a la normalidad. Cuando Alfredo y ella se casasen la gente se olvidaría de todo el lío.

Él bebe era algo de Alfredo que tendría para siempre. No sabía si Alfredo podría volver vivo o no. Estaba en un país en guerra, en el ojo del huracán y

podía pasar cualquier cosa. ¿Cómo podía deshacerse del fruto de su amor? ¿Del resultado de aquellas tardes en su cuarto?. ¿Y sí Alfredo moría?, al menos su hijo viviría y él no habría muerto del todo.

Decidió que lo iba a tener y así lo comentó con sus hermanas que se alinearon con ella para lo que hiciese falta. Ahora solo quedaba decirlo a sus padres, aunque si bien no podía pasar mucho tiempo no hacía falta que fuese de forma inmediata.

Un día finalmente se atrevió a explicárselo a Doña Concha. Era empezar a dar pasos. Sabía que la mujer podría pensar lo que fuese pero que seguro que la ayudaría. Doña Concha alarmada por el estado anímico de María se decidió a llevarla a un médico de su confianza. La mujer la intentaba convencer de que a pesar de los problemas de aquel momento a la larga la maternidad, si ella lo decidía la acabaría compensando por aquel mal trago que estaba pasando, aunque sinceramente ella no lo pensaba.

Nunca supo si fue el relajarse al empezar a tener el apoyo de Doña Concha y sus hermanas o por cualquier otra razón, pero al cabo de un par de días de la conversación en la escuela, una noche, María empezó a perder sangre, cada vez más cantidad. Marta y Ana no sabían cómo detener aquella hemorragia.

A primera hora de la mañana salieron de escondidas las tres hermanas de la casa, antes de que nadie se levantase. Ya darían alguna excusa al volver y se fueron a buscar a Doña Concha.

Cuando finalmente llegaron al médico las cuatro, este solo pudo confirmar que María había abortado. La trató para detener la hemorragia y una vez repuesta se quedó con Doña Concha mientras Ana y Marta volvieron a casa. Estaba de poco más de dos meses.

Josefina estaba preocupada, no sabía, aunque adivinaba, lo que había pasado y porque se habían ido las tres sin decir nada. Ana contó lo primero que le pasó por la cabeza. Josefina no se creyó nada, pero no siguió investigando.

María llegó por la noche con muy mala cara. Explicó que se había pasado el día vomitando y que Doña Concha la había llevado al médico que le había dicho que tenía una indigestión y que tenía que reposar un par de días.

Josefina se llevó a su hija a la cocina y cerró la puerta para que nadie les interrumpiera.

—¿Cómo estás hija? —preguntó tan preocupada que la voz apenas le salía de la boca.

—Bien mamá —respondió María— estoy bien debe ser un resfriado y como además los nervios siempre se me ponen en el estómago me ha dado por vomitar, pero ya está.

Josefina no abrió la boca. Miraba a María fijamente y tenía una expresión como si estuviese a punto de ponerse a llorar. Las dos estaban en silencio hasta que finalmente Josefina dijo:

—Hija, ¿tan poco confías en mí?, ¿de verdad crees que no me doy cuenta de las cosas? —dijo Josefina con tristeza.

—No sé qué quieres decir mamá —respondió María con un miedo que se le notaba en la voz.

—Puede que me veas vieja y que te pueda parecer tonta —dijo dolida— pero no lo soy y no siempre he sido así. Sé que estas o estabas embarazada. He notado los síntomas. Yo tuve trece embarazos, es difícil que se me escape.

María bajó la cabeza. No sabía que decir.

—¿Por qué has pensado que no iba a entender que tuvieses relaciones con Alfredo? Se perfectamente lo que es el amor y la pasión y siempre he pensado que vuestra relación es muy bonita y por eso no puede ser solo platónica.

—Mama, yo —empezó a decir María.

—No hija, déjame acabar —dijo Josefina dolida con su hija por la desconfianza— si no hablaste antes, ahora ya no hace falta. Imagino que todo el jaleo de esta mañana era por la hemorragia. He visto los restos ¿cómo creíais que no me iba a dar cuenta? Al final imagino que lo has perdido ¿es así?

—Sí —respondió María.

Entonces Josefina no pudo contenerse más y se fue directa a su hija y la cogió entre sus brazos. De manera natural empezó a acariciarle la cabeza mientras que María con la cabeza apoyada en su hombro, dejaba aflorar todas las lágrimas reprimidas aquellos días.

—Lo siento mucho —le susurraba Josefina, casi como una nana a la oreja —. Deberías habérmelo dicho. Para mí mis hijos están por encima de todo, de lo bueno y de lo malo y haré lo que haga falta y me enfrentaré a lo que sea por ellos. Nunca voy a ser tu enemiga, soy tu madre.

—Perdóname mamá —decía suavemente María mientras se dejaba arrastrar por la protección que le transmitía el abrazo de aquella mujer menuda dispuesta a todo por defenderla.

—No te preocupes cariño, todos tenemos derecho a equivocarnos.

—Estaba muy preocupada.

—Lo imagino —respondió Josefina— yo también lo estaba por ti. Por suerte tu padre no se ha dado cuenta de nada y no hace falta que lo sepa. Si lo miramos bien, a pesar de la desgracia, hará más fácil vuestra vida los primeros años cuando os caséis.

Ese había sido el final de la historia, pero María había madurado durante aquellos días y durante aquel sufrimiento. Había dejado definitivamente de ser una joven para ser una mujer.

Después de aquello admiraba aún más a su madre. Aquella mujer que no había ido a la escuela y que se había quedado sola, excepto por Doña Marujita que también estaba sola, siendo tan joven había formado una familia y se había convertido en alguien excepcional para su época. Cuando se lo contó a sus hermanas estuvieron de acuerdo con ella y Doña Concha la felicitó por la madre que le había tocado.

Estaba muy orgullosa de ser su hija. Eso había pasado hacía mucho tiempo. Al año 1916 le quedaban poco más de tres meses.

Se acababa el verano y la tarde invitaba a salir a pasear por la ciudad. Ya no hacía tanto calor y la luz del día duraba hasta bastante tarde. Los niños que iban a la escuela aún no habían empezado las clases y después de la siesta bajaban a la calle a jugar decorando los barrios con sus juegos y ambientándolos con sus gritos.

José era uno de esos afortunados que iban a empezar en breve las clases.

El niño crecía fuerte y sano a pesar de aquel inicio tan accidentado que había tenido en el momento de nacer. Sus hermanas aún bromeaban con el incidente del barreño. Como la mayoría de los niños era inquieto y si le hubiesen dejado se hubiese pasado el día entero jugando en la calle. Tenía un carácter un poco fuerte que había tenido que desarrollar para sobrevivir a sus hermanas y en especial a Ana. Sus profesores decían que era buen estudiante. Lástima de las palabrotas que de vez en cuando decía.

María volvía a casa temprano. Había estado en la escuela organizando el inicio del curso con Doña Concha y tenían ya todo organizado al menos para todo el primer trimestre. Aquellos días los profesores solían ir solo por la mañana. Ellas habían aprovechado para quedarse hasta el mediodía y después Concha había invitado a María a comer cerca de la escuela. A María estar ocupada la distraía de pensar en Alfredo.

Recibía correspondencia regularmente y leía y releía las cartas una y mil veces. Algunas casi las había aprendido de memoria. En ocasiones lloraba después de leer sin saber bien porque lo hacía. Podía ser porque le añoraba o por miedo a que nunca volviese. Podía ser también por el temor a que le

pasase algo ya que vivía en un país que estaba en guerra y aunque él le explicaba que la guerra no había llegado a Berlín, le había dicho también que los efectos se notaban en la ciudad y había escasez de muchos alimentos básicos. También podía ser porque se sentía sola.

Otras veces se quedaba como encantada sonriendo durante minutos pensando en algo que él le explicaba o que ella se imaginaba. En esos momentos era feliz porque lo sentía próximo a ella. A veces también le pasaba cuando se imaginaba como sería todo cuando él volviese. Los dos juntos para siempre. Podía pasarse horas ocupada en esos pensamientos.

De momento estaba confiada en que ninguna mujer se interpondría en su relación. Sentía que él la quería tanto como ella a él. Se lo decían sus cartas en cada frase.

No sabía porque, pero aquella tarde de final de verano mientras volvía a casa pensaba en todo aquello. Algo debía haber en las cartas de Alfredo, o algo debía haber pasado aquel día que no recordaba que le había llevado a aquellos días del principio de la partida. Andaba totalmente despistada.

Al girar la esquina de su calle, algo la golpeó en la cabeza. Los niños de la calle, y entre ellos su hermano, estaban jugando un partido de fútbol. Alguien dio una patada demasiado fuerte a la pelota y esta acabó estrellándose contra ella. Afortunadamente estaba hecha con trapos y no era muy dura.

María volvió a la realidad y se dio cuenta cuando miró al suelo y vio de qué se trataba. No pudo evitar que le saliese automáticamente una llamada de atención, eran muchos años rodeada de niños y de Doña Concha

—Niños, tened cuidado que si le dais a una persona mayor la tumbáis.

—Perdón señora mayor —dijo Pepe con un punto de ironía mientras se acercaba hacia ella para recoger el lio de trapos.

—¿Señora mayor? —le contestó María en broma— te voy a dar yo a ti señora como te pille…

José se acercó cariñoso y le dio un beso en la cabeza, más o menos donde le había dado el balón figurado.

—*Sana, sana culito de rana, si no sana hoy sanará mañana* —le dijo el niño bromeando.

—Vaya payaso que estás hecho —respondió María de buen humor.

—Llévame a merendar —le dijo José.

—Bueno, vamos a casa un momento, merendamos y luego vemos qué hacemos —propuso María.

—¡Vámonos! —dijo Pepe—. Hasta mañana niños —dijo dirigiéndose a sus amigos.

Subieron y allí se encontraron a Josefina que estaba haciendo unos arreglos. La verdad es que nunca se sabía que parte eran arreglos para el negocio y que parte eran arreglos para remendar ropa de la gente de la familia, o de la tribu como decía ella bromeando.

Marta estaba con ella y tenía cara de aburrimiento. Desde que Ana se había ido a Guadalvalle la echaba mucho de menos. Ana llenaba mucho el espacio con su presencia, sus comentarios y sus bromas. Ahora que no estaba todos de alguna forma la añoraban. Iba a Málaga de vez en cuando, pero de momento no tenía ninguna intención de marcharse de Guadalvalle.

En los últimos tiempos Marta se había fijado en un joven de Coín. Se llamaba Gerardo y se habían conocido por casualidad. El verano anterior, Marta andaba por la Alameda con sus amigas, Rosy y Charo que eran unas gemelas que vivían en la escalera de al lado, y de pronto se acercaron a ellas tres jóvenes de su misma edad con la excusa de preguntar por una heladería.

Ellas se ofrecieron a acompañarles hasta la heladería y ellos correspondieron invitándolas. Pasaron una tarde divertida. Gerardo le había preguntado a Marta si se podían ver alguna otra vez. Él estaba en Málaga en casa de su hermana. Había llegado a pasar el verano y no conocía a mucha gente de por allí. Los otros dos jóvenes, de su mismo pueblo, regresaban a Coín aquella misma tarde.

Gerardo era un joven delgado pero fuerte de una estatura media y con pelo y ojos oscuros. Sus rasgos eran armoniosos salvo la nariz que era un poco grande. A Marta le había parecido agradable y lo encontraba atractivo. La chica ya tenía dieciocho años y estaba en su plenitud. Era una joven guapa, morena y con buena figura, aunque lo mejor sin ningún lugar a dudas era su carácter.

Gerardo y Marta se vieron cada tarde desde aquel día y Marta disfrutaba de la compañía de su nuevo amigo, las anécdotas que explicaba y lo divertido que resultaba. A pesar de todo tuvo que esperar que él diese el primer paso. Ella fue dándole pistas, pero a él parecía que le costaba reunir el valor suficiente para pedirle relaciones. Llegó a pensar que quizás no estaba interesado en ella.

Si Ana hubiese estado allí ya se hubiese metido en medio saltándose todo tipo de normas sociales e interviniendo en la cuestión. La vida de Marta era cómoda, pero andaba escasa de emociones. Siempre había quedado entre dos fuegos. Por un lado, estaba María que era la lista de la familia, la que se esforzaba y trabajaba y por otro lado estaba Ana, la mujer decidida y valiente dispuesta a salir siempre adelante, con sus propósitos. Marta quedaba un poco

en tierra de nadie. No destacaba por nada en particular, o al menos asilo veía ella. Realmente estaba un poco acomplejada por sus hermanas, aunque ellas siempre la tenían muy en cuenta en cualquier decisión y solían pedirle consejo.

Marta se había quedado sola para ayudar a Josefina, tanto en el taller como en la casa.

Entre madre e hija se repartían el trabajo. Cocinaban, limpiaban y cosían. Doña Marujita ya hacía tiempo que vivía con ellos. El taller estaba normalmente cerrado, pero de vez en cuando iban a por material o a hacer pruebas a las clientas. Siempre recibían a la gente allí, por presencia y por mantener separada la vida privada y el trabajo. Josefina tenía la suerte de poder corresponder de esta manera a toda la ayuda que había tenido de la mujer en su juventud. Ambas se tenían mucho cariño ya que habían vivido juntas casi toda la vida. Doña Marujita era un poco como una hermana y otro poco como una madre.

Marta había resultado ser muy buena cocinera. Tenía bastante mano improvisando y preparando platos nuevos y a todos les gustaba casi todo lo que cocinaba. Poco a poco se había ganado el puesto de cocinera de la familia.

Los sabores de su cocina tenían una relación directa con su estado anímico. Si resultaba que estaba animada, le salían platos mucho mejores que cuando sabía que estaba desanimada o triste. Ella intentaba hacerlos siempre igual pero invariablemente el sabor variaba.

Tenía facilidad para combinar sabores e imaginarlos en su paladar con bastante acierto. De todas formas, su afición a la cocina no le liberaba de otros trabajos que eran más pesados y que de ninguna manera podía dejar que hiciese su madre que por aquel entonces ya había pasado los cincuenta y empezaba a hacerse mayor. Bastante había trabajado ya en su vida la pobre mujer.

Marta era también, la preferida de su padre. Siempre lo había sido. De las tres hijas era la más dócil y cariñosa. María era inteligente e intentaba racionalizar todo y Ana era terrible y no paraba ni un momento y al final también lo cuestionaba todo. Marta siempre había quedado entre ambas como la niña dulce y obediente.

Cuando llegaron María y José, Marta y Josefina dejaron de coser. Doña Marujita dormitaba en una mecedora.

María se acercó a Josefina y le dio un beso en la frente a forma de saludo.

—Hola niña. ¿Cómo ha ido el día? —le preguntó Josefina levantando la vista de lo que estaba haciendo— pensaba que ibas a venir a comer —no era raro que María se quedase en la escuela o con Concha y no fuese a comer sin avisar—. Si quieres tienes un poco de sopa de cebolla en la cocina.

—No mamá. Al final me he quedado trabajando —tenía avisado de que no la esperasen, si iba ya comería algo—. Una compañera que también andaba por allí, se había traído una ensalada de tomate y cebolla y una tortilla de patatas enorme y lo hemos compartido.

—Pues bueno cariño —le dijo Josefina— por la sopa de cebolla de tu hermana no te preocupes porque no creo que sobreviva al día. Seguro que tu padre se la come. Tampoco ha quedado mucho.

Cambiando radicalmente de tema, propuso:

—Mamá, ¿qué te parece que me lleve al niño al Museo de Bellas Artes? —preguntó María.

—Pero niña ¿no estás cansada? —le dijo Josefina con cara de preocupación. Pensaba que su hija trabajaba mucho.

—No mamá. Me irá bien. Así me paseo un rato y tengo la cabeza ocupada. Además tengo curiosidad. Lo han inaugurado en un edificio que era de los Larios. En la calle Cister. A todas las profesoras nos han hecho llegar pases de visita. Yo tengo tres —y entonces mirando a su hermana dijo—. Marta, ¿te vienes con nosotros?

Marta pensó que si se paseaba por el centro a lo mejor se encontraba con Gerardo.

—¿Qué te parece Mamá? —preguntó Marta con ilusión ante la imprevista perspectiva que se le planteaba.

—Vete tranquila hija. Llevas todo el día encerrada. Te irá bien darte una vuelta —le dijo Josefina que también se preocupaba por la vida que llevaba la niña.

—Pues me arreglo un poco y nos vamos —dijo Marta alegre, mientras se iba a la habitación a ver que ropa se iba a poner para salir aquella tarde.

Merendaron un poco antes de salir y María no puedo evitar probar y finalmente tomarse toda la sopa que le había guardado su madre, y al cabo de una hora estaban los tres hermanos camino del museo. Aún era temprano así que iban a tener tiempo para pasearse con tranquilidad por las instalaciones.

Marta y María, iban cogidas del brazo y comentaban cosas intrascendentes sobre algún vecino o sobre las ocurrencias de Ana, que había escrito a Marta y otras cosas de poca importancia.

José, inquieto iba unos metros apartado de ellas. Caminaba sobre el borde de la acera haciendo equilibrios y silbando. La verdad es que no habían andado ni trescientos metros cuando Gerardo las alcanzó, tal y como Marta había previsto que pasaría.

—Buenas tardes Marta y compañía —dijo sonriendo—. ¿Van de paseo? —pensó que de momento era mejor hablar de usted.

María se extrañó de que aquel joven se dirigiese a ellas, pero al mirar la cara de culpabilidad de su hermana se dio cuenta de que había alguna historia de por medio que ella no conocía.

—Hola Gerardo —respondió Marta con una expresión de felicidad que le delataba—. ¿Cómo estás? —dijo formalmente—. Te presento a mi hermana María y este jovencito es mi hermano José —el niño había parado de hacer sus equilibrios y ellos ya le habían alcanzado.

—Mucho gusto Señorita —dijo Gerardo saludando protocolariamente a María

—¡Hola joven! —dijo saludando a José.

—Encantada Gerardo —respondió María y a continuación, cómplice, propuso.

—Vamos paseando al Museo de Bellas Artes. Si no tiene nada que hacer y le va bien ir en nuestra dirección nos puede acompañar si le apetece.

—Será un placer acompañarles —respondió él con galantería y contento por la propuesta.

Al principio, la conversación fue formal, más por compromiso, intentaron evitar silencios incómodos, pero poco a poco se fueron animando. La verdad es que simpatizaron María y Gerardo. Ella le preguntó a qué se dedicaba, de dónde venía y qué estaba haciendo por la ciudad aquellos días. En algún momento se controló para no preguntar más allá de lo correcto.

Marta estaba encantada con que le hubiese gustado a su hermana, lo notaba perfectamente por como hablaban entre ellos. Hasta a José pareció que le caía bien.

Al poco estaban ante la puerta del edificio. Habían llegado a su destino y no sabían qué iba a hacer él. María preguntó

—¿Tiene algún compromiso Gerardo?

—Pues si quiere que le diga la verdad tan solo estaba paseando. No tengo muchas cosas que hacer. No conozco mucha gente en Málaga y pronto me vuelvo a mi pueblo —les explicó él.

—¿Le apetece entrar en el Museo con nosotros? —invitó María. A ella le había recordado a Alfredo, con pocos conocidos en la ciudad y siendo de

Coín le recordó aquella primera excursión—. Tengo pases para nosotros tres, pero si quiere entren Ustedes y yo les espero fuera, puedo volver otro día. Seguro que en la escuela puedo encontrar más pases.

—Faltaría más —dijo Gerardo rechazando la oferta cortésmente—. Deben vender algún tipo de pase en la taquilla. Lo miro y les acompaño. Me interesa ver qué es lo que tienen expuesto. Es un Museo nuevo y eso siempre es un acontecimiento.

Todos se acercaron a la taquilla, y el bedel los dejó pasar a los cuatro sin necesidad de comprar un pase para Gerardo.

—José, no te separes de nosotras y no toques nada —dijo Marta advirtiendo al niño nada más entrar en la zona de exposición—. No quisiera que rompieses algo y vayamos a tener problemas.

—*Bueeeno*… —dijo Pepe— no te preocupes. Me voy a pegar a tus faldas para que no estropee nada.

A pesar del aviso, a los cinco minutos de entrar al Museo el niño ya iba solo saltando de pintura en pintura. Se quedaba pasmado delante de algún cuadro. Había cuadros clásicos en que los personajes retratados estaban desnudos y eso llamó la atención del niño que los miraba embobado.

La verdad es que la selección de obras era muy buena según pensó María y estaba muy bien empleado el tiempo que se dedicase a la visita.

Marta y María iban comentando con Gerardo los cuadros que más les llamaban la atención, en ocasiones no sin cierto rubor. Ninguno de ellos entendía demasiado de arte así que sus impresiones eran bastante naturales y muy básicas.

Pasaron por otras secciones que no eran de pintura, aunque en realidad, todos pensaron que era la pintura lo que más les había gustado.

La visita duró unas dos horas. Visitaron el museo con mucha calma y comentando muchos detalles. Ya se iban hacia la puerta con la promesa de pararse en una cafetería y dejar que Gerardo les invitase a alguna infusión para compensar que había podido entrar gratuitamente. Luego ya se irían hacia casa.

En eso estaban cuando en la puerta se cruzaron con Lola.

Fue María quien la vio. Estaba de espaldas, hablando con un hombre que no reconoció

—¡Lola! —dijo María sorprendida—. ¡Qué alegría de verte!, no sabíamos que estabas en Málaga.

—¡María! —respondió ella con una amplia y franca sonrisa—. ¡Qué alegría de encontrarte por aquí! Anda, pero si también están Marta y José.

Todos se saludaron y se besaron mientras el acompañante de Lola y Gerardo les miraban con una distancia prudencial a la espera de que les presentasen.

—Cuéntame, ¿cuándo has llegado? —le preguntó María.

—Pues llegué esta mañana —explicó Lola— resulta que me he pasado toda la mañana en el Museo y esta noche me quedo a dormir en casa de mi prima Carmina y mañana por la mañana pensaba pasar por tu casa. Vuestro hermano Juan me envía muchos recuerdos para vosotros y los niños no hacen más que preguntar cuando vais a venir a visitarnos.

—Y Ana, ¿cómo está? —dijo José, adelantándose a Marta que esperaba para preguntar.

—Pues muy bien cariño —respondió Lola acariciándole la cabeza y despeinándolo ligeramente— yo creo que hay alguien que ronda mucho por los alrededores de casa. Me parece que Ana ya se va a quedar a vivir en Guadalvalle si no cambian mucho las cosas —dijo sonriendo con picardía. Lola tenía a la joven en su casa y la verdad es que en su cuñada había descubierto una moza divertida y espabilada. Congeniaban muy bien.

Marta, algo sabía del tema pero fue muy prudente —como siempre— y no dijo nada al respecto.

—¡Que despistada soy! no os he presentado —dijo Lola como dándose cuenta de golpe de que no había presentado a su acompañante, lo que era una falta de cortesía—. Os presento al Señor Martínez Cubells.

—Encantado —dijo él, extendiendo la mano a cada uno de ellos.

—Mucho gusto —respondió primero María y luego los demás.

—Aquí donde las ves, estas jóvenes tan bonitas y este señorito —dijo Lola a su acompañante— son mis cuñadas y mi cuñado.

—Nosotras también tendremos que pedir disculpas —dijo María— este señor que nos acompaña es Gerardo. Es un nuevo amigo que ha venido con nosotras a visitar el museo. Gerardo, esta es Lola, la mujer de mi hermano Juan que vive en Guadalvalle.

Ambos se saludaron.

—No nos has contado que haces por aquí —preguntó María.

—Pues resulta que me escribieron Fernando y Judith, mis amigos de Madrid que me enseñaron todo lo poco que sé de pintura, los de la galería de arte —aclaró Lola sonriendo mirando tanto a María como a su acompañante y con falsa modestia— y me explicaron que el señor Martínez expone en el Museo y me pidieron si podía ser tan amable de pasar el día acompañándolo y presentándole algunas amistades que he hecho últimamente en el mundillo del

arte en Málaga. ¿Tú sabes cuánto talento se mueve por aquí?, os quedaríais de piedra —añadió.

—Nosotros vamos a ver si tomamos una infusión o alguna cosa y ya nos vamos. ¿Por qué no nos acompañan si no tienen nada que hacer? —invitó Gerardo.

—Pues no es mala idea —dijo Lola—. Enrique, ¿le parece bien?

—Estupendo —dijo Enrique, que vio en aquello la posibilidad de hablar un poco de algo que no fuese arte después de todo el día en el museo— así podremos descansar un poco, que llevamos todo el día haciendo visitas y en el museo y me iré de la ciudad sin haber visto nada más.

Anduvieron todos hacia la salida. Eran las siete de la tarde y aunque aún tardaría en anochecer tampoco podían entretenerse mucho ya que tenían que llegar a tiempo para la cena, al menos los tres hermanos. No querían que Josefina se preocupase.

Encontraron un lugar agradable a unos pocos metros del Museo y entraron. Se sentaron e hicieron su pedido al camarero. Mientras esperaban que les trajesen las bebidas, Lola preguntó a María

—¿Has sabido alguna cosa más de Alfredo?

—Bueno, poco, lo que me cuenta en sus cartas —dijo María con tristeza —. La situación en Berlín no está muy bien. Parece que Alemania creía que la guerra iba a ser un paseo y al final les están plantando cara. Por lo visto en la ciudad empiezan a faltar alimentos.

—Pero ¿él no corre ningún peligro? —preguntó Lola un poco inquieta.

—Yo creo que no —le tranquilizó María aparentemente convencida de que era así— forma parte del cuerpo consular y ahora es español, y en consecuencia es de un país neutral. Ahí está la gracia del asunto.

—Niña, la verdad es que estoy admirada de lo bien que lo llevas —le dijo Lola con sinceridad y acariciándole la mano que tenía encima de la mesa.

—Eso intento —contestó María resignada— pero no te lo creas. Lo cierto es que no gano nada con pasarme el tiempo sufriendo y pensando que no volverá o que le pasará algo, así que intento pensar en positivo. Últimamente paso más tiempo viviendo en mi imaginación que en el mundo real —acabó la frase con una sonrisa.

—Fue una mala pata que se lo llevasen de aquella manera —dijo Lola con fastidio.

El acompañante de Lola, seguía atentamente la conversación sin comprenderla del todo. En realidad, era el único porque Gerardo y Marta

estaban en una conversación paralela y José estaba en la calle jugando mientras los demás acababan de tomarse sus bebidas.

—¿Puedo preguntarle María que le pasó a su prometido? —dijo finalmente

Enrique con curiosidad y tras valorar si era correcto preguntar o no. María y Lola cruzaron una mirada y María respondió sincerándose.

—Claro que sí —respondió María y a continuación expuso—. Verá Usted, Alfredo es su nombre actual, pero él es de origen alemán. Nació en Sajonia y tuvo problemas con la ley. Iba a ser acusado injustamente de un incidente y ante la dificultad para poderse defender decidió huir.

—La verdad es que fue una fatalidad. Estuvo donde no debía en el peor momento —aclaró Lola sin entrar en más detalles ya que María no lo había hecho. Ella había conocido la historia primero por su marido y después por la propia María.

—Al huir se dirigió hacia el sur y casi por casualidad llegó a Málaga después de muchas aventuras. No tenía una idea clara sobre quedarse o no en España. Lo que sí tenía claro es que desde aquí era relativamente fácil emigrar a América del Sur y empezar una nueva vida. Yo creo que esa era su idea original, pero Málaga le gustó mucho y decidió quedarse mientras aprendía el idioma. No tenía nada que perder.

—Entiendo —dijo Enrique—. Pero ¿Qué pasó después?

—Nos conocimos —dijo María a aquel hombre que a pesar de ser prácticamente un desconocido le inspiraba confianza—. Yo enseñaba en una escuela de adultos y él era alumno mío. Enseguida empezó a hablar español bastante bien y empezamos a salir. Nos hicimos novios. Le presenté a mi familia y hacíamos planes para casarnos. Todo iba bien cuando de pronto se nos presentó un personaje misterioso del Ministerio de Exteriores y con chantaje lo convenció para volver a Alemania y hacer unos servicios en la embajada para poder conseguir la nacionalidad española.

—Ya comprendo —dijo Enrique— seguro que se lo plantearon de tal manera que no pudo negarse. Sé que desde el gobierno buscan desesperadamente a todo aquel que pueda serles útil en todo lo relacionado con la guerra. A pesar de la neutralidad España intenta sacar tajada de todo ese lío.

Pasaron unos segundos de silencio

—Verá, María —dijo Enrique que ya había atado todos los cabos con lo que les había oído comentar antes— puede confiar absolutamente en mí y la discreción está totalmente asegurada. Le diré que yo estudié unos años en

Alemania. Concretamente en Múnich. Como pasa en España los alemanes son diferentes según de donde sean y entre un bávaro de Munich y un prusiano de Berlín hay tanta diferencia como entre un señor de La Coruña y otro de Murcia, pero sí le puedo asegurar que hay muchos rasgos en común entre ellos.

—La verdad es que algunos rasgos ya los conozco por Alfredo —dijo María—. Por mucho que él intente adaptarse a nuestra forma de hacer las cosas en España aún conserva muchas cosas de su país.

—No lo dudo —dijo Enrique—. Lo que sí que puedo asegurarle es que los alemanes, no se van a rendir a no ser que realmente sean derrotados y mientras tengan posibilidad de ganar no dejarán de intentarlo. El pueblo alemán es un pueblo muy disciplinado y productivo, pero a pesar de ello nunca han llegado a dominar el mundo a diferencia de los ingleses, los franceses, los españoles o los romanos. Yo creo que tienen esta asignatura pendiente e intentarán de una forma u otra conseguir su propósito. Están convencidos de que son víctimas de una injusticia de la humanidad que no les da la transcendencia que creen merecer. Realmente lo que buscan es un lugar más importante y con más reconocimiento en la historia del mundo.

—Veo entonces que esto puede durar bastante —dijo María con resignación y un poco de tristeza en la mirada.

—Si —contestó Enrique con cierta rotundidad— y si en Rusia hay una revolución y deponen al Zar todo dependerá de si se mantienen en el conflicto los rusos o si abandonan la guerra. Tanto en un caso como en el otro el desenlace se puede alargar más o menos y es ciertamente imprevisible.

—La verdad es que me va a desanimar a mi cuñada más de lo que estaba —le dijo Lola preocupada.

—Tiene razón Lola. Disculpe María si soy alarmista —intentó rectificar Enrique.

—Ni mucho menos Enrique —respondió María— no tengo más información que la poca que nos llega y lo que él me cuenta en sus cartas, pero se me plantean muchas dudas sobre qué pasará. ¿Cree que puede darse otra situación que provoque otra batalla tan sanguinaria como la de Verdún?, por ejemplo.

—No sabría que decirle —comentó Enrique—. Los franceses y los ingleses juntos son mucho más potentes que los rusos, aunque estos últimos son muy numerosos y tampoco son nada despreciables. En el Este están habiendo verdaderas masacres, aunque aquí no nos llega tanta información como de lo que pasa en Francia.

—¿Conoce mucha gente en el país todavía?, quiero decir en Múnich —preguntó Lola viendo sí había posibilidad de tener algún contacto.

—La verdad es que conservo algunas amistades —contestó Enrique—. Los alemanes tienen virtudes y defectos y puedo asegurarle que de entrada son muy reservados, pero cuando consigues que te consideren un amigo son una gente muy fiel y entrañable. La verdad es que en el sur aun me quedan buenos amigos. No sé si le servirá de algo María, pero si alguna vez necesita que contacte con ellos para obtener alguna información o algún dato no dude en decírmelo. Cuente con mi ayuda.

—Muchas gracias —contestó María—. Me gustaría pensar que esto se acabará pronto, pero veo que no va a ser así. ¿Qué posibilidades hay de que yo me vaya a Berlín?, últimamente me lo estaba planteando. Yo soy totalmente libre.

—Piénseselo mucho, antes de hacerlo —contestó Enrique con seriedad—. El traslado por tierra es muy difícil. Francia es enemiga de Alemania. Quizás se puede buscar alguna forma de llegar a través de Suiza, pero son rutas muy complicadas. Por otro lado, llegará a una ciudad que empieza a pasar problemas económicos graves. Alguien me comentó que estaban racionando algunos alimentos básicos. Yo personalmente, si me permite que le dé un consejo, me esperaría aquí a que su prometido pueda acabar el servicio que le solicitan las autoridades y una vez que volviese intentaría olvidar este tiempo, lo más rápidamente posible. Creo que es lo mejor que puede hacer.

—Gracias por todas sus explicaciones Enrique —dijo María con total franqueza— la verdad es que me ha aclarado algún tema y quisiera tomarle la palabra de contactar con sus amistades en el caso en que sea necesario ya que no sé por dónde va a salir todo esto.

—Por supuesto que mi oferta es seria, le daré mi dirección y cómo puede contactar conmigo cuando necesite mi ayuda.

Lola tomó por los hombros con mucho cariño a María.

—Ya verás vida mía como todo se acaba arreglando —y le dio un beso en la frente.

María la miró y le dedicó una sonrisa. Sus ojos mostraban su tristeza.

Marta y Gerardo habían seguido la última parte de la conversación con bastante interés. Más adelante Marta ya le explicaría toda la historia.

Se hacía tarde y se despidieron en la puerta de la cafetería. Enrique le dio su dirección tal y como dijo que iba a hacer y Lola se despidió de Enrique también ya que la casa de su prima estaba muy cerca de donde se encontraban y de camino a casa de sus suegros.

Cuando llegó a la puerta se despidió de todos.

—María, dile a tu madre que mañana por la mañana pasaré a verla y luego, ya me vuelvo a Guadalvalle. No sufras por nada ya verás que todo acaba bien —intentó consolarla.

—Gracias Lola —respondió María— eso espero. Ha sido interesante la conversación con Enrique. Si no te importa y si necesito ayuda quizás se la pida. No creo que pueda ir a Berlín, ya ha dicho él que es muy inseguro, pero a lo mejor puede conseguir que me devuelvan a Alfredo antes.

Allí se despidieron y los tres hermanos con Gerardo siguieron juntos el camino hacia casa. Cuando llegaron al lugar donde se habían encontrado, él también se despidió de ellas y del joven José y quedaron solos los hermanos.

—Es guapo este joven —dijo María a Marta.

Marta no respondió, pero se sonrojó.

—¿Por qué no nos organizamos y lo traes un día a merendar a casa? —dijo María.

—Pero es que él no ha dado ningún paso todavía —dijo Marta.

—Pero está casi a punto de hacerlo —le dijo María— lo he visto muy claro, a lo mejor hace falta que le des un empujoncito. Además, este tipo de cosas se ven muy claras desde a fuera.

—Ojalá que tengas razón —respondió Marta.

Llegaron a casa. José explicó todas las novedades nada más llegar. Les habló de Gerardo, de Enrique Martínez y de Lola. Les contó todo lo que habían visto y luego empezó a preguntar por qué los cuadros eran en muchas ocasiones de gente sin ropa.

—Papa ¿para tener niños hay que ir desnudo? —preguntó José durante la cena a su padre.

—Bueno hijo, un poco ligerito de ropa sí que hay que ir —le contestó Juan mientras que doña Marujita se reía a carcajadas.

María permaneció muy silenciosa durante la cena. Como pasaba frecuentemente en aquella época, metida en sus pensamientos.

Josefina se daba cuenta de lo que debía estar sufriendo su hija. Ella a su vez también lo pasaba mal por la niña. No sabía si era mejor hablar con ella y que se desahogase o por el contrario darle otro tipo de conversaciones que la distrajeran, en consecuencia, alternaba una cosa con la otra. Pensaba, por lo que iba oyendo, que la guerra iba para largo y que no parecía que fuesen a dejar marchar a aquel joven en un tiempo breve. Juan se lo explicaba claramente, el chico era listo y había hecho las tareas que le dieron mejor de lo que esperaban y por eso no iban a dejarlo marchar así como así.

Una tarde de finales de agosto subió José acelerado.

—¡Marta! ¡Marta! —gritaba el niño.

—¿Qué quieres? No grites que ya te he oído —respondió Marta desde la otra punta de la casa.

—Ven rápido —le dijo Pepe.

—Aquí estoy. ¿Qué narices te pasa?

José se acercó a cuchichearle a la oreja:

—Está abajo Gerardo —dijo— me ha preguntado por ti y me ha dicho que te diga que si puedes bajar un momento porque quiere hablar contigo.

Marta dudo en un primer momento. No sabía que escusa dar para salir tan precipitadamente de casa.

—Ves y dile que en diez minutos estoy abajo —respondió Marta.

La joven se fue corriendo a su habitación y miró de arreglarse lo mejor que pudo ante el espejo que tenían.

—¿Qué pasa niña? —le dijo Josefina extrañada por tanto jaleo.

—Mama, que tendría que bajar un momento…

—Me ha parecido que decía tu hermano que un joven preguntaba por ti.

Ve tranquila niña. No hace falta que corras, si quieres date una vuelta.

—Gracias mamá —dijo Marta— mientras le daba un beso en la frente.

En diez minutos, como había anunciado Pepe a Gerardo, Marta aparecía por la puerta de la escalera. Al otro lado de la calle le esperaba Gerardo.

Marta cruzó la calle y se saludaron.

—Hola Gerardo, cuántos días hacía que no nos veíamos —dijo con cierta inquietud—. ¿Estás bien? Me he preocupado un poco cuando mi hermano ha subido con tu mensaje. Temía que no hubiese algún problema.

—Hola Marta, —dijo Gerardo, sonriendo y mucho más calmado que ella —. ¿Cómo estás? —y a continuación explicó—. No he venido antes porque he pasado unos días en Granada. Mi cuñado tiene a su familia allí y nos fuimos mi hermana, los niños y el resto de la familia de visita. No había estado nunca antes. No me avisaron antes y no te pude decir nada —lamentó con preocupación.

—Qué bien —dijo ella más tranquila una vez aclarada la falta de noticias después del día del museo— ¿te ha gustado la ciudad? —preguntó con curiosidad.

—Es increíble —dijo Gerardo aparentemente con ganas de explicarle cosas está llena de monumentos—. A mí me parece que es una ciudad un poco mágica. Edificios cargados de historia por todos los lados, pero Marta, la

verdad es que yo querría que pudiésemos pasear un poco porque quiero hablar contigo de otra cosa.

—Pues paseemos. Ya he acabado mis trabajos en casa y mi madre me ha dado permiso —dijo Marta volviendo al nerviosismo controlado del inicio—. Así que no tengo que volver hasta dentro de un rato.

Empezaron a pasear en dirección a la playa. Era un paseo muy romántico ya que el sol no molestaba y era muy agradable a aquella hora y el ruido del mar era hipnótico y relajante.

—Me gusta mucho el mar —le dijo Gerardo dando un rodeo antes de llegar al tema que se proponía tratar—. Es una pena que en Coín no lo tengamos tan cerca como lo tenéis en Málaga. Si mi pueblo tuviese playas me pasaría el día allí.

—Bueno —dijo Marta riendo— pues no sé si te conviene porque entonces no harías nada más.

Gerardo, miraba encantado a Marta e instintivamente le acarició tiernamente la cara.

—Eres muy bonita Marta —dijo Gerardo casi sin controlar las palabras que salían por su boca.

—Gracias —le dijo Marta casi en un susurro y sorprendida por aquel gesto cariñoso y espontáneo.

—Esta tarde quería verte por varios motivos. Uno y el peor para mí, es que se acaban mis días en Málaga y tengo que regresar a Coín mañana por la tarde —dijo Gerardo con tristeza.

Se habían parado y estaban apoyados en un muro bajo con el mar a sus espaldas. Gerardo miraba a Marta a los ojos.

—Es una pena. ¿No hay manera de que encuentres alguna cosa para hacer por aquí? Y así no tenerte que ir —preguntó Marta también triste ya que veía escapar aquella oportunidad de tener un noviazgo con Gerardo.

—Ya me gustaría —contestó Gerardo resignado— pero mi familia me necesita en el pueblo. Ya te expliqué que mi padre empieza a ser mayor y precisa de toda la ayuda que se le pueda dar para cuidar de los campos.

Además, en estos momentos y con la guerra todo lo que se recoge se vende a mejores precios que nunca. Debo irme. No te he explicado nunca lo que me costó que me dejasen venir a pasar una temporada tan larga en la ciudad.

Temían que encontrase un trabajo aquí y que no volviese.

—¿Cuándo volverás por aquí? —preguntó Marta ya más resignada.

—Eso dependerá de ti —respondió Gerardo con una sonrisa pícara.

—Pues si depende de mí no te vayas —le respondió Marta con otra sonrisa, pero en este caso franca y no picara.

—Quiero decir —dijo Gerardo directamente y ya sin disimulo— que estoy enamorado de ti. La verdad es que estoy así desde que te vi pasar con tus amigas. Todo en ti me gusta, desde la punta del pelo a la una del pie además también me encanta como eres. Siempre correcta, y a pesar de ello alegre y divertida. Eres una mujer culta y se puede hablar contigo de muchas cosas.

Desde que te conocí no he vuelto a poner los pies en el suelo.

—Eso que dices es muy bonito —dijo Marta riendo y un poco ruborizada —. La verdad es que yo también estoy enamorada de ti desde el primer día. Creo que eres un joven muy noble, simpático y galante. Me gustas mucho Gerardo, pero yo no debía dar este primer paso y hace unos días que esperaba que lo dieses tú. Mi hermana ya me advirtió que no me preocupase porque ella estaba segura de que lo ibas a hacer —dijo Marta sonriendo y ahora ya mucho más tranquila.

—Me gustó mucho tu hermana, a pesar de que me di cuenta de que lo está pasando muy mal —dijo Gerardo—. Quiero pedirte que seas mi novia, no sé si debería ir a tu casa y hablar con tu padre y pedirle tú mano. No tengo claro cómo lo hacéis en la ciudad.

—Como en todos los sitios —le contestó Marta entre risas— no es necesario que hagas una solicitud por escrito y con tres copias de la misma.

Basta que vengas un día a casa y yo te presente a la familia y después pidas permiso a mi padre para visitarme y que salgamos juntos. Por mi parte yo te contesto con un sí enorme a tu propuesta de que seamos novios.

Gerardo dio un paso más y le dio un beso a Marta en los labios. Marta respondió a ese beso abriendo la boca y dejando que la lengua de Gerardo acariciase sus labios.

—No va a ser fácil volver a Coín y dejarte aquí —dijo Gerardo casi entre susurros.

—Nunca nada es fácil —contestó Marta.

—Me refiero a que yo me voy mañana por la tarde y a partir de ahora nos tendremos que ver solo los domingos, cuando mi trabajo en Coín me permita venir a Málaga. Te voy a echar de menos durante toda la semana.

—Bueno, así cuando nos veamos tendremos más ganas de estar juntos y muchas cosas de qué hablar.

—Que tonto soy, aún no me he ido y ya estoy preocupándome porque no nos vamos a ver en seis días.

—Si te parece bien —dijo Marta— hablaré con mi familia y podrías venir a comer con nosotros el próximo domingo y así los conoces a todos. Para que estés tranquilo te diré que les gustarás. A María y a José ya les caíste muy bien y mi madre es encantadora. Doña Marujita es la monda y mi padre no pondrá tampoco ninguna pega, si es que te mira con tan solo la mitad de los buenos ojos con los que yo te miro.

—¿No será mejor que vaya a tomar solo café y no a comer? —dijo Gerardo un poco intimidado.

—Ni hablar —contestó Marta con rotundidad— en casa los domingos es el día que comemos todos juntos y no es raro que haya algún invitado. Déjalo en mis manos.

La pareja, regresó a casa de Marta cogidos de la mano, paseando sin prisa y tomando conciencia de la nueva relación que ahora les unía. En el camino pararon para besarse en algún lugar oculto a la vista de la gente. Marta empezaba a experimentar con aquellas sensaciones.

Gerardo marchó al día siguiente rumbo a Coín. Tuvo problemas para concentrarse en lo que hacía durante toda la semana. Su familia se dio cuenta de los cambios en el joven.

Una mañana le explicó a su madre que había conocido a una muchacha en Málaga y se había prometido con ella. El domingo próximo iba a regresar a comer con su familia y pedirle permiso a su padre para relacionarse con su hija.

Su madre se puso más que contenta. Al cabo de unas horas la noticia, corría por todo el pueblo de boca en boca. La familia de Gerardo era una familia muy querida y bien conocida por todos.

Cada vez que Gerardo salía a la calle alguien le preguntaba y le hacía alguna que otra broma. Gerardo llegó a pensar que medio pueblo iba a irse con él a comer a casa de Marta.

Su padre también se alegró por el joven. Tanto el padre como la madre —aunque mucho más la madre— se pasaron la semana preguntando por cosas sobre Marta y su familia: ¿Dónde vivía? ¿Quiénes eran sus padres? ¿Cuántos hermanos eran? ¿De qué color tiene los ojos y el pelo? Y un sinfín de cuestiones a las que Gerardo fue respondiendo siempre que supo la respuesta, que fue en la mayoría de los casos.

A Gerardo los minutos le parecían horas y las horas días. Si hubiese podido hubiese dormido hasta el domingo temprano que era cuando pensaba ir a la ciudad. A su vez si su madre hubiese podido, se habrá ido también con

él, pero Gerardo no quiso ni en broma oír hablar de eso. Tiempo habría más adelante para presentarlos y que se conociesen.

Menos mal que tenían bastante trabajo en el campo y eso lo tuvo muy entretenido. Tenía que preparar los campos para el invierno y planificar el año siguiente. El trabajo era considerable porque Gerardo solo tenía una hermana y ella vivía en Málaga hacía años. Toda la ayuda a la familia tenía que proporcionarla él y lo más probable es que si Marta estaba de acuerdo cuando se casasen tendrían que ir a vivir a Coín. Él sería con el tiempo el heredero de las propiedades de la familia. Podrían mirar una casa para ellos solos o vivir con sus padres en la casa familiar, que por otro lado era bastante grande y no estarían mal. De todas formas, ya lo irían viendo con el tiempo. Primero un paso y después el siguiente.

Para Marta, las cosas tampoco fueron muy diferentes. Cuando volvió a casa lo primero que hizo fue esperar a que regresase del trabajo María. Nada más verla entrar por la puerta se la llevó a un aparte y le explicó emocionada todo lo que había pasado aquella tarde.

María se alegró muy sinceramente por su hermana. Hacía tiempo que pensaba que un poco de aire fresco en su vida, le iba a ir muy bien. Necesitaba emociones.

Planificaron cómo iban a organizado todo. Llamaron a Josefina y la encerraron en la habitación. Le explicaron con todo tipo de detalles todo lo que sabían de Gerardo y lo que había pasado. Lo que ellas no explicaban, Josefina lo iba preguntando.

La madre, estaba muy emocionada por su hija. Ella se encargaría de decírselo a Juan. Sabía de sobra como hacerlo participar en toda la cuestión.

Marta insistió en que tenían que avisar a Ana. Ella necesitaba a su hermana cerca en las decisiones importantes. Quería tener su opinión y sus comentarios a pesar de que estaba muy segura de le iba a gustar. Le transmitía seguridad en ella misma.

Idearon que la mejor manera de comunicarse con ella, era a través del carnicero de la tienda donde compraban, que iba cada dos días a Guadalvalle a buscar material. Josefina hablaría con él y le daría una carta que escribirían las niñas para su hermana. Había pensado que era una buena idea invitar también a su hijo Juan, que hacía meses que no veía y a Lola y los niños.

Marta dudó si no iban a ser demasiada gente. Juan y Lola y los tres niños que tenían en aquel momento, más ellos seis contando a Doña Marujita y Ana y Gerardo. En total catorce personas.

Aprovecharían para celebrar el cumpleaños de Marta que iba a ser la semana siguiente. Marta, con la ayuda de Josefina y Doña Marujita, se pasó la semana pensando qué iban a preparar para comer aquel día. Ella se hizo responsable del tema.

Estaba claro que tenía que haber una tarta de cumpleaños. Por otro lado, empezaba a cambiar el tiempo y a lo mejor un caldo estaría bien. De segundo lo ideal sería preparar algo con pescado. En Málaga el pescado es excelente y las sardinas estaban buenísimas. No tenía ni idea de qué le gustaba comer a Gerardo así que decidió un poco a ciegas.

Finalmente, el día llegó. Gerardo se levantó temprano, se arregló con sus mejores ropas y se preparó para dirigirse a la capital. Su madre le había preparado una cesta con frutas y verduras de la tierra para llevar a la familia de Marta. Gerardo acarreó la cesta, que pesaba bastante, todo el viaje, menos mal que el joven estaba fuerte de trabajar en el campo.

Marta se había levantado aún más temprano y se pasó la mañana nerviosa cocinando para todos. Ana le ayudaba. Había llegado de Guadalvalle el día antes para ayudar a prepararlo todo. La verdad es que también había bajado con más tiempo para compartir la alegría de su hermana y enterarse bien de todo lo que quería saber. Era muy lista. Una cosa era lo que le contasen los otros y otra era que ella tenía que hacer sus propias preguntas y oír por si misma las respuestas. Era necesario para tenerlo toda la situación bajo control.

A Marta le gustó que su hermana se viniese antes. Pudieron hablar mucho rato las dos tranquilas y explicarle todos los detalles. Josefina y María se encargaron de preparar la casa y la mesa. Doña Marujita sacó su mejor mantelería para ese día. La mujer tenía verdaderas joyas en ropa, cristalería y demás que había guardado desde su juventud y que casi no se habían utilizado en muchos años.

Aquel domingo a primera hora llegaron Juan, Lola y los niños. Al medio día, tal y como habían acordado, llegó Gerardo. De entrada, Gerardo no tuvo claro si iba a salir corriendo despavorido al ver tanta gente esperando para conocerle. Afortunadamente tanto María como José estuvieron geniales acompañándole y reteniéndole para que no se asustase.

Lola también ayudo todo lo que pudo, le había gustado para Marta cuando lo conoció en el museo y le había hablado muy bien a Juan.

Juan-padre, enseguida simpatizó con el joven. Ese joven no dejaba de ser el que pretendía llevarse a su hija querida. No sabía por qué, pero siempre había tenido la sensación de que era la más desvalida de las tres. Confiaba

mucho en el sentido común y la inteligencia de María y en la fuerza de Ana. Marta quedaba un poco en tierra de nadie, sin embargo, era la más dulce de las tres, la que tenía mejor carácter y francamente no era una chica nada tonta.

Gerardo, una vez superado el espanto de encontrarse ante un tribunal tan amplio y habiéndose dado cuenta de que todos estaban muy bien predispuestos a aceptarlo en su calidad de novio de Marta, se fue relajando.

Al final de la comida y de la celebración del cumpleaños de Marta, Juan, se llevó al pretendiente de su hija a un aparte para poder hablar tranquilos.

Gerardo, avisado por Marta de que su padre iba a actuar así, esperó hasta aquel momento y aprovechó para pedirle permiso para tener relaciones con su hija.

Juan se lo concedió, no sin que se le escapase alguna sonrisa por el nerviosismo del joven y que intentaba disimular. Eso sí le advirtió muy en serio de que debía tratarla bien y no darle disgustos. Le explicó que su hija era una gran persona y que se merecía que la quisiesen y la respetasen.

Eso venía a significar que de embarazos prematuros nada de nada, ya habían pasado por la boda anticipada entre Juan y Lola por esa razón. Nunca se enteró del embarazo de María.

Al final del día Juan, Lola, los niños y Ana volvieron a Guadalvalle. Ana, no solo aprobó a Gerardo, sino que le dio la nota más alta. Marta se alegró mucho de que a su hermana le hubiese gustado tanto.

Gerardo se fue en su nube hacia Coín a esperar a que pasase otra semana.

En la siguiente ocasión esperaba que todo fuese mucho más tranquilo.

Juan le había invitado a comer, pero le aseguró que aquella vez, serían solo los que vivían en casa.

Marta estaba muy contenta por lo bien que había ido todo y esperaba con impaciencia que llegase el próximo domingo. Se planteó que un día tenía que ir a Coín a conocer a la familia de Gerardo, pero todo llegaría en su momento.

María se alegraba mucho por Marta, su querida hermana se había hecho mayor y se estaba preparando para vivir una vida propia y abandonar el nido.

Ojalá ella pudiese hacerlo sin tener que esperar mucho tiempo. Aquel día, ella en particular, había deseado que Alfredo hubiese estado con ellos. Llegaría el momento en que fuese así, se dijo a sí misma.

Mientras tanto parecía que Marta sería la próxima en abandonar la casa familiar.

CAPÍTULO 9

PETROGRADO

A lo lejos y ante sus ojos, antes de entrar en la propia ciudad observaron cómo se recortaban en el horizonte los grandes edificios de la gran ciudad capital de Rusia en aquel momento. A medida que se fueron aproximando y entraron en ella pudieron ver con sus propios ojos, como a pesar de la guerra y de las calamidades aquella ciudad conservaba un aire señorial y elegante. Aquel día el sol matinal iluminaba las calles principales, aunque el frío era muy intenso. Poco a poco se fueron dirigiendo al centro. Cuando entraban en calles más pequeñas y en las que no daba el sol, Alfredo notaba la bajada de temperatura. Volodia conocía bien la ciudad y pudo observar divertido y con un punto de orgullo, el efecto que producía en su compañero.

Lo primero que hicieron siguiendo las instrucciones que tenían fue dirigirse a lo que quedaba de la Embajada de España en retrogrado. Las relaciones entre el Imperio Ruso y la monarquía española eran buenas en aquella época.

Encontraron muy poca gente trabajando en aquel gran edificio que tenía la bandera de España colgada fuera. Muchos funcionarios habían obtenido permiso para salir de la ciudad. El equipo del embajador había buscado a los españoles registrados y si no era imprescindible que se quedasen les invitaban a salir del país. Muchos de ellos se trasladaron temporalmente a Suecia en espera de considerar la posibilidad de volver a la ciudad o de regresar a España. Todas las embajadas europeas y la de Estados Unidos habían hecho lo mismo ya que preveían que los alemanes podían llegar hasta allí.

Ambos enseñaron sus pases a los militares de la entrada y un joven militar español, les acompañó hasta una sala, ya en el interior del gran caserón. Dentro el ambiente era mucho más caliente que en el exterior afortunadamente.

El salón era enorme, de aproximadamente quinientos metros cuadrados.

Se notaba que estaba bastante descuidado, pero se adivinaba, que hasta no hacía mucho tiempo había sido un salón muy bien decorado, seguramente había servido para organizar recepciones y bailes en otros tiempos. Todavía podían verse las sombras producidas por el sol allí donde antes había habido obras de arte colgadas en las paredes. Eso le daba un aire bastante triste. Además, daba a entender que el embajador en previsión de lo que se les venía encima había escondido o sacado del país todas las obras valiosas que pudiesen tener. Alfredo se daba cuenta de que él estaba entrando en un lugar del que la gente estaba saliendo precipitadamente y con todas sus propiedades ante lo incierto del futuro próximo.

Esperaron unos minutos hasta que salió a su encuentro una mujer. Era una mujer pequeña, bastante delgada y con una edad difícil de definir entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco. A pesar de ser supuestamente española tenía el pelo rojizo y cuando se acercó pudo apreciar sus ojos azules. Su piel era muy blanca, hasta el punto de que tenía pecas.

—Sean bienvenidos, les estábamos esperando —les dijo con sonrisa franca y extendiéndole la mano primero a Alfredo y luego a Volodia.

Ambos saludaron.

—Soy Nuria Vega y voy a ser su contacto en la ciudad. Trabajo en estrecha colaboración con nuestro ilustre embajador —dijo seria, aunque ¿podía adivinarse una cierta ironía en lo de ilustre?— y soy la responsable de Ustedes.

¿Les viene bien una taza de leche caliente? —ofreció y a continuación añadió— créanme es una exquisitez en esta ciudad en los días en que estamos.

—Estupendo. Muchas gracias —respondió Alfredo con franqueza, notaba las quejas de su estómago por el poco alimento que últimamente le había estado llegando—. Como imagino que ya sabe venimos como representantes del diario *La Vanguardia* de Barcelona y nuestra misión es poder informar sobre los incidentes que se están produciendo en la ciudad —dijo siguiendo el guion oficial que le habían indicado.

Nuria sonrió en respuesta a Alfredo, ahora sí que con descarada ironía.

Sin duda sabía mucho más de lo que él pensaba.

—Bien —siguió Nuria sin hacer ningún comentario a lo que había dicho Alfredo— les deseo que tengan éxito en sus reportajes —dijo, saldando la cuestión—. De momento tienen una reserva en un pequeño hotel a pocos metros de la avenida Nevski. Es un hotel modesto pero que nos va bien para no levantar ningún tipo de sospecha de nadie. Los grandes hoteles imagino

que están llenos de espías en estos tiempos. Comparten los dos una habitación con baño y agua caliente. Esto último es algo difícil de encontrar en estos momentos.

—Muchas gracias por las molestias que se ha tomado —respondió Alfredo pensando que ya habían cumplido el trámite—. Si nos da la dirección seguro que Volodia sabrá llegar correctamente, él conoce la ciudad.

—Enseguida les entregaremos un documento donde figura la reserva.

Está todo pagado para los próximos seis meses. Es el tiempo que me indicaron.

Respecto a la comida debería avisarles de que en este momento la situación es crítica en Retrogrado y no resulta fácil encontrar alimentos. De todas formas, con dinero, como siempre, todo se puede conseguir. El mercado negro es lo que mejor funciona en la ciudad. Se les hará entrega de una suma considerable para sus gastos y para que puedan sobrevivir correctamente.

—Muchas gracias por todo —insistió Alfredo queriendo dar por acabada la entrevista, aquella mujer le intimidaba.

—Espere un poco, ahora me toca explicarles lo más importante. —Siguió la señora Vega en un tono en el que mostró su autoridad—. Ustedes no trabajan para nuestra embajada. El mensaje es muy claro. Han llegado aquí enviados por un periódico y usted ha venido a registrarse como ciudadano español. Nada más.

—Está claro —dijo Alfredo dándose cuenta de que ella estaba al corriente de la realidad, aunque no es lo que le habían dicho en Berlín. *¿Qué papel jugaba en todo esto?*, se preguntó.

—No obstante —siguió Nuria Vega— a nosotros nos interesa conocer todo lo que está pasando. No quiero que vengan aquí habitualmente y ni siquiera periódicamente ya que puede levantar bastantes sospechas de forma mucho más fácil de lo que se imagina. Así que ustedes realizarán su trabajo y de vez en cuando, alguien pasará por su hotel en nombre de su diario y les recogerá lo que tengan. No dude que se identificará de manera que tengan absoluta certeza que la persona que recoge sus reportajes viene en mi nombre.

Solo excepcionalmente podrán contactar con nosotros y siempre ante algún problema realmente serio. Su trabajo será revisado y enviado a Berlín por valija y allí nuestra embajada se encargará de dar el proceso que considere conveniente a la información.

—¿La persona que recoja la información también nos dejará instrucciones? —preguntó Alfredo al ver que no podría dirigirse a la embajada si tenía dudas sobre lo que debía hacer.

—Las instrucciones generales se las estoy pasando yo en esta conversación —le dijo Nuria Vega— si surge alguna cosa extraordinaria que deba comunicarles es posible que les llegue de alguna manera diferente a la recogida habitual. No se preocupe, también sabrá que se le está dando una instrucción nueva. Este trabajo no tiene un manual de instrucciones asi que debemos improvisar y ser creativos.

—Bien, —dijo Alfredo— ¿qué quieren que haga a partir de este momento? —preguntó.

—Hoy deben ir al hotel y registrarse —dijo Nuria— tomen una ducha, y descansen después de su viaje por tierra, que debe haber sido bastante accidentado. Encontrarán ropa de su medida en la habitación, también me he encargado de eso. Cuando hayan descansado salgan y visiten un poco la ciudad.

No es una ciudad fácil para un europeo occidental. El alfabeto es diferente, el idioma a nosotros no nos recuerda a ningún otro idioma y por ser diferente hasta la fecha es diferente. Hoy en retrogrado y en toda Rusia es 10 de febrero y sin embargo en Europa es ya 23 de febrero. Le aconsejo que no hable en alemán con nadie. No es un buen momento para dar a conocer su origen. Mejor que utilice el español. Ellos no sabrán ubicarle ya que tienen el tópico de que todos los españoles son morenos pero como habrá podido observar yo no cumplo con ese prototipo. Esto me da mucha ventaja ya que el tiempo que tardan en ubicarme es un tiempo que a mí me va perfecto para andar un par de pasos por delante de ellos. Usted tampoco cumple con ese prototipo.

—Seguiré su consejo señora Vega —dijo Alfredo.

—Por favor llámeme Nuria —dijo ella para compensar un poco la seriedad de la conversación.

—De acuerdo Nuria —respondió Alfredo.

—Ahora voy a indicarle cuál es su tarea concreta. Preste mucha atención y pregunte todo lo que no le quede claro ya que es muy posible que tardemos bastante tiempo en volver a hablar.

—La escucho atentamente —le dijo Alfredo, mientras Nuria había vuelto a la expresión seria.

—La principal tarea que debe realizar durante su estancia en la ciudad es mantener los ojos bien abiertos. Es muy importante que se informe y nos informe de todo lo evidente, me refiero a las manifestaciones y rebeliones que se vayan produciendo en la calle. Donde haya un problema ahí debe estar usted con el señor Vasiliev que le hará de fotógrafo y de intérprete. Además,

nos debe informar de todo lo que no es evidente, es decir todo lo que se está tramando y todo lo que no es tan fácil de ver. Para ello contamos con un ingrediente sorpresa y es su conocimiento del yiddish. Seguro que puede imaginarse que en España no quedan casi judíos y si los hay en todo caso son sefarditas y no hablan ese idioma. Como español, eso le convierte en único. La lengua que hablan los judíos de Petrogrado se parece bastante a la que hablan en su Sajonia natal y no tendrá ningún problema para comunicarse. También le comento que la minoría judía de la ciudad está muy relacionada con los grupos partidarios a favor del cambio del régimen y la salida de la guerra. Ya sé que no es practicante activo de la religión, pero ¿recuerda usted los fundamentos y las ceremonias?

—Recuerdo la mayoría de lo que aprendí —dijo Alfredo también con seriedad—. Por lo bien informada que veo que está, debe saber que yo vengo de un entorno rural y allí se es mucho más respetuoso con la religión y la tradición, así que sí que fui educado en todo ello. El uso que le he dado posteriormente a toda la cuestión ya es otro tema y es parte de mi historia privada.

—Perfecto —dijo Nuria satisfecha— es la respuesta que quería que me diese. El próximo martes a primera hora de la tarde, deberá ir a la Gran Sinagoga Coral de la ciudad y allí se encontrará con Baruch Mendel. Él contactará con usted, no se preocupe. Conoce toda la historia y está muy bien informado siempre. Le irá traspasando información y siempre en su comunicación emplearán el yiddish, es la manera más segura de que el número de personas que les entiendan sea reducido y de confianza. Por supuesto cuando estén fuera de la sinagoga, dentro todo el mundo lo habla.

—Está bien, creo que lo he entendido todo bien y allí estaré —dijo Alfredo.

—Querido Alfredo —le contestó Nuria con una sonrisa— espero que lo de *creo* no sea más que una manera de hablar y en realidad esté seguro de que lo ha entendido bien —a continuación dio por finalizada la conversación—. Por ahora es todo. Les deseo toda la buena suerte del mundo porque la necesitarán y a pesar de que en realidad no puedo hacer nada más allá de lo que les he contado, no duden en que haría todo lo que estuviera en mi mano si pudiese.

—Permítame una última pregunta de momento —dijo Alfredo.

—Adelante —dijo Nuria— pregúnteme, ahora es el momento de hacerlo, yo espero poder responderle.

—¿Por qué yo? —dijo Alfredo directamente.

Nuria se quedó pensativa unos segundos. A pesar de su pequeña estatura transmitía una sensación de fuerza considerable. Hablaba un montón de idiomas y era capaz de pasar inadvertida en cualquier entorno. Todo un camaleón.

Además tenía una gran astucia.

—No sé si debería darle una respuesta o no ya que nadie se ha molestado en darme una explicación completa aunque lo que le he comentado del yiddish por sí mismo ya sería suficiente razón aunque evidentemente hay más. Puedo decirle que creo que usted está aquí por varias razones. Esta aquí porque tiene, o mejor dicho tenía una necesidad de obtener una nacionalidad, también porque está enamorado de una persona de mi país y eso le hará que quiera volver, conoce al menos tres idiomas en un país en el que no es habitual y además es muy eficiente en su trabajo. Todo esto es lo que me han dicho. Lo que yo deduzco es que aun siendo totalmente cierto todo lo que oficialmente me han dicho, añadiría que usted está aquí porque no es caro para nosotros y si le perdiésemos no perderíamos mucho. Entiéndame, creo que todos los seres humanos tenemos, por supuesto, el mismo valor, pero la inversión que se ha hecho en usted ha sido mínima y por eso es un peón que se podría perder si le capturasen. Eso mismo, si le sirve de consuelo, vale para mí y para mucha gente hoy en día. ¿Quiere saber por qué no le atendió el embajador? Es muy fácil, es una persona mucho más valiosa que yo y pudiera ser que ni siquiera esté en el país en este mismo momento. Aquí estamos los que tenemos menos valor y somos perfectamente sacrificables. Nuestra función es realizar nuestro trabajo y sobrevivir, seguro que estamos mucho mejor dotados para la supervivencia que muchos de los que no se pueden sacrificar.

—Muchas gracias Nuria por su sinceridad —le dijo Alfredo— estoy seguro que lo consigamos o no, tendremos un buen resultado.

Se estrecharon la mano y Nuria también saludó a Volodia Vasiliev, que no había abierto la boca en todo el tiempo que había durado la conversación.

—Una última cosa —dijo Nuria cuando ya se retiraba— casi lo olvidaba.

Deben dejar aquí sus vehículos. Se van a mover básicamente por la zona central de la ciudad y no necesitan más que unas buenas piernas. La ciudad tiene más de dos millones de habitantes, pero *a priori*, que yo sepa, no tendrán que desplazarse a las afueras. Moverse en los vehículos que les han traído hasta aquí levantaría sospechas entre la gente. Además, es difícil encontrar combustible.

Salieron a la calle y lo primero que notaron fue el golpe del frío en la cara. Estaban claramente bajo cero y la ciudad tenía una humedad elevada con lo que era cuestión de tiempo que el frío les calase hasta los huesos. Desearon ambos que Nuria hubiese pensado en el factor climatológico y que entre la ropa que les hubiese preparado hubiese ropa de mucho abrigo.

Se dirigieron hacia el pequeño hotel que no estaba lejos de la embajada, tal y como les habían dicho. Estaban en la zona próxima a la Catedral de San Isaac. Era un paseo breve, aunque andar con aquella temperatura, era bastante duro y parecía que cada paso era una lucha contra los elementos.

De camino pararon en un pequeño restaurante donde, tal y como esperaban, solo pudieron ofrecerles unos huevos hervidos y un poco de pan. Lo comieron con gana y lo pagaron a precio de lujo asiático. El cantinero, que era un hombre de aspecto bastante serio, le ofreció a Volodia la posibilidad de pactar que vendrían a cenar cada día y él conseguiría comida para ellos mucho mejor de lo que había podido ofrecerles. Para evitar problemas, comerían en su propia casa que estaba en el piso superior. Finalmente, Volodia y aquel hombre llegaron a algún tipo de acuerdo del que Alfredo no entendió bien el trato.

Llegaron al hotel, donde se registraron y les dieron las llaves. Se dirigieron a la habitación. Nadie hizo demasiadas preguntas.

La sala no estaba nada mal. Se veía abandonada pues hacía mucho tiempo que no la pintaban y los muebles estaban un poco estropeados, era pequeña y hacía de distribuidor. Había una habitación principal con un baño y otra habitación separada por una puerta. Todo un poco decadente, pero era más de lo que habían esperado.

Tenían suficiente espacio para estar los dos cómodamente y poder trabajar confortablemente. Para las condiciones que habían sufrido en los últimos días aquello era un lujo.

Volodia, se estiró encima de la cama de la habitación que daba a la entrada y enseguida se quedó dormido. Estaban verdaderamente agotados. Por su parte Alfredo decidió darse una ducha con agua caliente antes de ponerse a dormir. Quería entrar en calor. Estaba mucho menos acostumbrado que su compañero a aquel frío intenso y necesitaba que la sangre le volviese a circular por los pies y las manos.

A primera hora de la tarde, después de haber descansado, Volodia golpeó suavemente la puerta de la habitación de Alfredo.

Alfredo se despertó sin recordar dónde estaba. Había dormido profundamente, le parecía que acababa de meterse en la cama, pero llevaba

unas cinco horas durmiendo. Hubiese podido dormir tranquilamente diez horas más.

—¿Quién hay? —dijo más dormido que despierto Alfredo en alemán.

—Soy Volodia —contestó en ruso, desde el otro lado de la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Claro, pasa —contestó Alfredo ya totalmente despierto—. Perdona Volodia no recordaba donde estaba. Dormía profundamente.

Volodia rio y dijo:

—Si ya me he dado cuenta. Deberíamos conseguir que no usases nunca el alemán —dijo, aunque tampoco quiso poner dramatismo al asunto ya que era algo que podía pasar sin querer—. Ahora me has contestado en tu lengua. Mejor nos movemos entre el español y el ruso. Será mucho menos peligroso.

—Tienes razón. Intentaré que no me pase otra vez —contestó Alfredo dándose cuenta del error—. Además, me interesa mucho hablar ruso. Tanto como pueda.

—De acuerdo —respondió Volodia.

Se sentó en una silla al lado de la cama.

—Hemos dormido unas cuantas horas. Venía a proponerte que nos abriguemos y ahora que empieza la tarde es un buen momento para dar un paseo. Me gustaría enseñarte unos cuantos lugares de la ciudad, bastantes próximos de aquí —dijo Volodia—. Es importante que empecemos a aprovechar el tiempo y que tú aprendas a orientarte bien por Petrogrado. Si esperamos a que anochezca bajará mucho la temperatura.

—De acuerdo —dijo Alfredo—. Dame unos minutos y me preparo para salir. Por cierto, que la ducha caliente me ha sentado la mar de bien.

—Esta noche me ducharé yo —dijo Volodia.

Al cabo de un rato salían los dos por la puerta del hotel.

En primer lugar se dirigieron hacia el monumento de Pedro I —fundador de la ciudad y el Almirantazgo—. A continuación anduvieron hacia el Palacio de Invierno y la explanada que había delante. Era un espacio francamente impresionante, majestuoso e intimidante. Aquellas magnitudes te hacían sentir pequeño.

Volodia no era de retrogrado, sino de la ciudad de Nizni Nóvgorod, casi a mil quilómetros hacia el interior, en la región del Volga, pero había llegado a Petrogrado hacia unos diez años, cuando era estudiante, y la conocía mejor que su propia ciudad. Había estudiado en la facultad de historia compaginando su trabajo con un empleo en el puerto.

Fueron años duros pero una vez que acabó la carrera pasó a trabajar en el *Gabinete de curiosidades, rarezas y monstruos*, dependiente del Museo Etnográfico. Se lo pasó muy bien investigando aquellos cuerpos amorfos encontrados en lugares remotos de Siberia y que carecían de cualquier tipo de explicación.

Aprovechó aquellos años, en que sus condiciones mejoraron, para aprender alemán y francés. Esto le acercó también a clases de español e italiano y desde allí hasta el mundo diplomático fue un paso. La verdad es que nunca se había planteado llegar hasta ese mundillo tan particular.

Su aspecto tampoco daba pistas sobre su nivel intelectual. Era un hombre fuerte, de aspecto rudo y curtido por los años que trabajó en el puerto. En aquel momento tenía veintiséis años. Su carácter era abierto, amigable y siempre dispuesto a divertirse. Nadie hubiese adivinado el erudito que se escondía debajo de lo que se veía. De él dependía su familia. Tenía a su madre y sus tres hermanas en su ciudad y él era quien enviaba dinero. Su padre hacía años que los había dejado plantados y ahora no sabían nada de él. Sencillamente se había marchado sin dejar ni siquiera una nota de despedida. Sabían que no estaba muerto porque había gente que lo había visto.

Se encontraba en algún lugar del otro lado de los Urales con una mujer bastante más joven que él, aproximadamente de la edad de sus hijos. Cuando se fue se llevó también todo el dinero y la familia Vasiliev se quedó sin un *kopek*.

Volodia decidió que era el momento de buscar soluciones y no lamentarse, para eso desgraciadamente ya estaba su madre, y se fue a la capital a trabajar. Al principio fue muy duro para toda la familia ya que su madre y hermanas perdieron a todos los varones de la casa. Para él también fue duro porque con tan solo dieciséis años se encontró lejos de casa, solo y sin dinero.

El segundo día en la ciudad andaba por la calle, estaba a punto de anochecer, muerto de frío y sin haber comido desde que salió de Nizni Nóvgorod. Estaba muerto de hambre y se movía por los barrios bajos de la ciudad. De pronto notó que alguien le golpeaba la cabeza y cayó al suelo atontado. No se podía mover y alguien buscaba en sus bolsillos. Notó una voz de mujer que gritaba y se dio cuenta de que su atacante salía corriendo y lo dejaba allí tirado.

La mujer se acercó y le ayudó a levantarse.

—¿Estás bien muchacho? —preguntó ella.

—Si señora —respondió él sin estar seguro de estarlo.

—Tienes muy mala cara —le dijo ella— ¿has comido hoy?

—No señora —dijo el joven— desde hace dos días no he probado bocado.

—¿Tienes dónde dormir? —preguntó.

—No señora llevo dos noches durmiendo en algún portal.

—Te das cuenta de que eso no puede ser. Hazme caso, regresa a tu casa, eres muy joven y la ciudad es peligrosa.

Volodia se fijó en aquella mujer. Debía tener unos veinticinco años, aunque realmente parecía mayor. Tenía un cuerpo increíble y vestía con un escote de vértigo a pesar del frío. Iba más pintada de lo normal. Ella se dio cuenta de que él le estaba observando.

—No puedo volver a casa —dijo Volodia— está muy lejos y allí no hay nada para mí.

—Pues niño, así no puedes seguir —dijo ella, y a continuación— acompáñame, te quedarás conmigo mientras encuentras un trabajo. No puedo dejarte en la calle.

—No seré ninguna molestia para usted —dijo él dejándose llevar, sencillamente no tenía más opciones y no sabía cuánto tardaría en morir en la calle.

Caminaron hasta su casa y subieron al tercer piso, donde ella tenía un pequeño apartamento sin recibidor. Entrabas y en cincuenta metros cuadrados estaba todo y sin ninguna pared. Había solo una cama.

La mujer le preparó una cena consistente que el joven Volodia devoró.

Ella comió algo más ligero. Le explicó que se dedicaba a entretener caballeros, que trabajaba en un local que no estaba muy lejos de allí y que tenía la suerte de tener bastante éxito y en consecuencia podía mantenerse aquel pequeño apartamento para ella sola. Aquella noche no trabajaba.

Él le explicó su historia familiar y le explicó que había venido a Petrogrado con la intención de encontrar trabajo y entrar en la universidad.

Ella, que se llamaba Lena se sirvió un vaso de vodka. Volodia miró el vaso con avidez y ella le ofreció otro. Se bebieron media botella y ya los dos estaban un poco borrachos. Lena decidió que era el momento de irse a dormir.

—Si me das alguna manta me estiro en el suelo —dijo Volodia.

—Si quieres puedes dormir en la cama —respondió ella— a mí no me importa.

Antes de que él dijese nada, ella se fue a un lado del lecho y en un par de movimientos rápidos se quedó totalmente desnuda y se metió entre las sábanas.

—Date prisa, ven —dijo ella— ayúdame a calentar la cama, esta helada.

Él tuvo un momento de duda, pero decidió que se iba a desnudar y meterse en la cama. Se desnudó de espaldas intentando disimular la erección que tenía.

Lena se había dado cuenta y sin ningún rubor se acercó a él y le dijo:

—Déjame ver lo que escondes —y se metió debajo de las sábanas.

A partir de aquella primera experiencia hubo muchas más. Lena le enseñó todo lo que sabía sobre sexo y él aprendió rápido. Eran amigos, no amantes y se entendían en la cama. Los dos eran jóvenes y eran náufragos en aquella ciudad.

Lena le ayudó a encontrar un trabajo en el puerto y cuando poco después, consiguió las notas necesarias para entrar en la universidad ella le consiguió una entrevista con el rector de la facultad de historia, íntimo amigo suyo, facilitándole el acceso. Era increíble el poder que daba la prostitución sofisticada entre las clases altas.

Volodia estuvo tres años en casa de Lena, hasta que se pudo establecer por su cuenta. A pesar de todo, uno era para el otro el único pariente en la ciudad y mantenían una relación amistosa. Siempre que estaba en Petrogrado la visitaba y cuando no, intercambiaban correspondencia.

Al cabo de poco tiempo de que Lena le encontrara trabajo, empezó a llegar dinero desde Petrogrado a su madre y hermanas. Era dinero que enviaba Volodia regularmente. Hoy en día buena parte de los ingresos que percibía Volodia por su trabajo se lo entregaba directamente a ellas. El negocio del espionaje y las tramas internacionales era algo muy lucrativo en aquellos tiempos.

Volodia y Alfredo anduvieron un rato por *Nevski Prospekt* que era la avenida principal de la ciudad. Allí era donde se situaba lo que quedaba del comercio principal de la urbe. Era una calle elegante pero que en aquel momento se veía más decadente que lo que debía haber sido en otras épocas.

Llegaron hasta el puente de Anichkov que atravesaba el canal Fontanka y desde allí se encaminaron de regreso hacia la zona del Palacio de Invierno. A Alfredo le impresionó la cantidad de agua que rodeaba la ciudad entre el impresionante río Neva y los canales. Volodia iba explicando con todo lujo de detalles a Alfredo qué era lo que iban viendo, cuándo se construyó, qué características tenía y para qué servía cada edificio. Adornaba las explicaciones con anécdotas. Le contó que los habitantes de la ciudad, tenían la superstición de que llegaría un momento en que con la llegada de un nuevo habitante o la construcción de un nuevo edificio el delta del río no soportaría el peso y la ciudad se hundiría en las aguas del Báltico. La verdad es que la

leyenda escondía un cierto romanticismo y un grado de justicia natural Petrogrado se había construido totalmente de forma artificial por el capricho de un Zar y la naturaleza tenía todo el derecho del mundo a recuperar lo que se le habían arrebatado.

Volodia gracias a sus conocimientos de la ciudad consiguió averiguar dónde podía obtener algún tipo de pan y algo de carne en el mercado negro.

También quiso conseguir algo de Vodka. No fue difícil, como les habían dicho en la embajada, con dinero todo se consigue y el mercado negro funcionaba mejor que nunca.

Disimularon lo adquirido entre sus ropas. Se cruzaban por la calle con gente que no hubiese tenido ningún reparo en asesinarlos para llevarse lo que Volodia había comprado. Según explicaba, los rusos eran un pueblo noble, pero a los ojos de los europeos occidentales podían llegar a parecer muy sanguinarios, aunque viendo lo que estaba pasando en la Europa central y occidental, quizás eran todos iguales de sanguinarios pero los occidentales mucho más falsos. Volvía a tratarse de una cuestión de tópicos.

Llegaron a la habitación y se dieron un banquete con todo lo que llevaban. Hacía días que no comían bien. Con el estómago lleno y media botella de vodka no tuvieron ningún problema en dormir como troncos durante toda la noche.

Amaneció otro día, igual de frío que el anterior, y empezaron a realizar los reportajes por los que supuestamente estaban allí. Alfredo no sabía por dónde empezar, nunca había hecho nada parecido. Tal y como les había dicho Nuria, no había un manual y debían ser creativos.

Estaba prevista para dentro de unos días la primera reunión de la Duma, parlamento ruso, y el ambiente era bastante tenso entre los trabajadores. Era previsible que pudiera haber disturbios. Se dirigieron a la zona donde se reunía el parlamento y estuvieron haciendo fotos y Alfredo, como buenamente supo hizo lo que él entendía que era un artículo. Buscaban ambientarse y familiarizarse con todo aquello.

Por la tarde estuvieron hablando con alguno de los trabajadores que en enero se habían manifestado en el aniversario del *Domingo Sangriento*. Habían sido más de cien mil personas. Fue una huelga en la que muchas fábricas cerraron para evitar problemas. Un detalle curioso fue que muchos de los soldados que habían estado controlando que no hubiese disturbios recibían con saludos a los manifestantes.

Las fotos de Volodia eran francamente buenas. Los textos de Alfredo no lo eran tanto. Su valor se debía exclusivamente a que permitían explicar con

bastante claridad lo que estaba ocurriendo, pero su estilo era bastante malo. Lo que no sabían ni Alfredo ni Volodia es que sus reportajes iban a ser mejorados estilísticamente y que serían publicados por *La Vanguardia* con el nombre de un corresponsal ficticio. Había un compromiso por el que el diario se comprometía a no revelar la identidad de la persona que enviaba los documentos. A cambio de todo ello *La Vanguardia* pagaba a las autoridades por los artículos y ese dinero era parte del que permitiría que los autores se moviesen por la ciudad con suficientes recursos económicos como para poder comprar lo que necesitasen en el mercado negro.

El martes se encaminaron hacia la Sinagoga, tal y como les había indicado la señora Vega en la embajada. Allí Alfredo se dirigió a la persona que controlaba la entrada y se identificó como judío. Todo ello usando el yiddish.

Volodia se quedó en la entrada, dentro del edificio, pero sin adentrarse en las instalaciones. La Sinagoga era enorme. No tenía muchos años ya que la habían construido durante el siglo pasado. Sabía que el Zar había limitado su capacidad, pero en el tiempo que había vivido en Petrogrado nunca la había visto desde dentro.

Alfredo estuvo visitando las instalaciones y en un momento determinado se encontró con que se dirigía hacia él una persona de unos cincuenta años, algo sobrado de peso y de pelo ralo. Era un hombre que iba vestido con ropas normales de calle y portaba la *quipa*, gorro que llevan en la coronilla y que les sirve para recordar a los fieles que siempre hay alguien por encima de ellos.

Alfredo se había puesto la que le habían entregado en la entrada.

El hombre que venía a su encuentro también llevaba sobre los hombros el *Talit*, chal ritual que se ponen para rezar. Al llegar donde se encontraba Alfredo, Baruch Mendel, le extendió la mano a forma de saludo.

—Acompáñeme, tenemos que hablar un rato y no es necesario que estemos parados aquí en medio —le dijo en yiddish.

Ambos se dirigieron hacia una sala apartada que quedaba a la derecha del lugar donde se habían encontrado y desaparecieron de la vista de la poca gente que en aquel momento había por allí.

Se sentaron en un banco.

—Señor Estrella —le dijo Mendel— permítame que le llame por su nombre español. Tengo expresas instrucciones de hacerlo así. Ojalá sea usted con el tiempo un símbolo de la vuelta de nuestro pueblo a Separad —sonrió— sea bienvenido a nuestra comunidad. Soy Baruch Mendel.

—Mucho gusto en conocerle señor Mendel —dijo Alfredo—. No estaría nada mal que fuese fundador de nuestro regreso a España, pero de momento

no sé ni cómo regresar yo mismo así que hoy por hoy el tema está un poco difícil, de todas formas, nunca se sabe que nos depara el destino ¿no es así? —dijo Alfredo sonriendo.

—Es verdad —contestó Baruch—. Nunca se sabe cómo acabaran las cosas ni qué nos depara el futuro, sea como sea sepa usted que al igual que la embajada española está obligada por las circunstancias a mantenerse a cierta distancia de ustedes ya que podrían verse muy comprometidos a nivel internacional, nuestra comunidad sí que le va a dar toda la cobertura que necesite. Somos un pueblo que a pesar de que consideramos a Rusia nuestra patria, hemos sido bastante castigados por los pueblos que nos consideran extraños en sus tierras. No quiera saber las bestialidades que algunos Cosacos han hecho con nosotros en forma de matanzas. Eso ha hecho que, para defendernos, hayamos creado sistemas de comunicación y defensa que ellos ni sospechan. Nuestra red es más completa y está mejor informada hoy en día que la del propio estado ruso.

—Si quiere que le sea sincero, esto me tranquiliza ya que me planteaba que estaba abandonado a mi suerte. La conversación en la embajada con la representante española fue bastante clara, pero a la vez me dio pocas esperanzas —dijo Alfredo.

—Ah, mi querida Nuria —exclamó Baruch—, ella hizo lo que le encargaron. Le dio exactamente la información que tenía que darle. No se preocupe. Ella está con nosotros. Es una arabista espectacular. Quizás sea la única persona hoy en día que haya nacido al sur de los Pirineos y sea capaz de hablar turco, árabe y persa como ella lo hace. Se ha movido por todo el imperio otomano y vivió bastante tiempo en Estambul. Se casó con un turco, pero pasados unos años lo abandonó y se vino a Rusia. No le apetecía regresar a España, al menos de momento. Es mucho más interesante lo que pasa aquí.

—Debo entender que es una espía —dijo Alfredo.

—¿Qué quiere decir espía? —preguntó retóricamente Baruch—. ¿Es usted un espía?, ¿su compañero es un espía?, ¿soy yo un espía? A veces lo somos y a veces no. No me gusta esa definición. Somos supervivientes.

Vivimos en un mundo que se nos viene abajo. Es el final de una época y todos luchamos por nuestros intereses y los de nuestras tribus. Haremos juntos una parte del viaje en la lucha de esos intereses, pero puede ser que llegue el momento en que nos tengamos que enfrentar. O puede ser que ese momento no llegue nunca. En cualquier caso, usted tiene mucha suerte, puede ser español o judío e incluso alemán según le interese. Si es hábil tiene a su favor unas cuantas cartas. Además, es joven, pero no un niño así que se

encuentra en el momento en el que el equilibrio entre mente y cuerpo es casi ideal y además está bien alimentado, ¿cuál es la queja querido amigo?

—Tiene razón señor Mendel —dijo Alfredo.

—Así que señor Estrella ¿contamos con Usted? —le dijo Baruch sonriendo.

Alfredo se quedó sorprendido ya que hasta ahora habían contado con él siempre, no entendía la pregunta. Había creído que estaba obligado por las circunstancias y no podía negarse.

—Veo por su cara que está usted un poco verde todavía y no entiende lo que le estoy contado —dijo Baruch.

—Disculpe, pero tiene razón. No entiendo nada —le dijo Alfredo confundido.

—Voy a tener que explicárselo mejor —dijo Baruch sonriendo.

—Creo que se lo agradecería —contestó Alfredo.

—La trama es mucho más compleja de lo que parece. Hagamos un seguimiento paso a paso. Usted es uno de los nuestros, me refiero a un judío, nacido en la Sajonia alemana. Por una serie de circunstancias personales que no es necesario detallar se ve implicado en un asesinato que nunca cometió. Esto hace que se vea obligado a huir o a entregarse. Usted decide huir. ¿Hasta aquí vamos bien? —preguntó Baruch.

—Sí —contestó Alfredo—. Tenía claro que sabía algo de mi biografía, pero no estaba seguro de hasta dónde. Parece que todo el mundo conozca mi historia.

—Bien, sigamos sin distraernos —dijo Baruch concentrado—. Posteriormente usted llega a España y se planta en la ciudad de Málaga. El lugar le gusta, el clima, la forma de vivir, etc… Un día, cuando ya ha encontrado un trabajo, empieza sus clases de español y en aquel momento se enamora de una española. Todo va bien y hacen planes de boda. Ella conoce su historia y su familia decide permitir de buen grado este matrimonio.

—Es cierto, aunque no sé qué saben ellos de mis orígenes —contestó Alfredo.

—Carece de importancia. Ellos le han aceptado. Desgraciadamente en algunos trámites que realiza usted, por cierto, de forma muy torpe, el gobierno español da con un filón y ven sus posibilidades en la embajada —dice Baruch.

—Si —contestó Alfredo. Un buen día apareció un personaje en Málaga y con la oferta de darme nacionalidad española consiguió que colaborase con ellos.

—Usted ¿no se planteó nunca que había detrás de aquel funcionario? —preguntó Baruch.

—¿Qué debía plantearme? —dijo Alfredo intrigado.

—Vamos a dejarnos de adivinanzas —le dijo Baruch—. En realidad, las autoridades alemanas supieron en su ausencia que usted no era culpable de lo que había pasado en su ciudad. El tema quedó cerrado ya que el asesino había muerto también por accidente. Por otro lado, sí que supieron seguirle el rastro y cuando le encontraron presionaron a las autoridades españolas. Los españoles le llevaron a Berlín y usted trabajó con ellos.

—Pero ¿qué interés tenían los alemanes en mí?, ¿o los españoles?

—Mientras que los españoles le presionaban a usted, los alemanes presionaban a los españoles. Recuerde que Alemania está haciendo fuerza frente a Francia para que España mantenga una porción mayor de Marruecos, por ejemplo.

—Le prometo, que nunca me había planteado lo que me está explicando —dijo Alfredo.

—Pues disculpe por la sinceridad —respondió Baruch— no hacía falta demasiado análisis. Claro está que para usted todo este mundo es bastante nuevo. Por ejemplo, cuando yo he repasado su biografía le he dado detalles muy personales que nadie le había dicho antes.

Imagino que eso le debe haber llamado la atención, al menos debía haberse fijado en ese detalle.

—¿Hay algo más? —preguntó Alfredo ya colapsado.

—Mucho más —respondió Baruch— pero no que le pueda contar, le explicaré que finalmente y ya como ciudadano español de pleno derecho y con esto quiero decir que Alfred Stern, realmente está muerto, la diplomacia española decide que debe salir de Berlín y ver cómo pueden aprovechar sus habilidades idiomáticas. Desde Petrogrado la señora Nuria Vega, decide poner en marcha todo el montaje en el que estamos ahora, de acuerdo con la comunidad judía, con la que ella había estado en contacto en sus años de Estambul, decidimos traerle a usted hasta aquí. La cobertura es el diario *La Vanguardia* de Barcelona. Nuria es catalana y tiene contactos en el diario que hacen fácil la contratación. A partir de este momento usted deberá escribir artículos que alguien pulirá y con las fotos de su amigo se enviarán a Barcelona.

Seguramente se podían buscar otros montajes y coberturas, pero en el momento en que nos encontramos, trabajamos con los escasos recursos que tenemos y por eso todo esto es como es y no mejor.

—¿Y la embajada española? —preguntó Alfredo.

—La embajada española sabe lo que usted conoce a través de ellos. Nuria trabaja para los servicios secretos españoles y nosotros estamos colaborando con ellos —dijo Baruch—. La embajada sabe lo que Nuria transmite y que obtiene de usted. A su vez esa información va a los alemanes. En paralelo nosotros, además de dar la información que nos interese en cada caso, informamos directamente al gobierno español.

—¿Y cómo llega la información a España? —preguntó Alfredo.

—Como sabe —dijo Baruch— el pueblo elegido esta por todos los sitios y eso, aunque nos ha perjudicado en muchas ocasiones, en otras nos favorece.

Para nosotros no es un trabajo demasiado difícil hacer llegar nuestras informaciones a nuestros hermanos en Tetuán, que por cierto en este momento está en manos de su nuevo país y de allí al gobierno de España. Podríamos trabajar desde Tánger, pero fuera de que la situación es menos clara, esa ciudad sí que es un nido de espías, así que estaremos más tranquilos si vamos desde Tetuán.

—La verdad es que me ha dejado sin palabras —exclamó Alfredo— no sé qué decir.

—Alégrese —dijo Baruch— ha sido en las garras de su antiguo país donde en algún momento, aunque no fuese consciente, había corrido peligro como pieza sacrificable. Aquí tiene una cobertura importante entre el ministerio español de exteriores y la comunidad judía. Vamos a utilizarle, pero somos los primeros que le están contando la verdad y además no lo retendremos más del tiempo necesario.

—¿Qué papel juega Volodia en todo esto? —preguntó Alfredo.

—¿Se refiere a su compañero? —dijo Baruch.

—Sí, respondió Alfredo. Se trata de saber hasta qué punto puedo confiar en él.

—Él sabe lo que usted sabía hasta que nos hemos encontrado —respondió Baruch— no debe saber más. Es un joven con una cultura amplia, estudioso de la ciudad y conocedor de idiomas. Nos será útil en nuestro propósito. No tenemos ningún conocimiento de que esté en contacto con nadie que nos pueda perjudicares decir del enemigo, y para que le quede más claro cuando digo enemigo me refiero a los alemanes y los españoles que están bajo chantaje.

Debe usted ser totalmente discreto con él, aunque sabemos que es un buen hombre.

—Y, permítame una pregunta más —dijo Alfredo—. ¿Cómo puedo confiar en ustedes?

—Muy fácil —dijo Baruch—. No tiene ninguna otra opción en este momento. Somos los únicos que están de su bando. Se lo crea o no, si usted llega a correr verdadero peligro nosotros le sacaremos de la situación. Tenemos mecanismos y experiencia. Además, seremos mucho más rápidos que nuestros oponentes, para los que un disparo perdido que le reviente la cabeza puede ser la opción más sencilla. Ahora deberíamos ir acabando nuestra conversación.

Llevamos mucho tiempo. Su amigo está nervioso. Le ha perdido de vista y él oficialmente es el responsable de que de momento no le pase nada.

—Está bien —dijo Alfredo—. Creo que estoy aprendiendo más rápido de lo que nunca fui capaz. La supervivencia es una buena escuela en los días en que nos movemos —sonrió.

—No se quite valor —dijo Baruch—. Si no fuese capaz no estaría aquí en este momento. El mensaje que tengo que darle es el siguiente. Está prevista la reunión de la Duma por primera vez la semana que viene. Esto ustedes ya lo saben. Pues bien, para ese día hay medio centenar de fábricas que se declararán en huelga. Los comités ya lo han decidido. Se trata de una huelga política así que la mayoría de estas empresas poco más que prevén lo que pueda pasar, pero no saben el alcance de lo que se les viene encima. Por otro lado, sabemos que sin ningún aviso ni previsión los estudiantes también se declararán en huelga.

Nuestros informadores nos dicen que todos van a confluir en la Nevski Prospekt. Ahí tienen que estar ustedes también y conseguir realizar un reportaje.

—Allí estaremos —dijo Alfredo—. No entiendo cuál es el beneficio para ninguno de los bandos que tenemos encima de nosotros, es decir, embajadas, comunidad judía, etc…

—Como primera prueba de mi fiabilidad —dijo Baruch— estoy autorizado a explicarle, que aparentemente esta manifestación importante será totalmente pacífica. Es decir que la policía amenazará y el ambiente será tal que parecerá que el enfrentamiento entre manifestantes y policía acabará en una matanza. Esto no ocurrirá. La policía amenazará y nada más. El mensaje al gobierno alemán será que la situación en Rusia no es tan desesperada y que la revolución y salida de la guerra aún es lejana.

—¿Y no será así? —preguntó Alfredo.

—En absoluto amigo mío —dijo Baruch—. Tenemos encima de nuestras cabezas una revolución de la que no tenemos claras las consecuencias finales.

Es inevitable, igual que también lo es que el ejército se retire de la guerra. La cuestión está en ligar algunos asuntos antes de que ocurra. La bola de nieve ya hace días que empezó a rodar hacia nosotros.

—¿Cuándo creen que ocurrirá? —preguntó Alfredo no sin cierto temor.

—No se sabe con total precisión, pero estoy seguro que antes de un año estaremos ante una revolución del pueblo —explicó Baruch—. Ahora debemos separarnos. Recibirá noticias mías para el siguiente encuentro.

Dicho esto, se levantó Baruch Mendel, saludó estrechando la mano a Alfredo y se dirigió hacia el interior de la Sinagoga.

Alfredo se quedó unos minutos donde estaba. Intentaba poner en orden sus ideas. La verdad es que por un lado se sentía confuso, pero por otro tenía un montón de preguntas que no llegó a hacer. Como siempre le había pasado en la vida intentó poner en positivo lo que estaba pasando.

Se había liberado de ser acusado judicialmente. Él no había sido nunca un asesino. De alguna manera la sociedad ahora se lo reconocía. Lo malo era que él, a ojos de la justicia alemana, estaba muerto. De lo contrario en calidad de alemán se podría haber casado sin problemas con María. A pesar de todo seguía en su conciencia que había dado muerte a una persona, que sí que era un asesino. Ahora como español, también podía casarse con María sin problemas.

Por otro lado, cuando estuvo en la embajada y después de la conversación con Nuria Vega salió de allí con un peso sobre los hombros ya que quedó claro que él no era más que un peón de una partida de ajedrez en la que se le podía sacrificar sin problemas. Eso hería un poco su orgullo, aunque era suficientemente humilde como para aceptarlo.

Ahora era diferente. En resumen, aunque estaba más lejos de María en cuanto a kilómetros sí que estaba más cerca de ella en cuanto a que la situación era mucho más clara. Debía hacer su trabajo lo mejor que supiese, aún a sabiendas de que ese mundo no tenía nada que ver con él y una vez acabado volver a España. No tenía ni idea de cuál debería ser la ruta. Parecía que era mejor evitar riesgos y no volver a entrar en Alemania. Es posible que la mejor manera de regresar fuese a través de Suecia y Noruega y desde allí atravesar hasta Escocia e Inglaterra y finalmente España.

Se levantó y se dirigió caminando lentamente hacia la entrada donde le esperaba Volodia, admirando el edificio.

Cuando fue a entregar la *guipa* el encargado de recogerla le dijo:

—Consérvela amigo, seguro que la utilizará en más de una ocasión. Se la regalo.

—Gracias —dijo Alfredo.

Anduvieron unos metros. Volodia preguntó:

—¿Ha ido bien la reunión?

—Creo que sí —respondió Alfredo—. Tengo que explicarte cuales son nuestros próximos pasos. Tenemos un reportaje importante a la vista. La semana próxima la Duma se reúne por primera vez en el año. Es posible que haya manifestaciones de trabajadores y estudiantes y en consecuencia seguro que la policía intervendrá. Puede haber un enfrentamiento bastante sangriento.

—Pues allí estaremos nosotros para realizar el reportaje —dijo Volodia—. Escribirás sobre el tema y lo acompañaremos de fotos que muestren lo que está pasando.

—Mientras tanto —dijo Alfredo— no me han dicho nada más así que nos dedicaremos a realizar los reportajes que pensemos que pueden ser interesantes.

De alguna forma tendremos que matar el tiempo.

—Está bien —contestó Volodia— pero mientras tanto déjame que haga alguna intervención en el mercado negro y consiga provisiones para celebrar que tenemos nuestro primer encargo oficial.

—Me parece perfecto —dijo Alfredo con una amplia sonrisa.

Al cabo de un par de horas estaban en la taberna donde habían estado el primer día. El cantinero los hizo pasar a su vivienda donde su mujer les preparó la mesa. La buena mujer cocinó lo que Volodia le entregó y comieron auténtica comida rusa, los dos más la mujer y los cinco hijos del tabernero. Volodia había comprado de sobra para todos. Hasta quedó una ración importante para el tabernero.

Aquella gente lo estaba pasando muy mal. Eran gente orgullosa y nada acostumbrada a pasar por situaciones como aquella. De esa manera consiguieron tener siempre abierta la puerta a una buena cocina. Ellos llevaban los alimentos que conseguían en el mercado paralelo y la pobre mujer cocinaba verdaderos manjares. Después todos comían.

Con las comodidades que le proporcionaba la embajada, Alfredo pasó a comer bien, dormir bien y poder asearse y abrigarse correctamente. Parecía que lo peor había pasado.

Volodia quiso presentarle a Lena pero cuando intentó contactar con ella le explicaron que por temor a la guerra se había ido a Ekaterimburgo hasta que todo pasase.

Transcurrieron varios días hasta que llegó el 27 de febrero de 1917. Tal y como estaba previsto la Duma se reunió. La situación era muy tensa. La policía no hacía más que amenazar a todo aquel que tuviese la intención de manifestarse o perjudicar la reunión.

Tal y como le habían informado, más de sesenta fábricas se declararon en huelga y la gente se dirigió hacia la Nevski Prospekt a manifestarse. En la gran avenida se encontraron con los estudiantes que habían salido desde la Universidad y todos caminaron en dirección a la Plaza del Palacio cantando himnos y canciones revolucionarias.

La policía amenazó insistentemente y en muchos momentos pareció que el drama estaba servido.

Volodia y Alfredo se movían cerca de la cabeza de la manifestación e iban fotografiando a la gente. Por su parte Alfredo, en su ruso todavía bastante básico, iba preguntando a los manifestantes y haciendo lo que podríamos entender como *pseudoentrevistas*^ los manifestantes.

Finalmente, la manifestación acabó por disolverse sin que la policía disparase ni una sola vez. La gente estaba contenta. No se sabía de dónde había salido el Vodka de baja calidad que corría de boca en boca y todos celebraban su pequeña victoria sobre las autoridades.

Volodia que se había apartado haciendo fotos, se presentó con dos amigas donde estaba Alfredo y le invitaron a casa de una de ellas a seguir celebrando la fiesta. Alfredo dijo que no iba pero que Volodia fuese tranquilo. Se lo había ganado, a fin de cuentas aquella gente era el pueblo al que pertenecía su compañero.

Alfredo cogió la cámara de fotos de su colega y se fue hacia el hotel.

Estuvo trabajando en el artículo. Después de unas cuantas horas haciendo y rehaciendo el texto, ya rendido, dio por acabado el trabajo y lo dejó en la mesa de la habitación.

Por la mañana llegó Volodia con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Has pasado toda la noche fuera? —preguntó Alfredo con picardía.

—Acabo de llegar —dijo Volodia con una sonrisa de satisfacción.

—¡Qué canalla! —río Alfredo—. Menos mal que hoy no tenemos mucha cosa para hacer y te podrás quedar descansando.

—Ni hablar —dijo Volodia— déjame que me lave un poco, me cambio de ropa y nos vamos a desayunar.

Salieron de la habitación y se dirigieron a la taberna donde ya les esperaban para tomar la primera comida del día. Alfredo había podido comprobar que sus fuentes eran muy de fiar y que todo lo que le habían dicho

que pasaría, pasó tal y como le dijeron. Él escribió sus artículos dando énfasis a los aspectos que le habían dicho que interesaba transmitir. Todo había salido bien.

No había querido irse con Volodia la tarde anterior. No se podía quitar a María de la cabeza. Sabía que el sexo podía ser una necesidad biológica pero no quería ensuciar su enamoramiento con una aventura, aunque se tratase solo de algo esporádico. Pensó que cada uno era como era y él era un romántico.

Alfredo había sido educado en una sociedad con unas restricciones morales que él había relajado pero que seguían presentes en su subconsciente y en su forma de ser.

Era curiosa la forma en que las religiones prohibían o se relacionaban con el sexo pero que paradójicamente eran más tolerantes en cuanto a la violencia entre los seres humanos. A lo largo de la historia las iglesias, y no solo la católica habían sido en bastantes casos muy sanguinarias. Esa manera de pensar se había trasladado a los individuos a lo largo de generaciones.

Pasaron el día andando por la ciudad de un lugar a otro haciendo fotos.

Alfredo tomaba notas de los edificios y de lo que iba hablando con la gente. Su ruso, aunque bastante imperfecto, era muy difícil de aprender, iba mejorando poco a poco. Ahora ya se expresaba bien y podía comunicarse sin demasiados problemas.

Le costaba un poco más leerlo debido a la diferencia en el alfabeto. Era como aprender dos idiomas. Uno de ellos era el que consistía en las palabras y sus significados y otro era el que se correspondía con la ortografía y su lectura.

Además, había un tercer factor que era como ligaba todo entre sí.

De todas formas, la práctica le hacía aprender más rápido que ninguna otra cosa. También era fundamental la ayuda de Volodia que no se cansaba de explicar el significado de las cosas, como se escribían y como debían pronunciarse correctamente. Los conocimientos de historia de Volodia y su nivel académico también resultaron muy útiles. No sin hacerle broma Volodia le decía que la mejor manera de aprender un idioma era yéndose a la cama con mujeres que lo supiesen hablar.

No utilizaban nunca el alemán. Alfredo cuando tenía que hablar con Volodia lo hacía en español. Volodia decía que él también estaba aprendiendo mucho del idioma que conocía rudimentariamente y de los tiempos en que había estudiado. Recordaba haber leído el Quijote, libro bien conocido en Rusia. Lo había leído primero, en su juventud, en ruso y luego en su época de estudiante en español.

Alfredo reía, porque le explicaba que no sabía quién le había dejado el libro pero que por lo que él sabía del español hoy en día los españoles no hablaban así. Claro está que Alfredo había aprendido español en Andalucía y hablaba con un acento muy particular.

Así fueron pasando el día. Cuando llegaron a la habitación ya no estaban ni el artículo ni la placa de las fotos que había tomado Volodia. Había un letrero que decía en catalán: *Bona feina*. Alfredo entendió que lo había escrito Nuria Vega. También encontró una nota donde figuraba una estrella de David dibujada y la fecha 4 de marzo del calendario gregoriano. El mensaje era claro, tenía que estar el día 4 de marzo en la Sinagoga. Entendió que a la misma hora que la vez anterior.

Decidió que se iba a tomar con mucha calma el tiempo que quedaba hasta la próxima cita. Aquella tarde se sentaron ambos ante el escritorio y estuvieron practicando ejercicios escritos en ruso. Volodia también le estuvo enseñando a conjugar correctamente los verbos, pero la mayor parte del tiempo la dedicaron a la caligrafía. Era hora de que Alfredo pudiese leer correctamente los letreros que había por todos los sitios.

La relación entre los dos era buena y estaba surgiendo una verdadera amistad, en parte basada en que se necesitaban mutuamente pero también en que se complementaban bastante bien. Ninguno de los dos a lo largo de sus vidas había tenido demasiado tiempo para dedicar a cultivar una relación de aquel tipo con otro ser humano así que era algo relativamente nuevo para ambos.

CAPÍTULO lO

GUADALVALLE. HISTORIAS DE JUAN Y DE ANA

Hacía mucho tiempo que Juan quería meterse en política. Anteriormente tenía que dedicar todos sus esfuerzos a la herrería y a su familia, pero ahora todo estaba mucho más consolidado y empezaba a tener tiempo suficiente como para dedicarse a ello.

La Herrería funcionaba bien, había suficiente trabajo solo con los animales. Con las rejas también había tenido éxito. Funcionaban por pedidos.

Tenían dibujos que había hecho Lola y cuando alguien hacía un encargo lo preparaban. Cuando eso pasaba contrataba a un aprendiz que se dedicase al herraje de los animales y él se dedicaba a retorcer hierros, como decía bromeando.

Había conseguido ganar suficiente dinero como para liquidar todas las deudas de los primeros tiempos.

A toda la familia también le había liberado bastante la llegada de Ana.

Cuando Lola se fue a Madrid la joven llegó al pueblo. Juan casi no había convivido con ella ya que siendo una de sus hermanas menores, cuando empezó a gatear, él ya estaba a punto de marcharse de casa.

La muchacha se vio mucho más libre que en la ciudad. Bajo el control de su hermano, mucho más relajado que el de sus padres y siempre rodeada de niños, no quiso ni oír hablar de volver a su casa cuando Lola regresó de Madrid.

A Lola también le pareció bien que se quedase. Le era muy útil tenerla controlando a los pequeños. Eso le daba bastante tiempo libre y podía mariposear de exposición en exposición a su antojo. Al principio solo iba a Málaga, pero poco a poco fue ampliando el territorio viajando a Sevilla y Madrid de vez en cuando. En una ocasión junto con Judith, su amiga madrileña se había ido hasta Barcelona coincidiendo con algún viaje a la

ciudad de Picasso. Era muy fácil que el tema saliese en cualquier conversación hasta el punto en que Juan llegó a estar celoso.

La relación entre Ana y Lola era muy buena. A Lola le gustaba la joven alocada y contestona que era su cuñada. Ella le consentía y le daba total libertad y a cambio Ana le cuidaba a sus hijos, estaba por ellos, controlaba que fuesen al colegio, jugaba con ellos, les cuidaba si se ponían enfermos y los niños estaban encantados con su tía. Ana a cambio se mantenía lejos de la ciudad y sabía que mientras todo funcionase de aquella manera ella seguiría en el pueblo.

Que Lola estuviese bien, implicaba que la relación con su marido también era satisfactoria para ambos, así que Juan también se había convertido en un ferviente defensor de la permanencia en el pueblo de su hermana.

Los tres niños. José, Margarita y Remedios. El niño tenía doce años y estudiaba en una escuela privada cercana. Las niñas de nueve y cuatro años iban a la escuela del pueblo. Ana se encargaba básicamente de las dos niñas ya que el niño empezaba a ser mayor. De la compra, de la casa y de mantenerlos a todos unidos y en paz.

Los niños la querían con locura. Para ellos lo que ella hacía era casi mágico. Excéntrica como ella misma, alegre, imprevisible y muy libre en su forma de actuar, ejercía sobre todos ellos una gran atracción. Los niños de Aquilina, también pasaban todo el tiempo que podían con Ana y también los amiguitos de todos. Allá donde fuese siempre estaba rodeada por un montón de criaturas.

El mejor momento del día era la merienda. Les podía hacer galletas, churros a media tarde o cualquier otra cosa, pero cuando realmente se hacía cola a su alrededor era cuando repartía grosella con leche fría.

Nadie sabía de dónde sacaba tanta imaginación. Cuando jugaba con los niños, también se ponía a su altura. Era capaz de entrar en guerras de limones.

Los árboles en temporada estaban tan cargados que los niños hacían guerras con los que caían al suelo. También era capaz de subirse a los árboles para esconderse.

La paz en el hogar sumado al correcto funcionamiento en la herrería hizo que Juan decidiese que aquel era el momento de empezar a meterse en temas de política.

Simpatizaba con el Partido Liberal-Conservador. En aquel momento el partido se encontraba dividido entre los seguidores de Dato y los seguidores de Maura. Juan prefería los planteamientos de Dato que había llegado al gobierno en 1917.

A pesar de todo, no era anti-Maura como mucha otra gente que pensaba como él. Simplemente le parecía que Dato respondía mejor a las necesidades conservadoras en aquellos días.

Se había afiliado al partido en el año 1916, precisamente el año en que por las disputas entre ellos (mauristas y datistas) habían perdido las elecciones, pero los gobiernos eran tan inestables y duraban tan poco que al cabo de unos meses Dato volvía a la presidencia.

En Guadalvalle, por aquellos días el ambiente estaba bastante calmado sobre todo en comparación con otros lugares del país. Allí todos convivían con tolerancia y no había tensiones por razón de ideología.

Era habitual que se encontrasen todos en la cantina del pueblo y allí debatían y discutían la actualidad del momento. Las discusiones en alguna ocasión podían llegar a ser más o menos acaloradas pero la sangre nunca llegaba al río. Muchos de los habitantes se habían alineado claramente con un partido o con otro y todos más o menos sabían cómo pensaban los demás. Es posible que por eso todos hablasen con prudencia cuando había delante gente de otras tendencias.

El tema que destacaba en las portadas de los diarios en los últimos tiempos era la ocupación del Rif. España estaba oficialmente en guerra aunque para desplegarse por aquel territorio se daban tan solo pequeñas escaramuzas y no parecía que tuviese que haber ninguna crisis ni derrota compleja de asimilar. Mejor así ya que todo el mundo tenía muy fresco en la memoria la semana trágica de Barcelona y la represión que había seguido como consecuencia. Esta represión dirigida por Maura, que entonces era presidente del gobierno, era una de las razones que hacían que Juan se decantara por Dato que era el oponente en el partido.

El partido conservador en Guadalvalle y la comarca estaba compuesto básicamente por miembros de las familias más bien situadas de la zona. Los que eran básicamente conservadores. En los últimos tiempos también se habían afiliado algunos pequeños burgueses. Gente que tenía sus propios negocios. Su cuñado Antonio también estaba afiliado, aunque estaba mucho menos implicado en esos temas que él. De hecho, se había afiliado porque Juan le hablaba tan insistentemente que no pudo más que rendirse. Las ideas conservadoras también encajaban con la ideología de Antonio, aunque él tenía mucho menos interés en la política y más en la industria y la economía en general.

Al final toda la actividad política no dejaba de ser la excusa perfecta para reunirse grupos de hombres y discutir sobre temas de actualidad. Las mujeres

estaban apartadas de estas cuestiones. Faltaban muchos años para que pudiesen llegar a ser elegidas como diputadas.

En este entorno sexista transcurrían muchas de las tardes de Juan, cuando acababa en la herrería. Por aquel tiempo hubo un congreso provincial del partido en Málaga y estaban invitados a asistir todos los afiliados al partido. El congreso iba a durar tres días y sería en el mes de octubre. Cada congresista tenía que hacerse su reserva en el hotel donde se iba a celebrar el congreso y todos los gastos corrían por su cuenta. Juan pensó que a pesar de que le iba a costar un dinero valía la pena ir. Le propuso a su cuñado que le acompañase, pero él no podía abandonar tan fácilmente su trabajo, en realidad tampoco quería. En realidad, Juan buscaba distraerlo de su aventura argentina que le tenía tan preocupado, pero él no se dejaba ayudar.

Cuando explicó a Lola lo del congreso a ella le pareció perfecto. Ella quería aprovechar aquellos días para irse con su hermana Aquilina, Ana y todos los niños a la casa que la familia tenía en las cercanías de Ronda que estaba al cuidado de un encargado del mantenimiento que tenía empleado su hermano Ramón.

Cuando murieron los padres de la familia Maura, Ramón se hizo cargo de la herencia de los hermanos. Jesús, que vivía en Cuba y que tenía su propia fortuna delegó todo en su hermano. Lola y Aquilina hicieron lo mismo.

Aquilina se reservó el uso de la vivienda familiar porque ya estaban allí, pero fue lo único que recibió directamente. Ramón dirigía las propiedades y si alguien necesitaba ayuda y estaba en su mano la daba.

Afortunadamente para las dos hermanas sus maridos tenían sus propios recursos y podían prescindir de la herencia familiar y vivir como habían vivido siempre.

Juan llegó a Málaga un día antes de que empezase el congreso.

Aprovechó aquel día para alojarse en casa de su familia. Tanto sus padres como sus hermanos estaban contentos de tenerlo en casa.

Pasó el día con José y Marta. Su hermana le estuvo preguntando por Ana y por lo que ella le contaba en sus cartas. El niño tampoco se separó de él en todo el día y le preguntaba cuando se lo iba a llevar a él también.

Cuando acabaron de cenar, Juan propuso a María dar un paseo para rebajar la cena, especialmente abundante que había preparado Josefina, la mujer debía pensar que su hijo no estaba bien alimentado y por eso le preparó de todo lo que sabía que le gustaba.

La mujer se había pasado la tarde preparando una fritura de pescado para un regimiento. Pasó horas limpiando boquerones, salmonetes, calamarcitos,

jureles… y todo tipo de pescado pequeño que se pudiese servir en la mesa.

Además, para el primer plato había preparado Ajo Blanco a base de Almendras picadas, ajo y migas de pan.

Después de ese banquete era más una necesidad que una excusa el poder salir a la calle a dar un paseo, sobre todo si en poco rato se iban a ir a dormir.

José insistió en que quería acompañarlos, pero tanto Josefina como Juan-padre entendieron que a los dos hermanos les podría ir bien pasear un rato y hablar de sus cosas sin que el niño estuviese revoloteando y preguntando sin parar.

Andaban distraídamente por el paseo marítimo con paso lento mientras hablaban de sus cosas. Juan le explicó a María, que la llegada de Ana había sido una solución a sus problemas familiares. Lola se había ahogado con los niños, el trabajo de casa y sin tener nada de tiempo para ella misma. Su mujer era muy moderna para su época, al menos eso decía. Ana, le quitaba trabajo con los niños y le daba espacio para que se dedicase al arte o a lo que quisiese. Como consecuencia ella estaba de mejor humor y esto se traducía en un mejor ambiente familiar.

Por su parte María le habló de Alfredo, de que lo añoraba a todas horas y que no saber cuándo iba a acabar el destierro que se le había impuesto no hacía más que tener su vida parada sin avanzar ni retroceder y esperando a que pasase algo que permitiese que todo se volviese a mover.

—He llegado a pensar en ir a Berlín —dijo María.

—¿Estás segura? —preguntó Juan alarmado por lo inseguro que le parecía aquel viaje—. No habiendo salido nunca de Málaga me parece muy arriesgado que te vayas sola a tantos quilómetros. Ya no te hablo de la guerra.

—La verdad es que poco a poco me he quitado la idea de la cabeza. No llegué ni a decírselo a Alfredo.

—Yo creo que no es buena idea —dijo Juan— es muy peligroso.

—Aquel hombre que Lola nos presentó en el museo conocía el país y también me lo desaconsejó. Me explicó que empezaban a tener racionamiento.

—Eso he leído —dijo Juan— por lo visto empieza a faltarles algunos productos básicos.

Juan la cogió por los hombros.

—No entiendo porque lo retienen. Ya lleva bastante tiempo allí —dijo María apoyando la cabeza.

—Habéis tenido mala suerte —dijo Juan— espero que pronto le dejen volver y entonces podáis volver a tener una relación normal.

—Eso espero yo también —dijo María— aunque el tiempo va pasando.

—No me gustaría que te enfadases, pero ¿has pensado en la posibilidad de dejarlo? —preguntó Juan.

—No, Juan —dijo María— ni se me ha pasado por la cabeza.

—No te enfades conmigo, te pregunto porque te veo sufrir y me duele.

—No te preocupes, no me enfado. Es lógico lo que me dices, pero estoy muy enamorada de él. No creo que ningún otro hombre me interese ni la mitad que Alfredo.

—Entonces haces bien esperándolo —dijo Juan mirándola y sonriendo.

—Lo último es que lo envían a Rusia —dijo ella.

—¿A Rusia? —preguntó Juan extrañado— y ¿para qué?

—No me lo ha podido explicar. Nuestras cartas están censuradas. Solo sé que son seis meses y que le han prometido que después le dejarían volver.

—Vaya —dijo Juan— pues espero que pasen pronto —no quiso comentarle a su hermana lo peligrosa que era la situación allí en aquellos momentos y el riesgo de revolución que había, por no hablar de la guerra con Alemania.

Siguieron andando y comentando sobre la próxima boda de Marta con Gerardo y su traslado a casa de los suegros en Coín. María se iba a quedar sola con sus padres y su hermano menor. Juan le explicaba que los veía cada vez mayores y que sobre todo su padre le empezaba a preocupar.

María decidió cambiar de tema,

—Explícame cómo es eso de que estés con los conservadores —dijo ella intrigada.

—Ya sabes que hacía tiempo que me quería meter en política. Hay que mejorar el país y para eso hay que comprometerse —dijo él.

—Pero los conservadores están divididos entre ellos mismos —respondió ella.

—Tienes razón, pero su ideología es la que más se parece a mi forma de pensar.

—Tú ya sabes que mis ideas políticas son diferentes —dijo María.

—Es natural, sobre todo por el mundo en que te mueves. Es igual de natural que el que yo sea conservador, también por el mundo en que me muevo.

—Me gusta que estés haciendo lo que quieres hacer —dijo María—. La verdad es que la vida debería ser mucho más que trabajar, criar niños y morirse después, como les está pasando a Papá y Mamá.

—Hasta que no entré en estos temas —le respondió Juan— yo pensaba que necesitaba un espacio para mí, pero no encontraba claramente que era lo que quería hacer. Fíjate que curioso, me pasaba igual que a Lola, no sé por qué no la entendía —ambos rieron— ya ves tanto pensar que la pobre era una consentida y resulta que yo también lo soy.

—De todas formas, yo debo reconocerte algo que aún no le he contado a nadie y que prefiero no explicar ya que me parece que no les va a gustar a nuestros padres —dijo María.

Juan paró de andar y miró a su hermana animándola a seguir.

—La verdad —siguió María— es que yo no me he afiliado a ningún partido ni tengo ninguna intención de hacerlo, pero por el entorno en el que me muevo y por la realidad que viven mis alumnos, pienso que estoy mucho más próxima al partido Socialista que al conservador. Eso no quiere decir que me vaya a afiliar al PSOE, ni a meterme en temas políticos, pero sí que buena parte de mi trabajo tiene un componente social que está mucho mejor representado en las ideas socialistas. Además, algo he leído de algún autor extranjero de esa ideología que me ha gustado mucho.

—Entiendo perfectamente que en tu posición laboral y en el entorno en que te mueves sea mucho más próximo a ti el partido socialista —dijo Juan —. Yo creo que no hay ningún problema en que cada uno tenga sus ideas y que esas ideas sean diferentes. Vivimos en una sociedad democrática y tendríamos que empezar a entender que en España hay muchas maneras de ver las cosas y no una única y que todas son buenas en la medida en que quieren lo mejor para el país —a continuación, bromeando con ella le dijo— yo te voy a querer igual.

—El problema es definir qué es lo mejor —dijo María sonriendo por el último comentario de Juan.

—Sí y también saber si lo mejor es lo mejor para todos o solo para unos cuantos —respondió Juan.

—Me gustaría que no le contases a nadie lo que te he dicho sobre lo que pienso en política —dijo María—. No creo que a Papá le guste mucho y tampoco es tan importante como para abrir ahora un debate familiar, ni para darle un disgusto.

—No te preocupes —dijo Juan—. Si quieres que te diga la verdad en casa pasa algo parecido. Sin estar afiliada a ningún partido y a pesar de que es una mujer que proviene de una familia aposentada, Lola también tiene más simpatías hacia las ideas de izquierdas que hacia las de derecha. Supongo que eso es por su relación con la gente del mundo del arte y por sus viajes a

Madrid y Sevilla. Se ha ido relacionando con la izquierda burguesa del *artísteo* y de las grandes ciudades.

—No sé por qué, pero ya me había dado cuenta de que Lola estaba más a la izquierda que a la derecha —dijo María.

—Bueno hermanita —le dijo Juan con ironía— sea como sea después del fracaso de la huelga general que montaron los sindicatos en agosto y que en Málaga casi ni se notó, no creo que tus amigos socialistas sean un peligro más que para ellos mismos. Con todo lo que está cayendo entre las Juntas Militares y los movimientos separatistas en el norte, la huelga no ha dejado de ser una anécdota.

A María le gustó la reacción de su hermano. Hacía ya un tiempo que pensaba que quería hablarlo con él, pero no era fácil encontrar el momento y la privacidad para conversar. Ella sabía que Juan era conservador, pero lo conocía muy bien como para estar segura de que era una persona que toleraba muy bien las opiniones opuestas.

Al día siguiente Juan se trasladó al hotel donde tenía su reserva y acudió a las sesiones que se sucedieron durante los tres días previstos en el programa.

Los asistentes eran numerosos y había bastantes personajes provinciales conocidos y que ocupaban cargos relevantes, tanto en el congreso de los diputados, como en algunos ayuntamientos.

Se debatió ampliamente sobre la creación por parte de Dato de las Juntas Militares. UGT y CNT habían animado a la huelga general revolucionaria y la respuesta por parte del gobierno fue crear estas juntas encargadas de reprimir los levantamientos habidos en algunas ciudades durante el mes de Agosto. En general la mayoría de los asistentes apoyaron a Dato, aunque hubo alguna voz que discrepó ya que pensaba que era dar mucho poder a los militares.

Por otro lado, también se debatió ampliamente sobre la Asamblea de Parlamentarios que se reunió en Barcelona de carácter nacionalista y que podía evolucionar hacia algún intento de separación de Cataluña del resto del estado.

Por su parte hubo voces partidarias de crear un equivalente en Andalucía.

Entendían que era una manera de defender los intereses de la región en el marco del país. En este tema había dos tendencias, los partidarios de mantener todo como estaba, que eran una mayoría, y los partidarios de evolucionar siguiendo los pasos que se estaban dando en Cataluña. Estos últimos era una minoría muy beligerante.

Por último, se habló también sobre el Rif. La verdad es que Juan no participó muy activamente en ninguna de las ponencias. Para él era un mundo

nuevo al que llegaba sin ninguna experiencia previa ni ninguna tradición familiar ni ninguna referencia aplicable. Por otro lado, allí había gente muy bien preparada en el mundo del derecho principalmente y que sabían defender perfectamente sus posiciones además de contar con una cultura mucho mayor que el resto de participantes que venían en parte de los pueblos de la provincia, entre ellos él mismo.

Aquellos días le sirvieron para establecer contactos con gente del partido, intercambiar direcciones y la posibilidad de reunirse posteriormente. Volvió a Guadalvalle con la cabeza llena de ideas y de pensamientos que para poder ordenarlos correctamente decidió escribir. Le costaba entender lo que estaba pasando en el mundo, tanto en España como en el resto de países. A pesar de tener una democracia vivían con la amenaza constante de los militares.

Además, a su alrededor había una guerra. Las naciones, teóricamente más avanzadas de Europa habían decidido dejar el diálogo y la negociación y se habían enfrascado en una guerra bestial. El diálogo tendría que haber sido suficiente para evitar estos conflictos.

Por otro lado, estaban los trabajadores que eran una auténtica clase social cada vez más potente y que les gustase o no podían paralizar el país. Lo habían hecho ya en Rusia en enero de 1905.

El mundo cambiaba muy rápido y estaba convencido que después de la guerra europea todo iba a ser muy diferente para todos.

Su mente se dirigió hacia lo que María le había explicado sobre que Alfredo había sido enviado a Rusia. No había entendido muy bien cuál era el trasfondo de la cuestión. Le había parecido que todo aquello tenía un cierto tufo a temas relacionados con el espionaje, pero no se acababa de imaginar cómo había ido a parar a esos ámbitos el novio de su hermana.

María había tenido la mala suerte de enamorarse de quién no debía, y no se refería al pobre Alfredo, que parecía buena persona sino a las circunstancias que habían envuelto todo el romance.

Desde su punto de vista, entendía que para vivir una vida completa era importante tener hijos y que para eso había que enamorarse antes, pero la pobre María había ido a dar con un amor que cada vez le parecía más imposible. Era un amor muy romántico y que en pleno momento de esplendor se había visto boicoteado por las circunstancias. Ambos habían quedado separados por una guerra y un montón de kilómetros.

Francamente habían tenido muy mala suerte. Además, ahora aún se había ido más lejos. A este paso el pobre hombre acabaría en Siberia. A Juan le había caído muy bien Alfredo las contadas ocasiones en que se habían visto.

Habían conversado y Alfredo le había explicado todas las historias de su vida en Alemania y las circunstancias que hicieron que tuviese que huir. Su llegada a Málaga, cómo había conocido a su hermana y cuáles eran sus intenciones.

Tenía la misma edad que María así que se llevaba pocos años con él. Hasta la propia Lola había quedado prendada de los encantos de aquel joven.

Pensó en la posibilidad de comprarse un vehículo. Entre las clases mejor situadas solía ser frecuente que los traslados, sobre todo de los varones, fuesen en caballos, pero muchos de ellos, que tenían niveles de renta más altos que la media, habían pasado a moverse en vehículos. Entre ellos estaba su cuñado que se había quedado con el *Oldsmobiláe*. su suegro. En realidad, nadie había prestado mucho interés en aquel chisme. Él mismo prefería pedirle a su cuñado que lo llevase a algún sitio si es que lo necesitaba antes que conducirlo él directamente, entre otras cosas porque se habría estrellado en menos de cien metros contra el primer árbol que se le hubiese puesto delante.

Podía pedirle a Antonio que le enseñase a conducir con el coche de su suegro. Seguro que no tendría ningún problema. A propósito, le vino a la cabeza, y le hizo reír hasta el punto en que tuvo que parar de escribir, que aquella torpeza conduciendo podría tener un origen familiar. Se acordó de un día que Antonio y él fueron a buscar a Ana a la estación, que estaba un poco apartada de la zona del pueblo donde vivían. Cuando iban, Antonio le intentó explicar cómo funcionaba el coche y ya estuvieron a punto de estrellarse así que finalmente se puso su cuñado al volante.

Ana regresaba de Málaga. Juan no se acordaba de a qué asunto había ido, pero habían quedado que la irían a buscar. El tren llegó con retraso como siempre. Cuando volvían, el coche se paró en mitad del campo. En principio no había ninguna razón aparente. El vehículo ya tenía unos años, pero normalmente funcionaba bien y no daba problemas. Los dos bajaron del coche mientras Ana continuó sentada porque venía muy cansada del viaje.

Abrieron el capó y estuvieron mirando qué había pasado. La verdad es que no entendían demasiado, pero se limitaron a dejarlo un rato abierto por si se había calentado y esperaron que se enfriase un poco. Cuando probaron a arrancarlo el motor reaccionó correctamente y el vehículo se puso en marcha.

Justo en ese mismo momento y con los espasmos que daba el vehículo saltó el freno de mano y como estaban en pendiente el coche se puso en movimiento. Los dos hombres tuvieron el tiempo justo de saltar instintivamente a un lado y el coche pasó sin conductor por delante de ellos.

Ana estaba medio dormida, pero en unos segundos se dio cuenta que se estaba moviendo y que iba sola en el coche. De repente se le pasó el sueño y abrió unos ojos como platos. El coche iba sin control. Solo. Afortunadamente la pendiente no era muy pronunciada. La velocidad parecía que era enorme a los ojos de Ana, pero en realidad el coche iba lento. El pánico se apoderó de ella y empezó a gritar como una desesperada. Los dos hombres corrían detrás del vehículo para intentar subirse en marcha y poder tirar del freno de mano, pero ninguno de los dos llegaba a la altura de la puerta para poder saltar dentro.

—Socorro, me voy a matar. Ay Dios mío, maldito trasto —gritaba Ana desesperada.

—¡Salta! —le gritaba Antonio— no te harás daño, no va tan rápido como te parece.

—Si no va tan rápido porque no te subes —preguntaba la joven con toda la lógica.

—Salta niña —le decía Juan, ahogándose por la carrera.

—Salta tú —le respondía ella enloquecida— tú lo que quieres es que me mate.

De pronto, la rueda delantera del coche chocó contra una piedra y Ana saltó del coche por una de las puertas abiertas.

Cayó de pie y corrió unos metros sin control llevada por la inercia hasta que fue a parar al suelo. El porrazo no fue demasiado fuerte y en unos segundos los dos hombres llegaron a su altura. El resultado fue una astilla clavada —no se sabe cómo— y una torcedura que le duró unos días.

Al coche no le pasó nada grave. Cuando acabó la ligera pendiente y la carretera se volvió llana por sí mismo se paró.

Tuvieron que arrastrarla dentro del coche para que volviese a subir. Ella se quejaba y les trataba de asesinos por haberla dejado allí sola.

Afortunadamente ninguno de los dos se la tomó muy en serio.

Todo el trayecto hasta el pueblo tuvieron que soportarla. Cuando finalmente llegaron la llevaron directamente al médico. Aquello sí que fue el remate de la aventura.

Ana tenía pavor a los médicos. Solo de saber que tenía que ir se ponía enferma. De hecho, cuando se levantó del suelo intentó caminar con normalidad, pero no pudo disimular la cojera. Además, el vestido se le había rajado y estaba toda manchada de tierra. Era bastante cómico. A Juan cuando se le pasó el susto le dio por reír e igual a Antonio cuando vio que el coche estaba bien.

Ana amenazó con que se volvería a Málaga, con qué le diría a Lola que su hermano tenía una amante —mentira al menos hasta donde ella podía saber— y con todo lo que se le pasó por la cabeza para conseguir que no la llevasen al médico. Estaba aterrada.

Cuando el médico la atendía y ya le había curado el tobillo, que en definitiva no había sido más que vendarlo y tenerlo unos días así, pasó al tema de la astilla.

Los gritos se oían desde todos los rincones del pueblo y lo pudieron constatar un buen día que una vecina le dijo a Lola:

—Mira, Lola, con el vocabulario que tiene tu cuñada yo no sé si la dejaría mucho estar con los niños.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Lola extrañada.

—Hombre, una cosa es que cuando el médico te haga daño te quejes, pero otra es que le insultes. Tu cuñada le dijo barbaridades que se oían desde la calle.

—No será para tanto.

—No me digas eso que hasta le pegó un par de guantazos al pobre hombre que tan solo la estaba curando.

A Lola, que se lo imaginó, le dio por reír y la vecina al final se fue enfadada con ella. Ana al principio de llegar a Guadalvalle, no parecía tener mucho interés en ningún hombre de la zona. Había alguno que le gustaba más o menos pero no había ninguno en el que se hubiese fijado especialmente.

Tenía diecisiete años y aún tenía tiempo. Que Marta estuviese a punto para casarse le gustaba porque pensaba que para su hermana era bueno. Lo que no le parecía bien era que ahora habría alguien más importante para Marta que ella misma. De todas formas, Gerardo le había gustado mucho y se alegraba del compromiso.

El que a ella le gustaba de verdad era Alfredo. Por lo que recordaba era un buen mozo. A pesar de todo no le arrendaba la ganancia a su hermana María.

Tanto tiempo separados y con la situación tan difícil que estaban pasando.

Ana aún recordaba el drama del embarazo de María y lo mal que lo habían pasado todas. También había quedado muy sorprendida con la reacción de su madre. Ella lo había sabido casi desde el principio y se había limitado a esperar que su hija se lo dijese. Desde entonces la admiraba aún más. No había llegado a hablar de todo el asunto directamente con ella, pero María se lo había contado todo.

Estaba muy satisfecha de cómo había actuado y de lo valiente que había sido apoyándola de aquella manera. Se asustó muchísimo con la hemorragia

que tuvo al final. Fue una pena, aunque quien sabe si fue mejor para todos.

Desde aquel día María les había pasado a tratar a Marta y a ella como adultas y eso le gustaba. Juan aún la trataba como si fuese una niña y eso le daba rabia, menos mal que Lola y ella se entendían muy bien.

Fuese como fuese, Ana tomó nota de la angustia vivida y de las consecuencias de quedarse embarazada sin estar casada y concluyó que eso a ella no le iba a pasar. También comprendió mejor lo que debía haber pasado Lola y su hermano Juan cuando se tuvieron que casar corriendo porque a Lola se le empezaba a notar la barriga. Vaya familia la suya.

A pesar de todo Ana tenía curiosidad por el tema de los hombres y la verdad es que no era insensible a ellos. El problema es que se había puesto el listón muy alto y el panorama no era muy alentador. Muchos jóvenes o estaban ya con novia o bien estaban en el Rif o simplemente no le interesaban.

Había preguntado a Marta alguna vez si había tenido relaciones con Gerardo, pero ella aseguraba que no habían pasado de los besos. Ella también tenía muy presente el tema del embarazo de María y no quería verse en aquella situación. También tenía curiosidad, pero prefería esperarse. A María no le quería preguntar porque era recordarle a Alfredo y a Lola, si bien creía que tenía suficiente confianza con ella, solo de pensar que lo que le contase sería relacionado con su hermano le daba bastante reparo así que tampoco preguntaba.

Era bastante habitual que cuando iba por la calle algún que otro piropo le cayera, pero no prestaba demasiada atención. Su madre le había enseñado que no debía responder y eso es lo que hacía.

No entendía por qué. Si alguien te decía alguna cosa bonita y a ella le apetecía. ¿Por qué no podía ella también decirle algo agradable a quien había empezado, en respuesta?

Eran ese tipo de cosas las que ella no entendía y hacían que pareciese rebelde y extraña, pero en realidad ella se veía a sí misma como cualquier otra persona.

Más de una llamada de atención por parte de Juan le había costado pensar así. Lola decía que la entendía mejor que nadie y en alguna ocasión le había confesado que cuando le decían algo por la calle en Málaga —en el pueblo nadie se atrevía porque sabían que estaba casada— si el personaje en cuestión estaba bien a ella le podían entrar ganas de responderle. Como no podía ser se imaginaba lo que le diría si pudiese y con eso se conformaba.

A pesar de su forma de pensar, con el tiempo aparecieron un par de jóvenes que la rondaban. Uno de ellos era Manolo Garrido. Este era un joven un par de años mayor que ella. Era un chico muy trabajador. Su familia tenía algunas tierras y trabajaba en el campo. Tenía buen aspecto sin ser nada extraordinario. Moreno, alto y con bonitos ojos y una gran nariz que llamaba la atención de Ana. La ganó por su carácter. Era un buen hombre. Cuando estaba con él le pasaban los minutos como si fuesen segundos. Según Lola era el mejor partido.

Por otro lado, estaba Carlos Aparicio. Carlos era también un par de años mayor que ella y este sí que era un hombre guapo a los ojos de Ana. El problema era que no se divertía ni la mitad que con Manolo. Carlos era mucho más serio y menos divertido. La familia de Carlos también trabajaba el campo y en su caso tenían campos de limones. Estaban mejor situados que los Garrido.

Este era el candidato favorito de las niñas. Tanto de Margarita como de Maru y Carmen que no se perdían detalle de las aventuras de Ana y sus pretendientes.

Ana tonteaba con los dos, aunque no se los tomaba demasiado en serio a ninguno. Un día supo que Carlos y Manolo se habían liado a tortas y que la culpable era ella. Se lo explicó su sobrino José bastante afectado.

Tanto José —que era un poco más joven— como Carlos y Manolo eran del mismo grupo de amigos y se había enterado de primera mano. Él mismo estaba presente cuando pasó y sabía que se enfrentaban por su tía.

A Ana le dio pena que pudiesen perder la amistad entre los dos por su culpa, así que ni corta ni perezosa se vio con los dos a la vez. Cuando estuvieron los tres juntos les dijo que se había sabido que se habían peleado por ella.

Les explicó que a ella eso le había dado mucha rabia y que tenía la sensación de que la estaban presionando para que escogiese a uno de los dos como novio.

De momento ella no quería decidir. Los dos le gustaban, pero no estaba segura si quería salir con uno u otro o sencillamente con ninguno de los dos. Lo que sí que les prometió es que si decidía algo se lo diría a los dos, pero si otra vez se enteraba de que se habían vuelto a pelear, le habrían demostrado que como personas no valían lo suficiente y no volverían a verla.

El mensaje parece que quedó bastante claro y poco a poco los dos jóvenes acabaron recuperando su amistad. Era frecuente que saliesen a pasear los tres juntos. Los comentarios en el pueblo eran cada vez más alarmantes. La gente

no veía bien que aquella joven, que venía de la ciudad, se paseara con los dos chicos a la vez. A saber lo que debían hacer, empezaban a criticar algunas comadres del pueblo.

Tanto Aquilina como Lola defendían a capa y a espada a Ana y decían que la joven tenía derecho a hacer lo que quisiese. ¿Qué se había pensado la gente? De todas formas, los comentarios fueron cada vez a más y llegaron a los oídos de Juan.

Juan, alarmado, habló primero con su mujer que le dijo que lo mejor era no meterse. Defendió a su cuñada con el argumento de que Ana, bajo esa apariencia de loca estaba mejor de la cabeza que todos ellos, y como persona libre que era no convenía intentar limitarla.

Juan no lo veía claro, pero Lola le recordó los argumentos que él utilizó para que al final se tuviesen que casar como se casaron. Finalmente le convenció para que no se metiese, aunque Juan era muy consciente de que tenía un negocio de cara al público y no quería que las historias de su hermana afectasen a su empresa.

De alguna forma, quizás por las niñas, Ana alcanzó a enterarse de las inquietudes que estaban levantando sus relaciones con los dos jóvenes. Le costó mucho no volverse a Málaga. Estaba indignada con la gente del pueblo en general. Como decía su cuñada ella era un espíritu libre y no le gustaba que la gente opinase libremente sobre lo que hacía o dejaba de hacer. En Málaga también habría pasado lo mismo, pero con menos intensidad de lo que estaba pasando allí. A Ana, que a pesar del tiempo que llevaba allí, se había educado en una ciudad, le costaba entender que aquello era un pueblo y la gente se metía libremente en la vida de los demás.

Lola y ella hablaron un día sobre el asunto. Fue Ana quien sacó el tema.

Estaban las dos solas en la casa. Era una de aquellas extrañas ocasiones en que la vivienda no estaba llena de gente.

Ana le explicó a Lola que había oído parte de la conversación con su hermano y que no quería darle problemas. Lola le respondió que hasta aquel momento Ana había sido una solución y nunca un problema y que ella la entendía perfectamente. Estaba dispuesta a apoyarla y no debía hacer caso de los comentarios de la gente. A ella le habían criticado todo lo que les dio la gana cuando se quedó embarazada.

Hablaron largo rato sobre lo que sentía Ana por cada uno de los jóvenes y lo que le había disgustado la gente del pueblo metiéndose en sus asuntos.

Estaba decidida a claudicar. Acabaría decidiéndose por uno de los dos.

Lola intentó que no lo hiciese, a no ser que quisiese hacerlo. No quería que se precipitara en una elección importante y que a la larga acabase arrepintiéndose. Aquel era un tema importante y había que pensarlo bien, no se podía decidir a lo loco.

De todas formas, Ana había tomado una decisión e iba a actuar en consecuencia. Por delicadeza Lola no quiso preguntarle cual iba a ser su decisión. Al final de la charla se conformó con decirle que hiciese lo que hiciese podía contar plenamente con su apoyo pero que no quería que se sintiese en la obligación de decidir.

Ana pasó días y días dándole vueltas al tema. Llegó a irse a Málaga a pasar una semana con la familia. Aprovechó la ocasión para hablarlo largamente con Marta y al final hasta María, su madre y Doña Marujita estaban enteradas del tema.

Entre todas le dieron vueltas y vueltas. Eran cinco mujeres opinando y dando ideas. El tema lo llevaban entre ellas y ni al niño ni al padre le contaron nada. Ya les explicarían más adelante, si es que era necesario.

Finalmente, un buen día y sin que nadie tuviese claro cuál era la decisión, ya que cada una de ellas tenía sus propias hipótesis, Ana decidió que ya era momento de irse a Guadalvalle.

Todos quedaron en ascuas. Decidió quedar para ir a pasear con Carlos.

Ana le explicó cómo lo estaba pasando de mal y lo que le había costado decidirse, pero tenía claro que a ella él le gustaba mucho. Era una gran persona, atento, elegante y buena gente, pero no era la persona con la que quería pasar toda la vida. Sí que quería conservar siempre la amistad con él y quería que estuviese siempre cerca de ella pero no quería ser su novia.

Carlos lo entendió bastante bien y se comprometió a que aquello no estropearía su amistad. Podían ser amigos y el hecho de que ella se decidiese por su amigo Manuel hacía más fácil que pudiesen seguir siendo amigos. Por otro lado, se sintió aliviado ya que se acababa la rivalidad con su colega y posiblemente podrían recuperar la relación previa, de todas formas, todos habían esperado que llegase algún momento en que Ana se decidiese. Ahora ya podía dedicarse a galantear con otras jóvenes del pueblo, que por cierto no faltaban.

Al día siguiente repitió el paseo, pero esta vez con Manolo. Anduvieron un buen rato y parecía que no sabía a dónde iba a ir a parar aquella conversación desordenada y confusa que llevaba Ana. Carlos no le había dicho nada ya que Ana le había insistido que le guardase el secreto hasta que ella pudiese hablar con Manolo. Carlos había cumplido su palabra. En un

momento determinado Ana le dijo que había tomado una decisión y que finalmente prefería empezar a salir con él. Este fue el inicio del noviazgo de Ana con Manolo. La verdad es que toda la familia descansó. Por un lado, tanto Lola como Juan y hasta Aquilina pensaron que había hecho la mejor elección. Por otro lado, se callaron los comentarios de la gente que no tenía nada mejor que hacer y que se dedicaron a buscar otra vida que comentar entre todas las del pueblo, dejando libre a Ana.

La propia Marta fue a pasar dos días a Guadalvalle para enterarse que había decidido su hermana y conocer en persona al *elegido*. A Marta le gustó Manolo, era un hombre capaz de entenderse con Ana. Con Carlos no tuvo la sensación de que hubiese podido hacer feliz a su hermana, a pesar de que también le pareció un buen hombre, le faltaba la mano izquierda que se requería para llevarla. Manolo tenía suficiente de todo como para saber conducirla. Los niños de la familia cada vez eran mayores.

José, el preferido de Lola, que por aquel entonces tenía unos catorce años intentaba ayudar a su padre todo lo que podía. Cuando llegaba del colegio se iba directo a la herrería y allí intentaba colaborar. Al niño le gustaba el trabajo manual y ver como algo tan duro acababa convertido en algo mucho más blando que se podía manipular y dar forma.

Su padre le iba dando pequeños trabajos para que estuviese entretenido y además no perdiese el interés en el negocio familiar. Cualquier día podría necesitar que alguien de la familia le ayudase.

Por su parte Margarita, que tenía doce años también intentaba imitar a su hermano. Le gustaba mucho más la parte de trabajar el hierro que los dibujos que hacía su madre.

Siempre que podía estaba metida en la herrería detrás de su padre. Padre e hija tenían una relación muy especial. Compartían un carácter similar y aficiones parecidas. A los dos les gustaban los caballos y los animales en general.

Por su parte, Remedios que era aún muy pequeña y la verdad es que no mostraba mucho interés por la herrería. Iba todo el tiempo detrás de Ana que la consentía todo lo que le dejaban.

Cuando Ana llegaba los niños se iban con ella. Sabían que la diversión estaba asegurada. Era imprevisible y tampoco nadie se atrevía mucho a llevarle la contraria. Un buen día se le ocurrió llevárselos a la Panadería de Aquilina.

Allí estaban las niñas atendiendo. Era la época en que ya más mayores, las niñas se iban quedando, algún que otro rato, solas.

Normalmente Aquilina se quedaba o en la trastienda o cerca e iba controlando que todo funcionase bien. Aquel día estaba con fiebre alta y se había planteado no abrir, pero Ana le ofreció que si quería ella se quedaba al cargo.

Por la mañana atendió sola a la gente que iba entrando, mientras que por la tarde dejó a Maru y Carmen al cargo mientras ella iba a buscar a los niños de Lola.

Pasaron allí toda la tarde y Ana había aprovechado para hacer con los niños galletas con formas de cosas. La verdad es que se pasaron mucho rato haciendo las galletas, pero el resultado fue genial.

Además de que estaban buenas, a la gente le hacía mucha gracia.

Vendieron todo lo que hicieron y cuando se lo contaron a Aquilina, no se lo podía creer. A partir de entonces de tanto en tanto había algún día que repetían la operación y Ana pasaba la tarde con los niños modelando galletas que después iban al horno y se vendían.

La gente ya sabía cuál era el día.

CAPÍTULO 11

PETROGRADO. LA REVOLUCION

Los días pasaban sin mucha actividad. Volodia y Alfredo recorrieron el centro de Petrogrado en un sinfín de ocasiones hasta el punto en que Alfredo ya sabía situarse perfectamente y moverse por toda la zona. Así mismo el conocimiento del ruso de Alfredo mejoraba. Entendía casi todos los letreros y empezaba a hablar con una cierta soltura, de todas formas, seguía siendo un ruso básico el que utilizaba a pesar de que Volodia le ayudaba constantemente con el vocabulario y sobre todo con el acento.

Volodia, era un gran colega de aventuras. Personaje culto, alegre y astuto con buen apetito y buen gusto por la bebida y las mujeres, resultaba siempre una buena compañía. Intentó que Alfredo tuviese alguna relación de una noche durante aquellos días, pero nunca lo consiguió a pesar de que el ruso sabía cómo y dónde conseguir las mejores acompañantes de la ciudad. Los pocos ratos libres que había tenido en su época de estudiante los aprovechó para buscar los mejores lugares de diversión.

De vez en cuando Volodia desaparecía y pasaba parte de la noche fuera.

Solía volver alegre y con algún grado de alcohol encima. A pesar de eso no se veía afectado su rendimiento en el trabajo.

Aprovecharon hasta la siguiente cita en la Sinagoga para recorrer algunos lugares próximos a la gran metrópoli. Visitaron algunos pueblos cercanos como Kobona o Morje, en las orillas del lago Ladoga y pudieron comprobar cómo la situación era si cabía aún peor que en la capital. Recordaba un poco a lo que habían visto en Pskov el día antes de llegar, pero en un ambiente rural. Se hubiesen adentrado más en los pueblos de la zona, pero no podían alejarse mucho porque tenían que volver cada día al hotel. Lo contrario hubiese alarmado a todo lo que quedaba del cuerpo diplomático español.

Pudieron preparar algún reportaje más o menos interesante para enviar al Diario sobre la situación general de los alrededores rurales y de cómo

soportaban la terrible situación. No era habitual que los pocos redactores internacionales que se movían por aquellas tierras tratasen temas más allá de Petrogrado o Moscú, ciudades que concentraban la mayor parte de las noticias hasta el punto que para muchos de sus habitantes el resto de aquel inmenso país era casi inexistente.

La idea de visitar pequeños pueblos y hacer reportajes fue muy bien acogida por la redacción del diario. Con el paso de los días, Alfredo se preguntaba cuál debía ser la situación en otras regiones mucho más lejanas del enorme imperio. Imaginaba que la situación de la zona europea más o menos próxima a la frontera era mala pero quizás hacia el interior y sobre todo en la zona asiática mejoraba considerablemente. De hecho, le habían explicado en la cantina —en alguna de aquellas cenas de trastienda— que los parientes de Ofeliya, la esposa del cantinero, habían emigrado hacia el interior, en concreto a Novosibirsk y que las pocas noticias que les habían llegado eran buenas. Al menos no había guerra cercana y mejor o peor podían comer cada día y el hermano de Ofeliya había conseguido un puesto de trabajo en la construcción y mantenimiento del Transiberiano. De una forma u otra y sin descanso, los rusos llevaban mucho tiempo, siglos, colonizando un territorio inmenso con una población que aunque en número era importante no lo era tanto como para rellenar todas aquellas tierras prácticamente vacías. Además, la climatología era adversa hasta para ellos que estaban acostumbrados a temperaturas gélidas y permanentes y nevadas que tardaban meses en desaparecer.

No dejaba de ser una buena noticia de cara a pensar que quizás los rusos podrían vencer a los alemanes, aunque a Alfredo esto le planteaba problemas de carácter moral, ya que no olvidaba que en realidad él había nacido alemán y estaba trabajando en contra de lo que durante muchos años había sido su país.

El nacionalismo había sido parte importante en su educación a pesar de su origen hebreo. Sus hermanos, sobrinos y amigos de toda la vida eran alemanes y seguramente también lo estaban pasando bastante mal.

El conocimiento de Rusia, para los propios ciudadanos autóctonos, era limitado. Sabían del lugar donde vivían y tenían nociones y estereotipos del resto del imperio. En muchos aspectos los habitantes de Petrogrado, Moscú o Rostov se sentían mucho más próximos a polacos, ucranianos, serbios o checos que a los habitantes de Siberia y del extremo Oriente que eran parte de la misma unidad política y con los que compartían lenguaje y en la mayoría de ocasiones religión e historia.

Finalmente llegó el 4 de marzo. Baruch y Alfredo habían acordado utilizar la fecha gregoriana y no juliana que era la usada en el país. Alfredo se presentó a primera hora de la tarde en la gran Sinagoga. Saludó en la entrada y extrajo su *quipa* del bolsillo y se la colocó. Podía llevarla por la calle, pero las autoridades eran bastante antisemitas y no era necesario dar ninguna pista sobre su identidad. Convenía evitar riesgos innecesarios.

Al igual que la vez anterior, Volodia se quedó en los alrededores y no entró en la Sinagoga. Alfredo había insistido en que podía ir solo y que no tendría ningún problema, pero Volodia asumía perfectamente que era su responsabilidad y que no lo iba a dejar arriesgarse. No habían sabido detectar a nadie vigilándoles, pero eso no indicaba que realmente no estuviese pasando.

Alfredo se mostraba muy confiado, aunque Volodia tenía muchas dudas.

Alfredo se dirigió a un banco y adoptó una pose de concentración. Más como si estuviese analizando sus pensamientos o hablando directamente con Dios, que rezando.

Al cabo de unos minutos Baruch se sentó a su lado. No lo había visto ni oído llegar y cuando le habló se sobresaltó involuntariamente.

—Buenas tardes joven amigo. ¿Cómo le ha ido estos días por la ciudad? —preguntó Baruch sonriendo por el gesto que había hecho aquel joven.

—Buenas tardes —respondió también Alfredo un poco avergonzado por haberse asustado—. Me he dedicado a familiarizarme un poco con los habitantes de la ciudad, sus costumbres, su idioma y su situación. La verdad es que creo que he aprovechado bastante el tiempo. Además, nos hemos desplazado a las orillas del lago y hemos trabajado en un par de artículos sobre cómo se vive fuera de la ciudad. La situación es bastante alarmante, se captan fácilmente las calamidades por las que está pasando la gente. Francamente cada vez debe ser más difícil resistir. Las historias que no ocurren en las grandes ciudades difícilmente llegan a los diarios en occidente.

—Sin duda que debe ser interesante —respondió Baruch—. Sus conclusiones serán importantes. Además, los habitantes de la ciudad se alimentan de los productos que se obtienen en los alrededores. Seguro que el conocimiento del entorno le ayudará a la hora de analizar todo lo que pasa.

—Espero que sí y con esa intención lo hago, aunque realmente hemos pasado unos días tranquilos. Después de la manifestación que usted me anticipó no han pasado muchas cosas.

—Aparentemente no. Recuerde lo que le dijo la señora Vega, debe estar al tanto de lo evidente y de lo no evidente. Evidentemente no ha pasado gran

cosa, pero le puedo asegurar que sí que han pasado en el terreno que no está a la vista. Esa es la razón por la que nos estamos encontrando en el día de hoy.

—Disculpe Baruch —reconoció Alfredo—. Tiene toda la razón, he sido un mal observador. Es verdad que me avisaron de que querían todo tipo de información y yo me he limitado a lo que está a la vista. He descuidado otros aspectos. Lo lamento. Intentaré que no me vuelva a pasar —se excusó, aunque aún no entendía cómo podía ver lo que no estaba a la vista.

—No se preocupe amigo mío. Está haciendo muy bien su trabajo. De hecho, ha tenido la buena idea de desplazarse fuera de la ciudad para ver qué está pasando en el campo. El campo es muy importante para Petrogrado a no ser que nos queramos acabar comiendo las piedras. Tal y como le decía, es nuestro almacén de alimentos y si pasan por una mala situación tarde o temprano acabará repercutiendo de una forma u otra en nosotros. Además, ha hecho un par de reportajes interesantes que si no estoy mal informado ya están en Barcelona. Con todo ello quiero decir que a nuestros enemigos les estamos transmitiendo la sensación de que no está pasando nada grave y que la guerra va para largo. Rusia no va a salir de la guerra mañana ¿o sí? —dijo Baruch enigmáticamente.

—¿Saldrá? —respondió Alfredo a aquella pregunta con curiosidad y seguro de que Baruch tenía una respuesta más o menos elaborada.

—No me haga mucho caso —dijo Baruch pensativo— este viejo estúpido solo está jugando un poco con usted. Como le dije el primer día que nos vimos, Rusia está a punto de una revolución. Es inminente. Tenemos nuestras ideas sobre hacia donde se dirige el país, pero en realidad es como si un carro se desplazase por una pendiente sin ningún control. Es lógico pensar que bajaremos hasta que lleguemos al final de la pendiente, pero también puede ser que nos estrellemos con alguno de los márgenes del camino o que se nos atraviese una piedra, un tronco o cualquier otro objeto que nos haga saltar en pedazos. Todo es imprevisible.

—¿Ya hemos llegado a esa situación? —preguntó Alfredo alarmado.

—Aún no —contestó Baruch—. Digamos que hay unos individuos que están empujando nuestro carro hacia la pendiente. Están detrás del carro y por eso no ven cuando empieza la bajada, pero el carro ya desciende y aunque no estamos en plena bajada ya ha tomado inercia y no se le va a poder parar.

—Comprendo lo que me dice —dijo Alfredo muy preocupado—. Parece que lo mejor es no cruzarse en el camino del carro.

—No, amigo mío, nosotros estamos subidos en el carro —dijo Baruch sonriendo y mirando la expresión de Alfredo—. Además, la velocidad ahora

ya es considerable y no tenemos posibilidad de saltar en marcha. Nos mataríamos.

—Esto es muy preocupante —le dijo Alfredo que se daba cuenta que cada minuto que seguía en la ciudad estaba más atrapado dentro de ella—. ¿Cuál es mi papel? ¿Qué debo hacer?

—Durante estos días, tal y como le pedimos, usted ha transmitido la sensación de que no pasaba nada especial, a las autoridades españolas y por ende a las alemanas. Ahora ya no podemos continuar disimulando si queremos no perder credibilidad. Hay que explicar lo que está pasando y cuando empiece el movimiento deberá estar en medio de todos los líos y recoger toda la información que pueda. Ahora su vida sí que puede estar en peligro.

—¿Entonces, debo arriesgarme? —preguntó Alfredo inquieto.

—Solo lo necesario. Ya le dije que no le deseamos ningún mal y que intentaremos sacarle de cualquier lío, aunque no es seguro que siempre podamos hacerlo. Deseamos devolverle a Málaga sano y salvo.

Alfredo se quedó pensativo durante unos momentos.

—Veo que tiene dudas en todo esto —le dijo Baruch, mirándole a los ojos — es natural que sea así. Recuerde lo que le dijo Nuria, solo quedamos aquí los que somos prescindibles. De todas formas, los prescindibles estamos muy bien organizados así que no sufra. Esperemos que todo salga bien. Si cree que puedo ayudarle, ahora es el momento de que lo solicite.

—Sinceramente sí que es cierto que tengo dudas. Por un lado, tengo dudas morales ya que, en el fondo, aunque he perdido mi identidad como tal, soy alemán y estoy trabajando para los enemigos de Alemania. Sé perfectamente que no le debo nada a mi país después de los avatares de mi vida, pero en mi corazón sigue estando la duda o el sentido de culpa de si estoy haciendo lo correcto —explicó Alfredo.

—Entiendo esas dudas —dijo Baruch— pero en realidad, no pierda de vista que usted, igual que yo pertenecemos a una comunidad que en muchos aspectos ha sido marginada en los lugares donde vivimos. Es verdad que yo soy ruso y usted alemán, pero ni los rusos ni los alemanes han dejado nunca de vernos como extranjeros. Podríamos pensar que estamos al margen de los bandos. Somos todos unos apátridas. Si no fuese así seríamos todos unos traidores. Por otro lado, tenemos una red de contactos que ningún otro colectivo tiene en este momento. Eso nos da una ventaja y es que llevamos tanto tiempo siendo los débiles que al final hemos resultado ser fuertes. La única diferencia con rusos y alemanes es que, al haber sido maltratados a lo

largo de los siglos, hemos desarrollado un sentido especial de supervivencia que hace que sepamos identificar las posibles ventajas comparativas que tenemos frente a los otros e intentemos obtener el máximo beneficio de ellas. Tan solo es eso, una cuestión de supervivencia. Nada más.

—Tiene razón, y eso es más o menos, con mis ideas y mi forma de ver las cosas, lo que yo me voy planteando —dijo Alfredo—. Por otro lado ¿qué tenemos que ver los judíos en todo esto y qué ganamos o perdemos? Si realmente no nos interesa. ¿Por qué nos metemos?

—Bueno —dijo Baruch concentrándose en sus propias palabras—. No tenemos intereses nacionales, o al menos no los tenemos como los tienen los rusos ortodoxos o los alemanes cristianos. En realidad, sí que somos rusos o alemanes ya que hace siglos que estamos aquí. Yo le puedo explicar que según mi forma de ver las cosas por un lado tenemos unos intereses económicos que pueden ser más o menos importantes ya que muchos de nosotros hemos conseguido vivir con unas condiciones de vida mucho mejores que el resto de los rusos. Luego también hay una serie de intereses políticos. El imperio ruso es muy antisemita. Lo ha sido desde prácticamente el inicio de su historia. Las nuevas ideas son más igualitarias y según como sea la bajada del carro por la pendiente puede ser que por primera vez en la historia rusos ortodoxos y rusos judíos seamos iguales ante la ley. Finalmente, no deja de ser curioso que sea otro judío, por cierto de Alemania, Karl Marx el que teorizó sobre todo esto. Su único error fue pensar que la revolución empezaría en los países más desarrollados y como una fase del propio desarrollo y puede ver que esta situación se está dando en uno de los países más atrasados de Europa. Eso es precisamente lo que nos da miedo. Ese atraso es la medida de la pendiente por la que va a caer el carro sin ningún control.

Baruch hizo una pausa y continuó:

—Cuanto más atrasado mayor es la pendiente. Si todo lo que está pasando en Petrogrado, estuviese pasando en Londres es posible que la pendiente fuese mucho menor y el viaje mucho más plácido de lo que se atisba en nuestro entorno. Una sociedad se revolucionará contra el poder de una manera más o menos agresiva en función de cuánto tenga que perder en la revolución. Los ingleses tendrían mucho que perder y seguro que serían mucho más moderados.

Los rusos tienen poco que perder así que pueden ser mucho más salvajes. La falta de formación aún lo hace todo más difícil.

—Y ¿Dónde está el interés en que realmente Alemania no gane la guerra? —preguntó Alfredo.

—No es tanto que Alemania gane o pierda la guerra. Se trata más bien de que si bien parece inevitable que la debilidad de la situación rusa acabe en una rendición o en un acuerdo de paz, no queremos que esta situación provoque que las exigencias de Alemania sean mayores. Si la debilidad rusa es tan grande, el ejército y la población empezarán a abandonar sus casas, como ya empieza a pasar, y no dejarán de correr hacia el este hasta que no hayan traspasado los Urales. Los alemanes nos quitarían una buena parte de nuestro país, posiblemente la mejor parte, y aunque aceptasen la paz sería a cambio de un coste importantísimo. ¿Se imagina querido amigo a sus compatriotas con un territorio mucho mayor al actual y encima envalentonados por un triunfo? Sería fatal para el resto de los europeos. Además, para nada hemos hablado de nuestros contactos en el Reino Unido y Francia y los intereses que puedan tener ellos.

—Veo que todos somos piezas del ajedrez —dijo Alfredo con la cabeza dándole vueltas al seguir los argumentos tan complejos de Baruch.

—Si amigo mío, tal y como le explicó su responsable en la embajada.

Todos somos piezas y lo peor es que todos somos sacrificables. Somos peones del juego.

Pasaron un par de minutos en silencio. Fue un tiempo que Baruch Mendel le dio a Alfredo para que se aposentaran sus ideas. Al cabo de ese tiempo fue Baruch quién tomo la palabra.

—¿Está ya en condiciones de recibir su siguiente mensaje?

—Creo que lo estoy —respondió Alfredo.

—El próximo día 8 según su calendario, es decir de aquí a cuatro días, ya que para nosotros es el día 23 de febrero, se celebra el día de la mujer trabajadora en honor a aquellas mujeres que murieron encerradas en una fábrica de Chicago. Aquí es una fecha *sensible*. Es probable que haya manifestaciones.

Para proteger nuestra coartada, me refiero a que usted es un periodista, deberá cubrir los acontecimientos que se produzcan y realizar las fotos y artículos necesarios para enviar a su diario.

—De acuerdo. Imagino que todo funcionará como la vez anterior —dijo Alfredo— y no habrá mayores repercusiones.

—Para usted quizás no haya repercusiones, ya que en algún momento abandonará el país, pero para Rusia en conjunto y Petrogrado en particular, esta vez no será tan placido como la vez anterior. Todo dependerá de las

órdenes que reciba la policía y de la actitud que tengan los manifestantes. En este momento no sabemos qué pasará. Es imprevisible por mucho que hemos intentado indagar.

Ambos quedaron pensativos. Alfredo preguntó:

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Espero que pronto. En este momento no le puedo citar para una fecha concreta. No se preocupe, de alguna manera le haré llegar un mensaje en el que le convoque.

Dicho esto último, Baruch le estrechó la mano a Alfredo tras levantarse y se dirigió hacia el interior de la Sinagoga hasta desaparecer de su vista. Le caía bien aquel joven pensó, aunque le parecía totalmente inexperto y poco preparado para la misión, era muy rápido aprendiendo. En cualquier caso era lo mejor que habían podido conseguir para aquel trabajo.

Alfredo se quedó pensativo en el sitio donde habían estado. Aquellas reuniones con Baruch eran bastante densas. Estaban cargadas de información y aunque el yiddish era su idioma materno lo tenía un poco oxidado y tenía que esforzarse especialmente para comprender todo lo que le explicaban y expresar correctamente lo que quería decir. Desde que había llegado a la edad adulta había pensado siempre en alemán, aunque intentaba no traducir los pensamientos cuando hablaba español o ruso.

Se levantó lentamente y se dirigió a la salida. Saludó al hombre que estaba en la entrada y a lo lejos observó a Volodia que se dirigía hacia él.

Cuando se encontraron, habían pasado unas cuantas horas desde que entrara en la Sinagoga y ya era la hora de cenar.

—Vamos a la taberna —le dijo Volodia despreocupado— en este rato he hecho algún que otro negocio y he conseguido unos buenos trozos de ternera que nos deben estar cocinando y ¿cómo no? Algo de Vodka para acompañar.

—Es una buena idea —contestó Alfredo mientras se dejaba contagiar aquel optimismo después de la conversación mantenida—. Comer nos irá bien.

Cuando llegaron, Ofeliya ya lo tenía todo preparado. Había cocinado carne para sus dos clientes y siguiendo instrucciones de Volodia el resto lo reservaba para la cena del tabernero y la familia.

Durante la cena, Volodia hablaba con Alfredo y le contaba cosas de su vida.

Cuantos más grados de Vodka tenía dentro, más confidencias le explicaba. El joven tenía una forma de explicar las cosas que parecía que cualquier tontería era una gran hazaña.

Alfredo también se fue animando durante la cena por el efecto de la bebida, aunque su capacidad de resistir el alcohol era mucho menor que la de Volodia. No contó prácticamente nada de su historia privada, era de carácter reservado, aunque sí que le habló de Málaga, de la ciudad y de su gente.

Al salir de la taberna, ambos iban un poco más alegres de lo habitual, aunque creían que tenían dominada la situación. Llegaron al hotel y aquella noche descansaron profundamente.

Alfredo durmió unas diez horas de un tirón. Hacía días que no dormía tantas horas seguidas. Normalmente se iban a dormir temprano ya que una vez que marchaba la luz poco quedaba por hacer en aquellos días en que faltaba de todo. Igualmente se levantaban temprano ya que quería aprovechar el tiempo.

Cuando se despertó aún estaba oscuro. Decidió quedarse un rato más en la cama. Tenía que poner sus ideas en orden y pensar un poco en todo lo que estaba pasando en su vida. Había entendido que su vida estaba en peligro y eso le alarmaba bastante.

Respecto a Petrogrado, nunca se hubiese imaginado que se vería involucrado de alguna forma en una revolución en un país con el que nunca había tenido ningún tipo de vínculo y que estaba tan lejos de su mundo. Tiene gracia pensar que cuando huyó de Alemania se fue al sur buscando el sol y el calor y ahora esa misma búsqueda del sur de alguna manera le había llevado hacía un lugar más frío y más al norte.

Se reconoció a sí mismo que tenía miedo por su vida. Parecía que se aproximaba un mal momento. Un momento crucial que iba a determinar muchas cosas y eso le angustiaba.

Aunque no era supersticioso tenía un mal presentimiento. Él no era una persona cobarde así que su miedo no era físico, pero sí que tenía miedo por no poder controlar el futuro más inmediato.

Por otro lado, también añoraba a María. Deseaba volver con ella. Llevaba perfectamente gravada en su mente, su cara, su cuerpo, su carácter y su forma de hablar. Estaba muy enamorado y esa separación y las circunstancias no habían hecho más que añadir romanticismo a su causa. Estaba clarísimo para él que su objetivo era volver con ella y pasar juntos el resto de sus vidas, pero tenía la sensación de que eso iba a ser mucho más difícil de lo que parecía. Las cosas habían tomado un cariz tal, que empezaba a ver que si esto se complicaba tanto no iba a acabar rápido. Eso le llevaba a pensar que quizás estaba condicionando la vida de María. Podría ser que ella consiguiese otros pretendientes y pudiese retomar su vida donde la había dejado congelada.

Eran jóvenes, pero ya no eran niños. El tiempo pasaba y pronto empezarían a ser mayores. Mucha gente de su edad tenía ya varios hijos. Él los hubiese tenido de no ser por la muerte de su esposa. Incluso si se hubiese casado con María es posible que ahora también tuviesen algún hijo.

Si tan solo pudiese hablar con ella o al menos escribirle quizás podría serenar un poco sus pensamientos e inquietudes. Cuando aceptó ir a Petrogrado seis meses le parecieron poco tiempo, pero con la velocidad con la que se sucedían los acontecimientos, le empezaban a parecer una eternidad. Tenía una sensación de urgencia y creía que aún estaba a tiempo de salir de allí pero pronto dejaría de tener esa oportunidad de escapar.

No pensaba en dejar de quererla y cuando acabase todo esto y pudiese volver a Málaga la buscaría y si en ese momento ella hubiese decidido llevar otra vida se despediría de ella. Pero ¿y si le estaba esperando a pesar de todo?

Él sería el hombre más feliz del mundo.

Tenía que conseguir salir de aquella ratonera y regresar. Tenía derecho a una vida que parecía que por segunda vez le estaban negando las circunstancias.

La diferencia era que la primera vez no pudo hacer nada para evitar que las cosas fuesen como fueron, pero en esta ocasión sí que podía hacer algo. Tenía unas cartas que jugar y no importaba cómo, o quizás sí que importaba, pero él no sabía cómo hacerlo. Estaba entre gente mucho más acostumbradas a aquellas intrigas y él era aún muy inocente en lo relativo a todos aquellos enredos. Aun así, se las apañaría para regresar y seguro que María le estaría esperando.

Así pasó horas Alfredo dándole vueltas a la cabeza. Cuando ya empezó a ser hora de levantarse se aseó y se preparó para desayunar. Volodia ya estaba listo para salir a la calle.

Pasaron los tres días siguientes igual que los anteriores. Hacían pequeños reportajes y alguna que otra foto sobre la ciudad y sus habitantes. De tanto en tanto los reportajes y las fotos desaparecían de la mesa donde los dejaban y recibían alguna nota en catalán del tipo *bona nit, bona feina* que les dejaba Nuria. Esa era la clave para entender que era ella o alguien en su nombre quién se llevaba los reportajes.

Finalmente llegó el día 8 de marzo, o 23 de febrero para los rusos. Aquel día se convocó una manifestación de mujeres que combinaban la celebración del día Internacional de la Mujer con reclamaciones de algo tan básico pero tan escaso como el pan. Aquellas mujeres, en muchos casos, tenían hijos a los

que no podían alimentar. Había una gran tensión en el ambiente, aunque de momento no se habían producido enfrentamientos.

Alfredo y Volodia —como otros reporteros de diarios nacionales e internacionales— se mezclaron entre las mujeres e iban haciendo alguna que otra foto apostados en algún lugar estratégico. Alfredo de tanto en tanto se dirigía a alguna manifestante en su ruso elemental e intentaba averiguar sobre el sentir y los pensamientos de aquellas revolucionarias que habían salido a la calle. Muchas de ellas tenían situaciones personales muy dramáticas y estaban pasando verdaderas calamidades. Se prestaban a explicar su enfado y su situación tan pronto como sabían que les entrevistaban para un diario internacional. El mundo debía saber lo que estaba pasando en Rusia.

Al ir transcurriendo las horas, se fueron añadiendo a la manifestación hombres de las fábricas de la zona que estaban en huelga. La actitud de los hombres era más agresiva respecto a la policía que controlaba algunos lugares estratégicos de la ciudad.

La tensión llegó a tal punto que empezaron las cargas de la policía contra los manifestantes, aunque según pudieron averiguar hubo algún herido, pero ningún muerto. Eso era lo que decían los que se acercaban a dónde ellos se encontraban.

Ambos habían quedado impresionados por la cantidad de gente que se había movilizado y por la situación tan extrema que muchos reconocían estar viviendo.

Alfredo empezó a entender lo que le había explicado Baruch. Si aquel carro llegaba a la pendiente no iba a haber nadie capaz de pararlo en plena caída.

Una vez que regresaron al hotel Alfredo paso varias horas redactando lo que había visto y vivido aquel día. Cada vez se sentía más próximo a la causa de los habitantes de la ciudad, aunque sabía que no formaba parte de ellos, quizás él sí que podría escapar mientras que ellos estaban condenados.

En realidad, el descenso sin control, no había hecho más que empezar. Alfredo utilizó aquella similitud del carro en la pendiente para escribir su artículo. Al día siguiente empezó a haber manifestaciones de gente que se formaban espontáneamente o al menos sin una convocatoria clara. Podía haber varias que se encontrasen en algún lugar de la ciudad.

La población estaba fuera de control. Gritaban contra el Zar y por el final de la guerra. El propio desespero los llevó a que tuviesen muy poco que perder y por eso cada vez eran más arriesgados en sus proclamas.

Alfredo y Volodia seguían los movimientos de las manifestaciones y no paraban de moverse de un lado a otro del centro de la ciudad intentando recoger mediante palabras e imágenes todo lo que estaba pasando a su alrededor.

Sin duda el carro caía por la pendiente y estaba empezando a moverse dando tumbos. La policía empezó a ser más dura reprimiendo a los manifestantes. Empezaron a haber muertos por ambos lados y grupos descontrolados de civiles se apoderaban de las armas de los policías muertos.

Al cabo de tres días de descontrol el Zar decidió ordenar a la guarnición militar de la ciudad reprimir a los manifestantes. Aquel día Alfredo y Volodia estaban entre ellos en la calle.

El ambiente era muy tenso y las consignas eran claramente contra el Zar y contra la guerra. El ejército solo esperaba una orden para atacar. Los manifestantes, y con ellos Alfredo y Volodia bajaban, por la *Nevski Prospekt* camino de la Plaza del Palacio. A la entrada de la plaza aguardaban sus órdenes los militares.

A pesar del papel que tenía asignado el ejército, los soldados eran mayoritariamente partidarios de los manifestantes y no tenían ganas de provocar una matanza entre la gente del pueblo.

Los mandos militares eran contrarios a los manifestantes. Para el pueblo, eran los únicos responsables del fracaso frente al ejército alemán. No estaban tan bien preparados, ni en armamento ni en formación. Además, ni siquiera tenían ropa suficiente para resistir la situación climatológica por la que estaban pasando en los campos de batalla. Los manifestantes gritaban a los soldados que se uniesen a ellos, que no tenían nada que temer y que todos juntos vencerían a los mandos que los estaban reprimiendo.

Cantaban: «*nosotros somos vuestros padres y hermanos, vuestras novias, no nos disparéis*». Los mandos, a caballo, se paseaban entre los soldados gritándoles y amenazándoles para evitar que se alejasen de sus posiciones. La tensión en aquellos momentos era insoportable.

Hubo algún soldado que dio algún paso en dirección a los manifestantes para unirse a ellos, pero tal y como se movían caían al suelo abatidos por los disparos de sus superiores. Eran implacables.

La gente gritaba horrorizada y tiraba piedras y lo que encontraban al ejército. La distancia, no obstante, aún era muy grande como para alcanzar al otro lado, pero mostraban la situación que se estaba dando y que en cualquier momento podía empeorar.

Desde alguna ventana de algún edificio próximo a la plaza que no pudieron identificar, se oyó un disparo. El origen estaba en las armas que habían quitado unos días antes alguno de los manifestantes a la policía.

Ese fue el detonante. Los militares dieron orden de atacar y los soldados empezaron a correr gritando por la *Nevski Prospekt* en dirección a la gente. En un primer momento la gente quedó muda, paralizada. Sorprendida por lo que se veían venir encima. No se lo acababan de creer a pesar de que lo estaban viendo con sus propios ojos. Alfredo reaccionó y cogió del brazo a Volodia gritándole:

—Vienen directos a nosotros. Corre.

Volodia no acababa de dar crédito. Era su gente a la que iban a matar.

—Corre Volodia, corre —le gritaba Alfredo—. Si nos matan no vamos a poder hacer nada por ayudarles.

Volodia reaccionó y ambos empezaron a correr por la Avenida en dirección a la Plaza de Alexander Nevski. La gente estaba muy asustada y corría como loca. Había gente que se había quedado en su posición y se enfrentaba a los primeros soldados que ya habían alcanzado la cabeza de la manifestación. Otros intentaban correr con todas sus fuerzas y se desviaban por las calles laterales para escapar de los mandos a caballo que los perseguían.

Otros sencillamente corrían avenida arriba. El caos era terrible. Los gritos y los disparos les aterrorizaban.

Al ser jóvenes y estar bien alimentados Alfredo y Volodia corrían más que la mayoría de la gente. Esto les daba la posibilidad de que cuando avanzaban lo suficiente podían detenerse y hacer alguna foto, aunque hacía falta mucha sangre fría para detenerse en medio de aquella locura.

Alfredo intentaba ayudar a los que llegaban hasta donde se encontraban.

Cada vez la gente estaba más dispersa y ellos estaban más expuestos. Ya eran menos de un millar de personas que corrían calle arriba perseguidos por militares a caballo. La distancia recorrida era considerable. Los soldados de más bajo rango que iban a pie se habían quedado en la zona próxima a la plaza. Los manifestantes habían tenido más suerte, contra lo que parecía evidente ya que en ese caso eran menos agresivos y podían dar algún que otro golpe, pero hubo muy pocas víctimas mortales.

Los que corrieron por la avenida en un primer momento se distanciaron de la peor parte del tumulto inicial, pero tuvieron la mala suerte de que fueron los militares que iban a caballo los que pudieron salvar la distancia en menos tiempo. Muchos de aquellos militares eran gente mucho más partidaria del

Zar y más alejada del pueblo. Predominaban los cosacos entre ellos, que no tenían ningún miramiento en reprimir de la forma que fuese las protestas de aquellos rusos con los que tan poco en común tenían y que se habían dedicado históricamente a quedarse con sus tierras y maltratarlos todo lo posible. Muchos lo tomaron como una gran ocasión de vengarse de miserias pasadas, pero no olvidadas.

Alfredo y Volodia pararon unos segundos. Habían vuelto a distanciarse.

De pronto Volodia se giró y vio que entre la gente que huía iba una pareja joven que llevaban cogidos dos niños pequeños. El hombre llevaba una niña de unos tres años que gritaba desesperada de puro miedo y la mujer llevaba un bebé en sus brazos.

—Los van a matar —grito Volodia mirando a Alfredo con la cara desencajada.

Un jinete se dirigía directamente a ellos y les iba a dar caza en cuestión de momentos.

Volodia arrancó a correr hacia aquella pareja y en sentido contrario a la gente que seguía corriendo por la avenida. Alfredo tardó unos segundos en darse cuenta de lo que estaba pasando y al ver la situación decidió seguir a Volodia para ayudar a aquella familia.

En la carrera en contra dirección Alfredo chocó con un hombre que huía desesperado y ambos cayeron al suelo. Alfredo se levantó con la nariz sangrando y siguió corriendo atontado detrás de su compañero. Se oyó una pequeña explosión provocada por el arma del soldado que perseguía a aquella familia.

De pronto el hombre que llevaba a la niña empezó a caminar irregularmente e iba claramente a perder el equilibrio. En ese momento Volodia llegó a donde estaban y tuvo el tiempo justo de coger al hombre y a la niña. La niña gritaba desesperada y aterrada y la mujer estaba paralizada por el horror.

El hombre miró a Volodia, que lo sujetaba y empezó a sangrar por la boca. Con la mirada se lo estaba diciendo todo. Estaba muriéndose. No había nada que hacer para salvarlo.

En ese momento Alfredo los alcanzó. Volodia, dejó al hombre en el suelo y cogió a la niña en brazos.

Alfredo cogió al bebe y a la mujer de la mano y arrancaron a correr desesperadamente. En aquel momento ninguno de ellos pensaba. Toda su mente estaba concentrada en salvarse.

Los cascos del caballo ya resonaban en sus oídos. Se oían muy cerca y no daba tiempo a girarse. Los iban a atrapar.

—Por aquí —gritó Volodia girando a la derecha por una calle.

Todos giraron y el caballo pasó de largo. Siguieron corriendo unos metros sin mirar atrás. Corrían por sus vidas. El pánico les daba una fuerza especial a todos. Avanzaron unos metros y se detuvieron a tomar aliento.

—Lo lamento señora —dijo Volodia sin aliento y con la voz entrecortada por el esfuerzo— no podíamos salvar a su marido. Cuando le cogí a la niña ya estaba muerto.

—Por favor ayúdennos a salir de aquí —suplicó la mujer enloquecida—. Debo sacar de esta matanza a los niños.

—Tiene razón Volodia —le dijo Alfredo que ya había recuperado una respiración más normal y podía hablar— aún es muy peligroso quedarse por esta zona, deberíamos alejarnos todo lo que podamos de aquí.

Empezaron a caminar a paso ligero hacia el sur, alejándose de la *Nevski Prospekt*. Al cabo de unos metros vieron que el jinete al que habían dado esquinazo apareció por el principio de la calle. Sin necesidad de decir nada empezaron a correr de nuevo, desesperadamente. El jinete les gritaba:

¡Alto! ¡Alto!, y ellos con cada grito corrían más rápido.

Cada vez se acercaba más. La pesadilla de unos minutos antes se repetía.

Mientras corría Alfredo iba pensando *otra vez no*, *otra vez no*. Los iban a cazar como si fuesen animales y eso iba a pasar en unos momentos.

De pronto la pobre mujer tropezó y cayó al suelo. Alfredo tuvo el tiempo justo de coger al bebe al vuelo y evitar que cayese arrastrado por su madre.

Mientras se agachaba para ayudar a la pobre mujer a levantarse y como era de esperar, el caballo les alcanzó. Alfredo se interpuso entre la mujer, que ya tenía al bebe en sus brazos y el caballo que estaba levantando las patas delanteras.

Pensó que aquellos eran sus últimos momentos en la Tierra, al final tanto esfuerzo por vivir una vida normal no iba a servir para nada. No se resignó.

—Soy periodista —gritaba Alfredo en ruso—. Soy extranjero. Estamos cubriendo las manifestaciones.

—Desgraciado extranjero —le contestó el militar con mucho desprecio— ¿qué haces aquí?, ¿no tienes problemas en tu país? —seguro que el cosaco no identificó el acento. Si lo hubiese hecho la guerra se hubiese acabado en aquel mismo momento para Alfredo.

—Por favor no nos hagan nada. Esta pobre mujer ha perdido a su marido hace un momento —decía Alfredo pensando que lo había perdido a manos de

aquel desgraciado.

Volodia se había dado la vuelta al ver que no le seguían los otros y se dirigió hacia el grupo dejando a la niña en el suelo a unos metros.

—Amigo —gritaba Volodia acercándose— déjanos marchar. ¿Qué daño te va a hacer esta mujer y los dos niños? —intentaba aparentar seguridad y hacer reaccionar al individuo que tenía enfrente. En realidad, lo que estaba era indignado y eso le daba la confianza que mostraba.

—No te muevas ruso traidor —le grito el militar.

Volodia seguía andando hacia ellos.

—Yo no soy ningún traidor —le respondía Volodia— ¿no ves que tu Zar está matando de hambre a nuestro pueblo?, al tuyo y al mío.

—Como sigas andando te meto un tiro en la cabeza cerdo —le contestaba amenazador, el militar desde el caballo.

—Mi amigo es extranjero, déjalo marchar —pidió Volodia haciendo gestos a Alfredo para que se apartara de donde estaba. No se habían movido del lugar donde había caído la mujer.

Al llegar a la altura del jinete Volodia lo agarró con un gesto rápido e inesperado que pilló por sorpresa al Cosaco y a Alfredo, y lo tiró del caballo. El joven había pasado mucho tiempo trabajando en el puerto, era fuerte y sabía pelear.

Los dos hombres empezaron a luchar a puñetazos mientras que el militar intentaba buscar el arma.

—¡Corre! coge a tus hijos y vete —le gritó Alfredo a la mujer que se alejó corriendo por las calles más pequeñas que había alrededor.

Una puerta se abrió y la mujer entró con los niños. Mientras gritaba a la mujer para que se fuese, Alfredo se acercaba a dónde estaban los dos hombres peleando con la intención de quitarle el arma al militar y conseguir escapar con Volodia.

De pronto se oyó un disparo. El mundo se detuvo para ellos durante unos segundos eternos. Para alguien eran los últimos.

Alfredo reaccionó y apretó el paso hacia donde estaba Volodia. Ninguno de los dos se movía y todo empezó a estar lleno de sangre era imposible saber de quién era.

—¡Volodia! —grito Alfredo, llegando a dónde estaban los dos tendidos y con el deseo desesperado de que no fuese su amigo el herido.

De pronto el militar se levantó del suelo. Le faltaban como mínimo dos dientes y también le salía sangre de un ojo o de la ceja. No se veía claro. Se volvió a estirar en el suelo a unos metros.

El hombre estaba gravemente conmocionado.

Volodia le debía haber dado fuerte y lo había dejado bastante mal herido.

Cuando Alfredo llegó a la altura de su amigo, este estaba en un charco de sangre.

Lo cogió y le levantó los hombros para que pudiese respirar.

—Amigo —le dijo Volodia con mucho esfuerzo— ahora tendrás que seguir sin mí. Creo que esto ya no tiene solución.

—Por favor, resiste un poco. Voy a buscar ayuda en algún sitio —le dijo Alfredo sin darse cuenta de que le empezaba a resbalar alguna lágrima por las mejillas.

—No. Nadie nos puede ayudar —respondió Volodia— que tengas buena suerte y puedas volver con tu María. Si hay otro mundo intentaré ayudarte —dijo Volodia sonriendo.

Acto seguido se quedó aparentemente dormido y poco a poco dejó de respirar. Alfredo lleno de rabia se giró hacia el militar con la intención de darle un golpe para calmar su rabia, pero en ese momento fue él quien recibió el golpe en la cabeza. Fue un golpe seco. Se lo dieron desde atrás y ni vio a quien se lo dio ni se lo esperaba. El militar no se había movido de donde estaba. De pronto se volvió todo negro a su alrededor, notó que caía al suelo, pero ya nada le importaba. Estaba cansado y se dio cuenta que aquel golpe le había hecho daño más allá del puro daño físico. En un primer momento intentó resistirse a la pérdida de conocimiento, pero no tuvo opción. Finalmente se dejó arrastrar. Él, con carro o sin carro, ya estaba descendiendo por la pendiente.

No notaba ningún dolor. Estaba tranquilo, aunque muy cansado. Qué curioso que tan solo unos días antes había estado pensando en que tenía que tomar el control de su vida y ahora precisamente estaba pasando justo lo contrario. Quedaba sin ningún control y posiblemente ya sin vida también.

Esos fueron sus últimos pensamientos antes de perder totalmente el conocimiento y dejarse arrastrar por la oscuridad. Le habían dicho que cuando te mueres hay otros muertos anteriores que te vienen a buscar. Volodia no debía estar muy lejos. Qué raro —pensó— no hay nadie y ni siquiera está Volodia.

Pensó en lo valiente que había sido su compañero. Él no había tenido ni la mitad del valor que Volodia mostró en aquellos momentos.

Era extraño, pero ahora sí, en su imaginación le pareció ver a Judith —su esposa— y a María que se dirigían de la mano hacia él con una sonrisa. Estaban tan guapas como él las recordaba. Se oían cantos de niños de fondo.

Como había previsto Baruch, aquellos días fueron el principio del fin, o el principio de otro mundo. Durante los enfrentamientos muchos de los soldados que se encontraban en primera línea habían decidido ponerse de parte de los manifestantes y tal y como habían llegado a los primeros, en lugar de enfrentarse, sencillamente habían cambiado de bando.

En la carrera por la Avenida, la gente que corría desesperada y los militares que les perseguían a caballo, no habían sabido en ningún momento lo que estaba pasando a tan solo unos metros de donde se encontraban.

Aquel día al unirse el ejército a los manifestantes el Zar quedó sin defensa en la ciudad y se vio obligado a abdicar. Con esta abdicación los acontecimientos se precipitaron y el país quedó sin gobierno durante unos meses. Hasta que no empezó la revolución definitiva en octubre, que en realidad fue más un golpe de estado que otra cosa, no se acabó el descontrol que se vivió durante aquellos meses.

Tampoco el golpe de estado acabo con el caos ya que si bien abandonaron la guerra con Alemania, en el abandono perdieron una buena parte de las mejores tierras que Rusia tenía en Europa y una buena parte de la población, tal y como le había advertido Baruch a Alfredo. Además, el país se enfrascó en una guerra civil y en una aventura política nueva en la historia de la humanidad.

La revuelta de aquel día dejó varios centenares de muertos. Baruch Mendel y la comunidad judía en pleno, al igual que el resto de los ciudadanos de Retrogrado buscaron a sus muertos. Tenían instrucciones de encontrar a Alfredo.

El mermado cuerpo diplomático español, con Nuria Vega al mando también estuvo buscando desesperadamente al ciudadano español Alfredo Estrella que estaba delegado por el diario *La Vanguardia* y del que no se sabía nada desde hacía unos días.

Nuria, moviendo todos sus contactos en la ciudad y utilizando todas sus habilidades enseguida descubrió que Volodia había muerto. Fue precisamente ella quién al día siguiente de los incidentes estuvo en el depósito donde los militares tenían el cuerpo del joven y lo identificó.

Reclamó el cuerpo en nombre de las autoridades españolas y finalmente, no sin centenares de discusiones y amenazas le permitieron que se lo llevase.

También fue ella la encargada de informar a la familia y darle sepultura. Pasado unos días, se desplazó a Nizni Nóvgorod a visitarlos y explicarles como había sido la vida en retrogrado del joven. También les contó que había

estado trabajando para la embajada española y que eso le había dado derecho a unos ingresos que entregó a la pobre madre.

Fue todo bastante triste, pero tenía que hacerse. A pesar de haber encontrado a Volodia no fue capaz de obtener ninguna pista sobre Alfredo. No aparecía entre los muertos, pero tampoco estaba entre los vivos. Daba la impresión de que se lo había tragado la tierra.

Tanto Nuria como Baruch intentaron averiguar si se encontraba entre los prisioneros, pero en las listas que pudieron consultar después de mucho insistir y por separado, no figuraba Alfredo Estrella ni Alfred Stern ni ninguna otra entidad que pudiese servir para localizar al desaparecido.

Ante la falta de información decidieron encontrarse en uno de los lugares discretos donde se veían en los casos de emergencia. En aquella ocasión el lugar escogido para el encuentro era una pequeña librería en el centro de la ciudad. El lugar estaba lleno de estanterías altas abarrotadas de libros.

Los libros amortiguaban el sonido y era muy fácil encontrar algún rincón en el que pudiesen hablar con más o menos confianza en que nadie les iba a oír.

Nuria, iba envuelta en un mantón negro que la hacía aún más pequeña, quien la viese por la calle podría pensar que era una adolescente. Sabía pasar desapercibida.

Cuando llegó a donde la esperaba Baruch, se descubrió la cabeza mostrando una cariñosa sonrisa a Baruch Mendelson que hacía más de diez minutos que la esperaba distraído hojeando un tratado sobre la Teoría de la Gravedad. En su juventud había estudiado física y matemática en la Universidad de la ciudad y aunque nunca se había dedicado a aquellas materias no podía evitar leer cuanto le caía en sus manos.

Baruch le regaló una gran sonrisa a Nuria cuando la vio llegar.

—*Shalom!* Nuria —le dijo Baruch— el hombre se veía algo empequeñecido y desmejorado después de aquellos sucesos.

—*Salaam!* —le respondió Nuria mientras le abrazaba. Esta manera de saludarse se había convertido en una tradición entre ambos. Baruch saludaba en su idioma y Nuria en árabe que era el idioma más parecido al hebreo que ella conocía.

Había una admiración entre ambos y una gran amistad. Los dos combatían por cosas similares desde sus posiciones.

—Lamento decirte que a pesar de que tengo a toda la comunidad judía de la zona movilizada, no he conseguido saber nada de nuestro amigo —le dijo Baruch afectado—. He mirado entre los muertos, y entre los prisioneros, pero

no he conseguido obtener ninguna información. Lamentablemente han pasado bastantes días y los muertos que no han sido reclamados ya han sido enterrados por las autoridades en una fosa común y poco vamos a poder hacer si es que él era uno de ellos.

—Sí —respondió Nuria— me he enterado del entierro. Aunque sea duplicar el trabajo yo también he estado mirando entre los vivos y los muertos, pero no le he encontrado. No sé qué puede haber pasado. Normalmente ya hubiésemos sabido alguna cosa, pero parece que ha desaparecido. Si te sirve de consuelo te diré que no parece que su descripción pudiese corresponderse a los cadáveres enterrados en la fosa común. Tengo informadores que me lo aseguran.

—Quién sabe si estaba muy destrozado su cuerpo y no pudieron reconocerle —dijo Baruch.

—Han hecho fotos de todos y me las van a hacer llegar, de todas formas, mi informador era de confianza —respondió Nuria.

—Yo siento la obligación personal de encontrarle —dijo Baruch— y con lo que me estás diciendo aún más. Le prometí que le protegería y finalmente no lo he conseguido. Tengo a mi comunidad buscando y tardaré más o menos, pero acabaré sabiendo dónde está o cómo murió. Soy muy obstinado y si está vivo lo encontraré esté donde esté por grande que sea Rusia. Es más fácil encontrar a un muerto que a un vivo desaparecido.

—Me parece bien Baruch. Yo también estoy limitada por mis circunstancias. Tengo un ultimátum de mi embajador para abandonar el país.

Yo creo que aún puedo ser útil aquí y no quiero irme, pero también sé que si pierdo mi estatus diplomático no podré seguir trabajando en el tema. He pensado que posiblemente sea positivo alejarme de Rusia durante un tiempo y regresar a España. Aprovecharé para averiguar quién es la joven malagueña. No creo que ella sepa nada ni que él se haya puesto en contacto, pero nunca se sabe.

—Me parece que es la mejor opción —respondió Baruch— intenta averiguar desde fuera. Deja en mis manos la búsqueda de Alfredo desde dentro.

Tarde o temprano sabremos qué le ha pasado.

Quedaron unos segundos en silencio.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Baruch.

—Por supuesto —contestó Nuria aparentando seguridad de que así sería —. No sé hacia donde evolucionará todo, pero sea de una manera u otra y con una identidad u otra volveré y te buscaré. Ya sabes cómo encontrarme y cómo

hacer para intercambiar información conmigo. No te preocupes que vamos a seguir en contacto —añadió Nuria—. Estos primeros meses sé que me van a llevar a Suecia y de allí, no sé cómo hasta Londres. Cuando llegue a Barcelona volveré a estar en contacto con nuestras vías de información habituales. Mis días en Rusia de momento se acaban.

—Que Dios te acompañe —dijo Baruch abrazándola.

—Y a ti también —le respondió Nuria.

La mujer se dio la vuelta y al llegar a la puerta se giró y le miró a los ojos despidiéndose y acto seguido se volvió a cubrir la cabeza y empezó a andar hasta que desapareció de la vista.

Baruch se sentía triste por aquella despedida, no sabría cuando se volverían a ver. Bajó la mirada al libro que conservaba en las manos y volvió a lo que estaba haciendo antes de que Nuria llegase.

CAPÍTULO 12

MADRID. SIN NOTICIAS DE ALFREDO

Primero pasaron los seis meses en los que ya sabía que no iba a tener noticias de Alfredo. A María le costó acostumbrarse a no tener ninguna noticia suya ni recibir sus cartas, pero se consolaba pensando en que pronto estaría de vuelta.

Después siguió pasando el tiempo y seguía sin noticias. Al principio creyó que no tenía que preocuparse, pero con el paso de las semanas había empezado a pensar que algo estaba pasando. Entendía que si salía de Rusia el día en que hacía seis meses exactos desde que lo trasladaron, seguro que tardaría varios días en llegar hasta Málaga, también pensaba que era muy posible que le hubiesen hecho quedar algún día más así que por eso no se preocupó al principio, pero ahora ya hacía varias semanas que tendría que haber regresado.

Pasaron los meses y después el primer año y seguían sin tener noticias, ella estaba cada vez más desesperada. El problema principal con el que se encontraba era que no sabía a dónde acudir. Alfredo terminaba su periodo de seis meses en agosto de 1917. La guerra se había terminado. Alemania había perdido al pedir el armisticio a finales de 1918. Finalmente se decidió a escribir a Quintana en Madrid, pero no obtuvo respuesta.

Insistió una segunda vez pasados unos meses, pero igual que la primera vez, no obtuvo ninguna contestación. El tiempo pasaba lentamente, y ella seguía sin noticias. Llegó a pensar en que Alfredo debía haber encontrado otra mujer y ya no regresaría, pero en la última carta que le había escrito justo antes de salir de Berlín, le prometía que volvería con ella. Confiaba lo suficiente en él como para tener la seguridad de que si quisiese romper con ella se lo hubiese comunicado.

Marta se había casado y en la boda Juan y Lola quedaron muy preocupados al ver el estado de angustia en que se encontraba María. Estaba

demacrada a pesar de que para algo tan especial como la fiesta de su hermana se había arreglado con sus mejores ropas.

—María, estoy muy preocupado por ti —le dijo Juan cuando le pudo llevar a un lugar un poco más apartado.

—Si niña —confirmó Lola— estás consumida. Tienes que hacer algo, no puedes seguir así, al final te vas a poner enferma. Ya ha pasado un año del final de la guerra y tú sigues esperando noticias. Si le hubiese pasado alguna cosa ya lo sabríamos. A lo mejor es que ha rehecho su vida y ha decidido no volver.

Ten en cuenta que ha sido mucho tiempo el que ha estado fuera.

Lola, lo decía con todo el cariño y con la mejor de las intenciones. Estaba segura de que esa era la razón por la que no sabían nada y le dolía ver a su cuñada como dejaba escapar el tiempo en una espera que no iba a dar ningún fruto. Ella pensaba que si hubiese muerte sin duda tendríamos noticias ya que el cadáver estaría localizado.

—Seguro que no debe poder volver por alguna razón. Cuando finalmente, sepamos la razón de ese retraso veréis que para todo hay una explicación —dijo Juan para compensar la crudeza con que había hablado su mujer.

—Yo sé que le pasa algo —dijo María—. Si él hubiese encontrado a otra mujer me lo hubiese dicho. Igual que si yo hubiese encontrado a otro hombre.

Siempre hemos pensado que ninguno de los dos podía retener al otro en vano, por eso creo que algo ha pasado. No le hubiese costado escribir una carta para dejarme si esa hubiese sido su intención.

—Pero ¿qué puede haber pasado que lo retenga y lo tenga incomunicado? —preguntó Juan—. Además, tú dices que si hubieses encontrado a otro hombre se lo habrías dicho, pero hoy en día no podrías. Igual él se encuentra en una situación similar.

—No tengo ni idea —le respondió María—. He leído que por toda Europa hay miles de hombres mal heridos y sin identificar esperando en hospitales a que alguien los reclame o los identifique. He escrito al hombre que se lo llevó cuando empezó todo. Un tal Quintana en Madrid. Al principio fue quien me tuvo informada. Cuando Alfredo ya estuvo situado en Berlín la correspondencia me llegaba a través de la embajada y a partir de aquel momento yo ya perdí el contacto con él, con Quintana quiero decir.

—Y ¿no has intentado comunicarte de alguna otra forma? —preguntó Lola cogiéndole cariñosamente la mano quizás para compensar por lo que había dicho antes—. Yo creo que si ese tal Quintana está en Madrid podrías intentar ir a visitarlo. La pena es que yo embarazada no voy a poder

acompañarte que si no, aprovecharía y me iba contigo a ver si conseguía animarte un poquito. En Madrid tengo amigos y familia y lo pasaríamos bien.

—Gracias Lola —le dijo María con una leve sonrisa—. No creas que no se me ha pasado por la cabeza, pero no he encontrado el momento de decidirme e intentar ir a Madrid. Tampoco es tan complicado y no creo que haga falta muchos días para ir y volver y hacer alguna gestión en el ministerio.

—Yo te acompaño —dijo Juan espontáneamente—. Dame unos días y a final de mes nos vamos tú y yo. A todos nos puede ir bien. Yo miraré de contactar con algunos conocidos del partido que viven allí y tú puedes aprovechar para intentar recopilar toda la información que tengas.

—Caramba niño —dijo Lola— hace rato que estoy intentando que te decidas a acompañar a tu hermana y pensaba que no te ibas a decidir nunca, captas muy mal los mensajes que no son directos —bromeó Lola.

Todos rieron ante el comentario.

—Ya sabes que tú eres muy rápida y yo soy mucho más lento —dijo Juan a su mujer riendo con resignación— aunque al final también llego a la meta.

Aquilina, la hermana de Lola y su marido Antonio, se habían acercado al grupo hacia el final de la conversación.

—No te preocupes Juan —le dijo Aquilina— nosotros nos encargamos de que Lola este bien y que no les falte de nada durante estos días, además aún falta mucho para que nazca el niño así que te da tiempo de sobras de ir, hacer lo que tengas que hacer en Madrid y volver.

—Por la herrería tampoco te preocupes —dijo Antonio— si quieres yo iré mirando que todo vaya funcionando bien.

Lola, los miró a todos y dijo:

—Ya ves, que queremos que te vayas y ayudes a tu hermana a averiguar alguna cosilla de aquel alemán tan interesante. No puede ser que estemos todos con el alma en vilo esperando y ella consumiéndose. Además, ahora que también se va Marta de casa se va a quedar sola con tus padres y el niño, que cualquier día también se marcha.

—Si hombre vete y ayúdala a resolver este enigma —insistió Antonio que había vuelto a recuperar el humor anterior al viaje a Argentina.

María pasó aquellos días nerviosa, esperando que llegase final de mes para ir a Madrid a ver que conseguían averiguar. Pidió permiso en la escuela y no tuvo ningún problema para conseguir que le dejasen marchar unos días. Era una persona muy querida en su trabajo. Todas las demás colaboradoras y

el equipo directivo la admiraban por la manera con la que se desenvolvía en las clases.

Seguía siendo una trabajadora muy responsable y en consecuencia muy apreciada. Durante aquellos días la suplirían sin problemas. Todas debían algún favor a María y era la ocasión para devolvérselo. Algunas de ellas estaban al corriente de una parte de la historia y habían visto cómo a lo largo de los años se había ido consumiendo. Quien más y quien menos sufría por su situación.

Eran ya cinco los años que habían pasado desde que Alfredo se había marchado y también hacía más o menos ese tiempo que María trabajaba con ellas. Los que no conocían la historia no entendían como María seguía soltera.

Era una joven guapa —aunque sin llegar a ser espectacular—, culta y buena persona. Ahora ya empezaba a ser mayor. Ese año había cumplido treinta y dos y pronto no encontraría novio a no ser que fuese un viudo con hijos.

Quien no conocía la historia pensaba que María debía estar esperando a un príncipe azul que no acababa de aparecer. Finalmente llegó el día del viaje y Juan pasó por casa de sus padres para recoger a María. Se acababa el mes y el año 1920 ya estaba muy avanzado. Hacía buen tiempo y estaban a unos seiscientos kilómetros de su destino.

Iban a viajar en tren. Aunque los trenes eran incómodos resultaba la mejor manera de desplazarse hasta la ciudad. Ninguno de los dos iba muy cargado.

Lola había insistido en que se quedasen en casa de su hermano Ramón, pero Juan había decidido alquilar dos habitaciones pequeñas en la Pensión Galaica que estaba en la Gran Vía, cerca de la plaza España y de todos los lugares que podría interesarle visitar.

Prometió a su mujer, que irían a visitar a su cuñado y a su familia. Juan había hablado ya con él para que intentase hacer alguna gestión con anterioridad a la visita, pero no quería causar molestias y también quería tener plena libertad para moverse por la ciudad a su antojo.

Llegaron a Madrid a primera hora de la tarde del día siguiente. El viaje había sido algo más lento de lo que esperaban porque habían tenido algún problema técnico en el camino y el retraso fue considerable.

A la estación de Atocha, llegaban los trenes que venían de Málaga. A María le sorprendió la grandeza del edificio. Era una estación de tren monumental. Ella nunca antes había salido de Málaga y alrededores. Juan ya conocía la ciudad y se dio cuenta de la impresión que le había causado la estación a su hermana.

—Cierra la boca María, que te van a entrar moscas —le dijo riendo—. No te preocupes que buscare tiempo para que conozcas la ciudad, al menos el centro. Ya verás cómo te gusta.

—Me ha sorprendido —le explicó María— no esperaba que la estación fuese un edificio tan grande.

—Ahora vigila tu equipaje. Madrid es una ciudad segura dentro de lo que cabe, pero entre tanta gente también se ocultan rateros y personas sin buena intención. Nosotros venimos de un entorno más seguro y Málaga es mucho más pequeña. Ya no te digo Guadalvalle.

Se dirigieron a la salida y sin mucho esfuerzo pararon un taxi de caballos.

En aquellos días ya convivían los taxis de caballos y los autotaxis. Juan por historia familiar y profesión no dudó a la hora de escoger un vehículo tirado por animales.

Pasaron por el Paseo del Retiro hasta la fuente de Neptuno y a partir de allí tomaron por la Carrera de San Jerónimo. Pasaron por delante del Congreso de los Diputados hasta llegar a la Puerta del Sol y luego continuaron por la calle Montera hasta la Gran Vía.

El taxista había callejeado un poco en su ruta a la pensión siguiendo instrucciones de Juan que quería que su hermana tuviese un primer contacto con el centro de la ciudad.

María, que era una persona instruida, supo apreciar los lugares por los que estaban pasando. Estaba emocionada. De algunos ya había visto fotos o dibujos y de otros tuvo que preguntar a Juan, que encantado se extendió en explicaciones y detalles. En algunos momentos el taxista también se añadía a la conversación. Llegaron a la dirección que Juan había dado al cochero y descargaron el equipaje. Ellos mismos lo subieron hasta el cuarto piso donde se encontraba la pensión.

El lugar era bastante discreto, pero estaba muy bien situado. Era una casa grande y espaciosa y el ambiente era agradable. La gestionaba un matrimonio de Ourense que se había instalado hacía bastantes años en Madrid. Los hijos se habían marchado y a ellos les sobraba espacio así que se decidieron a hacer las reformas pertinentes y se reservaron una pequeña parte de la vivienda para ellos mismos, dedicando todo el resto a pensión. Tenían cinco habitaciones que generalmente estaban ocupadas por pasantes de comercio que llegaban con regularidad desde Barcelona y Bilbao y hacían estancias cortas en la ciudad.

Muchos de ellos eran habituales y periódicamente repetían estancia en fechas concretas. Había ocasiones en que entre los propios huéspedes se

conocían y el ambiente era bastante bueno. Doña África no preparaba comidas ya que la cocina que tenía era pequeña y pensaba que ya tenía bastante trabajo limpiando la pensión, pero eso no evitaba que esporádicamente y si realmente simpatizaba con alguno de los clientes, el matrimonio lo invitase a comer o a cenar con ellos.

Generalmente los huéspedes eran hombres y por eso se sorprendió al ver entrar a María, ya que Juan había hecho una reserva de dos habitaciones a su nombre, pero sin especificar quienes eran las personas que se iban a alojar.

Doña África abrió la puerta y les hizo pasar a la recepción. Era una mujer algo mayor, de aproximadamente cincuenta años. Simpática tan solo con verla y algo sobrada de peso. Llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca y aquel día iba vestida con un conjunto azul oscuro que le sentaba bien.

La pensión era un piso grande, quizás dos pisos juntos de techos altos y estaba decorada muy de la época, aunque bastante funcional.

—Buenas tardes —saludó Juan—. Soy Juan Martí y esta es mi hermana María Martí. Un familiar vino a hacer una reserva de dos habitaciones a mi nombre.

—Buenas tardes señores. Me alegro mucho de verla por aquí señora Martí —dijo África que conservaba un fuerte acento gallego— y muy contenta de tener una huésped femenina.

—Mucho gusto —le dijo María estrechándole la mano mientras sonreía en respuesta a aquel buen recibimiento.

—A ver, a ver, aquí esta anotada su reserva señor Martí. Hace una semana vino su cuñado en persona y nos pidió dos habitaciones a su nombre. Si me acompañan les llevo a su cuarto.

—Gracias —dijeron a la vez los dos hermanos.

—Veo por ese acento que son ustedes andaluces —dijo África.

—Si —respondió María—. Venimos de Málaga.

—Pues si han llegado hoy deben estar cansados después de un viaje tan largo, así que tomen posesión de sus cuartos, descansen un poquito y así para la hora de cenar podrán salir a dar una vuelta. Ya verá María que la ciudad tiene muchas cosas para visitar —dijo África mientras los dejaba solos en sus cuartos.

Las habitaciones eran contiguas y en la de María había un pequeño cuarto de baño que podían compartir. Al quedarse solos Juan le dijo:

—Es una buena idea que descansemos un poco. Estírate un rato y a eso de las siete vengo a buscarte y nos damos un paseo por el centro y buscaremos algún sitio donde cenar. Yo me voy a dormir un poco.

—A las siete estaré lista para salir —le dijo María— tu descansa y luego nos vemos.

—Te aviso un poco antes de que nos vayamos a ir para que te prepares —dijo Juan.

—De acuerdo —dijo María mientras cerraba la puerta y se quedaba sola María inspeccionó la habitación. Le había caído muy bien la propietaria de la pensión, era muy simpática y la habitación era amplia y muy agradable.

Abrió la puerta del balconcillo y se asomó. Daba justo a la Gran Vía, a su derecha veía los árboles de lo que imaginaba que era la Plaza de España y a ambos lados de su ventana edificios.

Le llamaba mucho la atención el movimiento que había en la calle. Todo era gente que se movía de aquí para allá y vehículos de todo tipo: autos, coches de caballos y tranvías.

Le asustaba un poco todo aquello, pero era adrenalina pura para sus sentidos y estaba muy poco acostumbrada a vivir emociones desde que Alfredo se había ido hacía tanto tiempo.

Decidió hacer caso a Juan y descansar un rato hasta que su hermano viniese a buscarla. Se estiró en la cama, pero no conseguía cerrar los ojos. Sabía que Alfredo no estaba en aquella ciudad, pero le excitaba pensar en el tiempo que él había pasado allí. Él le había explicado algunas cosas sobre Madrid que podría comprobar por ella misma en los próximos días. Ahora era como recuperar un poco de aquellos primeros tiempos de su separación. Cuando volviese a leer las cartas seguro que pondría imágenes a algunos de aquellos lugares. Se sentía más próxima a él.

Al final se quedó traspuesta y fue dormitando, aunque al cabo de poco rato estaba totalmente despejada. Su cabeza no dejaba de dar vueltas pensando en cómo encontrarían una pista para seguir el rastro de Alfredo.

Finalmente, cuando se cansó de estar estirada, decidió que se iba a asear un poco y entró en el cuarto de baño para arreglarse. Más tarde le pareció oír que alguien llamaba suavemente a la puerta. Primero no hizo caso porque creyó que se lo había imaginado, pero al cabo de unos instantes insistieron. No sabía quién podía ser. Si no se equivocaba aún faltaban un par de horas para las siete.

Fue y abrió. Se encontró con África que iba cargada llevando una bandeja con dos tazas de chocolate y unas rosquillas que parecían caseras y recién hechas.

—Perdone el atrevimiento —dijo tímidamente la mujer— quizás le estoy molestando.

—Ni mucho menos —le sonrió María— no puedo dormir la siesta y no sabía qué hacer hasta la hora de salir a cenar.

—He oído que corría el agua en su habitación y estaba haciéndome un poco de chocolate con pastas para merendar y he pensado que a lo mejor le apetecía un poco.

—Por favor, no se quede en la puerta —dijo María invitándola a pasar—. Si ese chocolate sabe tan bien como huele le aseguro yo que me va a sentar la mar de bien —dijo sonriendo.

África entró y dejó la bandeja en una mesita de escritorio que había en la habitación. Cogieron la silla y el taburete que había y se sentaron a merendar.

—Normalmente yo no soy tan entrometida —dijo África excusándose— pero es que casi siempre los huéspedes son hombres y yo me limito a limpiarles la habitación y nada más. Pocas veces me dan conversación. Por una vez que he visto que venía una mujer he pensado que no podía dejar pasar la ocasión de hablar un ratito.

—A mí también me vendrá muy bien hablar un ratito —le dijo María sinceramente— seguro que usted puede contarme muchas cosas de Madrid.

—Pues no crea Usted —le dijo África— normalmente no salgo de la Pensión. La compra me la traen y la verdad es que yo me puedo mover poco de aquí. Cuando he acabado la limpieza de las habitaciones ya tengo que estar preparando la comida para mi marido y la tarde pasa volando. Pero no crea que me quejo. Estoy muy contenta y hemos hecho unos ahorrillos para vivir bien.

Cada año nos vamos a pasar el mes de Agosto al pueblo en Orense y la verdad es que cuando vuelvo estoy como nueva.

—¿Y no tiene ocasión de visitar o pasear por la ciudad? —preguntó María sin comprender como alguien con tanta diversión y alicientes a su alcance no los aprovechaba.

—Si quiere que le diga, con el paso de los años sí que he acabado conociendo bien Madrid, poco a poco, lo que pasa es que es tan grande y cambia tanto y tan rápido que cuando conoces una zona y estás un tiempo sin pasarte por allí y vuelves te das cuenta de que todo es diferente. Nunca acabas de conocerla.

—¿Cómo son los madrileños? —le preguntó

María con curiosidad, mientras mojaba una rosquilla en el chocolate.

—Los madrileños son muy pocos. Te va a costar encontrarlos —le dijo África con una carcajada y tuteándola— en realidad la gente es de todos los sitios. Verás que hay muchos andaluces, extremeños, castellanos, murcianos y

como no, gallegos. Llega gente de toda España. Imagino que en todas las ciudades pasa igual. Y a ti ¿qué te trae por aquí? —preguntó la mujer aún a riesgo de ser indiscreta.

—Es una historia un poco larga —le dijo María— aunque en realidad se puede resumir en pocas palabras. He venido buscando información sobre mi novio. Tan simple y tan difícil a la vez.

—¿Y cómo es eso? Acaso vino a trabajar a Madrid y le perdiste la pista —le preguntó África sorprendida por ver en esa situación a una mujer que le parecía tan atractiva e interesante —si es así no hace falta que pierdas el tiempo en alguien que no sabe valorarte.

—No es eso —dijo María—. Mi novio no es español. Durante la guerra su país le reclamó a través del ministerio de Exteriores. En 1917 dejamos de escribirnos por lo que tenían que ser seis meses. Él partía a realizar un trabajo especial. El caso es que nunca más he vuelto a saber de él. Ni bueno ni malo.

Desesperada escribí a la persona que conocía en el ministerio, pero no he recibido respuesta en ninguna ocasión. Aprovechando que mi hermano tiene familiares políticos y contactos en Madrid hemos decidido venir a ver qué podíamos averiguar.

—No quisiera desanimarte —le dijo África con tristeza, pero intentando infundir realismo a aquella conversación— pero si ya han pasado tres años desde que tuviste noticias de él por última vez y además hace un año que acabó la guerra, yo creo que o bien ha muerto o bien ha desparecido. Lamento ser tan directa, pero creo que está un poco difícil que puedas averiguar alguna cosa. Por lo que me cuenta mi marido de lo que lee en los diarios hay millones de muertos por toda Europa.

A María se le llenaron los ojos de lágrimas y se esforzaba en contenerlas.

—Perdóname que sea tan bruta —dijo África, arrepintiéndose de lo que había dicho— no tengo ningún tacto. No quería hacerte llorar.

—No se preocupe —respondió María— en estos años he pensado de todo. Sé que no ha muerto porque por el tipo de trabajo que hacía si hubiese aparecido su cadáver yo lo sabría. Me hubiesen avisado. También sé que no hay otra mujer porque hicimos un pacto de que si durante nuestra separación cualquiera de los dos se cansaba de esperar, lo único que tenía que hacer era romper la relación para que el otro no perdiese la vida esperando a alguien que ya no iba a volver.

—Estás muy segura de tu hombre, que envidia —le dijo África bromeando—. Yo del mío no me fío ni un pelo. Claro que si me has dicho que era extranjero a lo mejor en otros países funcionan diferente. Lo que si

me da que pensar es que ha pasado mucho tiempo. Durante la guerra hubo muchos jóvenes que se alistaron con los franceses. Tengo un huésped habitual de Barcelona que me contaba que su hijo se había alistado. Al final de la guerra la mayoría de los que estaban desaparecidos volvieron a aparecer al ser liberados y los muertos fueron debidamente identificados y enterrados.

—Es que mi novio no era del bando de los ganadores. Era alemán y posiblemente no haya tenido la misma suerte.

Ambas se quedaron en silencio mientras siguieron tomándose el chocolate. África, que estaba callada pero no dejaba de darle vueltas al tema le preguntó a María:

—Y ¿Qué hacía un alemán en Málaga?

—Es toda una historia —le respondió María—. Tuvo problemas en su tierra y huyó. Al cabo de un tiempo y tras dar unas cuantas vueltas apareció en Málaga y allí nos conocimos.

—Niña, que vida tan interesante que tienes. Ya verás cómo lo vas a encontrar —dijo finalmente convencida—. Tengo una vecina del pueblo que también vive en Madrid y sabe tirar las cartas. ¿Quieres que le avise y mañana por la tarde le preguntamos si ve algo?

—No, no, por favor —le dijo María con superstición—. Todo esto que le he contado por favor que quede entre nosotras. Estoy un poco desesperada y necesitaba hablar con alguien. No quisiera que cualquier cosa que hiciese yo o cualquier indiscreción por mi culpa pudiesen interferir en algún aspecto en la búsqueda de mi novio.

—Bueno, como tú quieras —le dijo África mientras le acariciaba la mano cariñosamente— pero mi amiga Balbina es muy buena con las cartas y a lo mejor nos puede ayudar. Tan solo tienes que decírmelo y en un abrir y cerrar de ojos yo te la traigo aquí para que nos ayude.

—Muchas gracias —dijo María—. Si veo que nos puede ayudar la avisaré —dijo María sin mostrar mucho interés por el tema.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

—¡Santo Cielo! —exclamó África levantándose y recogiendo todo lo que había traído para la merienda— ya está aquí el huésped que me faltaba. Tengo que irme y no te preocupes que no le contaré nada a nadie. Bienvenida a mi casa y espero que tengas muy buena suerte.

Y con la bandeja en la mano salió disparada de la habitación.

A las siete en punto, Juan llamaba a la puerta de la habitación de María.

Ella ya estaba lista para salir a conocer un poco la ciudad. Esperaba impaciente.

La verdad es que no sabía cuál sería el resultado de esta aventura, pero el hecho de estar haciendo algo para encontrar a Alfredo la estaba ayudando a sentirse mejor.

También le sentaba bien salir de Málaga durante unos días. Visitaba una ciudad nueva, llena de monumentos e historia, con gente diferente y desconocida, y eso siempre era interesante.

La conversación con África le había sentado bien. Se había podido desahogar un poco con una persona a la que no conocía de nada y que le había parecido muy simpática, si todas las madrileñas eran así se iba a sentir muy bien allí. No tenía intención de consultar a ninguna bruja, pero nunca se sabe. Si se desesperaba mucho quizás sí que intentaría que quedasen un día y consultarle, aunque tampoco creía mucho en estas cosas.

Juan y María callejearon por el casco antiguo de Madrid. Bajaron hacia la plaza de la Ópera y María no dejaba de sorprenderse con todo lo que veía.

Llegaron a la entrada del Palacio Real y se asomaron para ver el Campo del Moro. Desde allí, caminaron hacia la Plaza Mayor. Juan tenía intención de que cenasen algún plato típico de la ciudad y aquel era el mejor lugar. Había muchas tabernas, tascas y restaurantes en un espacio reducido y sería más fácil poder escoger que es lo que querían tomar.

Juan no dejaba de explicarle a María anécdotas de la ciudad y sus personajes históricos. Conocía bien la historia ya que le gustaba mucho leer. Además, él iba de vez en cuando a la ciudad y ya la empezaba a dominar.

María no dejaba de preguntar y de recopilar información. Ella también había leído mucho y disfrutaba de la historia, pero era la primera vez que se alejaba tanto de Málaga y entraba en un entorno tan diferente al suyo habitual.

De momento lo único que encontraba a faltar en Madrid era el mar. En la zona donde ella vivía de Málaga, el mar estaba siempre presente.

Al final se decidieron por una cena a base de tapas, de tortillas, chorizos fritos y un montón de otras tapas. Acompañaron la cena con una botella de vino tinto. Juan insistía en que cenasen cocido, pero María temía que fuese muy pesado para cenar y más cuando aún no hacía frío, así que al final dejaron el cocido para otra ocasión y se conformaron con una cena más ligera.

Bromearon todo el tiempo con anécdotas de sus vidas y del resto de la familia. Hablaron de sus padres y de sus hermanos. María conocía mejor a sus hermanos menores, aunque desde que Ana se había ido a Guadalvalle era Juan el que estaba más al día de sus cosas. Los líos de Ana daban para escribir un libro.

Hablaron de que sus padres empezaban a ser mayores y de que no sabían cómo iban a estar durante los próximos años. Juan también contó anécdotas sobre la familia de su mujer. Los apreciaba mucho pero siempre le habían parecido un poco estirados. Su cuñado compartía la misma visión, aunque venía de un mundo más fino que él. Había muchas anécdotas divertidas.

Lola era un caso, pero sabía hacerse querer. Desde que le había dado por la pintura cada uno se dedicaba a sus asuntos y vivían mucho mejor. Cuando estaban juntos se explicaban lo que había pasado durante el día. Los niños, desde que Ana estaba con ellos, no eran ningún problema. Estaban mucho más controlados. Faltaba ver que pasaría cuando Ana se casase el año que viene o el otro. De momento parecía que quería quedarse en Guadalvalle y eso era bueno para Juan ya que podría seguir ayudando a su mujer.

Hacia el final de la cena, Juan pasó a explicarle a su hermana el plan para el día siguiente.

—Mañana a las diez, nos esperan en el ministerio. Sé que mi cuñado Ramón ha movido cielo y tierra para conseguir que nos atiendan.

—Tengo que hacerle un buen regalo al hermano de Lola —interrumpió María— nos reservó la pensión y también se ocupó de la entrevista. Se ha portado muy bien conmigo.

—No te preocupes por eso. Es mi familia y entre familia tenemos que ayudarnos —respondió Juan volviendo al tema principal de la conversación —. Le dije a Ramón que habíamos tenido el contacto de un tal Quintana. Poco más sabemos de él. Realmente no sé con quién tenemos que vernos mañana pues quizás el Sr. Quintana ya se haya jubilado o lo hayan trasladado, pero sea como sea Ramón nos ha buscado a alguien que nos va a atender.

—Ojalá que nos pueda ayudar —dijo María esperanzada.

—No te preocupes, viniendo de él ten por seguro que hará todo lo que pueda. No te aseguro que lleguemos a tener pistas mañana mismo o que todo quede aclarado. Lo que estamos buscando es la punta del hilo que nos permita tirar de él hasta que lleguemos a desenredar toda esta historia. Quizás Alfredo tiene problemas y está en algún lugar desde donde no se puede comunicar con nosotros. Quizás está vivo y no va a volver o quizás —dijo haciendo una pausa y mirando de no ser brusco— ha fallecido y no lo han localizado.

—Dios mío —exclamó María— nada parece indicar que por mucho que lo encontremos o queramos ayudarle podamos finalmente hacer algo por él.

Sería mucho peor saber que está atrapado o prisionero y no podemos ayudarle.

Bueno, en realidad ya no sé ni que pensar.

—Es un riesgo que corremos, pero María vamos a ocuparnos de los problemas y sus soluciones y no a preocuparnos por lo que aún no sabemos —le dijo Juan tomando sus manos entre las suyas.

Acabaron de cenar y salieron a caminar un rato por las calles que rodean la Plaza y poco a poco se fueron encaminando hacia la pensión. Cuando llegaron ya eran las diez de la noche.

Saludaron a Ramiro, el marido de África, que los presentó y se dirigieron hacia sus dormitorios. Al despedirse, Juan le comentó a María que la recogería a las ocho de la mañana para poder desayunar tranquilamente y encaminarse hacia el Ministerio.

María pasó la noche muy inquieta e impaciente. Se movía de un lado para otro y durmió despertándose cada poco rato. Se pasó el tiempo contando las horas que faltaban para que amaneciese de una vez.

A las siete se levantó y decidió darse un baño. El pequeño aseo de la habitación no daba para mucho, pero se entretuvo lavándose recreándose y sin prisa.

Luego se arregló ante el espejo. Se cepilló su melena abundante y se pintó discretamente para la situación. Se vistió con su ropa más formal. Quería ofrecer una imagen seria ante el funcionario que les atendiese. Estuvo repasando mentalmente toda la historia con Alfredo. Estaba a explicar todo lo que hiciese falta sin ocultar ninguna información.

A las ocho en punto, Juan la recogió en la habitación. Iba arreglado con su traje oscuro y su corbata de color azul marino. La camisa impecable y blanca. También quería causar una buena impresión.

Cuando pasaron por el recibidor no había nadie, así que directamente se fueron camino de la calle. A pesar de la hora relativamente temprana la ciudad ya se había puesto en movimiento. La gente iba por la Gran Vía como si fuesen las seis de la tarde. Cada uno se dirigía a su puesto de trabajo, a realizar sus compras o a hacer lo que fuese que iban a hacer.

Juan y María se metieron en la multitud y se dirigieron hacia la zona donde estaba el Ministerio de Asuntos Exteriores. En realidad, el ministerio se llamaba oficialmente Ministerio de Estado y por aquellos días el ministro era Salvador Bermúdez de Castro, conservador del mismo partido que Juan aunque no se conocían personalmente.

El ministerio estaba en el Palacio de Santa Cruz en pleno centro de Madrid así que llegaron con una hora de anticipación y sin haber desayunado.

—Vamos a desayunar algo —dijo Juan— seguro que cualquier cosa que tengamos que hacer la haremos mejor cuando no estemos en ayunas.

—No creo que me entre nada en el estómago —le dijo María— de lo nerviosa que estoy, pero si quieres entramos en algún sitio y tú te tomas algo.

Mira, ahí delante hay un bar donde podemos desayunar. Entraron en la cafetería que ya estaba llena de gente. Todo el mundo hablaba a la vez y el escándalo era considerable.

Encontraron en un rincón una mesa vacía. Se sentaron.

—¿Sabes qué? Voy a ir a la barra a pedir —dijo Juan viendo que si no se iban a atrasar mucho—. ¿Qué quieres que te traiga?

—No tengo ganas de comer —le respondió María—. Pídeme un café con leche y ya está.

Juan se fue a la barra y habló con el camarero que le dijo que en un momento se lo servía en la mesa.

—He estado pensando —dijo María— que no tiene ninguna lógica que intente ocultar nada al funcionario que nos atienda. Le contaré toda la verdad sobre lo que me pregunte. —Es una buena idea. Si nos tienen que ayudar, mejor que sepan todo lo que nosotros sabemos. Además, imagino que ellos ya saben todo lo que nosotros podamos explicarles. El camarero llegó con dos cafés con leche y un plato con churros. Juan empezó a desayunar mientras que María removía su café con leche sin probarlo.

—¿Te imaginas que entras en un bar en Guadalvalle?, seguramente dirían que eres una mujer muy fresca.

—No te creas. En Málaga no está tan mal visto, pero la gente no es tan libre como aquí.

Ambos rieron. Era verdad que en su pueblo las mujeres no eran bien recibidas en los lugares donde solían encontrarse los hombres. No pasaba nada si una mujer entraba en una cafetería en Málaga, aunque estaba mal visto que entrase en un bar.

En Madrid parecía como si cada uno fuese a sus asuntos y no se metiesen demasiado en lo que hacían los demás. A las diez en punto atravesaban la puerta del Palacio de Santa Cruz. En la puerta un guardia les preguntó a dónde iban y Juan le explicó que tenían una cita. Dio su nombre. El guardia entro al interior del Palacio —imaginaron que a consultar— y al cabo de un momento regresó.

—Pasen por favor, les están esperando. Siéntense en el recibidor de su derecha y en unos minutos les vendrán a buscar.

El guardia regresó a su puesto. Pasaron los dos y siguieron sus instrucciones y esperaron. Al cabo de cinco minutos apareció una jovencita de

unos veinte años, muy extremada y con una gran sonrisa. Entró en la sala y preguntó:

—¿El señor Juan Martí? —saludó con una amplia sonrisa.

Juan se levantó y le dijo:

—Yo mismo, para servirle.

—Mi nombre es Jacinta Luque —dijo estrechándole la mano—. Usted es la señorita María Martí ¿no? —dijo dirigiéndose a María y extendiéndole también la mano.

—Sí —dijo María nerviosa— mucho gusto.

—Pero no esté nerviosa —le dijo Jacinta que se había dado cuenta—. Nosotros vamos a hacer todo lo que podamos por ustedes. De momento acompáñenme que les están esperando.

Atravesaron varios pasillos y tomaron la escalera hasta el piso superior.

El palacio por dentro era una maravilla. Realmente la situación del país sería la que fuese, pero en aquel palacio no faltaban los cuadros y los adornos. Tenía una decoración que parecía un museo de tantas obras de arte como había por todos los lados.

Había bastante gente trabajando en las salas que iban quedando a derecha e izquierda y Jacinta con su simpatía iba saludando a todo el que se encontraba.

Parecía que la joven era muy popular en el ministerio.

Cuando llegaron a una sala que parecía que era el lugar en que les aguardaban, Jacinta les indicó que se sentaran y que en un momento volvía a recogerlos y se alejó por una puerta que estaba al fondo de la sala.

Transcurrieron unos cinco minutos más, que a María le parecieron eternos cuando se volvió a abrir la puerta. Un hombre de poco más de cuarenta años salió y se dirigió hacia ellos.

—Buenos días —sonrió y extendió la mano— soy Javier Mateo.

—Buenos días —respondió Juan—. Yo soy Juan Martí y ella es mi hermana María.

—Acompáñenme por favor.

Juan y María siguieron a Javier Mateo dentro del despacho.

Aquel hombre debía ser alguien importante en el ministerio ya que su despacho era bastante más grande y lujoso que los que habían visto al pasar. El hombre parecía amable y sin duda simpático. Mateo conservaba la pinta de galán que había tenido en el tiempo que había vivido en Berlín.

Les invitó a tomar asiento y le pidió a Jacinta que fuese tan amable de traer algo de beber a los señores. Jacinta salió del despacho cerrando la

puerta.

En ese momento Juan empezó a hablar.

—Señor Mateo, antes que nada, quisiera agradecerle su amabilidad por recibirnos y por regalarnos parte de su tiempo —dijo Juan mostrando cortesía.

—No se preocupe Señor Martí, ese es mi trabajo, pero además soy buen amigo de su cuñado Ramón Maura. Es un placer poderles ayudar o como mínimo intentarlo.

—Gracias por su amabilidad —le dijo María, que de momento se mantenía en un segundo plano.

—Yo no quisiera engañarles —dijo directamente Javier Mateo—. Es totalmente cierto lo que les decía de su cuñado Ramón, somos muy amigos, pero además de eso debo decirles que no es una casualidad que sea yo quien les reciba. Les explicaré. Estoy al corriente de toda la historia de Alfredo Estrella.

A María el corazón le dio un vuelco. Juan se recolocó en la silla.

—Bueno —dijo Javier Mateo al darse cuenta de que aquello que acababa de decir invitaba a crearse falsas expectativas— me he expresado mal. Conozco buena parte de la historia. Por desgracia no conozco el final. Ya ha pasado un tiempo prudencial desde que le perdimos el rastro y los intereses que teníamos en aquellos momentos han evolucionado y ya no son los mismos. Ahora podemos explicarles más detalladamente la información de que disponemos y darles alguna explicación. Confío en que todo lo que hablemos en esta sala se quedará en esta sala y que nunca va a trascender, por ejemplo a la prensa, ya que podría ser perjudicial para todos.

—Por supuesto —dijo Juan comprometiéndose— todo lo que hablemos aquí es privado y como usted ya debe saber hemos sido siempre muy comedidos en nuestras explicaciones y nadie más que nuestro círculo íntimo de familiares sabe la realidad de la historia del prometido de mi hermana —mintió Juan ya que la historia era conocida por bastante gente.

María dejó que Juan hablase. Ella estaba concentrada en retener cada una de las palabras de aquella conversación. Pensaba que sería más fácil que Juan obtuviese información que ella. Javier Mateo prosiguió.

—La verdad es que cuando llegó aquí Ramón Maura pidiendo una entrevista con Quintana a mí me sorprendió un poco. Como amigos que somos aprovechó la visita para verme y estuvimos hablando del tema. Ramón no sabía mucho, pero las pistas que me dio fueron suficientes.

Hizo una pausa.

—Quintana murió hace unos años.

María no se esperaba esa noticia y por supuesto Juan tampoco, aunque Juan nunca lo había llegado a conocer. Eso explicaba que no respondiese a las cartas de María.

—Fue en una misión. Lo enviamos a Londres a realizar unas gestiones y el barco en que viajaba fue atacado y hundido por los alemanes. Son cosas que pasan. De todas formas, el mundo es un pañuelo y a veces las cosas no pasan por casualidad. Durante la guerra yo estuve de agregado para información en la Embajada española en Berlín.

María se quedó lívida. La sangre le abandonó las mejillas. Delante de ella tenía un vínculo con su amado.

—¿Conoce usted a Alfredo? —se decidió a preguntar.

—Si señorita Martí. Durante el tiempo que yo estuve de agregado de información en Berlín fui su superior directo. Conocí bastante bien a Alfredo y en alguna ocasión me habló de usted.

A María le vinieron cientos de emociones a la vez a la cabeza y Juan le cogió de la mano disimuladamente para calmarla.

—Por lo poco que yo pueda saber se le veía enamorado —intentó tranquilizarla él—. Alfredo, era consciente de que estaba pagando una deuda teórica a cambio de una situación civil y en consecuencia actuaba. Era un buen trabajador, quizás el mejor ayudante que tuve durante aquellos años.

—¿Qué pasó con él? —preguntó Juan al ver que a aquel hombre le costaba llegar al grano.

—La verdad es que tuvo mala suerte. Un buen día desde el Ministerio de Exteriores de Alemania empezaron a presionarnos. Querían enviar a alguien a retrogrado en Rusia. Sabían que la revolución estaba a punto de estallar y jugaban a imaginar que Rusia saldría de la guerra y Alemania ganaría en cuatro días. La presión fue tan alta que tuvimos que buscar a alguien que pudiésemos enviar sin problemas. Alfredo tenía el perfil perfecto. Era alemán, así que a los alemanes les costaba creer que les pudiese traicionar. Estaba sometido a un chantaje por parte de las autoridades españolas. Era buen trabajador y tenía facilidad para los idiomas. Había empezado a estudiar ruso siguiendo nuestras indicaciones.

—¿Qué pasó entonces? —preguntó María— hasta ahí tenía la información directamente por él mismo. ¿No era muy arriesgado enviarlo a Rusia con la Revolución a punto de empezar? —dijo inquisitiva.

—Lo enviamos a Petrogrado con una función concreta. No hubiese corrido ningún riesgo si no hubiese empezado la revolución. Ahora que sabemos cuándo y cómo empezó podemos pensar que era peligroso, pero en

aquel momento no lo pensamos. Nadie creía que iba a pasar todo aquello tan rápido. De haberlo sabido lo hubiese hecho salir de allí antes de que todo aquello se descontrolase. Sobre su función yo no puedo decirles nada porque realmente no sé nada. En principio el trabajo era solo por seis meses, pero sé que durante las revueltas de marzo de 1917 le perdieron el rastro. A partir de aquel momento todo se aceleró y no conozco más de la historia. Durante unos segundos todos quedaron en silencio.

—¿Sabe qué podemos hacer? —preguntó Juan—. A lo mejor alguna organización internacional como la Cruz Roja nos puede ayudar a buscarlo.

—La verdad es que no tengo mucha idea. Por aquellos días, yo estaba casado con Katharina que era alemana. Me abandonó de la noche a la mañana y se llevó a mis hijos. Por lo que he sabido se fue a los Estados Unidos y hoy en día viven en Texas en muy buena situación económica. Yo me había convertido en una vergüenza para las autoridades españolas y para mi familia así que me propusieron volver a Madrid y no me lo pensé. Estaba cansado de tanta guerra y de pasar hambre así que hoy en día estoy encantado de estar aquí. En aquel momento perdí todo el contacto con Alemania.

—Ya veo —dijo Juan mostrando poco interés por la historia personal de Javier Mateo—. Ahora sabemos que al menos hasta que empezó la revolución estaba vivo.

—¿Y nada más? —preguntó María enfadada, pero controlándose para no ponerse a gritarle—. ¿Lo envían a un lugar peligroso y le pierden el rastro y se queda tan tranquilo? —María parecía decidida a decir lo que pensaba.

—Lo lamento —respondió Javier Mateo—. Ya les he dicho que me convertí en una vergüenza para las autoridades. Seguramente tenían razón —el hombre parecía asumir su papel de irresponsable.

—Es usted un indolente consentido —dijo María sin levantar el tono de voz.

—Bueno María, cálmate —intervino Juan—. No nos vamos a rendir así como así.

—Debo aclararles que a pesar de sus orígenes hoy en día el señor Estrella tiene plena nacionalidad española. Ya no es alemán. Para los alemanes es como si se hubiese muerto. Ya no existe. Lo más irónico de todo es que él huyó de su tierra para no ser acusado, pero en realidad al cabo de muy poco tiempo se sabía que no era culpable de nada.

—¿Cómo ciudadano español que es, siguen buscándolo? —preguntó Juan intentando ser correcto porque era un amigo de su cuñado más que porque le faltasen ganas de soltarle alguna fresca.

—Sí —respondió Javier Mateo—, el problema es que está abierta la búsqueda de varios centenares de personas en muchos países a lo largo y ancho del continente. En algunos lugares la búsqueda es más activa que en otros. En Rusia siguen en guerra así que es difícil avanzar.

No se imaginan el caos en que vive aquella gente.

María se había ido tranquilizando mientras la conversación se iba desarrollando. Al menos ya no le temblaban las manos.

—Discúlpeme, no debía haberle faltado. ¿Qué nos aconseja que hagamos ahora? —preguntó María—. Es imposible viajar a Rusia en plena revuelta y además no creo que fuese fácil encontrarlo.

—Ya sé que suena cínico lo que le voy a decir —dijo Mateo— pero lo único que puede hacer en este momento es esperar. Puedo decirle que tenemos gente que lo busca desde que desapareció. No es gente que está directamente relacionada con nosotros, pero sí están colaborando directamente en su búsqueda. Usted sabe que él es judío ¿no?

—Por supuesto que lo sabía —dijo María.

Juan la miró sorprendido, no sabía nada. La única razón por la que María no se lo había contado es porque nunca pensó que fuese importante ese detalle.

—Pues hay personas entre la comunidad judía de Rusia que lo está buscando o al menos intentando certificar su defunción. El problema es el caos que reina en ese país tan enorme, bueno reinar ahora ya no reina nadie, —dijo Mateo, intentado aportar una nota de humor para destensar la situación.

Añadió:

—Solo pueden esperar. En algún momento estoy seguro que sabremos qué pasó con él. Si realmente está vivo, creo que por lo poco que lo conocí su prometido es muy tenaz, tarde o temprano volverá.

Mateo se levantó de la silla, Juan y María le imitaron. Les acompañó a la entrada. La reunión y el tiempo de Mateo se habían acabado.

—Gracias por su ayuda, aunque realmente ha sido muy poca. Al menos sé que hasta que abandonó Berlín estaba bien —le dijo María ya más serena— ha sido usted muy amable en atendernos. Me ayuda pensar que hay gente que le sigue buscando.

—Ha sido un placer. Lamento no haber sido de más utilidad —mintió Mateo estrechándole la mano a María—. Puedo asegurarle, por lo que puedo saber que él seguía enamorado de usted y todo lo que hacía era para volver a su lado.

—Gracias otra vez —le dijo Juan— si en algún momento tienen alguna noticia le agradecería que me lo hiciese saber.

—Sin duda. Igualmente les digo que si necesitan hablar conmigo no duden en contactar. Estaré encantado de atenderles —en realidad era más que nada por cortesía y por la relación con Ramón Maura.

Se dirigió a la mesa donde estaba sentada Jacinta, en la gran sala donde habían esperado al llegar. Mateo se dirigió hacia ella y le dijo en voz baja y con un tono cortante y bastante áspero:

—Acompáñalos a la puerta por favor y cuando vuelvas sigue buscándome a Nuria Vega. No sé dónde está en este momento, pero yo la buscaría en algún lugar de Asia o en el norte de África.

—Si señor Mateo, seguiré averiguando —dijo Jacinta detectando el mal humor de Mateo—, si me quieren acompañar les mostraré la salida —dijo dirigiéndose a los hermanos Martí que estaban un poco apartados de ellos, con una sonrisa en la cara.

Los acompañó a la puerta del Palacio y se despidió regresando al interior.

—¿Qué crees que podemos hacer ahora? —preguntó María mientras caminaban hacia la pensión.

—Déjame que hable con Ramón a ver qué me aconseja él y también quiero mover algún contacto dentro del partido.

Regresaron derrotados a la pensión. Por el camino comieron alguna cosa y la mayor parte del tiempo estuvieron en silencio. Cada uno con sus propios pensamientos.

Durante el trayecto Juan iba reprimiendo una cuestión, pero al final se decidió a comentar…

—No me habías dicho que Alfredo es judío.

—Es verdad —dijo María— la verdad es que en algún momento pensé que tenía que comentártelo, pero al final decidí que no tenía ninguna importancia y francamente con el tiempo me olvidé. ¿Te molesta que lo sea? —preguntó María.

—La verdad es que no, pero sencillamente me ha sorprendido. En realidad, parece ser que eso le beneficia ya que pone a la comunidad judía rusa, que por cierto es muy importante, a buscarlo.

—No se me había ocurrido antes de que nos lo contaran. Si lo hubiese pensado quizás lo hubiese comentado antes —dijo María confusa.

—Imagino que Papá y Mamá no lo saben.

—De la familia no lo sabe nadie más que tú y que yo. Además, para casarnos estábamos mirando la posibilidad de poder falsificar una fe de

bautismo alemana. De hecho, ya habíamos hecho algunas consultas.

—No me digas —dijo Juan riendo y cogiéndola cariñosamente por los hombros— que pena que no tuve ocasión de conocerlo un poco mejor, es un tipo con recursos.

Al entrar, África los saludo. Estaba acompañada de su amiga Balbina, la tiradora de cartas.

—Buenas tardes —saludó África cuando los vio entrar.

—Buenas tardes —respondieron.

—Mire María, por casualidad mi amiga Balbina ha venido a verme, ayer le hablaba de ella —aclaró África, la mujer era muy tozuda.

—Buenas tardes se saludaron.

—Yo les dejo —interrumpió Juan— me voy a estirar media hora y luego me iré a hacer visitas.

—¿Te recojo a las nueve para cenar? —preguntó a María.

—De acuerdo —respondió dándole un beso en la mejilla antes de que se alejase rumbo a su habitación.

—Íbamos a tomar un café mi amiga y yo —dijo África— ¿nos acompaña?, lo tomaremos en la cocina que estaremos muy cómodas.

—Iba a estirarme un poco —dijo María— pero en realidad no creo que pudiese dormir ni cinco minutos. Les acompañaré —decidió en el último momento.

Entraron las tres mujeres en la cocina. Era una sala que estaba muy bien ordenada y totalmente limpia. En el centro había una mesa de madera con cuatro sillas y sobre ella una bandeja con unos merengues que había traído Balbina.

Tomaron asiento las tres y África empezó a poner café.

—Imagino que esto le puede parecer una encerrona —le dijo África a María— pero es totalmente casualidad que yo ayer le hablase de mi amiga Balbina y de sus cartas y de que hoy la tengamos aquí. Es una coincidencia —intentó justificarse la mujer, aunque resultaba poco convincente.

—No se preocupe —dijo María sonriendo— me alegro de conocerla dijo mientras dirigía la mirada a Balbina.

—Bueno, en verdad, no es tanta casualidad —aclaró Balbina—. Tú, África sabes que cada tarde al acabar el día y antes de irme a dormir me hago una tirada de cartas para ver qué me dicen. Estoy convencida de que es el mejor momento. Cuando se ha acabado el día y cuando estamos dispuestos a descansar unas cuantas horas. Además, si algo no queda claro o yo no sé

captarlo durante el sueño es fácil que me lleguen imágenes que sirvan para acabar de entenderlo todo.

María la miraba no sin una cierta extrañeza. No acababa de creer en todo aquello, aunque realmente era más el hecho de que no había intentado nunca hacerse con una opinión sobre este tema y francamente lo desconocía absolutamente todo.

—No se espante María —le dijo África acariciándole el brazo.

—El caso es que ayer —siguió Balbina— cuando me hice la tirada de la noche me vino insistentemente la orden de que tenía que venir a ver a África.

Como ve las cartas te ayudan y te cuentan secretos, pero a veces también te obligan a hacer cosas.

—¿Por qué no me tiras las cartas? —dijo África—. No creo que nuestra nueva amiga malagueña se asuste de nada que me puedas decir —rio.

—Bueno ahí va, pero mientras las tiro tenemos que guardar silencio.

Balbina desplegó su mantel de terciopelo azul que traía en el bolso y a continuación barajó las cartas. Hizo que África cortase y después las dividió en dos montones. Preguntó cuál de los dos prefería y cuando África había elegido esparció las cartas por encima del mantel.

A partir de aquel momento las dos amigas empezaron a hablar. África hacía preguntas y Balbina le iba dando respuestas argumentadas en función de lo que le salía en la distribución de las cartas. Estuvieron mucho rato discutiendo sobre varios asuntos de una forma muy coloquial.

Parecía bastante divertido. Balbina aconsejaba, ni adivinaba ni predecía un futuro terrible. Las cartas solo le sugerían a África cómo actuar ante diferentes cuestiones.

María lo miraba muy entretenida. Por algún momento se olvidó de su historia y de lo que la traía a la ciudad. Cuando dieron por acabada la sesión Balbina empezó a recogerlo todo. No le quedaba mucho tiempo. Tenía cosas que hacer antes de volver a su casa.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó Balbina.

—No era lo que me imaginaba —dijo María— ha sido más una conversación entre amigas que otra cosa.

—Normalmente es así —dijo Balbina— lo que pasa es que en todos estos temas hay mucho vividor y mucho misterio. En realidad, créame, todo es mucho más sencillo de lo que parece.

—Balbina —dijo África— ¿no le podías mirar un poquito a mi amiga?

Esta desesperadita.

—¿Quiere usted? —preguntó Balbina— yo no tengo mucho tiempo, pero media horita más sí que la puedo pasar. Tenía que hacer un recado, pero también lo puedo hacer mañana.

—Me gustaría —se animó a responder María— pero me da miedo.

—Anímese —insistió África— ya ve que Balbina no le va a contar nada malo.

—Si quiere, propuso Balbina, yo empiezo y a partir de aquí usted me dice cuando quiere que pare.

—Está bien —dijo María prestándose al juego.

Mientras Balbina empezó a barajar las cartas África sirvió más café para las tres.

Cuando Balbina acabó le preguntó a María cuál era su fecha de nacimiento, el nombre de la persona por la que quería preguntar y la fecha de nacimiento de él.

Una vez que tenía las respuestas separó las cartas en dos montones y le pidió que escogiese uno de los dos. Así lo hizo María y Balbina empezó a distribuir las cartas por la mesa.

Pasaron unos dos o tres minutos mientras Balbina intentaba leer lo que le estaban diciendo las cartas. María y África estaban impacientes. Sin ninguna señal previa Balbina muy concentrada y seria empezó a hablar.

—Las cartas me están contando que tiene usted un problema de amor. Ha tenido la gran suerte de encontrar el amor verdadero. Es un amor que viene de otras tierras y que se le ha presentado sin que usted hiciese nada para buscarlo.

Por culpa de ese amor usted ha dejado su vida en espera, ¿eso es cierto?

—Sí —dijo María.

—Se trata de una historia *kármica* —siguió Balbina—. Sus guías del más allá le ponen ante un reto que debe superar. Las pruebas serán duras y puede que las pase o puede que no, pero si logra superarlas habrá valido la pena.

—¿Qué quiere decir? —preguntó María comprendiendo solo parcialmente lo que le había dicho aquella mujer.

—Que es una historia que debe superar por sí misma. Antes de nacer pactó con sus guías todo lo que está viviendo en relación a su novio. No está ante una historia en la que pueda decidir o hacer algo diferente a lo pactado.

Debe dejarse llevar y extraer el aprendizaje que tenga que conseguir.

María no entendía demasiado bien lo que estaba oyendo. Se perdía un poco en aquel vocabulario y en aquello de los guías y el karma.

—¿Puedo preguntar si él está vivo y si va a volver?

—Preguntemos —dijo Balbina recogiendo las cartas y volviendo a repartirlas por la mesa.

Otra vez estuvo unos minutos mirando lo que aquellas cartas extrañas intentaban decirle.

—Es curioso —dijo Balbina— no suele pasarme, pero no estoy muy segura de entender bien lo que estoy leyendo.

—¿Es complicado? —preguntó María intrigada.

—Es complicado el mensaje. Verá, por un lado, me dicen que está vivo, aunque está muy lejos. Por otro lado, me dicen que él la quiere a usted con tanta intensidad como usted le quiere a él, aunque, y seguro que me equivoco, pero me dicen que le ha olvidado.

—Eso no tiene sentido —dijo África que no se pudo contener de entrar en la conversación.

—No lo tiene —dijo Balbina— le quiere, pero le ha olvidado. También veo que está enfermo pero esa enfermedad le está protegiendo. Seguramente esa protección también es *kármicay* esta acordada desde el más allá. En cuando a si volverán a estar juntos, las cartas no me cuentan nada. Si lo hiciesen todo el acuerdo con sus guías perdería valor y eso no está permitido. Debe luchar por él.

Las tres quedaron en silencio intentando aclararse con aquel mensaje tan extraño.

—En definitiva —dijo María— está vivo y me quiere, pero está muy lejos. A pesar de eso me ha olvidado, pero puede ser que sea porque está enfermo y a la vez esa enfermedad es algo que lo protege a él.

—Básicamente es eso —dijo Balbina—. Ya sé que parece un cúmulo de incoherencias, pero seguro que hay una explicación. Piense que puede ser una tarea cósmica o *kármica*, pero la prueba puede ser diferente para los dos, aunque la compartan.

—Me he quedado sin saber bien que pensar —dijo María.

—Dese un tiempo —le dijo África— a mí a veces me pasa y luego poco a poco las cosas van tomando su lógica.

—Ahora sí que tengo que irme —dijo Balbina recogiendo sus cosas— quédese con el último mensaje. Luche por él, eso estaba muy claro en las cartas.

Las tres mujeres se fueron hacia la puerta y allí se despidieron. Balbina intentó animar a María. Le dijo que las pruebas *kármicas* solían superarse positivamente, el único inconveniente era que solían ser muy complicadas y difíciles para el que le tocaba vivirlas. A veces se tardaba toda la vida.

Las dos mujeres siguieron hablando hasta que Juan volvió a recoger a María para cenar.

Salieron y estuvieron cenando. María le contó a Juan toda la experiencia de aquella tarde. De entrada, Juan se mostró incrédulo, pero eso no evitó que entre los dos le diesen cincuenta mil vueltas al mensaje tan confuso que María había recibido.

Juan había aprovechado la tarde para visitar a su cuñado que había estado haciendo llamadas dirigidas principalmente a conseguir que la búsqueda se activase y se priorizase.

Por otro lado, había conseguido para el día siguiente una visita con un compañero de partido que estaba en la comisión parlamentaria encargada de la búsqueda de los desparecidos durante la guerra europea. Por la mañana irían a visitarlo.

Aquella noche María descansó mejor. Por la mañana cuando se encontró con Juan estaba más animada a pesar del poco resultado. Desayunaron y se despidieron de África. Salieron a la calle que parecía igual de llena de gente que el día anterior.

La comisión se reunía en los salones del hotel Palace, justo enfrente del Congreso de los Diputados. Juan había quedado allí con su contacto. Preguntó por él a la entrada y les dirigieron a una sala. Al cabo de unos minutos entró.

—Buenos días —dijo estirando la mano hacia Juan— soy Sebastián Gil, diputado por Castellón. Creo que ayer acordaron que nos entrevistaríamos aquí.

—Si señor —respondió Juan— ayer en el partido me dijeron que pasase por aquí para hablar con usted. Le presento a mi hermana María.

—Encantado —le dijo Sebastián Gil— mientras hacía el gesto galante y anticuado de besarle la mano a María.

María se quedó sorprendida. Aquel hombre tenía un aspecto bastante cuidado. Se notaba que venía de una familia bien aposentada. Su vestimenta impoluta y perfecta, al igual que el corte de su barba y de su cabello, totalmente canoso. Debía andar por los sesenta años. Consideró que estaba tan anticuado como sus costumbres.

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarles?

En esta ocasión fue María quien explicó una vez más toda la historia de Alfredo y como había desaparecido. El señor Gil lo oyó atentamente y en algún momento fue tomando notas sobre algunos aspectos que le parecieron importantes. Cuando María acabó se quedó unos segundos pensando y a continuación habló.

—Verán señores, yo creo sinceramente que la vía del ministerio es la que puede conducirles hasta el señor Alfredo Estrella. Ellos tienen los contactos y las herramientas. Otra cosa muy diferente es la situación actual. Ante eso nosotros podemos hacer poca cosa.

El desánimo volvía a aparecer en la cara de María y en la de Juan.

—No obstante —siguió— me ha dado una posibilidad de empezar a buscar por otro lado cuando me ha contado que su novio era judío y había contactado con la comunidad judía de Petrogrado. Por ahí podemos empezar a buscar. Ya saben ustedes que en España, no hay muchos judíos, pero sí que hay gente con dinero y esa gente con dinero, la mayoría conservadores de mi partido, contacta con gente con dinero de otros países y en ocasiones esos contactos son judíos.

—Me contó Alfredo que había una pequeña comunidad en Barcelona y otra mucho más importante en Gibraltar.

—Es cierto —dijo aquel hombre— de hecho, con la revolución alguno ha huido de Rusia y unos pocos han llegado a España y parece ser que se han instalado entre nosotros pero francamente son comunidades pequeñas y aisladas y no creo que estas en concreto nos puedan ayudar mucho. Tenemos que ir a buscar directamente a los judíos de Rusia, que son mucho más importantes. Si quiere que le diga la verdad ya he buscado algún contacto que nos puede ser útil para contactar con ellos. El problema es que parece que los han dispersado y sus direcciones han cambiado, pero eso solo será una cuestión de tiempo.

La expresión de María pareció relajarse un poco.

—Deje su dirección —mirando a Juan— buscaré a alguien que a su vez contacte con los hebreos de retrogrado. Les mantendré informados de cualquier cosa que podamos conseguir. No quiero engañarles, es muy difícil, pero lo intentaremos.

—No olvidaré su ayuda —dijo Juan mientras le estrechaba la mano.

—No se preocupe Sr. Martí, ya sabe que entre los políticos y los altos funcionarios intercambiamos favores y nos ayudamos unos a otros. Es lo más normal.

—Muchas gracias —le dijo efusivamente María.

Cuando ya estaban en la calle y caminaban hacia algún sitio donde comer algo comentaron los planes más inmediatos.

—Yo creo que mañana debemos volver a Málaga —dijo María—. Ya hemos acabado nuestro trabajo aquí. Acabemos de pasar el día y nos vamos.

Por otro lado, y respecto a Alfredo yo voy a seguir esperando como hasta ahora.

Estaré atenta a cualquier posibilidad de localizarlo. Me centraré en la escuela y en toda la gente que me necesita.

Juan acompañó a María a la pensión y él se fue a la estación de Atocha a comprar los billetes de vuelta. Afortunadamente había billetes para el día siguiente y todavía tenían plazas libres, así que Juan compró los dos billetes para el día siguiente a primera hora de la tarde.

Al día siguiente se despidieron de África que le contó a María que hubiese querido que se quedase más días. María le explicó que ya no les quedaba nada más que hacer allí y que era mejor que volviese al trabajo. La mujer la invitó a volver a Madrid cuando quisiera. Le deseó mucha suerte y se abrazaron tras intercambiar las direcciones para escribirse.

Volvieron a Málaga.

CAPÍTULO 13

JACO EL REVOLUCIONARIO

El regreso a Málaga de Juan y María fue mucho más triste que la ida a Madrid. El viaje en tren se hizo mucho más pesado, aunque en realidad en esta ocasión el servicio ferroviario funcionó sin demoras y tardaron menos tiempo.

Ambos viajaban en silencio. María pensaba que al menos lo habían intentado. Habían hecho lo que podían hacer para saber algo de Alfredo, pero no podía decirse que hubieran obtenido mucha información.

María pasaba el tiempo del viaje pensando en qué podía hacer ahora.

Además, aunque no quería dejarse influir por supersticiones, no podía evitarlo y recordaba lo que le había explicado Balbina y que era incapaz de entender de tan contradictorio que le parecía. Durante un rato se estuvo planteando todas las situaciones posibles en función de lo que le había dicho aquella mujer.

Podría ser que Alfredo hubiese muerto durante la revolución rusa sin identificación y hubiese ido a parar a algún tipo de fosa común. En ese caso lo más seguro es que nunca lo llegaría a saber. Se pasaría la vida esperándolo y él nunca regresaría. Dada esta opción, ¿qué alternativa tenía? Podría intentar abrirse a nuevas relaciones, pero de momento seguía enamorada y no tenía ninguna predisposición a cambiar sus sentimientos. Tan solo de pensarlo tenía la sensación de que estaba rompiendo la promesa que se hicieron en la estación.

También podría ser que Alfredo estuviese vivo pero retenido en Rusia. En ese caso poca cosa se podía hacer, más que esperar que pudiese liberarse de lo que le retuviese y volver a España. Actualmente Rusia estaba en plena guerra civil y no parecía que fuese fácil sobrevivir allí. Además, por lo que había leído, parecía que los bolcheviques iban a ganar así que no se sentía capaz de adivinar el futuro. En ese caso tenía aún más claro que debía esperarle.

La última opción era que Alfredo se hubiese enamorado de otra persona y ya no volviese nunca más. Para ella esta opción estaba descartada totalmente.

Ellos tenían un pacto contraído desde el momento en que se separaron. En su última mañana juntos camino de la estación se prometieron que se esperarían, pero si alguno de los dos no quería seguir esperando se escribirían. María conocía a Alfredo lo suficiente como para estar segura de que llegado el caso él le hubiese escrito. Se le dibujó una sonrisa en la cara cuando recordó lo cuadrado que era él.

En resumidas cuentas, su ánimo y sus sentimientos se inclinaban por seguir esperando de la mejor manera que pudiese. No quería renunciar al gran amor de su vida. Muchas de sus amigas habían tenido alguna gran historia en algún momento que se había consumido acabando por romperse. Su caso era diferente. Cuando un amor como el de ellos se interrumpe bruscamente y sin una razón intrínseca a ese amor se queda enquistado en el alma. Esa era su situación. Quizás estaba idealizando a Alfredo, pero era lo que sentía y no quería cambiar esa forma de sentir. Prefería conservar ese sentimiento a perderlo del todo, aunque el hecho de conservarlo representase dejar escapar otras muchas posibilidades.

Una vez había decidido que iba a esperar, aunque eso llevaba aparejado el riesgo de pasar toda la vida sola, había un segundo tema y era: ¿Cómo iba a soportarlo? Eso era bastante difícil. Si ella decidía confiar en que Alfredo estaba vivo e iba a regresar a buscarla, cuando eso pasase, no debía encontrar una persona amargada y torturada por la espera, así que la opción era llevar una vida todo lo gratificante que pudiese. Para ello tenía, según su forma de ver las cosas, dos caminos. El primero era ocupar el tiempo en el trabajo, en la medida en que le fuera satisfactorio. Le gustaba mucho lo que hacía y creía que lo hacía bien así que esto le podía ocupar buena parte de su día a día.

Por otro lado, había otra cuestión que cada vez le atraía más. Aunque no lo había hablado en profundidad con nadie —salvo quizás Juan, aunque no del todo— hacía tiempo que pensaba que no podía mantenerse al margen de las injusticias sociales y de los problemas que sufrían muchos de sus alumnos adultos casi a diario, en sus trabajos y en sus vidas. Cada vez se sentía más próxima a las ideas socialistas y quizás podría buscar alguna forma de colaboración más intensa con el partido.

El problema para ella, era que su familia tenía una ideología liberal o conservadora y el socialismo, que por esos días era bastante incipiente, pero con mucha fuerza en Andalucía, no sería demasiado bien visto por los suyos y

eso podía causar conflictos sobre todo con su padre, aunque el militante en política era su hermano Juan.

Miraría cómo podía hacerlo. También había otra cuestión que le preocupaba y que preveía que le sería un trabajo extra. Sus padres estaban ya mayores. Marta y Ana no vivían en casa desde hacía tiempo así que se había quedado de cuidadora oficial. Además, también estaba Pepe que mientras estuviese en casa sería otra responsabilidad. Se veía convertida en la cabeza de familia por omisión. Todos los demás se habían ido.

La suerte era que a pesar de la situación que les rodeaba de crisis, ellos de momento, tenían recursos suficientes para no preocuparse. No les sobraba ni un céntimo, pero tampoco les faltaba y eso era una gran fortuna.

Miró a Juan que dormitaba cabeceando de vez en cuando en su asiento. Se le veía cansado. Se había quedado dormido pensando en su hermana. Por un lado, estaba muy preocupado por María. Le daba pena la mala suerte que había tenido. Estaba casi convencido de que Alfredo estaba muerto. Había leído mucho sobre los primeros días de la revolución en Rusia y le parecía muy difícil que nadie pudiese sobrevivir allí.

¿Qué futuro le esperaba a su hermana? —y ¿qué futuro nos espera a todos los demás?— se preguntaba y a su vez se respondía.

Los tiempos no son muy buenos. Desde que se acabó la guerra estamos en crisis y además los precios ahora son mucho más caros. Todo está por las nubes. La política del país no es estable y tenemos un gobierno diferente cada dos por tres.

—Juan, Juan —le zarandeó María.

Juan abrió los ojos.

—¿Estaba roncando? —preguntó aún más dormido que despierto.

—No hombre —respondió María con cariño—, lo que pasa es que hacías muy mala cara y me pareció que estabas en una pesadilla.

Juan sonrió.

—No sé qué contestarte —dijo él más despierto—, pensaba en el futuro.

—No sé si es como para llamarle pesadilla, pero como mínimo es un poquito preocupante —dijo Juan.

—¡Ay que ver! —le dijo María con intención de animarlo— que derrotista. Mientras tengamos ganas de trabajar y posibilidades de hacerlo, el futuro dependerá de nosotros. Por lo demás tienes a Lola que vale un montón, tus hijos y tu negocio. ¿Qué más quieres? —sonreía María.

—Es verdad. Además, tendría que ser yo quien te diese ánimos a ti y no al revés.

—He estado pensando, Juan —dijo ella muy seria—. La única opción es esperar a que Alfredo vuelva. Si vuelve todo será perfecto. Si no vuelve habrá sido mi decisión y tan solo me debo cuentas a mí misma. Eso no quiere decir que esté sentada esperándole. La vida está llena de opciones y aparte de la pareja hay otras cosas que pueden llenar mi tiempo mientras espero.

—Me tienes sorprendido —dijo Juan con admiración.

—Sorprendido ¿para bien o para mal? —preguntó María intrigada.

—Pues para bien lógicamente —respondió Juan—. Has tenido suficiente con unas horas para poner tu mente y tus sentimientos en orden. Yo tengo treinta y cinco años y aún no lo he conseguido.

—Claro, es que yo soy una mujer y aunque no os lo creáis somos mucho más listas —bromeó María.

—En serio hermana te admiro —dijo él.

—Gracias. —María se emocionó un poco y alguna lágrima acudió a sus ojos— la verdad es que no tiene mucho mérito. Yo no he escogido esta situación y tan solo intento llevarla de la mejor manera posible.

—Te mereces que todo te salga bien.

Llegaron cansados del viaje. Juan acompañó a María a casa y pasó la noche allí. A la mañana siguiente partió rumbo a Guadalvalle con el primer tren.

María también se incorporó aquel mismo día al trabajo. Había podido comprobar durante aquellos años que trabajar era el mejor antídoto contra la nostalgia y la preocupación.

En el camino hacia la escuela encontró restos de los incidentes del día anterior. Por lo visto hubo una manifestación de protesta por la falta de alimentos. La gente cada vez estaba más desesperada y la situación en lugar de mejorar cada vez era peor y no se veía el final del túnel. De hecho, en casa cada vez tenían que racionar más la comida. Se aprovechaba todo. Por suerte Josefina era toda una maestra sacando partido a los restos de días anteriores. En los tiempos de su juventud había tenido que economizar todo lo que podía.

Al llegar a la escuela, después de saludar a sus compañeras, se incorporó a su clase. A aquella hora tenía una clase de alfabetización. Acudían unas diez mujeres de edad parecida a la suya. La mayoría de ellas eran madres de niños menores de diez años y provenían de una empresa de hilaturas con la que habían conseguido un acuerdo para facilitar que acudiesen a aquellas clases que la empresa pagaba en horas a los trabajadores y en pesetas a la escuela, a cambio de la obtención de unos rendimientos en la productividad de estas trabajadoras durante el año anterior.

El acuerdo no estaba nada mal y era una idea de Suceso Luengo que Pilar había puesto en práctica con un éxito indiscutible. Había surgido de un modelo que se estaba aplicando en algunas zonas industriales en Estados Unidos y Suceso, que conservaba bastantes contactos de su época americana, había sabido del experimento. Las empresas que habían colaborado en este tipo de proyectos, al mejorar la capacidad cultural de los trabajadores conseguían niveles de productividad mucho más elevados y estadísticamente veían que si en un primer momento el trabajador salía beneficiado, a la larga la empresa salía mucho más beneficiada. Nunca se daba nada a cambio de nada.

En España era algo muy innovador y Suceso no tenía noticia de que nadie más lo estuviese aplicando. Al iniciar la clase, las alumnas empezaron a preguntar a María sobre su ausencia de aquellos días. Ya de entrada, María percibió poca predisposición a que aquella clase fuese una clase como las habituales.

Les explicó que había estado en Madrid para arreglar algunos asuntos oficiales que convenía solucionar en la capital y que era imposible arreglar desde Málaga. Les estuvo explicando cómo había visto ella la ciudad y lo que más le había impresionado durante el corto tiempo que había tenido. Si de ella hubiese dependido se podría haber pasado todo un mes allí, pero resultaba muy caro, además estaban las obligaciones que tenía en Málaga.

Las mujeres escucharon atentamente y preguntaron todo tipo de cosas.

Estuvieron con el tema del viaje casi todo el tiempo. Lógicamente María aprovechaba cada ocasión que tenía para introducir alguna cuestión docente y conseguir que la clase no quedase totalmente perdida.

Por otro lado, y cuando la curiosidad fue del todo satisfecha le tocó su turno de preguntar qué había pasado durante el tiempo que ella había estado fuera.

No le costó nada que se lo explicasen con todo detalle. La gente estaba muy mal y se manifestaban a la menor ocasión. Faltaban alimentos y el país estaba en crisis.

Aquello no podía seguir así durante mucho tiempo. Además, habían puesto una bomba en el diario *La Unión Mercantil* y la gente había aprovechado para tirarse una vez más a la calle y manifestarse. Alguna de sus alumnas estaba bastante desesperada por su situación. En realidad, todas las que asistían a clase estaban trabajando así que eran afortunadas en ese aspecto, pero como mujeres cobraban salarios miserables y no llegaba para

nada. Las que peor lo pasaban eran las que tenían a sus maridos sin trabajo. Cada vez eran más.

Había hombres que al quedarse sin un empleo habían regresado a sus pueblos de origen para trabajar en el campo, pero allí la situación tampoco era mejor.

Algunos de pura desesperación empezaban a emigrar a Barcelona, Bilbao o Madrid, donde parecía que era más fácil sobrevivir.

La estrategia consistía en que marchase primero el marido y si conseguía un trabajo y veía posibilidades de mejora, que la mujer y los niños fuesen posteriormente. Desde luego, no era la emigración en masa de población, pero sí que había un cierto movimiento. Algunas de aquellas mujeres ya se habían marchado tras sus esposos.

La sociedad malagueña además de estar sufriendo una crisis se estaba reorganizando. Había quien había llamado a aquellos años el *trienio bolchevique*.

Cuando alguna alumna lo nombró a María se le encogió el estómago al pensar que Alfredo sí que estaba pasando por un periodo bolchevique auténtico en Rusia.

Rápidamente intentó quitárselo de la cabeza. Tenía que aferrarse a todo lo que tenía que hacer. Ya llegarían horas por la tarde y por la noche en las que no le fuese tan fácil cerrar los ojos a su realidad.

Poco a poco y casi sin darse cuenta a lo largo de los días fue entrando en una rutina que la mantenía en un estado de semiausencia. Dedicaba todo su esfuerzo en enseñar a leer y escribir a mujeres mucho más desafortunadas que ella. Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses y así pasaron un par de años desde su viaje a Madrid. Estábamos en 1922.

Aquella mañana su padre, Juan, se había levantado muy achacoso. Se quejaba de que le dolían todos los huesos y le costó un gran esfuerzo ponerse a conducir su carro.

María hacía tiempo que iba tomando conciencia de la edad de sus padres.

Juan ya tenía sesenta años y Josefina no tardaría muchos años en tenerlos.

Desde que Doña Marujita se había apagado hacía ya unos meses mientras dormía y sin ni siquiera despedirse, Josefina había vuelto a entrar en uno de aquellos estados de medio depresión que ella le recordaba de la época en que había muerto Alfonso, el hermano de María.

Ella, intentaba razonar con su madre que Marujita se había muerto sin sufrir y que había vivido una buena vida rodeada por ellos. No había muerto sola y no le había faltado de nada.

—Si niña —le decía Josefina— pero a pesar de que no se puede quejar de cómo ha sido su final, yo la sigo echando de menos. Ten en cuenta que hemos vivido juntas más de cincuenta años. Toda una vida, y ahora ya no está.

—Ya se mamá que para ti era como una madre, pero su tiempo se acabó —le decía María.

—No era casi, era toda una madre —respondía triste Josefina.

Afortunadamente Juan seguía siendo mucho más alegre, aunque, al no encontrarse del todo bien y tratándose de un hombre muy vital, cuando no se encontraba bien, parecía que se consumía mucho más rápido.

José, el niño, les daba vida a los dos, pero María también se daba cuenta de que el joven se sentía atrapado en aquella situación. En realidad, igual que ella.

Había acabado la escuela y estaba trabajando de ayudante de cajista en el periódico *La Unión Mercantil que*. precisamente era el que había sufrido el atentado hacía un par de años. Ayudaba a componer los moldes que luego se iban a utilizar para la impresión.

A María aquel diario, que era muy conservador, no le acababa de gustar.

Ella se sentía más socialista y las ideas que publicaba las consideraba muy manipuladoras y diferentes de la realidad que percibía.

A su vez mucha gente de su entorno, tanto profesoras como ella, como algunas de las alumnas la habían invitado a reuniones del partido. Ella, al principio había ido a alguna reunión sin participar demasiado y con cierto reparo a implicarse. Con los días cada vez se había ido animando más y en los últimos tiempos solía ir a todas las reuniones y participaba de una manera cada vez más activa.

María no se consideraba una persona especialmente revolucionaria. Al contrario, no le gustaba saltarse las normas. Pensaba que si había alguna norma o alguna ley que no se ajustaba a lo que la gente quería no tenía que saltarse si no reformarse para que se ajustase a la voluntad de la gente. Para ella el diálogo era fundamental. La razón y el diálogo era lo único que nos mantenía alejados de la fuerza y la violencia.

Era calmada cuando hablaba ya que también era muy tímida y le gustaba pensar bien todo lo que iba a decir. Ella misma decía que no podía consentir que su lengua fuese más rápida que su pensamiento.

Cuando se debatía algo, si ella participaba en el debate solía ganarlo siempre desde la razón. Aplicando el sentido común. A lo mejor eran las horas explicando gramática o literatura a sus alumnos, o a lo mejor era la

experiencia que iba adquiriendo con los años, pero el caso es que se había convertido en una buena oradora.

Eso le hacía ser muy valorada por sus compañeros. Cuando todo se revolvía y los sentimientos y las emociones de la gente hacía que dejasen de pensar racionalmente, María era capaz de hacer un análisis racional y de alguna forma volverlos a todos al orden.

Había recibido más de una oferta para integrarse en el partido, pero siempre se había negado. Ella era una simpatizante. Le gustaba la ideología y le gustaba la gente con la que se relacionaba, pero también le gustaba ser independiente como para, si era necesario, discrepar del resto del grupo del que cada vez más, y sin ser plenamente consciente, formaba parte.

Entre la gente que acudía a las reuniones también iba gente de su barrio que conocía a sus padres. Y a pesar de que había una especie de pacto no escrito entre todos ellos conforme lo que pasaba en las reuniones solo era cosa de los que asistían a ellas, estaba convencida de que sus padres se habían enterado de su militancia.

Nunca le habían dicho nada porque ella ya era totalmente adulta y responsable de sus actos, pero María intuía que lo sabían.

Ella no podía evitar sentirse como si les estuviese traicionando ya que lo lógico hubiese sido que lo contase con toda confianza. Al no hacerlo no les había dado la oportunidad de dar su opinión sobre el tema.

A Juan se lo había contado hacía ya tiempo. La reacción de Juan fue buena. Lo único que hizo fue aconsejarle que fuese cuidadosa y no se metiese en líos. Solía hacerle broma. Si María iba a Guadalvalle y lo visitaba, le decía a Lola:

—Cuidado que llega la oposición.

Aquel alineamiento con partidos diferentes y opuestos no afectó a la relación entre los hermanos, casi fortaleció más la confianza que se tenían ya que a la vista estaba que pasaba incluso por encima de ideologías políticas.

Últimamente a las reuniones socialistas acudía un nuevo compañero que se llamaba Jacinto Santos pero que se hacía llamar Jaco. María se había fijado en él, le parecía un hombre interesante por sus ideas y por su historia. Venía de Asturias y había sido minero como Alfredo. Su mujer había muerto al sufrir un aborto, un par de años antes y con sus tres hijos pequeños se había ido a Málaga, de donde era originaria la familia de ella. Necesitaba ayuda para sacar adelante a los niños. Sus suegros le ofrecieron ayuda y él, la aceptó.

Era algo mayor que ella, aunque aún andaba lejos de los cuarenta años.

No era muy alto, pero estaba fuerte, seguro que por su trabajo. Tenía el pelo negro y abundante y cuando no discutían siempre la hacía reír. Era un hombre muy vehemente y temperamental, pero al igual que María era muy bueno exponiendo sus ideas.

Solía decir que las ideas debían salir de la cabeza, aunque las emociones saliesen del corazón.

Ambos habían simpatizado, pero María nunca había pensado en él como una posible relación a pesar de que a ella le parecía un hombre bastante atractivo y había más de una compañera de partido que presumía de que se había metido en su dormitorio y entre sus sábanas en alguna ocasión.

Un día al salir de una reunión se dirigió a ella.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le preguntó directamente.

—Hombre, sí que tengo cosas que hacer —respondió.

Jaco se dio cuenta que había sido un poco brusco y que ella no se esperaba la pregunta.

—Quería invitarte a tomar alguna cosa si te parece bien. Me gusta cómo has defendido el tema de la igualdad entre trabajadores y trabajadoras —era algo en lo que María siempre se implicaba.

—Gracias por la invitación —le dijo María—. Pero la verdad es que no es una buena idea —ella se había creado una imagen de aquel hombre como mujeriego y no tenía intención de tener una aventura.

Y diciendo esto salió y lo dejó allí parado. La verdad es que la respuesta de María para Jaco fue toda una provocación y siendo como era una persona que no se daba por vencido fácilmente la siguiente vez que se vieron insistió.

Jaco había averiguado dónde trabajaba María y la estaba esperando en la puerta de la escuela cuando salió.

—Hola María, ¿esta es la escuela en que trabajas?, es que pasaba por aquí… —dijo Jaco haciendo cara de estar encantado con aquella casualidad.

—No me digas que no lo sabías —dijo ella sonriendo y sin creerle—. Sí que trabajo aquí, y tú… ¿Dónde ibas?, Qué casualidad que nos encontremos ¿no? —añadió con ironía.

—Bueno, ¡qué leches!, —dijo él— la verdad es que he venido a esperarte. Tenía ganas de hablar contigo un rato y de pasear un poco. —Jaco rectificó rápidamente el planteamiento que se había preparado cuando se dio cuenta que ella claramente no se había creído la excusa de la casualidad.

—Ya veo —respondió María— pues ya me has visto ¿no? —dijo un poco seca.

La verdad es que se dio cuenta de que no había sido muy correcta con el pobre hombre cuando la quiso invitar y tampoco le costaba nada. Seguro que conversar con él sería interesante. Hasta quien sabe si podían ser amigos.

—¿Qué te parece si damos un paseo por el centro? Tengo que mirar si encuentro un libro y si quieres nos tomamos un café en algún sitio —dijo finalmente ella.

—Eso es mucho más de lo que esperaba —dijo Jaco sonriendo y satisfecho por el resultado de su maniobra. Había valido la pena arriesgarse a llevarse un chasco.

Se dirigieron al centro para pasar por la librería donde María solía comprar de tanto en tanto algún libro. Podía tratarse de novelas, de ensayos de cualquier tema relacionado con la educación o de política.

—Me sorprendió mucho cuando te conocí la manera tan… ¿Cómo diría?

Contundente pero no agresiva en que defiendes las ideas del partido —le dijo Jaco con aparente franqueza—. El partido necesita gente como tú que sepa hablar en público y que no se ciegue por las emociones.

—Bueno, la verdad es que sí que puede ser ocasional que las ideas que defiendo son las del partido, pero solo cuando van en la misma dirección que mi forma de pensar. Soy independiente. Digamos que soy una amiga del socialismo, aunque me reservo para mí la opción de discrepar sobre las ideas del grupo. No me gusta todo lo que defendéis.

—Sin duda es interesante tu punto de vista —comentó Jaco— una mujer independiente en estos tiempos no es una cosa habitual.

—Y tú ¿cómo es que has venido hasta Málaga desde Asturias cuando tu tierra parece que está más preparada para el socialismo y la revolución?, al menos por lo que cuentan las noticias —preguntó María aun habiendo oído comentarios sobre su historia. Quería oírsela explicar a él.

—Pues como muchas de las historias en estos tiempos es una larga historia —respondió Jaco—. Nunca en mi vida, me había planteado ir a ningún lugar que estuviese tan lejos de mi tierra, pero las circunstancias a veces te llevan a recorrer grandes distancias.

María sabía perfectamente que eso pasaba en la realidad. Decidió olvidar el libro que buscaba y que podía ir a buscar al día siguiente y tener una conversación más en profundidad con aquel hombre.

—¿Sabes qué? —le dijo María—. Ya iré mañana a buscar el libro y si quieres nos sentamos en algún sitio y me explicas esa larga historia, si tú quieres, claro.

—De acuerdo, pero podemos pasar por la librería igualmente —respondió Jaco—. Yo no tengo prisa, no sé si tú la tienes.

—Prefiero ir sola —sonrió María— cuando voy a la librería paso un rato mirándome todos los libros que tienen y curioseo un poquito en todas la novedades. Prefiero no tener que pensar que alguien me está esperando. Está bien así. Vamos a tomar alguna cosa —a María le empezaba a gustaba la compañía de aquel hombre, también arrastraba una historia personal aunque por lo que ella sabía era diferente a la suya.

Entraron en una cafetería muy popular y céntrica de Málaga y María pidió un zumo de limón. Jaco se pidió un vaso de vino tinto. Fue María quien empezó a preguntar.

—¿Qué hay de esa larga historia?, ¿quieres contármela? Si prefieres que hablemos de política dejamos el tema personal, pero creo que para eso ya tenemos las reuniones —le dijo.

—Yo te cuento mi historia y tú me cuentas tu historia. ¿Qué te parece? —contestó Jaco.

—¿Y cómo sabes que yo tengo una historia? —preguntó María.

—Mujer, ¡que los dos somos ya un poco mayores!, digamos que me he dado cuenta yo solito, se te nota.

Ambos rieron.

—Tienes razón —dijo María. Empieza a contar tú y ya veremos.

—Vaya ventajista que eres —rio Jaco—. Está bien. Esto va a ir un poco para largo. Como ya sabes yo soy asturiano, de la cuenca minera. No sé si has oído hablar mucho de aquella tierra, pero es un lugar donde abundan las minas de carbón y de otros minerales. Vengo de un pueblecito cerca de Mieres, ¿te suena el nombre?

—Sí, vagamente —respondió María— he oído hablar más de Oviedo o Gijón.

—Pues de aquella región vengo. Es una tierra muy bonita a pesar de que la industria se lo está cargando todo. Montañas altas, ríos caudalosos y lluvia en abundancia. A diferencia de aquí es un país con mucha vegetación y en el paisaje predomina el color verde. Con eso no quiero decir que no me guste el paisaje de aquí, tan solo aprecio que es diferente. Aquí el clima es mucho más agradable pero la tierra mucho más seca que por allí, aunque en Málaga no lo es tanto como en el interior. En mi pueblo, yo trabajaba en una mina.

—Y si tenías trabajo. ¿Cómo es que te fuiste? —preguntó María, aunque por rumores sabía la respuesta.

—La verdad es que a los veinte años me casé. Mi mujer ayudaba en el campo con algunos familiares que le quedaban por allí y yo trabajaba en la mina. No nos iba mal del todo. Tuvimos tres niños y ¡qué caray!, creo que éramos muy felices. —Jaco se había puesto triste.

—¿Tú mujer también está en el partido? —preguntó María.

La verdad es que la pregunta era retórica. María sabía de los líos pasajeros de Jaco con alguna compañera y le habían explicado que era viudo, hizo la pregunta sencillamente para obtener más información y porque si no hubiese preguntado a lo mejor se habría dado cuenta de que ya conocía parte de la historia.

—No —respondió Jaco—. Mi mujer murió.

Los dos callaron unos segundos.

—Lo siento mucho —dijo María.

Aquel hombre había despertado su simpatía. De momento le vino el recuerdo de cuando Alfredo le contó que era viudo a pesar de ser tan joven.

Tenían muchas cosas en común, los dos mineros, jóvenes viudos y lejos de su casa.

—Gracias —respondió él—. No ha pasado más que un par de años y aún siento que es un tema que me duele cada vez que lo revivo, pero la vida sigue y hay que seguir luchando. Ella murió abortando. Estaba embarazada de nuestro cuarto hijo y un día que estaba trabajando en el campo, en una ladera cayó rodando por la montaña. Se debió marear o ¡qué sé yo!, fue un accidente.

Empezó a perder sangre. Las otras mujeres corrieron a la casona a avisar. El dueño de la casa corrió con sus ayudantes a recogerla y avisaron urgentemente al médico más próximo. Todo fue en vano. El bebé se había desprendido y no hubo manera de parar la hemorragia. En poco rato perdió el conocimiento y tuve el tiempo justo de llegar para verla morir.

—Perdona Jaco —dijo María afectada—. Te estoy haciendo revivir momentos duros y no era mi intención en absoluto.

—No te preocupes. A veces hablar de los problemas de uno ayuda a sentirse mejor.

—Ya —dijo María— pero bastante dramático es el presente a veces como para también revivir el pasado.

—El caso es que de la noche a la mañana me vi solo y con tres niños pequeños. Yo tenía que trabajar y no tenía a nadie que se hiciese cargo de los niños. No te lo he contado antes, pero mis padres murieron. Mi madre al poco de nacer yo y mi padre en un accidente en la mina. A mí me crio un tío

bastante mayor y el pobre hombre también murió al poco de empezar a trabajar yo. Así que como la familia de mi mujer había venido a vivir a Málaga hacía unos años me decidí a escribirles. Ellos en seguida me dijeron que cogiese a los niños y viniese para aquí y eso hice. Habían perdido a su hija, pero al menos recuperarían algo de ella en sus nietos. Para mí era una posibilidad de educar correctamente a mis hijos, en un hogar más o menos normal. Los abuelos han revivido desde que tienen a los niños con ellos, aunque es fácil ver llorar a mi suegra. Ella se esconde y cree que no nos damos cuenta, pero sí que nos damos.

—No hace mucho que andas por aquí ¿no? —dijo María intentando cambiar un poco el tema de conversación.

—Llegué hace siete meses —respondió Jaco—. Los niños se han habituado perfectamente y la verdad es que mis suegros se están portando muy bien con nosotros. Ellos mismos insisten en que debo rehacer mi vida y que eso es lo que hubiese querido su hija.

—Es muy triste tu historia y sobre todo es muy admirable tu ánimo y tu fuerza para dar el paso de venir hasta aquí y luchar para salir adelante, has dejado a todo tu mundo para venir a la otra punta de España.

—Bueno —dijo Jaco— en realidad la vida solo tiene un camino y es hacia adelante. No hay otra opción. Debo reconocerte que sí que creo que tengo un carácter fuerte y eso me ayuda, y lo de dejar el mundo atrás, quizás ha sido el mundo quien me ha dejado atrás a mí —intentó desdramatizar.

Se hizo un segundo silencio entre ambos.

—Creo que ahora te toca a ti —dijo Jaco—. Voy a pedirme otro vasito de vino y otra limonada para ti y me explicas tu historia.

Se fue a la barra a pedir y en unos segundos estaba de vuelta.

—Bueno —empezó a hablar ella cuando él había regresado— mi historia no tiene mucho que ver con la tuya. Yo soy de Málaga de toda la vida. Nací aquí y siempre he vivido aquí.

Poco me he movido de la ciudad y sus alrededores. De pequeña una vez fui a Sevilla, pero no recuerdo nada y hace un par de años estuve en Madrid. No soy una mujer de mundo. Mi familia es una familia trabajadora, pero con bastante suerte ya que las cosas no se nos han dado mal. Por supuesto que no hemos salido de pobres, pero siempre hemos ido viviendo sin demasiados problemas.

—Ya se te ve un aire fino —dijo Jaco bromeando.

—¿De verdad? —dijo María preocupada.

—No mujer, o sí, no sé —dudo Jaco manteniendo la broma—. Como mínimo un pelín sofisticada si se te ve. Por favor sigue contándome.

—Pues mi vida fue transcurriendo sin pena ni gloria —continuó explicando María—. Lo mejor que hice fue meterme en el mundo de la enseñanza por la puerta de atrás ya que no estoy titulada. Al no haber pasado por los estudios habituales mi único camino fue acercarme a la docencia por la vía del voluntariado. No me puedo quejar ya que todo han sido apoyos por parte de la gente con la que me he relacionado y hoy en día estoy colaborando en la escuela de alfabetización femenina, como ya sabes. Ahí gasto todas mis energías.

—Si me permites la pregunta —dijo Jaco— siendo tan atractiva y tan inteligente. ¿Cómo es que no estás casada y rodeada de niños?

—¿Es que crees que esa es la única opción para una mujer? —respondió María reivindicativa— pero la verdad es que tienes razón —añadió—. No estoy casada y no lo he estado nunca.

—Pues se te deben haber acercado muchos moscones —dijo Jaco—. La verdad es que no se si muchos o pocos. Seguro que alguno sí y a otros ni los he visto. Quizás hay alguno zumbando ahora —bromeó María.

—¡Hombre, eso quiere decir que has oído mi zumbido! —le siguió la broma Jaco.

—Es que es muy evidente y como no estoy sorda lo he oído —sonrió María.

María bebió un poco para pensar cómo iba a continuar y siguió con su historia.

—Una vez apareció una mosca muy especial.

—Ya sabía yo…

—Apareció de repente y me enamoré. Desgraciadamente era un fugitivo de otro país. Nos enamoramos. Incluso llegué a presentarlo a mi familia y estábamos planeando casarnos.

—¿Qué pasó pues?, ¿se murió? —preguntó Jaco.

—En la tramitación para conseguir el permiso para casarse y tener una nueva identidad el gobierno español lo interceptó y se lo llevaron a trabajar al extranjero a cambio de conseguir los papeles. Era una persona con habilidad para los idiomas y en poco tiempo había aprendido a hablar un español casi perfecto. El caso es que se lo llevaron a Alemania y posteriormente lo trasladaron a Petrogrado.

—Eso pinta muy mal —dijo—. En Rusia ya hace mucho tiempo que las cosas están muy mal.

—Y tan mal —dijo ella—. Le estalló la revolución en las narices. Nunca más he sabido nada de él. No tenemos ninguna constancia de que haya muerto.

Si hubiese sido así lo sabríamos ya que tenía la nacionalidad española que al final le habían concedido. En Madrid, fui al Ministerio de Estado y nos dijeron que lo estaban buscando y que no dejarían de hacerlo, aunque solo fuese por lo que le debían por sus servicios al país, pero ya han pasado un par de años y seguimos en el mismo punto.

—Quizás sea ya el momento de cerrar este tema y poder seguir viviendo. Créeme que sé de qué te hablo —dijo Jaco con una expresión seria y mirando hacia la superficie de la mesa.

—En algún momento lo he pensado —respondió María— pero si no puedo vivir con él viviré sola. La separación entre nosotros fue traumática. A penas tuvimos tiempo de decirnos adiós. Entre las pocas cosas que pudimos hablar nos dijimos que si en algún momento alguno de los dos decidía romper se lo diría al otro. Si lo hubieses conocido estarías de acuerdo conmigo en que seguro que él cumpliría su promesa y de momento no he recibido nada.

—Pero María, eso es una locura —dijo Jaco— quizás ha decidido romper su promesa o quizás esta muerto o a lo peor no puede comunicarse contigo. ¿Y si quieres romper tú?, ¿cómo se lo vas a decir si no sabes si está vivo?

—Pero es que yo sigo enamorada y no tengo ninguna intención de romper con él. Voy a seguir esperando.

—Eso quiere decir que me vaya olvidando de ti —dijo Jaco con una sonrisa triste en su cara—. La verdad es que me gustas mucho y me gustas desde el primer momento en que te vi.

—Si te dijese que no me he dado cuenta te estaría diciendo una mentira.

Me di cuenta y sinceramente a mí también me gusta la manera en que defiendes tus ideas y tu fuerza cuando discutes. Me encanta tu sentido del humor, imagino que asturiano, pero no estoy enamorada de ti. Es una pena. Me hubiese podido enamorar sin ningún problema, pero eso no va a pasar. Sigo enamorada de él y cada día que pasa tengo que esforzarme en no pensar en sus caricias y en sus besos y en aquel tiempo que pasamos juntos hace ya la eternidad de cinco años.

—Ya entiendo —dijo Jaco, aunque su mente se fue a aquellas caricias y besos a los que se refería María y no pudo evitar una leve excitación sexual.

—De todas formas, yo creo que aunque no seamos novios podemos ser amigos —propuso—. Tenemos mucho que compartir. Nos podemos ayudar mutuamente a llevar esta situación al menos mientras no vuelva mi novio o tú

no encuentres a otra mujer. Ni a ti ni a mí nos importa mucho que la gente no lo entienda o que piensen que tenemos una relación secreta —dijo María extendiendo su mano por encima de la mesa para cubrir la de él.

—No es lo que yo quería —dijo Jaco mirándola directamente a los ojos— pero es mucho más que nada así que sí que quiero que seamos amigos, además la diferencia entre ser novios y buenos amigos tampoco es tan grande.

Esa fue la primera tarde de muchas más en las que Jaco y María hablaban y hablaban sin parar. Podían hablar de política la mayor parte del tiempo, pero también comentaban sobre sus vidas. María le fue hablando cada vez con más detalle de Alfredo y de sus padres y hermanos. Le contaba sobre sus alumnas y las anécdotas que le pasaban que no eran pocas.

Jaco le hablaba de su tierra, a la que echaba mucho de menos, de sus hijos y de su trabajo actual en una fábrica textil. De tanto en tanto hacía nuevos intentos de aproximación que María frenaba sin dudar.

Alguna vez Jaco la había llevado a bailar y no podía evitar que sus manos bajasen de sus caderas. Ella tampoco podía negar no haber notado las erecciones de Jaco cuando eso pasaba. A pesar de todo María intentaba frenarlo siempre de la mejor manera posible. Aunque su corazón fuese de otra persona y aunque estuviese decidida en su postura respecto a Alfredo aquellas situaciones a ella también la excitaban físicamente.

Con los días María conoció a los suegros de Jaco y a sus hijos y Jaco conoció a los padres de María y a José. También organizaron alguna excursión a Guadalvalle a pasar el día en el campo e incluso a Coín a pasar el día con Marta.

En realidad, la familia de María no solo veía en Jaco un amigo, sino una posibilidad para que rehiciese su vida. Nadie esperaba el regreso de Alfredo.

Todos de una manera u otra pensaban que había sucumbido durante la revolución rusa y que nunca más sabrían nada de él. Aquel joven que les había robado el corazón a todos hacía unos años, había tenido la mala suerte de estar en el lugar que no correspondía en el peor momento. Cuando veían que María estaba tan convencida de que volvería optaban por no llevarle la contraria y dejarla seguir creyéndolo si es que eso la hacía feliz, aunque con eso sacrificaba otras opciones que le ofrecía la vida.

La familia de Jaco y sobre todo los niños, estaban encantados con María.

Los suegros de Jaco pensaban que María era una solución para que sus nietos tuviesen una segunda madre. Jaco les había advertido en más de una ocasión de que ellos eran amigos y que, aunque él había intentado ser su

pareja ella nunca había accedido. Intentaba que nadie crease una situación incómoda involuntariamente.

La relación entre los dos se había convertido en una relación peculiar.

Hablaban de sus cosas tal y como lo hacen los amigos, pero cuando se encontraban en una reunión y surgía una discusión con posturas enfrentadas entre varias personas podían convertirse en un dúo letal si es que los dos se encontraban en el mismo bando. Si se encontraban en distinto bando de la discusión aquello podía llegar a ser explosivo. A Jaco ya le llamaban Jaco el Rojo y María bromeaba diciendo que ella solo era rosa y que nunca alcanzaría a un color tan intenso.

En aquellos años, en Cataluña había un partido político que cada vez tenía más peso. Se trataba del *Partit República Caíala*. Era un movimiento que cada vez tenía más simpatizantes entre la sociedad barcelonesa. Defendían la República y un sistema federal para España.

Tan solo hacía un par de años que habían asesinado a Francesc Layret que era su líder, pero el colectivo se había repuesto y en la actualidad tenían un representante por Sabadell, una ciudad industrial del cinturón de Barcelona, que se llamaba Lluís Companys y que era una figura prometedora.

El Partido Socialista en Málaga había invitado a algunas personas del *Paríit República* a que les visitasen y expusiesen las ideas federalistas. Por su parte los republicanos estuvieron encantados de asistir ya que trataban de buscar enlaces en otros lugares de España para ir tomando fuerza en su proyecto. La idea era constituir una república federal. Este era un modelo que funcionaba en otros países y que entendían que era la mejor alternativa para una España que cada vez era más plural. Tenían contactos en el País Vasco, en Valencia, las Baleares y Galicia y ahora estaban buscando contactos en Andalucía.

Este tipo de reuniones eran generalmente semiclandestinas ya que los organizadores no querían a la policía rondando por allí, además defender ideas republicanas en una monarquía les hacía ser aún más subversivos.

Como en aquella ocasión era previsible que asistiese bastante gente se buscó una sala lo suficientemente grande en la escuela donde trabajaba María.

Fue ella la que se encargó de la logística necesaria para que la sala estuviese preparada.

Acudieron la mayor parte de los simpatizantes junto con una representación del partido que llegaba desde Barcelona más algún otro participante que se había desplazado desde Bilbao o desde Vigo.

Entre los socialistas malagueños no se recibió mal la idea, aunque no convencía a todo el mundo. Una parte importante vio la posibilidad que tenía el modelo federal y era partidario de incorporarlo a las bases del partido y otra parte no estaba segura de que fuese una buena idea ya que podía representar que el país se acabase dividiendo en varios estados independientes.

A pesar de todo, la reunión fue un éxito y algunos de los asistentes, como Jaco se mostraron defensores de la idea federal. Se había plantado una semilla que podía crecer o no y evolucionar hacia un nuevo modelo de estado.

Cuando se acabó la reunión, Jaco y María junto con algunos más, invitaron a cenar a algunos de los visitantes de Barcelona y de los otros lugares de España. Habían organizado una cena a base de espetones en la playa.

Aquella cena le había costado un montón de esfuerzo a María, desde conseguir los pescados hasta hacer que todo estuviese bien organizado. La comida seguía siendo escasa y había decidido que comprar en el puerto pescado fresco y asarlos empalados en una hoguera en la playa no dejaba de ser original y sin duda era bastante económico.

Fue una velada muy enriquecedora política y personalmente para todos y la verdad es que se crearon vínculos que iban a durar bastante tiempo entre todos ellos.

Durante la reunión María se había fijado en una mujer. Era una mujer un poco diferente a todos ellos por su forma de comportarse. Había llegado sola y había saludado efusivamente a los representantes del partido republicano.

Durante la reunión se había mantenido al margen de intervenir, pero María estaba segura de que no se había perdido ni un detalle de todo lo que estaba pasando.

Le había llamado la atención por su aspecto. Era una mujer menuda con unos ojos azules enormes y el pelo rojo. Vestía normal para la reunión pero en su vestimenta había algún rasgo exótico que María no supo identificar claramente, quizás fueron los colores o alguna otra cosa. No sabía.

En realidad, tampoco había podido prestar mucha más atención ya que las obligaciones la tuvieron todo el tiempo ocupada. Se había dado cuenta de que la observaba y en algún momento había pensado en hablar con ella para intercambiar impresiones y averiguar un poco sobre quién era, pero al final no había podido. No lo creía, pero igual era alguien que la había enviado desde el gobierno civil para controlarlos.

Jaco había visto a aquella mujer, pero no se había fijado mucho. Cuando María se lo comentó él le reconoció que la había visto pero poco más. Le dijo

que no era su tipo, aunque le encontraba un punto interesante.

El día siguiente fue un día de mucho jaleo para María ya que llegó al trabajo bastante antes de la hora habitual y se dedicó con algunas de sus compañeras a dejar todo en orden antes de que empezasen a llegar las alumnas.

Muchas de ellas habían estado allí la tarde anterior pero no todo el mundo estaba al corriente. María tenía permiso de sus superiores directos, aunque se ocultaba todo aquello a las buenas señoras de la ciudad que hacían sus donaciones puntualmente para el mantenimiento de la escuela. Si la descubrían le podía costar el puesto de trabajo y hasta era posible que la denunciaran.

El día pasó lento debido al ajetreo del día anterior y cuando finalmente salió de la escuela solo tenía en la cabeza la idea de llegar a casa y ponerse cómoda. Ayudaría a preparar la cena y después se metería en la cama hasta la mañana siguiente.

Salió despistada y empezó a andar camino de casa. A su espalda oyó que le llamaban.

—Discúlpeme María ¿tiene usted un momento?

María se giró sorprendida al ver que la mujer de pelo rojo que le había llamado la atención el día anterior le llamase por su nombre.

—Buenas tardes —respondió María amablemente, pero intrigada—. Perdone, no sabía que nos conocíamos. Ayer la vi, pero no la recordaba de antes.

La mujer le extendió la mano con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía un fuerte acento catalán.

—Es que nunca nos habíamos visto antes. Me llamo Nuria Vega.

—Encantada —respondió María estrechando su mano.

—Tan solo me queda un rato antes de irme de Málaga. Ayer llegué justo a tiempo para la reunión y después tuve que arreglar algunos asuntos. En una hora me tengo que ir. De todas formas, no me hubiese perdonado nunca estar aquí y no hablar con usted —explicó misteriosamente Nuria.

—Bueno Nuria, yo estoy encantada y le reconozco que un poco cansada por todo el lío de ayer, pero perdóneme que en este momento no sepa que es lo que me quiere decir —sonrió María.

—No puedo irme de Málaga sin hablarle de Alfredo —dijo Nuria.

A María le temblaron las piernas y casi se desploma allí mismo. Se quedó pálida del todo. María temía malas noticias. Nuria le ofreció el brazo al ver la

reacción que habían tenido sus palabras y le propuso andar hacia el paseo marítimo para que les diese un poco la brisa del mar.

Andaban las dos cogidas del brazo como si fuesen amigas.

—¿Está usted mejor? —preguntó Nuria al cabo de unos minutos.

—Si —respondió— perdone mi reacción, pero hace mucho tiempo que espero noticias de él. ¿Sabe usted alguna cosa?

—Perdóneme usted a mí por mi atrevimiento, pero debo preguntarle si está usted aún interesada en él.

—Yo también le pido disculpas *a priori*, pero es que no estoy acostumbrada a responder a preguntas personales ante desconocidos. En cualquier caso, le comentaré que mi interés sigue siendo el mismo que el día en que nos separamos.

—Era necesario saber lo que me ha dicho. De lo contrario el riesgo era demasiado alto para nada.

—¿Qué noticias tiene Sra. Vega? No me tenga en ascuas por favor —casi le suplicó María.

—Mire María la verdad es que yo fui la responsable de Alfredo el tiempo que él estuvo en Petrogrado. No puedo entrar en mucho detalle de los temas que nos ocuparon allí, porque entre otras cosas no nos van a aportar nada a la historia. Lo que sí que quiero explicarle es que por lo que yo supe él estaba totalmente enamorado de usted y todo el sacrificio que hacía era para volver a su lado.

—Gracias —respondió María mientras le resbalaban discretas lágrimas por las mejillas, liberando toda la tensión que había ido acumulando.

—Alfredo fue enviado a Petrogrado —siguió Nuria— con una misión bastante peligrosa y totalmente secreta. Cuando empezaron las manifestaciones todo se descontroló. Él y un compañero suyo se vieron atrapados en una de las peores trifulcas que hubo en el inicio. Sabemos que su amigo murió, pero de él no supimos nada más.

—¿Quiere decir que no está segura si está vivo o muerto? —preguntó María.

—Sí. No sé si está vivo o muerto. No puedo asegurarle nada. Por otro lado, estoy segura de que si estuviese muerto lo sabría, pero eso no es más que una teoría.

—¿Cómo está tan segura de que lo sabría? —preguntó María.

—Porque yo estoy en contacto con una red de informadores, mucho más extensa y secreta de lo que pueda imaginar. Hace cinco años que lo buscan y

no han encontrado ningún rastro de él. Si estuviese muerto lo hubiésemos encontrado.

—¿Quiere decir que Alfredo se metió en líos con espías? —preguntó María sorprendida y alarmada a la vez.

—No puedo responderle a eso —le dijo Nuria—. Tan solo he venido a saludarla y explicarle que su novio fue un excelente trabajador en mi equipo y que sencillamente se lo tragó la tierra. Quería darle esperanzas de que un día u otro daremos con él y que le digan lo que le digan nuestras autoridades, hay quien lo sigue buscando. Si lo encontramos y él quiere se lo traeremos hasta aquí.

—Muchas gracias. —María abrazó espontáneamente a Nuria—. ¿Por qué se toma tantas molestias?

—Porque yo era la responsable de Alfredo y debía protegerlo. Mi trabajo se acabará cuando lo encuentre y lo rescate. No sabe usted lo tozuda que soy.

María la tomó del hombro. Estaba agradecida por el mensaje que le acababan de transmitir. Nuria caminó unos metros con ella y cuando se aseguró de que María estaba bien y había interiorizado todo el mensaje se despidió.

—Debo irme —dijo Nuria— tengo un largo viaje por delante.

—¿No puede quedarse conmigo un poco más? —dijo María— quisiera preguntarle muchas cosas.

—Lo siento mucho María. Para mi es hasta peligroso estar aquí. Me esperan en otro lugar. Confíe en mí.

Y despareció tal y como había aparecido. Nuria no le explicó a María si volvería a encontrarse con ella en otro momento ni a dónde se dirigía en aquel momento. María se descalzó y se adentró en la arena de la playa.

Se sentó y encogió las piernas hasta que pudo abrazarlas. Perdió su mirada en el mar mientras que su mente divagaba entre sus recuerdos. Se dio cuenta de cómo lo echaba de menos y de cuánto lo necesitaba.

Vista desde la playa, María ofrecía una imagen de una mujer que había dejado de ser joven y sin ser aún madura, ofrecía una sensación de belleza casi irresistible con su pelo al aire y la mirada pérdida mirando al horizonte.

Poco a poco se fue poniendo el sol y el día fue dejando paso a la noche.

Cuando ya casi era totalmente oscuro y con la noción del tiempo totalmente perdida María despertó de aquel trance y se dio cuenta que debía volver a casa.

Había quedado hipnotizada por el ruido de las olas y la visión del inmenso mar y había perdido totalmente la noción del tiempo.

Se levantó y se dirigió a casa.

CAPÍTULO 14

JOSÉ. DEL PERIÓDICO A LA HERRERÍA

La situación en Málaga había degenerado durante los últimos tiempos y cada vez era más tensa. La población estaba mal alimentada y no se veía una salida a aquella situación que ya hacía tiempo que duraba. El día a día de los ciudadanos se concentraba en buena medida en subsistir. La industria había entrado en crisis y el campo también.

Políticamente tampoco iba bien. En el norte de África los soldados españoles recibían cada vez ataques mejor organizados y la proximidad geográfica hacía que en Málaga se viviese como algo muy próximo. Abd-el-Krim había estado hostigando al ejército durante aquellos días y el día anterior la prensa de la ciudad había publicado varios artículos sobre la peligrosa situación de las tropas españolas.

José llegó muy temprano a supuesto de aprendiz de cajero. El día antes había estado ayudando a componer los moldes para la publicación de la noticia.

Como tenía curiosidad leyó todo el contenido del artículo. Por lo visto habían muchas bajas entre los soldados y entre ellos seguro que se contaban jóvenes con poco más de sus diecisiete años. Quién sabe si de su misma ciudad, hasta pudiese ser que él mismo conociese alguno.

Pasó todo el día inquieto. Le preocupaba su entorno y se daba cuenta de que aquello podía acabar muy mal. Cada vez se sentía más identificado con los ideales políticos conservadores.

No acababa de entender como su hermana María se dejaba la juventud luchando por formar a unas personas que tendrían pocas oportunidades de progresar en su vida profesional. No le parecía mal, cada uno podía hacer lo que quisiese, pero le costaba entenderlo por puro sentido práctico.

Como todos los trabajadores del diario se podía llevar un ejemplar gratuito a casa y cuando llegó por la tarde y su padre apareció por la puerta le

leyó la noticia y estuvieron discutiendo sobre el tema.

José era partidario de reforzar el ejército y echar a Abd-el-Krimy sus seguidores del Rif. Su padre, Juan, no lo veía tan claro, no acababa de entender que se nos había perdido en aquellas tierras donde no nos querían.

—¿Tú crees hijo que necesitamos ese territorio para algo? Es una tierra pobre y no nos va a traer más que gastos y disgustos. Este país debería asimilar que el imperio se perdió definitivamente y no tendríamos que complicarnos con conquistas nuevas. Bastantes problemas tenemos en casa.

—Pero ¿Cómo dices eso Papá? —le decía José—. Es una cuestión de prestigio internacional. Esa tierra está justo enfrente de nosotros. Si la tenemos como un protectorado cualquier barco que pase por el estrecho está bajo nuestro control. Imagínate que se meten los ingleses. Ellos ya tienen Gibraltar, si se quedasen con el Rif controlarían el paso del estrecho y nuestras costas. Eso sí que sería malo para nosotros.

—A lo mejor tienes razón niño —acababa reconociendo el padre—. Que yo no lo vea claro no quiere decir que no sea bueno. Ya sabrá el Rey lo que hace con su ejército.

—Ya verás Papá, que cuando hayan derrotado al guerrero ese de Abd-el-Krim empezaremos a tener beneficios del dominio del Rif. Además, Tetuán es una ciudad importante.

Las mujeres de la casa no se metían en ese tipo de conversación.

Prefirieron escuchar la noticia cuando José la leyó y luego sacar sus propias conclusiones. A María le parecía increíble que con la situación que tenía el país tuviesen que ir a buscar guerras en donde no se nos había perdido nada. A pesar de que reconocía como válido el razonamiento sobre el estrecho que había hecho su hermano, le costó no intervenir.

Al día siguiente el tema de la conversación que habían tenido durante la cena del día anterior se materializó dramáticamente en el puerto.

Empezaron a llegar soldados desde el frente. La gente que pasaba por la Malagueta, donde estaban desembarcando, veía cómo bajaban de los barcos los soldados malheridos. Algunos en camillas, otros por su propio pie y algunos tapados con mantas hasta la cabeza. La gente se daba cuenta de que estos últimos estaban muertos.

La noticia corrió de punta a punta de la ciudad y la gente acudía al muelle a ofrecer su ayuda e intentar socorrer a los pobres soldados.

Las mujeres, a las que seguro que no les sobraba nada, traían lo poco que tenían en sus casas y ofrecían alimentos y agua a los casi niños, en muchos

casos, que estaban desembarcando en aquel lamentable estado. Muchos de ellos no tenían ni siquiera fuerzas para quejarse del dolor de sus heridas.

Al salir de su trabajo, José ni se lo pensó. Tal y como salió se fue directo al puerto a intentar ayudar.

Pasó horas colaborando en el desembarco y acabó perdiendo la noción del tiempo. Ya tarde por la noche y totalmente agotado se despidió y se fue andando hasta su casa. Cuando llegó le esperaban María y sus padres despiertos. Nada más verlo entrar María se le abrazó.

—No sabíamos dónde estabas —le dijo Juan padre sin poder ocultar el tono nervioso.

—Lo siento Papá —contestó José—. Nada más salir del trabajo me acerqué al puerto y me puse a ayudar a los soldados que llegan de Marruecos, a bajar de los barcos. Tenías que haberlos visto Papá. Algunos estaban destrozados y otros lloraban con una mezcla de vergüenza y dolor. Ha sido terrible.

A José, se le enrojecían los ojos al explicarlo.

—Has hecho muy bien niño —le dijo Josefina orgullosa.

—Eres mi pequeño héroe —le dijo María— en broma. No José, en serio, has hecho muy bien. Estoy muy orgullosa de ti.

—La próxima vez avísanos niño —le dijo su padre—. Envía a alguien con el recado o date una carrera hasta aquí. No está tan lejos, pero no nos tengas sufriendo por ti todo el tiempo.

—Vamos —dijo Josefina cariñosamente— ahora ve a la cocina que te he guardado la cena. Nosotros ya hemos cenado. Debes tener hambre y estarás muerto de sueño, ya es muy tarde.

—No te creas mamá —respondió José—, se me ha cerrado el estómago de los nervios que he pasado durante todo el día. La gente por la calle está muy alterada.

—Eso también lo he notado yo, hijo —dijo Juan— todo el mundo iba nervioso.

Al poco rato toda la familia estaba ya durmiendo.

No había pasado ni un par de horas cuando de pronto se empezó a oír en la calle movimiento de carros y coches arriba y abajo. Había gente que corría y gritaba. Además, un fuerte olor a quemado y el humo empezaba a irritar la garganta.

Cuando Juan llegó a la ventana, José ya se estaba vistiendo.

—¿Dónde vas? —le dijo Juan alarmado.

—He oído que el edificio de la Aduana está ardiendo. Me voy a verlo y si puedo, a ayudar —le dijo José.

—Tú estás loco niño. No vayas a hacer una tontería. —Juan admiraba aquella actitud, pero temía que le pudiese pasar algo.

Al acabar de decir la palabra tontería José, le había estampado un beso en la frente y ya no estaba. Ahora corría por la calle en dirección al edificio.

—Santo Cielo —dijo Josefina desde la puerta de la habitación—. ¿Dónde iba tan rápido?

—Se está quemando la Aduana y el niño ha salido corriendo a ver si puede ayudar —respondió Juan.

—Ay Dios mío, este niño ahora va a acabar achicharrado —se lamentaba Josefina mientras se sentaba.

María, que siempre había sido la protectora de sus hermanos menores, salió ya vestida de la habitación. Se había despertado con el alboroto y había oído lo suficiente de la conversación.

—No te preocupes mamá me voy tras él —dijo— ya me encargo yo de que no le pase nada.

—Ahora que no sea que en vez de uno se me queman dos —le respondió Josefina muy alterada.

—¿Tú vas a andar sola de noche por la calle? —le dijo Juan.

—Claro Papá. No ves el jaleo que hay. No me va a pasar nada y al niño tampoco. Yo ya soy mayorcita —protesto María.

Tal y como acababa de hablar estaba saliendo por la puerta en dirección a la aduana.

En el edificio de la Aduana vivían habitualmente entre setenta y ochenta personas. Eran algunos funcionarios que venían de otros rincones de la provincia y sus familias que se alojaban con ellos.

Era un edificio que tenía unos cien años y que estaba hecho de madera principalmente. Entre los malagueños el edificio tenía fama de gafe ya que allí habían ido a parar revueltas con quemas de libros incluidos en otras épocas.

Cuando la gente se revolucionaba por la proclamación de la primera república el edificio pagaba las consecuencias. Si la gente se manifestaba por la guerra de Marruecos, no se sabía cómo, pero acababa pagando también el edificio.

En la actualidad pertenecía a la diputación y la gente que se alojaba allí lo hacía casi de forma clandestina ya que no se daban las condiciones de

habitabilidad necesarias. A pesar de eso, todo el mundo sabía que allí había gente viviendo.

Por lo que oyeron el incendio se había originado en la buhardilla a eso de la una y media de la madrugada. Al estar hecho de material inflamable, las llamas se propagaron por el edificio a toda velocidad.

La gente desesperada desde dentro intentaba salir de aquel infierno. Los que estaban fuera intentaban entrar a rescatar gente. Hubo algún caso de heroísmo espontáneo que podría haber acabado dramáticamente.

El ambiente era dantesco. La humareda que salía de allí, hacía que la gente que se intentaba acercar enseguida notase la irritación intensa en los ojos y en la garganta. Como precaución muchos empezaban a ponerse alguna prenda o algún trozo de tela mojado atado a la altura de la boca.

El calor que desprendía el edificio en llamas era intenso y la temperatura muy alta. José, se fue directo a uno de los bomberos que intentaba poner en marcha una manguera y se puso a ayudarle.

El joven iba sin parar de un lado a otro, pero afortunadamente tenía buena cabeza y se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer era ayudar a los que sabían y no meterse directo en aquella especie de volcán que había estallado allí mismo.

Cuando María llegó y vio a su hermano se quedó tranquila al ver que no había hecho ninguna locura. También notó el efecto del humo en el cuello y los ojos y se protegió la boca igual que hacía la gente. Con los ojos no podían hacer mucho y no paraban de llorar de la irritación. La falta de una visión clara dificultaba el rescate.

Ella se acercó lo que pudo, al lugar por el que la gente iba saliendo del edificio y se puso a ayudar a consolar y recuperar del susto que muchos de ellos llevaban en el cuerpo. La mayoría salían intoxicados y les costaba respirar.

María cogió un cubo y lo llenó de agua y al igual que otras mujeres, así como llegaban hasta donde estaban situadas les ayudaban limpiándoles la cara y haciéndoles beber para calmar la irritación.

La gente gritaba y lloraba. A algunos les faltaban familiares que no veían y que en la carrera hacia afuera o se habían quedado atrás o se les habían escapado de las manos. Había mucha tensión entre toda la gente y el edificio seguía ardiendo. No había manera de salvarlo. Se iba a quemar entero.

La tragedia llegó a su punto máximo de dramatismo cuando la gente que había quedado atrapada en el edificio, ante la imposibilidad de salir por la escalera empezó a saltar por las ventanas. Alguno de ellos murió en el intento

y otros quedaron malheridos. Otros tuvieron más suerte y a pesar de la altura quedaron ilesos, aunque estos fueron los menos. La gente desde abajo gritaba angustiada cada vez que veían que alguien estaba a punto de saltar. No se podían acercar al edificio por las llamas así que no podían poner mantas cogidas entre varios para amortiguar el golpe contra el suelo.

La madera estallaba de tanto en tanto provocando que se derrumbasen partes del edificio y haciendo muy peligroso el trabajo de la gente que estaba alrededor. Eran como pequeñas bombas. A pesar de todo, los bomberos casi sin medios para luchar contra el fuego, no dudaban en meterse entre las llamas para intentar rescatar a alguna persona.

Un niño saltó desde el segundo piso e incomprensiblemente salió ileso.

Aquello pareció un verdadero milagro. Desgraciadamente pocos fueron los que sobrevivieron.

Al cabo de cinco horas todo aquello había acabado. El saldo fue de casi treinta muertos entre asfixiados y calcinados. Los heridos eran llevados a los hospitales ya colapsados por los soldados que durante el día habían ido llegando del frente y los muertos fueron preparados para que sus familiares los identificaran y se los llevasen para enterrarlos.

Los bomberos encontraron algún cadáver totalmente irreconocible. Había alguno que casi se había fundido literalmente por las altas temperaturas que se habían registrado en el interior del edificio. Afortunadamente la mayoría sí que podían reconocerse sin problemas.

Era muy dramático ver como algunos supervivientes se dirigían hacia los restos que estaban en la morgue improvisada y estallaban en gritos y llantos al identificar a un hijo o una madre u otro familiar que no había tenido tanta suerte como ellos mismos.

María hizo todo lo que pudo para consolar a aquella gente rezando para no encontrar ni entre los cadáveres ni entre los familiares a ninguna de sus alumnas.

Tanto José como María y cientos de ciudadanos, hicieron todo lo que pudieron ayudando a los que teóricamente entendían mucho más que ellos, bomberos o gente con conocimientos sanitarios.

—Vámonos a casa —le dijo María a José cogiéndole de los hombros—. Aquí ya no podemos hacer nada más.

—Si vámonos —le dijo José resignado.

De camino hacia la casa José, no podía quitarse las imágenes de la cabeza:

—¿Has visto que mal preparados que iban los bomberos? —le decía a María totalmente indignado por lo que acababan de ver—. Llevaban los

materiales justos. ¿Cómo es posible que una ciudad como esta no tenga unos bomberos con todo lo que necesitan?

—Pues por lo que he oído, en el hospital también estaban hasta arriba de gente —respondió María compartiendo su desánimo y también indignada con aquella situación.

—Comentaban que al ser de noche no había guardias de seguridad ni nada en el edificio de la Aduana y que por eso no dio nadie la alarma —dijo José —. Si hubiese habido algún portero quizás habría avisado al principio y evacuar el edificio y toda esa gente estaría viva en este momento —la indignación hacía que le temblase la voz al hablar.

—Mira, yo no quisiera opinar sin saber, pero si no recuerdo mal me parece que había una prohibición desde hace casi diez años de utilizar el edificio como vivienda, justo para evitar lo que hoy ha pasado —dijo María.

Con cada comentario los dos se iban poniendo cada vez más furiosos, con el alcalde y el gobierno de la ciudad.

Llegaron a casa y sus padres los estaban esperando nerviosos. María al verlos se dio cuenta de que casi se habían convertido en dos ancianos. Les despertaron ternura. Entre los dos explicaron la horrible experiencia que habían vivido aquella noche.

Josefina les tenía preparado dos vasos de leche caliente, ya que sabía que iba bien para ayudar a que se les rebajara la irritación por el humo. La leche era escasa pero aún se conseguía. Ella la administraba como si fuese oro.

María entraba a trabajar un poco más tarde así que tuvo tiempo para asearse a conciencia y sacarse de encima todo el humo y su olor que le había impregnado el pelo y la ropa. Se lavó bien los ojos con agua fría para intentar calmar el picor intenso que sentía.

José, pudo poco más que lavarse y cambiarse de ropa. Desayunar y salir corriendo hacia el diario. Aún tenía los ojos rojos como tomates, en su mayor parte por el humo, pero también por la rabia y las lágrimas contenidas.

La energía de una persona de diecisiete años no era igual que la de una persona de treinta y dos como tenía su hermana en aquel momento, a ella le costó mucho más recuperarse de aquella noche infernal que a él, que casi no tuvo tiempo de reponerse.

Cuando llegó al diario, se fue directo al cajista que era su encargado. Era un hombre de unos cuarenta años. Aquel era un señor muy culto y una buena persona. Le gustaba mucho leer y era muy perfeccionista en su trabajo. Jamás había hecho una falta de ortografía y sus frases estaban perfectamente

encajadas en los moldes. La relación con José era muy buena. El joven era eficiente y tenía mucho interés por todo lo que hacía.

Sebastián, que era el nombre del encargado u oficial, como le decían, tenía que detenerlo de tanto en tanto y hacerle razonar las posibles soluciones a los problemas técnicos que se les planteaban. Las cosas, muchas veces no eran tan fáciles como le parecía a su ayudante. La técnica para encajar los moldes requería de paciencia y de búsqueda de soluciones muchas veces imaginativas.

A pesar de todo formaban un buen equipo y Sebastián no tenía dudas de que si aquel joven se quería dedicar a aquello seguro que se le daría muy bien. Solo necesitaba un poco de tiempo y alguien que lo guiase.

El hombre, lo vio venir directo y se le anticipó antes de que el niño abriese la boca.

—¡Caramba chico!, que mala cara que traes esta mañana.

—No me hable Maestro Sebastián —le respondió José—. Ayer cuando salí de aquí me fui al puerto y estuve ayudando hasta las tantas de la noche con los soldados que llegaban heridos de África. Cuando llegué a casa me metí en la Camay nada más coger el primer sueño el jaleo de la calle me despertó y me he pasado la noche ayudando en el edificio de la Aduana.

—Ya me he enterado del drama de esta noche pasada. Oye, te puedo dar un permiso y te metes en la cama todo el día y mañana ya vendrás —le ofreció Sebastián preocupado.

—Ni hablar maestro. Si me meto en la cama entre el cansancio y la indignación que llevo me tendrán que atar para dejar de dar saltos. No se preocupe por mí, aguanto bien con pocas horas de sueño.

—Entiendo lo del cansancio, pero ¿Por qué estás tan indignado? Estos accidentes como el incendio, desgraciadamente pasan de tanto en tanto —dijo Sebastián.

—Tenía que haber visto cómo iban los bomberos que estaban apagando el fuego. No llevaban casi nada de materiales para actuar con un mínimo de efectividad. El alcalde los envía a apagar fuegos y como no sea a escupitajos o meando no tienen más medios. La mayoría de ellos son héroes que no pueden hacer otra cosa que enfrentarse a la desgracia de acabar quemados sin ninguna posibilidad de evitarlo. Además, me decía mi hermana que hace ya años que habían prohibido que el edificio se utilizase como vivienda y a pesar de todo había un montón de gente viviendo en lo que acabó siendo para muchos de ellos una maldita ratonera en llamas.

—Tu hermana tiene razón —dijo Sebastián—. Creo que en 1913 ya lo prohibieron y no recuerdo haber leído nada en contra. Lo que pasa es que era más fácil alojar allí a aquella pobre gente que construir o alquilar viviendas para ellos. Ha sido una verdadera desgracia. Ya ves lo poco que les importa a nuestras autoridades lo que pase con sus súbditos. ¡Malditos tiranos! —no quiso reprimir el comentario.

—¿Cómo es posible que la gente le importemos tan poco a los que nos gobiernan? —José estaba indignado.

—Te propongo una cosa —dijo Sebastián intentando calmar a su ayudante y mirando de sacar partido de toda aquella energía de una manera productiva.

—Lo que usted diga maestro Sebastián —dijo José obedientemente.

—¿Te acuerdas de mi amigo Nicolás Costa?, es ese amigo mío que escribe artículos para el diario —preguntó Sebastián.

—Creo que sí maestro —dijo José sin comprender.

—Está a punto de llegar —explicó—. Cuando lo vea entrar hablo con él para que le puedas explicar lo que pasó ayer tanto en el puerto como lo de la aduana. Si él lo ve útil seguro que lo explicará en su artículo de hoy, él escribe editoriales y ese es el lugar ideal para quejarse.

—Pero, seguro que le parece ridículo lo que yo le pueda decir —dijo José dándose perfectamente cuenta de lo importante que era lo que aquel hombre publicaba y lo insignificante que era él mismo.

—Hazme caso —dijo Sebastián calmadamente—. Tú explícaselo y Costa ya verá lo que hace.

No había pasado mucho rato cuando llegó Costa y Sebastián y él estuvieron hablando unos minutos. José, de reojo miraba hacia donde hablaban y le parecía que el periodista mostraba interés. Eso aún le puso más nervioso y le costaba más controlarse. No quería parecer un joven ignorante que llevado por las emociones no fuese capaz de expresar claramente lo que había visto y lo que pensaba.

En seguida llamaron a José, que se unió a ellos. Sebastián se lo presentó como su ayudante más brillante en todos los años que llevaba en la profesión y ambos le invitaron a que explicase su versión de todo lo ocurrido.

El joven así lo hizo, al principio de una forma más tímida pero poco a poco se fue soltando y Costa fue tomando nota de detalles que le parecieron interesantes. También fue haciendo las preguntas precisas para dar coherencia total a la historia que iba formando en su cabeza previamente a escribirla.

Desde su juventud, su inexperiencia y sus emociones José no podía explicarse todo lo correctamente que quería. La maestría del periodista hizo que el relato que finalmente compuso fuese prácticamente perfecto.

Cuando acabaron, Costa dio las gracias a José y a su Maestro y se fue a redactar su editorial del día. Por la tarde el Maestro Sebastián avisó a José.

—Chico —como le llamaba a menudo—, ponte aquí conmigo. Me vas a ayudar a montar este molde.

—Sí Maestro —respondió José que empezaba a notar el cansancio acumulado después de tantas horas.

Se pasaron un buen rato preparando el molde para enviarlo a la impresión.

Antes hicieron una impresión de prueba manual. Siempre se hacía y servía para revisar que todo estaba correcto y de esa manera evitar desperdicio de papel y de tiempo.

—Léete este artículo y dime si lo ves correcto.

—Pero Maestro, yo no tengo preparación para hacer crítica —dijo José.

—Tú lee —le dijo Sebastián que se fue a hacer otras cosas dejándolo allí solo.

José no daba crédito a lo que estaba leyendo.

Nicolás Costa explicaba todo lo que él le había explicado aquella mañana.

Lo relataba evidentemente mucho mejor y con palabras más acertadas pero realmente todo estaba allí. Incluso en algún lugar del texto, le nombraba por el nombre y sin apellido para evitarle problemas, mencionándole como testigo de primera línea y fuente de información que vivió los fatídicos hechos en primera persona. Al día siguiente saldría su nombre en el diario.

—¿Qué?, niño —le preguntó el maestro cuando calculó que ya había acabado de leer—. ¿Te parece que todo está correcto?

—Claro que sí maestro —respondió José— no sé cómo agradecérselo.

—¿Agradecerme qué? —dijo el hombre— tú has sido parte de la noticia y yo te he puesto en contacto con quién podía darle la publicidad que se merecía.

Es una cuestión muy seria. Han muerto más de treinta personas. El tema se merece aparecer en la editorial del diario.

Entre el cansancio acumulado, la tensión reprimida y la emoción contenida, al acabar la jornada laboral José era un manojo de nervios aún peor que por la mañana. Aunque estaba realmente agotado.

Como casi era la hora en que María salía de la escuela se fue a esperarla.

—Hombre José —dijo María al verlo—, ¿me has venido a buscar? Hacía mucho tiempo que no te pasabas por aquí. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás muy

cansado? —María estaba muy cansada y se le notaba en la cara y hasta en la voz.

—No mucho —dijo su hermano—. Estoy muy nervioso. Hoy le he estado contando todo a un periodista que me ha presentado el Maestro Sebastián y le he explicado lo que pasó anoche. El hombre me ha escuchado mientras hablaba y tomaba notas. También me ha preguntado algunas cosas que yo no había pensado y esta tarde he visto que había preparado un artículo con lo que le he contado. Además, me nombra en el artículo.

—¡Ostras! ¡Qué ilusión! —exclamó María muy contenta—. Verás Papá cuando se entere, va a estar muy orgulloso.

—A lo mejor si —siguió el joven—. ¿Por qué no nos pasamos por el edificio? He oído decir que esta mañana han abucheado al alcalde cuando ha ido a ver cómo había quedado todo.

—¿Para qué quieres ir? —dijo ella—. Seguro que el Alcalde ya hace horas que se ha ido a su casa y del edificio ya no queda nada. Vámonos a casa.

Te llenas el barreño con agua caliente. Te das un baño largo y tranquilo. Luego cenas y te metes en la cama. Verás cómo mañana estarás como nuevo.

—Pero si no estoy cansado —protestó José.

—No te lo parece porque estás nervioso perdido, pero en el momento en que te relajes un poco te va a salir todo el cansancio acumulado.

José, no solía llevarle la contraria a María, así que se fueron para su casa e hizo lo que María le había aconsejado.

Tenía razón. Cuando salió del baño se encontraba como si le hubiesen dado una paliza y no podía con su alma. El baño caliente le había relajado la musculatura que había estado tensa durante todo el día. Al relajarse le costaba mantenerse despierto.

Josefina le había preparado la cena a base de huevos fritos, patatas fritas y un par de chorizos. Habían decidido que no esperase al resto de la familia para cenar y que tan pronto como acabase se metiese en la cama. Había gastado más de lo previsto, pero era importante que el joven se alimentase bien para recuperarse. Al ser el menor de los hermanos y haber nacido justo después de la pérdida de Alfonso, Josefina había tendido siempre a protegerlo más que a los otros. Hoy en día el chico no se dejaba proteger y Josefina solo podía alimentarlo lo mejor posible. A pesar de todo no se sabía dónde iba a parar aquella cantidad de comida porque José estaba en los huesos. Al día siguiente y tras una noche de sueño sin sobresaltos, estaba como nuevo.

Los meses pasaban con la misma tensión y el mismo peligro en la calle.

La ciudad, al igual que el país, estaba cada vez más revuelta. Durante el verano del año siguiente tuvo lugar otro hecho que alteró la vida normal de los ciudadanos. Resultaba que el puerto principal de embarque para El Rif era la ciudad de Málaga. Era la forma más corta y más directa de llegar a los puertos del otro lado. Esto ocasionaba que la ciudad estuviese siempre llena de soldados a punto de embarcar.

Si habitualmente los puertos solían tener fama por ser lugares donde la delincuencia y la prostitución abundaban más que en los otros barrios de las ciudades, con más razón pasaba cuando los que se embarcaban eran jóvenes que se iban a una guerra de donde no sabían si iban a volver.

Era fácil ver soldados, habitualmente armados, por la calle con unos cuantos grados de alcohol encima. Justo acababan de pasar las fiestas de agosto del año 1923 cuando se tenían que enviar soldados para cubrir las bajas de los últimos enfrentamientos. Una mañana se llenaron las calles de gritos subversivos contrarios a los mandos militares, que con dificultad conseguían controlar los oficiales a su cargo. A partir de aquello todo se descontroló.

Al día siguiente, algunas tropas que tenían que embarcar aquella misma tarde salieron por las calles, emborrachándose y metiéndose con la pobre gente que se encontraban a su paso. Entre la gente estaban los que se escondían y no querían cruzarse con ellos y los que entendían de la cuestión y tomaban posición a favor de los soldados y los animaban a no embarcar hacia la guerra.

A medida que fueron pasando las horas y el día avanzaba, la revuelta fue empeorando y llegaron a oírse disparos en algún enfrentamiento entre soldados y oficiales.

La mayor parte de la población civil corrió a esconderse en sus casas o no salieron de sus trabajos para evitar riesgos. Tanto José, como María se dieron cuenta de que era mucho mejor esperar a que pasase todo el revuelo antes de arriesgarse a recibir un disparo sin más por el solo hecho de andar por la calle.

Josefina estuvo todo el día en un estado de agitación terrible. Estaba asustada por sus hijos y por su marido. Todos estaban en la calle y ella estaba incomunicada en casa.

A la hora de comer Juan se presentó en la casa. Había pasado el día en la cochera ya que con los tumultos decidió no arriesgarse y no salió a hacer su trabajo. No sabían nada ni de María ni de José.

A primera hora de la noche, la rebelión de los soldados había sido finalmente reprimida y la gente que había decidido permanecer a cubierto en

sus trabajos pudo regresar a sus casas.

María y José, regresaron sanos y salvos. A la hora de cenar, cuando los cuatro estuvieron sentados a la mesa comentaron todo lo que había pasado aquella jornada negra.

—¿Qué queréis que os diga? —dijo Josefina directamente aún alterada por el día que había sufrido—. Yo lo estoy pasando muy mal. Ya sé lo que es enterrar a un hijo y estoy dispuesta a volver a pasar por ahí. Antes prefiero morirme yo.

—¿A qué viene eso Mamá? —dijo María intentando desdramatizar.

Habían optado tácitamente en no explicar más que lo necesario para evitar que Josefina se preocupase innecesariamente.

—Pues niña, viene a que todo está muy mal —respondió la mujer muy afectada—. Mira sin ir más lejos lo que ha pasado hoy. Hace mucho tiempo que está todo muy revuelto. Llevamos más de cinco años que no levantamos cabeza y no sé si vamos a salir nunca de este embrollo.

—Mamá, hay que ser optimista —dijo José—. La gente lo está pasando muy mal, pero nosotros nos vamos defendiendo. Todos vamos haciendo nuestras cosillas y además tenemos algo de dinero que nos dejó doña Marujita.

—Si hijo —le dijo Juan— pero si a uno de vosotros o a mí que me paso el día en la calle nos pegan un tiro de bien poco nos va a servir tener unos ahorrillos o comer cada día.

—En eso tienes razón Papá —dijo María—. Todos estamos expuestos a que nos pase una desgracia en cualquier momento y si a los soldados les da por seguir montando revueltas como la de esta tarde el riesgo a que un día por casualidad nos peguen un tiro es cada vez mayor. Pero eso no pasará.

—Tampoco veo que alternativas tenemos —dijo José— como no sea encerrarnos en casa y eso es imposible.

—He estado pensando en que a lo mejor nos podríamos ir a Guadalvalle —dijo Josefina— con tu hermano Juan y con Ana. O quién sabe si a Coín con Marta. Ellos hoy en día viven mucho más tranquilos y no están tan expuestos a que les pase una desgracia.

—Eso es muy difícil —dijo José—. Papá quizás sí podría vender el negocio y con lo que tuviese más lo de doña Marujita y lo poco que tengas ahorrado vivir los dos tranquilamente, pero tanto María como yo no podemos ir y venir cada día al trabajo desde tan lejos. Nos tendríamos que quedar aquí.

—Así mudarse no tendría ningún sentido —concluyó Josefina.

—Pues la verdad es que no, al menos para nosotros dos —dijo María—. El niño todavía es muy joven y ni siquiera ha hecho el Servicio Militar y podría empezar donde quisiese y con la profesión que eligiese, pero yo ya tengo una edad. Además ¿y si Alfredo vuelve? No me encontraría.

—Bueno, por Alfredo no te preocupes —dijo Juan— si sigue vivo y consigue regresar después de seis años sabrá buscarte. ¿No había estado alguna vez en Guadalvalle? Pues ya te buscaría allí.

—Eso es verdad —dijo José—. Es un tipo espabilado y con muchos recursos.

José era el único que no había pensado en ningún momento que no volvería. Pensasen lo que pensasen nadie planteaba delante de María la posibilidad de que hubiese encontrado a otra mujer.

—Es igual. Todo eso no importa —dijo Josefina—. Está claro que irse sería una tontería ya que nos iríamos vuestro padre y yo y vosotros os quedaríais cuando en realidad sois vosotros los que estáis más en peligro con toda esta situación.

—Vuestra madre tiene razón —dijo Juan.

La cena siempre había sido el momento de reunión y debate familiar, incluso cuando estaban los otros hermanos. Era cuando todos habían vuelto del trabajo. En la comida del mediodía, en realidad todos iban con sus ideas en la cabeza y sus cosas y realmente no estaban relajados pensando en lo que tenían que hacer durante la tarde. A veces María no iba a comer por el trabajo y de vez en cuando José o Juan tampoco iban, o llegaban con muy poco tiempo. La cena tenía la ventaja de que quedaban horas por delante hasta el día siguiente y las conversaciones eran mucho más animadas. Podían hablar de las historias personales de cada uno, los enfados, las anécdotas o también podían hablar de otros parientes o de vecinos. En tiempos revueltos, naturalmente, el tema a menudo eran los conflictos sociales.

Josefina no intervenía mucho y prefería escuchar. No era ninguna persona desinformada ni carecía de opinión propia, pero prefería observarlos cuando se ponían a hablar de estos temas. Las otras mujeres de la casa siempre habían opinado de igual a igual que los hombres de la familia. Nunca habían sido un grupo en el que ellas estuviesen relegadas a un segundo plano. Las vidas de María o Ana eran claros ejemplos de ello.

Las revueltas de los militares se habían ido produciendo en otros lugares de España y lo que pasaba en Málaga no era más que una versión local de lo que estaba pasando y preparándose en el resto del país.

La situación se complicó tanto, que el 13 de septiembre de 1923, Miguel Primo de Rivera que por entonces era el capitán general de Cataluña dio un golpe de estado contra aquel gobierno que no conseguía estabilizar el país.

Había todo tipo de tensiones. Entre el gobierno y los militares, entre la monarquía y una burguesía que no se veía reconocida en la toma de decisiones, también había movimientos nacionalistas cada vez más fuertes y una clase política que no sabía encajar los principios democráticos.

El golpe de estado fue apoyado por los militares, la burguesía catalana y los terratenientes andaluces y finalmente también por el rey Alfonso XIII.

Alegaban que querían poner España en orden y para ello lo primero que hicieron fue suspender la Constitución y prohibir los partidos políticos.

Para controlar los disturbios que se organizaban en las ciudades crearon somatenes que eran milicias urbanas. También se declaró el estado de guerra en todo el país.

María estaba escandalizada. Era consciente de que la situación no podía continuar como había estado hasta aquel momento, pero de eso a perder todos los derechos políticos que con tanto trabajo el país había conseguido le parecía horrible. Si María estaba que se subía por las paredes, su amigo Jaco, tenía ganas de empezar una revolución.

Por aquellos días tuvieron una reunión a la que acudieron solo diez personas. El ambiente estaba mucho más exaltado de lo habitual.

A Juan y Josefina tampoco les pareció bien. Ni siquiera José, que era el que más había pensado que mientras el orden volviese a la ciudad ya estaba bien la dictadura, no lo veía del todo claro. A José, lo que más le afectaba era que la prensa estaba censurada y esto complicaba mucho su trabajo en el diario.

A todos les llamó la atención que Primo de Rivera fuese amigo de Benito Mussolini y siguiese las ideas fascistas que empezaban a circular por Europa.

Hasta en la propia Alemania había surgido un partido de carácter fascista, el NSDAP dirigido por un tipo ridículo llamado Adolf Hitler. El fascismo empezaba a ser tolerado por la gente y se iba expandiendo por el continente. Se planteaba como la reacción al comunismo y había gente, entre ellos una parte de los que estaban mejor situada económicamente, que lo veían como una respuesta acertada a lo que estaba pasando en la que por entonces era ya la Unión Soviética que se había fundado en 1922. Al final la conclusión era que por mucho que el país se pusiese en orden había empezado una época oscura y de extremos a nivel político.

Otra cuestión importante fue la guerra de Marruecos. El propio Primo de Rivera tomó cartas en el asunto y llegó incluso a viajar por la costa africana para ver cómo evolucionaba la contienda.

En este entorno José, cumplió diecinueve años y se dirigió a las autoridades militares, para inscribirse y esperar a que le llamasen para realizar el servicio militar obligatorio.

Al año siguiente lo destinaban en Granada, lo cual fue una gran suerte porque Josefina temía que lo enviaran a África. En aquellos días el servicio militar duraba nada más y nada menos que tres años y lógicamente representaba la pérdida del empleo ya que nadie esperaba tanto tiempo a que se pudiese reincorporar a la vida civil. Su trabajo en la imprenta hizo que fuese más útil destinarlo a cuestiones administrativas ya que muchos de los soldados no sabían leer ni escribir, que enviarlo al frente.

José estuvo alejado de los conflictos de Málaga y también de la guerra.

Tuvo un servicio militar largo pero tranquilo. Periódicamente podía ir a ver a la familia y María en una ocasión llevó a sus padres a visitarlo.

A pesar del fascismo y los somatenes aquel fue un periodo tranquilo.

La economía poco a poco fue mejorando, en parte también por la coyuntura internacional y la situación empezó a cambiar radicalmente. La dureza de la represión se fue relajando a la vez que mejoraba la situación particular de la mayor parte de la gente.

Las manifestaciones espontáneas se acabaron, entre otras razones por las repercusiones que podían tener para los manifestantes y el país fue recuperando su ritmo.

En realidad, a partir de 1925 el directorio militar se tuvo que ir rindiendo a la evidencia de que cada vez las presiones eran mayores para incluir civiles en el gobierno. Con el tiempo se creó una Asamblea Nacional Consultiva que intentaba ser una especie de parlamento no escogido por los ciudadanos, y que tenía el propósito de calmar las reclamaciones tanto internas como de los gobiernos democráticos de otros países.

En 1927 con la rendición de Abd-el-Krim la guerra en Marruecos se dio por finalizada y eso también contribuyó a que la población admitiese mucho mejor la cesión de sus derechos políticos a cambio de conseguir mejoras en los aspectos económicos.

Estos fueron los años en que José estuvo apartado del mundo en mayor o menor medida. Una persona joven e idealista, como él y con un cierto nivel cultural que le permitía ser crítico con lo que pasaba alrededor, cuando era apartado del mundo real a los veinte años y pasaba tres años enteros sirviendo

en las fuerzas armadas de la época y durante la dictadura de Primo de Rivera, fácilmente podía ver alterada su percepción de la realidad.

Eso le había pasado al joven José. El hombre, a sus veintitrés años se había convertido en alguien mucho más tolerante con las ideas de la dictadura que cualquier otro miembro de su familia. Anteponía el orden en la sociedad a los principios democráticos.

Durante aquellos años el ejército hizo una intensa campaña de reeducación entre los soldados de reemplazo del país que en muchas ocasiones tuvo bastante éxito, sobre todo entre los que no estaban especialmente significados con ninguna otra idea política.

En los permisos que había tenido y en los que había visitado a la familia, María se dio cuenta y cuando se vio con su hermano Juan lo habían llegado a comentar.

—¿Has hablado con el niño de política últimamente? —le comentó María a Juan un fin de semana que fue a Guadalvalle.

—Sí —le respondió Juan adivinando por donde iba la pregunta— la verdad es que se ha convertido en un seguidor del dictador. Se ha puesto más a la derecha que yo.

—Me tiene preocupada. No sé qué querrá hacer ahora cuando vuelva. Ha perdido el trabajo en el diario y tendrá que buscar alguna otra cosa.

—Hombre, si lo que quiere es meterse en líos a lo mejor Málaga es un buen sitio para estar, pero si lo que quiere es empezar una vida de adulto no estoy yo muy seguro.

—Últimamente, es un cabeza loca —dijo María—. Sé que durante este tiempo que ha estado en Granada ha tenido más de una novia y vete a saber en qué tipo de historias se debe haber metido.

—Lo de las novias es normal —rio Juan— tiene edad de esas cosas y además con lo redicho que es él y lo bien que sabe salirse con la suya seguro que no le ha costado mucho.

—Eso, tu ríele la gracia —dijo María medio en broma y medio en serio.

—No es que se las ría María. Lo que pasa es que es otra manera de hacer las cosas. A nosotros nos han preparado mucho más para tener un amor para siempre y ya está. Él ya sube de otra manera. ¿Tú te crees que entre estos niños que suben ahora habría muchos capaces de sacrificarse por alguien como tú lo has hecho por Alfredo? Ya te digo yo que no —le dijo Juan con rotundidad.

—No sé —respondió María— seguramente tienes razón. Tú tienes hijos de su edad y seguro que sabes mejor que yo lo que pasa con la juventud. La

verdad es que en el tema político sí que tengo una ideología mucho más liberal que cualquiera de los de casa, pero en el tema de amoríos soy una clásica.

—Totalmente de acuerdo —bromeó Juan— tu amor es de esos tan intensos que produce dolor de estómago.

—Eres un bruto —le dijo María, también bromeando— cuanto más viejo te haces más bruto te vuelves.

—Procura que no te oiga Lola, que hace tiempo que me dice que soy un pesado, que no me aguanta y que me va a devolver a casa de mis padres.

—Ni hablar. Nosotros no aceptamos devoluciones. El que se marcha ya no puede volver —dijo María riendo.

—Al final te vas a quedar con toda la herencia tu sola hermanita.

—Sí —dijo María convencida— de momento tengo a papá y mamá que cada día están más mayores, pero no me quejo en absoluto, pienso que es un lujo estar llegando casi a los cuarenta años y seguir con los padres vivos.

—Tienes toda la razón —dijo Juan— la mayoría de mis amigos ya no tienen padres. Por cierto, nadie diría que tienes casi cuarenta años. Creo que eso del amor terrible le sienta bien a tu salud y a tu aspecto.

—Cuando vea a Lola le digo que definitivamente, no aceptamos devoluciones. Estás insoportable —volvió a reír María.

José, regresó a casa en febrero de 1928. El que se había ido siendo un niño de apenas veinte años volvió hecho un adulto de veintitrés.

El trabajo en el diario lo había perdido definitivamente. En aquellos tiempos eso éralo habitual. También era habitual que después de tanto tiempo se hubiesen replanteado su orientación profesional, al menos los que tenían alguna ya que en la mayoría de los casos se limitaban a buscar un trabajo, sin importar de qué era, la única condición era que el sueldo fuese suficiente para mal vivir.

José, estuvo hablando con el Maestro Sebastián para ver si tenía alguna posibilidad, pero el Maestro le explicó que por lo que él sabía no tenían intención de contratar a nadie nuevo, pero si se enteraba de algo sin duda que le avisaría.

Josefina estaba atenta a lo que estaba pasando y no desaprovechó la ocasión:

—Niña —le dijo a María un día que estaban las dos solas en la casa— tú ya sabes que antes de la dictadura yo sufrí mucho por el niño y que os quería enviar a Guadalvalle con tu hermano.

—Sí mamá, me acuerdo de aquella cena con el niño y papá que hablamos del tema.

—¿Tú no piensas que ahora es un buen momento para enviarlo al pueblo?

De momento ha empezado a buscar trabajo y si lo encuentra ya estaremos perdidos, pero si lo enviamos a Guadalvalle ya mismo, a lo mejor tu hermano lo puede colocar en la herrería y entonces ya lo tendremos fuera de la ciudad.

—No es mala idea, pero la situación no es la de hace unos años mamá, ahora todo es más tranquilo.

—Sí, niña, lo que tú quieras, pero aquí a la que menos te lo esperes vuelve a cambiar todo y empiezan otra vez los líos y si el niño tiene trabajo y está aquí no va a haber nadie que lo sujete. Sobre todo, desde que se ha vuelto tan *conservador* por decirlo de alguna manera.

—¿Quieres que lo hable con Juan? —dijo María—. Veamos cómo lo ve él y qué dice.

—Sí niña, hazme ese favor. También había pensado en la posibilidad de enviarlo a Coín con Marta y su marido, pero creo que Juan lo sujetará mejor.

Fíjate lo calmadita que esta Ana desde que está en Guadalvalle, toda una mujer de su casa.

—Hablas de Juan como si fuese un domador de fieras —rio María.

—Sí un poco sí lo es —dijo riendo Josefina.

A los pocos días Juan apareció por la casa familiar. Había ido a Málaga a verse con algunos antiguos compañeros de partido político. Los partidos habían sido prohibidos, pero eso solo había servido para que se volviesen en clandestinos ya que seguían funcionando.

Josefina, cuando lo vio aparecer empezó a hacer gestos a María para que hablase con él de lo que habían estado comentando.

María se la miró y ante la insistencia poco disimulada le dijo:

—Sí mamá, no te preocupes, pero deja de gesticular de esa manera que Juan va a pensar que estás enferma —y en voz baja— de la cabeza.

—¿Qué os pasa? —dijo Juan— es verdad que pensaba que te había cogido alguna cosa en las cejas que no dejabas de mover.

—Nada Juan —dijo María—. El otro día estuve hablando con mamá del niño y pensábamos hacerte una proposición.

—Venga pues la proposición —dijo Juan.

—Mira hijo mío —dijo Josefina— tú ya sabes que tu hermano es muy inquieto y si no lo sujetas no deja de meterse en líos. Desde pequeñito ha sido siempre así. A lo mejor es que como llegó al poquito de morirse Alfonso yo principalmente lo he consentido.

—Bueno mamá —dijo María— lo hemos consentido un poco todos porque tanto yo como las niñas siempre le hemos reído las gracias y papá siempre ha tenido una relación muy especial con él.

—Sí, la verdad es que es un crío simpático y se hace querer —dijo Juan— aunque tiene un carácter fuerte.

—Más o menos como todos —dijo Josefina—. Unos más y otros menos pero no te creas que los demás sois muy diferentes. Quizás Marta es más calmadita pero los demás no lo sois tanto.

—No me digas mamá que yo soy muy rebelde —dijo María que no consideraba que lo fuese.

—No cariño. Lo que quiero decir es que algunos sí que sois rebeldes, mira tú los pequeños, pero por ejemplo Juan y tu sois menos rebeldes en las formas, pero sí que os mantenéis muy firmes en vuestras ideas y sabéis luchar por ellas. Se ha de tener carácter para esperar tantos años a alguien que no sabes si sigue vivo.

—Ahí tienes razón —dijo Juan.

—Bueno, el caso es que el niño tiende a meterse en líos y va muy a su aire, sobre todo ahora que ya es mayor —dijo María volviendo al tema—. La situación en la ciudad es ahora muy tranquila, pero quién sabe lo que va a pasar en los años que están por venir. Mamá sufre porque dice que cualquier día en una revuelta le pegan un tiro, lo meten en la cárcel o le da por hacer una salvajada. Por eso ella pensaba, y francamente yo estoy de acuerdo, que si tú tienes alguna posibilidad de llevártelo a lo mejor estando en un ambiente mucho más tranquilo se serena un poquito y dejamos de sufrir por él.

—Hombre, pues no es mala idea —dijo Juan—. En Guadalvalle yo tengo bastante trabajo y lo podría poner conmigo a trabajar en la herrería. Sí que es verdad que el ambiente allí es mucho más tranquilo. Cuando volvamos a tener partidos políticos tengo intención de presentarme a alcalde del pueblo así que tenerlo a él de ayudante en la herrería me puede ir muy bien. Déjame que se lo proponga a Lola, a ver qué le parece y os digo algo.

—Tiene que ser un poco rápido —dijo Josefina— porque si encuentra un trabajo aquí no lo arrancamos de la ciudad ni tirándole agua hirviendo.

—Mañana mismo os lo digo. Tengo que volver —dijo Juan.

Al día siguiente, ya tarde, Juan pasó por la casa familiar y allí encontró a la familia esperando para la hora de cenar. Estuvo hablando con José y le planteó que necesitaba alguien que le ayudase en su negocio. Tarde o temprano él iba a meterse en política y tendría menos tiempo. Había pensado

en él que al ser su hermano era la persona de mayor confianza que se podía imaginar.

Como ahora estaba sin trabajo quizás podía considerarlo una buena oportunidad. La semana siguiente, José cogía el tren en la estación de Málaga rumbo a Guadalvalle. Eran pocos kilómetros y el trayecto era corto. A su llegada a la estación lo esperaba Juan acompañado por Ana.

CAPÍTULO 15

PERDIDO EN LA INMENSIDAD

(Parte 1)

El sol empezaba a ponerse en el horizonte. Otro día más en medio de aquella tierra tan grande y tan lejana de cualquier otra conocida anteriormente por él, aunque tuviese la sensación de que había vivido siempre allí.

Se tendió en su dura litera e intentó conciliar el sueño. Estaba cansado, pero no sabía por qué estaba tan fatigado. Era cansancio de aquella vida que hacía años que duraba ¿o tan solo estaba cansado de trabajar? No lo sabía.

Se daba perfecta cuenta de que su cansancio no desaparecería durmiendo unas horas ni siquiera durmiendo unos días. Su cansancio estaba pegado a su alma. Sentía que la vida era injusta con él.

Cerró los ojos y empezó a recodar. Pensó en que eso, los recuerdos, era lo único que tenía, la única pega es que casi no recordaba nada. Era pobre hasta para eso.

Siempre que intentaba recordar le venía a la cabeza Volodia. Era el primer recuerdo. Un recuerdo doloroso. La muerte se llevaba a su amigo delante de sus narices sin que pudiese hacer nada. De repente pensó que no quería seguir recordando aquellos momentos. Los había vivido un montón de veces y siempre le hacía daño. Estaba deprimido. A pesar de todo, su mente volvía una y otra vez a aquel lugar. Parecía que iba en busca de algo que había quedado abandonado allí pero no sabía que era.

A partir de aquel momento empezaba su pequeño tesoro compuesto de recuerdos. El único hecho que cruzaba la frontera y era anterior era la muerte de aquel joven ruso que había sido su amigo.

De pronto perdía el mundo de vista y ya no recordaba nada más hasta que se despertó en aquel hospital unos cuantos años atrás. Abrió los ojos en un

camastro, pero no sabía dónde estaba. El camastro estaba en una habitación oscura. Había más camastros igual al suyo a su alrededor, desordenados. Había mucho ruido y muchos de los que estaban igual que él, estirados lloraban o se quejaban. Las enfermeras y los médicos iban de un lado para otro saltando por encima de los camastros. No tenía miedo porque al abrir los ojos no recordaba lo que era el miedo. Había perdido la memoria. No recordaba cómo se llamaba o que estaba haciendo allí.

Lamentablemente la cabeza a veces nos juega malas pasadas. Cuando se le acercó una enfermera voluntaria, él le habló para pedirle agua. Tenía mucha sed. Notaba los labios, la lengua y el cuello resecos y hasta le dolía tragar la poca saliva que le quedaba.

Vio que la enfermera que se acercaba sonriente de pronto cambiaba de expresión y avisaba al supuesto médico que estaba en la puerta de la sala. El médico enseguida entró y empezó a hablarle en ruso. Él no entendía nada de lo que le estaban diciendo y lo único que pedía era un vaso de agua. Todo el mundo empezó a mirarlo con desprecio. Aquello empezaba a ser muy desagradable. No entendía que estaba pasando, por qué le trataban mal.

Intentó incorporarse para marcharse, pero la cabeza le empezó a rodar y tuvo que volver a la posición inicial. Además, estaba desnudo y tapado tan solo por una manta. Tenía mucho frío.

Hubo una palabra que se fue repitiendo en lo que decían la enfermera y el médico. Cada pocas palabras decían *nemetski*. Él no tenía ni idea de lo que significaba. Tardó unas horas en averiguar qué significaba alemán en ruso. Él se había dirigido a ellos en alemán, lo cual había sido una fatalidad que marcaría su futuro, por culpa de la guerra entre los dos países.

Su mente podría haber buscado otros mecanismos. Si hubiese hablado en Yiddish le hubiesen curado y remitido a la comunidad hebrea y si hubiese hablado en español, seguramente le hubiesen enviado a la embajada. Por desgracia habló en alemán.

Le trajeron una sopa caliente, un poco de pan y el agua que había pedido.

Cuando intentó hablar con la joven que le había llevado la bandeja, la chica lo miró sin mostrar ninguna emoción y no le contestó. Cuando él le insistió en que no les entendía ella le habló en ruso. No supo que le dijo. Parecía muy enfadada con él.

Tal y como acabó la frase se dio la vuelta y se fue. Tuvo suerte que no le tirase la bandeja a la cabeza. Alfredo comió con hambre. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero había sido suficiente como para tener

un hambre terrible. Cuando acabó de comer se quedó adormilado, tan solo un par de horas después volvió la enfermera.

Le traía su ropa. No recordaba prácticamente nada, pero aquella ropa le era familiar. No entendía qué tenía que hacer. Por gestos la enfermera le indicó que se levantase de la cama y se pusiese la ropa que le acababa de traer.

Él obedeció y se levantó. En el primer intento tal y como se levantó se volvió a sentar. La sala le daba vueltas como en el intento anterior. Volvió a intentarlo una tercera vez.

En aquel momento se dio cuenta de que se estaba mostrando totalmente desnudo y sintió vergüenza delante de aquellos desconocidos. Se vistió como buenamente pudo. Se sentía muy débil.

Aquella mujer seguía hablándole, pero él no entendía nada de lo que le decía. Era bastante antipática con él. A lo mejor tenía alguna excusa para eso, pensó. Él seguía sin recordar.

Unos minutos más tardes aparecieron dos soldados en la puerta. Le indicaron que les siguiese. Lo llevaron a un campamento militar en las afueras de la ciudad. Debieron tardar un par de horas en llegar. El trayecto se le hizo largo, el frío era intenso y no dejó de tiritar durante todo el camino. Iba sentado en la parte de atrás de un vehículo militar con el aire entrando por todas las rendijas. Lo habían atado y después de media hora empezó a notar que se le estaban durmiendo los brazos. El lugar al que llegaron, estaba totalmente lleno de barro.

Debía haber llovido hacía poco rato y la humedad le estaba calando en los huesos. Se mantenía tranquilo a pesar de todo. Era como si todo aquello no tuviese nada que ver con él. Lo metieron en una tienda de campaña amplia y alta y le indicaron una banqueta donde sentarse. Él se sentó y esperó. Al cabo de una hora apareció otro militar. Era alguien con mucho más rango que los que le habían traído hasta allí. Recordaba vagamente que cuantos más símbolos llevase el soldado, mayor era el rango y aquella persona llevaba unas cuantas insignias. No obstante, no recordaba que significaban. Aquel hombre sí que se dirigió a él en alemán. Tenía un fuerte acento, pero se expresaba correctamente.

—Espero que le hayan tratado bien hasta ahora. No quisiera que piense que en el ejército ruso no sabemos tratar a nuestros prisioneros. Últimamente nos hemos ganado muy mala fama entre sus compatriotas —le dijo aquel hombre a la vez que intentaba ser amable.

Alfredo, en un primer momento se alegró de que alguien le hablase en una lengua que él conociese.

—Si me han tratado bien señor —dijo cortésmente— pero no sé que estoy haciendo aquí. En realidad ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí.

—Acaso ¿no recuerda usted nada?, ¿cree que ha perdido la memoria? —le preguntó el militar.

—No lo sé señor —respondió Alfredo con una expresión muy preocupada — no recuerdo muchas cosas. Recuerdo algunas cosas básicas, pero no recuerdo mucho más.

—¿Qué puede recordar? ¿Sabe cómo se llama?

—Mi nombre… no, no lo recuerdo.

Alfredo empezó a ser consciente de su situación. Realmente no se acordaba de su nombre.

—Ya veo —respondió el militar— voy a creerle. Las circunstancias en que le encontramos son coherentes con un estado de amnesia. Sepa de todas formas que esa excusa es la que siempre utilizan los espías cuando son atrapados.

Se detuvo unos segundos como poniendo orden en sus ideas.

—A pesar de sus circunstancias, y dado que yo sí que se quién soy me presentaré. Soy el teniente del ejército ruso Sokolov. Aprendí su lengua jugando en la calle cuando era pequeño con unos vecinos de origen alemán que vivían en mi misma calle, en Moscú.

Alfredo observaba con interés al Teniente Sokolov esperando que le explicase más cosas que le pudiesen ayudar a saber quién era él mismo.

—Eso no tiene ninguna relevancia —dijo Sokolov— pero puede ayudarle a entender que mi alemán no es sofisticado, de escuela, es un alemán aprendido en las calles, un poco más basto. Respecto a usted, le diré que le encontraron tirado en el suelo e inconsciente el pasado mes de marzo durante las revueltas en la ciudad. A su lado había un teniente cosaco muerto. ¿Recuerda alguna cosa ahora?

—Sinceramente no —dijo Alfredo con auténtica preocupación— sigo igual que antes.

—Entiendo —respondió Sokolov—. La verdad es que no hay ninguna prueba de que fuese usted quien mató al teniente cosaco. Le pegaron un tiro en la frente, pero no encontramos ningún arma a su alrededor. Hoy en día hay verdaderas enemistades entre los militares. Algunos son partidarios de la revolución y otros no. Sabemos que se aprovechan las reyertas con los civiles para, a veces, ajustar cuentas entre ellos.

—Y ahora ¿qué va a pasar conmigo? —preguntó Alfredo angustiado—. Ni siquiera sé que estoy haciendo aquí en Rusia si soy alemán.

—¿Recuerda usted que nuestros países están en guerra? —preguntó Sokolov.

—No lo sabía, pero lo intuyo ya que vagamente sí que recuerdo conceptos lejanos señor —respondió Alfredo en voz baja.

—No le voy a mentir si le digo que la situación para usted es delicada. Le encontramos inconsciente al lado del cadáver de un soldado de nuestro ejército.

No parece culpable pero tampoco puede demostrar su inocencia. Además, no sabe su nombre ni nada de lo que usted hace aquí. Para acabar de rematarlo es usted alemán y nosotros estamos en guerra con su país.

Se hizo el silencio.

—La verdad amigo —dijo Sokolov— lo tiene usted un poco difícil. Yo no creo que estuviese en condición de decir que es usted un espía, no tiene el aspecto y su mirada es muy transparente, pero es probable que se le juzgue por espiar para su país.

—¿Y cómo voy a espiarles? —dijo Alfredo— si ni siquiera les entiendo.

—Cierto, pero también podría ser que olvidase el idioma o que sencillamente esté disimulando y sí que nos entienda. ¿Quién sabe?

Otro silencio.

—Si me juzgan por espía, ¿qué me puede pasar? —preguntó Alfredo, asimilando mentalmente esa posibilidad.

—Es imprevisible. Si fuese un espía reconocido es posible que le pegasen un tiro aquí mismo, pero dadas las circunstancias y que usted padece amnesia, quizás lo deporten a algún lugar. Sería lo mejor que le podría pasar.

—Pero yo soy inocente —dijo Alfredo poniéndose de pie.

—Reconozca que no lo sabe, si no lo recuerda, sencillamente no lo sabe —dijo Sokolov—. Espere un momento.

Alfredo se quedó de pie esperando instrucciones.

Sokolov se fue al soldado que estaba en la puerta de la tienda y le dijo algo al oído. Al momento ambos entraron en la tienda.

Sokolov le dijo en ruso *pegue un tiro en la cabeza a este bastardo alemán*. El soldado no hizo nada siguiendo las instrucciones que le había dado Sokolov al oído. Alfredo les miraba distraídamente como si estuviese esperando algo. Al cabo de unos segundos y viendo que parecía que los esperaban preguntó inocentemente en alemán:

—¿Vamos a algún sitio?

—No. Siéntese —le dijo Sokolov— me acaba de demostrar que no habla ruso. Tengo que redactar un pequeño informe y tramitarlo para que decidan qué van a hacer con usted.

—De acuerdo —le dijo Alfredo— esperaré.

Permaneció allí sentado un buen rato. Hacía frío. Desde que se había despertado que no se había sacado de encima aquella sensación, ni siquiera con aquella sopa caliente que le habían dado.

Cuando llegó la noche el soldado que había entrado antes con Sokolov vino a buscarle y le llevó hasta un pequeño edificio contiguo a la tienda en la que se encontraban. Había una especie de calabozo diminuto y lo encerraron allí.

Le trajeron mantas y comida y le indicaron por señas que se acostase.

Alfredo estaba muy cansado. La cabeza le dolía ligeramente, ese dolor no se le había quitado desde que había abierto los ojos.

Cuando empezó a quedarse dormido se vio a sí mismo, que corría desesperadamente por una avenida con una mujer que llevaba un bebé en brazos.

A su lado un hombre, Volodia, a él sí que lo recordaba, llevaba de la mano a una niña. Alguien les gritaba que girasen por una calle y había también un caballo que les perseguía.

Luego en el sueño el caballo les alcanzaba y se levantaba sobre las patas traseras. Un individuo con mala cara les gritaba y les amenazaba. La mujer con el bebé se escondía detrás de él.

De pronto el otro hombre dejaba a la niña aparte y empezaba a caminar hacia ellos hablándole al del caballo. Cuando llegaba a su altura lo agarraba y lo hacía caer de la bestia. Se liaban a puñetazos y de pronto se oía un disparo.

Él le decía algo a la mujer que cogía al bebé y a la niña que lloraba aterrorizada y salían corriendo por las callejuelas de los lados. Veía cómo Volodia, se iba muriendo.

Lo intentaba, pero no conseguía acordarse de su nombre. Tenía que esforzarse. De pronto no recordaba nada más, pero se preguntaba si estaba despertando su mente. Nada tenía mucho sentido en sí mismo, le faltaba mucha información. Con aquellas mantas había conseguido entrar en calor y la sensación de confort le fue calmando hasta que se quedó dormido. Aquella noche descansó bien.

Por la mañana temprano apareció Sokolov por el pequeño edificio. Iba acompañado por dos soldados. Uno de ellos llevaba un uniforme colgado del brazo.

—Despierte —dijo Sokolov— como no sabemos cómo se llama le hemos llamado Klaus Schmidt. Es poco original, pero es lo primero que nos ha pasado por la cabeza. Posiblemente sean el nombre y el apellido más corriente de su país.

—Está bien —dijo Alfredo—, Klaus Schmidt. Francamente no me es nada familiar, pero creo que no importa demasiado.

—Veamos, debo avisarle de que le van a juzgar de aquí a una hora. Los dos oficiales que le van a juzgar lo van a hacer por espía. La buena noticia es que yo seré su defensor. La mala noticia es que si no le ejecutan lo enviaran a algún sitio lejos del frente y posiblemente con cadena perpetua.

Alfredo se quedó sin saber cómo reaccionar. En realidad poca cosa podía hacer. Su futuro ya no dependía de él. Al menos de momento.

—Usted estará presente durante el juicio y yo traduciré las preguntas que le formulen y las respuestas que usted me dé.

—Se lo agradezco —dijo Alfredo con sinceridad. Aquel hombre parecía dispuesto a ayudarle.

—Es mi obligación, además creo que en este momento no recuerda nada de lo que hacía en Rusia y estoy seguro que no recuerda el idioma, si es que lo conoció alguna vez. Ayer cuando entró el soldado en la tienda le ordene que le pegase un tiro en la cabeza y usted no reaccionó. Me bastó para entender que no sabe ruso.

—Gracias por la confianza.

—Tenemos que dar la mejor impresión. Debe hacer días que no se lava y huele un poco. Ahora le acompañarán a las duchas. Son duchas de campaña al aire libre y estamos a cinco grados bajo cero. Independientemente del frío le aconsejo que se duche y se asee lo mejor que pueda.

—No se preocupe —dijo Alfredo—. Haré lo que pueda y francamente en este momento el frío es lo que menos me preocupa.

—Para causar buena impresión además le traemos un uniforme del ejército ruso, podríamos haber buscado un uniforme alemán de entre los que hemos conseguido de otros presos, pero no me interesa. Hemos destruido sus ropas. Cuando le vean aparecer con el uniforme causará mejor efecto que si aparece bien vestido con ropas finas, aunque estén estropeadas.

—Espero que al menos todo esto sirva para que no me fusilen —dijo Alfredo resignado y con una sonrisa.

—Vamos a hacer todo lo posible para que así sea. Ahora le traerán alguna cosa para comer.

Dicho esto, Sokolov salió de la pequeña celda. El soldado que llevaba el uniforme se lo dio y por señas le indicó que le acompañase.

Las duchas estaban apartadas. Hacía un frío terrible. Alfredo se desnudó y se puso debajo de la ducha y tiró de la cuerda que abría el depósito. La impresión del agua fría sobre su cabeza y después sobre su cuerpo en un primer momento lo dejó completamente inmovilizado y no pudo reprimir un grito una vez que consiguió que el aire volviese a entrar en sus pulmones. Al cabo de unos segundos se empezó a frotar con un poco de jabón que le habían dejado.

Era tal el frío que en muy pocos minutos se había enjabonado, aclarado y secado. Tenía la piel a punto de caerle del cuerpo del frío que había pasado. El agua se congelaba sobre él y si no rascaba rápidamente y con furia le hacía daño en la piel cuando intentaba frotar.

Le dejaron una navaja y como pudo se afeitó. No era un hombre con mucha barba así que le fue relativamente fácil. Cuando estuvo listo se puso el uniforme ruso que le habían dado y que se ajustaba bastante bien a su talla y lo llevaron a la tienda donde se encontraba el comedor que en aquel momento estaba vacío. Los soldados ya habían desayunado y estaban en sus tareas.

Le pusieron una bandeja con dos huevos hervidos, tres cucharadas de un puré espeso y un trozo pequeño y difícil de definir de carne. Había también una taza con té caliente.

Alfredo devoró todo aquello. ¿Sería su última comida?, se preguntó. Se esforzaba en recordar, pero de momento no le venía nada nuevo a la cabeza. Lo único que tenía claro es que no se llamaba Klaus ni nada que sonase parecido.

Le pasaba una cosa muy curiosa y es que le venía a la cabeza una música cantada en una lengua que él, al menos de momento, no entendía.

Repetía una y otra vez en su mente algo así como el tango llamado el Choclo. Le venían palabras, pero no las comprendía. Lo dejaría para otro momento. No tenía muchos sentimientos. La falta de recuerdos lo habían dejado sin referencias y le costaba pensar en tener miedo o angustia por la situación.

Era un estado psíquico extraño. Estaba en un momento de su vida en que se iba a decidir su futuro, pero no estaba preocupado por ello.

En realidad no había perdido totalmente la memoria. Recordaba que había nacido en un pueblo en Sajonia. También creía —no estaba seguro— que era judío. Le venían a la cabeza algunas palabras en un idioma que se hablaba sobre todo en las sinagogas. Los recuerdos llegaban, pero como si intentara

retener agua con las manos igual que llegaban se iban. Eran como olas que golpeaban la playa, pero inevitablemente se retiraban.

Recordaba también detalles sueltos de su juventud. Creía que se había casado con una joven de su país, pero de pronto ya no se acordaba de nada más.

Estaba convencido por lo que le había dicho Sokolov y lo que él soñaba que el jinete que tenía delante de las narices, aquel joven que moría y la mujer que desaparecía con los niños eran totalmente reales.

Cuando acabó de comer se quedó sentado esperando que alguien le dijese lo que tenía que hacer. Al cabo de un rato el soldado que lo custodiaba vino a buscarlo y se lo llevó fuera a estirar las piernas. Por gestos le hizo entender que debía seguirle. Tenían que caminar un poco para hacer un poco de ejercicio.

El pobre hombre le hablaba todo el rato en su idioma, pero Alfredo no conseguía entender nada. Le ofreció un cigarro. Él no recordaba si fumaba o no, pero lo cogió.

El soldado se lo encendió y siguieron caminando. Básicamente estiraban las piernas y poco más. Estaba bueno el gusto del cigarro. Se le estaba irritando la garganta y los ojos y hasta estaba un poco mareado, pero era una sensación agradable. La música y la letra de aquel tango le volvían machaconamente a la cabeza. Cuando se acabó el cigarro el soldado le acompañó al pequeño calabozo y lo volvió a encerrar. El hombre parecía bastante rústico. Tenía una mirada amable. Era poco más que un niño, debía tener unos diecisiete años. Parecía una buena persona por lo poco que podía entender Alfredo.

Pasó un buen rato. Se le hizo interminable. Alfredo tenía ganas de que todo aquello se acabase de una vez. Tampoco le parecía tan terrible que lo ejecutasen. Si le pegaban un tiro en la cabeza no se daría mucha cuenta de que se había muerto. Era una manera rápida de morir.

Por supuesto que prefería seguir vivo. Realmente tenía todo un mundo por descubrir y más ahora que se había olvidado de casi todo lo anterior. No sabía si algún día recordaría alguna cosa más.

Finalmente apareció por allí el soldado que lo custodiaba todo el tiempo y le indicó por señas, que le acompañase. Anduvieron por entre las tiendas. Los soldados lo miraban. Algunos con solo curiosidad, otros con miradas de desprecio y algunos también con simpatía. Seguramente estaban al corriente de todo y sabían que se le acusaba de espía pero que él no recordaba nada en

absoluto. Era como si al lobo le hubiesen arrancado los dientes. Ahora era poco más que un perro. Ya no era ninguna amenaza para ellos.

En diez minutos llegaron a una tienda grande. Algo más grande que la tienda donde le habían tenido el primer día cuando conoció a Sokolov y más pequeña que la que servía de comedor.

El soldado se paró en la entrada de la tienda y le dijo algo incomprensible a otro soldado que estaba allí. Este último contestó con un *da* y entró en la tienda. Al cabo de un momento salió y le indicaron a Alfredo por señas que entrase. Al entrar, Sokolov le estaba esperando. Le indicó que saludase poniéndose firme e inclinando la cabeza a los militares que estaban sentados en la mesa alargada enfrente de ellos.

Eran dos hombres de unos sesenta años y de alta graduación militar.

Serios y expectantes. Uno de ellos dijo algo que por supuesto Alfredo no entendió y se sentaron todos. Él les imitó. También había otro soldado, parecía un teniente como Sokolov que debía representar el papel de fiscal. Sokolov se dirigió a Alfredo:

—Bien Klaus —le dijo—, espero que me permita que le tutee. A partir de este momento cuando hable conmigo hágalo sin levantar la voz y sin ningún gesto. Ellos entienden un poco de alemán. No son capaces de seguir una conversación, pero pueden entender palabras sueltas. Por otro lado, no deje que ninguna emoción se refleje en su rostro. De esta manera no daremos ninguna pista a nadie. Por último y tal como le dije, yo le traduciré lo que ellos digan y a su vez a ellos les traduciré lo que usted me diga. Espere a que yo acabe de preguntar para dar sus respuestas y antes de responder piense bien en lo que va a decir. Esto es muy importante. Le aconsejo que dadas las circunstancias diga siempre la verdad, aunque sea tan solo reconocer que no recuerda. ¿Ha quedado claro?

—Muy claro Teniente Sokolov —dijo Alfredo.

A partir de aquel momento se empezó a decidir su futuro inmediato.

Por lo que Sokolov tradujo a Alfredo empezó explicando las circunstancias en que se había encontrado el cuerpo inconsciente de Alfredo y el cadáver del teniente cosaco. Todos aquellos hombres —por suerte— eran eslavos y no tenían muchas simpatías por los cosacos.

Se discutió largo rato sobre la evidencia de que Alfredo no debía ser quién había disparado al teniente ya que no había ningún arma. Además, se reforzaba el argumento por el hecho de que al quedar Alfredo inconsciente no había tenido ocasión de ocultarla.

De hecho, esto ya había quedado claro en el momento en que lo encontraron. Se le preguntó a Alfredo si recordaba alguna cosa de aquellos momentos.

Alfredo explicó que no recordaba nada pero que le venía un sueño a la mente que él estaba convencido que debía ser más o menos real. Le invitaron a que lo explicase y Alfredo explicó lo que soñaba y qué sensaciones tenía en aquel momento. Al cabo de algo más de una hora parecía que todo el mundo tenía claro que Alfredo no había asesinado al teniente cosaco.

En realidad, Alfredo no lo sabía, pero había un factor totalmente externo a él que estaba jugando en su favor. El Zar había abdicado hacía días y el ejército en el último momento se había puesto del lado de los manifestantes. Los cosacos habían sido los más resistentes al cambio y los más partidarios del Zar.

Los oficiales del tribunal de guerra, no simpatizaban en absoluto con los defensores de la Plaza del Palacio, la *Nevski Prospekty* sus cercanías, donde habían pasado los hechos que ahora se juzgaban.

A continuación se pasó a tratar el tema del espionaje. Todo fue mucho más intenso y más duro. El teniente que hacía de fiscal fue bastante áspero con él.

La palabra *nemetski*, es decir alemán, se repetía constantemente.

Cuando preguntaron a Alfredo, este contestó siempre que no recordaba nada. Que lo lamentaba pero que ni siquiera podía defenderse ya que no conocía la verdad.

Al final tras cuatro horas de debates, discusiones, gritos y llamadas al orden a los dos tenientes pareció que se daba el juicio por terminado. Alfredo estaba mareado. Blanco como el papel y con un dolor de cabeza terrible. No podía olvidar que estaba convaleciente todavía del golpe.

El teniente fiscal y Sokolov acudieron ante los oficiales y saludaron marcialmente abandonando la sala. En la salida el teniente fiscal le dijo algo a Alfredo y le tendió la mano que Alfredo le estrechó. Después se fue. Sokolov le explicó

—Le ha deseado buena suerte.

—Gracias por su defensa Teniente. En realidad no tengo ni idea de cómo ha ido todo, pero adivino por lo que he visto, que usted se ha empeñado mucho en defenderme.

—Era mi trabajo, además de que le creo inocente. No tengo ni la menor idea de que hacía usted aquel día en aquel lugar, pero no tiene pinta de culpable —le dijo Sokolov.

—¿Qué cree que pasará ahora? —preguntó Alfredo.

—No lo sé. Juraría que no le sentenciaran a muerte. Han quedado convencidos de que usted no mató al teniente cosaco y además he podido demostrar que usted no conoce nada de ruso. En algún momento le hemos puesto alguna trampa en la que Usted no ha caído.

—Vaya, no me había dado cuenta —dijo Alfredo con total sinceridad.

—De eso exactamente se trataba —le dijo Sokolov sonriendo—. Tiene usted una mirada muy transparente Klaus, no tiene pinta de asesino y créame dentro del ejército ruso hay muchos asesinos sin escrúpulos y yo los reconozco con solo mirarles a los ojos.

—Quizás es cierto lo que dice —reconoció Alfredo— pero piense que yo no soy realmente yo. No recuerdo nada anterior. Podría ser un espía o un asesino y no recordarlo. —Esa sinceridad confirma mis sospechas de inocencia.

Se dirigieron otra vez hacia la celda dando un amplio rodeo por el campamento. El día había pasado muy rápido y casi todo el tiempo había sido ocupado por el juicio. Ya empezaba a caer la tarde y empezaba a refrescar. La luz solar aún duraba pocas horas en aquella latitud y aquel mes. Se acercaba otra noche glacial. En la puerta de la celda estaba el soldado que le había acompañado todo el tiempo, saludó marcialmente a Sokolov y sonrió a Alfredo.

—Ahora ¿qué pasará? —preguntó Alfredo.

—De momento nada. Hasta mañana no se reunirán los oficiales con el fiscal y conmigo para discutir sobre el tema. Tengo que esperar a que me citen, aún no sé a qué hora será. Tanto el fiscal como yo expondremos nuestras conclusiones y nuestros argumentos. Después ellos dos deliberarán y tomarán una decisión por unanimidad, ya que son dos y necesitan votar los dos lo mismo. Si fuesen tres valdría la mayoría. Después se ejecutará la sentencia que dicten.

—Es decir, que hasta mañana no cambiará nada —dijo Alfredo.

—Exactamente, y créame cuando le digo que más bien será pasado mañana que mañana cuando tengamos la sentencia. Normalmente son lentos en la toma de decisiones. Sea como sea casi seguro que aún le queda otro día en esta celda.

Sokolov salió y el soldado cerró la puerta. A través de la ventanilla en el centro de la puerta Sokolov le dijo:

—En un rato le traerán algo más de comer. Hoy ya no pero mañana el soldado que le custodia le irá trayendo comida y le hará andar un rato. Si

necesita hacer sus necesidades o cualquier otra cosa no dude en pedirlo. Si está en nuestras manos le facilitaremos lo que necesite.

—Gracias —respondió Alfredo.

Una vez más se quedó solo con sus pensamientos. Volvió a esforzarse en recordar, pero era imposible. Sabía que había algo o alguien que le apretaba en la mente y le hacía sentir desasosegado, pero no conseguía recordar nada.

Pasó un par de horas y el soldado que le custodiaba —del que curiosamente no sabía el nombre, pero tampoco sabía cómo preguntárselo— entró con una bandeja.

Había una especie de sopa espesa que humeaba y un trozo de pan duro.

También había un vaso de té caliente.

Alfredo lo comió con ganas y sin demasiados miramientos respecto a la calidad de los alimentos. Estaban calientes y eso era todo lo que necesitaba.

Media hora más tarde volvió el soldado a retirar la bandeja. Estaba de pie al lado del camastro. El espacio era muy pequeño.

—Klaus —le dijo señalándole—. Sergei —añadió a continuación señalándose él mismo.

—Sergei —repitió Alfredo y le tendió la mano que el soldado estrechó.

Al final se había enterado del nombre. Sergei le ofreció un cigarro, que Alfredo aceptó. Él cogió otro y encendió los dos. Estuvieron fumando.

Otra vez el soldado se empeñaba en hablarle y explicarle cosas. Alfredo lo miraba con atención, pero no entendía ni una palabra de todo lo que le estaba explicando aquel buen hombre.

Al final, cuando acabaron el cigarro debió decirle algo que debía significar buenas noches y salió dejándolo allí. Alfredo se tendió en el camastro. Estaba cansado, pero en realidad no tenía demasiado sueño. Lo que sí que tenía era un ligero dolor de cabeza. No era un dolor insoportable, ni mucho menos, pero era un dolor constante que no se calmaba de ninguna de las maneras.

Pensó que no sabía cuánto tiempo había estado inconsciente. No tenía ni idea de que día era ni que había pasado mientras él dormía. El tango del Choclo le seguía resonando machaconamente en la cabeza. Le parecía que oía la música perfectamente, como si estuviesen tocando en esa misma sala y después le venían también palabras, pero no recordaba qué querían decir.

Aquella noche al quedarse adormilado le vino a la mente una ceremonia. Recordaba que él era el protagonista y la ceremonia se llamaba Bar Mitzvah. Recodaba también que era una especie de ritual por el que se le empezaba a considerar adulto. Empezaba a estar seguro que era judío, aunque no

recordaba mucho más. Sí que le parecía que a pesar de que había recibido educación religiosa, la mayor parte de su educación había sido laica.

Bueno, en realidad y si era sincero consigo mismo no sabía que parte eran recuerdos propios o historias que él mismo se imaginase o simplemente invenciones suyas.

Estaba cansado, pero tampoco tenía mucho sueño ya que en los últimos días había dormido bastante, así que la noche pasó en un duermevela del que se iba despertando para más tarde volver a caer dormido. Estaba caliente y esa era una sensación muy agradable.

Eso hizo que pudiese volver a soñar con episodios de su infancia y su juventud, luego en una ocasión con la imagen del jinete, el caballo, el joven que moría en sus brazos y la mujer que se escondía con sus hijos por entre las callejuelas.

Soñó con el tango del Choclo y las risas que sonaban en su cabeza. En esta ocasión imaginó a una mujer que estaba con él. De alguna manera la mujer y la música estaban relacionadas con su vida.

Empezó a angustiarse ya que sabía que lo que recordaba era muy importante. Esa mujer era muy importante. Era la clave que podía ayudarle a entender porque él se encontraba allí y en aquella situación, pero por más que se esforzase no hacía más que ponerse nervioso y no llegar a ninguna conclusión que le sirviese para averiguar alguna cosa. Era como si fuese una intuición más que una realidad. A lo mejor estaba equivocado, pensó, no tenía manera de constatar nada.

La noche fue eterna y agradeció que empezase a salir el sol. Aún pasó un rato hasta que su guardián, Sergei, apareció por allí diciéndole alguna cosa agradable y saludándole. Aquel joven parecía muy confiado. En el ejército no tendría mucho futuro pensó.

Alfredo se reconoció a sí mismo que tenía la suerte de que debía caer bien a la gente.

Aquello podría haber sido mucho peor si la gente le hubiese tratado mal.

En definitiva, él era un preso y estaba acusado de asesinato y de ser espía del enemigo.

Sergei desapareció de su vista. Al cabo de una media hora volvió a presentarse, pero esta vez con un té hirviendo y un par más de huevos hervidos, la carne igual que el día anterior y el trozo de pan.

Lo comió todo, aunque ya no tenía aquel hambre terrible que había tenido. Saboreó un poco más los alimentos, aunque en realidad no tenían mucho sabor a nada.

Tanto té le tenía la vejiga a punto de estallar. Hizo por gestos indicaciones a Sergei de que necesitaba orinar. Cuando Sergei le entendió rio, recogió la bandeja y se fue. Alfredo se quedó perplejo algo no había funcionado bien.

Tenía que hacer sus necesidades y ya no podía aguantar mucho más. Parecía que Sergei le había entendido, pero por lo visto no era así ya que se había ido sin más.

Estaba a punto de irse a una esquina de la cerda a aliviarse cuando apareció Sergei justo a tiempo con una especie de orinal que le entregó y acto seguido se fue dejándole que hiciese sus necesidades.

Ante la perspectiva inminente de poder desahogarse le entró aún más prisa y casi se le escapa encima. Puso el orinal en el suelo y pasó lo que le pareció una eternidad hasta que se quedó casi en éxtasis después de dejar descansar su vejiga.

Se recolocó bien la ropa y se estiró en la cama esperando instrucciones nuevas. Al cabo de un rato apareció por allí Sergei, siempre sonriendo. Le indicó por gestos que cogiese el orinal y le acompañase. Alfredo siguió las instrucciones y cogió el orinal y le siguió. Cuando salieron al aire fresco y cortante de la mañana, le indicó que vaciara allí mismo el orinal y Alfredo así lo hizo. Luego volvieron a entrar y Alfredo dejó el orinal en el suelo.

Volvieron a salir fuera. Sergei indicó que iban a andar un rato para estirar las piernas y activar la circulación. Le volvió a ofrecer un cigarro. Por lo que parecía como mínimo este era el tercer cigarro que iba a fumar Alfredo en su nueva vida y pensó que no le veía mucho sentido a meterse humo entre pecho y espalda a aquellas alturas, así que con una sonrisa le indicó a Sergei que prefería no fumar.

Sergei agradeció el gesto —quizás el tabaco era algo escaso y le estaba fastidiando fumando cada vez que le ofrecía pensó Alfredo— y siguieron caminando.

Unos pasos más allá Sergei sí que se encendió un cigarro, pero esta vez sin ofrecerle a Alfredo. El día era claro y a pesar del frío era agradable pasear por allí.

El campamento era enorme. Ellos estaban situados en uno de los extremos, pero mirando hacia la derecha y hacia adelante no se veía el fin del espacio delimitado por una empalizada de más de dos metros de altura.

No todo el espacio estaba ocupado por tiendas de campaña. También había espacios amplios en el centro que debía ser para formar los soldados y otras funciones.

Las tiendas estaban puestas formando calles suficientemente amplias como para que los vehículos, los carros y los soldados se pudiesen mover libremente y sin demasiados problemas.

La tienda donde le habían juzgado estaba más centrada dentro de aquel espacio, pero tanto el calabozo donde estaba —había otros calabozos también de ladrillo dispersos por los límites del campamento— como el lugar donde había comido se encontraba en el norte de aquel inmenso espacio.

A pesar del intenso frío en aquel momento la nieve se estaba deshaciendo.

Parecía que estaban en primavera, quizás en abril o mayo, aunque con mucho más frío de lo que era normal para él. Lo imaginaba por la duración del sol.

No lejos del campamento se podía ver a través de la empalizada una ciudad pequeña o un pueblo.

—Glazevo —dijo Sergei.

—Glazevo —repitió Alfredo. Bueno, ahora ya sabía que estaba cerca de un lugar llamado Glazevo.

—¿Petrogrado? —preguntó Alfredo.

Sergei señaló hacia el oeste. Alfredo imitó la dirección.

—*Da* —dijo Sergei.

Ahora también sabía que estaba al este de retrogrado. Sokolov le había dicho que le habían encontrado allí. No recordaba nada de la ciudad, pero sabía que era la capital de Rusia. Posiblemente lo hubiese aprendido cuando iba al colegio y por eso lo recordaba, aunque realmente no estaba seguro. En el juicio había salido el nombre de la ciudad varias veces.

El paseo duró toda una hora. Anduvieron por el perímetro del campamento y durante todo el tiempo se fueron cruzando con soldados que saludaban a Sergei y miraban a Alfredo.

Pasaron por delante de lo que debía ser la enfermería. Por lo visto también estaba situada en el perímetro del campamento. Eran un conjunto de tiendas bastante grandes y que estaban todas situadas juntas.

Iban andando los dos tranquilamente. Parecía que Sergei se había liberado de bastante trabajo durante el tiempo en que era responsable de Alfredo. Lo que no sabía Alfredo es que en el campamento de Glazevo, si se juzgaba a un soldado o un civil y se le consideraba culpable y se le sentenciaba a morir fusilado, el soldado que le había custodiado estaba obligado a estar en el pelotón de ejecución. Era la tradición.

En definitiva, que si Alfredo era ejecutado Sergei estaría entre los soldados encargados de hacerlo. Al cabo de un rato dieron la vuelta y

caminaron de regreso hacia el calabozo. Llegaron y Alfredo entró.

Sergei cerró la puerta y se marchó. Seguramente no se marchaba muy lejos porque siempre estaba en los alrededores cuando Alfredo miraba por la ventanilla del calabozo.

A primera hora de la tarde apareció Sokolov por allí.

—Buenas tardes amigo Klaus —le dijo— arréglese la ropa y acompáñeme. Acaban de avisarme que debía presentarme con usted ante los oficiales que le han juzgado. Tenemos un veredicto.

Alfredo se puso de pie y rápidamente se arregló la ropa. Tenía el estómago encogido. Le parecía recordar que siempre había sentido las tensiones más intensamente en el estómago que en ningún otro lugar de su cuerpo.

—Vámonos —le dijo a Sokolov.

Al salir Sergei se situó detrás de los dos custodiándoles.

En seguida habían llegado a la tienda donde les esperaban. Habían ido a paso ligero. Esta vez, al verlos venir el soldado que estaba en la entrada retiró directamente la cortina para que pasaran.

Sergei se quedó fuera. Los tres hombres que estaban la vez anterior también estaban en esta ocasión. Todos estaban en sus sitios.

Sokolov y Alfredo se fueron a los lugares que habían ocupado anteriormente. Alfredo siguió las instrucciones que le había dado Sokolov durante los breves minutos de camino a la tienda del juicio.

El proceso fue muy rápido. El mayor de los dos oficiales fue el que leyó la sentencia. Sokolov la iba traduciendo.

Por lo que Alfredo entendió no podían demostrar que había asesinado al teniente cosaco así que no podían acusarle de asesinato. Tampoco tenían argumentos suficientes como para demostrar que era un espía, aunque era bastante incomprensible que, siendo alemán, país enemigo, estuviese en Petrogrado en mitad de la revolución. Como no podían demostrar ninguna de las acusaciones formales habían concluido que era un castigo demasiado grave enviarlo al pelotón de ejecución. No obstante, no podían dejarlo libre así que decidían enviarlo a un campo de trabajo en el este.

Habían tramitado la documentación a la capitanía de Petrogrado y en un par de días sería entregado a la autoridad que lo enviaría a su nuevo destino.

Seguiría viviendo, al menos un tiempo más —pensó— y más valía que se empezase a acostumbrar a aquel frío ya que le tocaría pasar más de un invierno gélido en aquel país.

Cuando les permitieron abandonar la sala, Sokolov le explicó a Alfredo las conclusiones a las que habían llegado aquellos hombres para no ejecutarlo.

Quedaba en una especie de limbo jurídico, ya que no había un delito por el que pudiesen condenarlo, pero en su condición de alemán no podían dejarlo libre por el país. También estaba el hecho de su falta de memoria. Parecía que era cierta, pero era muy difícil de demostrar con toda fiabilidad, así que no podían hacer otra cosa que enviarle a un centro de trabajo.

—Dadas las posibilidades que tenía creo que era la mejor de las opciones —dijo Alfredo.

—Estoy totalmente de acuerdo —respondió Sokolov.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Alfredo.

—¿Qué quiere saber? —respondió Sokolov.

—¿Cómo se dice gracias en ruso?

En la cara de Sokolov se dibujó una gran sonrisa.

—*Spasiva* —respondió.

—*Spasiva* teniente Sokolov —dijo Alfredo.

—Buena suerte Klaus, ojalá pueda recuperar la memoria y consiga volver a su país. La vida en los campos de trabajo rusos es bastante dura.

CAPÍTULO 16

GUADALVALLE. CARMEN

Carmen había llegado aquella mañana a la confitería pensando en que tendría mucho trabajo ya que aquel era el primer día de feria. Empezaba la feria de primavera, la más grande. El pueblo entero se movilizaba, llegaba un montón de gente, desde hombres de negocios a antiguos habitantes del pueblo que se habían ido a otros sitios buscando mejor fortuna.

La gracia estaba en conseguir que en algún momento del día quien más y quien menos pasasen por la confitería. No solo a comprar pan, que eso estaba asegurado, si no a probar aquellos dulces tan buenos que le salían y que empezaban a ser famosos en Guadalvalle.

Ella había dejado de ser una niña. A sus diecisiete años se tenía por toda una mujer. Posiblemente se creía mucho más adulta de lo que realmente era. La gente decía que se parecía mucho a su madre a la misma edad.

Le regalaban los oídos diciéndole que era guapa, y quizás sí que lo era, aunque rotundamente no se pudiese decir que era presumida. Tenía muy buena figura y no se engordaba fácilmente. Su cara le parecía bonita, aunque ella misma no sabía que resaltaría si tuviese que destacar algo. Quizás sus ojos eran lo más interesante. Daba gracias de que su nariz era muy recta y más bien pequeña. Si tuviese que cambiar algo quizás serían sus labios ya que eran bastante estrechos y solo destacaban cuando se pintaba.

Una historia a parte era el pelo. A ella le encantaba, pero el último corte que se había hecho había provocado la ira de su madre que llegó a tenerla castigada durante todo un mes. Un buen día había decidido ir a la peluquería y hacérselo cortar a la moda del momento. La peluquera le había intentado convencer de que aquello era muy arriesgado ya que no tenía el permiso de su madre, pero ella había insistido y había mentido diciendo que sí que le dejaban y al final la peluquera accedió.

Se había cortado el pelo a la altura del final de la cara y además se lo había alisado un poco, así que ahora lo llevaba a lo Mary Nolan que era una actriz americana cuya foto había visto por casualidad en una revista que encontró en casa de su tía Lola que siempre recibía revistas del extranjero. Fue tal la impresión que le causó que no dudo en pedírsela prestada sin revelar su objetivo.

Cuando apareció aquel día por casa, estaban todos a punto de sentarse a la mesa para cenar. Ella entró rápida y se fue a su habitación así que nadie se fijó.

Al cabo de unos minutos Aquilina llamó para cenar. Carmen esperó un par de minutos a que su padre y sus hermanos ya estuviesen sentados. Temía la reacción de su madre y prefería que el resto de la familia estuviese presente.

Aquilina estaba sirviendo cuando apareció y sin decir nada se sentó en su sitio. La primera que la miró fue Lucía que no pudo reprimir un…

—*Alaaaaa.*… ¿Qué has hecho? —y la pequeña de la familia se quedó con la boca abierta.

En ese mismo momento Toño y Maru se giraron a mirarla y mientras Toño optó por callar a la espera de los acontecimientos que se preveían, Maru no pudo evitar una carcajada.

Todo ese rato Aquilina no había parado de hablar y servir y no se había dado cuenta de lo que estaba pasando, pero cuando alargó su plato a Carmen el gesto se quedó congelado. Carmen tuvo la reacción de alargar el brazo para coger el plato, pero no llegó a tiempo.

Aquilina soltó el plato que calló rompiéndose con gran escándalo, sobre la mesa y dejándolos a todos llenos de sopa. Instintivamente los cuatro hermanos saltaron hacia atrás.

—¿Cómo has podido? —acertó a decir justo antes de derrumbarse sobre la silla.

—Mamá, ya sabías que me lo quería hacer —dijo la joven.

—Pero yo te había dicho que ni hablar —replicó la madre a punto de ponerse a llorar y casi haciendo pucheros.

—Va mamá, no me dirás que no te gusta cómo queda —dijo la niña intentando desdramatizar. Se sabía ganadora al menos hasta que le volviese a crecer el pelo.

—Yo creo que estás muy guapa —se atrevió a decir Toño que en un primer momento había optado por no meterse pero que siempre intentaba defender a su hermana.

—Yo también —dijo Maru solidarizándose con la díscola de su hermana.

Antonio de momento estaba esperando la explosión de su mujer. A él no le parecía muy grave, pero sabía que a Aquilina le parecía tan grave como si se hubiese cortado un dedo.

Aquilina fulminó con la mirada a Toño y Maru y después se dirigió directamente a su marido

—Ya ves la niña. Tanto educarla como si ya fuese mayor y tanta tontería y mira por donde nos ha salido. Estarás contento ¿no?

El pobre hombre no sabía porque se las tenía que cargar él, pero pensó que lo más inteligente era intentar no provocar a su mujer así que dijo:

—Tienes razón cariño, la niña se ha pasado —y a continuación intentando desdramatizar y calmar a su mujer añadió con la mejor de las intenciones— menos mal que el pelo vuelve a crecer.

Maru no pudo reprimir la risa e intentaba reír por lo bajo para no tener problemas y pronto Toño y Lucía se unieron sin poderlo evitar. Aquilina se fue a su habitación muy ofendida y allí los dejó a todos.

Cuando acabaron de cenar las niñas recogieron todo el desastre y después Carmen intentó hablar con su padre

—Yo no creo que sea tan grave Papá.

—Hombre, la has desobedecido y eso no está bien.

—Ya lo sé —dijo ella afectada—. Yo no quería que se enfadase.

—Lo mejor es que la dejes en paz por hoy. Yo intentaré hablar con ella y mañana intenta hablar tú cuando yo ya la haya calmado un poco. De lo que seguro que no te libras es de un castigo. Imagino que lo tenías claro cuando decidiste por tu cuenta y riesgo cortarte el pelo.

—No te preocupes por el castigo —dijo Carmen— ya sabía que lo iba a tener. Muchas gracias por intentar ayudarme —añadió abrazándole.

El castigo había durado un mes y por suerte había acabado justo antes de empezar la feria así que podría salir. Todo el mundo le había dicho que estaba muy guapa con aquel corte de pelo que resaltaba sus rasgos. Imaginaba que debía ser verdad ya que había alguna otra joven que también se lo había cortado como ella.

Maru que normalmente era bastante decidida en aquella ocasión pensó que era mejor no tocar el tema hasta que no pasasen las fiestas por si también la castigaban si intentaba imitar a su hermana.

A Aquilina también se le había pasado el disgusto y en privado le tuvo que reconocer a su marido que la niña estaba guapísima con aquel corte de pelo tan extravagante según su criterio.

Carmen tenía bastante carácter. Aquel no había sido el primer incidente.

Justo hacía dos años, cuando ella tenía quince la habían nombrado contra su voluntad dama de honor de la fiesta. Maru lo había sido dos años antes y Margarita, la hija de Lola, el año anterior. Tanto su madre como su tía lo habían sido y estaba claro que aquel año le tocaba a ella.

La niña dijo que no quería, que a ella no le interesaba participar en toda aquella historia.

Aquilina intentó por todos los medios hacerle cambiar de idea. Lola también lo intentó. Apelaron a la tradición al honor de la familia que siempre había puesto a sus mujeres entre las más bellas del pueblo y a cincuenta mil escusas más. Hasta la propia Maru intentó convencerla un día en la confitería

—Pero tú, ¿por qué no quieres ser dama de honor de la fiesta? —le dijo Maru.

—Pues porque no me gusta eso de estar todo el tiempo pendiente de si tengo que ir aquí o allá. Yo prefiero divertirme, ir a bailar, moverme a mi aire.

—Si yo ya te entiendo —le intentaba convencer Maru— pero eso es una cosa por la que hemos pasado todas. Solo es un año, tampoco te cuesta tanto darle ese gusto a mamá.

—Ya, tienes razón Maru, pero es que…

—Es que ¿qué? —cortó Maru.

—Pues que me da mucha vergüenza que la gente me mire y esté pendiente de mí.

—Bueno, y ¿no te gusta? —preguntó Maru— la verdad es que a todo el mundo le gusta llamar la atención por algo bueno ¿no?

—Yo prefiero que no —respondió Carmen con tozudez.

El caso es que al final Carmen no fue la dama de honor de la feria de Guadalvalle aquel año ni ningún otro año para decepción de su madre y de su tía.

A pesar de aquel par de incidentes, el primero bastante imprevisible y el segundo menos, la joven había sido siempre obediente y muy pacífica, igual que Toño. La que había sido un verdadero terremoto era Maru.

Si en el pueblo había algún incidente importante tipo alguna discusión o alguna trastada, Aquilina siempre sabía que allí se encontraría su hija mayor. Si alguien tenía que saltarse alguna normal o no hacer caso, Maru tenía todos los números de ser la protagonista. Si una niña se había subido a un limonero y se había liado a *limonazoscon* la gente por supuesto esa era Maru.

Cuando aún iban al colegio y ya tenían la confitería había intentado comprar a la profesora llevándole una barra de pan. La mujer había hablado

indignada con Aquilina que la había castigado durante un tiempo.

En aquel breve espacio de tiempo entre que Maru empezó a salir por las fiestas y permitieron que Carmen la acompañase, es decir durante un par de años, Antonio siempre había tenido problemas con la niña.

Una de las veces le había dicho que cuando pasase el tren de medianoche por la estación, la esperaría en la puerta de su tía Lola para regresar juntos a casa. Pasó el tren de las doce y Maru no apareció, Antonio decidió esperar un poco. Al cabo de más de una hora fue al entoldado donde estaba la orquesta y allí la encontró bailando de lo más animado.

La niña evidentemente ni se había acordado de peguntar la hora y mucho menos de estar pendiente de si el tren pasaba. Ella era así. Afortunadamente Antonio intentaba que aquel tipo de trastada no trascendiese porque su madre aún se llevaría un disgusto y no valdría la pena.

Aquellos días de la feria eran especialmente complicados para la familia.

Lola y Aquilina, habían mantenido la tradición familiar y celebraban cenas para sesenta o setenta personas en la casa. Instalaban grandes toldos en el amplio patio de atrás y lo decoraban todo con flores, guirnaldas y velas. Preparaban todo tipo de manjares que la gente solía tomar de pie. Era una especie de bufet al aire libre. La gente se disputaba ser invitada y poder acudir a aquellos eventos a los que asistía la gente mejor situada del pueblo y algunos visitantes.

Los jóvenes normalmente no iban. Los niños de la casa, tanto los de Lola como los de Aquilina ayudaban al principio de la cena a sus madres a organizarlo todo y durante el primer rato se paseaban entre los invitados saludando y dando conversación a la gente.

Normalmente cuando todo estaba ya en marcha solían juntarse en la cocina y comer alguna cosa rápida para salir después disparados al entoldado donde normalmente iban las orquestas y toda la juventud.

Aquel día en la confitería se sentía un poco triste a pesar de la fiesta. Su hermano Toño se había casado y ya no vivía en la casa. Temía que ese año iba a ser un poco diferente por mucho que tanto él como su mujer Carmelita iban a pasar el fin de semana con ellos y se iban a instalar en la casa. Cualquier día Maru también se iría y hasta ella se marcharía. Eso la ponía triste.

El día a día de Carmen empezaba muy temprano. Se levantaba, se arreglaba y se iba a la Confitería. Ahora se llamaba así, confitería. Al principio había sido la panadería o también la pastelería, pero parecía que el término confitería había sido el que más había gustado. Parecía más fino según su madre y su tía.

Cuando llegaba se encontraba con Carlitos que preparaba el pan. Carlitos a pesar del diminutivo era un hombre de unos cincuenta años, venido de Jaén, donde había sido panadero, y que desde hacía ya bastantes años trabajaba para ellos preparando las masas.

Cuando Carmen abría la puerta, generalmente Carlitos ya tenía su trabajo acabado. Comentaban las incidencias de la noche y le explicaba lo que le dejaba a punto para utilizar. Carmen le preparaba un café con leche, que ella también tomaba acompañada de alguna pasta, desayunaban juntos y luego el buen hombre marchaba a su casa a dormir.

Durante las primeras horas del día era cuando la gente iba pasando por allí a comprar el pan. A Carmen le encantaba ver como amanecía y como poco a poco se iba despertando el pueblo. Los clientes llegaban casi siempre en el mismo orden. Primero los más madrugadores. Los que tenían más prisa porque se iban a la ciudad o tenían que ir a trabajar al campo. Las amas de casa o los niños pasaban a comprar ya pan para el desayuno del resto de la familia.

Pasada la primera hora, iban llegando el resto. Los que se levantaban más tarde o los que aprovechaban el pan del día anterior y preferían comprarlo más hacia el mediodía para tenerlo recién hecho a la hora de comer.

A eso de las once de la mañana llegaban los de siempre. Aquellos a los que se les hacía tarde y que ya se quedaban con cualquier cosa que les quedase.

Era aquí donde Maru y Carmen ejercían sus dotes comerciales. Se trataba de que nadie se fuese con las manos vacías. Si alguien venía buscando un tipo concreto de pan y se había acabado, les hablaban de aquel otro tipo que aún le quedaba y que estaba tan bueno. Lo explicaban de tal manera que al final parecía que el cliente había tenido mucha suerte en que se hubiese acabado aquel tipo concreto que buscaba al principio.

Además, Carmen, como buena cocinera que era, gracias a que se había criado con su abuela y la había educado al estilo clásico y entre las materias más importantes estaba saber cocinar, se le ocurrían ideas para utilizar aquel tipo de pan en concreto en esta o aquella receta.

Tenía tanto éxito que incluso mujeres que ya habían comprado lo que necesitaban por la mañana se pasaban por allí cuando tenían una duda de cómo aprovechar un alimento u otro para que pareciese mejor. A veces también, cuando llegaba una fiesta o alguien tenía un compromiso acudían a preguntar a Carmen.

El caso es que por una razón o por otra la confitería estaba siempre llena de gente. A mediodía llegaba Maru. La hermana mayor era otra cosa. A Maru le tocaba principalmente atender por la tarde. Los niños solían pasar por la confitería a que les explicase historias y aventuras. A veces Maru les contaba cuentos que todo el mundo conocía, pero otras veces directamente se los inventaba. Tenía preferencia por las historias de terror, a pesar de que ella misma era la que a veces se asustaba más de sus propias ocurrencias.

No dejaba de ser un reclamo para que detrás de los niños entrasen las madres y comprasen pastas o se tomasen un café o un chocolate en las mesas que tenían en la confitería y que completaban el negocio.

Por la tarde Carmen, muchas veces con Lucía que por entonces ya debía andar por los ocho o nueve años, se iba a la trastienda donde estaba la cocina.

Allí preparaba dulces, generalmente siguiendo las recetas habituales —un poco mejoradas con algún toque personal— y a veces experimentando.

A Lucía, la menor de todas, le encantaba ayudar a su hermana en la preparación de aquellos dulces. Por la mañana iba un rato a la escuela del pueblo, pero por la tarde después de comer y de haber ayudado en casa no importaba cuánto calor hiciese salía como un rayo hacia la confitería. En verano, en Guadalvalle podían llegar a más de cuarenta grados de temperatura a las tres de la tarde, pero eso no era un problema. Lucía se escapaba igual.

A medida que iba avanzando la tarde los olores que salían de la cocina atraían a todo el que anduviese por los alrededores.

La misma Maru no podía evitar entrar de tanto en tanto e ir picoteando.

Afortunadamente era tan intensa, que quemaba todo lo que comía y no engordaba.

A eso de las ocho de la tarde estaba todo hecho. Preparaban una lista para Carlitos con los encargos para el día siguiente y siempre tenían el detalle de dejarle alguna cosa preparada para que durante la noche pudiese comer algún dulce. El hombre cuando llegaba ya había cenado, pero aquellas largas horas de trabajo mientras esperaba a que alguna masa se acabase de cocer no podían pasar sin que hiciese en algún momento alguna parada para comer alguna cosa.

Marchaban a casa y llegaban casi justas con tiempo para cenar. El ambiente en la casa era básicamente femenino. El tándem formado por Antonio y su hijo Toño desde el principio no había tenido ninguna posibilidad de imponerse al grupo de Aquilina y sus hijas. Ellas lo dominaban todo, además eran mujeres de carácter que, aunque no solían enfrentarse abiertamente tenían arte como para dar la vuelta a las cosas de forma que

siempre salían adelante sus ideas o sus posiciones. Lo mejor era cuando hacían creer a Antonio que sus ideas originales eran las que se acababan realizando sin que fuese realmente así.

El pobre hombre estaba muy orgulloso de todos sus hijos y quería a su mujer, pero de tanto en tanto necesitaba escapar de aquel entorno y más desde que su hijo también había huido dejándolo solo.

A pesar de aquella apariencia tan idílica, Antonio mantenía correspondencia con Isabela. La mujer seguía viviendo en Buenos Aires. El niño que habían tenido y al que había llamado Jorge Anderson, exactamente igual que su abuelo, ya tenía unos diez años. Vivían en la casa que había conocido Antonio y la mujer de tanto en tanto le enviaba fotos y dibujos del niño. El niño sabía perfectamente quien era su verdadero padre y su madre le había explicado que ella no había querido que se quedase en Argentina.

Antonio siempre le ofrecía dinero, que ella rechazaba una y otra vez ya que su nivel de vida era suficientemente desahogado como para no necesitar su ayuda. Para Isabela, Antonio solo era el padre biológico de su hijo, pero nada más. Ella había tenido alguna que otra aventura, pero nunca había querido comprometerse con nadie y siempre había mantenido al niño al margen de todos sus escarceos. Isabela era una mujer libre y no quería ataduras a parte de las de ser madre.

Toda aquella historia era absolutamente desconocida por todos excepto por Juan, con el que Antonio se había sincerado y que siempre había mantenido el secreto.

Con el tiempo la mala conciencia por no atreverse a explicárselo a su mujer y por haber dejado sola a Isabela, se había ido relajando y en aquellos días no tenía grandes remordimientos de conciencia. A veces se despreciaba a sí mismo, pero a pesar de eso intentaba aceptarse lo mejor que podía. Había abandonado a una mujer y un hijo pero sin embargo había logrado educar a otros cuatro hijos con bastante éxito y mantenía la buena relación con su esposa.

Aquellos días de feria eran un tormento para Antonio. Él no era del pueblo y no tenía aquel vínculo tan intenso con la celebración. Como observador y como visitante le gustaba todo el follón que se liaba en aquellos días, sufrir aquellas cenas en su casa y tener que soportar todos aquellos compromisos le gustaba bastante menos e intentaba llevarlos lo mejor posible.

Además, su mujer se ponía del todo insoportable, gritaba a todo el mundo que se cruzase por su camino y a la menor contrariedad se ponía a llorar. Tenía la sensibilidad a flor de piel. Menos mal que solo era así durante la feria

ya que si no estaría seguro de que se había equivocado dejando a Isabela, se decía él mismo, aunque sabía que no era cierto.

Juan, también se veía comprometido con todo aquello. También tenía un sentimiento de forastero a pesar de que llevaba desde los veinte años viviendo en Guadalvalle. No entendía la parafernalia con que Lola vivía la fiesta. Por suerte para él aprovechaba todos aquellos eventos para hacer campaña política.

Estaba muy metido en los asuntos del partido conservador y tenía intención de presentarse a la alcaldía del pueblo tan pronto como fuese posible.

Mientras tanto iba trabajando el tema.

Antonio también había acabado afiliándose al partido conservador, aunque sinceramente a él todo aquello le importaba bastante poco. Era un hombre de empresa, de sector privado y con relativamente poco interés en la defensa del bien común.

Durante la feria, las reuniones y actividades en general que organizaba el partido eran una buena excusa para tener pequeñas vías de escape durante aquellos días. Muchas eran organizadas por el alcalde y solía ser el lugar donde se refugiaban y a dónde huían muchos maridos.

Juan se había comprometido tanto políticamente, que incluso había tenido que traerse a su hermano, José, desde Málaga a ayudarle en el negocio. La verdad es que Antonio veía que Juan y Lola habían tirado bastante de los hermanos menores de Juan. Primero vino Ana a cuidar a sus hijos mientras Lola se iba a Madrid a aprender pintura. Cuando Lola regresó, Ana ya no se quiso volver a la ciudad y se quedó en el pueblo para siempre. Ahora se traía a José, o Pepe como le empezaban a conocer en el pueblo, para la herrería. El ambiente que los dos jóvenes encontraron en su momento en Guadalvalle era sin duda mejor que el que se había vivido durante unos años en Málaga con revueltas cada dos por tres.

La Herrería a Juan le iba estupendamente. Los clientes eran principalmente gente que provenía del campo. Los terratenientes herraban allí sus caballos y la fama del herrero se había extendido por los alrededores atrayendo a gente de otros pueblos.

Juan había temido por su negocio los primeros años del Automóvil ya que no sabía cómo iba a afectar a su actividad, la sustitución de los caballos y los carros por los autos, pero de momento no se había visto muy perjudicado.

No obstante, había buscado otras alternativas y en aquel momento realizaba todo tipo de trabajos en hierro. A las rejas de los diseños de Lola se

habían ido añadiendo otros artículos como cabezales de camas, pequeños utensilios de cocina y una infinidad de cosas. La gente solía venir y encargaba lo que necesitaba. Les habían venido a comprar incluso desde Málaga y otros lugares de la provincia.

Tanto trabajo había hecho que no hubiese más salida que llamar a José.

Juan tenía a su hijo, también José, de la misma edad que su hermano, pero este no se había interesado por el tema y ahora trabajaba en Málaga en la empresa de su cuñado Antonio. Su hijo José y su primo Toño se habían criado juntos y cuando Toño se fue a Málaga, José le siguió.

Todo ese trasiego de gente nacida en un sitio y que se iba a vivir a otro, que afectaba tanto a la familia Martí como a la familia Maura, llegaba a un punto máximo cuando celebraban las fiestas locales.

Durante la semana en que duraban las fiestas los que vivían en la capital se trasladaban al pueblo y se alojaban en la casa de los familiares que vivían allí. Aquel año además iban a venir los padres de Juan y su hermana María, que por cierto venía acompañada por un amigo de la familia, un tal Jaco y sus tres hijos menores. Vendría también Marta desde Coín y su marido, pero ellos se alojarían en la casa de Ana.

Evidentemente también, y como cada año volvían al pueblo Toño y su mujer y José, al igual que un montón de gente que se habían ido a otros sitios.

La feria en Guadalvalle tenía muchas repercusiones. En primer lugar, había un aspecto económico y es que era una feria de ganado muy importante por la proximidad a la capital de la provincia y también por la riqueza de la ganadería en la zona.

La feria de ganado atraía a gente con rentas elevadas que comerciaban entre ellos durante aquellos días. Era una ocasión ideal para realizar las mejores ventas del año, no solo los ganaderos sino todos los comercios del pueblo y en especial la herrería.

Lola movía todos sus contactos, desde semanas antes enviaba invitaciones a todos sus amigos y conocidos y a su vez a los amigos de sus amigos, para que visitasen a su marido y viesen algunos de los trabajos que estaban colocados en muchas de las ventanas del pueblo. Por otro lado, no se paraba de herrar caballos durante aquellos días ya que se movía mucha más gente por allí.

Carmen y Maru también iban como locas. Vendían el doble de pan y pasteles durante aquellos días. Ana, la hermana de Juan, y Aquilina se turnaban para ayudarles.

Otro aspecto importante de la feria era el religioso. La feria coincidía con la festividad de la Patrona del pueblo que se trasladaba desde una ermita próxima a la iglesia de Guadalvalle. La gente se turnaba para llevar en hombros a la Patrona. Se hacía una procesión multitudinaria. Era muy bonito de ver y Guadalvalle era un pueblo muy religioso, al menos en aquellas ocasiones.

Finalmente, la feria también tenía un aspecto lúdico nada desdeñable.

Durante la semana en que duraba la feria, se montaban casetas en la calle principal del pueblo. Cada caseta se correspondía con una cofradía o con un gremio, también el ayuntamiento ponía su propia caseta.

Se bebía vino de la zona y se consumían productos del pueblo, famosos en la provincia por la fábrica de embutidos y en la que la familia Maura había tenido algo a ver hacia unos años con la aventura argentina.

La juventud bailaba y celebraba, era una gran ocasión para conocerse entre ellos. Algún que otro matrimonio se empezaba a gestar durante aquellos días de primavera en que se celebraba la fiesta.

La duración de todo aquel revuelo era de una semana nada más, así que se tenía que aprovechar el tiempo y todo pasaba a ser de una gran intensidad entre la población que durante el resto del año vivía mucho más tranquila.

El segundo día de la feria, con la confitería recién abierta y a primera hora de la tarde, Maru y Carmen estaban preparándose para la venta. Carmen estaba arreglando la cocina para ponerse a cocinar los dulces. Había ideado una especie de empanadas rellenas de cabello de ángel que le salían bastante bien y que se podían vender estos días en que aún no hacia el calor de verano. Incluso se había planteado llamarles *pastelillos de la feria* o algo así. De momento era solo un experimento y no le habían explicado demasiada cosa a nadie.

Si resultaba bien, podrían sacarlo para el año siguiente. Maru ya se había comido un par, y eso que aún no estaban del todo fríos. La masa pretendía ser más ligera que la de la empanada normal y el cabello de ángel casi tenía que deshacerse en la boca al morder.

Carmen incluso había pensado en ponerle un poco de limón o naranja para perfumarlo y darle un toque fresco, pero no se acababa de decidir. Habían pasado la tarde anterior haciendo pruebas similares, pero con membrillo, aunque la idea del cabello de ángel parecía mejor. Maru le estaba proponiendo poner un poco de almendra molida en la masa. Había que oír atentamente las ideas de Maru, ya que entre varios desastres culinarios de tanto en tanto surgía alguna genialidad.

Maru iba atendiendo a la gente que iba entrando, mientras tanto Carmen estaba dentro haciendo sus pruebas y preparando otras cosas. Parecía mentira cómo les hacía falta que estuviese Lucía por allí, pero la niña aquel día había dicho que se iba a la feria con sus amigas y que no la esperasen.

Maru y Carmen habían protestado un poco, pero entendían perfectamente que no viniese. Ellas hacían lo mismo con su edad. Maru tenía un pretendiente que últimamente la rondaba. Era Antonio, *el de la carpintería* y parecía que a Maru le agradaba el joven. Se trataba de un joven alto, delgado y muy simpático. Hacían muy buena pareja. Su familia tenía una carpintería y el negocio les iba tirando en aquellos días bastante bien. Carpí, como le llamaban sus amigos para evitar confundirse entre tantos nombres repetidos, sabía cómo hacerse el encontradizo con Maru, que como no tenía ni un pelo de tonta se daba cuenta de todo, aunque seguía el guion *de las buenas costumbres* que le correspondía.

Carmen a menudo bromeaba con Maru, pero en realidad le gustaba mucho aquel joven para su hermana. De momento era el único que había conseguido con éxito acercarse a Maru y no salir mal parado. Al final acabaron comprometiéndose.

A veces aparecía por allí durante la tarde y pasaba un rato hablando con ellas. Siempre buscaba alguna excusa. Un día que tenían mucho trabajo entre las dos lo convencieron para que les ayudase a atender a la gente que entraba en la tienda mientras que Carmen acababa de preparar más pastelillos.

La gente se quedaba extrañada.

—Pero niño, ¿tú no estabas en la serrería? —le decía alguna mujer.

—Ya ve señora, que uno vale lo mismo para cortar maderas que para vender pan o pastas —decía el joven.

—Está aquí de aprendiz —bromeaba Maru— pero no estoy muy segura de que nos lo quedemos. Se come más pastelillos que los que vende. El caso es que cada tarde pasaba por allí y se quedaba un rato con ellas.

Carmen, se metía en la cocina y si estaba Lucía se la llevaba con ella y los dejaban solos para que hablasen de sus cosas y se fueran conociendo.

A veces a Carmen le parecía que estaban a punto de discutir y entonces afinaba el oído para intentar averiguar qué estaba pasando, pero en la mayoría de los casos el pretendiente sabía darle la vuelta y alejar las nubes de tormenta que en algún momento parecía que se acercasen por el horizonte.

En otras ocasiones la tormenta estallaba con todo tipo de relámpagos y truenos y no daba tiempo a nada. Maru era terrible cuando quería. Aquel fue uno de esos días. Apareció el joven Carpí por la puerta y Carmen le saludo y

se fue para la cocina, dejándolos solos. Estuvieron atendiendo a los que iban entrando, pero no parecía que hubiese mucho movimiento.

Carmen no supo muy bien de qué fue de lo que hablaban, de un baile. En realidad, algo relacionado con la feria del pueblo. Había una carpa. Iba a venir no sé qué orquesta desde Málaga y Carpí insistía en que pasaría a recogerla porque quería que fuesen. Todo parecía que iba muy bien y que no iba a haber menor conflicto, pero por algo que pasó, y que Carmen no entendió, estalló el drama y los gritos y la situación se tensionó tanto que Maru cogió la puerta y se largó dando un portazo.

La situación era un poco cómica porque en realidad Maru era de la casa y era él, el que no era de allí y tendría que haberse ido. El pobre hombre se quedó muy sorprendido delante del mostrador. Menos mal que no había nadie en aquel momento en la confitería. Carmen salió de la cocina.

—¿Qué le ha pasado a mi hermana? —dijo extrañada ya que normalmente la sangre no llegaba al río.

—Pues, chiquilla no lo sé —dijo él afectado y con cara de no haber entendido lo que pasaba—. Se ha puesto como una fiera y se ha marchado dando un portazo.

—Va Carpí vete a buscarla, no te preocupes ya me encargo yo de esto que no hay nadie.

—Es que tiene un carácter —se lamentó el joven.

—Sí, pero ya sabes que no es nadie, que los enfados le duran cinco minutos —le dijo Carmen intentado suavizar la reacción incomprensible que había tenido su hermana.

—Tienes razón. Me voy a buscarla.

Y Antonio el Carpí salió detrás de ella quedándose Carmen sola en la tienda. Como la puerta tenía una campanilla y cada vez que se abría o se cerraba sonaba, se fue para dentro y se puso a acabar lo que estaba preparando.

Pasó un rato largo, pero no entro ni salió nadie y ella se concentró en su trabajo y sus experimentos. Normalmente cuando se ponía manos a la obra perdía la noción del tiempo.

La tranquilidad era total y se podía inspirar divinamente sin nada que le interrumpiese.

En el reloj que tenían encima del horno vio que ya había pasado más de media hora desde que Maru se había ido y se dijo a sí misma, que era raro que no hubiese vuelto ya.

«*Bueno, estas discusiones entre novios a veces son más largas de arreglar de lo que parece*» pensó, y siguió a lo suyo. Así pasaron unos cuantos minutos más y Carmen pasó del «*vaya cara dura la de Maru que me ha dejado sola*», al «*espero que no le haya pasado nada con tanta gente desconocida que hay estos días por el pueblo*».

En eso andaban sus pensamientos cuando de pronto sonó la campana de la puerta indicando que alguien llegaba.

—¡Ya te vale! —dijo Carmen desde dentro sin dejar de hacer lo que estaba haciendo— llevo un rato sola y ya me estaba preocupando por ti al ver que no venías.

No hubo respuesta y Carmen extrañada salió al mostrador. Un joven la miraba sonriendo.

—Si llego a saber que me estabas esperando hubiese venido antes —contestó bromeando con una sonrisa de oreja a oreja. Carmen no pudo evitar ruborizarse por la situación.

—¡Ay, Dios mío! disculpe es que mi hermana que tendría que estar aquí se ha ido hace un rato y pensaba que había vuelto —dijo Carmen intentando explicarse.

—¡Vaya! —dijo el joven riendo— y yo que pensaba que me estaba esperando a mí.

Carmen notó algo, que le atraía aquel joven. Había alguna cosa en él que casi la hipnotizaba y no tenía ni idea de que se trataba. Se puso nerviosa y no sabía qué decir así que le preguntó

—¿Qué quiere que le ponga? —preguntó intentando hablarle de usted, para disimular su excitación.

—Tú debes ser Maru o Carmen —le comentó el joven sorprendiéndola totalmente.

—¿Nos conocemos? —preguntó Carmen con una sonrisa.

—Ya veo que no te acuerdas de mí —dijo él— aunque habíamos coincidido alguna vez cuando éramos niños. Yo soy José, el hermano de Juan, tu tío.

Carmen se acordó en aquel momento que su tío Juan tenía un hermano más o menos de su edad, quizás dos o tres años mayor que ella. De pequeños se habían visto en alguna fiesta familiar pero la persona que tenía delante no tenía nada que ver con aquel niño que ella pudiese recordar.

—¡No me digas que tú eres José Martí! —dijo Carmen, saliendo de detrás del mostrador para darle dos besos.

—Sí señora —dijo José— y yo creo que tú eres Carmen contestó admirando a la bella joven que tenía delante.

—¿Qué haces tú por aquí? ¿Has venido por la feria? —le preguntó con curiosidad.

—¡Qué va! —dijo él— hace unos días que me he instalado en casa de mi hermano. Por lo visto necesitaba ayuda en la herrería y yo he acabado hace poco tiempo el servicio militar y tenía que buscar trabajo y al final me he decidido y he venido aquí a ayudar.

—Así que estás en casa de la tía Lola. Ya verás que bien que vas a estar —dijo Carmen.

—Eso espero —dijo José con una sonrisa.

—¿Conoces el pueblo? ¿Has hecho alguna amistad por aquí?

—Pues de momento el pueblo lo recuerdo de otras veces, de cuando venía con mis padres, pero no creo que esté muy cambiado. No conozco a nadie. Veo que estáis en plena feria.

—Eso no puede ser, aquí hay muchos jóvenes —dijo Carmen—. Si quieres esta tarde cuando salga de trabajar y me haya arreglado paso a buscarte por casa de mi tía Lola y me acompañas al entoldado. Hay baile y ya te presentaré a mis amigas y a la gente joven que haya por allí.

—¿Harías eso por mí? ¿No te estaré molestando? —dijo José, que en verdad tenía más interés en aquella joven que en quien le pudiese presentar. Él también había sentido una fuerte atracción por Carmen.

—Claro que no me importa. Bien contenta iré del brazo de un joven tan guapo —dijo bromeando Carmen— además todos se preguntarán quién va conmigo.

—¿A qué hora te espero? —dijo José.

—Pasaré a las nueve más o menos. Estos días de feria los horarios en casa son mucho más benévolos —explicó Carmen.

—Te estaré esperando —contestó José dándose la vuelta y saliendo de la tienda con una sonrisa en los labios.

La campana sonó dos veces ya que al salir casi choca con Maru que regresaba a la confitería acelerada como siempre.

—A las buenas tardes —dijo Maru, entrando y sin mirar hacia atrás.

—Buenas tardes —dijo José mientras desaparecía calle abajo.

Carmen estaba parada detrás del mostrador con la mirada fija en la puerta por donde había salido aquel joven. Le había gustado el hermano de su tío, le pareció atractivo e interesante, nada que ver con aquel niño nervioso que había ido alguna vez a su casa.

—¿Quién era ese? —preguntó Maru mirando la cara de pasmada que tenía su hermana.

—¿Ese? ¿No te acuerdas del hermano del tío Juan? —dijo Carmen sin salir del encantamiento.

—No me digas que es aquel niño. ¿Cómo se llamaba…?

—José —dijo Carmen.

—Eso José —dijo Maru—. Me contó el otro día Margarita que había ido a vivir con ellos porque el tío necesitaba ayuda con la herrería.

—¿Te has fijado que guapo que es? —dijo Carmen dando señales de no haber oído lo que le acababa de explicar su hermana.

—Pero Carmen, si es casi de la familia —le dijo Maru riéndose de ella.

—Ni hablar —le respondió seria Carmen— no tenemos ningún lazo de sangre, solo es familia política y de cuarto o quinto grado como mínimo.

—Al menos te habrá comprado algo —dijo Maru bromeando.

—Ahora que pienso no ha comprado nada. Hemos estado hablando un poquito y esta noche iré a buscarlo para ir al entoldado —dijo Carmen.

—¡Será posible! —exclamó Maru sin dar crédito a lo que le contaba su hermana— y yo que venía casi corriendo no sea que le pasase algo a doña Carmen y resulta que tú estabas aquí la mar de bien.

—Anda ya. Estaba preocupada por ti —respondió Carmen—. Por cierto ¿te has fijado que es más guapo que el tío?

—Claro —dijo Maru— pero eso se pasa con el tiempo, el chaval si no me acuerdo mal es como veinte años más joven. El tío no sé cómo debía ser cuando tenía veinte años menos.

—Eso es verdad.

—Viene gente. Vete para adentro —le dijo Maru— no sea que te enamores otra vez.

Carmen no reaccionó y sencillamente se fue para adentro a seguir con lo que estaba haciendo. Se le empezaba a quemar alguna cosa, menos mal que pudo evitar que las empanadas de cabello de ángel acabaran siendo pedazos de carbón.

La tarde pasó lentamente, o al menos eso le pareció a ella.

Aquella tarde la gente no paró de entrar y salir de la confitería. Cuando eran los días de feria sí que era cierto que había mucho más movimiento, sobre todo a primera hora, pero por la tarde, la gente después de comer solía echarse una siesta para poder resistir bien la fiesta de la noche.

A media tarde apareció Lucía y le preguntó a Maru:

—¿Tú sabes si a Carmen le pasa algo?

—No, ¿por qué? —respondió Maru distraída.

—Está tarareando y le hablo y no me responde —dijo Lucía molesta.

—Eso debe ser que le debe haber robado el corazón algún diablo.

Lucía, se asustó, tenía una percepción del más allá un poco particular gracias a las manías de la abuela.

—¿Un demonio? —se inquietó la niña.

—No, un diablo. No te preocupes son menos peligrosos —contestó Maru con indiferencia mientras seguía a lo suyo.

La niña se fue de allí pensando que Maru le había tomado el pelo y que no le querían contar lo que había pasado. Estaba harta de que no le contasen las cosas interesantes. Pensaba que solo la buscaban cuando necesitaban que les ayudase. Un día de estos se iba a acabar este abuso concluyó enfadada.

Cuando finalmente llegó la hora de cerrar las dos hermanas se fueron a casa para arreglarse y prepararse para salir. Por el camino iban concentradas en su conversación.

—¿Vas a ir al entoldado? —preguntó Carmen.

—¿Cómo quieres que me lo pierda? —le dijo Maru sorprendida por la pregunta.

—Como te has ido tan enfadada con tu novio, he pensado que a lo mejor seguías enfadada.

—¿Enfadada?… ¡ah! te refieres cuando nos hemos peleado en la confitería.

—¿A qué si no? —respondió Carmen con otra pregunta.

—Eso no es nada —explicó Maru con una sonrisa—. Me ha seguido después más suave que suave. Era todo un truco.

—¿Y para qué? —preguntó Carmen sorprendida.

—¿Cómo que para qué?, pues para nada. Solo estaba jugando. Me aburría y he aprovechado para ponerle un poquito a raya.

—Vaya —dijo Carmen, su hermana siempre le acababa sorprendiendo.

—Niña, no te preocupes. Eso es así. Nosotras tenemos menos fuerza que ellos, pero somos mucho más listas así que esa es una manera de tenerlos a raya y hacer lo que queramos. En realidad, es muy fácil y hasta divertido verlos pobrecitos como acaban haciendo lo que les pedimos como si fuese lo que ellos quieren.

—Bueno, ya me enseñarás —dijo Carmen convencida de que ella no sabría nunca y dudando de que aquello fuese correcto.

—¿Va en serio que vas a ir al entoldado con el hermano del tío? —preguntó Maru.

—Claro —dijo Carmen segura.

—Bueno, tú misma —advirtió Maru— pero piensa que no es cualquiera.

Es casi de la familia así que mejor que no juegues.

—No, pero si a mí me gusta —dijo Carmen—. Que yo sepa, si es mi medio tío, tiene mi edad y está solo en el pueblo y no conoce a nadie. ¿Qué tiene de malo que lo lleve a bailar?

—Pues en realidad tiene de malo lo mismo que invitarlo a tomar churros, es decir nada, pero ya sabes que aquí la gente en seguida se mete en la vida de los demás y de aquí a cuatro días dirán que estáis comprometidos.

—Bueno ¿y qué? —dijo Carmen—. Que digan lo que quieran.

—Yo te he avisado. Ahora haz lo que creas, pero luego cuando mamá y papá te sometan a interrogatorio no digas que no te avisé. Si no recuerdo mal papá y el tío también habían sido amigos de niños y al final acabaron de cuñados.

—Eres un caso Marujita mía —le dijo riendo y cogiéndola del hombro Carmen.

—Además ¿no sabías que tía Lola se casó embarazada? —dijo Maru.

A Carmen ya le pareció todo tan cómico que pensó que lo mejor era seguir la broma.

—¿Embarazada?

—¿No lo sabías?

—Pero Maru, era ¿embarazada estilo Espíritu Santo o estilo ligerita de ropa? —bromeó Carmen.

—Sí, tú ríete —le dijo Maru—. Embarazada de tres meses.

Y las dos estallaron en risas. Carmen estaba convencida de que Maru bromeaba, aunque no era así. Tal y como había dicho Carmen, un poco más tarde de las nueve estaba en la puerta de la casa de sus tíos. El mismo José le abrió la puerta.

—Buenas noches —saludó Carmen—. Te he traído esto —le dijo poniéndole un clavel blanco en la solapa de la chaqueta que llevaba.

—Muchas gracias —dijo José con una sonrisa.

—Saludo un momento a mis tíos y nos vamos —dijo Carmen mientras entraba en la casa.

Carmen entró y saludó a ambos que estaban en sus cosas y preparándose para salir también a darse una vuelta por el pueblo. Aquella noche no había fiesta en la casa familiar.

—Hola niña —dijo Lola— me ha dicho José que te lo llevas al entoldado.

—Sí, a ver si le presento gente.

—Ahora ha venido a vivir con nosotros —le explicó Lola— su ayuda nos irá muy bien en la herrería. El tío está que ya no puede más de trabajo y compromisos.

—Ya verás cómo os va bien —afirmó Carmen.

Y se fue hacia su tío. Le dio un beso en la mejilla y le dijo guiñándole el ojo:

—Tío, ¿me dejas que me lleve a José a la feria? Te prometo que no le haremos ninguna trastada.

—Bueno, pero si no se porta bien me lo dices que lo pongo firme —dijo Juan bromeando.

Se despidió de ambos y se fue hacia la entrada donde José le esperaba.

Salieron a la calle que ya estaba llena de gente. Todo el mundo saludaba.

—Buenas noches niña y compañía —saludaban.

Y a continuación añadían:

—Qué bien acompañada que vas.

O si no.

—¿Qué? ¿A bailar un rato?

Carmen y José iban saludando a la gente y respondían discretamente.

Cuando pasaban se reían de los comentarios.

Carmen iba cogida del brazo de José y la verdad, es que juntos se les veía muy bien. Hacían muy buena pareja. Cuando llegaron al entoldado, la orquesta ya había empezado a tocar. Carmen le estuvo presentando a la gente joven que iban encontrando.

José era simpático y enseguida caía bien. No le costaba hablar con uno o con otro y seguía muy bien las bromas. Maru apareció por allí y le soltó dos besos

—¡Pero si está aquí mi medio tío! —bromeó.

—Hola Maru —dijo José— si te veo por la calle no te conozco. ¿Qué has comido todo este tiempo que estás tan guapa? —bromeó galantemente con la joven.

—¡Anda ya! —dijo Maru—. Te voy a presentar a Antonio. Antonio, este es el hermano de mi tío Juan. José, este es Antonio mi prometido.

Los dos jóvenes se saludaron y estuvieron un rato hablando. Antonio le estuvo presentando a otra gente del pueblo.

La orquesta empezó a tocar un vals. Nada más y nada menos que adaptada a ritmo de vals una obra que se llamaba *Barca rolle* de Offenbach, en un alarde de maestría para aquella pequeña orquesta. En realidad se trataba de un grupo que estaba atravesando la península y tocaban en las fiestas de los

pueblos para ganar algo de dinero pero que eran músicos que durante el año solían tocar en auditorios y su formación era clásica, por eso se habían decidido por esa pieza que de esa manera practicaban y perfeccionaban.

La gente no sabía mucho de bailar valses por allí. Aun así, hubo algunas parejas que se lanzaron a la pista.

A Carmen le encantaban los valses, le gustaba mucho la música y estaba con la cabeza paseándose por las notas de la melodía cuando alguien desde atrás le habló:

—¿Quieres bailar?

Se giró y vio que era José, sonriente y con la mano extendida.

—No me digas que sabes bailar un vals —le dijo sorprendida.

—Tú déjate llevar y mírame a los ojos para no marearte —le respondió lo haré todo lo demás.

Y ambos salieron a la pista. José no solo bailaba el vals, sino que lo hacía perfectamente.

Carmen flotaba entre los sus brazos y al cabo de un rato eran el centro de la pista. Las olas que insinuaba la música la tenían totalmente a la deriva de sus sentimientos. El vals sonaba espectacular.

La pareja se deslizaba por la pista como si se deslizasen casi sin tocar el suelo por la pista. Se movían al ritmo de las notas que componían aquella música que a Carmen le resultó totalmente hipnótica.

Pepe no dejaba de girar con gracia al ritmo de la música y hacía que ella le acompañase en cada giro totalmente ajena a la gravedad. Él la sujetaba firmemente, pero con delicadeza.

No podía dejar de mirarle a los ojos, no lo intentó y ni siquiera sabía si lo conseguiría en el caso de intentarlo así que quedo extraviada en la mirada de José tal y como él le había pedido.

Aquel milagro en el que ella creyó que había volado, duró aproximadamente cinco minutos. Al acabar la gente les aplaudió entusiasmada.

Se habían quedado solos en la pista.

Carmen se ruborizó, se había enamorado sin remedio mientras giraban por la pista sin parar al son de aquellas notas. ¿Cómo podría ocultarlo a la gente que la conocía?, seguro que todos se habían dado cuenta.

Cuando acabó la música, se dirigieron a dónde estaba Maru y el resto de la gente. Hasta la propia Maru se había quedado sin palabras. Eso era bastante difícil de conseguir en la vida real.

Cuando su hermana llegó a su lado, la miró fijamente y le dijo irónicamente:

—Ahora dime que no sientes nada y yo te creeré —bromeó.

—Me cuesta hasta respirar, imagínate hablar —contestó Carmen acalorada por la excitación.

—No me extraña. De todas formas, no te olvides de que es el hermano del tío Juan. Esto es más serio que tontear con un joven del pueblo al que acabemos de conocer.

Carmen no escuchaba a su hermana. Maru lo comprobó cuando de repente le respondió:

—¿Estaba volando? —preguntó Carmen con sinceridad—, es lo que parecía.

—Sí hija, sí —le respondió Maru.

José y Carpí, se acercaron a ellas. Llevaban un vaso de vino dulce para cada una de ellas. Ellos también bebían. Durante varios días la gente habló de aquel baile que había impresionado a todos. José era un gran bailarín, al menos de valses. Maru advirtió a Carmen de que dijese lo que dijese en sentido contrario, no la creería, había caído perdidamente enamorada.

CAPÍTULO 17

PERDIDO EN LA INMENSIDAD

(Parte 2)

Tal y como esperaba, al cabo de dos días, a media mañana, Sergei abrió la puerta de la celda y entraron dos soldados armados.

Se dirigieron a él en ruso. El tono sonaba áspero e incluso hubo algún grito intimidatorio, así que no dudo en hacer lo que buenamente entendió que pretendían aquellos soldados.

Mientras se ponía en pie y recogía el abrigo del ejército que le habían dado el primer día, llegó Sokolov. Los dos soldados le saludaron con marcialidad y le dejaron entrar en la pequeña celda que empezaba a estar abarrotada de gente.

—Bueno, amigo Klaus —dijo— ha llegado el momento en que nos despidamos. Ha tenido buena suerte a pesar de encontrarse en una situación tan delicada. No hubiese dado un por su cabeza hace unos días.

—Muchas gracias por todo —dijo Alfredo— estoy seguro de que si no hubiese creído en mí todo hubiese sido mucho peor. No sé qué fue lo que le inspiró confianza, pero debo admitir que tiene razón, tuve muy buena suerte.

—¿Sigue sin recordar nada? —preguntó Sokolov con curiosidad.

—En realidad no. Recuerdo pequeños detalles inconexos que me viene de pronto a la cabeza, pero ni siquiera sé si son recuerdos o cosas que alguien me contó o sencillamente invenciones. A veces pienso que olvido cosas que había conseguido recordar y que no puedo retener. Eso solo consigue confundirme aún más y al final no confío en nada de lo que acude a mi mente. De momento he decidido no forzar la memoria y dejar que poco a poco los recuerdos que quieran revelarse lo hagan a su ritmo y se afiancen.

—Tenga paciencia. Es probable que con el tiempo recupere total o al menos parcialmente la memoria —sonrió Sokolov— es tan solo una cuestión de calma, no se obsesione. En cualquier caso, ahora tiene un presente y un futuro.

No sé si mejor o peor, pero sin duda es un futuro. No es tan importante el pasado. Seguro que lo sobrevaloramos. Empieza una vida nueva para usted.

—¿Sabe dónde me llevan? —preguntó Alfredo.

—Francamente no. De entrada, le llevarán a la estación en retrogrado y por lo que he oído, allí con otros prisioneros le trasladarán a Moscú y desde Moscú ya no tengo ni idea de a dónde le van a enviar. Debe estar asignado a algún campo de prisioneros posiblemente al este de aquí. Es donde están la mayoría.

—Si lo miro positivamente —dijo Alfredo— a poco que me vaya hacia el este voy a ir a Asia y nunca había pensado en ir tan lejos, al menos eso creo porque evidentemente si lo pensé también lo olvidé —bromeó.

—Antes de que nos separemos definitivamente quisiera hacerle reflexionar sobre una cuestión que debería no olvidar —dijo Sokolov serio.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alfredo.

—No sé si a mis superiores les parecería bien o no que se lo diga, pero mi conciencia me dice que debo comentarlo, a pesar de que seguramente usted hubiese caído por sí mismo en el tema.

—¿Se trata de un tema confidencial? —preguntó Alfredo—. ¿Han descubierto alguna cosa sobre quién soy?

—No sabemos nada nuevo, pero sí que está relacionado con lo que me está preguntando. Al perder la memoria y no tener ninguna referencia sobre su verdadera personalidad, nosotros le hemos tenido que inventar esa identidad de la que carece. No tenemos ni idea de su nacionalidad. Puede que usted sea alemán, pero también podría ser austríaco, suizo o de cualquier nación europea donde haya una minoría alemana. Por otro lado, no conocemos su nombre ni tenemos ninguna referencia al respecto así que hemos improvisado y le hemos dado el nombre más típico que nos ha venido a la cabeza. Usted es ahora Klaus Schmidt y como tal figura en todos nuestros registros, junto a un breve historial de cómo le encontramos y todo lo relativo al juicio militar al que le hemos sometido.

—Imagino que eso quiere decir que quien quiera que yo fuese ya no está en ningún lado —dijo Alfredo.

—Exactamente y aún un poco peor que eso. Si por casualidad hubiese una causa justificada para que usted estuviese en Rusia y algún país le busca de

una manera oficial, no va a conseguir encontrarle. La guerra acabará algún día y a lo mejor las autoridades de Alemania le buscan, pero al no saber su nombre no se le identificará como la persona buscada. Si algún día recuerda quien es en realidad, le aconsejo que lo haga saber a las autoridades. Puede ayudarle a salir de aquí.

—Veo que tengo pocas posibilidades de que algún día sea enviado a otro lugar como por ejemplo mi supuesto país —dijo Alfredo—. Por otro lado ¿y si realmente soy alguien subversivo y malo para Rusia?

—Sí. Tiene pocas posibilidades, pero todo lo que le cuento, se lo cuento para que sea consciente de ello y en el momento en que usted recuerde su nombre, que probablemente será algún día en el futuro, debería identificarse ante las autoridades donde quiera que se encuentre. Esta será la única manera de poder salir de los campos de trabajo a dónde le van a enviar. No lo olvide, nadie va a reclamar a Klaus Schmidt. Si resulta que es un enemigo de la patria rusa, posiblemente será ajusticiado. Deberá valorar si quiere correr ese riesgo. Le aconsejo que actúe con prudenciaba ha visto cómo funcionan las cosas aquí

—Lo tendré presente.

—No lo olvide. Tómese su tiempo en recordar, pero no abandone el ejercicio mental de esforzarse. Eso es todo. Que tenga usted buena suerte —dijo Sokolov estrechándole la mano.

—Gracias Teniente Sokolov —dijo Alfredo— es una pena que no nos hayamos conocido en otras circunstancias.

Sokolov se dio la vuelta y salió de aquel espacio reducido. Sergei también le estrechó la mano. Le dijo algo en ruso que Alfredo no entendió. Salió y se esperó en la puerta a que saliesen los dos soldados seguidos de Alfredo, cerrando detrás de ellos la puerta y quedándose la celda vacía. Le ataron las manos a la espalda con una cuerda de esparto normal y corriente y le ayudaron a subir a un caballo que le estaba esperando. Uno de los soldados se subió a otro caballo que iba delante y que llevaba las riendas del de Alfredo y el segundo soldado se situó detrás de ellos en el suyo. Salieron del campamento y se alejaron en dirección a la ciudad.

Al cabo de un rato a Alfredo le dolían las piernas de hacer presión para no caerse del caballo. A pesar de todo fue contemplando el paisaje de las tierras que iban atravesando.

Cruzaron aldeas y pequeños pueblos. La gente los miraba, pero generalmente en seguida giraban la cabeza y seguían con su trabajo. Se adivinaba que no lo estaban pasando nada bien. La pobreza se notaba en las

miradas, las ropas de la gente y el estado en que se encontraban muchos de los campos que atravesaban.

Los soldados en ningún momento le dirigieron la palabra. Hacían su trabajo y nada más. No tenían ningún interés por aquel individuo extranjero. En parte mejor. Podrían haber inventado que intentaba escapar y que tuvieron que matarlo allí mismo. Por suerte eso no pasó.

El trayecto duró varias horas y estaba destrozado cuando por fin empezaron a atravesar las calles de la ciudad.

Cuando finalmente llegaron al centro de Petrogrado lo llevaron a un viejo edificio con pinta de cuartel, donde estaban los calabozos a los que iban a parar los penados como él.

Le hicieron desmontar del caballo y lo llevaron por pasillos hasta llegar a la zona donde estaban las mazmorras. Se veían todos bastante llenos de gente.

A él lo embutieron en un pequeño espacio donde había ya unas veinte personas.

Nadie hablaba. Todo estaba en silencio. De tanto en tanto alguien lloraba y se oían los suspiros de los demás. Algunos estaban sentados en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Otros estaban de pie, como si esperasen que de un momento a otro viniesen a sacarlos de allí y también había algunos estirados en el suelo.

La mayoría, aparentemente, estaban bien de salud, pero también había alguna que otra persona que parecía que estaba a punto de morirse. Algunos tenían morados que parecían el resultado de alguna paliza.

Todo aquello no tenía nada que ver con los días anteriores. Ahora sí que empezaba a angustiarse realmente. El olor era insoportable y la gente se hacía sus necesidades encima ya que no tenían alternativa.

Alfredo temió perder su condición humana. Los tenían en condiciones casi como si fuesen animales. Un hombre de unos sesenta años, con la cara destrozada por los golpes que había recibido le dijo algo, pero él no entendió ni una palabra. Le contestó lo primero que le pasó por la cabeza.

Pronto el resto de los presos de su celda empezaron a murmurar *nemetskiy* a mirarlo de arriba abajo. Empezaba a odiar aquella palabra. Se acababa de identificar, él solo, como alemán. ¿Cómo le había vuelto a pasar?, pensó. Tenía que tener mucho cuidado con la cuestión y debía intentar aprender ruso lo más rápido que pudiese. Era una cuestión de supervivencia.

Pasaron la noche acurrucados, sentados en el suelo y apoyados en las paredes del espacio minúsculo donde estaban. Por la mañana le dieron un trozo de pan y un vaso de agua a cada uno. Alfredo se lo comió todo, aunque

no tenía demasiada hambre. No sabía cuándo volvería a comer. Se le estaba empezando a activar el instinto de supervivencia que hasta aquel momento había tenido dormido.

A media mañana los vinieron a buscar. Los sacaron a todos al patio central del edificio. Había unas quinientas personas acumuladas en las pequeñas celdas del edificio. Empezaron a llamar uno a uno. Alfredo temió no entender su nombre cuando le llamasen, pero no tuvo ningún problema. Lo llamaron entre los diez primeros. Cuando nombraron Schmidt Klaus, él se adelantó y lo situaron en la formación. Le pareció que no todos los nombres eran rusos.

Creyó reconocer algún otro alemán, algún inglés y quizás algún nombre latino, aunque no supo distinguir de que país.

Cuando estuvieron todos listos empezaron a marchar en dirección a la estación de tren. No iban muy rápidos a pesar de que los soldados los azuzaban constantemente. Entre los presos había gente mayor que no podía moverse al ritmo que les marcaban y también gente malherida. Los que estaban peor quedaron atrás.

Todos eran hombres. Cuando finalmente llegaron a la estación había un tren, en una vía lateral esperándolos. Avanzaron hasta situarse al lado de los vagones y volvieron a llamarlos uno por uno. Le pareció que hablaban de un lugar llamado Vítebsk, pero eso a él no le decía nada. Al final se dio cuenta que era el nombre de la estación donde estaban.

Los llamaban en orden y Alfredo entendió que lo que estaban haciendo era controlar quién subía y a que vagón. Él y el resto de los primeros de la lista fueron a parar a un vagón más o menos hacía mitad del tren. Se fijó en que la mayoría eran de su edad y estaban en buenas condiciones físicas.

Los vagones eran para transportar al ganado. No había asientos. Tan solo había paja en el suelo para que se pudiesen estirar encima. No sabía Alfredo, hasta que no arrancó el tren y avanzó unos cuantos kilómetros, que la paja estaba llena de pulgas. En el vagón hacía frío debido a que no estaba bien aislado del exterior, pero se podía soportar. Además, después de la mala noche anterior pasada le pareció que era la ocasión para intentar dormir un poco.

Más o menos todos debieron pensar algo parecido porque al cabo de un rato la gente iba medio dormida apoyada en las paredes y tapadas por la paja y rascándose por las pulgas.

Nadie hablaba. El silencio era total si no fuese por el ruido del tren. El que no dormía iba pensando en sus propios asuntos. La distancia hasta Moscú era

de algo más de 650 kilómetros y tardaron todo un día en realizar el trayecto.

Cuando llegaron, se abrió la puerta del vagón y entraron tres soldados. Uno de ellos, el más joven y de menor graduación, les empezó a repartir agua y pan mientras que los otros dos vigilaban armados a que nadie hiciese intento de escapar.

Alfredo tuvo que empujar un poco pero finalmente consiguió su ración. La gente estaba hambrienta. Pensó que posiblemente los tenían medio en ayunas para conseguir que durante el viaje se debilitaran ya que así era más difícil que intentasen escapar y podían controlarlos sin demasiado esfuerzo.

Debieron desenganchar algún vagón, lo dedujo por los ruidos que le pareció oír durante aquella parada. No los dejaron descender ni moverse del tren. Uno de los presos encerrados con él en su mismo vagón, dijo algo en ruso, que evidentemente Alfredo no entendió. Todo el mundo pareció que asentía con la cabeza. El hombre se dirigió hacia un rincón del vagón donde había una de las grietas en el suelo por donde entraba aire y orinó allí. Comprendió Alfredo que les había dicho que si tenían que orinar mejor lo hiciesen en aquel lugar. Ya habían pasado unas cuantas horas y la tarde caía cuando el tren se puso en marcha de nuevo. Tardaron aproximadamente un día más en recorrer el trayecto. Cuando llegaron la operación se repitió. Abrieron las puertas y curiosamente los mismos soldados, Alfredo dedujo que viajaban con ellos en algún vagón, les volvieron a dar pan y agua. En esta ocasión también les dieron un pedazo de algo parecido a un embutido extraño o un trozo de carne ahumada. Alfredo no pudo averiguar qué era. No le importó mucho, tenía hambre.

Por los letreros y lo que decía la gente le pareció que había llegado a Nizni Nóvgorod. Aquel nombre le sonaba mucho pero no sabía de qué. Era incapaz de recordar que era la ciudad de Volodia.

Igual que había pasado en Moscú estuvieron horas parados y encerrados y sin ningún aviso previo llegó un momento en que el tren se volvió a poner en marcha.

Aquella noche se despertó en algún momento. Oyó que alguien lloraba, pero no pudo identificar quién era. La oscuridad era absoluta. Le dio la sensación de que estaba viviendo en medio de la nada. Veía, pero no claramente, oía, pero tampoco de forma clara. No sabía dónde estaba ni donde iba. En resumen, ni estaba ni era ni oía ni nada.

En esta ocasión el tren tardó dos días en volver a pararse. Durante todo ese tiempo solo paró una vez en mitad del campo para repartirles comida y agua. La distancia debía ser mucho más larga.

Al pararse el tren se abrió la puerta del vagón donde viajaba y los hicieron bajar a todos. Debía ser porque habían llegado al lugar donde les llevaban.

Alfredo se fijó en que los vagones que iban detrás ya no estaban. Se debían haber quedado en las paradas anteriores. A pesar de todo por delante aún quedaban unos cuantos vagones que probablemente fueran a perderse en las ciudades de Siberia.

Cuando todo estuvo listo para continuar pusieron al pelotón de tan solo unos treinta hombres a caminar. Iban precedidos y seguidos por soldados armados a caballo. También había algunos que iban por los lados rodeándoles.

No tenía ningunas ganas de intentarlo, pero seguro que era imposible escaparse.

La caminata fue un poco dura para todos, no porque la distancia fuese demasiado larga sino principalmente por la debilidad que acumulaban por no haber comido más que lo justo para sobrevivir y por la falta de ejercicio durante varios días. Hacía bastante frío, aunque no había nieve. Si ellos eran los hombres de entre veinticinco y cuarenta años en mejores condiciones para sobrevivir ¿que debía haber pasado con la gente mayor y los heridos con los que salieron de Petrogrado?, se preguntaba.

Dedujo que el nombre de la ciudad a la que habían llegado sonaba a Perm. La ciudad no era pequeña y tampoco tenía un aspecto demasiado desastroso. Se notaba que los efectos de la guerra allí habían llegado tan solo en cuanto a las calamidades que pasaba el pueblo en general pero que la ciudad no había sido campo de batalla en ningún caso.

Los soldados les empujaban para que acelerasen el paso. Ellos obedecían mansamente. Era un grupo de hombres jóvenes, sin heridos ni ancianos así que posiblemente los consideraban un grupo peligroso.

A primera hora de la tarde llegaron a una especie de campamento, pero en esta ocasión estaba hecho de madera. Se trataba de un campo de trabajo. A partir de aquel momento empezaba a cumplir con la sentencia, pensó.

Los guardianes del campo acudieron a recibirlos. Les gritaban y les empujaban. Alfredo no entendía nada en mitad de aquel jaleo. Los llevaron a una sala donde había una especie de grifos en el techo y los desnudaron y cerraron las puertas. De pronto empezó a salir de los grifos un agua helada que les atravesaba la piel. El agua estaba mezclada con algún producto químico de olor desagradable, que debía ser para desparasitarlos. Por fin parecía que iba a dejar de rascarse. A penas podía frotarse de cómo temblaba de frío.

Luego se volvieron a abrir las puertas. El golpe de aire frío fue terrible.

Estaban desnudos y mojados y la temperatura era muy baja. Les dieron unos uniformes de tela basta pero que afortunadamente les permitió recuperar un poco la temperatura corporal. A continuación, los llevaron a otra sala donde les raparon el pelo al cero. Debía formar también parte de la campaña de desparasitación. Al final de todo el proceso Alfredo se sintió limpio, era una sensación que hacía muchos días que no notaba.

Cuando todos estuvieron listos, los volvieron a formar en el patio del campo. Alguien se empeñó mucho en gritarles, aunque al menos él no entendía ni una palabra.

Después los llevaron al comedor. Era una sala bastante grande, también de madera y les obligaron a sentarse. Al cabo de un momento aparecieron dos presos, al menos por la ropa lo parecían, repartiendo unas bandejas con sopa espesa, puré de patata y huevos duros. También les pusieron té hirviendo.

Alfredo, al igual que los otros devoró aquella comida. A aquellas alturas estaba muerto de hambre y no le importó el menú. Hubiese comido casi cualquier cosa que le hubiesen dado. Alguien intentó repetir, pero tan solo se llevó un golpe en las costillas que le hizo caer al suelo. Empezó a pensar que aquella gente estaba acostumbrada a ser tratada a patadas. Generalmente nadie hacia el menor gesto de rebelión.

Cuando acabaron, les volvieron a llevar al patio central y entonces les empezaron a llamar por sus nombres. En aquel momento se abrieron las puertas del campo y entraron los presos que estaban trabajando fuera del mismo. Eran un centenar de hombres con características parecidas a ellos. Quedaba claro que allí venían a trabajar y que el trabajo a realizar necesitaba de la fuerza.

La gente los miraba con curiosidad mientras que se dirigían a sus barracones ordenados y sin acercarse. Les fueron llamando a todos. Alfredo pudo confirmar lo que había oído antes y es que mucho de los nombres que pronunciaban no sonaban a ruso. No era el único extranjero.

Los llevaron hasta un barracón concreto. Algo les dijeron y parecía que se repetía la palabra *mastranto que* posteriormente supo que significaba extranjero. Abrieron la puerta del barracón y empujaron dentro a Alfredo y dos personas más. Todos los presos que estaban dentro los estaban esperando impacientemente.

A dos mil kilómetros de allí, en Petrogrado, la comunidad judía local en pleno, andaba desesperada buscando a Alfredo Estrella, un periodista español que cubría las manifestaciones durante la revolución.

Baruch Mendel se encontraba diariamente con sus hombres en la Gran Sinagoga Coral de la ciudad. En aquella situación de emergencia nacional había muchos temas a tratar, pero Baruch siempre iniciaba sus consultas con la búsqueda de Alfredo, en parte porque le preocupaba no tener noticias y sabía que el tiempo corría en su contra, pero también en parte porque sabía que una vez que entraban en temas más complejos era más fácil olvidarse de esa cuestión.

—Aarón, ¿has podido averiguar alguna cosa en las oficinas de la policía municipal? —preguntó Baruch cada vez más desanimado, aunque igual de obstinado que al principio.

—Nada, maestro Mendel —respondió su discípulo—. He estado mirando y he registrado las entradas y salidas en los registros públicos de heridos y difuntos, desde el día antes al que se nos perdió, principalmente, por si había habido algún error en la fecha. Ha sido bastante comprometido porque mi contacto en la comisaría podría haber perdido su puesto de trabajo si nos hubiesen descubierto —dijo el joven Aarón.

—¿Es de nuestra comunidad tu contacto? —preguntó Baruch básicamente para saber hasta qué punto podía confiar.

—No señor, pero nos guardará el secreto. Es alguien de plena confianza. Nos hemos criado juntos —afirmó Aarón.

—Matzav —siguió Baruch dirigiéndose al otro joven— ¿has mirado en las listas de hospitales?

—Sí maestro —respondió Matzav— mi mujer y sus tres hermanas llevan varios días buscando. Intentan no llamar la atención, pero empiezan a sospechar de ellas.

—¿Hay alguna pista? —preguntó Baruch adivinando la respuesta.

—Desde que apareció el cadáver del joven Volodia, no hemos tenido ninguna otra pista que seguir —respondió.

—Veamos —dijo Baruch intentando resumir la información— sabemos que seguían el asalto del Palacio de Invierno. Es bien sabido que ellos, es decir Alfredo y Volodia estaban siguiendo la manifestación.

Los tres permanecieron pensativos unos segundos:

—Así es —dijo Matzav.

—Llega un momento en que los jinetes salen al galope por la avenida y la gente corre asustada. ¿Cierto? —preguntó Baruch retóricamente y casi

hablando para él mismo.

—Sí Maestro —dijo Aarón—. Así nos lo han contado los hermanos que estaban en la manifestación. Hubo mucha tensión y un caos terrible, sobre todo en los alrededores del palacio y en los primeros momentos.

—Por alguna razón que desconocemos —prosiguió Baruch hablando para él mismo— ellos, si es que seguían juntos, se desviaron por alguna calle y había algún jinete que les perseguía. Los debió alcanzar y empezó el drama —se atrevió a rellenar con sus deducciones las partes que no sabía.

—Eso parece según es lógico deducir, maestro —dijo esta vez Matzav—. Como consecuencia como mínimo se han encontrado dos cadáveres, el del jinete y el del joven Volodia. La señora Vega ya se encargó de recuperar el cadáver de Volodia del depósito y avisar a la familia. No olvidemos que Volodia Vasiliev trabajaba para la embajada española.

—No obstante —dijo Baruch— a nuestro amigo parece que se lo tragó la tierra. No tenemos ninguna pista sobre él. Sabemos que no está retenido en ninguna comisaría ni tampoco en ningún cuartel. No hay registros en ningún lado que expliquen que tienen a alguien con el nombre de Alfredo Estrella. Por otro lado, tampoco sabemos que esté en el depósito de cadáveres, identificado o sin identificar, ya que Nuria Vega, lo buscó entre todos los restos y por lo que parece tampoco está en ningún hospital —concluyó desanimado.

—Eso parece maestro —dijo Aarón aún a sabiendas de que hablaba solo y no lo oía.

Baruch se quedó pensativo unos instantes frotándose el mentón. Este era un tic habitual en él cuando estaba analizando en profundidad una situación que no acababa de dominar.

—Diría que es casi imposible que haya salido del país —siguió Baruch— pero por si acaso, Matzav ¿tenemos algún contacto en aduanas?

—Seguro que debe haber alguien que sea de nuestra comunidad —dijo Matzav— investigaré e intentaré encontrar quién nos puede ayudar.

El maestro era genial, hasta ahora a nadie se le había ocurrido buscar fuera del país.

—Por favor, nos interesan las salidas por mar desde el puerto o por tierra hacia Prusia. Él llegó por tierra. Quizás desanduvo el camino, aunque francamente lo dudo.

—No se preocupe maestro —dijo Matzav— eso es relativamente fácil de averiguar siempre que haya atravesado las aduanas legalmente, cosa difícil de creer.

—De todas formas —siguió Baruch— no creo que se haya ido por su propia voluntad sin avisarnos. Recordemos que la embajada está igual que nosotros. Solo se me ocurre una cosa.

—¿Cuál maestro? —preguntó Aarón.

—Que esté preso y se lo hayan llevado de la ciudad. Si es así ahora mismo podría estar en cualquier lugar al Este de aquí. Habría que movilizar a toda la comunidad judía de Rusia.

—Localizarle en toda Rusia nos puede llevar años —exclamó Aarón.

—Es cierto, si es que está en la otra punta del país, pero no podemos perder la esperanza. Estoy seguro que algo lo retiene y nos lleva dos meses de ventaja que es el tiempo transcurrido desde el último contacto. Desde luego que puede estar en cualquier sitio del país, pero no hay que pensar en lo peor. A lo mejor no ha pasado del *oblastte* Petrogrado.

—Es usted muy optimista maestro —dijo Matzav francamente desanimado.

—Sí, peco un poco de eso, pero también es cierto que para recorrer andando la distancia entre Petrogrado y Vladivostok, hay que empezar por el primer paso. Matzav —ordenó— encárgate de averiguar el tema de las aduanas y mientras tanto Aarón intenta investigar entre las comunidades de las provincias vecinas. No están muy pobladas así que no debe ser tan difícil. Poco a poco iremos ampliando el radio de acción.

—De acuerdo maestro —respondió Aarón— moveré mis contactos en los territorios vecinos. Cualquier novedad le será comunicada tan rápido como sea posible.

—Gracias Aarón y gracias a ti también

Matzav —dijo Baruch— sin vuestra ayuda sería imposible intentar encontrar a Alfredo Estrella. Es necesario tener tantas copias como sea posible de las fotos del joven que tenían en la embajada y las que le habían hecho durante los reportajes. Afortunadamente Vasiliev no se limitaba a fotografiar los incidentes de la calle y también salía nuestro amigo en sus fotos. Nos veremos de aquí a siete días a la misma hora en el mismo sitio.

—*Shalom* maestro —dijeron casi a la vez Matzav y Aarón.

—*Shalom*. Id con Dios —respondió Baruch.

Cuando se quedó solo se sentó un rato y se puso a hablar con su Dios. Se sentía terriblemente culpable. Él era plenamente consciente de los riesgos de aquellos días. Tenía mucha más información que la mayoría de la gente.

¿Cómo había dejado que se le perdiese ese chico?, tenía que haberse confiado menos. Su amigo parecía mucho más espabilado y ves por donde

ahora estaba muerto. Sin Vasiliev para guiarle era como un barco en mitad del océano y además daba la casualidad de que con la revolución el mar estaba totalmente revuelto. ¿Por qué no daría una señal desde algún lugar?

Tardase lo que tardase lo acabaría encontrando. Él era una persona tenaz y había dicho que lo encontraría y por supuesto que lo haría, aunque le costase todo lo que le quedase de vida.

Esperó un rato hasta que llegó el resto del comité con el que iban a tratar el resto de temas importantes que afectaban a la comunidad. Matzav y Aarón no asistirían aquel día. Tenían una misión concreta.

A gran distancia de Petrogrado, los tres prisioneros que habían entrado en el barracón se encontraron de momento con que no veían nada. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a aquella oscuridad.

No había ningún tipo de iluminación. Tan pronto se cerró la puerta los presos que hacía un rato que habían llegado de trabajar se acercaron a ellos y cada uno hablaba una lengua diferente. Todos hablaban a la vez. Era difícil entender nada.

Alfredo, pensó que aquello era como la Torre de Babel. De pronto se dio cuenta de que alguien preguntaba,

—¡Alemán!. ¡Austríaco!. ¡Alemán!. ¡Austríaco!

—¡Sí! —respondió Alfredo— yo soy alemán, al menos eso creo —añadió en voz baja.

—¿De qué parte de Alemania eres? —le preguntó aquel hombre apartándolo del grupo.

—No lo sé —respondió Alfredo con franqueza—. Perdí la memoria en un accidente y no recuerdo casi nada.

Aquel hombre lo miró sorprendido. Tenía aproximadamente unos treinta años. Por su constitución se veía que era una persona acostumbrada al trabajo duro. De hecho, todos los que estaban allí estaban para trabajar duro.

—No importa —le dijo una vez que pasó la confusión del inicio y estrechándole la mano— mi nombre es Georg y soy de la ciudad de Núremberg.

—Me alegro de conocerte —dijo Alfredo— yo no sé realmente cómo me llamo, pero donde me detuvieron y me juzgaron me pusieron un nombre. Mi nuevo nombre es Klaus Schmidt.

—Acompáñame —le indicó Georg sin creerse el nombre y llevándolo del hombro—. Te voy a presentar a los otros dos alemanes del barracón. Por

cierto, no sé de dónde eres, pero hablas alemán medio, por si te sirve de algo saberlo.

No es claramente ni alto ni bajo alemán.

Estaban en un rincón donde había unas cuantas literas.

—Estos son Boris y Erich —le presentó Georg.

Se saludaron y Georg explicó lo que Alfredo le había dicho sobre su memoria. Alfredo observó que todos respondían a un prototipo de persona.

Relativamente jóvenes y en forma. Eso confirmaba que estaban allí para trabajar en alguna tarea dura.

Ninguno de los tres estaba rapado como les habían rapado al llegar, así que pensó que dejarían que le creciese el pelo. Todos tenían algo de barba.

—No te preocupes amigo —le dijo Erich— quien sabe si es mejor así.

Bienvenido a nuestra pequeña comunidad.

—Cómo puedes adivinar —le dijo Boris— nos situamos por nacionalidades, más que nada para hacer las cosas fáciles. No todos hablamos ruso y cuando nos ordenan algo los guardias es importante que alguien nos explique qué es lo que quieren. En nuestro caso yo soy el que mejor habla ruso así que ya sabes a dónde dirigirte cuando necesites un traductor.

—Aquí la mayoría son polacos, pero también hay turcos, rumanos, algún checo y algún húngaro. La mayor parte estamos aquí como prisioneros de guerra. ¿A ti por qué te cogieron? —preguntó Georg.

—Por espía —respondió Alfredo.

Los otros tres se miraron entre sí. En principio no tenían por qué dudar de la historia de su compatriota, pero sin duda les parecía muy extraño.

—¿Y no te han metido un tiro en la cabeza? —le preguntó Boris sorprendido—. Eso sí que es tener suerte —añadió.

—Por lo visto confiaron en que debía ser más un extranjero perdido en Petrogrado que un espía. No debo tener mucha pinta —dijo Alfredo con un punto de humor.

—¿Y no recuerdas nada en absoluto? —preguntó Georg— en nosotros puedes confiar.

—Muy pocas cosas —explicó Alfredo— me acuerdo de cómo moría alguien ante mis narices, de una mujer y unos niños que huían y de un caballo que por poco no me pega con sus patas delanteras. De hecho, no recuerdo nada más. Si te quieres reír te diré que hay un tango en español que me viene a la cabeza constantemente. No entiendo las palabras que yo mismo canto, pero sé que significan algo.

—Eres un tipo muy raro. Qué chocante que es todo esto Klaus —le dijo Boris también con humor.

—Como te decíamos —siguió Georg— tampoco es muy importante. Lo que tienes que saber es que estás en un campo de trabajo justo a las afueras de Perm. Estamos al pie de los Urales y si te despistas pasaras al lado asiático.

—Eso ¿está muy lejos de Alemania? —preguntó Alfredo que recordaba algunas nociones de geografía, pero tenía bastantes lagunas.

—Yo diría que a más de tres mil kilómetros de Berlín —dijo Erich.

—¿Aún estamos en guerra con los rusos? —preguntó Alfredo.

—¿No te has enterado? —dijo Erich encantado de comunicarle las noticias como quien desvela un secreto—. Seguimos en guerra, pero los rusos están en plena revolución. El Zar abdicó a favor de su hermano Miguel Aleksandrovich, pero el pobre hombre duró solo un día. Ahora está retenido también en Perm.

—¿El zar Nicolás está retenido en Perm? —preguntó Alfredo.

—No —dijo Boris—, su hermano. Al zar no se sabe dónde lo tienen.

Ahora tenemos un gobierno provisional.

Hubo un momento de silencio.

—Bueno, no sé cómo nos puede afectar todo esto —dijo Alfredo.

—Ahora sí que tienes razón *Zek* Klaus —dijo Georg.

—*Zek* quiere decir prisionero —aclaró Erich al ver la cara de no entender lo que había dicho Georg.

—¿Qué se supone que hacemos aquí? —preguntó Alfredo cambiando de tema y preocupándose por lo más inmediato.

—¿No sabes nada de lo que hacemos aquí? —preguntó Erich contento de darle otra vez una noticia—. A partir de ahora esta será tu rutina, cada día por la mañana nos vienen a recoger y nos llevan a talar árboles. Necesitan combustible. Este es un campo de trabajo y nuestra función es desforestar la comarca. Por eso, si te fijas, verás que aquí no hay nadie mayor de treinta y cinco años ni menor a un metro setenta y cinco.

—Somos bestias de carga —dijo Georg— a sus ojos. Lo único que nos falta es que nos miren los dientes como hacían con los esclavos en América para ver si estamos sanos.

Al menos Alfredo ahora no estaba solo. Era un consuelo tener a tres personas más de su país. Podía hablar y podían ayudarse. Él solo era más débil.

Estar en un grupo le facilitaba las cosas.

La comida no estaba mal. La calidad era muy baja y básicamente comían patatas y huevos, pero la cantidad era suficiente como para proporcionarles energía suficiente como para seguir trabajando.

Los guardias eran duros, pero tampoco los maltrataban. La higiene del lugar era suficiente si no se era muy exigente. El primer año pasó casi sin darse cuenta.

Supo que en junio habían asesinado al hermano del zar a poca distancia de donde estaban ellos, pero tampoco seguía muy bien los acontecimientos ya que no le afectaban en su día a día. De todas formas, Erich mantenía informado al grupo. Nadie sabía cómo se enteraba de todo.

Sabía que en octubre el país había sufrido otra revolución y parecía que ahora mandaba un tal Lenin. Había una especie de guerra civil entre los partidarios de los revolucionarios y los no partidarios. No era fácil de entender ya que había muchas facciones enfrentadas.

También les había llegado la noticia de que se había firmado la paz en la guerra de Europa y Rusia se había rendido y había salido de la guerra. Todo esto lo sabía porque lo iba oyendo y porque se lo explicaban sus compañeros.

De su historia anterior seguía sin recordar nada. Solía soñar con una joven morena con la que iba cogido de la mano. También tenía sueños eróticos con aquella joven. Imaginaba que si existía debía haber tenido relaciones sexuales con ella. Le parecía recordar un fuerte cariño entre ambos, pero no recordaba nada más.

El trabajo era duro. Requería mucho esfuerzo físico, pero como en la práctica de cualquier ejercicio con la repetición diaria uno se acababa acostumbrando a todo. Durante el día se cansaba tanto que después dormía de un tirón todas las noches. Se sentía agradecido por la compañía de sus otros tres compatriotas. La relación entre ellos era buena, se necesitaban, y compartían penas y alegrías.

En 1919, cuando finalmente había acabado la guerra, Alemania empezó a reclamar a sus soldados de entre los prisioneros y a pactar canjes de soldados con los antiguos enemigos.

Iban llegando listas y en una de ellas figuraban Georg, Boris y Erich. No figuraba ningún Klaus. En verano los tres hombres fueron entregados a las autoridades que se los llevaron supuestamente de regreso a Alemania. Los tres prometieron que tan pronto como pisasen territorio alemán empezarían a denunciar a las autoridades que Klaus había quedado en el campo.

Posiblemente lo hicieron, pero no existía realmente ningún Klaus Schmidt, o a lo mejor existían muchos pero nadie le reclamó. Los soldados

presos del bando conservador de la guerra civil fueron tomando el lugar que habían tenido los extranjeros en el periodo anterior.

Alfredo ya no intentó hacer grandes amistades, se sentía solo y al principio le costó acostumbrarse a la nueva situación. Le costó una pequeña depresión la partida de sus compañeros. Ahora hablaba bastante bien el idioma ruso, al menos suficiente como para comunicarse sin problemas. Boris le había enseñado con paciencia. Él había resultado un buen alumno. Algo le decía que debía hablarlo ya anteriormente porque no le costó mucho aprenderlo. Muchas cosas ya las intuía cuando se las explicaban, además reconocía muchos de los caracteres escritos en cirílico.

Hasta 1922 permaneció en aquel campo de trabajo talando árboles cada día. Su vida se limitaba a trabajar, comer, dormir, y otra vez trabajar. Ya no compartía con nadie penas y alegrías. Estaba totalmente solo, rodeado de extraños que le respetaban, aunque le hablaban lo imprescindible.

Los soldados que los vigilaban iban siendo reemplazados de tanto en tanto y todo era bastante monótono. No había grandes cambios. Una tarde al llegar del trabajo le vino a buscar un soldado al que no tenía visto. Debía ser nuevo en aquel campo

—Klaus Schmidt —gritó.

—Soy yo —contestó Alfredo desde el fondo del barracón.

—Acompáñeme. El oficial intendente le quiere ver.

Salieron y ambos se dirigieron hacia el lugar donde se encontraba la intendencia. Cuando llegaron le hicieron esperar a que le atendiesen. No estaba nervioso, de hecho en algún momento se le cerraron los ojos. Si le hacían esperar mucho se dormiría.

Al cabo de unos diez minutos, le hicieron pasar. El oficial intendente era un tipo bastante duro y desagradable. No se metía con los prisioneros mientras hicieran su trabajo, pero cuando los trataba por alguna razón siempre era muy áspero. No solo era su aspecto que resultaba intimidante, sino también la manera de hablar ordinaria y seca.

—Siéntate —le dijo sin mirarle y mientras parecía que consultaba algún documento.

—Estoy mejor de pie —contestó Alfredo desafiante.

—Pues jódete y siéntate —insistió el oficial ásperamente y lanzándole una mirada asesina.

A continuación estuvo revolviendo papeles como si buscase algo que no acababa de encontrar entre todo el lío de papeles que tenía encima de la mesa que los separaba.

—Aquí está —dijo cuando encontró lo que supuestamente estaba buscando—. Verás Klaus Schmidt o como sea que te llames. Como ya has visto todos los demás prisioneros extranjeros han sido devueltos a sus países de origen. Todos menos tú y algún otro desgraciado. Nadie te ha reclamado y cuando hemos contactado con las autoridades alemanas, nadie te conoce.

—No sé qué decirle —dijo Alfredo.

—De momento nada porque yo no te he preguntado —respondió el oficial — y como no cambies la actitud te voy a meter un guantazo. El caso es que eres algo parecido a un apátrida. No tienes país. Por casualidad ¿no habrás recordado alguna cosa durante este tiempo? Quién sabe, a lo mejor podríamos devolverte a alguna cloaca de Europa.

—La verdad es que no he recordado mucho más de lo que ya sabía. No se mi nombre auténtico y tampoco sé mi nacionalidad. De hecho dicen ustedes que soy alemán, pero podría ser de cualquier otro país donde también se hable alemán.

—Hemos enviado tu expediente también a Viena, a Varsovia, a Praga a Bucarest y hasta a Budapest, pero nadie le conoce. A nadie le importas. Tan solo la Cruz Roja ha mostrado algún interés por acoger a todos los apátridas como tú, pero no sacaríamos nada a cambio así que no estoy autorizado a enviarte con ellos.

—Lo lamento. No puedo decirle nada más —dijo Alfredo.

—Este campo de trabajo va a pasar a ser exclusivo para prisioneros de la guerra civil. Me encuentro en un dilema. No puedo retenerte aquí porque ya no es un prisionero de nuestra guerra, tampoco puedo enviarte de vuelta a tu casa a ningún sitio y ni siquiera puedo ponerte en libertad porque no estoy seguro de que seas lo que dice ser.

—Ya veo que tengo un problema serio —dijo Alfredo.

—No es que lo tengas, es que el problema eres tú. He estado hablando con las autoridades de Moscú, pero con todo lo del traslado de la capitalidad no me han hecho mucho caso, así que he dudado bastante entre pegarte un tiro o enviarte a otro sitio.

—Si me tiene que pegar un tiro no hace falta que sigamos hablando —dijo Alfredo— todo es mucho más simple.

—No me apetece pegarte un tiro —dijo el oficial— soy un militar, no soy un asesino, además estoy harto de ver muertos por todos los lados. El país parece que tiene ganas de desangrarse entre guerras europeas y guerras civiles.

No quiero cargar más mi conciencia con un desgraciado como tú.

—Pues francamente, lamento ser un problema para usted —dijo Alfredo.

—Quizás ya no. Puede que haya encontrado una solución. El este del país está casi despoblado. Hay muy poca gente para un territorio tan inmenso. El problema es el clima. Nadie sabe lo que es el frío al menos hasta que pasa un invierno en Siberia.

—¿Quiere enviarme a Siberia? —preguntó Alfredo con más curiosidad que temor.

—No es que quiera —dijo sin evitar que se le escapase una leve sonrisa— es que mañana mismo te vas rumbo a la ciudad de Irkutsk a casi tres mil kilómetros de aquí. Para que te hagas una idea no es raro que en invierno lleguen a treinta bajo cero. Irás a un campo de trabajo, pero diferente a este.

—Por la temperatura imagino que sí que debe ser diferente.

—Sí lo es. Irás a trabajar cerca del lago Baikal. Hay una central eléctrica y necesitan trabajadores. Irás al campo de trabajo que hay en los alrededores de la ciudad. No sé exactamente que te van a encargar, pero eso ya no es mi problema.

—Veo que con un poco de suerte y unos cuantos años más llegaré hasta la costa del Pacífico —dijo Alfredo con ironía.

—Ríete si quieres —dijo el oficial—. A partir de mañana dejas de ser mi problema. Yo seré el que se ría entonces.

Alfredo volvió al barracón sin saber bien que pensar.

No había mucho que recoger, aun así, preparó lo poco de ropa que tenía y que consistía en algún uniforme que le habían dejado sus compañeros y se estiró en el camastro a dormir. Estaba muy tranquilo.

A la mañana siguiente lo recogieron temprano.

En esta ocasión viajaba con tres guardias y cinco presos más. Iban en un vagón de pasajeros y tenían un asiento. Todo un lujo comparado con el viaje anterior.

Todos viajaban en silencio. El tren llevaba bastantes pasajeros, aunque no iba lleno de gente. Los civiles que viajaban eran generalmente familias amplias con lo que él adivinaba que eran todas sus pertenencias. La gente seguía huyendo hacia el este.

La guerra europea hacía años que se había acabado, pero ahora había una guerra civil igual o más cruenta que la anterior. En este caso y a diferencia de la anterior, había enfrentamientos tanto en el Este como en el Oeste del país, aunque en el Este eran menos cruentos y seguía habiendo muchas mejores expectativas a pesar de las condiciones climáticas tan extremas que se daban

en aquella tierra tan basta y tan despoblada al otro lado de las montañas que dividían el país.

Al atravesar los Urales llegaron a un punto donde uno de los soldados les señaló:

—A partir de aquí estamos entrando en Asia. A nuestra espalda queda Europa.

Nada cambiaba, ni el paisaje ni tampoco la gente. Todo era igual que antes, tan solo que estaba en otro continente. Poco se imaginaba Alfredo que nunca más iba a pisar territorio europeo.

Con tal que se iba adentrando en Siberia y en consecuencia en territorio asiático los bosques eran más densos si cabe y notaba que el frío se iba agudizando.

Empezó a tener curiosidad por saber cómo debía ser Irkutsk y que nuevas historia le esperaban. Se acordó de lo que alguien le había contado una vez: *en realidad no importa el pasado, está sobrevalorado. Tenemos el presente y la promesa de unfuturo*.

Con esos pensamientos, y acunado por el movimiento del tren se fue quedando poco a poco dormido.

CAPÍTULO 18

LA REPÚBLICA EN EL HORIZONTE

Sonaron unos golpes en la puerta de casa y María salió corriendo a abrir. Josefina le seguía unos pasos detrás. Ambas estaban impacientes y esperando con curiosidad. Cuando abrió se encontró con Jaco que iba cargado con un armatoste que debía pesar bastante. El pobre hombre había subido hasta el segundo piso con aquello a cuestas. María abrió y se apartó para dejarle pasar.

—¿Te ayudo a llevarlo? —preguntó aun sabiendo que le iban a decir que no hacía falta.

—No. Déjame que puedo yo solo, es incómodo de llevar, pero no pesa tanto como parece —dijo Jaco—. ¿Dónde lo pongo?

—Aquí —le indicó Josefina excitada como un niño la noche de Reyes— he hecho un espacio encima de la mesita.

Josefina miraba aquel trasto entre curiosa y extrañada. Jaco llevó el aparato de radio hasta donde le indicaron y finalmente pudo descargarlo. El hombre estaba fuerte, pero había arrastrado aquel trasto durante un largo trayecto. Era más un problema de incomodidad que otra cosa ya que por dentro estaba bastante hueco. En algún momento había pensado que se le iba a caer durante el camino.

—No está nada mal el regalo de su hija para celebrar el cambio de década ¿eh? Señora Josefina —le dijo Jaco cuando su respiración empezó a ser normal y recupero el habla después del esfuerzo.

—Yo no sé para qué se gasta tanto dinero en algo que no sé si sabremos utilizar —dijo Josefina, le daba pena que su hija se hubiese gastado parte de sus ahorros en algo que bien mirado era prescindible, aunque a ella le hacía mucha ilusión aquella novedad.

—¡Va mamá! —respondió María quitando importancia al regalo—. Ya viste que cuando estuvimos la última vez en Guadalvalle papá no dejó ni un

momento el trasto que tenía Juan y a ti también te gustó oír música. Seguro que te hará mucha compañía cuando estés sola en casa.

—Ya veremos —dijo Josefina desconfiada, aunque con esperanza de que así fuese ahora que pasaba muchas horas sin nadie rondando por allí.

Aquel nuevo invento, al menos para ellos, a través de sus emisoras facilitaba que cuestiones como las noticias, los programas de entretenimiento o la música entrase en la vida de la gente. Hasta entonces era difícil estar al corriente de que cantantes o que canciones estaban más a la moda. Muy poca gente tenía gramófonos. Además, había que comprar los discos. Con la radio, la música se colaba en los hogares de la gente y empezaba a ser parte de la banda sonora de la vida de todos ellos. Tener un aparato de radio era un cambio importante en la vida de la población. Más importante de lo que pensaban.

María miró a Jaco y le dijo:

—¿Tienes alguna cosa que hacer? Mi padre no tardará en llegar y te podrías quedar a cenar con nosotros esta noche.

—Si quieres, por mí encantado —dijo Jaco más que contento con la invitación— así te acabo de instalar el aparato y te sintonizo alguna emisora. La Unión de Radio tiene abierta en Málaga una emisora, se llama EAJ-25.

Era difícil buscar emisoras, además se captaban muchas que emitían en otros idiomas. Había que tener paciencia.

—De acuerdo —dijo María contenta con que aceptase su invitación—. Tú ve haciendo lo que puedas que yo voy a echarle una mano a mi madre. Si llaman a la puerta y no te importa por favor abre que debe ser mi padre. Hoy se ha vuelto a dejar las llaves.

María volvió a la cocina y dejó a Jaco trabajando mientras intentaba localizar emisoras apuntando en un papel, en qué punto del dial las había logrado sintonizar. Ya vería después como le explicaba a Josefina como tenía que hacerlo para encontrarlas. La pobre estaba superada por aquellas innovaciones tecnológicas.

Mientras tanto, las mujeres hablaban en la cocina.

—¿Has visto que buena persona que es? —le dijo Josefina a su hija Además, es guapo, yo no sé porque no lo miras con otros ojos.

—Sí mamá, es buena persona y por eso somos tan buenos amigos —respondió María aburrida pero pacientemente. Entendía que su madre solo quería lo mejor para ella.

—Pero niña… ¿Cómo es posible que no te guste?, ya te pidió relaciones y tú no quisiste. Cualquier día llegará otra mujer y se lo llevará. Te lo digo solo

para que lo sepas y luego no te arrepientas. No sé cómo no ha pasado ya, seguro que tiene más de una admiradora.

—Mamá, es que a mí me parece una persona buenísima, pero yo tengo un compromiso con otro hombre. Ya me doy cuenta de que es guapo, amable, buena gente… Pero no es Alfredo.

—Vamos a ver, niña, si hace ya trece años que se lo llevaron a Rusia y no hemos sabido nada más. ¿Tú no crees que debe estar muerto? —justo en el momento en que acabó de decirlo se arrepintió de haberlo hecho. Intentaban no darlo por muerto.

—Ya sé que es difícil de creer —dijo María vehementemente— pero yo sé que no está muerto y algún día volverá.

—A este paso cuando venga ya estaréis los dos a punto de criar malvas.

Si se atrasa mucho, yo ya no lo veré.

—Pues criaremos malvas juntos —dijo

María cariñosamente.

Desde el salón se oyó que Jaco decía alguna palabrota.

—¿Estás bien? —gritó María desde la cocina.

—Sí, perdona por el taco —dijo Jaco—, es que intento una cosa y no hay manera de conseguirlo.

—Ya ves hija —le dijo Josefina con ironía— uno perdido por el mundo y otro frito en el comedor. Vaya futuro más negro.

Las dos se pusieron a reír. Al cabo de un rato llegó Juan padre y Jaco le abrió la puerta. El hombre que ya estaba bastante mayor estuvo viendo como el joven —que ya había dejado de ser tan joven— manipulaba aquel aparato. Al final Jaco consiguió saber cómo sintonizar las cadenas que podían interesar a Josefina y les estuvo explicando a los tres con mucha paciencia como buscarlas.

La cena estuvo bien y la conversación fue muy agradable. Al acabar decidieron tomarse un café en casa, ya que Josefina insistió en que hacía mucho frío y que no hacía falta ir a gastar dinero a la calle. Ella se levantó a prepararlo.

Lo administraban como si se tratase de oro en paño. Era caro y no había siempre pero el pobre hombre se merecía aquel pequeño derroche. No importaba mucho que fuese de noche porque el café era bastante flojo y seguro que no les iba a quitar el sueño.

Eran casi las once de la noche cuando Jaco se despidió. Sabía que ya no llegaría a tiempo para ver a sus hijos despiertos, aunque si se daba un poco de prisa quizás lo conseguía. María le acompañó a la puerta.

—Muchas gracias por todo —dijo francamente agradecida y dándole dos castos besos en las mejillas.

—Ya sabes que si quieres algo que esté en mi mano solo tiene que pedirlo dijo Jaco con toda la intención de que el mensaje fuese tan ambiguo que se pudiese interpretar como quisiese.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuando entró al comedor, Juan le dijo:

—Este joven es muy agradable. Qué pena que no apareciese por aquí antes.

—Sí papá —respondió María cansinamente.

—Es que hija, veo que tu madre y yo ya somos muy mayores y no nos queda mucho tiempo. Tus hermanos están todos viviendo sus vidas, pero tú sigues con nosotros y esperando a alguien que es posible que no aparezca nunca.

—Aparecerá —dijo María una vez más—. Además, no tienes que preocuparte por mí. Yo ya sé espabilarme sola, hace años que lo hago y no me sale tan mal, por otro lado, los tiempos están cambiando y ya no es necesario casarse con nadie si quieres vivir una vida normal.

—Para mí, esto último no está tan claro —dijo Josefina a la que le parecía casi revolucionario lo que acababa de decir su hija.

—Deben ser los nuevos tiempos —dijo Juan a su mujer—. Nosotros ya no entendemos nada. ¿Te imaginas que nos hubiesen dicho hace unos años que tendríamos en casa un cachivache que habla y que cuenta cosas? No me extraña que el mundo cada vez esté más loco.

—No me hables —dijo Josefina— antes he estado a punto de contestarle a la radio esa. No sé qué pregunta hacia el hombre que hablaba y de poco no le digo algo. Hubiese hecho el ridículo. Tendré que acostumbrarme.

Todos rieron. María les deseó buenas noches y se fue a dormir. Tenía una mezcla rara de sentimientos. Veía a sus padres y la relación entre ellos. Se habían pasado la vida juntos y estaba segura de que había habido momentos en los que no se aguantasen o que lo pasasen muy mal, pero a pesar de todo allí seguían los dos juntos y tan contentos. Uno cuidaba del otro. La relación entre ellos seguro que había ido evolucionando a lo largo del tiempo y según la situación de cada momento.

Eso ella nunca lo iba a tener, ni siquiera en el caso de que Alfredo volviese mañana mismo. Ya tenía cuarenta años. Por otro lado, se daba cuenta que su padre estaba cada vez más torpe y más delicado. Sabía que no iban a

durar muchos años y que llegaría el momento en que se quedaría sola. Estaría bien que se fuese preparando para ese momento que ojalá que tardase mucho en llegar.

Se llevaba muy bien con todos sus hermanos y seguro que el día que eso pasase tanto Juan como Lola insistirían en que se fuese a vivir con ellos, pero ella tenía su vida en Málaga. ¿Y si volvía Alfredo? No la encontraría si se iba.

Seguro que también hubiese podido irse con Marta o con Ana y hasta con José si ya estaba por su cuenta, pero ella no quería moverse de allí.

Afortunadamente por la escuela de adultos todo iba viento en popa y no tenían ningún problema. Al menos el tema laboral se le había dado bastante bien a lo largo de su vida y había podido llevar su vida sin pasar penurias económicas de ningún tipo.

Si miraba a su alrededor había tenido mucha suerte hasta ahora ya que conocía a mucha gente que en algún momento lo había pasado muy mal y que habían tenido muchos problemas. Algunos vecinos, amigos y conocidos habían pasado hambre durante las últimas épocas.

Mira a Jaco, por ejemplo —se decía ella misma—. Se quedó viudo con tres hijos pequeños y no le quedó más remedio que dejar su mundo e irse a vivir a Málaga con los padres de su mujer, que en realidad no tenían ningún parentesco con él. Debía ser extraño al principio, pensó. ¿Cómo se llega a casa de una gente que no conoces y que acaban de perder a su hija y les dices, *buenas soy el padre de sus nietos y se los traigo para que me ayuden con ellos*?

Pero él seguía allí, luchando y sacando adelante a su maltrecha familia.

Respecto a Alfredo, se lo habían arrebatado en el mejor momento de su relación, cuando su amor era todavía muy intenso y no se había relajado con el paso del tiempo. Eso hacía que ella tuviese una imagen idílica de aquella relación y de aquel hombre. Imaginaba que a él le debía pasar igual, aunque ella era plenamente consciente de que eso solo era una hipótesis.

Por otro lado, más allá de eso era un poco inútil intentar racionalizar el tema. El amor era una cuestión irracional así que no tenía mucho sentido buscarle una coherencia. Una especie de locura temporal, concluyó.

En pocos días llegó otra Navidad. Seguían la tradición familiar de reunirse todos por Nochebuena. Su madre ya estaba mayor para recibirlos a todos en casa así que ese año, de acuerdo con Lola habían decidido celebrarlo en la casa de Juan en Guadalvalle.

Además, ahora ya empezaban a ser muchos a pesar de que ni Ana ni Marta tenían niños. Aún estaban en edad fértil las dos, pero por alguna razón

ni una ni la otra, después de años de matrimonio, no habían llegado a quedarse embarazada ninguna vez.

Los que sí que eran numerosos eran los de casa de Juan ya que ellos ya tenían cuatro niños, o no tan niños porque los mayores de Juan ya tenían novios. Además, estaba la sobrina de Juan que en unos meses se casaría con José. Ya que iban a pasar las fiestas en Guadalvalle, María le propuso a Lola que se juntasen también con su hermana Aquilina, su marido y el resto de sus hijos.

Total, que serían muchísima gente en aquella noche y su madre ya no estaba para esos trotes, ni tampoco tenían espacio.

Ellos irían y pasarían la noche allí. También celebrarían el día de Navidad y al día siguiente, o al otro, ya regresarían a la ciudad. María tenía unos días de fiesta en la escuela y Juan hacía y deshacía a su antojo.

Habían invitado también a Jaco para que fuese con los niños, pero la Nochebuena era imposible. La tenía que celebrar con sus suegros. Jaco no era religioso y no le gustaban aquellas fiestas, pero la celebraba por sus hijos y sobre todo por respeto y cariño a sus suegros. Gracias a los niños, el matrimonio había superado la muerte de su hija.

Iría al día siguiente con sus hijos para la comida del día de Navidad. Ese día Marta ya no estaba porque tenía que ir a comer con la familia de su marido.

En definitiva, que era complicadísimo hacer cuadrar las agendas de todo aquel ejército de gente. A María se le escapaban los novios y novias de sus sobrinos así que para eso contaba con que Lola tuviese claro quién iba a ir y que día.

¿Con tanta gente?, ¿cómo iba a sentirse sola? —pensó.

Quizás sí que debía plantearse ir a vivir a Guadalvalle con su hermano cuando sus padres ya no estuviesen y ella dejase de trabajar, pero ¿para qué plantearse nada si aún faltaban bastantes años para ello? Le gustaba el pueblo y la gente, pero ella se reconocía como *urbanita*, estaba acostumbrada a la ciudad y a lo que representaba. El pueblo estaba bien de vez en cuando pero no sabía cómo le sentaría si tuviese que vivir de forma fija. Al final las fiestas pasaron tal y como habían previsto. María tuvo ocasión de tratar con más proximidad a aquella jovencita que se iba a casar con su hermano y pensó que era muy agradable, muy bonita y, además —y lo más importante— le pareció que la niña era muy lista y sabría manejar a su hermano que seguía igual de acelerado que durante toda su vida. No se calmaba ni siquiera con los años.

Carmen le dedicó especial atención ya que, de todos los hermanos de José, era a la que menos conocía.

La vuelta a la vida normal y al trabajo para María no dejó de ser un alivio.

Pasar aquellos días con toda la familia le iba bien porque la ubicaba dentro del grupo y tomaba conciencia de que no estaba sola en el mundo, pero por otro lado era un jaleo que alteraba a cualquiera. Ella solía llevar una vida mucho más reposada, además de que se había acostumbrado a hacer lo que quería.

La ciudad estaba mucho más calmada desde la dictadura y todo era mucho más tranquilo, aunque se sentía asqueada de no poder votar a su partido y no poder expresar su ideología. Algún día debían acabarse esas restricciones.

Para más problema había leído en octubre el tema del desplome de la bolsa de Nueva York y no sé qué historias que entendió solo parcialmente, de los bancos y las acciones. Había gente de dinero en América que se suicidaba.

Poco después por toda Europa ya hablaban de la crisis que había llegado desde el otro lado del Atlántico. Aquello era muy preocupante.

A final del mes de Enero Primo de Rivera dimitió y el rey pasó el poder a Dámaso Berenguer y montaron lo que se dio en llamar *dictablanda*, no sin un cierto grado de cachondeo de la gente.

Ahora volvía a mandar el Rey y Berenguer tenía que restaurar las instituciones que Primo de Rivera había anulado. Volvieron los partidos políticos y en esta ocasión María no se anduvo con medias tintas y se afilió al PSOE tan pronto como pudo hacerlo.

Por su parte Jaco se afilió al Partido Republicano Radical Socialista (PRRS) que se había escindido del partido Republicano Radical que había girado hacia la derecha.

Ambos volvían a encontrarse en reuniones que ya no eran clandestinas.

Jaco solía invitar a María, de la que sabía su militancia y María solía invitar también a Jaco para que la acompañase a sus reuniones.

Eran una pareja inseparable. Les empezaron a llamar *la pareja roja* en los círculos por donde se movían. Afortunadamente no pertenecían al mismo partido porque juntos hubiesen tenido mucha fuerza. Lo más importante es que la sociedad volvía a respirar y se había acabado el tiempo de la dictadura.

El rey pretendió retomar el *statu quo* previo a la dictadura, pero la gente no se olvidaba de la represión vivida durante los años de Primo de Rivera y que todo ello había sido con el acuerdo del monarca.

Un tiempo atrás, habían vivido algún momento de mucha tensión. Un día se presentaron en la escuela dos policías preguntando por María. Ella fue a

recibirlos. A continuación, y sin muchas explicaciones llevaron a la comisaría donde la estuvieron interrogando durante más de dos horas.

María, al principio, estaba muy nerviosa pero poco a poco se fue dando cuenta de que no sabían muy bien lo que buscaban. Quizás tan solo querían asustarla. Pasó mucho miedo, pero tuvo mucha suerte ya que la trataron con corrección en todo momento.

Aquella noche Jaco se presentó en casa de sus padres, pero no quiso entrar para no asustarlos. Estaba malherido, tenía un brazo en cabestrillo y un ojo morado, además de algún corte en la cara.

Había tenido mucha más mala suerte. A él le habían pegado para sacarle información. Afortunadamente Jaco era duro y no soltó prenda. Se había presentado allí, aunque fuese tarde, para avisar a María de que corría peligro.

Cuando María le explicó su experiencia de aquella mañana él se indignó porque también la habían interrogado. Se alegró de que al menos a ella la tratasen bien.

Todo aquello sirvió para que María, lejos de asustarse y no actuar, se decidiese a afiliarse plenamente en el PSOE cuando le fue posible. Había que plantar cara a los abusos del gobierno.

Transcurrieron unos meses desde la Navidad, pero por fin llegó el mes de junio de 1930 y toda la familia se volvió a juntar en Guadalvalle, pero esta vez para celebrar la boda de José y Carmen.

Todo el mundo estaba muy nervioso con los preparativos. La pobre Carmen, había adelgazado unos cuantos kilos y José también estaba un poco más delgado. Si el niño, como le llamaban en su casa, ya de por si era dinámico y no paraba, con los nervios casi había que atarlo para que no se moviese. Ante una situación en la que todo el mundo estaba nervioso, María pensaba que lo que menos necesitaba era tener a su hermano cerca ya que aún se ponía más nerviosa.

Aquilina, la madre de Carmen también estaba que se subía por las paredes. La boda se había precipitado un poco. Resultaba que Maru también tenía planes de boda, pero cuando faltaba menos de un año el padre de Antonio, su novio, había muerto muy repentinamente. El joven tuvo que hacerse cargo del negocio familiar y entre aquello y el duelo por la muerte del pobre hombre tenía que aplazar la boda al menos durante un año, que era lo habitual.

Como Aquilina ya preveía que al cabo de un año de la boda de Maru iba a casarse Carmen, se le ocurrió que se podía intercambiar el orden de los

matrimonios así que si Carmen y José estaban de acuerdo ellos se casarían en las fechas en que se iban a casar Maru y su novio al año siguiente.

Cuando Aquilina y Antonio lo plantearon a la pareja, estuvieron encantados y no hubo ningún problema. Si no hubiesen accedido al cambio Maru se hubiese casado un año más tarde de lo planeado y ellos también hubiesen tenido que esperar un año extra. Era muy caro para una familia como la de Aquilina casar a sus dos hijas en un solo año. Los fastos con los que les quería casar, le iban a salir por un ojo de la cara a la familia.

Al ser tan mayores los padres de José, Antonio también lo habló con su cuñado Juan, y Aquilina con Lola, y a todos les pareció una buena idea.

Tuvieron que correr un poco más para encontrar una vivienda, que finalmente encontraron cerca de la estación. No tuvieron muchos lujos a la hora de escoger qué muebles iban a tener, pero el buen gusto de Carmen hizo milagros. José, o Pepe como le llamaba todo el mundo en el pueblo menos Juan y Lola, iba a seguir trabajando en la herrería y cobraría un sueldo suficiente para mantener a la familia ya que además Juan estaba preparándose para ir en la lista de alcalde en las elecciones municipales previstas, en principio, para el año siguiente.

Por su parte Carmen seguiría colaborando con la confitería y Aquilina le había prometido que le pagaría un sueldo hasta que Maru se casase. En ese momento y con las dos fuera de casa les cedería el negocio a partes iguales.

Los días volaron hasta el día de la ceremonia. Las mujeres del pueblo pusieron flores en las rejas de las ventanas del camino que iba desde la casa de la novia hasta la iglesia. Era una costumbre y una manera de desearle buena suerte a la joven, que además era muy querida por la gente.

Todo el mundo estaba pendiente de la llegada de la novia. A las doce del mediodía el novio estaba en la puerta acompañado por su hermana María.

Según la tradición era Josefina quien tenía que entrar con él, pero la pobre mujer se sentía mayor y le daba hasta un poco de vergüenza toda esa ceremonia que se había montado para la boda. Ella era una mujer sencilla de la ciudad y la familia de Carmen era gente fina. Todos insistieron, pero fue inútil, se cerró en banda. A cambio se ofreció a hacerle el vestido a Carmen.

Josefina y Juan estaban sentados en primera fila, tal y como entrabas a la izquierda. María se sentaría con ellos y Jaco que había sido invitado, acompañaría a María. En la segunda fila, Ana y Marta y sus maridos junto con Juan y Lola, y detrás de ellos, todos los hombres invitados a la boda.

Al otro lado estaba la familia de la novia. En la primera fila estaban Aquilina y Antonio con Maru y Lucía y justo detrás Toño y su mujer junto

con los niños y los hijos de Juan y Lola. Habían tomado una decisión salomónica y como Juan y su prole eran de las dos familias al final los mayores se fueron con la familia del novio mientras que los jóvenes se fueron con la familia de la novia.

Detrás estaban todas las mujeres invitadas a la boda. Era habitual que hombres y mujeres se sentasen separados en las ceremonias. El cura esperaba en el altar, conversando desenfadadamente con los padrinos escogidos. Santiago de la Herrería y Rosita que era una amiga de toda la vida de Carmen.

José esperaba en la entrada de la iglesia, pero dentro de la misma. María intentaba que se calmase. De pronto vieron que salían de casa, a unos trescientos metros, Antonio, el padre de la novia, arreglado y refinado y detrás suyo Carmen, vestida con un traje de novia espectacular.

Era un traje a la moda de aquel tiempo. Tampoco demasiado recargado.

Resaltaba las mejores cualidades físicas de la joven y le caía como un guante.

Estaba fantástica. Llevaba un velo que dejaba adivinar sus rasgos. Josefina había hecho una obra maestra a pesar de que Aquilina al principio dudó un poco.

Los niños empezaron a gritar: *ya viene la novia* y todo el mundo empezó a ponerse en su sitio. Cuando ya estaban cerca, María cogió a José del brazo y entraron por el pasillo central con mucha ceremonia hasta el altar. María iba sonriendo todo el tiempo y llevaba el brazo dormido de hacer fuerza para retener a José por el pasillo ya que, si de él hubiese dependido, hubiese parecido más una marcha militar en lugar de nupcial por el ritmo que llevaba.

Cuando llegaron al altar, María le dio un beso en la mejilla, y con un gesto delicado y cariñoso le borro de la mejilla la marca del pintalabios y se retiró hasta donde estaban sus padres.

La pobre Josefina que era tan sensible lloraba tímidamente y en silencio.

Aquel joven había sido el menor de todos sus hijos. Solo ella sabía cómo la llegada de aquel niño había conseguido ayudarla a salir del pozo donde se encontraba en aquellos días de su nacimiento. Había conseguido acompañar a cinco de ellos hasta la edad adulta. De alguna manera había terminado su trabajo principal. Ahora ya podía relajarse y descansar.

Le había faltado casar a María, pero ella había decidido no aprovechar las ocasiones que se le habían presentado y prefería esperar. En el fondo de su corazón entendía perfectamente a su hija. Aquel alemán le había robado el corazón a toda la familia. Su hija sabía mejor que ella cómo llevar su propia vida. Era una mujer inteligente. No debía meterse y si respetar sus decisiones.

María la tenía cogida por el hombro y le hablaba en susurros al oído:

—Mira mamá que guapo que está. Que ilusión que se case tan bien.

Cuánta razón tenías cuando querías que saliese de Málaga.

La pobre Josefina estaba tan emocionada que prefería no hablar para que no se le notase demasiado la emoción.

Juan estaba mucho más tranquilo. Quería mucho a su hijo también, pero para él todo aquello, era mucho más sencillo ya que en realidad el joven hacía un tiempo que no vivía con ellos así que su vida no iba a cambiar. Lo echaría de menos pero igual que antes.

De pronto empezó a sonar la marcha nupcial y aparecieron por la puerta Carmen y su padre que le llevaba del brazo.

Aquilina pensó que la niña estaba fantástica con aquel vestido. La verdad es que su consuegra era toda una artista. De más joven debería haber sido una gran modista. ¿Cuándo había visto aquel pueblo una novia como aquella?

Su marido iba de punta en blanco. No le faltaba detalle. La verdad es que el hombre era bastante presumido. De todas formas, ya se había encargado ella de que no se le pasase nada por alto. Hasta lo había puesto a dieta durante las últimas semanas. Avanzaron por el pasillo elegantemente y recreándose.

Antonio iba haciendo inclinaciones de cabeza a unos y a otros y la niña sonreía seguramente de los nervios. Padre e hija estaban en su salsa y se les notaba.

Todo el mundo estaba de pie mientras ellos flotaban con elegancia en dirección al altar. Cuando llegaron, Antonio le entregó a José a su niña del alma, y se retiró al banco donde estaba su mujer pensando *misión cumplida*.

—Hay que ilusión Antonio —le dijo Aquilina al oído—. Tenías que haber visto el efecto que hacíais los dos tan guapos y elegantes al entrar en la iglesia.

—Ilusión porque se casa o ilusión porque se han acabado los preparativos —le dijo irónicamente él.

—¡Hay que ver! Ilusión porque se casa la niña —le riñó cariñosamente Aquilina.

Los novios estaban muy nerviosos y se miraron, pero rápido cambiaron la mirada porque notaron que estaban a punto de empezar a reír sin control con esa risa histérica que tanto cuesta de detener, además desde que entró Carmen por el pasillo a José le entró ganas de ir al baño y tenía que concentrarse en que no se le escapase con los nervios.

La ceremonia fue bastante larga ya que la familia de Carmen era muy creyente y querían que no le faltase ningún detalle. Pasaron un buen rato

levantándose y sentándose.

Luego rezaron y cantaron. En fin, que cuando ya llevaban un buen rato hubo algún niño que harto se puso a llorar y algún padre tuvo que salir de la iglesia con alivio, para evitar el escándalo.

Finalmente llegó la hora del juramento. Todos estaban muy emocionados y ¿cómo no? fueron declarados marido y mujer. Hechos los votos se besaron delante de todo el mundo.

Había sido una ceremonia muy bonita. Para la celebración, la familia de Carmen había recurrido a lo que solían hacer en estas fiestas. Aquilina había montado largos tablones sobre caballetes en el mismo patio de la casa donde celebraban las fiestas del pueblo para dar cabida a todo el mundo. Habían decorado todo con claveles y rosas para perfumar, principalmente de color blanco.

Estaba la mesa para los novios y los padres y también para los familiares más próximos y después había varias mesas enormes para acoger a todo el resto de los invitados.

La comida fue abundante, a base de entrantes con huevos y embutidos, y carne de cerdo guisada de segundo plato. El vino también era abundante y al final apareció una gran tarta que tenía que ser suficiente para las doscientas personas que asistían al banquete. Todo esto estaba servido por unas camareras que la gente contrataba habitualmente, del pueblo, para este tipo de eventos. En definitiva, que la fiesta les salió por un ojo de la cara.

Cuando acabaron de comer llegó una orquesta que también habían contratado y abrieron la celebración a todos los jóvenes y mayores del pueblo que quisiesen celebrar con ellos la boda.

Prepararon aperitivos y pequeños bocadillos y también bebidas para la gente que se incorporaba a la fiesta en esa segunda parte. Normalmente esa parte de la celebración se llenaba de jóvenes y era una de las partes más divertidas. La gente estaba contenta y con aire de fiesta. La orquesta tocaba desde pasodobles a valses, pasando por cualquier cosa que les pidiesen.

Sonaban canciones que para los más jóvenes eran *de toda la vida*, pero también sonaban canciones que se habían puesto de moda en los últimos tiempos.

Lógicamente y tal como manda la tradición el baile lo inauguraron la pareja recién casada y lo hicieron con un vals. Ambos recordaban claramente, el primer vals que habían bailado juntos no hacía tanto tiempo y que les había llevado hasta el vals que bailaban en aquel momento.

Luego Antonio, el padre de la novia, bailó con Carmen y después la cosa ya se descontroló y todo el mundo que quiso, salió a la pista a bailar. María lo miraba todo desde un lado del gran patio donde estaban.

—¿Estás segura que no quieres pasar por todo eso? —le preguntó alguien casi en la oreja.

María se giró y vio a Jaco. Sonrió.

—No.

—Ese no ¿quiere decir que tengo alguna oportunidad? —Jaco de tanto en tanto insistía.

—No. Ese no, quería decir que no quiero pasar por todo eso —aclaró riendo María.

—Es una pena —dijo Jaco.

—Estoy segura de que sí lo es, pero no puede ser —respondió segura María.

—Yo creo que al menos podríamos bailar —dijo Jaco.

—Eso hace rato que espero que me lo pidas —dijo María con la expresión iluminada por una sonrisa.

Y ambos se unieron al resto de la gente que bailaba. A Jaco se le iban las manos delicadamente y disimuladamente hacía debajo de la cintura y al principio María disimuladamente se las subía. Al cabo de varios intentos le dejó hacer.

Pasada la media noche la gente se empezó a marchar y cuando ya quedaba poca gente Carmen y José se fueron para su nuevo hogar donde pasaron su primera noche de casados.

Por la mañana Juan los llevó a Málaga y de allí se fueron a Cádiz a pasar su luna de miel que iba a durar una semana. Aquel día la mayoría de la gente que había llegado desde otros pueblos empezó a irse a sus casas. Marta le estuvo hablando a María sobre sus problemas para quedarse embarazada y María se quedó bastante preocupada por su hermana. Tampoco Ana parecía que se quedase embarazada pero no daba la sensación de que eso le preocupase mucho.

En realidad, ambas eran jóvenes, pero ya estaban al principio de la treintena. A esa edad su madre ya los había tenido a casi todos ellos. Josefina, como siempre estuvo muy contenta de tener a todos sus hijos en un mismo espacio y al mismo tiempo. Cuando eso pasaba, que en realidad era pocas veces al año, tenía la sensación de que los tenía controlados a todos.

Los hermanos, a pesar de las diferencias de edad entre ellos, se llevaban bien. Juan y María habían hecho de *semipadres* de José, mientras que Marta y

Ana habían tenido una posición intermedia. Ellas se habían visto siempre como mayores y a José como mucho menor y los dos mayores las habían visto siempre como niñas, igual que a José.

Entre las dos hermanas había un vínculo fuerte de amistad y no era extraño que de tanto en tanto Marta fuese a pasar unos días con Ana o al revés.

Sus maridos también se llevaban bastante bien.

Aquella fue la última vez en que se reunieron todos. La verdad es que cada vez era más complicado poder coincidir abuelos, hijos y nietos. Había nietos —los hijos de Juan y Lola— que ya eran mayores e incluso alguno ya estaba casado.

Por otro lado, aunque las distancias entre Málaga, Guadalvalle y Coín eran pequeñas no siempre era fácil poder ajustar los intereses de todos. Había algunas fechas como la Navidad o recientemente las fiestas de Guadalvalle que empezaban a ser puntos de reunión para la mayor parte de la familia, pero el resto del tiempo era mucho más difícil.

Una mañana, en plena canícula malagueña Juan padre ya no se despertó.

Por lo que dijo el médico debía haber tenido un paro cardiaco o una embolia mientras dormía.

Josefina que dormía al lado no se había percatado de nada así que siendo tan ligero el sueño de ella seguramente Juan no debió ni darse cuenta de que se iba.

Tenía casi setenta años y había vivido francamente bien. Superado guerras y crisis y a pesar de todo había trabajado toda su vida, había sacado adelante a cinco hijos y siendo una familia de barrio obrero habían tenido siempre una situación bastante estable. Además, siempre había estado con su Josefina del alma a su lado. Se habían complementado toda la vida perfectamente. Primero desde el enamoramiento y después desde el cariño.

Siempre con un proyecto de vida en común.

A pesar de lo que todos se temían, Josefina lo encajó muy bien. Durante toda su vida había estado mucho más próxima a la vida y la muerte que ninguno de la familia. Ella había tenido trece embarazos en su juventud y madurez, y habían sobrevivido seis hijos de los que uno había muerto. Esto la ponía en contacto directamente con lo que representaba nacer y morir. Durante unos años de su existencia, eso fue algo muy cotidiano para ella.

Desde su punto de vista, creía firmemente que cuando veníamos al mundo veníamos a hacer una serie de cosas. Todo estaba escrito. Durante nuestra vida teníamos unas pruebas que superar y sencillamente cuando todo estaba

listo nos moríamos y nos íbamos al más allá. Por su educación, nunca había acabado de entender la religión y por eso había ido llenando aquellas lagunas con lo que iba oyendo y lo que ella misma se imaginaba.

A lo largo de su vida había acabado por comprender que no tenía que vivirse tan dramáticamente. Ella había aprendido todo aquello todo aquello como una necesidad para sobrevivir a la muerte de su hijo Alfonso hacía ya más de veinticinco años. Aquella había sido su ocasión para aprender a llevarlo. Esta era la primera vez que realmente lo ponía en práctica.

Ahora lo aplicaba a su marido, desde el convencimiento de que no tardaría muchos años en hacer ella misma aquel viaje. No le daba miedo.

Bueno, en realidad lo que sí le daba miedo era el momento final. No estaba segura pero posiblemente el último momento debía doler, aunque tampoco estaba convencida de eso. Mira Juan, se decía, él ni siquiera se ha despertado así que no debe doler tanto. Él era bastante quejica y si hubiese dolido lo hubiera sabido.

Ella aún tenía trabajo y por eso estaba segura de que no se iba a morir todavía. Quedaba María. No podía irse y dejarla sola allí. Todos los otros ya tenían sus vidas, pero María se había quedado enganchada de aquel hombre que había desaparecido. Era la que más le preocupaba. Ya no iba a tener hijos porque empezaba a tener una edad más propia de ser abuela que madre. María rondaba los cuarenta años, aunque ella había tenido a José con esa edad, pero no era el primero. También había sido abuela con esa edad.

Todos los demás ya tenían sus vidas más o menos aceptables. Seguro que tenían problemas e insatisfacciones, pero ninguno de ellos pasaba calamidades y, además, entre ellos, si hacía falta, se podían ayudar.

María sí que se lo tomó mal. Tenía la sensación, totalmente falsa, de que no había estado lo suficientemente pendiente de su padre y no lo había cuidado bien. A lo mejor no hubiese pasado si se hubiese fijado más en él. Sí que es verdad que últimamente no era tan coherente como antes. De vez en cuando se levantaba y parecía que estaba perdido y no sabía dónde estaba.

Otras veces preguntaba lo mismo varias veces, pero ella no le había dado importancia. Siempre había pensado que se trataba de la edad y que era un síntoma de senilidad. Claro que su madre era igual de senil y no le pasaba lo mismo. Tenía una mente clarísima.

María se machacaba a si misma hasta que un día su madre le dijo:

—Ya basta de darle vueltas. Tu padre se murió porque le llegó la hora y tú no eres tan importante como para cambiar la voluntad de Dios. Ya debía tener su trabajo hecho y no se podía quedar más tiempo.

María al principio se enfadó con su madre, aunque no le dijo nada, ya que pensó que no podía ser que se quedase tan tranquila pero luego reflexionó sobre el tema.

Otro día Josefina le dijo sin introducción alguna:

—Me imagino que te crees que he vivido la muerte de tu padre sin demasiado duelo, pero a mi edad estas cosas se viven diferente que a la tuya. Yo estoy mucho más cerca, al menos en teoría, del momento de morirme y he tenido mucho más tiempo en mi vida para pensar en eso y se ve de otra manera.

El entierro fue bastante multitudinario. Además de la familia en pleno, estaban también buena parte de los vecinos del barrio y mucha gente de la ciudad. Juan había sido bastante popular entre sus vecinos. Habían publicado una esquela en el diario.

Con él también se estaba acabando toda una época. Los coches de caballo ya casi habían desaparecido totalmente sustituidos por los automóviles. La gente iba con otras prisas por la ciudad y todo era diferente. De entre sus hijos, aparte de María por lo que ella se atribuía de responsabilidad, la que también estaba especialmente afectada era Marta. Desde pequeña Marta había sido la niña de los ojos de su padre. Quizás por su posición intermedia entre las niñas o quizás por su carácter. Frente a María, mucho más independiente en su forma de pensar y Ana que era un alma libre, Marta había sido la niña cariñosa y más dulce y su padre siempre había tenido un cariño especial por la niña, que era correspondido. Habían desarrollado una simbiosis bastante particular que se había mantenido incluso cuando Marta se fue a vivir a Coín.

Todos quisieron llevarse a su madre con ellos, una vez finalizada la ceremonia, pero Josefina se negó en redondo. Su estado de salud era bueno, no se quedaba sola porque María vivía con ella y en Málaga estaban los hospitales así que de irse a vivir a Guadalvalle o a Coín, nada de nada. Eso no quería decir que a lo mejor de tanto en tanto iba a pasar unos días con uno o con otro, pero por lo general ella no tenía ninguna intención de moverse de aquella casa que era donde había vivido siempre.

A María le pareció bien. Josefina no necesitaba una atención especial y ella, en los ratos libres de la escuela, se encargaría del mantenimiento de la casa. Además, mantener a Josefina activa era bueno ya que si le hacían todo acabaría volviéndose una persona totalmente dependiente.

Al principio los demás iban pasando por la casa familiar de tanto en tanto pero poco a poco todo fue volviendo a la normalidad y las visitas de los demás hermanos fueron mucho más espaciadas en el tiempo.

El que sí que aparecía por allí con frecuencia era Juan que iba a Málaga cada vez más a menudo por temas políticos. Juan cada vez estaba más implicado en cuestiones políticas y de partido. La verdad es que en aquel momento y sobre todo después de la dictadura de Primo de Rivera, la estructura de los partidos había cambiado y ya no estaba tan definida como anteriormente.

Había mucho para hacer.

Como católico que era y desengañado del monarca que había apoyado la dictadura, se consideraba a sí mismo partidario de un gobierno republicano, pero de derechas y católico. El movimiento que mejor reflejaba su forma de pensar era la Acción Católica que sin ser estrictamente un partido político, sí que desempeñaba una función social.

Cuando acabó la dictadura se abrió un plazo de tiempo de un año que sería cuando se convocarían elecciones municipales. Las elecciones municipales debían ser un termómetro para ver qué pensaba el pueblo en general sobre la monarquía y la vuelta al régimen anterior a la dictadura.

La verdad es que, al menos en Málaga, se percibía un desengaño monumental y la gente parecía impaciente por echar al rey e instaurar la república, pero esa era tan solo la percepción local. Era muy difícil saber qué pensaba la gente en las otras regiones del país y además de lo que pensara la gente también estaba la actitud de los grupos influyentes en la sociedad española tales como los nacionalistas catalanes y vascos o los terratenientes andaluces.

La Acción Católica tenía una cierta relevancia en Guadalvalle que era un pueblo grande con una pequeña burguesía compuesta de industriales y comerciantes de pequeños negocios y por supuesto con terratenientes.

También existía una amplia masa obrera, pero en aquel momento no estaban bien organizados y no parecía que ofrecieran una alternativa creíble.

Desde luego, que el pequeño burgués y el terrateniente del pueblo no tenían interés ninguno en dejar el futuro en manos de gente en apariencia mucho menos preparada que ellos mismos.

Juan se había dedicado en cuerpo y alma a su candidatura como alcalde del pueblo. Se había dejado ver en todos los actos en los que podía promocionarse. También había trabajado intensamente en contactar con todo el mundo. Tenía a su mujer, Lola, como embajadora y a su cuñada Aquilina como promotora en la industria a través de su marido y en el comercio a través de la confitería.

Fue una campaña larga y bastante compleja. Su hermano, José gestionaba la herrería sin ningún problema y no hizo falta que Juan se dedicase a su negocio. Estaba en buenas manos. La familia en pleno se dedicó a explicar a todo el que quería oír las ventajas de que Juan fuese escogido el alcalde del pueblo.

El 12 de abril de 1931 se celebraron finalmente las elecciones municipales que iban a ser, de alguna manera, el referéndum sobre la continuidad de la monarquía o la proclamación de la República.

Aquel día toda la familia andaba como loca. Era la primera vez, que ellos recordasen, en que alguien tan próximo se presentaba como candidato a ser alcalde.

Todos los que estaban convocados a las urnas fueron a votar y la oposición no parecía que pudiese ganarles. Hasta el último momento estuvo todo el clan movilizado.

La gente acudió a votar. Hubo poca gente que estando convocada no acudiese. Las mujeres no pudieron votar, solo votaban los hombres mayores de veintitrés años.

María, por su parte, había hecho campaña a favor del PSOE en Málaga y a favor del voto de las mujeres, eso en su nombre ya que el partido no era partidario en su totalidad al voto femenino. El tema había sido muy complicado.

No entendía como en pleno siglo XX y cuando en muchos países ya podían votar, en España las mujeres seguían sin poder ejercer el derecho a decidir quién quería que les gobernase. Era totalmente absurdo. Ellas iban al colegio y trabajaban igual que los hombres y cuando se enviaban a los jóvenes a las guerras en Marruecos ellas eran las que ocupaban sus puestos de trabajo y ayudaban a mantener el país funcionando. Era tan absurdo que no lo entendía y a su vez se indignaba profundamente. Mujeres como Clara Campoamor eran unas luchadoras que tenían el objetivo de conseguir el sufragio para las mujeres y María admiraba a aquel grupo de sufragistas.

Entre Juan y María, a pesar de tener puntos de vista diferentes no había problemas. Ellos se explicaban sus posiciones y se respetaban. Juan era plenamente partidario de conceder el derecho de voto a las mujeres en las mismas condiciones que lo tenían los hombres.

Cuando finalmente se cerraron las urnas se procedió al recuento. En el recuento estuvieron presentes todos los candidatos y los componentes de las mesas electorales. Fue un recuento lento ya que la participación había sido elevada y Guadalvalle era un pueblo grande.

Al final Juan Martí fue el candidato más votado con el 58 % de los votos y en consecuencia y sin más oposición, al obtener la mayoría absoluta fue proclamado alcalde de Guadalvalle.

Era la primera vez que un Martí era alcalde de un pueblo y además en este caso un pueblo grande. Todos lo celebraron hasta altas horas de la mañana. El día trece de abril sería proclamado en el pleno municipal alcalde de la ciudad.

El otro aspecto que se tenía que decidir, pero ya a nivel de todo el país, era la actitud de los españoles ante la monarquía. El resultado fue bastante claro. El rey ya no contaba con el soporte de sus súbditos. Así lo entendió el monarca, y sin abdicar, y tras pactar con Niceto Alcalá Zamora su salida del país, desde Cartagena y por mar se dirigió hasta Marsella y de allí a París.

Se acababa la monarquía y la salida del rey evitó enfrentamientos y facilitó que el día 14 de abril se proclamase la república. El país lo celebró en todos sus pueblos y ciudades.

Juan se convirtió como consecuencia en el primer alcalde de la República en Guadalvalle. El movimiento de Acción Católica pasó a dar lugar al partido de Acción Nacional, que fue el partido conservador en aquel momento.

Jaco, que también se había presentado a las elecciones en Málaga, pero por la izquierda más radical no había conseguido una plaza en el ayuntamiento.

Una nueva época se abría para todos ellos a partir de aquel momento y que iba a ser definitiva en sus vidas.

La gente, en su mayoría, vivió aquel momento con mucha ilusión, aunque también tenían un alto nivel de incertidumbre ante un futuro desconocido y bastante incierto. La ilusión era muy importante, pero era insuficiente para garantizar que podrían comer cada día a partir de aquel momento y que las ideas serían suficientes como para poner en marcha el país.

Había una crisis internacional que había empezado en los Estados Unidos pero que rápidamente había tenido sus efectos en Europa. La propia España empezaba a verse afectada. Nadie prestaba mucha atención en aquel momento ya que era mucho más emocionante lo que pasaba a nivel político pero el hecho de no querer mirar no significaba que la espiral en la que estaban metidos los fuese a dejar sin consecuencias.

El mismo día en que empezó la república ya había gente tramando como acabar con ella.

CAPÍTULO 19

IRKUTSK

Alfredo acabó perdiendo casi del todo la noción del tiempo. A ratos se quedaba dormido, en el asiento que ocupaba, mirando aquellos paisajes sin límites y que cambiaban muy lentamente. El tren atravesaba la inmensa estepa siberiana en dirección este. El viaje era tan largo que los tiempos de duermevela hicieron que no supiese cuánto hacía que estaban viajando y si bien sabía en qué momento del día estaban no tenía ni idea de cuántos días habían pasado.

De tanto en tanto les traían comida y les llevaban a hacer sus necesidades.

No hubo aseo durante el viaje y por el olor que empezaban a desprender todos y las barbas que apuntaban en sus caras, era fácil deducir que llevaban varios días viajando.

El tren atravesó llanuras inmensas, bosques interminables y espacios vacíos. Parecía un viaje hacia la nada. Su mente cansada divagaba. Se preguntaba si cuando alguien decía que no iba a ninguna parte se refería a que iba a aquel exacto lugar en que se encontraba. Aquella tierra era el final de todos los caminos. Era la nada más absoluta.

Por otro lado, entendió que la cárcel más grande era precisamente aquella inmensidad. Estábamos todos muy equivocados cuando pensábamos que la mejor prisión era una pequeña celda en algún lugar del mundo. En realidad, la mejor prisión y de la que era más difícil escapar era aquella tierra interminable separada por distancias prácticamente insalvables del resto del mundo. Todo aquello había perdido la dimensión humana. A la imaginación de las personas les costaba mucho tener la abstracción suficiente como para entender aquellas medidas.

A pesar de todo, ahora que la primavera estaba avanzada, los paisajes tenían una gran belleza. Se apreciaba una naturaleza espléndida tanto si se

avanzaba por llanuras verdes, o no tan verdes en algunos casos, como si se avanzaba por otras tierras más montañosas.

De tanto en tanto el tren paraba en ciudades. Algunas eran importantes.

Una vez que habían salido de Europa pasaron por ciudades como Ekaterimburgo, Omsk, Novosibirsk o Krasnoiarsk. No eran ciudades grandes tal y como se imaginan en Europa, pero sí que se notaba que eran centros administrativos importantes. Se veía en los edificios que se observaban desde el tren. No debían tener muchos habitantes, pero en mitad de aquellas tierras eran como pequeños París o Londres que concentraban buena parte de la población de cada región.

Entre ellas se recorrían centenares de kilómetros sin una estación y sin un poblado, más que aquellos que muy de tanto en tanto cruzaban a toda velocidad y en los que generalmente no paraban.

Otra cosa que podían observar, eran los restos de la guerra civil que había sufrido el país. Podían verse algunos edificios en ruinas, otros que habían sufrido incendios y un aire de postguerra generalizado en los lugares que atravesaban.

Había oído que en algunos de aquellos sitios habían tenido lugar combates realmente importantes. También en Irkutsk, hacia donde se dirigían.

Últimamente, parecía que el país se había calmado y que empezaba la reconstrucción. La nueva nación estaba gobernada por el comunismo con Lenin a su cabeza y un tal Stalin dirigiendo el Comité Central del Partido Comunista.

La verdad es que Alfredo había tenido la buena suerte, entre tanta desgracia como la que le rodeaba, de que la guerra civil en realidad, no le había afectado. Él era oficialmente un prisionero apátrida y poco podía verse implicado a no ser que se bombardease la prisión o el campo de trabajo en que se encontrase, y eso no pasó nunca.

Por otro lado, al pasar la mayor parte de la guerra en Perm no tuvo problemas alimenticios. La comida llegaba a la prisión ya que había que mantener con vida a aquellos trabajadores gratuitos que en realidad eran los presos.

Gracias al trabajo físico, a sus poco más de treinta años se encontraba en perfecta forma y su salud era buena. La única pega seguía siendo su memoria desaparecida para todo aquello que fuese anterior a 1917. Tenía como pequeños *flashes* que le venían de pronto a la cabeza pero que tenía que esforzarse en retener ya que si no enseguida se le olvidaban. En realidad eran

tan inconexos entre ellos que nunca sabía que parte era real y que parte se correspondía a una invención suya.

Era tan inútil y tan frustrante como intentar atrapar un pez con las manos.

Se había acostumbrado a vivir con la sensación permanente de tener que recordar alguna cosa que no era capaz de recordar.

Aquella falta de memoria, si bien, había sido un problema a la hora de su supuesta liberación, ya que nadie supo nunca a qué país devolverlo porque las autoridades alemanas no lo conocían, ni las austríacas tampoco, sirvió para que tampoco nadie tuviese una razón para tratarlo mal.

Siempre habían pensado que era alemán por sus rasgos físicos y el lenguaje que utilizaba al pensar, aunque también podría haber sido holandés o polaco. En definitiva, era morfológicamente germánico. Por otro lado, en las revisiones médicas habían visto que estaba circuncidado y eso lo encuadraba como posible judío, aunque también había católicos que se circuncidaban de pequeños por problemas físicos. Este factor aún despistaba más ya que en Alemania, por aquellos tiempos, la colonia judía era muy poco numerosa. Nada comparado con lo que pasaba en los países eslavos, donde sí que era una minoría importante. También podría pertenecer a una de aquellas minorías germánicas que había desperdigada por toda la Europa del Centro y del Este.

Había colonias alemanas importantes en Rumania o en Hungría. ¿Quién sabe?

Para acabar de rematarlo todo, los rusos solían llamar alemanes a todos los extranjeros que vivían en su país. Todo era muy confuso, y en primer lugar lo era para el propio Alfredo. En las listas de intercambio de prisioneros, los rusos habían hecho figurar a Klaus Schmidt pero las autoridades no lo reclamaron nunca. Las autoridades alemanas llegaron incluso a tomarlo por una broma de mal gusto.

Aunque Alfredo nunca lo supo, la Cruz Roja Internacional había intentado hacerse cargo de todos aquellos individuos apátridas y enfermos entre los que se le podía incluir, pero las autoridades habían denegado los permisos ya que no sabían qué potencial tendría aquel hombre si recuperaba la memoria.

Qué secretos sabía y cómo se podía sacar un provecho de todo aquello. El planteamiento era: ante la duda se queda aquí.

En el ámbito privado, del que Alfredo no sabía nada, también había que tener en cuenta que había una comunidad judía de Retrogrado que lo buscaba, al igual que una funcionaría del Ministerio de Estado español y trabajadora

por libre del espionaje internacional que también lo estaban buscando, levantando piedra por piedra todo aquel país gigante.

Alfredo había subido a aquel tren con varios presos y guardias. A lo largo del trayecto algunos habían quedado en algunas ciudades donde habían parado.

En aquel momento quedaban otro preso y él junto con un guardia. Iban los tres en un compartimiento. Los dos presos iban encadenados a los asientos mediante un sistema que les daba bastante movilidad, pero no les permitía escapar.

Por su parte el guardia que los acompañaba era un hombre algo mayor que Alfredo. Iba armado y el trato hacia ellos era el justo para sobrellevar aquel viaje tan largo.

Por su aspecto debía ser originario de aquellas tierras. Tenía los ojos un poco rasgados y su fisonomía era parecida a la de los tártaros, que Alfredo había tratado bastante en Perm, aunque quizás los rasgos del guardián eran aún más orientales.

El otro preso que viajaba con Alfredo era más o menos de su edad. Se trataba de un aventurero realmente curioso. Era todo un personaje. Se llamaba Sancho Rivera y tenía nacionalidad mexicana. Era un caso muy particular porque se trataba de una persona de la buena sociedad de Ciudad de México. Su familia presumía de ser descendientes directos de los primeros colonos que habían llegado después de la conquista por parte de los españoles. Su padre era un empresario importante del país relacionado con el gobierno. La empresa familiar se dedicaba a la explotación agraria de amplias zonas en el sur. Era una familia tremendamente conservadora.

El joven Sancho había estudiado derecho para satisfacer a sus padres y una vez que había acabado sus estudios se dedicó a lo que él llamaba vivir la vida. Sus padres habían intentado por activa y por pasiva, atraer al joven hacia el negocio familiar y la alta sociedad mexicana, cosa de la que él había renegado.

La tensión llegó hasta tal extremo que sus padres acabaron repudiándolo y en aquel momento el joven Sancho se decidió a viajar a Europa. Primero estuvo una temporada en España, luego se fue a París y posteriormente se alistó en el ejército francés como voluntario.

Fue hecho prisionero por los alemanes y al cabo de un tiempo puesto en libertad. Sancho estuvo viviendo entre ellos en la zona de Munich hasta que cuando estalló la revolución se fue a Rusia. Él se sentía comunista y quiso ver cómo era todo aquello. Resultó muy difícil atravesar aquellas fronteras.

Los rusos lo hicieron prisionero al poco tiempo de llegar a Moscú. Venía de Alemania y lo acusaron de espía. Cuando el país abandonó la guerra intentaron devolverlo a México, pero su familia lo había repudiado y no quiso saber nada de él. Ellos hacía tiempo que le daban por muerto. La República Mexicana también se desentendió de él.

Sancho Rivera intentó recurrir a sus contactos en México, en España y en Francia para conseguir que lo sacaran de allí, pero a pesar de que los dos últimos hicieron pasos para reclamarlo, al estallar la guerra civil se perdió toda posibilidad y de momento su situación había degenerado hacía algo tan raro como la situación de Alfredo.

No se conocían de antes y habían aprovechado los ratos en que estaban despiertos para intercambiar sus historias. Había algo en aquel joven que le era familiar. A pesar de que entre ellos hablaban en ruso y en alemán, Sancho no podía evitar intercalar expresiones en español en la conversación que a Alfredo le llamaban poderosamente la atención ya que le despertaban la conocida sensación de que tenía que recordar alguna cosa, pero no sabía que era.

La corriente de simpatía entre ambos fue creciendo a lo largo del viaje, quizás porque ambos eran barcos a la deriva y estaban solos en el mundo. Quién sabe si se podrían apoyar mutuamente para poder encarar de la mejor manera posible toda la nueva situación en la que se iban a encontrar a partir de que llegasen a aquella desconocida ciudad que no les esperaba y en la que, al igual que en todo aquel país no sabrían dónde encuadrarlos.

Una mañana, antes del mediodía, el guardia les avisó de que estaban a punto de llegar a la ciudad de Irkutsk. Llegarían después del almuerzo. Él les acompañaría hasta la comisaría militar de la ciudad, siguiendo las instrucciones que tenía y allí les dejaría en manos de las autoridades.

Les explicó que si bien no sabía con seguridad nada de lo que les esperaba, podía asegurarles que por los informes que había leído sobre ellos eran dos casos excepcionales. No sabían qué hacer con ellos, pero tampoco tenían nada en contra de ninguno de los dos.

Al nuevo comunismo instalado en el poder de la Unión Soviética le gustaba tener a todo ciudadano dentro de una clasificación. Ellos dos eran un problema porque no encajaban en ninguna.

Le habían hablado de que finalmente, no iban a ir al campo de detención situado en las afueras de la ciudad, que les habían comunicado al principio. Los iban a instalar en la propia Irkutsk, donde seguramente tendrían una

mejor calidad de vida. También les avisó de que no se confundiesen. A pesar del trato ellos eran presos y no podían escapar de ninguna de las maneras.

Parecía que ante la inminente separación y el final de la misión, a aquel guardia le habían entrado ganas de hablar. Les explicó que le habían encargado que los acompañase porque él andaba camino de su ciudad. Lo habían licenciado y finalmente le permitían volver a su país con su familia.

Era un *buriato*. Los *buriatos*, les explicó, eran los mongoles que vivían en Rusia. Su padre era un militar ucraniano y su madre era una campesina *buriata* y por eso sus rasgos no eran claramente mongoles ni europeos. Se había educado en la capital de la zona a orillas del río Ude y se había casado a los dieciséis años con una prima lejana, cinco años más joven que él. Poco tiempo después su padre lo envió a Kiev a la academia militar y allí le había pillado la revolución y la guerra.

No había vuelto desde que había partido y ya iba para siete años. Su mujer había vivido todo el tiempo con sus padres que habían asegurado que no se juntase con ningún otro hombre y ahora le esperaba. Sancho estuvo haciendo cuentas y le dijo a Alfredo:

—¡Hijo! Este cabrón se casó con una niña de once años.

—Debe ser lo normal en aquellas tierras —le respondió Alfredo.

Aquello había sido en alemán y acto seguido Sancho le dedicó alguna que otra expresión en español incomprensible al guardia.

Aquellas palabras volvieron a impactar en la mente de Alfredo que cada vez que oía hablar en aquella lengua quedaba afectado por el despertar de aquellos fantasmas suyos del pasado.

Finalmente, después de varios días de viaje el tren se paró en la estación de Irkutsk y bajaron los tres. En la estación no los esperaba nadie. El guardia los llevó andando hacia la comisaría militar de la ciudad.

Lo primero que sorprendió a los dos prisioneros fue el aspecto tan europeo que tenía todo. La ciudad era como todas aquellas ciudades que habían atravesado, es decir inmensa para donde estaba, pero bastante reducida en número de habitantes.

Las calles estaban limpias y era una ciudad ordenada. Abundaban las casas de madera. Eran casas bastante grandes y en buen estado. También había una catedral y algún que otro monumento. Había edificios de una antigüedad relativa para aquellas tierras y la gente era mayoritariamente de origen europeo.

Eran rusos venidos de las provincias al oeste de los Urales. Por supuesto que también se veían asiáticos tanto de origen mongólico como de origen

tártaro o turco, pero predominaban sin duda los europeos. Era como una ciudad fuera de sitio. Llamaba la atención que, aún después de la guerra, se veían en pie y en buen estado de conservación varias iglesias ortodoxas y católicas. La ciudad era bastante compacta y las distancias no eran grandes y toda la zona del centro se podía andar sin problemas.

Cuando llegaron a la comisaría militar, el guardián, del que supieron muchas cosas, pero nunca supieron su nombre preguntó por alguien y a ellos dos los llevaron a una sala donde los encerraron.

Al cabo de una hora aproximadamente, la puerta del lugar donde estaban se abrió y entraron dos soldados que los llevaron a un despacho donde estaba el teniente encargado de los prisioneros militares de la gobernación de Irkutsk.

Ambos pasaron y les hicieron sentar. Al cabo de unos minutos entró el teniente Andrei Ivanov. Los soldados obligaron a los dos hombres a ponerse en pie. Ivanov, hizo que se sentaran e indicó a los soldados que saliesen y esperasen al otro lado de la puerta. Los presos iban atados y estaban visiblemente cansados, así que no creía que intentasen ninguna tontería. Ya dirigiéndose a ellos les dijo:

—Además, ¿a dónde van a ir? —y rio a continuación.

Sancho y Alfredo intercambiaron una mirada.

—Bueno, señores, vayamos a lo que nos ocupa —dijo Ivanov diligente y con autoridad—. Soy el teniente Andrei Ivanov y a partir de que han sido entregados a mis soldados son parte de mi responsabilidad. Están, como ya deben saber, en la ciudad siberiana de Irkutsk. Para que se hagan una idea están a tocar de Mongolia y China, así que Europa queda bastante lejos de ustedes.

Nuestra ciudad tiene unos trescientos años y es una de las ciudades más rusas de toda Siberia, aunque realmente no sé si eso les interesa mucho.

Ivanov encendió un cigarro y ofreció a los presos si querían fumar.

Alfredo dijo que no fumaba y Sancho sí que cogió uno. Ivanov continuó con su discurso de bienvenida.

—Ustedes han sido juzgados ambos, cada uno en su circunstancia correspondiente y han sido condenados. Posteriormente y una vez que nuestro país abandonó la guerra con Alemania, se intentó —en ambos casos— que fuesen devueltos a sus países, pero en ambos casos no fue posible. ¿Quién es Klaus Schmidt?

—Soy yo —respondió Alfredo en ruso.

—Me lo imaginaba por su aspecto. En su caso y como ya le deben haber informado, nadie le encontró en ninguna lista de desaparecidos. Se le ofreció a un montón de países, pero nadie le reclamó. El hecho de que perdiese la memoria no ha ayudado. Por casualidad, ¿no recordará alguna cosa nueva que nos pueda ser útil?

—No teniente —respondió Alfredo.

—Bien, es decir que no hay ningún cambio y de momento sigue siendo un apátrida.

A continuación, miró a Sancho.

—Su caso señor Rivera, es un poco diferente. Usted es un joven rebelde de familia burguesa mexicana. Es admirable que se decidiese a romper con todo y se fuese a pasear por Europa en un momento en que todos nos estábamos tirando los trastos a la cabeza. El principal problema es que cuando usted fue hecho prisionero venía de Alemania y se le acusó de posible espía, aunque nunca pudo demostrarse. ¿Es así?

—Sí, mi teniente —respondió Sancho.

—Bien, cuando intentamos devolverlo a su país resultó que el registro civil le había dado por muerto, así que o bien es usted un fantasma o realmente no está muerto.

—Como puede ver teniente, no estoy muerto.

—O a lo mejor no es quien dice que es —respondió Ivanov un poco enigmáticamente.

Apagó su cigarro.

—El caso es que ambos tienen un estatuto extraño. Son más o menos apátridas, juzgados por las autoridades rusas y declarados culpables. No hemos podido devolverlos a sus países cuando se intercambiaron prisioneros, por otro lado fueron juzgados por los que luego perdieron la guerra civil y no por el ejército rojo así que la validez de sus juicios es relativa, aunque no obstante son presos. Es una situación bien extraña.

—Podrían simplemente dejarnos en libertad —dijo Sancho.

—Yo no bromearía —sugirió Ivanov—. En más de un momento hemos pensado que lo más fácil sería pegarles un tiro aquí mismo y se acabaría el problema definitivamente. Nadie quiere asumir la responsabilidad de ponerles en libertad y después tener problemas por alguna cosa que hagan.

Se hizo un silencio pesado. *¿Qué sentido tenía traerlos hasta allí para pegarles un tiro?*, pensó Alfredo.

—Afortunadamente para ustedes después de una guerra europea, la revolución y una guerra civil el país ha perdido a muchos habitantes así que

necesitamos todos los brazos posibles. Por eso a partir de ahora van a ser presos en la propia ciudad. No se les va a enviar al campo de trabajo, las condiciones son peores, si no que van a quedar arrestados aquí mismo.

Ivanov, los miró de arriba abajo.

—Se les alojará en las celdas del cuartel y durante el día se les acompañará al ayuntamiento, donde les indicarán qué trabajos van a realizar. Se van a mover libremente por la ciudad ya que si son listos se habrán dado cuenta de que no pueden ir a ningún sitio. No llegarían a alejarse diez kilómetros antes de que les atrapásemos. En ese caso nos darían la excusa perfecta para poder pegarles el tiro en la cabeza al que me refería antes y acabar con el problema que representan.

Ivanov, dijo una palabra que nadie entendió y entraron los dos soldados.

—Acompañen a sus niñeras, ellos les llevaran a las duchas para que se aseen, ya que hacen más peste que si estuviesen muertos y hoy pasaran el día en la celda. Les aconsejo que descansen ya que mañana empezarán a trabajar y les aseguro que les van a dar un trabajo bastante duro. Les ocuparemos en trabajos que los funcionarios municipales no quieren hacer.

Dicho esto, Ivanov salió del despacho y los soldados los llevaron hacia la mezcla entre habitación y celda que a partir de ahora iban a compartir. Cuando ambos quedaron solos fue Alfredo el primero en hablar

—Parece que hemos tenido buena suerte —dijo.

—Sí, eso parece —dijo Sancho— pero compadre no te fíes de esta gente, ve a saber que nos tienen reservado a partir de mañana.

—Seguro que no es algo fácil ni cómodo. Lo más seguro es que sea algo que no quiere hacer nadie más, pero al menos estamos vivos y bajo cubierto.

Llegaron los dos soldados y les indicaron que los siguiesen. Los llevaron a las duchas y allí los tuvieron en remojo un buen rato, en agua helada. Les trajeron un desinfectante que casi les arranca la piel al mismo tiempo que les quitaba la mierda que habían acumulado durante el viaje y cuando los soldados se habían reído lo suficiente de ellos, les hicieron salir, secarse y les entregaron unos uniformes.

Luego los acompañaron a la celda y les indicaron que durante aquel día descansasen ya que al día siguiente de madrugada los vendrían a buscar. Cada uno se estiró en su litera y Sancho estuvo preguntando a Alfredo sobre lo que recordaba de su vida.

—No te preocupes compadre —dijo Sancho convencido— yo te ayudaré a recordar.

—Cualquier ayuda me irá bien —admitió con cortesía Alfredo ya que no se imaginaba como iba a ayudarle—. De todas formas me pasa alguna cosa extraña con algunas palabras que usas. Cuando exclamas en español hay veces que me da la impresión de que son palabras que yo ya conocía anteriormente, es como si hubiese hablado algo de español antes.

—Pero ¿tú no eres alemán? —preguntó Sancho—. Hablas alemán como los alemanes.

—Eso parece, pero nadie me conoce allí.

—¿Realmente te llamas Klaus Schmidt? Eso en mi tierra es como llamarse José Martínez, debe haber un millón. Nadie te conoce porque en realidad no te debes llamar así.

—No creo que me llame así. Como perdí la memoria, cuando me juzgaron me tenían que dar alguna identidad y me dieron el nombre y el apellido más habitual de Alemania según les pareció.

—O sea, que ni siquiera sabes cómo te llamas

—No. Al menos no sé cómo me llamaba.

—Pues sí que lo tenemos difícil —admitió pensativo Sancho, asumiendo también para sí el problema y compartiendo la situación de su nuevo compadre.

Aprovecharía el tiempo para ayudar a su nuevo amigo a recordar.

—He tenido una idea —dijo Sancho de pronto—. Ya que dices que hay palabras en español que te parece conocer y que estamos desterrados en esta tierra y condenados a convivir en esta celda, te voy a enseñar a hablar español.

—No es mala idea —dijo Alfredo. Era una buena idea, quizás de esa manera conseguiría recordar más.

La mañana siguiente, tal y como les habían avisado, fueron a buscarlos al amanecer. Los llevaron a tomar un desayuno a base de productos locales y los acompañaron al ayuntamiento.

Allí otra vez les volvieron a explicar las razones por las que no se los habían cargado antes, y todo lo demás, y les indicaron que a partir de aquel momento ambos iban a dedicarse a limpiar los parques y jardines que tenía la ciudad y también iban a limpiar los bosques más próximos después del invierno. Este era un trabajo habitualmente hecho por los prisioneros.

A cambio no los mataban, los alojaban en la cárcel municipal y los alimentaban. Ellos podrían moverse libremente por la ciudad siempre que no cometiesen ningún delito, no saliesen de sus límites y se presentasen en los lugares que les dijesen puntualmente.

El trabajo era duro. El invierno y las fuertes nevadas habían dejado los bosques llenos de árboles caídos y un sotobosque que tenía que limpiarse para evitar incendios durante el verano, que por otro lado era bastante corto. En realidad, era imposible que aquel trabajo lo hiciesen solo dos hombres.

Alfredo resistía bien el trabajo puesto que durante los últimos tiempos había tenido trabajos de aquel tipo. Sancho lo llevaba mucho peor. Él venía de otro entorno y a pesar de que durante los últimos años había sido condenado a tareas duras su fisonomía era más delicada y se notaba que su familia hacía bastantes generaciones que estaba bien aposentada y resistía mal el trabajo físico.

A pesar de todo fue aguantando a la vez que se endurecía. Empezaban temprano cortando los troncos de los árboles caídos y posteriormente trasladaban la leña haciendo montones que al final del día cargaban en carros y se enviaban a la ciudad para, o bien hacer leña para calentar las instalaciones públicas municipales, o bien hacer listones para construir. Dependía de la calidad y el tamaño de los troncos. Los bosques eran interminables y el trabajo nunca se acababa.

Había un par de días a la semana que se dedicaban a trabajos de menor esfuerzo tales como arreglar los jardines de la ciudad. Esos días Sancho podía recuperarse un poco del trabajo en el bosque, aunque la peor parte la hacia Alfredo.

Tal y como le había prometido y por agradecimiento, Sancho le iba enseñando español a Alfredo.

Alfredo ya no tenía ninguna duda de que él conocía aquel idioma. Cuando aprendía una palabra nueva o una expresión le parecía que ya la conocía. No siempre, pero buena parte de las veces.

Sancho también era de aquella opinión. No era normal que alguien aprendiese tan rápido un idioma. Sabía que Alfredo hablaba alemán y ruso y para una persona que ya habla dos idiomas era más fácil aprender otro más, pero no conocía a nadie que aprendiese tan rápido. Estaba seguro que él, más que aprender un idioma, lo estaba recordando.

El invierno por aquellas tierras empezaba temprano y en octubre ya podían llegar a estar bajo cero algunas horas. Eso duraba hasta abril. Alfredo lo resistía bastante mejor que Sancho que venía de un lugar más tropical y aquello le deprimía.

Afortunadamente la cantidad de trabajo disminuía cuando empezaba a nevar. En esos momentos los ponían a amontonar la nieve en los lados para facilitar la circulación tanto de vehículos como de personas.

No eran ellos solos los que realizaban todo el trabajo. Del campo de trabajo también enviaban regularmente gente para poder trabajar, aunque no les permitían tener mucho contacto con ellos.

Poco a poco todo fue haciéndose estable. Había una rutina que seguir y eran bien tratados por la gente de la ciudad. Ambos caían bien y poco a poco la gente del ayuntamiento, así como algunos ciudadanos con los que se cruzaban habitualmente empezaron a hablar con ellos.

Todo empezaba otra vez a normalizarse y aunque fuesen presos su vida en realidad tampoco era tan diferente de la de mucha gente de aquella zona.

Supieron así que muchos de los habitantes de la ciudad habían sido deportados después de la guerra civil. Una parte de ellos eran seguidores del zar o gente que había tenido en algún momento un buen nivel de vida y en consecuencia habían sido contrarios a la revolución. También había minorías como los judíos que habían sido deportados desde las provincias europeas por colaborar con los anticomunistas.

En definitiva, todos estaban retenidos en una ciudad en mitad de la nada de la que para entrar y salir necesitaban un visado y a la que habían llegado a la fuerza. Por supuesto también había gente que estaba allí por propia voluntad y en algún momento de su vida habían decidido trasladarse buscando nuevas oportunidades. Curiosamente, los descendientes de aquella gente hoy en día y tras la implantación del comunismo habían perdido sus propiedades.

Llegaron inviernos y veranos y la naturaleza trataba de recuperar los espacios que los humanos le habían ido arrebatando. Era una lucha constante entre el bosque y los hombres.

Cada verano se limpiaban los bosques y en invierno la tierra los volvía a recuperar. Eso era un año tras otro. Los años iban transcurriendo en aquella monotonía.

Alfredo hablaba un español casi perfecto. Eso sí, ahora tenía acento mexicano. Seguía sin recordar casi nada de su vida anterior. Pero ya hacía tanto tiempo, que no sabía si quería recordar alguna cosa.

Cuando le habían arrestado era el año 1917 y ahora ya estaban en 1930.

Debía tener algo menos de treinta años cuando lo atraparon según sus cálculos y hoy en día ya tenía alrededor de cuarenta años, aunque realmente no sabía su edad.

¿Cuál era su vida?, todo lo anterior había desaparecido. Su vida era lo que le estaba pasando ahora. Hacía tanto tiempo que había perdido el contacto con

todo lo ocurrido que ahora ya no creía que pudiese recuperar nada de todo su pasado, que por otro lado no sabía cuál era.

Se sentía totalmente solo en el mundo, un mundo que lo devoraba todo.

Guerras, conflictos, también terremotos, y él solo ante todo aquello. El único ser humano con el que recordaba tener una relación era Sancho, más que amigos se habían convertido en hermanos después de compartir ocho años en una celda. No había nadie más.

El invierno de aquel año 1930 también había sido bastante duro, casi tanto como explicaban que había sido el del año en que ellos llegaron a Irkutsk.

Había toneladas de leña que hacía falta retirar y preparar para utilizar ahora que estaba comenzando la temporada en que se tenía que buscar en los bosques.

Alfredo hacía unos días que estaba un poco constipado y a primera hora de la tarde solía tener algo de fiebre. No era una fiebre muy alta pero sí lo suficiente como para que sintiese un mal estar general.

Aquella tarde quería acabar de cortar un olmo siberiano que no había resistido el peso de la nieve.

—Déjalo ya —le dijo Sancho enfadado por su cabezonería—. Mañana seguirá aquí.

—No Sancho —replicó Alfredo— voy a darle a ver si lo corto y dejo esto ya listo. Tu vete recogiendo y preparando lo que hemos cortado esta mañana.

—Como quieras —dijo Sancho rindiéndose y alejándose de allí.

Alfredo estaba concentrado dándole hachazos al árbol que no había manera que cediese. Él pensaba que le había dado la inclinación pertinente como para que cayese en la dirección correcta.

Un hachazo, otro hachazo y de pronto el olmo empezó a crujir y acto seguido a inclinarse lentamente al principio y poco a poco cogiendo velocidad. Alfredo en ese momento gritó: *¡árbol va!* —para que Sancho o cualquier otra persona que estuviese por allí se apartasen.

De pronto vio que un funcionario del ayuntamiento que solía venir a verlo algunas tardes y que les ponía al día de la situación y lo que pasaba en el país, apareció de repente y se dirigía hacia él atravesando el espacio donde iba a caer el árbol. Claramente, no había oído el grito de aviso de Alfredo y no entendió las señales que le hacía.

Alfredo corrió en dirección a aquel hombre que no entendía que estaba pasando.

Todo fue muy rápido, aunque Alfredo lo vivió todo como si pasase a cámara lenta. El árbol iba cayendo, Alfredo corría hacia aquel hombre que ya

debía andar por los sesenta años y su oído y su vista no estaban en su mejor momento.

Al principio el buen hombre no se dio cuenta de nada, luego hizo cara de sorpresa al ver que Alfredo corría hacia él y al final cara de terror al ver lo que estaba pasando.

Alfredo llegó a donde se encontraba el hombre y le dio un empujón con todas sus fuerzas que lo desplazó lo suficiente como para apartarlo de la trayectoria del árbol que caía imparable.

Desgraciadamente él no tuvo tiempo de apartarse totalmente. Una parte del tronco le cayó encima y le debió romper un par de costillas, pero eso no fue lo peor. Una rama grande del olmo le vino a dar en la cabeza. De pronto vio cómo por segunda vez en su vida todo se volvía negro y él tenía la sensación de que caía en un pozo cada vez más profundo.

Tanto Sancho Rivera, como aquel paisano que había ido a visitarlo hicieron todo lo que pudieron, primero para quitarle de encima el árbol. No parecía que el golpe sesgado fuese a tener demasiadas consecuencias, tan solo alguna rotura pero que seguro tendría solución.

El problema era que la cabeza tenía un buen corte por el que sangraba abundantemente y estaba totalmente inconsciente. Mientras el funcionario permaneció al lado de Klaus intentando contener la sangría, Sancho Rivera corrió como loco en busca de ayuda. Enseguida llegó gente a socorrerlos y un enfermero desde la ciudad. Lo trasladaron al hospital municipal donde ingresó totalmente inconsciente. No fue difícil ponerle en su sitio las dos costillas rotas, ni tampoco fue demasiado difícil cerrar la herida de la cabeza.

Lo que parecía imposible era hacerlo despertar de aquel estado de coma en el que había caído. Klaus Schmidt estaba solo, nadie respondía por él y no había ningún familiar que le pudiese ayudar. Sancho se ofreció para vigilarle y cuidarle, les explicó a todo el que quiso oírle que aquel hombre era como su hermano y que era el único familiar que tenía. El pobre hombre estaba totalmente desesperado y asustado.

Andrei Ivanov, le concedió el permiso necesario para que pasase con Klaus Schmidt el tiempo que necesitase hasta que despertase o se muriese. Las horas no pasaban, el tiempo transcurría muy lentamente. Klaus estaba en una habitación. No había nadie más, aunque había dos camas más vacías. Respiraba correctamente pero no daba ninguna otra señal de vida. Sancho Rivera estaba sentado en la silla contigua y no paraba de hablarle en español. Le contaba que desde que había llegado allí era la única persona con la que había conseguido tener una amistad. Le explicaba cómo se lo había hecho

para tener algún que otro encuentro sexual con alguna campesina vecina de por allí mientras que decía que estaba limpiando algún trozo de terreno, también le explicaba cosas de su familia, en definitiva, no dejaba de hablarle. No le importaba demasiado lo que decía tan solo hablaba. Estaba seguro de que oír una voz le haría despertar y por eso no callaba.

Intentaba hacer suficiente ruido como para que Klaus se despertara. Las horas fueron pasando segundo a segundo, minuto a minuto. No había cambios.

Una enfermera le trajo a Sancho comida. La gente simpatizaba con él fácilmente. Sancho tenía un carácter latino que hacía que la gente se le aproximase.

—¿Cómo lo ve enfermera? —preguntó Sancho.

—No sé qué decirle. Su estado físico es bueno. Tan solo se le han roto un par de costillas y aparentemente de eso se pondrá bien. El problema de la sangre que ha perdido tampoco parece importante.

—Entonces ¿por qué no se despierta? —dijo Sancho angustiado.

—No se sabe —respondía con empatía hacia Sancho la joven—. Recibió un golpe fuerte en la cabeza. No sé cómo puede haber afectado a su cerebro.

Puede que no le haya afectado de forma importante en ningún sitio, pero podría habérsele hecho un coagulo.

—¿Eso es grave?

—Dependerá de donde le afecte. De forma experimental se está trabajando en Irkutsk, en la academia de ciencias, con anticoagulantes. A su amigo le estamos aplicando un tratamiento. No sabemos si esto nos va a ayudar o si no va a servir de nada.

—Pero ¿cree que le puede perjudicar?

Sancho dudaba si atreverse a preguntar ya que no estaba dispuesto a oír malas noticias. Estaba hecho un manojo de nervios.

—No creo —respondió la enfermera intentando animarle—. Le puede ayudar, pero no creo que le perjudique. Lo notaríamos por los efectos.

Pasó toda una semana. Klaus estaba estable y después del tercer día sin novedades Sancho Rivera iba cada día a dormir a la celda. Desayunaba y pasaba todo el día en el hospital. Cuando llegaba la tarde volvía a su cuarto que había quedado muy vacío sin su amigo.

Natalia, la enfermera pasaba algún que otro rato con él. Le hacía compañía cuando no tenía mucho trabajo e intentaba que la compañía para Sancho no fuese tan dura.

Un día le explicó que si no despertaba en un tiempo determinado los enfermos ya no solían despertar. El tiempo estaba transcurriendo y Klaus Schmidt debía despertar en los dos o tres próximos días si no sería mucho más difícil que lo pudiesen recuperar.

Aquella tarde, antes de marcharse Sancho le estuvo hablando.

—Amigo, ya está bien de dormir. Despiértate de una vez. Si no lo haces esta gente te va a desahuciar. ¿Qué haré yo solo aquí? Hasta ahora hemos sido como dos luchadores espalda contra espalda, enfrentados a todo lo que nos venía si te mueres me quedo con la espalda al descubierto y no sobreviviré. Por favor amigo vuelve de una puñetera vez. Sancho pasaba del tono lastimoso al tono enojado y luego volvía a suplicarle.

Sancho se había emocionado. Rodaban lágrimas por sus mejillas. Estaba bastante desesperado, aunque todo lo que decía le salía del corazón. Era de verdad su única familia.

Aquella noche tuvo malos sueños. Tenía un mal presentimiento. Durmió mal y dando tumbos en el camastro de aquella celda a la que regresaba cada día.

Por la mañana tenía la sensación de que debía darse prisa. Ni siquiera quiso desayunar, pensó que ya hablaría con Natalia para ver si le podía traer alguna cosa para comer.

El camino hacia el hospital se le hizo mucho más largo de lo que realmente era. Cuando llegó, Natalia todavía no había llegado. Aquel día vendría un poco más tarde. Le dijeron que todo seguía igual. Entró en la habitación y comprobó que su amigo respiraba. Se relajó un poco y se sentó en la silla de la que no se movería en todo el día. De pronto no pudo más y le salió toda la tensión en forma de enfado.

—¿Qué te has pensado?, ya está bien de tanto dormir. Despiértate de una vez por todas. Esto no hay quien lo aguante. Yo ya no puedo con mi alma, hace casi diez días que no me muevo de aquí. Si me vas a dejar solo con estos rusos hazlo ya de una vez —acabado de decir se dejó caer en la silla.

Quién sabe si fue el discurso desesperado de Sancho, o si fue que —aunque sabía que no debía hacerlo— lo agitó un poco.

Tampoco se sabe si realmente Alfredo había sufrido una obstrucción por un coagulo que se le había formado en aquellos días de retrogrado y ahora con el nuevo golpe o con los tratamientos experimentales se le había deshecho pero el caso es que en la cabeza de Alfredo pasó algo que le volvió a quien era y a lo que tenía que hacer. Poco a poco vio en su conciencia una

luz que cada vez era más clara y empezó a recordar lo que durante tanto tiempo había olvidado.

Ahora todo empezaba a tener sentido.

Después de aquel momento de tensión emocional, Sancho se había quedado adormilado de puro agotamiento en la silla.

De pronto una voz le despertó de golpe. Al principio las palabras no eran del todo claras y la voz hablaba muy lentamente pero poco a poco fue tomando un ritmo normal.

—Me llamo Alfredo Estrella Gil. Tengo nacionalidad española, por eso fue tan fácil que aprendiese español. Originariamente me llamaba Alfred Stern y era judío alemán. No estoy casado, pero hay una mujer a la que amo y que me espera en España. Se llama María vive en Málaga y debo marcharme a buscarla. *Klaus Schmidt acaba de morir* —una vez dicho asomó una sonrisa a sus labios.

Sancho se quedó sin habla por primera vez en toda su vida. Había hablado su amigo que, aunque tenía los ojos cerrados parecía que se había despertado.

—¡Pedazo cabrón! —exclamó—. ¿Tú sabes el susto que me has dado? — y de pronto le empezaron a caer lágrimas y aquella tensión se fue poco a poco deshaciendo.

—Lo siento Sancho —dijo Alfredo— me ha costado un poco despertar. ¿Cuántos días llevo aquí?

—Toda una eternidad de diez días. —Sancho ya le abrazaba, aunque Alfredo ponía una cara de dolor por las costillas rotas.

—¿Tanto tiempo? —preguntó extrañado.

—Así que ya sabías hablar español —dijo Sancho con humor— ya sabía yo que no era tan buen profesor.

—Seguro que eso me ha ayudado a recordar —dijo Alfredo.

—¿Y quién es esa María? —preguntó Sancho.

—Es quien me espera —dijo Alfredo sin más.

—Está bueno —dijo Sancho— pero antes de marcharte tendrás que ponerte bien de las costillas —bromeó Sancho, si ha esperado tanto tiempo ya no le vendrá de un poco más. Sancho respiraba otra vez llenando los pulmones de aire, había estado totalmente acongojado todo aquel tiempo esperando que de un momento a otro se muriese su amigo.

—Escucha Sancho —dijo Alfredo.

—Dime, ahora que has vuelto a hablar —volvió a bromear Sancho.

—Creo que ahora ya recuerdo quien soy y toda la historia, pero antes de decírselo a nadie hay que intentar ver las consecuencias de este cambio. Así

que creo que lo mejor es que de momento lo guardemos entre nosotros.

—Estoy de acuerdo contigo. Me has dicho que eres judío y aquí no está muy bien visto eso. Además, me parece que tienes razón, en el momento en que los rusos sepan tu historia vete a saber cómo se lo toman. Casi mejor dejar las cosas como están hasta que veas qué puedes hacer.

—Gracias amigo —le dijo Alfredo.

—Recuerda que somos hermanos —respondió Sancho— y de las familias latinas no se libra nunca uno. Además, tengo ganas de que me expliques tu historia entera.

—Dame un poco de tiempo y te la contaré —dijo Alfredo.

Pasada una semana más Klaus Schmidt salió más o menos recuperado del hospital y si bien Sancho tuvo que volver a su trabajo habitual Klaus pudo permanecer durante unos días más recuperándose del accidente y de las costillas rotas.

Sancho aprovechó todo aquel tiempo para, además de cuidar de su amigo y trabajar, verse regularmente con Natalia, con la que empezó un tórrido amor maduro en aquellas tierras tan frías.

Natalia era una mujer unos diez años menor que Sancho. Andaba por los treinta años y era oriunda de Novosibirsk. Se había casado a los veinte años con un militar con el que se había trasladado a aquella ciudad. Había tenido el tiempo justo de estudiar enfermería y pudo acabar sus estudios en Irkutsk antes de que la abandonase.

Enseguida consiguió trabajo y tras la revolución y la guerra pasó a estar empleada en aquel hospital. El trabajo le había mantenido ocupada pero aquel mexicano le había llamado la atención desde el primer momento. Aquellas ganas locas de vivir y aquella simpatía le habían conquistado y después de los primeros encuentros amorosos supo que no quería a nadie más.

Sancho se estaba enraizando en aquella Siberia tan alejada de todo.

Irkutsk aunque comunicada por tren y por barco con otros lugares era como un mundo aparte del resto del mundo. A diferencia de Sancho, Alfred ni siquiera había intentado vincularse a aquel territorio. En su vida posterior a 1917 ya había tenido que separarse de sus compañeros en Perm y había decidido no vincularse con los prisioneros posteriores. Ahora que recordaba toda la historia reconocía que su vida había estado llena de rupturas y cambios bruscos en el destino. No podía evitar su afecto por Sancho, pero no quería añadir más vinculación a aquella ciudad.

Realmente se había convertido en un apátrida. Tenía más nacionalidades que ninguna otra persona que se le ocurriese. Era judío y alemán.

Oficialmente era español, pero llevaba tanto tiempo allí que si lo hubiese solicitado seguramente le hubiesen dado la nacionalidad rusa sin demasiados problemas.

Irkutsk y su gente era lo más agradable que había vivido desde aquel momento de 1917 en el que su amigo Volodia había muerto en sus brazos. Estaba agradecido, pero él no pertenecía a la ciudad.

Empezaba a ser mayor y no sabía cuánto tiempo más seguiría vivo así que no podía demorarse mucho. Tenía que regresar. Ahora la primera idea que tenía en su cabeza era volver a casa, junto a María. Ese fue su objetivo para aquel nuevo año 1931 que justo empezaba.

CAPÍTULO2O

GUADAL VALLE. INICIO DE UNA VIDA EN COMÚN

Por fin parecía que las cosas se habían calmado un poco. Desde que se habían casado, entre la muerte inesperada de Juan, padre de José, el impacto anímico que provocó en toda la familia y el inicio de una nueva vida en común entre José y Carmen, no habían tenido mucho tiempo para dejar que cada cosa ocupase su lugar y que todo se fuese asentando.

Tras la muerte de Juan, José había ido a Málaga bastante a menudo al acabar su trabajo en la herrería. La mayor parte de las veces Carmen le acompañaba. Salían cuando acababan de trabajar y se iban a la ciudad. Allí cenaban con María y Josefina y si se hacía tarde pasaban la noche con ellas. Por la mañana temprano volvían a Guadalvalle. Maru suplía a Carmen cuando no llegaba a tiempo y en la herrería el personal cubría la ausencia de José. En realidad, eran muy excepcionales las veces en que los dos no estaban puntuales en sus puestos de trabajo.

Carmen y José habían alquilado una pequeña vivienda que estaba a pocos metros de la Confitería. Era una casita muy modesta, pero a ellos les parecía un palacio. Era de una sola planta y había un salón que usaban de comedor, tres habitaciones, una cocina pequeña y un aseo de reducidas dimensiones. La pareja la había arreglado con bastante esmero, la habían pintado y la tenían amueblada al gusto de Carmen.

La casa contaba con un patio muy amplio y en el centro reinaba majestuosamente, una encina enorme. En el patio tenían un cobertizo donde guardaban todo tipo de herramientas. Cuando hacía calor entre la puerta de la calle y la del patio se creaba una corriente de aire que ayudaba a refrescar el ambiente.

La gente solía dejar las puertas de las casas abiertas y no era extraño que cuando alguien pasaba por delante de la vivienda, entrase a saludar. Lo hacían

todos con todos a no ser que fuesen con prisa a algún sitio, pero allí no era algo habitual.

En realidad, aquel tipo de vida de pueblo permitía a todo el que quisiera conversar y relacionarse. La gente explicaba cosas y los demás escuchaban lo que se les decía y respondían creándose una corriente de comunicación. En la ciudad eso se empezaba a perder y todo el mundo iba mucho más a su propio interés.

Podía pasar que Carmen se estuviese preparando para ir a la Confitería y de pronto entrase una prima segunda que hacía mucho tiempo que no veía, a lo mejor mucho tiempo era una semana, y entonces se ponían a hablar. A Carmen el no poder llegar a tiempo a los sitios la ponía nerviosa y entonces solía decir: *va fulanita, ven conmigo a la confitería y te tomas un café mientras acabas de contarme lo que me estas contando* y otras salidas por el estilo que le permitían combinar sus obligaciones con la atención a los suyos.

Ese era el tipo de astucia que Carmen dominaba. Se podría decir que tenía mucha más mano izquierda que la mayoría de la gente y fácilmente conseguía que las cosas se adaptasen a sus intereses, eso sí, siempre sin que se notase demasiado cuál era su verdadero interés. Ese era parte de su arte.

En su carácter, esa habilidad se mezclaba con una pose calmada ante las cosas. Eso no significa que ella no se pusiese nerviosa, tan solo aparentaba calma y actuaba en consecuencia.

Esa combinación la ponía en situación de ventaja cuando alguien intentaba discutir con ella. Era pausada en sus argumentos y contundente en sus razonamientos sin llegar a ser vehemente.

Por su parte, José no tenía nada que ver con ella. Él era dinamita pura.

Tenía un carácter fuerte. Era alegre, dinámico e inquieto, pero cuando llegaba a enfadarse resultaba explosivo. La ventaja es que tal como le venían los enfados se le olvidaban y se le pasaban completamente.

De pronto en una discusión podía parecer que el mundo estaba a punto de desaparecer a causa del enfado suyo y cuando se acababa la bronca, era como si no hubiese pasado nada.

Carmen era sofisticada y fina, José era mucho más culto, pero nada sofisticado. La conjunción de ambos podría haber sido muy conflictiva, pero gracias a las habilidades de Carmen todo funcionaba correctamente. Se querían y se mantenían en fase de enamoramiento por el momento.

Estaban en aquella época del inicio de la vida en común en que dos personas con vidas que hasta aquel momento no habían coincidido deben

convivir en un mismo espacio y se han de dictar las normas comunes necesarias para la convivencia.

José se enfadaba y discutía y Carmen callaba y lo dejaba desahogarse.

Después intentaba una primera aproximación que casi invariablemente José rechazaba, pero con menos energía que al inicio. Carmen esperaba un poco más y después casi sin venir a cuento proponía su idea (de lo que fuese), José, como ya se había olvidado o tenía otro interés asentía y esta era más o menos la estrategia.

Evidentemente algunas veces Carmen tenía que esperar a otro intento o utilizar otras armas para conseguir su objetivo, aunque siempre acababa ganando ella la batalla. Lola, que conocía a José desde que era un niño no se podía creer como lo manejaba su sobrina.

A pesar de que de tanto en tanto discutían, dentro de una normalidad en la adaptación entre ambos, generalmente la relación era muy tranquila.

Compartían muchas cosas y entre ellas destacaba el sentido del humor. Reían mucho y entre ellos había mucha complicidad y aún estaban descubriéndose uno al otro. Carmen le enseñó a José a usar la ironía correctamente mientras que José, con paciencia, le fue enseñando puntos de su propia anatomía y placeres que ella nunca se había atrevido a imaginar. Ella solía corresponder siguiendo las instrucciones que él le daba. Se dejaba guiar plenamente por él.

El entorno político en que se encontraban en aquellos primeros años de la relación de la pareja era bastante agitado. Por un lado, en abril, en las elecciones municipales que habían elevado a Juan a alcalde de Guadalvalle, se habían dado los pasos para la proclamación de la república.

El nuevo gobierno una vez constituido, tenía como objetivo la elaboración de una constitución que tenía que ser moderna y de acuerdo a las constituciones más avanzadas de la época.

Fue un momento de mucha agitación social. En junio de aquel año hubo elecciones generales que ganó el PSOE, aunque tenía menos de un 25 % de los escaños y por eso no pudo constituir un gobierno con una mayoría suficiente que le permitiese gobernar. Manuel Azaña era el presidente del gobierno y el presidente de la república. Poco tiempo después, fue sustituido por Niceto Alcalá Zamora.

La sociedad española era aún bastante rural. Casi la mitad de la población trabajaba en el campo y el resto a partes iguales en industria y servicios, con lo que se veía que el país aún no había hecho su revolución industrial.

La economía española y la mundial estaban en crisis aguda ya que hacía apenas un par de años del jueves negro y el *crack te* la bolsa de Nueva York.

Además, muchas de las empresas españolas más importantes tenían capital de otros países que no siempre veían con buenos ojos los cambios políticos que se estaban dando en una situación tan delicada. Las empresas inglesas, de los Estados Unidos o francesas empezaban a desconfiar de la estabilidad española.

Afortunadamente tanto José como Carmen podían ir trabajando en sus empresas familiares y si bien la familia de José no era heredera de ningún bienestar más allá del que habían ido consiguiendo ellos mismos, la familia de Carmen tenía una situación mucho más acomodada y si era necesario les podían ayudar, aunque ellos en realidad, no tenían ninguna intención de acudir a buscar soporte económico de la familia.

De entre los hermanos Martí, Juan había sido absorbido totalmente por sus funciones como nuevo alcalde conservador en el pueblo. Guadalvalle no era un pueblo pequeño y con todos los cambios a nivel legislativo y todas las novedades que se iban introduciendo en el día a día en el consistorio trabajaban como locos. Lo que valía para hoy a lo mejor mañana ya no valía, pero durante la semana siguiente volvía a ser válido. Eso no le dejaba tiempo para estar con los suyos, ni para dedicar más que el tiempo imprescindible a la herrería. Lo había delegado todo en José.

Por su parte, María estaba como pez en el agua con toda la actividad política. Había celebrado que se incluyese en la constitución el sufragio universal que permitiría votar a las mujeres.

También participaba del triunfo en las elecciones del PSOE. Ella seguía siendo una simpatizante y acudía a actos y daba todo el soporte que podía, aunque siempre conservando su independencia. Había estado afiliada en algún momento, pero posteriormente había decidido dar un paso atrás y mantenerse más al margen.

Por su parte Jaco, finalmente había conseguido entrar en la lista del Partido Republicano Radical Socialista y había conseguido su escaño. Estaba que no cabía en sí de la excitación. Le había propuesto a María que le acompañase a Madrid, pero ella se había negado.

Jaco y María habían tenido un serio percance el día en que se proclamó la república. Jaco había acudido a la sede del Partido Radical a celebrar la consecución de su escaño. María lo había acompañado. Estuvieron celebrando el éxito obtenido con sus compañeros de partido. Bebieron y comieron hasta altas horas de la noche.

Durante la celebración Jaco le había propuesto a María que lo acompañase a Madrid. Él no era religioso y no era partidario del matrimonio, pero estaba dispuesto a casarse si María quería.

Llevados por el alcohol, por la excitación del momento y por el caos reinante en el local en que se encontraban. Jaco llevó a María hacia un lugar oscuro y sin dudarlo le beso apasionadamente.

María, sorprendida por aquella reacción, tras muchos años de carencia de besos, profundamente encariñada —que no enamorada— de Jaco, ante la perspectiva de perderlo de vista al irse a Madrid y, reconociéndose a su pesar, atraída por él, se dejó besar y respondió abandonándose al beso de Jaco.

Jaco animado por su reacción la sujetó por las nalgas acariciándola con firmeza para posteriormente ir ascendiendo hacia sus pechos. María respondió a sus caricias abrazándolo y acariciándole la espalda y la cara y notando la terrible erección que él tenía.

A pesar de todo y de que estaban perdiendo la cabeza por momentos, algo pasó por la mente de ella que hizo que, una vez más, frenase sus propios impulsos y detuviese todo aquello lo más suavemente que pudo.

—No me dejes así —suplicó Jaco.

—Lo siento —dijo María sollozando—. Te quiero, nunca he tenido un amigo como tú, pero sabes que no puedo seguir adelante. Me arrepentiría. Te mereces alguien que te quiera como yo no puedo quererte.

—Imagino que esto unido a mi situación en Madrid, es el fin de nuestra relación.

—Te suplicaría que sigamos siendo amigos, si es posible, pero entiendo que quizás no quieras.

—No puedo seguir así María. He estado a tu lado todo el tiempo, ayudándote con tu vida, consolándote por la ausencia de otro hombre, acompañándote en lo bueno y en lo malo. En definitiva, dándote lo que necesitas y estas dispuesta a aceptar, pero esto no ha sido reciproco. Tú no has querido, o quizás no has podido, darme lo que yo necesito.

—Pero, yo quiero seguir siendo tu amiga. Míralo bien, si somos amigos como hasta ahora es lo mismo que si fuésemos pareja. Solo falta el sexo.

—Yo necesito el sexo contigo María. Para mí es muy importante.

Además, la amistad entre dos personas no es excluyente de que mantengas la misma relación con otros, pero lo que yo quiero de ti requiere exclusividad.

—Jaco, yo…

—Déjalo María. Creo que te equivocas esperando. La vida pasa, pero al mismo tiempo también entiendo que no lo haces por gusto. Todo esto te hace

más daño a ti que a nadie.

Eres tu primera víctima. Además, si soy coherente con los principios de mi partido hay que respetar la libertad de los seres humanos para tomar sus decisiones y para mí la libertad es lo más sagrado que existe.

—Lo siento —se lamentó María.

—Vámonos —le dijo Jaco dolido, pero con una sonrisa en la cara para quitar transcendencia al tema y darlo por finalizado— te acompaño a tu casa. Es tarde y seguro que tu madre te espera.

María temía que Jaco le viese como una sucia manipuladora, y que había abusado de su confianza. No era así. María estaba totalmente confundida.

Salieron afuera. Era tarde y no se veía a nadie por la calle. Empezaron a caminar en dirección al Perchel. No era mucho trozo.

A unos doscientos metros del local donde habían estado celebrando la elección de Jaco, vieron que se acercaba un grupo de tres hombres jóvenes. Jaco permanecía confiado, pero María percibió algo extraño. Quizás era la forma de andar desafiante o una actitud extraña.

Al llegar a su altura y sin mediar palabra uno de ellos se dirigió a Jaco y le preguntó:

—¿Tú eres ese que llaman Jaco y que ha sacado un escaño? —le dijo uno de ellos con voz ronca.

—Si soy yo —respondió Jaco ya en guardia

Directamente y sin mediar palabra le asestó un puñetazo devastador debajo de la mandíbula que hizo que Jaco cayese al suelo. Justo en ese mismo momento otro de ellos agarraba a María desde atrás con fuerza e inmovilizándola mientras que le tapaba la boca.

El tercer hombre cogió a Jaco, que estaba aturdido, de la solapa y le propinó otro puñetazo, esta vez en la boca del estómago. Entre los dos hombres fueron pegando machaconamente a Jaco que a duras penas reaccionaba ya a los golpes. Devolvió alguno, pero el efecto no fue importante.

Mientras tanto el tercer hombre acariciaba obscenamente los pechos de María que a su vez se intentaba rebelar con fuerza, pero sin éxito. El hombre, mucho más fuerte que ella, empezó a acariciarle por debajo de la ropa y bajó su mano hasta alcanzar su entrepierna.

Nunca supo cómo lo consiguió, pero algún brazo o pierna, no recordaba el qué, en sus movimientos desesperados dio en algún lugar del hombre que la sujetaba por detrás que hizo que él la dejase ir.

Fueron segundos, pero fue suficiente como para que ella gritase. El hombre se fue hacia ella y la sujetó con fuerza, pero esta vez estaban cara a cara. Se miraron a los ojos y, casualidades de la vida, María reconoció a un antiguo alumno y el antiguo alumno la reconoció a ella.

La volvió a sujetar con fuerza y le tapó la boca. El joven empezó a decir a los otros dos que ya era suficiente, que solo les habían pagado para darle una paliza y no para matarlo.

Los otros dos reaccionaron y los tres salieron corriendo. María corrió hacia Jaco que yacía inconsciente y sangrando en el suelo. Se arrodilló a su lado y le levantó la cabeza mientras pedía auxilio a gritos. Estaba asustada por su amigo. No quería que se muriese y sin darse cuenta lo besó en los labios.

Parecieron minutos, pero en realidad habían sido segundos lo que tardaron en llegar hasta ellos y auxiliarles. Habían sido víctimas de un ataque pagado por los eternos enemigos del partido de Jaco. Los falangistas que por otro lado no habían obtenido ni un solo escaño y manifestaban así su rabia.

De eso había pasado un tiempo y Jaco se había repuesto quedándole tan solo los morados de los golpes que poco a poco le iban a desparecer. Jaco iba y venía ya que sus hijos seguían en Málaga, pero después del último rechazo de María, él se había distanciado bastante de ella. Por su parte, Ana y Marta vivían sus vidas al margen de la política. Si hubiesen tenido que decantarse por algún partido seguramente se hubiesen declarado conservadoras, aunque más por el hecho de que Juan era conservador que por convicción política.

José siempre había preferido al partido conservador, aunque tenía ideas más extremistas dentro de la derecha. En realidad, la situación en Málaga antes de la dictadura de Primo de Rivera, y su servicio militar obligatorio durante la dictadura habían influido en la mentalidad de lo que había sido un joven inquieto. No era un activista ni nunca lo había sido ni tampoco era partidario de la violencia con la que los militares habían marcado la historia del país, su cultura era lo suficientemente importante como para saber qué era la democracia donde las personas podían encontrar lo mejor de ellos mismos.

Tanto Juan como María habían intentado en ocasiones conversar con él y mostrarle que se equivocaba en sus planteamientos políticos, pero él los escuchaba y seguía con sus ideas.

A Carmen también le sorprendía. Ella se declaraba apolítica, pero en su interior se sentía muy en línea con María y le gustaba el aire de libertad y renovación que traía el partido socialista. Le costaba entender como a esa persona que quería tanto y que tan especial era con ella le podía parecer bien

el uso de la fuerza para imponer una idea. Eso la inquietaba bastante. Cuando lo habían intentado hablar alguna vez, José le decía:

—Yo solo soy partidario del orden y no me gusta que nadie imponga su voluntad, pero si es la única manera tendrá que ser así.

—Pero ¿tú no ves que eso es una falta de respeto a la gente y que cada uno debe ser libre siempre que no perjudique a los demás? —le respondía Carmen.

—Quizás tienes razón —admitía José— pero no es así como yo lo veo.

—¿Y si esos amigos de Primo de Rivera imponen algo en contra de tu voluntad?, ¿te seguirá pareciendo bien?

—Cuando eso pase ya lo veré —decía José evasivamente y con poco interés en seguir con esa conversación.

La conversación no iba mucho más allá, ya que a José no le gustaba discutir del tema y Carmen vivía los temas políticos como una cuestión personal. A su forma de ver las cosas y por lo que hacía a la ideología política al igual que la religión, cada uno tenía derecho a vivirlo como quisiera y nadie era nadie para imponer unos criterios a los demás.

A pesar de todas las crisis la vida de Carmen y José pasaba por un buen momento. Como era de esperar en relativamente poco tiempo Carmen se quedó embarazada. Al principio no le dio importancia al retraso del periodo, aunque en seguida adivinó que estaba esperando un bebé.

La primera persona con la que lo comentó fue con Maru que a partir de aquel día no sabía cómo tratarla. Su hermana, alguien que consideraba tan de su propiedad, estaba esperando un bebé. Le parecía imposible.

Pasada la segunda falta y tras encontrarse con algunos de los síntomas claros de los embarazos se lo dijo a su marido.

Para que no le cogiesen los nervios lo preparó con calma. Hizo una cena especial, bebieron un vino que ella se trajo de casa de sus padres y al final se lo contó. Para la sorpresa de Carmen, José de entrada se quedó *pasmado* y poco a poco, tal y como le iba llegando al cerebro toda la información fue reaccionando lentamente.

A partir de aquel día tanto José como Maru trataban a Carmen como si fuese una enferma, intentando evitar que se esforzase o que cargase con pesos, Carmen se rebelaba pues se encontraba perfectamente y no le hacía falta que la contemplaran de aquella manera.

Tuvo a su favor que los peores meses de calor la pillaron al principio del embarazo así que no tuvo que acarrear con una barriga inmensa en pleno verano. Siguió trabajando hasta casi el momento del alumbramiento. El mes

de febrero de 1932 nacía el primer hijo de la pareja. El parto fue en casa —como era en aquellos tiempos— y además de la comadrona estaban presente Aquilina, Maru y Lola que ayudaron en todo lo que pudieron. Lucía aún era joven y no la dejaron entrar.

En el comedor de la casa estaban junto con José, Juan y Antonio —este último a punto de ser abuelo de nuevo— que intentaban contener al joven y entretenerlo todo lo que podían.

Al final se oyeron los llantos del recién nacido. Era una niña. Carmen y José se habían puesto de acuerdo en que el nombre del primer hijo, fuese del sexo que fuese lo elegiría José y el del segundo Carmen y se irían alternando en el caso de que hubiesen más.

José decidió llamar Ana a su hija, como su hermana que de paso sería la madrina de la niña. La verdad es que al repetirse tanto los nombres dentro de una familia esto obligaba a usar diminutivos y abreviaciones para aclarar fácilmente de quién se hablaba en cada caso.

Ana y Marta que aparecieron por allí cuando consideraron transcurrido el tiempo prudente para visitar a Carmen y conocer a Anita —como decidieron llamarla— se recrearon explicando la experiencia del nacimiento de José que ambas recordaban perfectamente por el trauma que les había representado.

Carmen no había oído antes la historia y la verdad es que se divirtió escuchando cómo lo explicaban ellas, ponían toda la salsa que se les ocurría, exagerando una historia que ya de por sí era excepcional y divertida.

María también se escapó durante el fin de semana a conocer al bebé.

Cogió a la pequeña en sus brazos y no la dejó en todo el rato en que estuvo con ella. María tenía cada vez más claro que ella nunca sería madre. Se le había hecho tarde para eso.

Pasados unos días fueron con el bebé a Málaga para presentárselo a Josefina que ya estaba muy mayor y no podía ir a Guadalvalle.

El embarazo y el parto posterior despertaron en Carmen una sensibilidad que había tenido desde pequeña pero que a partir de una cierta edad y una vez que había muerto su abuela materna, quien le había hecho prestar atención en estos temas, había quedado plenamente dormida.

Al segundo día del nacimiento del bebé, mientras la tenía en brazos mamando se miró a aquel ser humano y le salió casi sin darse cuenta:

—Y tú, ¿de dónde has venido?

Lógicamente la pregunta era totalmente retórica ya que el bebé no podía contestar, pero a Carmen le había pasado por la cabeza el pensamiento de que

al igual que todos los humanos nos planteamos a dónde vamos una vez que morimos, también debemos estar en algún sitio antes de nacer.

Aquellos primeros días en los que guardó cama para recuperarse del parto y en los que fue tratada como una reina en lugar de la depresión *postparto* a Carmen le entró la profundidad espiritual de saber más cosas del más allá.

No tenía ninguna posibilidad de averiguar nada, de eso era muy consciente, pero en aquellas horas en que estaba en su habitación tranquila y con su bebé a su lado podía ir pensando y razonando sobre esos temas.

Su abuela Remedios, *mamá Remedios* como le decían ellas, había intentado que sus tres nietas con las que vivía abriesen su espíritu al mundo esotérico. Maru no había tenido demasiado interés y además este tipo de cosas le asustaban mucho así que no puso mucho empeño en despertar su sexto sentido y sí que lo puso en alejarse del tema. Lucía era muy pequeña y era un terreno abonado a este tipo de cuestiones. Todo el mundo decía que los niños pequeños tenían una sensibilidad especial con estas cuestiones hasta que crecían. De hecho, había sido Lucía la que más en contacto había estado con otras entidades según decía Remedios.

Carmen, siempre en una posición intermedia, al principio había tenido el mismo miedo que Maru, pero poco a poco había ido viendo que no pasaba nada y se había aproximado a esos temas. Realmente era un reto para ella intentar saber de lo que nadie sabía, y es más, de lo que ella pensaba que era imposible saber nada.

Remedios les explicaba lo que ella creía que pasaba cuando nos moríamos. Para Remedios, antes de venir al mundo pactábamos una serie de cosas que nos debían pasar en nuestra vida. Nosotros decidíamos *a priori* qué temas iban a ser los importantes y qué temas no. Después cuando nacíamos nos olvidábamos de todo, aunque no de una manera brusca sino a medida que íbamos creciendo.

Nos planteábamos retos que debíamos superar y había que afrontar las dificultades como pruebas. Era todo parte de un camino hacia la perfección espiritual que conseguíamos después de varias vidas.

Afortunadamente Dios ponía a nuestra disposición ángeles que nos daban pequeñas ayudas para que pudiésemos evolucionar correctamente. Más o menos eso era lo que Remedios les había transmitido. En realidad, había mucho más, pero ella tampoco entendía todo a la perfección.

Lógicamente y con este planteamiento cuando moríamos, volvíamos al punto de partida y entonces hacíamos una revisión de todo lo que había

pasado durante el tiempo que habíamos estado aquí y un balance de éxitos y fracasos.

Después volvíamos a plantearnos nuevos retos y vuelta a comenzar.

Todas estas cosas habían quedado guardadas en algún rincón de su mente cuando Remedios murió. Seguramente porque el recuerdo de su abuela durante el primer tiempo le dolió y pasado ese tiempo ya no lo recuperó porque su vida tenía otros alicientes.

Con el nacimiento de la pequeña Anita, todo eso había vuelto a despertar.

Por otro lado, también recordaba que Remedios insistía en que la comunicación con nuestros ángeles era totalmente posible y mucho más habitual de lo que pensábamos. Para Remedios era estúpido pensar que íbamos a ver un fantasma con los ojos o que íbamos a oír con las orejas.

¿Cómo esperábamos oír o ver con un sentido físico algo metafísico? Era imposible. Se veía y se oía de otra forma. La mujer hacía que las niñas se esforzasen en sentir las cosas de una forma intelectual ya que si bien el vínculo físico se perdía el intelectual o espiritual no se perdía ya que todos estábamos en ese segundo plano como mínimo.

Según Remedios había que estar muy atento a las intuiciones y a los sueños ya que era como normalmente se comunicaban con nosotros, además nos hacían creer los ángeles que era nuestro intelecto, pero en realidad eran ellos.

Finalmente, también decía que si leías la Biblia de la manera correcta todo estaba explicado. Dios nos había hecho a su imagen y semejanza así que todos éramos un poco como Dios.

Las niñas prestaban mucha atención y Lola y Aquilina, sus hijas, llegaron casi a prohibirle hablarles de estos temas ya que si transcendían a la gente del pueblo las hubiesen tratado de locas excéntricas o de brujas.

A la pobre mujer, una vez muerto su marido le importaba bien poco lo que pensasen sus vecinos y si bien Lola sí que consiguió apartar a sus hijas de estas conversaciones al vivir en una casa diferente. Aquilina no lo consiguió y como sabía cuál era el carácter de su madre y que era casi imposible evitar estas charlas, dedicó su esfuerzo a hacer que las niñas no les diesen demasiada importancia y lo olvidasen lo más rápido posible.

Con el tiempo Aquilina ganó la primera batalla, pero saltaba a la vista que la batalla final había sido para Remedios ya que ahora todo eso despertaba en Carmen.

Un día intentó hablar de estas cuestiones con José cuando ya estaban en la cama y se habían quedado solos con el bebé. Él fue aún más reacio que Maru.

No creía en nada de todo aquello y no le gustaba mucho hablar del tema ya que le daba miedo. Carmen razonaba

—Pero niño si dices que no hay nada. ¿Por qué te da miedo hablar de esto?

—Yo no tengo miedo —decía José— pero es que son cosas muy raras así que prefiero no meterme en estos temas que dan mala suerte.

—Pero ¿Cómo va a dar mala suerte si dices que no existe? —replicaba Carmen no sin cierta ironía.

—No lo sé y no lo quiero saber —acababa concluyendo él y cerrando la conversación en aquel punto.

En fin, Carmen acababa reconociendo que no había nada que hacer. Un día que estaban con ella Maru y Lucía y que se habían pasado la tarde hablando y riendo mientras el bebé dormía, Carmen les propuso que intentasen jugar a aquello que les habían enseñado de levantar la mesa con las manos.

El juego consistía en que se ponían las tres alrededor de una mesa camilla pequeña —cuando estaba Remedios eran las cuatro— y por magnetismo hacían que la mesa levitara ligeramente.

Lucía se prestó rápido ya que le pasaba con estos temas algo parecido a Carmen, pero Maru se mostró reacia. Tuvieron que insistir las hermanas. Al final cedió y se sentaron las tres y se concentraron.

Al cabo de un rato de intentarlo, la mesa se movió ligeramente y dio un par de golpes en el suelo. Maru se levantó como un rayo y se apartó de aquel mueble diabólico. Carmen y Lucía abrieron los ojos y vieron la cara de terror en su hermana.

—Me voy —dijo Maru—. Ya os apañaréis, yo no quiero saber nada de todo esto y tal como lo dijo les dio dos besos a cada una y salió por la puerta.

Lucía y Carmen se pusieron a reír de forma un poco nerviosa ya que un poco de miedo sí que les entró, aunque Lucía pensaba que los dos golpes los había dado Carmen para bromear con ellas.

Los días fueron pasando y Carmen ya totalmente recuperada y con ganas de trabajar se reincorporó a despachar en la confitería.

Muchos días se llevaba a la niña con ella, dormida y la dejaba en una cuna que tenía allí detrás del mostrador, donde la niña pasaba las primeras horas de la mañana. Después siempre aparecían por allí Aquilina o Lucía que se la llevaban a pasear por el pueblo y la entretenían. Así iba pasando el tiempo.

Por lo que respecta a José, la llegada de su hija le había despertado también sentimientos especiales. Podríamos decir que la sensación más

chocante para él era que por primera vez en toda su vida había alguien que era para él lo más importante y que no era él mismo.

Desde luego que José quería a Carmen y también a su madre y a sus hermanos, pero siempre y de alguna manera había pensado que él y sus intereses estaban como mínimo al mismo nivel que el de los otros, pero con el bebé pasaba diferente. Las necesidades y prioridades del bebé pasaban absolutamente por delante de todo lo demás.

No dejaba de ser curioso. Además de que le tenía intrigado la perfección de aquel pequeño ser humano que se había formado en el vientre de su mujer y al que no le faltaba ningún detalle. Tenía sus pequeños ojos, su boca, sus dedos —que por cierto contó en más de una ocasión— y en definitiva su todo.

Poco a poco la niña fue dejando de ser un bebé estático y sin mucho interés más que preocuparse de que no le faltase de nada, para pasar a ser un bebé con más autonomía.

Era una niña simpática, cuando estaba él por allí no le quitaba ojo de encima y le pedía todo el tiempo su atención y que la cogiese en brazos. Esto era tan habitual que José se había acostumbrado a moverse por el pueblo con la niña.

La gente le decía que era todo un padrazo. Solo le faltaba llevársela cuando iba a tomar copas con sus amigos. No es que no se le hubiese pasado por la cabeza para presumir de niña, más bien era que Carmen se había negado en redondo a dejarle.

Una vez transcurrida la cuarentena José y Carmen habían vuelto a sus hábitos sexuales. Curiosamente después del nacimiento de la niña Carmen se había vuelto mucho más apasionada y José estaba encantado. Eran muy jóvenes y tenían muchas energías.

Al principio de 1933 Carmen estaba de nuevo embarazada y a final de octubre tuvo su segundo hijo. En esta ocasión fue un niño y le tocaba a ella escoger el nombre así que decidió que se llamaría

Miguel como su abuelo pero José se puso muy pesado con que a él le hacía mucha ilusión que su primer hijo se llamase como él y que si además su madre que era muy mayor también se llamaba igual… etc.

En realidad, a Carmen no le importaba demasiado el tema de los nombres, pero se hizo de rogar hasta que finalmente consintió en que el niño, que era el primer varón de la pareja se llamase como su padre.

Carmen, curiosa como ella sola, había llegado al extremo de intentar constatar que lo que le habían explicado en la iglesia cuando fue a poner nombre a su hijo era cierto.

El cura le había explicado que eso de llamar Pepe a los que se llamaban José venía de que en realidad José era padre adoptivo de Jesús en la Sagrada Familia y que esto en latín se decía *Páter Putativos que* se abreviaba como P. P. y por eso donde había figuras de San José, se ponía San José P. P. Esto había dado origen a lo de llamar Pepe a quien se llamaba José.

Cuando lo comentó con José, este le dijo que según había estudiado él en sus tiempos de Málaga y en la biblioteca había leído en algún lugar que existía esa tradición pero que en realidad había quien defendía que originariamente los

José se llamaban Jusepe en castellano y que era una evolución del nombre parecida a la que había pasado con otros idiomas.

En definitiva, que se quedaba con las dos opciones ya que no había una manera fácil de saber cuál era la cierta y francamente tampoco le importaba tanto como para tomarse la molestia de ir a Málaga e intentar averiguar la verdadera en la biblioteca pública.

En lo que respecta al entorno social, cabía destacar que aquellos dos años de República fueron los años en que se sentaron muchas de las bases de lo que pretendía ser la nueva organización del estado.

Había muchos problemas, el trato con el clero y el trato con los militares era uno de ellos, pero también destacaban cómo hacer encajar ya por aquel entonces a Cataluña en el nuevo orden español, el interés de vascos y navarros para mantener sus fueros y los movimientos nacionalistas o regionalistas en Galicia y el País Valenciano.

Otro tema importante era la cuestión de la reforma agraria y esto último sí que les había afectado de manera más directa, aunque en Guadalvalle también hubiese una cierta actividad industrial y una importante actividad comercial.

Casi simultáneamente con el nacimiento del pequeño José hubo unas nuevas elecciones en las que el gobierno cambió totalmente y pasó de ser socialista a ser de la CEDA que era la Confederación Española de Derechas Autónomas, de las que a nivel local Juan era representante.

El nuevo gobierno, al igual que el anterior era minoritario y con ello la inestabilidad por la necesidad de pactos siguió como en la época anterior.

Durante los dos años siguientes se iban a desandar algunos de los caminos andados previamente y las relaciones con el ejército y la iglesia iban a volver a niveles parecidos a los anteriores al socialismo.

Un tema muy preocupante era la relativa simpatía que tenía la CEDA por los partidos de corte fascista que se desarrollaban en Alemania e Italia y en otros países de Europa. Igualmente, la CEDA no tuvo mala relación con la

Falange Española que se fundaba por aquellos días por el hijo de Primo de Rivera, un tal José Antonio que por muchos era visto cómo un niño bien de Madrid metido en política. La verdad es que, si bien se había licenciado en derecho de forma brillante, era un personaje demasiado joven y demasiado alejado de la realidad del país como para ser representante de un partido político.

La creación de la Falange hizo que mucha gente asustada por el aparente desorden de aquel gobierno de Lerroux y la CEDA y votantes a los que la derecha había defraudado, básicamente por la falta de experiencia democrática y falta de entendimiento de que los procesos políticos en democracia requerían tiempo para hablar de los temas discutirlos y ponerlos en práctica, vieron con simpatía el nuevo partido de extrema derecha.

Además, muchos de ellos, tenían un recuerdo positivo de la dictadura de Primo de Rivera padre, y veían en el hijo una solución a algunos de los problemas del país.

También había toda aquella juventud, sobre todo, que había sido educada y que habían servido en el ejército durante la dictadura con la consiguiente *limpieza de cerebro* por parte del régimen autoritario.

Entre estos últimos se encontraba José. Por suerte o por desgracia la Falange no se presentó a las elecciones de 1933 y se dedicaron, en muchas ocasiones, a entorpecer la actividad política del país. Si se hubiesen presentado a las elecciones quizás hubiesen tenido menos tiempo para molestar el curso democrático de las cosas y se hubiesen puesto más en evidencia. Como siempre, resultó mucho más fácil criticar que aportar soluciones.

Con esta aproximación a la extrema derecha que estaba haciendo José, sin duda asustado por la evolución del país y con dos niños pequeños a su cargo se fue dando un distanciamiento en lo político entre él y su hermano Juan que sí que era demócrata de la CEDA y también de María que estaba muy implicada con el PSOE. Aun así, los hermanos consiguieron que sus diferentes ideologías y sus puntos de vista no influyesen en su relación.

Carmen sí que tuvo algún enfrentamiento por el tema con José ya que seguía sin entender esa alineación con los Falangistas. En realidad, ella no tenía mucho interés por estas cuestiones, pero en las elecciones había ido a votar por primera vez y eso le había hecho sentir muy orgullosa. Había votado al PSOE, aunque su familia voto en pleno a la CEDA de su tío Juan. Como el voto era secreto, dijo que ella también había votado a la derecha para que la dejasen en paz y no le hiciesen campaña política dentro de casa.

En aquellas elecciones como la Falange no se había presentado el que sí que había votado a la CEDA fue José. Afortunadamente las diferencias políticas tampoco influyeron mucho en las relaciones entre la pareja. Cada uno tenía su punto de vista y donde no coincidían no discutían.

José estaba enamorado y cada día quería más a Carmen y Carmen le correspondía igual. Para ellos había mucho de novedad en que en tan poco tiempo se habían visto de ser dos jóvenes en la flor de la juventud con total autonomía en sus acciones a ser una familia con dos niños pequeños a su cargo.

No dejaba de ser una situación muy nueva. Se habían hecho adultos en muy poco tiempo. Por suerte y a pesar de la situación general del país ellos conseguían suficientes recursos y no tenían problemas económicos. Los negocios en los que ambos trabajaban funcionaban sin problemas y les permitía vivir de forma desahogada. Los niños iban creciendo también sin problemas y Lucía se pasaba muchas horas con ellos. Anita era una niña muy simpática y bastante alocada. Salía mucho a su tía Ana, curiosamente con la que compartía nombre. El niño, José era mucho más pequeño y aún no mostraba mucho cuál era su carácter. Un buen día llegó José a la hora de cenar y nada más entrar se fue a la cocina donde Carmen estaba preparando la cena de los niños.

—¡Hola cariño! —dijo él—. He hecho una cosa que no se si te va a molestar.

—

¡Hola vida mía! —respondió Carmen— ¡no me digas que nos vamos a enfadar!

—Espero que no —dijo Pepe.

—Pues tú dirás —le respondió Carmen.

—Si quieres da de cenar primero a los niños y luego hablamos.

La verdad es que Carmen se quedó intrigada, pero pensó que lo primero era lo primero y que los niños tenían que cenar así que se dedicó a darles sus papillas. Luego se tomó su tiempo para meterlos en la cama y los dejó ya durmiendo cuando fue a preparar la cena de ellos dos.

Cuando estuvo todo listo avisó a José y se sentaron a cenar.

—Bueno, ¿qué me tienes que decir? —le dijo Carmen.

—Me has de dejar que te lo explique hasta el final —respondió Pepe—. Resulta que Manolillo, el de los Sánchez, se va del pueblo.

—Vaya —respondió Carmen— y ¿cómo es eso?

—Pues es que le ha salido un trabajo en Barcelona y toda la familia se marcha con él.

—Pues espero que les vaya bien, cuando vea a Conchita —que era la mujer— hablaré con ella —dijo Carmen que no sabía que tenía todo eso que ver con la conversación en la que no tenía que enfadarse.

—El caso es que dejan su casa libre y como es más grande que la nuestra y está mucho mejor les he dicho que no digan nada todavía al propietario y que me deje intentar alquilarla yo —añadió él y se quedó esperando la reacción de su esposa.

—¿Y tú no crees que tenemos bastante con esta casa? —dijo con franqueza Carmen.

—De momento sí —dijo José— pero a la que llegue otro niño esto ya será un poco pequeño para todos.

—Bueno, pero primero tenemos que querer tener más niños ¿no? —dijo Carmen con sentido común.

—Ya verás cómo habrán más —dijo José con una sonrisa pícara— como mínimo hacemos méritos.

—Muy gracioso tú —dijo Carmen sonriendo—. Si te parece la próxima vez el que se pone de parto eres tú.

—Si yo admiro un montón todo lo que tú haces —añadió siguiéndole la broma.

—¡Ves que bien! —dijo Carmen.

—Hay otra cosa que te quería comentar —dijo José.

—Ay ay… —exclamó Carmen que se esperaba que a lo mejor ahí venía el tema que no le iba a gustar.

—Me he afiliado a la Falange —dijo José.

—Ya lo veía venir —admitió Carmen—. Allá tú. Tú ya sabes que pienso que estos son unos líos que no me gustan, pero tú mismo. No debo impedirte que lo hagas, aunque estoy segura de que te equivocas.

—También he apuntado al niño —dijo José en voz baja.

La bomba ya estaba echada.

—¡Al niño! —exclamó Carmen con el tono de voz un poco alto.

—Sí, pensé que no te importaría —dijo José sin inmutarse y como si aquello no tuviese ninguna importancia.

—Claro que me importa —dijo Carmen muy enfadada—. Me lo tendrías que haber dicho además no quiero que mi pobre niño esté en estas historias. ¡Bórralo! —le ordenó.

—Bueno si te pones así ya lo borraré —le dijo José sabiendo que no lo iba a hacer.

—Sí, pero mañana mismo —insistió Carmen.

—Sí, tranquila —respondió José sabiendo que ella le conocía suficientemente bien como saber que no lo haría.

Poco a poco la tensión se fue relajando. A Carmen no le había gustado que implicaran a su niño en este tipo de historias y menos aún sin haberle consultado. Por la misma, ella podría haber apuntado al niño en el PSOE o en algún partido de la CEDA.

Se imaginaba el jaleo que hubiese montado José en ese caso. No pasaron muchos días hasta que Carmen empezó a ver las consecuencias de que José se hubiese afiliado a la falange.

Paseaba un día con su prima Margarita por la calle central del pueblo.

Había dejado a los niños en casa de su madre y tenía un rato para estar tranquila. Tenía ganas de hablar con Margarita e iban las dos, camino de la casa donde se había ido a vivir Maru después de casarse.

Tenían ganas de sentarse las tres alrededor de una mesa, tranquilas y hablar de sus cosas. Caminaban tan tranquilas cuando se cruzó con ellos Eugenio Baeza.

Eugenio Baeza era toda una celebridad de Guadalvalle. Se trataba de todo un personaje. Venía de una de las familias bien aposentadas del pueblo y se había dedicado desde bien joven al teatro.

Había estudiado con las niñas Maura y en particular con Carmen, con la que había tenido siempre muy buena relación.

Eugenio se había declarado homosexual nada más ser proclamada la república, pero su homosexualidad era muy discreta. No era una mujer en un cuerpo de hombre. Tan solo es que le gustaban más los hombres que las mujeres, por eso nunca se había casado, aunque muchas mujeres habían caído enamoradas de su porte y sus modales y en alguna ocasión también había experimentado placeres con algún cuerpo femenino.

Desde joven se había dedicado al teatro y había estado unos meses en una obra que se había interpretado en Madrid. Había triunfado y ahora era muy popular y conocido en toda España.

Eugenio se había declarado claramente socialista, aunque era muy religioso y claro devoto de la iglesia católica.

Aquellos días y mientras preparaba una nueva obra había ido a pasar unos días en el pueblo con sus padres y de paso descansar de los preparativos de su

nuevo trabajo. Se saludaron con mucho afecto. El afecto de Carmen y Margarita hacia aquel hombre era totalmente sincero.

—Pero que guapísimo que estás —le dijo Carmen que sabía su homosexualidad, aunque eso no evitaba que le pareciese un hombre muy atractivo.

—Tú sí que estas guapa Carmela —le dijo Eugenio— los embarazos te han dado el volumen en los sitios donde mejor te sientan.

—Anda ya —respondió bromeando Carmen— si ahora lo que tengo que hacer son verdaderos esfuerzos para mantenerme como me ves.

—¿Y tú Margarita? —le dijo mirando a la otra joven— te has hecho toda una mujer. Si no fuese por lo que tú ya sabes te pediría matrimonio —bromeó.

—Pues porque no quieres —le respondió Margarita con gracia— porque yo con que me des cuatro achuchones de vez en cuando te dejo hacer lo que quieras.

Todos rieron.

Estuvieron un rato hablando de cómo les había ido. Margarita le contó que hacía y que planes tenía y Carmen le estuvo contando de su nueva vida de mujer casada y de los niños que no le dejaban ni un momento para descansar y estar por ella.

Eugenio Baeza las oyó y de tanto en tanto cuando contaban alguna anécdota reían con la felicidad típica de los amigos que se reencuentran.

Eugenio les estuvo hablando sobre su actividad en Madrid, de las cosas que ocupaban su tiempo y de las sensaciones de triunfar en el teatro. La verdad es que las dos mujeres no dejaban de preguntar.

Como Eugenio tenía mucho tiempo libre y nada que hacer aquellos días, le propusieron que les acompañase a casa de Maru, a no ser que le diese miedo estar encerrado con tres mujeres él solito.

Maru también se alegró mucho cuando lo vio y le hizo repetir muchas de las cosas que ya le había contado a las otras dos mujeres. Cuando ya habían dado buena cuenta de los pastelillos que había traído Maru de la Confitería de la familia y se habían puesto todos al día de sus novedades Eugenio miró a Carmela y le preguntó directamente:

—Oye Carmela —dijo muy serio— si crees que me estoy metiendo en lo que no me importa me lo dices y ya está, pero ¿es verdad que tu marido se ha hecho de la Falange?

Carmen se quedó sorprendida por la pregunta y pensó que no era nada oportuna ya que no les había dicho nada ni a Maru ni a Margarita. Fue

precisamente esta última la que respondió

—¿El tío José? —preguntó— eso seguro que no es verdad.

Maru miraba a Carmen esperando una respuesta ya que conocía bien a su hermana y ya había tardado mucho en desmentirlo. Finalmente, Carmen habló.

—La verdad es que a mí tampoco me gusta —admitió Carmen— tampoco va con mi manera de ver ni de pensar, pero… Sí que es verdad. No hace muchos días me lo contó. No sé si ya le ha dicho algo a su hermano o no pero mejor dejemos que esto quede entre nosotros. No comprendo cómo puede ser, pero sí que es cierto.

—Vaya sorpresa —dijo Maru— o casi mejor dicho vaya susto. A mí tampoco me gusta esa manera de ver las cosas.

—Sinceramente —dijo Eugenio— a mí me costaba de creer que te hubieses casado con un falangista.

—Bueno yo no me casé con un falangista —respondió ligeramente disgustada, aunque no sabía si con Maru y Eugenio o con José— y si lo pienso bien no creo que antes de casarnos hablásemos de estos temas. Como ya os he dicho a mí también me sorprendió mucho su decisión, pero igual que él conoce mi forma de pensar y lo que yo opino y lo respeta creo que yo también estoy en la obligación de respetar sus ideas, aunque no me gusten.

—No lo hubiese dicho nunca —comentó Margarita— mi tío es un Falangista.

—La verdad —dijo Carmen— es que él viene de la ciudad y seguro que no ha tenido en cuenta que aquí las cosas se saben y que a veces hay que ser muy cuidadoso con lo que se hace. En Málaga seguro que a nadie le importan estas cosas y cada uno hace lo que le parece.

—No estoy tan segura Carmen —le dijo Margarita— la verdad es que mi tía María siempre ha sido simpatizante de los socialistas, pero siempre ha sido muy discreta y lo ha llevado muy en privado.

—No son buena gente —dijo Maru pensativa— me refiero a los falangistas en general, no me refiero a José en particular por supuesto. Son gente muy peligrosa. Van por ahí dando palizas a la gente. ¿No fueron ellos los que atacaron a su hermana María en Málaga el día de las elecciones?

—La verdad es que Maru tiene razón —añadió Eugenio— en Madrid ya han provocado algún que otro alboroto y hasta creo que en alguna ocasión incluso ha habido muertos.

—Yo no sé qué deciros —se quejó Carmen— no me gusta y me confunde, pero a él lo quiero con todo mi corazón y no voy a poner delante de

todo eso y de que es el padre de mis hijos a una ideología política que seguramente es muy desafortunada pero que es la que él ha decidido. A lo mejor es algo pasajero y dentro de un tiempo se le pasa y se modera un poquito.

—Comprendo lo que dices —dijo Eugenio— pero deberías intentar que no se implique mucho, no se sabe qué consecuencias puede tener a largo plazo.

Hasta en nuestro pueblo, en este ambiente que parece que está tan al margen de lo que pasa en las ciudades se puede buscar enemigos que os pongan difícil las cosas, tanto a él como a ti y a los niños.

—Me estás asustando —dijo Margarita alarmada— y estás asustando a Carmen.

—Ya soy consciente de eso —dijo Carmen serena y tomando el comentario como el que proviene de un amigo que se preocupaba por ella— mi instinto de madre me avisa de que no es bueno, pero repito que no puedo hacer nada por cambiar sus ideas. Lo único que os pido es que si podéis evitar que llegue a oídos de Juan no le contéis nada. Yo hablaré con José y le comentaré que aquí se sabe todo y que ya está en boca de la gente su afiliación política y que no estaría mal que se lo dijese al tío Juan antes de que se entere por su cuenta.

Cuando se fueron primero Eugenio y después Margarita, Maru y Carmen se quedaron solas un rato aún antes de que llegase Antoñito, como le llamaban todos cariñosamente al marido de Maru.

—Pero niña ¿tú te das cuenta? —dijo Maru enfadada.

—¿De qué? —preguntó Carmen haciéndose la inocente y con ganas de dejar definitivamente cerrado el tema.

—De que ahora todo el mundo debe saber que José es un falangista.

Eugenio es un hombre, pero tiene la mala leche de las mujeres. Te ha estado advirtiendo. Yo me tomaría sus comentarios muy en serio.

—No será para tanto —dijo Carmen intentando quitar importancia al tema.

—Pues yo creo que sí que es para tanto —le dijo Maru furiosa— él está muy bien relacionado y además sabe nadar en dos aguas. Está con los socialistas y también es amigo de la iglesia. Es el primero que está siempre que bajan a la virgen y todo lo demás.

—No sé Maru, no me apetece seguir hablando de todo esto —dijo Carmen realmente cansada del tema y también enfadada.

—Pues más vale que te apetezca porque si tu marido es falangista tú ya puedes ser socialista y hasta comunista, pero a ti te van a ver todos como falangista y a tus niños también. Sabes perfectamente que en este pueblo se pone etiquetas a todo el mundo con mucha rapidez.

—Pues aún no sabes lo mejor —dijo Carmen ya dispuesta a explicarle todo a su hermana, aunque se enfadase aún más.

—No me dirás que hay aún más —inquirió Maru retorciéndose las manos de los nervios que estaba pasando.

—Pues sí, resulta que cuando se apuntó también apuntó a mi Joselito —dijo Carmen ya dispuesta a ver la explosión de su hermana.

—¡La madre que lo parió! —exclamó Maru sin poderse contener y dando una palmada en la mesa—. ¿Nuestro niño también esta apuntado a ese partido de mierda?

Maru ya estaba descontrolada y gritaba.

—Sí, niña —dijo Carmen preocupada.

—Me lo como cuando lo vea a tu marido. ¿Habrase visto? El sinvergüenza este metiendo a los niños en estas cosas. Y tú. ¿Cómo lo has permitido? —se encaró con su hermana.

—Yo no le he permitido ni no permitido —replicó Carmen a la defensiva —. Se presentó un buen día en casa y me lo contó. No me preguntó, me lo dijo cuando ya estaba todo hecho.

—Será posible —dijo Maru furiosa—. ¿Quién se cree que es?

—Pues Maru, es sencillamente su padre —le dijo Carmen.

—Y tu su madre —respondió Maru.

—Bueno, tienes razón, pero tampoco voy a provocar la segunda guerra europea por eso. Prefiero quitarle importancia. Soy consciente del lío en que nos podemos ver, pero no puedo hacer nada.

—No guapita no —dijo Maru— la segunda guerra europea que tú dices va a ser mundial y la van a provocar ellos. No sé si con tanto niño estás al día, pero por si no lo sabes el loco ese de Hitler ya manda en Alemania y el Mussolini ese ya manda hace años en Italia.

—Y tú ¿cómo sabes tanto? —dijo Carmen— si estas cosas a ti antes no te interesaban.

—Mi Antonio me lo explica.

—Mira hermana —le dijo Carmen intentado tranquilizarla— no nos preocupemos más de la cuenta, esperemos que todo esto se quede en nada y que finalmente la república vaya bien y no tengamos problemas y todo quede olvidado y ya está.

—Pues a mí, ya me gustaría que fuese así —dijo Maru— pero me da la nariz de que todas estas historias van a acabar rebotando en la vida de todos nosotros y cualquier día nos vemos metidos en un berenjenal que ya veremos cómo salimos.

—Pero ¿quién?, ¿el pueblo?

—Qué sé yo niña, el pueblo el país o todo el continente, vete tú a saber, pero de todas formas yo me tomaría muy en serio la advertencia velada que te ha hecho Eugenio, este hombre no habla por hablar.

—Lo haré, no te preocupes —le respondió Carmen—. Te veo muy preocupada por mí, gracias por quererme tanto —dijo y le dio un abrazo a Maru.

Aquella noche en casa, Carmen le explicó a José toda lo que había pasado aquel día. Pensaba que era su marido y la persona a la que ella quería y que debía contarle todo aquello. José lo oyó con atención y serenamente iba analizando todo lo que le contaba su mujer.

La verdad es que se quedó un poco preocupado, pero pensó que lo interesante era intentar calmar a Carmen y le estuvo explicando con paciencia y tacto que él no tenía intención de pelearse con nadie.

También le aclaró que sus hermanos, tanto Juan como María, estaban al corriente. Que ninguno de los dos había pensado que fuese lo correcto pero que igual que ella misma, creían que todas las personas deberían ser libres para decidir qué querían hacer.

También le aseguró que tomaría precauciones y que si se encontraba con Eugenio Baeza se presentaría y le explicaría su punto de vista, aunque en realidad pensaba que si se lo encontraba no creía que la conversación fuese muy amigable.

Carmen, que era mucho más lista que él no se creyó nada de esto último y se dio cuenta de que había perdido la amistad de Eugenio a partir de aquel día.

CAPÍTULO 21

ENCUENTRO EN ESTAMBUL

La mañana era esplendida. Hacía calor, pero como aún era temprano el sol acariciaba suavemente la piel en lugar de quemarla. Qué curiosa situación y qué vínculo tan especial unían a aquella mujer con esa ciudad excepcional.

Salió al balcón con su té de manzana en una mano y un dulce típico de la zona en la otra. Era un *lokum*. Se trataba de un pequeño cuadrado hecho a base de harina, miel, almendras, nueces, azúcar y pistachos. Era una auténtica bomba calórica para cualquier dieta, pero estaba delicioso. Afortunadamente a ella nunca le había hecho falta seguir ningún régimen para no engordar. Imaginaba que en aquella ciudad donde al cabo del día, la constante invasión de colores y olores, sumados a las largas distancias a caminar, hacían que sus ciudadanos acabasen tan agotados que se hacía imprescindible empezar el día con un desayuno consistente como aquel.

El balcón al que estaba asomada era el de un apartamento que le habían alquilado los funcionarios de los servicios consulares españoles en la calle Kemanikes, justo a orillas del Bosforo y en frente del serrallo. Desde donde estaba, si miraba a su derecha veía la Torre Gálata, si miraba a su izquierda alcazaba a ver el Palacio de Dolmabache y si miraba al frente veía el Topkapi en primer plano. Realmente en aquella ocasión se habían esmerado, debían querer una dedicación especial en su trabajo para mimarla de aquella manera.

Aquel día se había despertado al amanecer con el canto de los muecines de la zona y le había parecido realmente mágico a pesar de estar más que acostumbrada a oírlos, siempre le había parecido un cantar totalmente hipnótico.

Ese canto oído en Estambul tenía un sentido especial ya que era, casi cuatrocientos cincuenta años más tarde, la constatación de que la ciudad había sido arrebatada definitivamente a Occidente. La metrópoli tenía, a pesar de todo, rasgos muy occidentales mezclados con rasgos orientales. Por decirlo de

alguna manera en esa fisonomía *semioccidental* vivía un alma *semioriental* En realidad oriente y occidente siempre habían estado mucho más en contacto de lo que ninguna de las dos partes estaba dispuesta a reconocer y precisamente la zona donde se encontraba era la más interesante para poder ver los puntos de encuentro y de desencuentro. Eso no solo pasaba en la ciudad sino en toda la costa mediterránea de la nueva república turca, y además eso también se apreciaba en ciudades como Beirut o como Alejandría que asomadas al Mediterráneo explicaban una historia de amor a veces y de odio otras, pero básicamente de contacto con occidente a todo aquel que estuviese dispuesto a escuchar su historia. Muy diferente eran otras ciudades como Damasco, Bagdad o El Cairo. En la mayoría de los casos tampoco demasiado lejanas a la costa, pero con algo que las diferenciaba claramente de las primeras. Se daba menos el mestizaje entre los dos lados del mundo clásico.

Seguro que aquello había influido en que un imperio que ocupaba un territorio tan grande como media Europa hubiese saltado en trozos tras la gran guerra y además los ganadores ingleses y franceses habían caído como buitres sobre algunas provincias como Egipto, Irak o toda Arabia en el primer caso o como Siria o Líbano en el segundo.

Era una pena que hubiese pasado así y, además, como si fuese para marcar definitivamente el final de una época de esplendor, la capital hacía un tiempo que se había trasladado a Ankara, una ciudad sin ningún interés en el interior de Anatolia.

Nuria sentía una especial melancolía por todo aquello. Ella había vivido el final de aquel imperio al que había aprendido a admirar. De joven había salido de su Barcelona natal una vez que concluyó sus estudios de Filosofía rumbo a la caótica y sucia ciudad de Bagdad. Había conseguido un empleo en el Ministerio de Estado de Alfonso XIII y debido a su conocimiento del árabe la habían trasladado a aquel lugar. Allí había conseguido dominar totalmente el idioma. Durante aquel tiempo en que trabajaba de forma secreta para las autoridades españolas había conocido a un joven turco con el que vivió una gran pasión y al que decidió seguir hasta la ciudad en que se encontraba aquella mañana.

Se habían casado. Al principio, cuando marchó de Bagdad los servicios secretos españoles, o su embrión que era lo que había en aquel momento, habían perdido todo contacto con ella y llegaron a temer lo peor. Cuando finalmente la localizaron ella les explicó como lo más natural del mundo que

se había olvidado de decirles que se iba. Se había enamorado y eso había ocupado toda su mente.

Dado el gran valor de las informaciones que solía obtener, el Servicio Secreto decidió darle una segunda oportunidad y se atuvieron a las condiciones que ella impuso. Con el tiempo fue ella la que les acostumbro a sus desapariciones temporales y sin previo aviso.

Aprendió turco en un tiempo record y al cabo de unos meses lo hablaba mucho mejor que algunos habitantes del país. Ella siempre decía, no sin una buena dosis de humor, que la mejor manera de aprender un idioma era acostarse con él.

Aquella pasión duró un tiempo tras el cual se acabó consumiendo y desapareciendo. Al final resultó que cada uno de ellos llevaba una vida paralela e independiente del otro. No tenían hijos en común ni nada que les uniese y por lo que valiese la pena seguir luchando así que de común acuerdo decidieron divorciarse y así lo hicieron. Eso era posible en la laica Turquía.

Nuria pensó que era el momento de volver a Barcelona a pasar una temporada. Posteriormente la llamaron desde Madrid y de allí le ofrecieron dirigirse a retrogrado como ayudante de los servicios consulares.

Nuria aceptó y se fue. Tenía treinta y dos años cuando estalló la revolución rusa y fue de los últimos españoles en abandonar el país cuando los disparos ya se oían por todos los lados de la ciudad, hasta desde la embajada.

En el tiempo en que estuvo en Rusia, había contactado con la comunidad judía de la capital y había hecho muy buenas relaciones. Aquella gente era invencible. Capaces de someterse a cualquier poder y lo suficientemente listos como para no perder el contacto entre ellos constituyendo a lo largo de los siglos uno de las estructuras más resistente y mejor conectada de la historia.

Nuria que no era religiosa en absoluto, no había tenido nunca ningún problema para mezclarse con gente de otras religiones y eso le había facilitado su relación con la comunidad judía. Le sorprendía mucho que desde los servicios secretos y de estado de Europa, no se supiese dar el valor que realmente tenía aquella estructura tan útil para temas tales como el espionaje.

Durante aquellos años fue cuando cometió lo que ella consideraba el error más grave de su carrera política. Recordaba perfectamente el día en que aquellos dos jóvenes habían llegado a la embajada. Ella había sido el alma del plan. Lo había planeado todo. Se había enterado casi por casualidad de la historia de Alfredo Estrella y de cómo las autoridades españolas estaban sacando provecho.

Estudió a aquel hombre y supo de su origen alemán y de su religión judía.

Investigó sobre la comunidad de la localidad donde había nacido y descubrió que hablaban yiddish como los judíos rusos.

Todo lo demás fue coser y cantar. Tenían a un individuo al que podían manipular para conseguir toda la información que necesitaban. Acordó con la comunidad religiosa de la ciudad y con su amigo Baruch Mendel el vínculo que se establecería. Era como poner un micrófono en lugares donde normalmente no se podía acceder y era una buena manera de comunicarse al margen de la oficialidad más estricta. No entró a valorar que a lo mejor no era muy ético.

Los informes que le llegaban desde Berlín ya le daban la pista de que se trataba de una persona con mucha habilidad para aprender, pero no era especialmente astuto así que cuando el departamento se puso a buscar a su acompañante encontró en Volodia Vasiliev el complemento perfecto, sería fácil que entre ambos congeniasen y el tándem funcionase correctamente.

El error de Nuria fue que precisamente como el tándem funcionó correctamente, lo dejó hacer sin estar muy pendiente de ellos ni de lo que hacían. Las informaciones eran muy interesantes y con eso le bastaba. No tuvo en cuenta los peligros auténticos que corría la población en aquellos días a pesar de que Baruch se lo llegó a insinuar.

El desenlace fue el ya conocido: uno de ellos muerto y el otro desaparecido. Fue imposible encontrar al que se había esfumado y ella resistió todo lo que pudo hasta que la obligaron a abandonar el país. Se sentía totalmente responsable de la muerte y la desaparición.

Baruch Mendel le prometió que él seguiría la búsqueda y que tan pronto como tuviese alguna pista se lo haría saber. Todo fue inútil. Consiguió antes de marchar de allí visitar a la familia de Volodia Vasiliev en Nizni Nóvgorod y tiempo después visitó a María en Málaga, pero eso no calmó su conciencia. Ella tenía tan solo esa mancha en su expediente y en su conciencia y quería, necesitaba, resolver al menos la historia de Alfredo Estrella.

Cuando la sacaron de Petrogrado, casi a la fuerza, la llevaron primero a Suecia y desde allí a España. En Barcelona pasó un tiempo escribiendo artículos para *La Vanguardia*, que le habían servido anteriormente como coartada para la visita de Alfredo Estrella. Ella tenía sus contactos y sus artículos en los que hablaba de la Revolución Rusa que además habían atraído a muchos lectores.

Pasado el tiempo que se le dio de descanso fue llamada a Madrid y de allí enviada a El Cairo. Los años pasados en El Cairo también fueron interesantes,

pero ya de otra forma. Se había paseado por todo Egipto a sus anchas. Como humanista que era de formación, también le interesaba mucho la historia y allí profundizó mucho en sus conocimientos.

Sus misiones volvían a ser tan exitosas como en otros tiempos. Su forma de hacer casi siempre consistía en vestirse con las ropas típicas del país, lo que representaba que iba casi totalmente tapada y hacerse pasar por la esposa de alguien. Funcionaba invariablemente y aquello le abría las puertas a lugares totalmente inaccesibles a los occidentales. Por supuesto la baza importante era el dominio del idioma y el hecho de ser mujer, lo que la hacía casi invisible a los ojos de todo el mundo. Aquello le facilitaba enormemente sus misiones.

Las autoridades españolas la habían hecho desplazarse además por la península arábiga y por algunos lugares totalmente remotos para los europeos.

A pesar de llevar aquella vida tan intensa, no se había olvidado de su compromiso de encontrar a Alfredo Estrella y llevarlo hasta donde él quisiera, lejos del lugar donde estuviese actualmente y para ello había mantenido siempre el contacto con las comunidades judías de los lugares donde se encontraba.

Los primeros años desde que salió de Rusia esa comunicación fue muy difícil ya que la revolución y la guerra civil posterior complicaron mucho el contacto llegando a hacerlo prácticamente inexistente en algún momento, pero posteriormente llegó a restablecerse la comunicación.

Finalmente, en 1933, dieciséis años después había recibido el mensaje que esperaba. Tenían un rastro que seguir. Había alguna posibilidad de que Alfredo estuviese con vida.

Nuria solicitó un permiso para poder investigar y desde El Cairo le habían preparado todo para su estancia en Estambul que también serviría para realizar algún servicio al ministerio de Estado en paralelo.

Los casi cincuenta años que tenía Nuria en aquel momento no fueron ningún problema para que se dirigiese hacia la antigua capital otomana lo más rápido que pudo y dejar cerrados los temas abiertos en Egipto.

Hacía dos días que había llegado a la ciudad y aquella mañana tenía un encuentro con Matzav Abramovich. El joven se había identificado como discípulo de Baruch Mendel de la antigua Gran Sinagoga de Petrogrado. Había conseguido salir de Rusia y necesitaba contactar con ella siguiendo instrucciones directas del maestro Mendel que no podía desplazarse dado que ya tenía más de sesenta años.

Con el último bocado de su desayuno volvió al momento actual. Se le estaba haciendo tarde. Tenía la cita cerca de la plaza Taksim y desde donde estaba había una buena caminata, toda cuesta arriba. Había planeado subir por Istikal hasta la plaza.

Para el encuentro decidió vestirse de occidental, aunque lo más discreta posible para no llamar demasiado la atención. No quería que nada interrumpiera o entretuviese aquella reunión tan importante. Tenía curiosidad en saber qué información le podía facilitar aquel hombre y cómo cerrar definitivamente ese expediente.

Salió a la calle de la que solía considerar una de sus ciudades y empezó a caminar en dirección al punto de encuentro. Callejear por el barrio de Pera (o Gálata o Beyouglu como le llamaban ahora) era siempre interesante. Aquella zona había sido el antiguo barrio judío de la ciudad, donde también habían vivido los europeos, generalmente genoveses y donde lógicamente habían dejado su huella.

Las calles eran estrechas y estaban llenas de gente y de actividad. A ella le encantaba todo aquel movimiento y aquel jaleo. Estambul estaba creciendo mucho y si seguía con ese ritmo de aquí a un tiempo sería irreconocible. Al haber perdido su imperio y haber sido trasladada la capital de Turquía a otro lugar no le quedaba otro remedio que explotar su actividad económica y su historia y parecía que eso era lo que hacía.

Había quien la miraba cuando pasaba. Era claramente una extranjera, pero se movía como si fuese una turca más. Eso llamaba la atención a la gente con la que se cruzaba por la calle. Algunos hasta le decían alguna cosa en turco y ella respondía en el mismo idioma. Sabía que les intrigaba y eso le encantaba, menos mal que había decidido ir vestida discretamente para los parámetros de la ciudad.

Notaba el cansancio de la subida en las piernas, pero hacía ya un rato que tenía todos los sentidos empapados de sensaciones provocadas por el entorno.

En los alrededores de la plaza Taksim ya estaba Matzav Abramovich. El enviado de Baruch tenía por aquel entonces unos treinta y cinco años. Matzav había sido junto con Aarón, uno de los encargados por Baruch de buscar a Alfredo Estrella. Cuando les dieron el encargo ambos jóvenes tenían poco más de veinte años y se habían dedicado con total energía, pero con poco acierto a la búsqueda. Al principio ambos buscaron tan solo por la zona de Petrogrado, pero a medida que pasaban los días sin obtener resultado alguno, comprendieron que si tenían que encontrarlo y estaba vivo ya no debía estar allí. Había que ampliar el horizonte.

El incidente que había causado la desaparición de Volodia y Alfredo había dejado varios centenares de muertos, pero tampoco se trataba de una cantidad tan desmesurada como para hacer imposible encontrar a Alfredo. De hecho, a Volodia lo encontraron sin demasiados problemas.

Investigaron en la morgue y también en hospitales, pero nadie conocía a un tal Alfredo Estrella. Fue casi por casualidad y a raíz de que Baruch les preguntó si sabían si aquellos dos periodistas iban documentados. No supieron dar una respuesta. Se dieron cuenta que no debían buscar a Alfredo Estrella.

Aarón fue al hotel y allí mientras registraba la habitación, que había quedado desocupada, descubrió los documentos de Alfredo. Aquel inconsciente no llevaba documentos. Era posible que no estuviese localizable por aquel nombre. Había que cambiar los parámetros de la búsqueda.

Tras volverse a reunir con Baruch Mendel decidieron buscar entre todos los apátridas y prisioneros sin identificar hasta dar con aquel joven. Baruch había dado su palabra a Nuria Vega y le había aconsejado que se fuese de país cuando la requiriesen sin temor a que ellos dejasen de buscar.

El problema que los atrasó fue que las circunstancias posteriores acabaron siendo mucho peor de lo previsto. El país entero se convirtió en un caos considerable. La cadena de hechos en Rusia fue como la caída en un pozo sin nada que amortiguase el descenso hacia el infierno.

Primero vino la revolución definitiva y posteriormente la guerra civil que siguió a la salida de la guerra europea y el comunismo de primera época que fue el más duro y sanguinario con los propios rusos.

El gobierno empezó a desplazar gente hacia el este y en este punto fue donde se destruyeron buena parte de las pistas que podían seguir. La comunidad judía de Petrogrado fue incomprensiblemente acusada de dar soporte a los oponentes de la revolución. Ellos habían intentado mantener una equidistancia de los dos bandos casi todo el tiempo, pero si por alguien se habían inclinado había sido por los partidarios de la revolución. Los judíos de Petrogrado detestaban al Zar y la gente que lo rodeaba, a lo largo de la historia les habían puesto trabas estúpidas en el desarrollo de su religión y en su progreso social.

Fue incomprensible que ahora el comunismo considerase que su posición no había sido suficientemente favorable a los revolucionarios. Afortunadamente no entraron en la judería a sangre y fuego como ellos ya habían sufrido en muchas ocasiones con los pogromos de otras épocas. Fue el ejército quien empezó a seleccionar a familias enteras y enviarlas a Siberia.

Muchas de ellas fueron a parar a Tomsk y a Novosibirsk disolviéndose de aquella manera la comunidad originaria. Había que inventar algún sistema rápido y eficiente de comunicación para no perder el contacto entre los componentes del colectivo.

Designaron un sistema por el que el primer día de cada mes en la capital de la provincia a dónde fuesen destinados y durante los dos años siguientes habría una persona apostada en el lugar más emblemático de cada ciudad, intentado reclutar a los judíos desplazados. Cuando se produjese el contacto ya habría un lugar y un sistema de encuentro para cada provincia. El problema era que en muchos casos las provincias de Siberia eran mucho más grandes que los países de Europa y que las distancias eran terribles y muy difíciles de cubrir, principalmente en invierno. Por eso dilataron el periodo de encuentro durante dos años que al final acabaron siendo cinco hasta que volvieron a tener a la mayor parte de ellos reubicados. Fue una solución muy a la desesperada ya que mientras acordaban el sistema ya empezaban a ser trasladados los primeros judíos de Petrogrado.

El viaje fue penoso y casi interminable. Algunos de ellos murieron de enfermedad o cansancio y otros sencillamente fueron asesinados para así poderles robar impunemente. Una vez más en la historia iban a sufrir el mal trato de sus vecinos.

Afortunadamente cuando llegaban a sus puntos de destierro allí el ambiente era bueno y se podían dedicar a trabajar y desarrollar su actividad.

Aquellas tierras no habían sufrido la guerra europea y si bien la tensión política era considerable no parecía muy probable que si había guerra llegase hasta allí.

Se equivocaban totalmente.

Cuando se estaban reorganizando estalló la guerra y por aquellos territorios *semisalvajes* fue especialmente cruenta en algunos casos.

Afortunadamente la comunidad judía de Petrogrado se había ido reorganizando en sus asentamientos de Novosibirsk, Tomsk y Barnaul. Habían tenido suerte y no habían quedado tan dispersados, además las tres ciudades estaban relativamente cerca para lo que era la gran extensión de aquel país. Tanto Tomsk como Barnaul estaban a aproximadamente 250 quilómetros de Novosibirsk.

Pasaron bastantes años en todo este proceso y mucha de la gente que formaba la comunidad había muerto. Se habían reorganizado, pero habían tenido que resistir aislados durante los enfrentamientos de la guerra civil. Ahora que ya había acabado y que empezaba otro tipo de represión, en este

caso con Stalin asesinando a cualquiera que mostrase una leve sombra de disidencia, entraban en una nueva fase de reorganización.

Fue en la ciudad de Barnaul donde se encontraron de nuevo, unos años más tarde Aarón, Matzav y Baruch. El maestro y sus dos discípulos más aventajados.

Durante aquel tiempo Matzav se había casado y había tenido cuatro hijos.

A pesar de todo el drama vivido en su entorno habían salido adelante con bastante acierto. Se había constituido en el coordinador de la comunidad en Tomsk y se manejaba bastante bien en la clandestinidad.

Por su parte Aarón era de los pocos que habían ido a parar a lugares más aislados. Vivía en la localidad de Bijsk, al sureste de la provincia y la comunidad de retrogrado en aquel lugar se limitaba a los suyos y un par más de familias. Aarón también se había casado y tenía dos hijos. Habían tenido que luchar mucho más para sobrevivir. Durante el viaje hacia el este habían asesinado a su hermano y la familia de su mujer en un ataque injustificado e imprevisible de un grupo de tártaros al este de la ciudad de Kazán. Había sido todo muy dramático, pero con la llegada a su nuevo destino se habían centrado en su trabajo y poco a poco consiguieron reponerse.

Por su parte Baruch Mendel, como miembro importante de su comunidad había sido tratado con un poco más de consideración y había sido enviado directamente a Novosibirsk. Los comunistas no eran tontos y sabían que a pesar de que todos eran iguales ante la ley tan solo por ser seres humanos y que las religiones habían quedado prohibidas, Baruch Mendel era la cabeza de una de las comunidades más influyentes, en algunos aspectos, del país y debía ser tratado con cierta consideración.

No importaba mucho que aquel hombre muriese durante el traslado. Lo importante era que no se les pudiese culpar a ellos. Baruch reorganizó sus contactos y la comunidad hebrea de Novosibirsk estaba tan organizada hoy en día como en los últimos tiempos de Petrogrado.

El encuentro entre ellos fue todo un evento. Se encontraron en casa de Baruch Mendel en las afueras de aquella nueva ciudad. Se sentaron las bases para el funcionamiento de la comunidad de la Siberia Occidental. Era una organización independiente en su funcionamiento de la comunidad de la Rusia Europea y de la Siberia Oriental, aunque se mantenían los contactos con las otras dos comunidades. Reorganizaron su estructura y ampliaron los vínculos incorporando en su red las comunidades hebreas que habían llegado de lugares diferentes de la Rusia europea. Estos nuevos miembros estaban llamados a sustituir a los que habían fallecido durante la salida. Una vez

reorganizados y estructurados tocaron todos los temas que tenían pendientes y decidieron cuáles seguir y cuáles no. Baruch fue el que sacó el tema de la búsqueda de Alfredo Estrella

—Bien, ahora nos falta hablar de mi compromiso con mi amiga Nuria Vega en Petrogrado de encontrar a Alfredo Estrella —dijo Baruch Mendel—. En realidad, se trata de un compromiso que yo asumí como propio. Enviamos a aquel joven sin ninguna experiencia a realizar un trabajo que los que sí que sabían cómo hacerlo, no querían hacer por miedo.

—Maestro —dijo Aarón—. Matzav y yo mismo estuvimos buscando en los primeros años entre todos los lugares donde podía encontrarse, pero no tuvimos ninguna suerte.

—Cierto es —dijo Matzav—. Al igual que fue fácil encontrar a Volodia Vasiliev no tuvimos ninguna pista que nos llevase hasta Alfredo Estrella o Alfred Stern.

Quedaron en silencio unos segundos y fue Baruch quien retomó el tema.

—He estado pensado detenidamente en todas estas cuestiones —dijo— y he llegado a la conclusión de que nos hemos equivocado en nuestros planteamientos. Estuvimos buscando entre los heridos y los muertos y buscábamos a una persona en concreto con su nombre y su identidad. Luego descubrimos que aquella persona, en el momento en que desapareció, no iba identificado.

—Es verdad maestro —reafirmó Matzav— en realidad buscamos hasta en las listas de intercambio de prisioneros una vez acabada la guerra.

De pronto a Baruch se le iluminó la cara

—¿Conservamos esas listas? —preguntó.

—Sí, maestro —dijo Aarón— ya sabe que nosotros retenemos todos los documentos que pueden sernos útil. No lo tenemos evidentemente en nuestras casas, pero están a buen recaudo en un lugar donde los rusos nunca buscarían, ni siquiera sus servicios secretos.

—Está bien —dijo Baruch— ahora os voy a plantear una hipótesis.

Baruch guardo silencio unos segundos mientras ponía en orden sus ideas y los dos discípulos aguardaban impacientemente, pero con respeto.

—Sabemos que Alfredo Estrella desapareció y sabemos el lugar más o menos donde pudo ocurrir. También hemos averiguado que no llevaba documentación alguna encima. Si resulta que no murió y pudo escapar sin duda se hubiese puesto en contacto con la embajada donde durante unos días hubiese dado con Nuria Vega. Si esto no ocurrió debió ser porque no pudo ir.

—Parece coherente —dijo Aarón.

—Bien, ¿por qué no pudo ir? —se cuestionó Baruch retóricamente—. A lo mejor estaba malherido, pero nosotros investigamos todos los hospitales de la ciudad y no lo encontramos. A lo mejor fue hecho prisionero por el ejército, pero también revisamos todas las listas y no lo encontramos. Así que no había ninguna razón para que no pudiese acudir a la embajada o por ejemplo a nuestra sinagoga que era un lugar que él conocía. ¿Alguien tiene una teoría? —preguntó Baruch, pero esta vez no fue de forma retórica.

—La verdad es que no sé dónde quiere ir a parar maestro —dijo Matzav

—¿Tú tampoco Aarón? —preguntó Baruch Mendel.

—No maestro, intento adivinarlo, pero no lo consigo.

—Pues bien, mi teoría es que nosotros buscábamos a un individuo con un nombre, o más exactamente dos nombres, uno español y otro alemán, pero ¿y si durante los enfrentamientos entre el pueblo y los soldados recibió un golpe en la cabeza o algo del estilo que le hiciese perder la memoria?

Los tres permanecieron en silencio durante unos segundos. Las tres mentes trabajaban a toda velocidad intentando atar cabos.

—Eso justificaría que no acudiese a la embajada y que si los rusos no pudieron identificarlo no lo pudiésemos encontrar por su nombre —dijo Matzav.

—Exacto —afirmó Baruch Mendel— hemos estado buscando a alguien que no sabe cómo se llama y que ni siquiera los rusos saben quién es. Eso suponiendo que siga estando con vida.

—¿Cuáles son los pasos que propone realizar? —preguntó Aarón con sentido práctico y con ganas de solucionar aquel tema que hacía tanto que duraba.

—Se me ocurre —dijo Baruch— que seguramente los militares cuando encuentran a un prisionero, y creo que debió ser aprehendido, y no tiene nombre le dan un nombre inventado. Si no recuerdo mal le suelen dar un nombre muy típico del país de donde creen que es. En nuestro caso no sabemos si español o alemán. Deberíamos recuperar la lista y ver cuales fueron devueltos y cuáles no reclamados por las autoridades de los diferentes países. Entre ellos quizás se encuentre nuestro personaje.

—Pero maestro —dijo Matzav— puede que estemos hablando finalmente de una quinientas o seiscientas personas. Eso es mucha gente para investigar.

—No necesariamente —dijo Baruch— en primer lugar, habría que consultar las listas de defunciones de ese grupo. Seguramente esto nos reducirá bastante la búsqueda, quizás a cien personas. Después de entre los que queden ver cuales tienen nombres que han sido rechazados por los países

a los que se les ofreció y de entre ellos cuales son los nombres más típicos, y en consecuencia con más posibilidad de ser inventados.

—De la lista, propongo que en un primer momento cada uno de nosotros escoja diez personas y cuando las hayamos descartado empezar una nueva selección de diez personas más.

—Me parece una buena idea —dijo Baruch— los contactos de nuestra comunidad nos ayudará a entrar en los archivos del gobierno y extraer la información necesaria. Aarón, como administrador de la información recopilada pasarás a Matzav la lista de las diez primeras personas que él deberá investigar.

Fue totalmente casualidad que entre la lista de las diez primeras personas que cayeron en manos de Matzav estaba un tal Klaus Schmidt. A Matzav le pareció ya desde el primer momento chocante aquel nombre, no obstante, no fue el primero que investigó. Los dos primeros que tomó en cuenta durante la investigación fueron dos españoles auténticos que en seguida quedaron descartados ya que no se correspondían con el perfil buscado y se trataba de militantes que, por romanticismo, habían ido a luchar durante la guerra europea contra los alemanes y que posteriormente se habían posicionado del bando de los defensores del zar y habían acabado prisioneros. Las autoridades españolas no los habían reclamado.

Entre los que teóricamente eran alemanes o austríacos decidió empezar por Klaus Schmidt. Lo primero que averiguó era el lugar en el que se encontraba actualmente. La información le llegaba de abajo a arriba y se trataba de averiguar si aquel personaje podía ser quién estaba buscando.

La edad coincidía y las características físicas también coincidían con el personaje que estaban buscando. Fue relativamente fácil dar con él y saber que en aquel momento se encontraba hospitalizado y recuperándose de las heridas provocadas por un accidente. No parecía nada grave y en breve saldría del hospital. Los datos de carácter médico eran una buena fuente en su búsqueda.

Se encontraba en Irkutsk, a unos dos mil quilómetros de la ciudad de Tomsk donde vivía Matzav y era un prisionero en un régimen especial. Para las autoridades rusas era considerado más como un expatriado que como un prisionero. No había nada en particular que permitiese acusarlo de ningún delito. Lo habían trasladado allí desde la ciudad de Perm, donde había pasado la mayor parte de la guerra.

Dando un paso más hacia el pasado descubrió que en Perm estuvo con los alemanes prisioneros y que su expediente, fue devuelto por las autoridades

alemanas ya que no lo identificaban como uno de los suyos. Las autoridades rusas consultaron con los países del antiguo imperio austríaco y tampoco obtuvieron ninguna respuesta positiva. Quedaba claro que las autoridades de los nuevos pequeños estados estaban más interesadas en la reorganización de sus nuevos países que en repatriar gente de la que en realidad no conocían la nacionalidad cierta.

Vio que a Perm llegó tras un juicio en un campamento en las afueras de Petrogrado. Intentó averiguar cómo había sido el juicio y quienes habían sido los militares que lo habían juzgado. Averiguó que había sido un tal Sokolov el militar que le había defendido e intentó saber que había pasado con él. Sokolov había fallecido hacía unos años de enfermedad y no en una batalla como cabía esperar de un militar.

Averiguando por mil sistemas descubrió cómo había sido encontrado Klaus Schmidt y entendió que las fechas y las circunstancias le hacían el mejor candidato desde que habían empezado a buscar.

En un alarde de habilidad intelectual y de exprimir sus capacidades de persuasión entre sus contactos, consiguió llegar a saber quién era la enfermera que atendía a aquel tal Klaus Schmidt en el momento en que llegó al hospital.

Descubrió que aquella mujer también se había desplazado durante la guerra hasta Novosibirsk y decidió ir él mismo a su encuentro aprovechando uno de sus frecuentes desplazamientos.

La pobre mujer trabajaba en el hospital municipal. Ya era una mujer mayor y su rostro dejaba entrever el desgaste y envejecimiento provocado por aquellos años tan duros para todos.

Matzav tuvo la suerte de que ella bebía bastante y que por poco dinero extra se dejaba invitar. Fue mediante el truco de hacerle beber vodka en un antro de mala muerte y totalmente clandestino donde Matzav consiguió que ella le explicase, justo antes de perder el conocimiento por el alcohol, lo poco que recordaba de aquel momento. Le parecía recordar a un joven que llegó inconsciente. También estaba segura que había estado así bastantes días. Era una pena ya que le parecía un tipo atractivo que se iba a perder en aquella revolución. Luego recordó que cuando abrió los ojos empezó a hablar en alemán y que al poco se lo llevaron.

No sabía nada más. Luego quedó dormida sentada en la silla donde estaba y con la cabeza apoyada encima de la mesa. Matzav la acompañó donde le había dicho que vivía, la dejó al cuidado de una mujer que le había abierto la puerta mientras le abroncaba y luego desapareció.

En la siguiente reunión, casi seis meses después con Baruch Mendel y con Aarón, Matzav Abramovich expuso todo lo que había descubierto ante el entusiasmo de Baruch Mendel.

Necesitaban un único documento, una fotografía de aquel individuo que permitiese a Baruch confirmar que se trataba de la persona que estaban buscando. No tenía que ser muy difícil. Volvieron a buscar entre sus contactos en Irkutsk y fue relativamente fácil encontrar un funcionario de su comunidad hebrea, que como muchos otros había ocultado a las autoridades sus orígenes, para conseguir que con un pretexto tan absurdo como renovar una identificación nueva que se estaba creando por las autoridades para tener a la población más controlada, consiguiesen sacar una fotografía de Klaus Schmidt.

Tan pronto como Matzav recibió la fotografía se la llevó a Baruch que confirmó que se trataba de Alfredo Estrella, con unos años más pero totalmente reconocible.

Había llegado el momento de acabar con la misión que se había iniciado quince años antes. Era difícil salir del país ya que las fronteras estaban muy controladas y también era muy difícil entrar, pero fuera como fuese había que conseguir contactar con Nuria Vega.

Se designó que sería Matzav el encargado de encontrarse con ella, Baruch estaba ya bastante mayor como para desplazarse tan lejos y en tan malas condiciones.

Idearon un plan para que Matzav saliese del país. La mejor vía de salida que se les ocurrió fue que Matzav Abramovich en su calidad de erudito historiador de la nueva Unión Soviética se desplazase hasta la ciudad de Samarcanda en el Uzbekistán. Allí pasaría un tiempo investigando los nuevos monumentos y restos que, desde la incorporación de aquel territorio y su total absorción a la unión, se estaban investigando y catalogando.

Fue fácil conseguir el permiso para desplazarse, entre otras cosas porque sí que era verdad que Matzav Abramovich era un erudito historiador. Quizás uno de los más brillantes de la unión. Desde Samarcanda debía encontrar alguna excusa, tal como la de la investigación de la ruta de la seda o lo que se le pasase por la cabeza, que le permitiese salir del país.

No fue tampoco tan difícil. Tan solo fue pesado. La distancia entre las dos ciudades era prácticamente de dos mil kilómetros y la comunicación era nefasta. Finalmente, cuando consiguió llegar, debió dedicar un tiempo a la investigación, ya que no podía marchar de allí sin un estudio necesario y

previo que justificase su solicitud para salir del país, además su amor por la historia antigua lo retuvo un tiempo más de lo imprescindible.

Transcurrido el tiempo necesario decidió buscar la ruta hacía occidente y vio la posibilidad de valorar las rutas alternativas o secundarias de la ruta de la seda. Esto le dio la coartada perfecta para desplazarse hacia Ashjabad en el Turkmenistán también soviético y justo en la frontera de Irán.

En su calidad de investigador las autoridades soviéticas y las persas le facilitaron su desplazamiento a Mashhad en Persia y de allí a Estambul. Fue un éxito total, consiguió salir del país de forma legal. Una vez llegó a Teherán y siguiendo las instrucciones de Baruch Mendel consiguió contactar sin demasiados problemas con Nuria Vega que por aquel entonces se encontraba en El Cairo y fijaron la cita en Estambul en la que en breve se iban a encontrar.

Matzav vio a Nuria subir por la calle Istikal, o quien le pareció que debía ser Nuria Vega y se encaminó hacia ella.

—¿Señor Abramovich? —preguntó Nuria prudentemente cuando vio que se acercaba y que coincidía plenamente con la descripción que le había hecho de sí mismo.

—Encantado de conocerla —dijo Matzav con una amplia sonrisa y extendiéndole la mano a Nuria.

Después del saludo Matzav ofreció a Nuria sentarse en una pequeña terraza en un café turco de la calle.

Se dirigieron hacia allí y una vez sentados Nuria le preguntó por su querido amigo Baruch Mendel, por su estado de salud y por los avatares que habían pasado durante los últimos años. Ella había estado al corriente de aquellas desgracias por la información privilegiada que llegaba a sus manos y se había sentido francamente impotente para poder hacer nada.

Matzav le estuvo comentando de una forma más o menos resumida todo lo que había vivido su comunidad desde que estalló la revolución y cómo habían ido a parar al lugar donde se encontraban actualmente. También se interesó por el trabajo que realizaba Nuria y cómo se había desarrollado durante los últimos años.

La conversación tenía un claro ritmo oriental y muy poco occidental.

Ninguno de los dos fue directamente al grano y dieron los rodeos tradicionales de las conversaciones típicas en aquellas tierras. Los dos habían estado muy en contacto con el mundo musulmán y habían adoptado casi intuitivamente aquel modelo de conversación. Era algo bastante curioso porque los dos habían sido educados como europeos, mucho más directos.

Después de varios tés y ya pasado el mediodía Matzav propuso invitar a Nuria a comer alguna cosa y se dirigieron a un restaurante de la plaza Taksim. Fue allí donde entraron en el tema de la reunión.

—Bueno, querido Matzav —dijo Nuria— creo que ya es hora de que vayamos tocando el tema que nos ha traído a este encuentro tan agradable.

—Tiene razón Nuria —estuvo de acuerdo Matzav— ambos se expresaban en ruso y de esta forma también su conversación quedaba más encriptada para las personas que les rodeaban.

Matzav bebió, pidió la comida al camarero que les atendía y empezó su relato.

—Después de muchas investigaciones hemos conseguido dar con la persona que buscamos.

—No se lo tome como una duda de su eficiencia, pero ¿tenemos alguna prueba de que se trata de Alfredo Estrella? —preguntó Nuria.

—Sí, usted misma me lo confirmará —dijo Matzav— le hemos hecho una fotografía actual para confirmarlo. El maestro Mendel así lo hizo, pero me pidió que igualmente se la trajese, sabía que usted querría asegurarse por sí misma.

Sacó la foto del bolsillo de la camisa y se la entregó a Nuria. Nuria cogió la foto y la contempló detenidamente. Pasaron unos segundos y al final respondió.

—Buen trabajo amigo mío. Son ustedes excelentes.

—Muchas gracias —respondió Matzav mientras sonreía.

—¿Puedo quedarme con la foto? —preguntó Nuria

—Por supuesto es una copia para usted.

Nuria se guardó la foto en el pequeño bolso que llevaba. Matzav estuvo explicando a Nuria todos los pormenores de la investigación que le había llevado hasta aquel hombre. Le explicó el cambio de hipótesis y cómo fue Baruch Mendel el que diseñó la nueva estrategia que les llevó hasta aquel punto. Por supuesto que la casualidad también había tenido su parte en la búsqueda.

Nuria de tanto en tanto preguntaba sobre los puntos que le habían quedado poco claros o aquellas cuestiones en las que le interesaba profundizar.

Iba registrando en su mente todos los detalles y clasificándolos de la manera más adecuada. Pasaron varias horas sentados en aquel restaurante hablando del tema. Empezaba a caer la tarde cuando salieron de allí. Se dirigieron caminando hacia la Torre Gálata desde donde Nuria se dirigió hacia su apartamento. Cuando llegaron lo invitó a entrar y le hizo pasar a la terraza

sobre el Bosforo. Matzav quedó casi sin aliento ante aquella vista tan espectacular. Nuria le preparó un té y se sentaron con Estambul a sus pies a calcular cuales eran los pasos que debían dar a continuación.

Nuria tenía totalmente claro que había que sacar de allí a Alfredo y que esto no se podía hacer de forma legal. Sería eterno conseguir los permisos y todos los demás trámites.

Además, se tendrían que reabrir juicios y sentencias y mil cosas más. La única manera era organizar una fuga, aunque fuese más arriesgado. Matzav estuvo de acuerdo con ella, ir por la vía legal en su país era muy complicado y seguramente estaban destinados al fracaso ya que seguramente las autorizaciones se podrían eternizar y posiblemente acabarían saliendo a la luz algunas cosas que a las autoridades españoles podría no interesarles.

—Déjeme consultar con mis autoridades, Matzav —dijo Nuria—. Pediré una entrevista en el ministerio y en breve les diré alguna cosa.

—¿Será fácil que le reciban? —preguntó Matzav.

—Bueno, digamos que tengo mis contactos. No se preocupe por eso.

Desde aquí mismo moveré mis hilos y para cuando llegue a Madrid ya tendré la cita para la entrevista.

—Yo no puedo quedarme mucho más en Estambul sin generar sospechas.

Necesito un par de días para poder realizar el trabajo técnico que tengo encargado en el Museo de Arqueología y sin tardar debo volver directo a Samarcanda y de allí a Tomsk en Siberia.

—La verdad es que no me tienta para nada aquella zona tan fría —dijo Nuria sintiendo un escalofrío.

—Debo marcharme. Muchas gracias por su compañía y por el día que hemos compartido.

—Ha sido un placer —respondió Nuria— si le parece, mañana paso por el Museo a eso de las doce para comer juntos. No le tomaré mucho tiempo tan solo quiero recapacitar un poco antes de irme y aclarar el mensaje que debe transmitir de momento al señor Mendel.

—De acuerdo. Pregunte por mí en la entrada, le dejaré un pase para que pueda entrar a buscarme sin problemas. Tengo que dejarme ver por las instalaciones para que no sospechen. Aunque no lo parezca estamos todos muy controlados.

Matzav se despidió de Nuria en la puerta y se dirigió al hotel. Por la mañana Nuria había tenido tiempo de sobra para recapacitar e intentar poner en orden un plan. Fue rápida como siempre y ya se empezaba a dibujar una estrategia en su cabeza.

Recogió todo el apartamento y encargó un pasaje a Alejandría para aquella misma tarde. Hizo que viniesen a embarcar su equipaje que, por otro lado, era bastante poca cosa.

Volvió a aquella terraza y lamentó no haber podido disfrutar durante más tiempo de aquellas vistas. Seguro que en el futuro tendría más ocasiones, se consoló a sí misma.

A las doce aparecía por el *hall* del museo y Matzav ya le estaba esperando.

—Buenos días Nuria, ¿ha descansado bien?

—La verdad es que sí, pero no muchas horas. He estado planeando los primeros pasos para el rescate y la verdad es que eso me ha tenido bastante entretenida durante toda la noche, es el precio del trabajo bien hecho —dijo sonriendo—. ¿Usted ha descansado?

—En realidad sí, pero estoy bastante inquieto esperando a ver cómo podemos sacar a su conciudadano del país. Digamos que estoy entre la impaciencia y el vértigo.

—La verdad es que lamento no poder quedarme, tal y como le dije ayer que haría. He podido reservar un pasaje a Alejandría para esta misma tarde, más exactamente, para de aquí a un par de horas.

—Es usted rápida —dijo Matzav.

—Es un viaje relativamente corto y de allí a El Cairo el viaje es muy breve. He estado moviendo los hilos para contactar con el ministerio y la semana que viene tengo la entrevista con el Ministro y el encargado de este tipo de asuntos.

—Realmente me sorprende —dijo Matzav con total sinceridad.

—Seguro que no menos de lo que su eficiencia me ha sorprendido a mí —dijo Nuria a forma de elogio.

—Bueno, pues veo que nuestra comida tendrá que esperar.

—Eso me temo —dijo Nuria sonriendo— tan solo quería decirle que en unos quince días me pondré en contacto con ustedes en Novosibirsk. Dígale por favor a mi amigo Baruch que le he añorado muchísimo durante todo este tiempo y que espero que se encuentre bien.

—Así se lo haré saber, no se preocupe. ¿Cómo contactará con nosotros? Hoy en día no es nada fácil —dijo Matzav.

—No se preocupe por eso. Tan solo debo recibir una serie de permisos para actuar en la Unión Soviética y también autorización para abandonar mi puesto en El Cairo. Por cierto, que también debo conocer el presupuesto que me conceden para la operación, pero eso es lo que menos me preocupa.

—Bien, pues hasta la vista —dijo Matzav ofreciéndole la mano para estrechársela.

—*Shalom* amigo mío —le dijo Nuria dándole un beso en la mejilla.

Se dio la vuelta y empezó a descender por el serrallo en dirección a la estación de Sirkeci donde la esperaba un taxi que la llevaría al puerto cerca del palacio de Dolmabache. En ningún momento se giró. Iba tramando muy concentrada cuales iban a ser sus siguientes movimientos y poniendo en orden la lista de lo que necesitaba y quién se lo podía proporcionar para aquella misión.

Matzav permaneció unos minutos viéndola alejarse y totalmente impresionado por aquella mujer tan misteriosa y con tantos recursos. Quizás era una de las personas que más le habían sorprendido en toda su vida.

CAPÍTULO 22

MÁLAGA DURANTE LA REPÚBLICA

Lo que se acabó llamando segundo bienio republicano había traído novedades que afectaban a la vida cotidiana de María. Finalmente, Jaco había conseguido su escaño y partió hacia Madrid. De tanto en tanto se escribían, pero ya no era lo mismo. Para Jaco, los últimos incidentes habían sido determinantes y le liberó de cualquier duda al tener que alejarse físicamente de Málaga. María lo echaba de menos, pero al mismo tiempo también se había alegrado de poner distancia entre ellos.

Ella lo apreciaba mucho, pero como amigo; había tenido que insistir en muchas ocasiones en que aquella relación era únicamente de amistad, nada más y nada menos. No era una relación amorosa. Ella le quería, pero de otra forma.

No obstante, a ella Jaco también le atraía y también tenía que reprimirse, hasta el punto en que le resultaba incómodo. Aun siendo así, jamás lo hubiese reconocido abiertamente ante él.

La tensión sexual y la atracción entre ellos, en algún momento había sido bastante fuerte y ella no sabía, a pesar de todo, como resistirse. Cada vez le costaba más esfuerzo. Por otro lado, Jaco insistía cada vez que podía. Sabía perfectamente y entendía que él había tenido sus encuentros amorosos con otras mujeres de vez en cuando, aunque estaba segura de que ninguna de sus amantes había significado demasiado para él porque evitaba que esas relaciones esporádicas durasen.

Se había comportado con ella como el mejor amigo en todas las ocasiones, ante todos los problemas de la familia y sobre todo cuando murió su padre. Se lo recordó aquel día de las elecciones. Le había sido muy útil para no sentirse sola y tener alguien en quien apoyarse. Igualmente había hecho ella con él dándole soporte siempre que fue necesario: cuando añoraba

a su mujer, cuando se rendía ante la sensación de que estaba siendo un mal padre o cuando se enrabiaba por razones políticas.

A pesar de esforzarse en creer que no era así, María estaba convencida de que había sido una egoísta. Que había utilizado a Jaco para no sentirse sola y como un sustituto parcial de Alfredo mientras este no volvía. No le gustaba pensar así de ella misma. El sentido de culpabilidad la martirizaba y procuraba acordarse del gran aprecio que sentía por él. Estaba muy confundida, ya que además, en su parte más íntima, se sentía atraída por él. Eso no quería decir que se hubiese olvidado de Alfredo, podía sentir muchas cosas solo recordándolo, pero no era insensible a los encantos de Jaco. Ahora los había perdido a los dos.

María pensaba que en toda su vida solo había habido dos hombres importantes para ella, fuera de su familia. Eran Alfredo y Jaco. Curiosamente, los veía como dos prototipos de hombre totalmente diferentes. Alfredo era un hombre atractivo físicamente, inteligente, mesurado y muy correcto en la mayoría de las ocasiones que normalmente, era víctima de los acontecimientos.

Jaco era el típico hombre mucho menos guapo, pero con un poder de atracción brutal. Rebelde, contestatario y que siempre se metía en líos y que dirigía a su manera buena parte de su vida.

Después del viaje a Madrid con Juan, y de que le visitase aquella mujer misteriosa no había sabido nada más de Alfredo. Se la había tragado la tierra.

María había seguido la pista hasta Rusia y a partir de allí, ya no consiguió nada más. Alfredo estaba perdido en aquel país gigante. Atrapado por los acontecimientos de la historia.

El año de 1934 había empezado sin demasiadas novedades para ella. Su madre, Josefina, estaba ya muy mayor. Iba camino de los setenta años y esos eran muchos años. La pobre mujer tenía buen ánimo, había encajado la muerte de su marido mucho mejor que los hijos. Para Josefina era una cosa natural.

Josefina no quería morirse, pero en realidad tampoco le asustaba mucho eso de la muerte. Pensaba que tras la vida había algo más y estaba segura que el día en que se muriese se encontraría con todos los que habían marchado antes que ella, incluido su hijo perdido. Recordaba aquel sueño de hace muchos años como si acabase de pasar. Eso le hacía una persona más libre. Quien más ha perdido y menos tiene menos le queda para perder, así que es más libre —decía ella.

Realmente se había ido despegando de lo material. En otras etapas de su vida había tenido más importancia poseer cosas o tener suficientes ingresos para subsistir, pero con el tiempo se había ido desprendiendo de todo.

Hoy en día tenía su vivienda y lo que le quedaba de lo que le había dejado Doña Marujita y por lo tanto tenía suficiente como para vivir bien hasta el final de sus días, pero tampoco se preocupaba mucho por eso. Se había deshecho del taller de costura y lo había vendido a buen precio. Su hija María se encargaba de pagarlo, aunque ella quería que cuando se muriese todo pasase a su hija. Lo había hablado con todos los demás y todos habían estado de acuerdo. Cada uno de ellos había vivido su vida, pero María por las circunstancias era la que se había quedado de responsable de sus padres. Era justo que se quedase con la casa y los ahorros. Además, los otros hijos también estaban más o menos bien situados y todos tenían familias políticas bien aposentadas así que no era previsible que les faltase de nada. Como María estaba sola dependía más de ella misma así que era quien más podría necesitarlo con el tiempo.

Josefina estaba segura de que una vez que ella faltase entre sus hijos se ayudarían y no perderían la relación. Quizás la vida de María no era plena y seguramente la de Josefina tampoco, pero la verdad es que vivían de una manera bastante confortable comparado con sus vecinos. El Perchel había evolucionado, pero seguía siendo un barrio obrero y la gente estaba mucho más expuesta a los vaivenes de la vida política y económica del país. A pesar de que ellos habían progresado económicamente desde que aquella jovencita que había sido Josefina se había quedado sola en el mundo, seguían sintiéndose plenamente del barrio y nunca habían querido cambiar la residencia. Era muy cómodo conocer a todos los vecinos y tener una historia en común. Además, entre todos ellos había mucha solidaridad y cuando María se iba a trabajar sabía que las vecinas estaban pendientes de que a Josefina no le faltase de nada. Se iban pasando de tanto en tanto por la casa con algún pretexto y vigilaban que la mujer estuviese bien.

Josefina se dedicaba mientras tanto a limpiar y cocinar para las dos y se estaba acostumbrando a la radio que tenía en el comedor de casa. Al principio no le había gustado eso de tener voces por la casa sin que nadie estuviese presente pero poco a poco se había ido dando cuenta de que le hacía compañía y le explicaban cosas, sobre todo desde la que tenían en la ciudad, era una emisora oficial y fija. Abundaban las noticias, pero también explicaban cosas del mismo Málaga. Era como un diario que en lugar de leerlo había que oírlo. De tanto en tanto también ponían música. A ella todo

aquello no dejaba de maravillarla. Sabía que no era así, pero parecía que había toda una orquesta metida dentro de aquel aparato. Nunca antes había tenido aquellas sinfonías y aquellos cantantes tan a mano.

Muchos días, alguna vecina pasaba por allí a la hora de las noticias del medio día y escuchaban juntas las novedades y las comentaban. A Josefina le gustaba mucho la cocina y siempre que hacía alguna cosa especial cocinaba de más y lo regalaba a sus amigas cuando venían a visitarla.

Los tiempos en Málaga volvían a estar revueltos. Después de las elecciones en que habían ganado los conservadores había mucha resistencia popular a todo lo que venía del gobierno. De Málaga precisamente había salido el primer parlamentario comunista del país.

Parecía que se volvía a los extremos. Por un lado, ganaban las elecciones los partidos conservadores y por otro lado se radicalizaban las clases populares.

Tanto unos como otros había cometido verdaderas barbaridades y actos terribles que acabaron con la vida de personas inocentes. Se empezaba a hablar de *Málaga la roja*.

Josefina sabía que su hija era simpatizante de los socialistas y por supuesto estaba al corriente de que Juan estaba con la derecha y era el alcalde de su pueblo. En realidad, no se metía en estos temas, pero no le gustaba que sus hijos se implicaran tanto. Menos mal que al menos Marta y Ana no se interesaban mucho por la política. Ellas eran mujeres de su casa y estaban por sus propios quehaceres.

José, ya no era lo mismo. Nadie se lo había dicho, pero sabía que el loco de su hijo se había apuntado a la falange. Lo había deducido atando cabos de las conversaciones entre Juan y María. ¿De dónde había sacado el niño esas ideas?

Ella deducía que había quedado muy traumatizado durante el tiempo de las revueltas antes de la dictadura de Primo de Rivera y que eso hacía que quisiese el orden por encima de todo lo demás. Además, se había tragado tres años de servicio militar con aquel déspota.

No le gustaban nada los falangistas porque creía que la gente exaltada nunca traía nada bueno. Además ¿qué diferencia había entre los anarquistas y los falangistas? Si lo mirábamos bien, poca. De todas formas, procuraba mantenerse al margen. No podía hacer nada y a veces era mejor no saberlo todo. Era consciente que estaba en los últimos años de su vida y no quería problemas con nadie. Estaba muy tranquila y así iba a ser hasta el final. A

veces valía más la pena no ver más allá del presente y saber hacerse la despistada para evitar complicaciones.

María se pasaba una buena parte del día en el trabajo. Para no tener una titulación oficial no le había ido nada mal. Había conseguido entrar en el mundo de la docencia como voluntaria y había sabido ganarse su espacio. Se había podido ir metiendo primero de ayudante en una escuela oficial y posteriormente trabajando con colectivos al margen de la educación reglada. Primero la alfabetización de gente sin recursos económicos y posteriormente la alfabetización de mujeres.

Lo curioso de todo aquello era que precisamente eran las familias bien situadas de la ciudad las que estaban pagando su sueldo, y las que habían puesto a su disposición los centros donde alfabetizaban a los adultos. A pesar de las buenas intenciones, eso no había servido para calmar las tensiones entre las clases sociales de una ciudad que no paraba de crecer y que cada vez tenía más habitantes y más movimiento de gente por sus calles.

Málaga había cambiado un montón desde que María tenía recuerdos.

Antes todo era mucho más tranquilo, la ciudad era un pueblo grande, la gente era más solidaria y se entretenía más en las relaciones sociales. Había carros y no coches que ahora casi habían desplazado a los animales.

Antes también, aunque no se conocían todos sí que era fácil encontrarse con caras que se parecían entre ellas o que sencillamente resultaban familiares.

Hoy en día eso ya no pasaba. Además, parecía que la gente andaba muy enfadada y enseguida estallaban las discusiones y el ambiente se radicalizaba.

La ciudad rondaba ya los doscientos mil habitantes.

Podría ser la crisis económica, que no había forma de superar, y el enfado de la gente con la autoridad que a pesar de que habían pasado ya un par de años desde que gobernaba la república, no habían conseguido mejorar las condiciones generales del país. María intentaba explicar siempre que la gente se quejaba, que dos o tres años en realidad era muy poco tiempo para solucionar la mayor parte de los problemas que tenían. Lo que sí que se había conseguido es el cambio en el grado de libertad y democracia de la población. Ahora eran más libres para tomar sus propias decisiones y decidir hacia donde querían dirigir sus vidas. El problema principal que veía María era que, a su criterio, la sociedad no estaba todavía madura del todo y debía seguir aun un camino para que la democracia quedase definitivamente consolidada. Una muestra de aquello que creía, era la falta de aceptación de una opinión

diferente a la de uno mismo y que abarcaba grandes cantidades de gente y políticos.

Ella había decidido hacer todo lo posible para conseguir esa madurez social que pensaba que era necesaria y ¿qué mejor que enseñar a leer a la gente y aprovechar las clases para el debate de ideas y compartir planteamientos delante de las cosas que ocurrían en el día a día? En las últimas clases, estaba llevando a cabo una técnica que había aprendido recientemente y que consistía en sentar a sus alumnas en corro. Una de ellas era la encargada de leer una noticia y posteriormente la discutían. Para discutirlas tenían que seguir una serie de normas que ellas mismas habían decidido aplicar. Eran normas simples como esperar a que los otros acabasen de hablar, hablar con respeto o pedir la palabra.

Era un éxito. El único problema es que era una práctica al margen del aprendizaje de la lectura y la escritura. Esto era aprender a discutir. María solía programar actividades complementarias a sus clases tales como la descrita.

Otras veces trabajaba el tema de la comprensión lectora y en otras ocasiones escogía textos que pudiesen gustarles. Una vez les había traído un poema de Rafael Alberti que se llamaba *El tonto de Rafael*, donde de una forma divertida el escritor se reía de sí mismo. En otra ocasión les trajo el poema *A una nariz* de Quevedo. En ambas ocasiones las carcajadas habían llegado hasta la calle. Se trataba de hacer ver a aquella gente que la lectura podía ser muy divertida.

En alguna ocasión y viendo como recibía sus alumnas la literatura les trajo el monólogo de Shylock de *El mercader de Venecia*. Debieron sentirse identificadas porque muchas acabaron llorando mientras primero unas y después otras iban leyendo las estrofas. Intentaban hacer pequeñas interpretaciones de los personajes de los textos que María llevaba a la clase.

Eso hizo que se le ocurriese preparar alguna obra de teatro que representarían a final de curso para el resto de la escuela. Como si se tratase de un colegio de niños.

Estas actividades eran las que tenía que dar a aquellas mujeres la constancia suficiente como para acudir a las clases regularmente y acabar aprendiendo a leer y escribir correctamente, a pesar de las obligaciones a las que estaban sometidas dentro y fuera de sus casas. Le llenaba de orgullo oír hablar de Alberti a una mujer que poco tiempo antes apenas sabía leer.

María intentaba siempre que en sus vidas también hubiese un espacio para incorporar una serie de valores que eran útiles en la democracia que vivían en

aquel momento y de paso despertar la curiosidad y el interés por la lectura de novelas.

Era una pena que aquellos triunfos profesionales no fuesen acompañados por triunfos en el campo personal. Estaba sola. Bueno, más que sola acompañada tan solo por un recuerdo que era aún peor que estar sola.

Si realmente hubiese estado sola hubiese empezado una relación con Jaco que muy posiblemente hubiese sido satisfactoria y en este momento tendría los tres hijos del anterior matrimonio y quizás alguno más de ella, aunque ahora para ella ya era tarde para ser madre.

El problema es que no estaba sola. Siempre le acompañaba el recuerdo de aquel hombre que le había robado el corazón y la razón. Aquel hombre que sabía cómo sacar placer de casi cada rincón de su cuerpo y que en un momento de su vida le habían arrebatado bruscamente, como si hubiese muerto, pero que no había muerto y en consecuencia podía cumplir en cualquier momento la promesa que había hecho antes de marchar, la de volver.

Dios mío —pensaba—. *¿Por qué no me das una señal de que está vivo y viene a buscarme*.

Había quién creía que a veces estas solicitudes lanzadas al espacio, tenían respuesta. Lástima que María no creía demasiado en estos temas. Porque no tardaría en llevarse una sorpresa.

Últimamente María se había aficionada a ir los sábados por la tarde al cine. Muchas veces había alguna compañera de trabajo que iba con ella y si no, iba sola. No le importaba. Solía ir al cine Echegaray que habían inaugurado tan solo un par de años antes y que era bastante lujoso. Tenía un barman muy popular que era todo un espectáculo. Al salir del cine se tomaba alguna cosilla y después se iba a casa donde su madre la esperaba para cenar.

Ella le explicaba la película que había visto y después oían las noticias en la radio y hablaban de sus cosas. Josefina se iba a dormir temprano y María se quedaba un rato oyendo la radio o leyendo algún libro.

Aquella semana había ido a ver *Mata Hari* con Greta Garbo como protagonista. La película ya tenía unos tres años, pero le había gustado verla.

No se acababa de creer todas aquellas historias de espionaje y todo lo demás.

Ironías de la vida al salir del cine se encontró como por casualidad frente a frente con Nuria Vega, aquella mujer que ya le había venido a visitar una vez y a traerle noticias de Alfredo.

María se quedó pálida y el corazón le empezó a palpitar sin control.

Pensaba que de un momento a otro se caería al suelo. Nuria, ni corta ni perezosa, se dirigió hacia ella y la tomó de los hombros estampándole un beso en cada mejilla.

—¡Querida María! —exclamó Nuria en voz alta— que gusto verla

¿Cómo está? ¡Cuánto tiempo! María no sabía qué decir ni qué hacer. No le salían las palabras. Estaba a punto de ponerse a llorar.

—Yo también me emociono de verla —le dijo Nuria—. Vamos a tomarnos alguna cosita y hablamos un poquito.

—Está bien —dijo María con un hilo de voz.

Nuria cogió a María del brazo y se dirigieron hacia el bar del cine donde vieron una mesa un poco apartada y donde podían hablar tranquilamente. En realidad, el cine estaba bastante lleno de gente que entraba y salía y había mucho movimiento.

Ellas entraron en contra de la corriente que salía aún de la sesión a la que acababa de asistir María, pero la gente las dejaba pasar sin demasiados problemas. Cuando se sentaron y vino el camarero Nuria pidió un Anís de la zona.

—Creo que ustedes hacen un anís de Ojén. Por favor tráigame uno y otro para mi amiga —dijo Nuria mirándola mientras sonreía—. Ya verá cómo le sienta bien, está aún muy pálida.

En unos segundos el camarero traía los dos anises.

—Bueno querida —dijo Nuria cogiéndole la mano y ahora con expresión seria y sin la actitud frívola de antes— tengo noticias para usted. Espero que se haya repuesto de la primera impresión. Lamento mucho presentarme de esta manera, pero la verdad es que no tengo ninguna otra opción dada mi profesión.

—¿Está vivo? —preguntó María directamente y con un medio susurro.

—Sí, está vivo y está bien —respondió Nuria con una amplia sonrisa.

—¿Cómo es que no se ha puesto en contacto conmigo? —preguntó María sin dar rodeos.

—Le ha sido imposible —respondió Nuria— si me permite le puedo contar la historia ahora que ya la hemos averiguado.

—Por favor cuéntemela —suplicó María impaciente— quiero saber todo lo que ha sido de Alfredo durante toda esta eternidad.

—Pues verá usted María —dijo Nuria— la verdad es que nos ha costado mucho averiguar su paradero. El caso es que como ya sabe estaba bajo mi responsabilidad en Petrogrado y de pronto le perdimos el rastro.

—Sí, cierto, eso es lo último que sabía.

—Alfredo junto con Volodia Vasiliev estaban cubriendo una información relativa a las manifestaciones alrededor del Palacio de Invierno de la ciudad.

Hubo una carga del ejército contra la gente que se manifestaba y por lo visto la desbandada fue general. La gente corría desesperada por la avenida alejándose del centro pero el ejército los perseguía a caballo y cazó a muchos de ellos como si fuesen animales.

—Debió ser horrible —reconoció María que conocía los hechos.

—Si horrible y caótico. Creemos que un soldado se fue hacia ellos y no sabemos bien cómo ocurrió mató a Volodia Vasiliev y deducimos que golpeó a Alfredo en la cabeza.

Nuria, hizo una pequeña pausa y dio un trago de la bebida que le habían traído. Estaba realmente bueno. No introducía aquellas pausas en los momentos más importantes de su relato con intencionalidad, tan solo era un hábito adquirido con los años y con su profesión. No podía evitarlo.

—Siga por favor —le rogó María— llevo muchos años esperando a tener la información que ahora usted me puede dar.

—Pues verá María, el golpe resultó que dejó inconsciente a Alfredo y cuando despertó tuvo la ocurrencia de hablar en alemán, con lo que la gente del hospital pensó que tenía a un sujeto que provenía del enemigo con el que estaban en guerra.

—¿No pudo explicar qué estaba haciendo? —preguntó María.

—Por lo visto no, y aquí está el quid de la cuestión. Alfredo quedó en estado amnésico. No llevaba ningún documento que lo identificara. Lo juzgaron como espía alemán y como no sabían que nombre ponerle le pusieron el nombre más corriente que se les ocurrió. Le llamaron Klaus Schmidt, que viene a ser como llamarse Pepe Martínez en España. Alfredo ya no existía y existía Klaus.

—Eso explica porque nadie sabía nada de él —concluyó María.

—En efecto. Como alemán lo juzgaron y como no lo podían acusar de nada en concreto lo enviaron a un centro de trabajo en Perm que es una ciudad rusa en los Urales y desde allí pasado un tiempo lo enviaron a Irkutsk que está en plena Siberia, al lado de Mongolia y China.

—¿Cómo han averiguado todo esto? —preguntó María.

—Tenemos nuestros contactos —dijo Nuria—. El caso es que yo tengo una relación de amistad y colaboración intensa con la persona que está al tanto de lo que pasa entre la comunidad judía de Rusia. Como usted ya sabe, Alfredo es judío y esa baza la utilizamos para conseguir información. Mi amigo en Rusia y su gente han sido los que lo han localizado.

—La verdad es que les debe haber costado mucho…

—Sí, muchísimo, porque además todo esto ha sido mientras que los gobernantes rusos movían a toda la comunidad hebrea o al menos a buena parte de ella hacia el Este. Ellos fueron todos más o menos deportados hacia Siberia y eso representó reorganizarse una vez más y volver a empezar. La verdad es que fue gracias a uno de sus colaboradores más jóvenes, al que se le ocurrió buscar entre la gente que no estaba identificada o entre gente que pudiese dar una pista y al final lo encontraron.

—¿Sabe si ha recuperado la memoria? —preguntó María mientras pensaba en las repercusiones de esa falta de conocimiento que seguro que había hecho que no la recordase durante todos esos años.

—La verdad es que no lo sabemos. Una vez que descubrí el paradero de Alfredo Estrella empecé a organizar, en colaboración con nuestros amigos rusos, su liberación, pero quería explicarle lo que había pasado y quería saber una cosa.

—¿Qué quiere saber Nuria? —preguntó María intrigada.

—Es fácil. ¿Sigue usted enamorada de Alfredo? ¿Quiere que se lo traiga aquí? O por el contrario después de tanto tiempo ¿considera su relación acabada y piensa que es mejor que cada uno siga su camino?

—Déjeme que le explique —dijo María sin dudar ni un segundo—. Hace más o menos diecisiete años que espero a este hombre sin saber si estaba vivo o muerto. He podido rehacer mi vida y vivir una vida diferente a la que he llevado hasta ahora. Créame que he tenido que renunciar a muchas cosas y entre ellas a ser madre. Eso no quiere decir que me arrepienta, ni que considere que mi decisión fuese errónea, pero sí que hubiese podido ser todo mucho más fácil.

Sigo queriendo a ese hombre y sigo esperándolo.

—Ha respondido muy claro María —dijo Nuria sonriendo por la claridad con la que se había expresado su interlocutora—. Se lo traeré.

—Por favor hágalo. Le estaré agradecida toda la vida —dijo María.

—Bueno, la verdad es que no va a ser fácil.

Una sombra cruzo por el rostro de María.

—Me explico —siguió Nuria— hay dos temas que debemos afrontar. El primero es que mis amigos en Rusia van a contactar con él para ver si sigue en estado amnésico y cuál es su estado de salud general. Dependerá de ello que hagamos una cosa u otra. Por otro lado, se le preguntará lo mismo que se le ha preguntado a usted. Solo lo traeremos aquí si él quiere venir.

—Es natural —dijo María— entenderé que decida olvidarse de todo esto y la verdad es que no le guardaré ningún rencor. Lo entiendo porque también he vivido la misma historia y sé lo difícil que ha sido.

—Hay una segunda cuestión —continuó explicando Nuria— aun teniéndolo perfectamente localizado, en estos momentos y con Stalin haciendo de las suyas, toda Rusia es una prisión sin fronteras. Quiero decir que es muy difícil entrar y salir de la Unión Soviética. Habrá que buscar una manera de salir, que será más o menos como organizar una fuga. Además, habrá que buscar una ruta que nos permita llegar hasta aquí.

—Creo que sabiendo que está vivo y que está bien esperaré mucho mejor de lo que he estado esperando hasta ahora.

—Si quiere, puedo comprometerme a hacerle saber cómo ha respondido Alfredo a la posibilidad de escapar y venir a buscarla. Lo que no puedo asegurarle es cuándo le podremos traer.

—Tarden lo que necesiten, pero por favor, tráigamelo sano y salvo —dijo María casi rogándolo.

Nuria dio un trago de su bebida mientras daba un poco de tiempo a María para poner en orden sus ideas y sus sentimientos. A continuación, Nuria siguió hablando:

—El proceso de fuga no va a ser fácil María. Verá, primero y, tal como le apuntaba antes, tenemos que sacarlo del centro de Rusia. Hay muchos peligros y la ciudad donde él se encuentra está muy lejos de cualquier otro lugar, está rodeada de bosques y espacios vacíos. Por otro lado, es indudable que existen muchos riesgos.

María empezaba a mirar a Nuria con mucha inquietud.

—Ciertamente —siguió Nuria— salir de Rusia es todo un reto. Entiendo que lo mejor es alcanzar la frontera por el punto más próximo a la ciudad y posteriormente hay que atravesar algunas de las montañas más altas del mundo hasta ver qué ruta se sigue para llegar hasta aquí.

—Me está diciendo que pueden pasar miles de cosas —dijo María.

—En efecto, nuestro plan puede salir mal y nos pueden apresar, también puede salir bien y que alcancemos la frontera y podamos salir del país, pero por los territorios a cruzar podemos encontrarnos con centenares de problemas. El camino es lento y penoso.

—¿Estará usted allí? —preguntó María.

—Tengo planeado esperar en algún lugar del trayecto. No entraré en Rusia a no ser que sea imprescindible. Piense que una entrada ilegal en el país es duplicar el riesgo ya que si se me descubriesen quedaría abortada toda la

operación. La idea es esperarle una vez que hayan atravesado las montañas. No tenemos ninguna cobertura de la administración española. Este es un asunto privado.

—¿Qué ruta seguirían después? —preguntó María.

—No lo sé —respondió Nuria—. Una vez que salgamos de Rusia y lleguemos a las montañas habrá que atravesarlas y a partir de allí la ruta habitual sigue más o menos la ruta de la seda a través de Persia y Turquía hasta llegar al Mediterráneo. Tanto nuestros amigos hebreos como yo misma conocemos perfectamente esa ruta y no tiene problemas.

—¿Puedo ir allí a esperarle? —preguntó María.

—Perdone la franqueza, pero sería más una molestia que una ayuda.

Entiendo perfectamente su impaciencia e intento hacerme cargo de todo lo que debe haber sufrido durante todo este tiempo, pero tenerla allí, con nosotros, provocaría una serie de problemas extras donde ya tenemos bastantes.

Ambas mujeres quedaron en silencio unos segundos.

—Además —siguió Nuria— tengo permiso de nuestras autoridades para conseguir a nombre de Alfredo un pasaporte perfectamente legal pero no en todos sitios es fácil el tránsito de los ciudadanos españoles. Estaba pensando en la posibilidad de seguir una ruta alternativa.

—¿Qué ruta sería esa? —preguntó María, cuyos conocimientos de geografía no eran tan amplios.

—Ante cualquier problema que pueda surgir, existe la posibilidad de que, en lugar de ir directamente hacía occidente desde Afganistán, se puede intentar ir hacia el sur y entrar en la India que es una posesión británica y una vez dentro del país dirigirnos hacia Bombay donde nos podemos embarcar hacia Europa.

—Parece menos peligroso —dijo María.

—No se lo crea —dijo Nuria— llegar hasta Bombay, desde la *Nord East Frontier* tampoco es fácil, hay mucha distancia y el trayecto puede ser lento.

Además de que se debe atravesar el Himalaya por algún sitio.

—Ya le comprendo —dijo María— estoy deseando llegar a casa para consultar en un Atlas.

—Con eso lo que le quiero decir es que, aunque tenemos la posibilidad de rescatarle hay dos cosas que pueden pasar, que nuestro plan salga adelante o que no salga adelante y en el primer caso puede pasar que tardemos mucho tiempo en llegar hasta aquí. Es una operación delicada.

—Yo quisiera darle las gracias por las molestias que se debe haber tomado para venir hasta aquí a contarme todo esto —dijo María con sinceridad estoy francamente agradecida.

—Creo que era mi deber. Es la única vez en mi carrera en la que una persona a mi cargo ha estado desaparecida tanto tiempo. Tenía la obligación moral de buscarlo, encontrarlo y traerlo de vuelta.

—Ya le entiendo —dijo María— aunque insisto en que se ha tomado muchas molestias viniendo hasta aquí para informarme de todo esto que me ha explicado.

—Imagino que es un caso de empatía. Usted me gustó cuando la observé en la distancia antes de acercarme. Pensé que era una buena persona y no es muy gratificante para nadie ver como las buenas personas sufren.

A María se le nublaron los ojos de la emoción y los nervios. La verdad es que cuando salió de casa para ir al cine, no se imaginaba que aquella tarde iba a tomar aquel derrotero. Pensaba en que le parecía una exageración aquella película de Mata Hari que había visto, pero resultaba que delante de sus narices tenía una auténtica Mata Hari de carne y huesos. Puede que con *menos glamour* que Greta Garbo, pero le parecía que aquella mujer era de armas tomar y sin duda mucho más lista que la protagonista de la película. Si alguien podía rescatar a Alfredo, esa era ella.

—¿Tiene dónde ir a pasar la noche? —preguntó María.

—Sí, muchas gracias —respondió Nuria agradecida—. La verdad es que cuando estoy en España me muevo por el país con poco tiempo para poder quedarme en ningún sitio. Yo soy de Barcelona y siempre intento pasar algún tiempo en mi ciudad. Invariablemente me toca siempre ir a Madrid en algún momento porque ahí es donde están mis superiores y la gente con la que tengo el compromiso profesional y después, en algunas ocasiones puedo desplazarme a alguna ciudad. A Málaga llegué esta mañana y visite a unos amigos que tengo aquí. Después tuve que localizarla y encontrarla y esta noche, de hecho, en un par de horas me voy al aeropuerto. Un avión me lleva a Madrid y tras una breve escala me espera algún lugar del mundo.

—¿Siempre es igual de interesante? —preguntó María con curiosidad.

—Verá, eso es relativo. Normalmente cuando llego a algún lugar tengo una misión a realizar que requiere de toda mi concentración así que tampoco me queda demasiado tiempo para visitar lugares o gente. Por otro lado, suelo trabajar sola a no ser que esté destinada a alguna misión concreta que requiera a más de una persona. No se crea usted, es interesante pero tampoco lo es tanto, a veces hay que pagar un precio muy alto en desarraigo y sacrificar la

vida personal, tal y como usted ha hecho esperando a un amor perdido durante casi veinte años.

—La verdad es que ha sido muy duro —se sinceró María— pero veo que puede entenderme perfectamente por lo que me ha dicho.

—Bueno, son situaciones diferentes, pero con conclusiones similares. Yo tampoco voy a ser madre, pero yo lo decidí cuando me dediqué a esto. Sabía que era una consecuencia, usted no tuvo esa opción. Anímese, su caso está próximo a solucionarse, aunque aún debemos tener paciencia. Tardará todavía tiempo en poder encontrarse con él.

—¿Cuándo cree que podré ver a Alfredo? —dijo María.

—Primero tenemos que hablar con él y saber que él quiere venir y después necesitaremos como mínimo un año de trabajo y de trayecto para llegar hasta aquí. Atravesar aquellas montañas nos puede llevar unos cuantos meses.

Se hizo un nuevo silencio y Nuria, tras dar un último trago a su bebida le dijo a María:

—¿Me permite un consejo?

—Por supuesto —le dijo María.

—Yo de usted procesaría toda la información e intentaría que lo que le he comentado no circule demasiado. Procure no explicarlo a no ser que sea imprescindible y sin duda a personas de plena y absoluta confianza. Cualquier indiscreción podría hacer que el proyecto fracasase. Por otro lado, lo mejor para conseguir que el tiempo pase lo más rápido posible es sumergirse en la rutina.

Trabaje, vaya a sus reuniones políticas, salga con familiares y amigos, en definitiva, haga su vida lo más normal posible. Esto hará que el tiempo le pase rápido. Si mientras tanto ocurriese algo que hiciese que el plan fracasara, o si Alfredo decide que se quiere quedar en Rusia o no volver a verla o cualquier otro inconveniente, yo me pondré inmediatamente en contacto con usted y se lo haré saber para evitar que siga esperando en vano.

—De acuerdo —dijo María— no se preocupe, tan solo lo explicaré a alguna persona de total confianza.

—Querida María como siempre esta reunión ha sido un placer. Deséenos buena suerte y que lo antes posible esté todo solucionado. Espero no tardar mucho tiempo en poder cerrar este tema definitivamente.

A continuación, Nuria se levantó y adoptando ese papel frívolo del principio se despidió de María otra vez, con dos sonoros besos en las mejillas

y con un tono de voz un poco más alto dándole recuerdos a la familia y asegurándole que pronto se volverían a ver.

Curiosamente, pensó después María, cuando Nuria habló con ella tuvo todo el tiempo un acento catalán bastante marcado, pero cuando se despidió de ella, igual que cuando se encontraron a la salida del cine había hablado con un acento andaluz perfecto.

María necesitó unos minutos para organizar en su mente la información recibida. Acabó lentamente su bebida, aunque sabía que no estaba bien visto que una mujer bebiese sola en un bar por muy bar del cine que fuese.

Afortunadamente su mesa estaba un poco apartada.

Intentó poner sus ideas en orden y dominar la euforia que le había invadido. Debía seguir esperando un tiempo, pero ya no era tanto. Quizás un año, pero seguro que pasaría rápido.

Cuando se levantó de la mesa notaba que sus piernas aun le flaqueaban un poco, pero era de la emoción y no de la bebida. Aún estaba de buen ver y un par de individuos la miraron de arriba abajo sorprendidos por aquella mujer correcta que salía sola del bar. Era muy poco habitual.

Había pasado un buen rato desde el final de la película y ya estaba oscuro.

Se apresuró pensando en que su madre se estaría preocupando por ella. Se sentía bien y estaba muy animada. Por fin podía volver a sentirse optimista. Ella había hecho lo correcto esperando, aunque hubiese tenido que sacrificar centenares de cosas.

Cuando llegó a casa subió las escaleras rápido. Había decidido que su madre era, por supuesto, una de las pocas personas con la que iba a compartir lo sucedido.

—Pero niña, ¿dónde te has metido? me tenías muy preocupada —le dijo Josefina nada más abrió la puerta.

—Mamá, tengo algo que contarte. Ven siéntate conmigo —dijo María cogiéndola del brazo y llevándola hasta la mesa y ambas se sentaron.

María le contó a su madre toda la conversación que había tenido con Nuria. María intentó no dejarse ningún detalle. Al final las dos mujeres lloraban abrazadas, María dando rienda suelta a sus lágrimas contenidas toda la tarde y Josefina por la emoción compartida con su hija.

Tan pronto lloraban como reían y empezaban a hacer planes de cómo iban a enfocar la vida cuando Alfredo llegase. María no iba a dejar a su compañera de toda la vida, a su madre, sola, estaba segura que Alfredo se podía instalar con ellas y vivir los tres estupendamente.

Josefina no lo veía tan claro porque era consciente que podría ser una molestia para la pareja. Le proponía a María que cuando Alfredo llegase ella se iría a pasar alguna temporada con sus otros hijos, pero María se negaba rotundamente. Aquella era la casa de su madre y no tenía por qué irse de allí.

Ella tampoco pensaba que tuviese que dejarla sola ahora que era tan mayor y era cuando más cariño necesitaba la pobre.

Casi a media noche cuando habían acabado de contárselo todo se dieron cuenta que no habían cenado y entre risas prepararon un poco de cena y siguieron cotorreando hasta bien entrada la madrugada.

Menos mal que al día siguiente era domingo y no tenían ninguna necesidad de madrugar. Aquella noche María se metió en la cama con su madre para seguir hablando hasta que se quedaron dormidas.

El domingo lo pasaron tranquilamente y el lunes María se fue a trabajar y Josefina se quedó en casa con vecinas que entraban y salían, con la radio puesta a toda pastilla para hacerle compañía en sus quehaceres habituales.

Pronto ambas volvieron a su rutina y sí que fue cierto que los días y las semanas empezaron a pasar casi sin darse cuenta, tal como le había sugerido Nuria.

La ciudad cada día era más peligrosa. Empezaba a haber asesinatos de gente de extrema derecha por gente de extrema izquierda y al revés. Aquel año mataron a unos hermanos que eran de extrema derecha y amigos de Queipo del Llano que era, según María, un militar fascista emparentado con el presidente de la república y que también era a su vez un personaje que le ponía los pelos de punta.

Juan estaba preocupado por ellas y aunque en Guadalvalle también había incidentes entre la extrema derecha y la extrema izquierda pensaba que estarían más seguras allí.

La verdad es que María se planteó en algún momento enviar a su madre al pueblo, pero Josefina se negó en redondo. María tenía que trabajar y no le daba miedo la ciudad. Había vivido muchas épocas revueltas. Entendía que Juan lo viese de otra manera, se había marchado con veinte años y llevaba muchos más años viviendo en Guadalvalle que en Málaga.

Juan las visitó uno de aquellos días para volver a intentar convencerlas de que dejasen durante un tiempo la ciudad.

—La verdad es que yo estaría mucho más tranquilo si vinieseis conmigo al pueblo —decía Juan.

—Ni hablar hijo mío —le contestaba categórica Josefina—. ¿Cómo voy a dejar a María aquí sola?, bastante ha tenido ya.

—No mamá —decía María— tú te puedes ir unos días y después ya volverás, pero yo tengo que trabajar.

—Si quieres dejar el trabajo por un tiempo —decía Juan— ya sabes que en mi casa no os va a faltar de nada ahora que los niños ya casi no están, tenemos espacio de sobras y además Lola también sufre mucho por vosotras.

—Gracias hijo, pero no me voy —decía Josefina con tozudez y con ganas de llevar la conversación a otros temas— además hay algo más que te preocupa.

Una madre se da cuenta de eso.

—Sí, es verdad —añadió María— yo también te veo preocupado.

—No os quiero crear más inquietudes, pero la verdad es que el niño —hablaban de José, como el niño, aunque ya rondaba los treinta años— me tiene preocupado, se junta con gente de la Falange y cada día están más exaltados. Al niño, mi sobrina, Carmen lo tiene bajo control, pero cada vez son más bestias, además algunos ya han tenido algún problema con el ayuntamiento.

—Pero ¿el niño se mete en líos? —preguntó Josefina bastante preocupada.

—De momento no, que yo sepa, pero no sé hasta dónde se va a dejar arrastrar —dijo Juan—. Además, los de la izquierda, los comunistas, tampoco ayudan ya que son igual de conflictivos. En el pueblo tenemos dos grupos que cualquier día se lían, menos mal que como os decía el niño no se mete mucho y Carmen lo tiene controlado.

—¿Quién le manda meterse en estos líos? —dijo Josefina preocupada en casa no nos hemos implicado nunca en temas de política. No sé de qué os viene a todos tanta afición.

—Bueno mamá —dijo María conciliadora— creo que tiene el mismo derecho que todos a tener sus propias ideas, además, él vivió muy joven toda aquella época de antes del golpe de estado, aún me acuerdo del día del incendio de la Aduana y de cómo sufrió la pobre criatura. No me olvidaré nunca de su cara cuando empezaron a sacar a los muertos. Fue muy impresionante y si a mí me afectó imagino que a él mucho más.

—Tienes razón hija —dijo Josefina— teníamos que haberlo enviado antes al pueblo, papá ya lo decía, pero yo pensaba que no debía ser para tanto.

—Bueno, pienso que lo teníais que saber, aunque no os preocupéis porque entre su mujer, toda la familia de ella y yo, creo que lo tenemos bastante controlado. No quería daros más problemas. Ana también lo contiene bastante.

María vio que Juan había acabado de hablar de todo lo que llevaba en mente y pensó que era el momento de explicarle su encuentro con Nuria.

—Ahora tengo que explicarte yo algo —dijo María mirando a su hermano con un brillo especial en los ojos.

—¿Hay alguna cosa? —preguntó Juan refiriéndose a Alfredo sin nombrarlo en la pregunta.

—Pues sí, he tenido noticias de Alfredo —respondió María con alegría.

—¡No me digas! —dijo Juan casi dando un salto en la silla. Por la cara de María debían ser buenas noticias.

—La verdad es que sí, no directamente pero finalmente lo han encontrado —dijo ella a punto de ponerse a llorar, pero conteniéndose.

—¿Va a venir?, ¿está bien? —preguntó Juan atropelladamente.

—Bueno, según me han contado, está prisionero en un campo de trabajo en la ciudad de Irkutsk que está en Siberia, en plena Rusia, a no sé qué distancia de aquí.

—¡No me digas! —exclamó Juan por segunda vez— explícame como ha llegado hasta allí.

María le estuvo contando toda la reunión de aquella tarde, ahora hacía dos semanas con Nuria Vega a la salida del cine. Juan no dejó de hacer preguntas e intentar indagar más sobre el tema. Él no era un entendido en política internacional pero sí que estaba al corriente de todos los jaleos que habían sucedido en Rusia durante aquellos años y más o menos había seguido todo lo relacionado con la guerra civil y el régimen de Stalin. Hablaron sobre todo aquello durante varias horas.

Juan también aclaró algunos puntos a María sobre la geografía de aquella zona. A él siempre le había gustado mucho el tema. Le contó de los desiertos de Gobi y de la zona del Turquestán chino y de lo poco poblado que estaba todo aquel territorio. Estaban todos emocionados con la noticia. Juan se alegraba mucho por su hermana, al final había hecho bien esperando a aquel hombre al que había cogido mucho aprecio el tiempo que estuvo entre ellos.

Josefina los dejó solos y se fue a la cocina a preparar una tortilla de patata con cebolla y una ensalada con tomates y lechuga para cenar. Casi no se dieron cuenta y sin dejar de hablar se sentaron los tres a la mesa y cenaron.

Josefina estaba feliz viendo como hablaban y compartían penas y alegrías.

No sabía cómo lo había hecho, pero pensó que tanto su marido como ella habían hecho un buen trabajo con sus hijos.

Ya era bastante tarde cuando Juan cogió el coche y encaminó la carretera hacia el pueblo. No era un recorrido largo y el nuevo coche le daba bastante

libertad para moverse.

Cuando llegó Lola la esperaba enfadada por las horas en que llegaba.

Había pensado que le había pasado algo o en la ciudad o en el camino. Juan le estuvo contando las novedades de María —su hermana le había dado permiso para compartirlo pero rogó que no lo comentasen con nadie más— y la verdad es que Lola pensó que el próximo fin de semana quería ver a su cuñada para celebrarlo juntas.

La mujer había compartido el sufrimiento de su marido por su cuñada y admiraba totalmente aquella constancia y fe en Alfredo que tenía.

Realmente habían estado juntos, poco más de un año después dos o tres desde que se lo llevaron, pero aún se escribían y más o menos llevaban diecisiete o dieciocho desde que ella perdió el contacto con él. Era realmente admirable.

CAPÍTULO 23

HUIDA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Desde que Alfredo salió del Hospital se había ido recuperando poco a poco tanto de las heridas físicas como de las psíquicas. Para las físicas bastó con reposo durante un tiempo y lentamente las fuerzas volvieron hasta alcanzar el estado anterior al accidente.

El resto fue mucho más difícil. Al principio se encontraba aturdido casi constantemente. Su mente iba recordando. No recordó de golpe todos los detalles y todos los asuntos que tenía en su cabeza más de quince años atrás pero sí que se fueron añadiendo los recuerdos poco apoco. Era como un estanque que se llenaba lentamente. Él quería abrir el chorro para que el agua cayese a toda velocidad, pero su mente era más lista que él mismo y le iba administrando aquella recuperación tan deseada a la velocidad en que podía ir asumiéndola.

Lo que recordó ya en el hospital era su personalidad. Quién era. También recordó a María, su relación con ella y la urgencia por volver a su lado. Esa urgencia, era aquella sensación constante que tenía parecida a la que se tiene cuando hay que hacer algo importante y sigue estando sin hacer. Curiosamente se acordaba perfectamente de hablar español, en realidad había recuperado mucho del idioma con Sancho y todo lo demás fue volviendo poco a poco.

Recordó su misión en Rusia y el chantaje de las autoridades españolas con respecto a su situación personal. Un día irrumpió en su mente que él era judío. En realidad, no es que no se lo imaginase, más bien fue que aquel tema tomó relevancia entre lo que ocupaba aquel espacio mental que antes había estado vacío. De hecho, sabía hablar una lengua que comprendió que era yiddish. Volvieron a su mente la trágica historia de Volodia Vasiliev, justo antes de que él perdiese su memoria y también su contacto con Baruch Mendel y la corresponsal en la embajada Nuria Vega.

Un episodio especialmente triste fue cuando consiguió recordar toda su historia en Alemania con el asesinato de su mujer y la posterior huida dejando toda su vida anterior atrás. Cada vez era como volver a sentir lo que había sentido en cada uno de los episodios que iba recuperando.

Todo lo que experimentaba era muy curioso. Lentamente iba despertando a su propia entidad. A su manera de entender era como recuperar de pronto una caja y al abrirla encontrar que había muchas cajas menores dentro. Algo como el juego de las muñecas rusas. Conocía cada una de las cajas, pero tenía que ir abriéndolas poco a poco para poder asimilar correctamente el contenido de cada una. Cada nuevo recuerdo le aportaba sensaciones y sentimientos que había olvidado y que ahora debía recuperar.

La ayuda de Sancho Rivera y de Natalia, la enfermera, fue fundamental para ir poniendo en orden sus nuevos recuerdos que se añadían a toda la historia posterior ya que la recuperación de la información perdida no había provocado la pérdida de todo lo transcurrido después.

Una vez que tuvo todo asentado de nuevo en su cabeza empezó todo un nuevo proceso bastante depresivo en el que revisaba su vida actual y todo lo que se había perdido por no recordar.

Era el tiempo de los *¿y si…?* , ¿y si hubiese podido avisar a Sokolov de que tenía nacionalidad española?, ¿y si hubiese hecho aquello en lugar de aquella otra cosa? Fue la peor fase. Pasaba de sentirse culpable por no recordar a sentirse impotente por no haber recordado.

Sancho fue todo el tiempo muy paciente con él y lo escuchaba y le hacía entender la imposibilidad de volver el tiempo atrás y solucionar las cosas que habían ocurrido en el pasado. Poco a poco fue atravesando su dura cabeza lo que su amigo no se cansaba de repetir y empezó a entender que no había tenido ninguna oportunidad de hacer las cosas de otra manera.

Sancho, fue quien le dio pie para una nueva fase:

—Bueno, Alfredo —le dijo con su acento mexicano que no perdía y menos ahora que entre ellos hablaban siempre español—. ¿Qué piensas hacer respecto a María?

—Debo ir a buscarla, pero no sé por dónde empezar —respondió Alfredo.

—Está bueno —exclamó Sancho— ¿tú crees que debe seguir esperándote después de tantos años?

—No lo sé, quizás no, pero debo averiguarlo. Seguro que en algún momento apareció alguien en su vida y acabó creyendo que yo había muerto y que nunca volvería. Al no tener noticias mías se puede haber cansado de esperar.

—No te creas Alfredo, las mujeres son muy raras en todos los países y basta que a ti te parezca algo lo más normal para que ella haya pensado todo lo contrario.

—Debería buscar una manera de contactar. Quizás una carta.

—Ni modo amigo —dijo Sancho—. No parece que lleves tantos años en este país. Si haces eso lo más seguro es que la carta nunca llegue y además descubrirás a estos carceleros quien eres de verdad y otra vez lo removerán todo y ya veremos qué deciden y qué hacen. Puede que te devolviesen a España, pero también puede ser que tarden cinco años. Ya sabes lo lentos que son para todo.

—En eso tienes razón —admitió pensativo Alfredo mientras buscaba opciones en su mente—. ¿Tienes alguna idea?

—Déjame pensar, quizás se me ocurra algo —dijo su amigo.

Al final, al cabo de unos días Natalia le dio la idea a Sancho. Natalia había ido a comer con ellos en el descanso para el almuerzo en el bosque. —Alfredo ya trabajaba de nuevo— y mientras comían los tres propuso:

—Yo creo Klaus. —Natalia le seguía llamando Klaus y le hablaba en ruso, aunque aprendía español a marchas forzadas— que hay una posibilidad de contactar con alguien que nos pueda ayudar.

—Pues, ya me dirás cómo porque yo ya no veo ninguna posibilidad —respondió Alfredo derrotado después de darle vueltas al asunto durante muchos días.

—Tú me dijiste —empezó a explicar Natalia— que cuando pasó lo del accidente en que perdiste la memoria estabas trabajando para la embajada española y en colaboración con la comunidad judía de Petrogrado. Seguro que la gente de la embajada ha cambiado ya que ha habido muchos cambios tanto en mi país como en España. Ni siquiera se decirte con seguridad que sigue existiendo la embajada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sancho que era más impaciente.

—Nada —prosiguió pausadamente Natalia— tan solo pensaba que intentar contactar con la embajada española en Moscú, no creo que sirviese de mucho, a no ser que queramos ir por la vía oficial —aclaró Natalia—. De todas formas, tenemos otra posibilidad.

—¿Cuál es esa posibilidad? —preguntó Alfredo totalmente intrigado.

—La posibilidad que te propongo es ponerse en contacto con la comunidad judía de Irkutsk.

—¿Hay una comunidad judía? —preguntó Alfredo extrañado de que en aquel lugar tan remoto hubiese una.

—Por supuesto —dijo Natalia con una amplia sonrisa.

—¡Ya te dije que las mujeres piensan diferente! —comentó Sancho alegre — a ninguno de nosotros se le había ocurrido.

—No sé cómo están organizados porque son muy pocos, pero la verdad es que han deportado a muchos de ellos desde occidente hacia Siberia. En parte Stalin cree que ellos se alinearon con los partidarios del Zar, aunque a mí me parece que lo que quiere es simplemente quitarlos del medio. Ahora empiezan a hablar de crear una república hebrea y enviarlos allí.

—¿Sería un país independiente? —preguntó Sancho distraídamente.

—Ni mucho menos —respondió Natalia— por lo que he oído sería como una provincia más.

—¿Cómo puedo averiguar alguna cosa? —preguntó Alfredo volviendo al tema y un poco impaciente por contactar con ellos.

—Déjame probar a mí —propuso Natalia— intentaré contactar con alguien de la comunidad y si tú me lo permites les plantearé la situación en la que estás. Por supuesto sin dar nombres.

—Siempre con total discreción —insistió Sancho.

—Claro que sí —confirmó Natalia— con total discreción.

No fue fácil. Los judíos de Siberia no hacían ostentación de su condición religiosa por aquellos días por miedo a represalias de las autoridades.

Aparentemente se habían mezclado entre los demás ciudadanos y realizaban todas sus actividades religiosas en total secreto. Era lo que habían hecho a lo largo de toda su historia y en infinidad de países.

La Sinagoga de los Soldados era la única sinagoga de la ciudad y había quedado clausurada poco tiempo antes. De todas formas, Natalia tuvo buena suerte.

Un día mientras trabajaba en el hospital ingresó un hombre de unos sesenta años con unas fiebres bastante altas. El pobre hombre se había perdido en el bosque y le había tocado pasar una noche a bastantes grados bajo cero antes de que por la mañana lo encontrasen más muerto que vivo. El pobre tenía una pulmonía que dentro de todo era lo menos que le podía pasar.

El paciente, que se llamaba Simón Volkov y pasó unos días bastante malos, al punto de morirse, pero tras el momento más crítico hubo una mejoría y poco a poco se fue recuperando. Natalia fue todo el tiempo muy atenta con aquel pobre hombre y con su familia y casi sin querer se fue ganando su confianza. Cuando Simón ya había mejorado mucho, la fiebre ya era residual y faltaban pocos días para que le diesen el alta, Natalia se decidió a dar el paso.

Aquella noche tenía guardia y la habitación de Simón se había quedado temporalmente sin ningún otro paciente así que podía hablar con total libertad.

Natalia fue hacia la habitación.

—Buenas noches. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Vaya parece que ha llegado mi ángel de la guarda —dijo Simón al verla entrar en la habitación.

—Exagera usted —bromeó Natalia—. He visto que está mucho mejor y que en unos días le van a dar el alta.

—Sí, es verdad. Me ha dicho el médico que quizás en un par de días podré marcharme a mi casa.

—Pues ya sabe que aquí le echaremos de menos y nos puede venir a visitar cuando quiera, aunque no hace falta que para eso se pase una noche en el bosque.

Ambos rieron

—Señor Simón —siguió Natalia— me gustaría hacerle una consulta, pero no quisiera incomodarle así que si usted prefiere no contestar yo lo entenderé.

—Pregunte —le dijo Simón serio y expectante.

—Verá tengo un amigo que tiene un problema y quizás usted me pueda ayudar a encontrar una pista que le lleve a una solución.

—Pues si está en mi mano, estaré encantado de poder ayudarle —dijo el hombre extrañado.

—Mi amigo tiene problemas con las autoridades así que por algunas circunstancias que ahora no son relevantes no puede dar su identidad correcta y vive bajo otra identidad. El caso es que él es judío y cree que contactar con la comunidad judía le puede ayudar a encontrar la solución que está buscando.

—¿Es un problema de carácter político? —preguntó Simón con extrañeza ya que en ese caso no sabía cómo podía ayudar.

—Más o menos. El caso es que he sabido que hace muy poquito cerraron la sinagoga y él no sabe dónde acudir. Necesita contactar con unos amigos anteriores también de su comunidad. No le he comentado que él es hebreo.

—¿Y no tiene familiares que le ayuden? —preguntó Simón.

—Él es extranjero y desde hace varios años perdió toda conexión con sus familiares en el exterior.

—Entiendo. Debe estar muy desesperado. Por supuesto que le voy a ayudar. Por favor dígale que me visite en casa cuando salga del hospital. ¿Le parece que si salgo mañana o pasado venga de aquí a una semana? —comentó

Simón dándose tiempo para recuperarse y hacer algunas averiguaciones previas.

—Muchas gracias. Verá como es una buena persona y le gustará ayudarle —respondió Natalia consciente de la importancia de aquel paso para ayudar a Alfredo.

—Si es su amigo seguro que será así —dijo Simón que en realidad estaba muy agradecido por los cuidados facilitados por aquella enfermera.

—Debo volver a mi trabajo —dijo Natalia satisfecha del resultado.

—Vaya tranquila.

—Si necesita algo ya sabe que hoy estoy por aquí —dijo Natalia ya desde la puerta— iré pasando durante la noche por si le falta alguna cosa.

El primer objetivo estaba conseguido, ya tenían una forma para que Alfredo contactara con la comunidad judía. Por la mañana, cuando acabó la guardia, no pudo esperar más y se fue hacia donde estaban trabajando Sancho y Alfredo y les contó la conversación mantenida la noche anterior. Aquella misma mañana Simón le había dado la dirección donde tenían que encontrarse en una semana de tiempo a contar desde el día en que le diesen el alta médica.

Para Alfredo aquellos días se hicieron eternos y parecía que la semana no acababa nunca de pasar. Finalmente, llegó el día en que tenía que ir a encontrarse con Simón.

Natalia decidió que le acompañaría ya que eso facilitaría las cosas. Ella conocía a la esposa y a los hijos del tiempo que habían pasado en el hospital. Le acompañaría y cuando los presentase se marcharía. Por si acaso aquella mañana había enviado un mensaje confirmando que irían aquella tarde.

Afortunadamente Alfredo tenía mucha libertad para moverse y no tenía que volver hasta unas cuantas horas más tarde. Entre los tres pensaron que era mejor que Sancho no les acompañase ya que no había un objetivo claro sobre la función de aquella visita más que tantear las posibilidades y si iban los tres podía ser que aquella gente se sintiesen intimidadas y se cerrase a hablar con libertad. Natalia recogió a Alfredo y vio que se había arreglado bastante, dentro de las escasas posibilidades que todos tenían en aquellos tiempos. Lo importante es que quería causar buena impresión. Todavía era un hombre atractivo. Con la gracia de haber madurado correctamente. Se había mantenido en forma con el trabajo físico que había realizado toda la vida y era una persona muy correcta en sus modales.

Antes de que tocasen a la puerta, esta se abrió. Aparecieron en la entrada Simón Volkov, claramente recuperado y con mucho mejor color, su esposa Irina y otro hombre de entre treinta y cuarenta años que los esperaban.

A Natalia le sorprendió esa tercera persona que no conocía ya que no la tenía vista del hospital y por lo que había hablado con la familia sabía que no era uno de los hijos puesto que los conocía a todos. Por aquellos tiempos todos se habían acostumbrado a actuar con mucha prudencia y controlar muy bien ante quien hablaban y con quien estaban. El régimen político tenía oídos en todas partes y la gente era arrestada a la menor sospecha.

Natalia abrazó a Irina y a Simón y a continuación presentó a Alfredo, pero lo hizo con su nombre oficial en aquellas tierras, es decir como Klaus Schmidt.

Simón por su parte presentó a la persona que les estaba acompañando.

—Querida Natalia y señor Schmidt tengo el placer de presentarles a un viejo conocido Aarón Goldvich. Verán a lo largo del rato en que estaremos conversando, que su presencia aquí, entre nosotros, está más que justificada.

—Encantada de conocerle —dijo Natalia aun desconfiando.

—Mucho gusto —respondió Aarón.

También se saludaron estrechándose la mano Aarón y Alfredo. Simón e Irina los invitaron a pasar a una salita que ya tenían preparada con varios tipos de dulces y pastelillos y también té para poder conversar tranquilos.

Todos tomaron asiento y fue Aarón quien empezó la conversación.

—Me gustaría poder presentarme con un poco más de detalle y de esa manera poder dar una explicación de mi presencia hoy aquí, en esta reunión.

—Por favor, hazlo Aarón —le animó Simón con una sonrisa— deben estar impacientes y seguro que con un poco de desconfianza —dijo mientras miraba a Natalia.

—La verdad señor Estrella —esta vez habló Aarón dirigiéndose a Alfredo y utilizando su nombre español— es que yo a usted ya le conozco de cuando visitaba la Sinagoga de retrogrado. Tanto Matzav como yo, que por aquella época éramos discípulos del maestro Mendel le observábamos desde una cierta distancia y más o menos ocultos. Aunque en realidad por mucho que nos hubiese visto seguro que con los años que han pasado ya no me reconocería.

Alfredo se había quedado pálido y apretaba la mano de Natalia. Por primera vez se encontraba con alguien que le había conocido en su vida anterior.

—¿Usted conoce a Baruch Mendel? —preguntó Alfredo.

—Por supuesto —exclamó sonriendo— está bien y no vive muy lejos de aquí. Le manda su sincera bendición y un fuerte abrazo. De hecho, no es él

quien ha venido a visitarle en persona porque ya tiene una edad avanzada y aunque se mantiene fuerte no le convienen demasiados desplazamientos.

Nuestra comunidad también ha sido víctima de toda esta época, de las guerras y de las revoluciones casi constantes de estos años.

—Me alegro de saber que se encuentra bien —dijo Alfredo extrañado de los sentimientos que le invadían, podía confirmar que la vida que había recuperado era cierta.

—Aunque usted no lo sepa —siguió Aarón— durante los últimos tiempos le hemos estado buscando intensivamente. La verdad es que nosotros ahora ya conocemos la historia completa. Usted solo sabe una parte así que voy a

—Antes de seguir —propuso Simón— que

Irina les sirva un poco de té y vayan comiendo porque la conversación será muy larga.

Irina atendía exquisitamente a sus invitados. Natalia se levantó y la estuvo ayudando. Cuando ya estaba todo servido Aarón decidió seguir con la exposición de los hechos.

—Cuando usted desapareció en retrogrado tanto el maestro Mendel como la señora Vega de la embajada empezaron una búsqueda desesperada y contra reloj. Tanto mi compañero Matzav como yo, que por entonces éramos muy jóvenes, nos introdujimos en la morgue, en los registros, en los hospitales y en todos los lugares donde pudimos buscando a Alfredo Estrella. Pero no sirvió para nada. A quien sí que encontramos con relativa facilidad fue al cadáver de su compañero Vasiliev.

Aarón mordió un trozo de pastelillo y dio un sorbo de té.

—Excelente Irina —dijo mirando a la anfitriona y luego se volvió a dirigir a Alfredo—. Fue bastante desesperante ya que había desaparecido sin dejar huella. Cuando las cosas se complicaron un poco más en la ciudad las autoridades españolas decidieron sacar a todos los funcionarios y la señora Vega fue enviada a Suecia prácticamente a la fuerza. Ella se sentía responsable y consideraba un error propio lo que les había pasado. Pensaba que tenía que haberlo previsto. En su última reunión con Baruch Mendel le pasó el testigo de su búsqueda y el maestro se comprometió a encontrarle.

—Imagino que no ha sido fácil —comentó Simón con una expresión muy seria.

—Ha sido muy difícil —dijo Aarón con una sonrisa—. Aquí debería comentarle que ha habido muchos avatares dentro de la comunidad hebrea de Petrogrado. Muchos de nosotros fuimos desplazados a Siberia como colonos, pero en verdad era un castigo a nuestra comunidad por haber apoyado

supuestamente al gobierno del zar. Al ser desplazados tuvimos que inventar sistemas para reorganizarnos y reubicarnos y eso ha requerido de mucho tiempo y muchas energías. Afortunadamente tanto el maestro Mendel como Matzav y yo mismo hemos sido enviados a ciudades diferentes pero próximas entre ellas y hemos podido organizamos con una cierta facilidad.

—Lamento mucho toda esta situación —dijo Alfredo.

—Afortunadamente nuestro pueblo está muy acostumbrado a este tipo de cosas, aquí en Rusia y en toda Europa y para nosotros no es nada nuevo —dijo Simón.

—Esto nos atrasó un poco en nuestro cometido —dijo Aarón— y por supuesto la guerra civil y la revolución nos atrasó bastante. El caso es que llegó un momento en que casi por aburrimiento y buscando posibles alternativas a su caso llegamos a la teoría de que usted hubiese perdido traumáticamente la memoria y empezamos a hacer hipótesis sobre qué podría haber pasado.

—Eso es realmente lo que pasó —aclaró Alfredo.

—Dejamos de buscar a Alfredo Estrella —dijo Aarón— y empezamos a seguir la pista a todo aquel que no fue reclamado por algún país y que era sospechoso de poder ser usted. Descartamos a mujeres, niños y personas de edades diferente a la suya. Posteriormente dimos con usted. Seguimos el rastro en su juicio y también en el hospital donde estuvimos y finalmente pudimos confirmar que era usted a quien hacía tanto tiempo que buscábamos.

—¿Hace mucho tiempo que lo saben? —preguntó Alfredo— lo comento porque esta conversación hace un año para mi hubiese sido mucho más difícil de entender ya que hace muy poco tiempo que volví a recuperar la memoria.

—La verdad es que no —dijo Simón— yo expuse el tema en una reunión de mi comunidad y ya me avisaron que Aarón Goldvich venía de camino así que ha sido todo casi al mismo tiempo.

—¿Saben alguna cosa de mi novia en España? —preguntó Alfredo con el nerviosismo aflorándole en la entonación.

—Sí —dijo Aarón mientras que a Alfredo se le detenía el corazón—. Tan pronto como deshicimos el nudo, Matzav se vio con Nuria Vega en Estambul y ella fue a visitar a su novia.

—¿Está bien?, ¿sabe si aún me espera? —preguntó Alfredo angustiado, eso era más de lo que esperaba en realidad.

—La información que me ha llegado es que está bien y que sigue esperándole. Le ha esperado todo este tiempo a pesar de que no ha sabido nada de usted. Tan solo una vez anteriormente Nuria fue a hablar con ella.

Sabemos también que se desplazó a Madrid para ver que podía averiguar. Según parece está impaciente por reencontrarse con usted. Parece que toda la mala suerte que le acompaña en otros aspectos de su vida se convierte en buena suerte en esta cuestión —dijo Aarón ahora con una amplia sonrisa.

Alfredo, después de toda la incertidumbre de aquellos años, de no saber quién era y qué estaba haciendo allí, después de recobrar la memoria, de las condiciones en que había vivido todo aquel tiempo y de todo lo que se había tenido que endurecer su carácter para sobrevivir no puedo evitar que al principio la emoción se dejase ver en sus ojos y después en sus lágrimas. Eran lágrimas silenciosas. Retenidas durante muchos años y también retenidas en aquel momento por su sentido del ridículo.

Irina y Natalia se unieron solidariamente a Alfredo en sus lágrimas y Natalia le abrazaba tomándolo por los hombros, intentando consolarle. Fue un momento muy emotivo. Hasta Aarón y Simón estaban emocionados. Así pasaron unos minutos hasta que se fueron calmando poco a poco. El primero en hablar fue Alfredo

—Perdonen. Normalmente controlo bien mis emociones y no estoy acostumbrado a que me pasen estas cosas —se excusó Alfredo.

Irina respondió dándole un beso en la frente. Todos los demás tenían la mirada bajada.

—Es comprensible —dijo Aarón.

—Yo hubiese reaccionado igual —dijo Simón solidario.

—Sabemos que le esperan en España y ya le tenemos localizado. Mi pregunta puede sonar a absurda, pero debo hacerla. ¿Quiere usted volver a España? Nuestras instrucciones en caso afirmativo son llevarle hasta María Martí.

—Por supuesto que quiero —afirmó rotundamente Alfredo— y lo antes posible. El problema es que soy un prisionero, bastante libre, pero prisionero al fin.

—Bien, sabido esto le comento lo que hemos pensado y medio planeado para usted —dijo Aarón.

—Perdón —interrumpió Irina— ya sé que no está bien que interrumpa la conversación, pero he pensado que posiblemente a través de nuestra comunidad podríamos hacer algo para que llegase a manos de María una carta escrita por Alfredo, por ejemplo.

—No lo había pensado —sonrió Aarón— pero parece una buena idea.

—La verdad es que casi no recuerdo como se escribe en español, pero me gustaría mucho poder escribir alguna cosa.

—Está bien —dijo Aarón— de alguna forma conseguiremos que le llegue, pero tiene que ser bastante neutra en tanto que no debe dar pistas a nadie si es interceptada.

—De acuerdo —dijo Alfredo.

—Sancho te ayudará a escribirla —añadió Natalia.

—Bueno —dijo Aarón— hemos estado pensando en la posibilidad de sacarle del país por la vía legal. La verdad es que hoy en día parece una tarea bastante complicada. Habría que reabrir su juicio y volverle a juzgar. La mayor parte de los agentes de aquel momento están muertos y además su situación aquí no era clara y fácilmente saldría todo a la luz. Hemos pensado en la alternativa de organizar una fuga a pesar de que es mucho más peligroso. Así que debe usted decidir entre un proceso legal que será lento pero que con el tiempo puede conseguir ganar o una fuga mucho más peligrosa y con muchos riesgos pero que será *a priori* mucho más corta a pesar de la gran distancia a recorrer. Piénselo detenidamente.

Alfredo casi automáticamente empezó a pensar, pero de pronto le vino la decisión a la cabeza. No había nada que pensar.

—Quiero salir de aquí lo antes posible. Estoy más próximo a los cincuenta años que a los cuarenta. No me sobra el tiempo.

—Entendido —respondió Aarón mientras se levantaba de la silla donde estaba sentado y se dirigía a un maletín que llevaba.

Aarón saco un pliego de papeles y lo extendió encima de la mesa después de que Natalia e Irina apartaron todas las tazas y bandejas.

Se trataba de un mapa a gran escala, ya que ocupaba toda la mesa, y mostraba una zona que iba desde Omsk a Ulan-Ude y desde Novosibirsk al Pamyr. Cuando estuvo listo señaló un punto

—Estamos aquí —dijo Aarón—. Si organizamos una huida según lo que dice el sentido común, lo normal sería que una vez escapásemos nos dirigiésemos hacia el lago Baikal y nos hiciéramos a la mar. En ese momento nos habrían perdido el rastro. Navegaríamos hacia algún punto de la costa de unos ochocientos kilómetros y que es difícil de controlar y si tenemos suerte, al desembarcar nos dirigiríamos a Mongolia y después a China.

—Parece lo lógico —afirmó Simón.

—No es lo que vamos a hacer —dijo Aarón—. La razón es porque nos buscarán según esos planteamientos. Primero nos perseguirán hasta el lago y después por la costa hasta que nos intercepten. Los sistemas para perseguir a fugitivos hoy en día están muy desarrollados. Ya no es como antes.

—¿Qué propone Usted? —preguntó Alfredo.

—Mi propuesta puede parecer mucho menos viable, pero planteo una ruta alternativa e inesperada que nos da mejores posibilidades de que no nos encuentren siempre que seamos capaces de superar los inconvenientes geográficos.

—¿Habla de dirigirse hacia el Pamyr? —preguntó Simón mirando el mapa.

—Este sería el primer objetivo —dijo Aarón—. Se trataría de salir en dirección a los montes Savan al oeste y desde allí cruzar a Mongolia. En Mongolia aún no estamos a salvo así que habrá que viajar en caballo y con los nómadas del país.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Alfredo intrigado.

—Tenemos algunos amigos que nos ayudarán en todo momento. Por ahora basta con que usted se preocupe por mantenerse en un caballo sin caerse.

—Había montado hace bastantes años, pero no sé cómo se me dará ahora —dijo Alfredo.

—Una vez en Mongolia la ruta a seguir sería hacia las montañas Altái.

Esta parte, la de las montañas, puede ser una de las más duras del trayecto.

Desde allí cruzaremos hasta Sinkiang. El país se acaba de independizar de China y tienen una república que es totalmente caótica. Eso es muy peligroso para nuestra seguridad, pero nos ayuda en nuestro objetivo ya que las autoridades no nos controlarán. Desde allí iremos en dirección al Pamyr.

—¿Y cuando lleguemos allí? —preguntó Alfredo.

—Lo que le he comentado hasta ahora es la parte más difícil del viaje.

Esa es la parte en la que yo le acompañaré. A partir de allí le esperará o Matzav o Nuria Vega que le acompañaran o bien siguiendo la ruta de la seda o bien dirigiéndose hacia el Imperio Británico y entrando en la India. Esto está todavía por decidir.

—¿Cuánto tardaremos? —preguntó Alfredo.

—Si todo va bien en llegar al Pamyr tardaremos unos meses. Llegaremos hacia el inicio del año 36. Hay que salir de aquí aprovechando que se acaba el verano ya que de esa manera no cruzaremos los desiertos con temperaturas tan altas y hay que llegar al Pamyr antes de que el invierno este en su punto más crudo. Son unos tres mil quilómetros en línea recta atravesando montañas y desiertos.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Alfredo impaciente ante la perspectiva de que su vida iba a tomar un nuevo giro.

—Hay que organizarse en menos de quince días que es el tiempo mínimo que necesitamos para organizarlo todo —dijo Aarón sin pestañear.

—Queda una cuestión —dijo Alfredo—. ¿Cómo desapareceré de mi lugar de trabajo?

—Ya que usted trabaja limpiando bosques, he pensado que lo mejor sería provocar un incendio forestal. Su amigo Sancho Rivera avisaría de que usted se encuentra en la zona de mayor virulencia de las llamas, mientras tanto nosotros habremos empezado a huir. Espero que para cuando consigan dominar el incendio estemos ya próximos a cruzar la frontera con Mongolia. No encontrarán su cadáver carbonizado, pero tampoco se empeñarán mucho en hacerlo así que al cabo de unos días le darán por muerto y ya no le buscarán en ningún sitio. ¿Tiene alguna pregunta más? —dijo Aarón.

—Veo que tan solo tengo que dejarme llevar —respondió Alfredo.

—Yo ahora debo marcharme —dijo Aarón—. Prepare una nota para su novia, por favor muy breve, si puede ser de cinco o seis palabras y sin ninguna pista que haga que las autoridades de aquí le identifiquen como el autor, cuando la tenga entregúesela a Simón. Nosotros la haremos llegar a María. El día anterior a que pongamos en marcha nuestro plan y su huida, recibirá un mensaje a través de Simón y Natalia, tan solo tiene que estar preparado.

—Así lo haré —dijo Alfredo—. ¿Cómo puedo agradecer todo lo que van a hacer por mí?

—Digamos que es el final de una colaboración y un tema que estaba pendiente. En realidad, nosotros le estamos agradecidos a Usted. Nosotros en realidad, somos la comunidad hebrea de retrogrado y el consulado español a través de Nuria Vega. El tiempo que trabajó para nosotros nos fue muy útil, aunque usted nunca lo llegó a apreciar.

Había anochecido y Alfredo debía volver rápido para evitar tener problemas. Cuando llegó y pasó los controles Sancho le esperaba impaciente en la celda. Alfredo le contó todo lo que había averiguado y cuáles eran los planes a partir de ahora. En algún momento Alfredo le planteó a Sancho la posibilidad de huir con él, pero Sancho la rechazó. No tenía ninguna intención de volver y menos ahora que estaba con Natalia.

Al día siguiente Alfredo le pidió ayuda para escribir la nota a María.

—¿Tan solo cinco o seis palabras? —se quejó Sancho.

—Sí y además no pueden dar muchas pistas de donde estoy ni de mi intención.

—Eso va a ser muy difícil —concluyó.

Estuvieron haciendo intentos y borradores que Sancho corregía ortográficamente. Parecían dos adolescentes escribiendo una nota de amor.

Finalmente se decidieron por seguir las normas, aunque se excedieron en el número de palabras. El mensaje era:

Ni siquiera escribiendo un libro entero podría decirte como te quiero y como te echo de menos. Cuento los minutos que faltan para poder volver a abrazarte.

Al final eran casi treinta y Sancho se negó rotundamente a sacar los adjetivos y conjunciones. Le decía que para eso escribiese el mensaje en código Morse. Al día siguiente Natalia entregaba la nota en casa de Simón.

Ahora ya no había nada más que hacer, salvo esperar que llegase el mensaje avisando del día. Aarón había hablado de menos de quince días, pero la verdad es que pasó casi un mes hasta el momento en que Natalia llegó a donde estaban Sancho y Alfredo, después de hacer su trabajo del día.

Besó a Sancho y miró a los ojos a Alfredo diciéndole:

—Mañana a las diez de la mañana.

—Estaré preparado —dijo Alfredo.

—Cuando llegue la gente a apagar el incendio debes decir que la última vez que viste a tu compañero se dirigía hacia allí —dijo Natalia a Sancho y añadió—. Me ha dicho Simón que no lleves absolutamente nada que no sea imprescindible dijo mirando a Alfredo.

Ni Alfredo ni Sancho pudieron dormir en toda la noche. Hablaron y hablaron, aunque Sancho estaba preocupado ya que no era una buena idea escaparse de aquel país sin antes haber descansado lo suficiente. Las distancias eran enormes.

Sancho le pidió que si tenía ocasión escribiese a su familia en México y les explicase que estaba bien y que se iba a casar en unos meses con Natalia, cuando consiguiese el permiso del gobierno de la provincia y que después seguramente lo indultarían y sería libre. Al menos tan libre como permitía el régimen soviético en aquellos días.

Alfredo se llevó las cuatro cosas que tenía en un pequeño zurrón. Apenas nada ya que desde que quedó inconsciente en Petrogrado no había acumulado ningún tipo de propiedad, ni grande ni pequeña.

Por la mañana tomaron su desayuno y Alfredo comió algo más de lo habitual para tener fuerzas. Había dormido pocas horas, pero al final las había dormido profundamente y se encontraba bien.

Empezaba a tomar conciencia de que su día a día de aquellos últimos tiempos se había acabado y que a partir de la hora en que empezase el incendio retomaría su vida anterior que había quedado congelada en una avenida de Petrogrado corriendo delante de un militar a caballo. Fue todo según lo previsto. A las diez en punto y a la vez que tomaba fuerza un incendio a unos metros de donde ellos estaban aparecía Aarón Goldvich con dos caballos.

—Sube —dijo Aarón.

Alfredo subió al caballo sin problemas.

—Buena suerte —dijo Sancho— sin poder contener un sollozo después de abrazarle unos segundos.

—Hasta siempre —respondió Alfredo muy emocionado, mientras los dos jinetes se ponían en movimiento.

Aarón tenía totalmente memorizado el plan a seguir. El primer objetivo era alcanzar la frontera del país. Cabalgaron sin parar durante casi doscientos kilómetros en línea recta atravesando campos. Cada vez la pendiente era mayor, se percibía que estaban subiendo una cordillera.

Fuera de las carreteras y caminos no se cruzaron con nadie. Cabalgaron sin descanso por entre aquellos paisajes de alta montaña. Al cabo de bastantes horas sin parar Aarón detuvo el caballo y Alfredo le imitó.

—Bueno amigo, a partir de ahora eres un fugitivo —le dijo sonriendo.

—Sí —dijo Alfredo— buscando la libertad.

Aarón buscó ropa que traía en la alforja para Alfredo. Sacó una casaca y unos pantalones cómodos que abrigaban y se los dio a Alfredo.

—Ponte esta ropa. Abriga más y es el tipo de ropa que llevan los campesinos de estas tierras. Nos ayudará a pasar más desapercibidos si tenemos algún problema.

Alfredo se puso lo que le había dado Aarón.

—A partir de ahora —dijo Aarón— vamos a convivir durante una larga aventura así que mejor que nos tuteemos y que hablemos en yiddish.

¿Recuerdas el idioma?

—Sí, aunque no con la soltura de otras épocas.

—No te preocupes, practicaremos. Tendremos bastante tiempo. La razón es que así nadie nos entenderá, a no ser que sea judío, y podremos hablar con más libertad, aunque hasta ahora no hemos encontrado a nadie por el camino llegará el momento en que nos encontremos gente.

—De acuerdo —dijo Alfredo— yo sigo tus instrucciones.

—Por cierto, he visto que cabalgas muy bien. Eso me había hecho sufrir ya que no sabía cómo resistirías.

—Hacía mucho tiempo que no montaba. Quizás sea una de esas cosas que no se olvidan —respondió Alfredo sintiéndose después de muchos años un hombre libre.

Aarón sacó de la alforja dos trozos de queso, pan y una bota de agua.

Comieron y bebieron y en media hora ya estaban otra vez de camino. Aquellos caballos eran animales preparados para resistir aquella paliza casi sin resentirse.

A pesar de todo procuraron no cansar en exceso a los animales que tenían que acompañarlos durante bastantes kilómetros. Alcanzaron el monte Sardyk cuando empezaba a anochecer. La montaña era imponente y según le explicó Aarón alcanzaba los casi 3500 metros de altura. Ellos no subieron, sino que la rodearon.

Por aquellas tierras no había fronteras con puestos de guardia como en Europa ni siquiera alambres que separasen los países. Había patrullas que circulaban por la zona, pero el control era relativamente fácil de superar, sobre todo si iban a través de los territorios más inhóspitos.

Entraron en Mongolia sin ningún problema. Alfredo había dejado atrás el país al que había llegado en 1917, habían pasado dieciocho años. Nunca se imaginó durante todo este tiempo que sería tan fácil salir de allí.

A pesar de que oscurecía siguieron cabalgando saliendo de la zona donde podían encontrarse con patrullas. Mongolia era independiente, pero tenía una estrecha relación con la Unión Soviética que actuaba de gran aliado y país hermano, así que si bien se habían superado algunos riesgos seguían en territorio peligroso para ellos.

A unos treinta kilómetros de donde habían pasado la frontera encontraron a lo lejos una *yurta*. Se trataba de las típicas viviendas que utilizaban los nómadas de aquella zona. Aarón le explicó que estaba hecha de todo tipo de materiales pero que en su caso se trataba de pieles de caballo. Era fácil de montar y desmontar.

Alrededor de la *yurta* había un pequeño rebaño de vacas que pastaban libremente en aquella inmensidad. El cielo estaba lleno de estrellas y daba la sensación de que casi se podían tocar con la mano. Alfredo imaginó que se trataba de un efecto óptico debido a que estaban a mucha altitud y por eso tenía esa sensación.

Cuando llegaron a la *yurta* descabalgaron y salió a recibirles una pareja joven. Aarón los presentó en ruso:

—Alfredo, te presento a nuestros amigos de Mongolia que nos van a acompañar hasta Sinkiang. Te presento a Ivanjav, que nosotros llamamos Jav y a su esposa Deegii.

Todos se saludaron en ruso. Jav los hizo pasar al interior de la *yurta*.

Dentro Deegii les había preparado cena a base de carne de vaca y leche con té.

Aquella bebida parecía más una sopa que lo que realmente era, con buen gusto, a pesar de ser un caldo muy graso.

Devoraron toda la comida que les pusieron. La comunicación parecía que iba a ser difícil ya que Deegii no hablaba ni una palabra de nada que no fuese mongol e Ivanjav solo conocía unas pocas palabras en ruso.

Tantas como Aarón, había aprendido de mongol. No hacía falta. Se entendían por gestos. Aquella noche durmieron bajo los efectos del cansancio.

Por la mañana cuando Deegii les despertó ya estaba preparado un desayuno consistente. Tomaron todo lo que estaba allí cocinado para ellos y cuando acabaron se pusieron la ropa que Jav les había dejado. Aarón se llevó a Alfredo fuera para poder conversar tranquilamente mientras que Jav y Deegii recogían la *yurta* en cuestión de minutos.

—A partir de hoy durante setenta u ochenta días vamos a ayudar a esta pareja a llevar su ganado hacia el sur —le explicó Aarón.

—¿Esta es nuestra coartada? —preguntó Alfredo.

—Sí. Ellos nos ayudan a escapar y nosotros les pagamos ayudándoles con el ganado. Es previsible que lleguemos a los montes Altái y la frontera con Sinkiang en los primeros días de marzo.

—Espero poder ser un buen pastor —dijo Alfredo.

—Por supuesto —respondió Aarón—. Tan solo tenemos que seguir las instrucciones de Jav. Será fácil.

Cuando volvieron donde había estado la *yurta* estaba todo recogido y no quedaba ni rastro de que habían dormido allí mismo aquella noche. Se pusieron en marcha rumbo al suroeste.

La mayor parte del tiempo, estaban todos en silencio e iban siguiendo a los animales que se apartaban demasiado del grupo. Los paisajes eran impresionantes. Llanuras sin fin de color verde y llenas de hierbas bajas que los animales iban rumiando.

Impresionaba no ver un solo árbol en el horizonte cubierto por llanuras, que la mayor parte del tiempo, no se veían interrumpidas por nada. Muy raramente se encontraban con otros grupos de pastores. Se solían saludar de lejos y cada uno seguía su camino.

Ellos iban tarde para lo que era lo habitual en aquella zona. Los rebaños se habían trasladado al sur hacía un par de meses, pero afortunadamente iban encontrando alimento suficiente como para poder mantener vivos a las reses durante el trayecto.

El tiempo era frío y el viento corría por la llanura con una fuerza brutal.

Quizás esa era la razón por la que no había árboles en aquellas planicies. Poco a poco el paisaje fue evolucionando hacia el desierto. Ellos no atravesaron el desierto del Gobi, pero se movieron por sus límites. No se separaban de las montañas y de esa manera conseguían mantener a los animales bien alimentados.

Ni Alfredo ni Aarón tenían grandes conversaciones con sus anfitriones.

Ellos tampoco las buscaban. Eran gente de pocas palabras. Se trataban entre todos de forma muy cortés pero distante.

Aarón le explicó a Alfredo que, en agradecimiento por su ayuda, la comunidad judía había pagado la mitad de las vacas del rebaño que estaban trasladando y ofrecían también la ayuda con la que ellos dos contribuían en aquella trashumancia. Esta era la razón por la que se estaban trasladando hacia el sur tan tarde ya que aquella familia no se hubiese movido de su lugar de origen con el rebaño tan reducido que tenían antes.

La relación entre Alfredo y Aarón se fue haciendo más profunda con los kilómetros. En los ratos en que no pasaba nada o no tenían nada en concreto para hacer se explicaban sus vidas. Aarón le explicó también cómo había evolucionado el mundo durante todos aquellos años. Le habló sobre la evolución de los países, de cómo Alemania ahora estaba gobernada por el partido nazi y el loco de Hitler, y de las perspectivas tan negativas que tenía el futuro a corto plazo en Europa.

También le explicó cuál había sido la evolución durante todo ese tiempo en España para que se pudiese hacer una idea de lo que tenía que haber vivido María durante todos aquellos años.

Alfredo volvió a recuperar poco a poco el conocimiento de la geografía y la política de aquel mundo que había prácticamente olvidado durante todo aquel tiempo perdido.

Las conversaciones eran en yiddish tal y como habían acordado, aunque en aquel lugar hubiesen podido gritar hasta desgañitarse en ruso o en cualquier otra lengua y si no era mongol difícilmente nadie iba a entenderlos.

Los días se fueron sucediendo lentamente hasta el punto en que empezaron a parecerse entre ellos y perdieron la noción del tiempo. En aquel momento no eran capaces de tener claro qué día de la semana o del año era.

Afortunadamente tanto Aarón como Alfredo iban contando los días y podían saber cuánto tiempo faltaba para llegar a la frontera de Sinkiang.

Finalmente llegaron a la nueva república. Lo mismo que había pasado cuando entraron en Mongolia pasó al llegar a la república de Sinkiang. Subieron montañas y cuando se dieron cuenta ya habían atravesado la frontera. Atrás quedaba Mongolia e Ivanjav y Deegii. A su manera se dieron las gracias unos a otros y se desearon buena suerte.

Al poco de entrar en el territorio se encontraron con Aritz y un acompañante. Aritz era el encargado de acompañarles hasta la frontera de la

India en el Karakorum. También era un hombre de pocas palabras. Hablaba solo su idioma que según le explicó Aarón a Alfredo era un idioma emparentado con el turco.

En este caso la extensión a recorrer era de unos 1800 kilómetros y calcularon que llegarían a la frontera en junio. Aritz era de aspecto europeo. Por lo visto era lo habitual en aquella región, aunque se fueron cruzando con gente con rasgos mongoles en algunas ocasiones. En esa región vivían los Uigures, musulmanes de origen indoeuropeo, algunos rusos ortodoxos además de chinos y mongoles. Era una tierra de mezcla de razas y culturas.

El objetivo era cruzar el territorio, Aritz había recibido una parte de su salario previamente y el resto lo recibiría al llegar a Srinagar con ellos dos en buen estado. Fácilmente los podrían haber matado y robado si no hubiese sido porque el resto del pago sería al final. Aquellas tierras eran peligrosas. Llevaban tiendas de campaña y cuando era posible dormían en alguna vivienda donde alquilaban alguna habitación. El primer territorio que atravesaron fue una tierra que llamaban Dzungaria, una depresión que se había quedado seca y se había convertido en una especie de desierto helado donde las temperaturas eran extremas y con una amplitud térmica bestial. Afortunadamente habían adaptado sus vestimentas a la nueva climatología. Aquel territorio se acabó cuando alcanzaron la ciudad de Urumqi que era la capital de la república. En realidad, no llegaron a entrar en la ciudad tan solo la bordearon y llegaron a una vivienda en las afueras donde vivía Aritz con su familia y donde descansaron tres días aprovechando para comer y dormir y recuperar fuerzas para seguir el camino.

Cuando se volvieron a poner en marcha se dirigieron hacia Taklimakan, una de las peores pesadillas que se podían encontrar por aquellas tierras. Ante ellos se extendían unos mil kilómetros de desierto de arena.

Habían cambiado los caballos por camellos. Fue la primera vez en que Alfredo estuvo convencido de que no lo conseguirían. Afortunadamente tanto

Aarón como Aritz tenían la determinación suficiente como para avanzar incansablemente.

La travesía se hizo eterna y parecía que detrás de una duna invariablemente había otra duna y que aquel lugar del mundo era el final a toda posibilidad de sobrevivir. Al final ya ni siquiera hablaban entre Aarón y Alfredo. Estaban agotados y plenamente concentrados en su supervivencia.

Reservaban sus fuerzas en respirar y mantenerse encima de sus monturas.

Tardaron un mes en cruzar aquel territorio lleno de insectos y animales de picadura mortal para ellos, hasta que al final se encontraron ante las montañas Kunlun.

Parecía que se habían salvado pero lo que les quedaba aún era difícil.

Subieron montañas enormes a alturas de vértigo y con hielos eternos. Pasaron de casi morirse de calor a casi morirse de frío. Habían vuelto a cambiar los camellos por caballos en Hotan, y también habían adaptado la vestimenta. Aritz los condujo por desfiladeros muy pocos transitados donde pudieron esquivar todo tipo de patrullas que controlasen el tráfico de personas y mercancías.

Estaban abandonando Sinkiang y entrando en el Imperio Británico. Entraban en la India por el norte, por la zona de Cachemira y se dirigían hacia la ciudad de Srinagar. Parecía que lo habían conseguido.

Habían cruzado algunos de los territorios más duros del planeta. Habían pasado por estepas interminables y desiertos también interminables. Habían estado a punto de morir de calor y de morir congelados y habían conseguido escapar de las autoridades soviéticas lo cual era igual de meritorio que todo lo anterior.

Estaban llegando a una ciudad donde Aarón y Alfredo se separarían después de casi seis meses de travesía. Aarón no sabía que ruta iba a seguir Alfredo después. Él tenía ya planeada la suya. Desde Srinagar y ya no como fugitivo se dirigiría hacia Afganistán y de allí entraría en la Unión Soviética por Uzbekistán para ir a Samarcanda.

Allí tenía la coartada de que había estado colaborando en las investigaciones de la ruta de la seda para su amigo Matzav y que acabado el trabajo, que un especialista ya había hecho por él, se dirigiría hacia su hogar siberiano.

Nada más entrar en la India el paisaje fue cambiando. De momento atravesaban montañas, pero poco a poco se veían más pueblos y más gente. Estaban entrando en una tierra fértil y mucho más poblada que las inmensidades de más al norte.

Era ya de noche cuando llegaron a Srinagar. Era una ciudad. Una auténtica ciudad. No muy grande, pero con todas las características de una urbe.

Dejaron los caballos a la entrada y se dirigieron andando hacia un lugar donde había dos personas esperando.

Al principio, dada la oscuridad que había, Alfredo no distinguió de quién se trataba; cuando se fueron acercando se dio cuenta que aquella mujer que había allí le era familiar.

Poco a poco se fue dando cuenta que se trataba de Nuria Vega. Le estaba esperando. Aarón aceleró el paso y se fundió en un abrazo con su amigo Matzav. Había recorrido unos 3600 kilómetros, pero si contaba desde la última vez que la había visto a la Señora Vega, eran más de siete mil y para ello había tardado diecinueve años.

—Bienvenido de nuevo —dijo Nuria sonriendo.

Alfredo se fundió con ella en un abrazo como si fuese una vieja conocida de toda la vida cuando en realidad ellos dos habían tenido muy poca relación directamente en los tiempos de Petrogrado.

Por primera vez fue plenamente consciente de que se había salvado.

CAPÍTULO 24

LOS DÍAS PREVIOS A LA GUERRA CIVIL

María vivía con una nueva ilusión. Por primera vez después de muchos años de espera en los que no sabía muy bien si algo de todo aquello tenía sentido, ahora por fin esperaba, pero ahora, sabiendo que sí que había una razón para ello.

Alfredo estaba vivo y localizado. Era una cuestión de tiempo que volviese a encontrarse con él. No le cabía la menor duda de que se volverían a encontrar.

Era curioso ya que María no era una persona excepcionalmente segura de sí misma, pero sobre su relación con Alfredo y a pesar de todas las dificultades, no se planteaba ninguna duda.

Es posible que eso fuese una estrategia inconsciente para mantener su cordura. Era la forma en que todo tenía un poco de sentido porque bajo cualquier otro prisma toda aquella espera había sido una pérdida de tiempo de consecuencias difíciles de calcular.

A pesar de que su estado anímico y su vida personal habían mejorado en los últimos tiempos, la situación global del país y en particular la de la ciudad eran bastante preocupantes. Se estaban repitiendo situaciones que la población había pensado que no volverían nunca más. Era como una pesadilla que volvía periódicamente y de forma cíclica.

La sociedad se estaba radicalizando otra vez. Todo el mundo se alineaba o con la izquierda más extrema o con la derecha más radical. Cada vez quedaba menos gente al margen. Según como, parecía que la locura se había convertido en la enfermedad de aquellos tiempos igual que la peste lo fue en el pasado.

No era extraño ver enfrentamientos en la calle entre la gente y algún que otro intento de atacar alguna iglesia o alguna propiedad privada de alguna *familia bien* de Málaga o de cualquier ciudad del país. Generalmente los

mismos ciudadanos que pasaban por allí conseguían convencer a los exaltados que no valía la pena, pero de vez en cuando no salía bien esa mediación y ocurría la locura.

La situación era tal que hasta el propio Juan en Guadalvalle había decidido abandonar de momento la política y buscaba la manera de salir de su cargo sin hacer que la situación en el pueblo se radicalizase aún más. De hecho, en esa alineación que se iba produciendo cada vez más radical la alianza de partidos a la que pertenecía Juan iba convergiendo cada vez más con la ideología de extrema derecha de la falange a la que pertenecía su hermano.

María por su parte se mantenía firme en su ideología de izquierda y simétricamente a lo que pasaba con su hermano sus referencias de carácter socialista cada vez se alineaban más con la ideología de extrema izquierda al estilo comunista que estaba triunfando de momento en la Unión Soviética. A pesar de todo, y en los últimos tiempos parecía una paradoja que se identificase con ideologías del país donde sabía que estaba prisionero la persona a la que amaba y esperaba, aunque ella misma razonaba que la causa de esa prisión no tenía que ver con el comunismo en sí, sino con otras circunstancias.

Posiblemente en un sistema fascista lo hubiesen liquidado sin ningún problema al día siguiente de hacerlo prisionero.

Poco a poco se iban quedando sin voz las personas más moderadas y al mismo tiempo los radicales cada vez gritaban más. En realidad, los comunistas y los fascistas, según como se mirase tenían dos formas de ver las cosas bastante dispares pero que en el fondo compartían muchos puntos en común.

Juan iba mucho a Málaga, a veces acudía a hacer gestiones de tipo político en la sede de la coalición de partidos en la ciudad y en ocasiones a realizar gestiones administrativas y mantener reuniones con representantes de la diputación provincial encaminadas básicamente a obtener recursos para su municipio.

Casi siempre cuando pasaba por Málaga intentaba visitar a María y a su madre. A pesar de que en otras familias habitualmente pasaba lo contrario, los hermanos, incluido José, mantenían bastante al margen sus posiciones políticas de su relación personal. Todos conocían lo que pensaban los otros y para nada evitaban hablar de temas políticos, pero intentaban siempre mantener los niveles de respeto y cortesía necesarios para poder expresarse libremente. Antes que cualquier otra cosa eran hermanos.

Ana y Marta se mantenían distantes de todas aquellas cuestiones y la verdad es que se veían menos con los demás ya que Marta estaba más alejada geográficamente al residir en Coín, y Ana, a pesar de vivir en Guadalvalle, tenía sus propios problemas.

En realidad, tanto Ana como Marta se encontraban en un momento de sus vidas en el que tras los primeros años de matrimonio en ambos casos no conseguían ni una ni otra concebir hijos.

El tema era tratado muy en privado por ambas, pero en los dos casos las tenía muy preocupadas. Marta y su marido aceptaban mucho mejor la situación.

Gerardo, el marido de Marta, había reconocido en más de una ocasión que no tener hijos les permitía vivir una vida mucho más cómoda.

Además de reconocer que en aquellos tiempos era difícil poder encarar un futuro optimista para generaciones posteriores. En el caso de Ana, era un poco diferente. Ella lo vivía todo mucho más intensamente y su preocupación por la falta de descendencia era bastante más obsesiva, Manuel, su marido intentaba siempre quitarle importancia al tema, pero ella no dejaba de preocuparse y había caído en un estado de *semidepresión* constante y crispación nerviosa que le hacía ver todo de color negro.

Josefina, había intentado hablar con las dos cuando se fue poniendo de manifiesto que tras años de matrimonio ni una ni la otra tenían hijos. Antes lo había consultado con María y una tarde en que Marta había ido al ginecólogo acompañada por Ana volvieron a tratar el tema.

La visita había sido tarde y habían decidido pasar la noche en casa de su madre. Josefina aquella noche tendría a sus tres hijas en casa, e iban a pasar la noche juntas así que se esmeró en la cena y cuando llegaron de la visita ya estaba todo preparado.

No era muy habitual aquel tipo de visitas al médico, pero la familia de Gerardo tenía muchos recursos y muchos contactos y habían promovido que el caso de Marta fuese estudiado y se buscasen soluciones, dentro de las limitaciones de la época.

Cuando Marta y Ana llegaron, María estaba justo quitándose el abrigo porque también acababa de llegar. Las tres hermanas se encontraron la mesa puesta y todo listo para poder sentarse tranquilas a cenar. María fue la que decidió abordar el tema.

—Bueno Marta, ¿qué te ha dicho el médico? —preguntó tan pronto todas estuvieron sentadas en la mesa.

—Pues la verdad es que tengo la sensación de que estoy perdiendo el tiempo y el dinero. Me ha estado mirando y según dice parece que está todo normal. Sí que me ha encontrado un poco de anemia, pero nada realmente serio —dijo Marta.

—A mí me parece que llevas muy bien estos temas —dijo Ana con auténtica admiración—. Yo lo llevo mucho peor que tú, francamente.

—A lo mejor es que os preocupáis mucho y por eso no os quedáis embarazadas —dijo Josefina convencida de que la angustia combinaba mal con cualquier posibilidad de éxito en este tema.

—Puede ser mamá —dijo Ana—, aunque en el caso de Marta no creo que sea así, a ella se le ve tranquila. Ese planteamiento vale solo para mí.

—No sé qué decirte Ana —dijo Marta—. Yo creo que la diferencia principal entre tú y yo es que tú manifiestas mucho más tu preocupación y yo me contengo más. En mi caso la preocupación va por dentro. Por otro lado, yo llevo más tiempo en este proceso y es de lógica que ya me he ido haciendo a la idea.

—En mi opinión —dijo María— hay otra cosa muy importante que deberíais tener en cuenta y es que os estáis enfrentando a un problema las dos juntas. Eso está muy bien. Tenéis muchísima más fuerza de esta manera. En mi caso todo es diferente. A mi edad ya no voy a ser madre nunca. De todas formas, pienso que si lo hubiese intentado a lo mejor me hubiese encontrado justo en el mismo punto donde estáis vosotras ahora.

—Pero eso no lo puedes saber —dijo Marta—. ¿No te acuerdas de aquel aborto?

—Es verdad —reconoció María un poco ruborizada— pero nada puede asegurar que todos los embarazos no hubiesen acabado igual.

—Nunca lo sabremos —dijo Ana—. Pero vamos a escandalizar a mamá —bromeó.

—No mujer —dijo Marta— mamá ya lo sabía.

—La verdad niña —dijo Josefina— es que con los años y con la vida he ido aprendiendo a no escandalizarme por las cosas y a ver que nada es exclusivamente ni blanco ni negro y que hay muchas formas de ser indecente, pero en ninguna de ellas puede estar mezclado el amor, así que si hay amor no hay indecencia. Me parece mucho más indecente el asesinato, por ejemplo.

—¡Qué bonito! —dijo Marta— la verdad mamá es que eres todo un modelo a seguir. Estoy de acuerdo con lo que dices.

—Tienes razón —se sumó María—. Ojalá nosotras seamos como tú a tú edad.

—Pero niñas no os creáis que todo ha sido siempre así —dijo Josefina—. Parece que la vida pasa muy rápido, pero una vida bien vivida y vista a tiempo pasado no es tan rápida. Si vas pasando los días y entre ellos se parecen y además no te esfuerzas en recordar todo lo que ha pasado anteriormente parece que el tiempo vuela, pero si te lo miras de otra manera verás que a un día le sucede otro día y que cada día pasan cosas. A veces son cosas muy importantes para ti como el nacimiento o la muerte de alguien, pero otras veces son cosas tan sencillas como poder disfrutar que el sol acaricie tu piel después de la lluvia o quedarse encantada viendo una mariposa revoloteando. Toda cuenta, así que como podéis ver, pasan infinidad de cosas. A parte de mirar hay que saber ver.

—Ay, mamá —dijo Ana con resignación— yo creo que nunca seré capaz de ver las cosas con esa filosofía.

—Bueno hija, no te preocupes, todavía eres muy joven, aunque creas que eres mayor y que se acaba el mundo porque no te quedas embarazada. Ni mucho menos. Tú tienes tu propia vida y puede ser que dentro de esa vida no quepa la posibilidad de ser madre, pero eso no te prohíbe que puedas vivir una vida plena. Igual que tus hermanas. Tus hijos no son tus hijos. Nadie posee a otra persona, tú solo los tutelas y les ayudas, pero al final acaban siendo ellos mismos, así que tengas o no tengas hijos, tú sigues siendo tú.

—Es muy curioso —dijo María— que habiendo tenido seis hijos si contamos a Alfonso, sean precisamente Juan y José los que están teniendo hijos mientras que ninguna de nosotras los tenga.

—Yo creo —dijo Marta bromeando— que después de trece embarazos, de los cuales salieron seis hijos y siete abortos mamá llenó el cupo de la familia y por eso a nosotras ya no nos ha quedado nada.

Todas rieron.

—Deberíamos brindar por ser cuatro mujeres liberadas —dijo María—. Voy a buscar un poquito de vino —y se levantó y fue a la cocina, regresando en unos instantes con una botella de vino tinto que tenían guardada y que le habían regalado aquellas Navidades una de sus alumnas.

—Caramba, eso sí que es estar preparado —dijo Ana y guiñando un ojo a María— a ver si hay que repetir esta cena más a menudo porque si no se lo acabarán bebiendo ellas solas. María puso vino a todas y brindaron entre risas.

—María, hablabas de mujeres liberadas —dijo Marta— pero que malos tiempos nos están tocando a todos ¿no?

—Sí. La verdad es que es una mala época. No sé dónde vamos a ir a parar, francamente todo pinta bastante mal.

—¿Sigues tan implicada con el PSOE? —preguntó Ana.

—Sí —dijo María— desde mi punto de vista es la única opción interesante sobre todo por su aspecto social, aunque últimamente soy consciente que está siendo de alguna forma, secuestrado el partido por radicales de otros talantes. Creo que la creación del Frente Popular no es una buena idea. Los partidos que se están uniendo son muy diferentes entre sí y mucho más extremistas. Me da miedo que se acentúe la práctica de quemar iglesias y atacar a gente de la derecha por muy fascistas que estos sean.

—Por aquí parece que cada vez hay más jaleos —dijo Marta bastante preocupada.

—Es verdad, la tensión se siente en la calle —respondió María— aunque en realidad no es nada nuevo. La situación recuerda mucho a la que había antes de la dictadura de Primo de Rivera. Me da mucho miedo pensar en que vamos a volver a algo parecido.

—Pues no sería raro —añadió Ana con pragmatismo— sobre todo desde que la falange y la CEDA cada vez están también más radicalizados.

—¿Qué os parece que José esté con la falange? —preguntó Marta con preocupación.

—Pues, ¿qué quieres que te diga? —respondió María— a mí me cuesta mucho de entender. No es lo que hemos mamado en casa, pero sí que entiendo que lo pasó muy mal los años antes de la dictadura y que tenía muy mala edad.

Intento buscar alguna cosa que justifique esas posturas, pero no encuentro una razón coherente.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Ana con la frente arrugada por el enfado, aunque también puedo entender cómo ha llegado hasta ese punto. Era un niño influenciable en aquellos tiempos de la dictadura.

—En cualquier caso —justificó María— hay que respetar las ideas de todo el mundo y por supuesto que nuestro niño puede tener las ideas que él considere oportunas, siempre que no sean violentas.

—De momento no lo son —dijo Marta— al menos en el caso del niño, no es tan claro en el ámbito de su partido. Ya veremos cómo evoluciona.

—Ya veremos —intervino Josefina muy preocupada y dispuesta a cerrar el tema— pero de momento vamos a ocuparnos de los problemas que tenemos para hoy y para mañana y no nos preocupemos por lo que está más lejos, ya veremos cómo encontramos las cosas en el futuro cuando lleguemos.

—Tienes razón —dijo Ana—. Como tú dices hay que ocuparse y no preocuparse.

—Eso es —dijo Josefina— y también vale para el tema de los niños y demás.

—Ya sabes lo que dice el refranero —bromeó Marta— *a quien Dios no le da hijos, el Diablo le da sobrinos*.

Y todas volvieron a reír. Siguieron bebiendo hasta que acabaron con la botella y cuando se dieron cuenta ya eran casi las doce de la noche. Ana y Marta tenían que coger el tren temprano y María al día siguiente tenía que trabajar así que entre todas recogieron la mesa y rápidamente se fueron a la cama para dormir unas cuantas horas antes de empezar la actividad del día siguiente.

Josefina, a pesar de su discurso, estaba preocupada por sus hijas. Por un lado, la apenaba bastante el hecho de que la falta de hijos las pudiese hacer infelices. Ella que había tenido hijos, sabía que un niño te puede llenar la vida, pero también tenía muy claro que no se podía vivir la vida de los demás.

En realidad, la maternidad como concepto te daba una dimensión personal diferente y a cambio tú tenías que acompañar a ese ser humano hasta la edad adulta; a pesar que tú llamabas a aquel ser tu hijo, en realidad no era tuyo. Lo que no podías hacer era dejar de vivir tu vida para vivir la vida de otra persona.

Eso era una locura, aunque no era tan raro. Muchas madres vivían exclusivamente para sus hijos y cuando estos se iban de casa ellas quedaban vacías.

Entendía que sus hijas podían sentirse frustradas por no ser madres, pero también pensaba que la cuestión estaba sobrevalorada. El caso de María era diferente. Ella había rechazado toda posibilidad como consecuencia de la persecución de casi una utopía por la que había apostado hacía muchos años y dentro de su racionalidad aceptaba las consecuencias.

Ana y Marta se preocupaban más o menos por ser estériles, aunque también lo podían ser sus maridos, el tema no estaba claro y aunque solía culparse socialmente a la mujer no siempre era así.

Finalmente, cuando Josefina incorporaba a sus pensamientos a sus hijos varones, ambos con hijos, dudaba si prefería encontrarse en la situación de ellos o en la de ellas ya que con los tiempos que estaban corriendo casi era mejor no tener hijos.

Casi sin darse cuenta se fue quedando dormida y por la mañana la tuvieron que despertar para despedirse. Estaba tan cansada que no se dio

cuenta de que las niñas (ella las llamaba así a pesar de que todas estaban entre los treinta y los cuarenta) se habían levantado, habían desayunado y tan solo la despertaron para despedirse.

Todos volvieron a su actividad y Josefina estaba especialmente contenta con sus hijos y agradecía de todo corazón por aquellos momentos esporádicos en que algunos de sus hijos se juntaban y compartían sus asuntos.

Ana y Marta se fueron tal y como estaba previsto hacia Guadalvalle y Coín puntualmente y sin problemas. María llegó a su trabajo temprano y de muy buen humor. Parecía que todo iba a salir bien. Solo hacía falta desearlo.

Nada más llegar se encontró con una compañera a la que estaba ayudando en la organización de una nueva actividad en el centro. Resultaba que cada vez era más necesario para algunas empresas de la zona que algunos trabajadores del área de la administración tuviesen conocimiento de idiomas. En principio, y como era un objetivo casi imposible de conseguir en el corto plazo, se centraban en conocimientos básicos más que dominio de la lengua.

Por aquellas latitudes predominaba la necesidad de conocer francés ya que en la zona francesa de Marruecos estaba cerca. Aquel era el idioma de referencia y había muchas empresas malagueñas que trabajaban con Casablanca con frecuencia. El francés también abría fronteras con Francia, Suiza o Bélgica.

La dirección del centro había pactado con algunas compañías dar clases de francés a mujeres trabajadoras, principalmente secretarias, y la verdad es que estaba resultando bastante bien el asunto.

Para las clases habían contratado a Tina, en realidad Agustina, que había vivido bastante tiempo en Casablanca y dominaba el francés además de tener conocimientos de árabe.

Era una joven muy alegre. Tenía veintidós años y era un poco desgarbada.

Alta y muy delgada, aunque de constitución atlética. No era presumida pero cuando se arreglaba no había quien la dejase pasar sin repasarla de arriba abajo.

Lucía una larga melena negra que contrastaba con una piel muy blanca y unos ojos brillantes azules.

Tina había necesitado ayuda para instalarse en Málaga y poder centrarse en su nueva actividad docente y María la había ayudado en todo, desde buscar dónde alojarse a enseñarle la ciudad, pues los orígenes familiares de Tina eran de fuera de la ciudad y necesitaba situarse sin contar con los apoyos familiares o de amistades.

Ambas habían conectado bastante bien ya que a pesar de que Tina era menor que María, era una persona bastante madura al haber vivido en diferentes países y estar acostumbrada a valerse por sí misma y sin demasiado apoyo externo.

Cuando llegó María, nada más verla le comentó:

—¡No me digas que esta noche no has dormido bien! —le dijo pícaramente.

—He dormido bien pero no mucho —contestó María sonriendo— aunque fue porque mis hermanas han dormido en casa y estuvimos hasta las tantas hablando, no por nada más.

—Bueno, tú sabrás —dijo Tina bromeando—. La verdad es que no sé porque no te buscas un amigo para divertirte de tanto en tanto.

—¡Cómo eres Tina! —exclamó María siguiendo con la broma— ya sabes que yo espero a mi novio —le había contado la versión resumida de su historia sentimental.

—Es que no son cosas incompatibles —le dijo Tina bastante libertina para la época— además ¿tú estás segura de que él no ha tenido ninguna aventura por esos países por dónde anda?

—Pues la verdad es que no lo sé, pero tampoco me importa mucho. No creo que se lo pregunte.

—Ya te digo yo que sí —dijo Tina segura de lo que decía—. Los hombres son diferentes a nosotras, bueno quiero decir a vosotras porque yo soy una mujer libre —y se puso a reír. María también se puso a reír, aunque pensaba que Tina tenía razón en lo que estaba diciendo.

—Cambiando de tema —dijo Tina dispuesta a hablar del gran asunto de la semana—. ¿Quién crees que va a ganar las elecciones de la semana que viene?

—No está claro del todo, pero yo creo que ganará el PSOE —dijo María — otra cosa es ver después que opciones de pacto van a tener con los otros partidos.

—Así que tú crees que ganarán tus amigos.

—Sí. Eso creo, ya toca un cambio.

—A mí lo que me da un poco de miedo no es el PSOE sino con quien tenga que aliarse después.

—Eso está más difícil —dijo María—. Cada vez son todos más radicales y tanto unos como otros parece que corren hacia el enfrentamiento. Ya veremos qué pasa.

La preocupación era compartida por buena parte de la población y el tema estaba en la calle. La gente hablaba del futuro con mucha inquietud. Las cosas no tenían buen color y la tensión se notaba en el ambiente.

Había revueltas y manifestaciones. El descontento era general. Era comprensible que durante los primeros años de República hubiese un cierto descontrol ya que el estado tenía que organizarse, pero ahora ya tendría que ir consolidándose todo y empezar a cambiar.

Lejos de eso, cada vez había más tensión. Quizás en parte era provocado por la situación económica de crisis, pero sin duda también había razones políticas importantes.

Ambas se concentraron en su trabajo. Se habían encontrado en aquel día para que María ayudase a Tina a organizar las clases. Tina dominaba el tema lingüístico, pero no tenía experiencia en organización, mientras que María no tenía ni idea del idioma, pero sabía organizar muy bien las clases.

Conjuntamente elaboraron un plan de estudios que se basaba en el conocimiento gramatical y en las clases prácticas y que tenía bastante buena pinta. Habían organizado dos niveles, uno para aquellas alumnas que ya tuviesen conocimiento del idioma previo y que podría ser más avanzado y otro para los que se iniciaban totalmente en la lengua. El segundo nivel era más práctico mientras que el primero era más gramatical. De todas formas, la complejidad de la cuestión radicaba en que se tenía que proporcionar un nivel suficiente como para poder redactar documentos sin faltas importantes de ortografía y eso en francés era bastante complejo. Parecía mucho más simple conseguir comunicarse en el idioma que escribirlo correctamente. Por suerte los diccionarios podían sacar a la gente de apuros.

El reto estaba planteado. De momento el alumnado empezaría en unos días y venían de tres de las empresas más importantes de la zona. También se habían apuntado alumnas que provenían de alguna escuela de la ciudad y alguna que otra *señorita bien*, interesada en los idiomas.

María había movido sus contactos y desde una editorial de Barcelona le enviaban una veintena de libros en lengua francesa que aportaban de forma gratuita a cambio del compromiso de adquirir todos los libros de texto de la escuela directamente a través de ellos y de paso promocionar los libros de la editorial entre el alumnado. Era un buen negocio para todas las partes y tanto María como Tina habían quedado muy satisfechas. Ambas intentaron conseguir que la editorial las invitara a visitar las oficinas con la idea de poder consultar ediciones y finalmente habían conseguido que si todo salía bien en septiembre se desplazarían hasta Barcelona, invitadas por la propia editorial.

El compromiso era en firme y las dos tenían la autorización de la escuela a pesar de que aún faltaban casi siete meses para la fecha del viaje. A María le hacía mucha ilusión, aunque ella tan solo había salido una vez de Andalucía para ir a Madrid y Barcelona le parecía que estaba muy lejos. Tina le decía que eso no era nada, que Barcelona estaba a la vuelta de la esquina y que además el viaje era fácil. Otra cosa era desplazarse por Marruecos.

Aquel fin de semana las dos compañeras fueron al cine para celebrar el final de la elaboración del proyecto y su aprobación por las gestoras del centro.

También querían celebrar el futuro viaje.

La película no fue demasiado interesante, al menos a María no le gustó demasiado, pero rieron mucho durante la merienda-cena posterior. Al acabar, se despidieron y María se encaminó hacia su casa.

No era muy tarde pero ya se hacía de noche enseguida. Se alegraba de haber pasado el día entretenida y no concentrada en los temas políticos. Lo normal es que a tan solo unos días de las elecciones tendría que haberse pasado el día yendo y viniendo de los mítines que organizaba el partido, pero no le apetecía mucho. Ella siempre había mantenido una cierta independencia y le gustaba que fuese así.

Andaba pensando en todo aquello cuando de manera inesperada oyó a su espalda una voz que le era familiar.

—Buenas noches

—Buenas noches —respondió girándose.

Era Nuria Vega. María sintió que las piernas le aguantaban con dificultad. Nuria le dio dos besos y la invitó a sentarse. Se sentaron las dos en un banco que tenían allí mismo.

—Un día de estos creo que le voy a provocar un infarto —bromeó Nuria.

—Pues no lo descarte —respondió María inquieta.

—Bueno, lo importante es que traigo una cosa para usted —dijo Nuria entregándole un pequeño papel con un mensaje.

María la miró y luego empezó a desplegar el papel nerviosamente, el papel decía:

Ni siquiera escribiendo un libro entero podría decirte como te quiero y comote echo de menos. Cuento los minutos que faltan para poder volver a abrazarte

María ya con lágrimas rodando por sus mejillas, miró a Nuria

—¿Reconoce la letra? —preguntó Nuria también aguantando las lágrimas con dificultad, no era una persona tan dura como a veces parecía.

—Sí —respondió María que siguió llorando en silencio durante unos minutos mientras leía y releía la nota. ¡*Cómo no iba a reconocer aquella letra que había visto durante tanto tiempo en aquellas clases*!, pensó.

—Felicidades María —dijo Nuria— su hombre le quiere igual que hace unos años.

—Gracias —dijo María— he sufrido mucho todo este tiempo y me parece imposible que todo esto ya se esté acabando.

—Queda muy poco —dijo Nuria—. Alfredo ya ha salido de Rusia y ahora está camino del lugar de encuentro. El viaje es lento y están atravesando montañas y desiertos que desde aquí nos cuesta imaginar por lo inmensos y duros que son. Va acompañado y está todo muy organizado. No quiero ocultarle que, sin duda, existen riesgos, pero yo tengo plena confianza en que todo va a salir bien.

—¿Ya ha salido de la Unión Soviética? ¿Dónde se van a encontrar? —preguntó María—. Quiero ir con usted.

—No puede ser —dijo Nuria—. Creo que es mejor que no sepa mucho más. Tendrá que confiar en mí. Mañana mismo yo salgo de camino hacia el punto de encuentro. Es un viaje largo y aún tardaremos en llegar de vuelta, pero no se preocupe, yo se lo traeré. Quédese con que ya ha salido de la Unión Soviética. En principio es una persona libre. Eso es muy importante.

—¿Por qué no puedo ir? —preguntó María.

—Porque es peligroso. Es un viaje lejano y que tiene sus riesgos. Debe confiar en mí y en mi equipo. Tan solo le queda esperar un poco más.

—No puedo hacer otra cosa —dijo María plenamente resignada— pero de todas formas le estoy muy agradecida. Se ha portado como una auténtica amiga.

—Gracias. Eso me gusta mucho que me lo diga, aunque no puedo negar que parte del esfuerzo realizado esta originado porque me siento de alguna manera responsable de lo que pasó con Alfredo. Ya se lo expliqué en otro encuentro. Tenía que haber sido más diligente y analizar mejor la información que me iba llegando para poder prever los riesgos que rodeaban la misión.

—No sea tan dura con usted misma —le aconsejó María—. A veces no tenemos control sobre todo lo que pasa y menos en un momento en que toda Europa estaba en guerra y Rusia a punto de la revolución. Ha hecho todo lo que ha podido y creo que hasta mucho más. Podría haberse desentendido.

—He cumplido con mi obligación, soy una persona muy comprometida.

—Y ahora ¿qué pasará?

—De forma resumida le comento que yo debo ir al punto donde hemos establecido que nos íbamos a encontrar. Como le he dicho antes, él está atravesando territorios ya fuera de la Unión Soviética. Los riesgos a los que me refería son más de carácter natural que de carácter político. Atravesar desiertos enormes y montañas tan altas siempre es peligroso, aparte de que alguno de esos territorios tiene gobiernos muy vinculados con el gobierno soviético, pero eso no me hace sufrir demasiado ya que para que se escapase hicimos parecer que había habido un accidente y que su cuerpo era imposible de identificar. Le estoy hablando de un falso incendio.

—Caramba —exclamó preocupada María—. No quisiera que ahora sufra un accidente o una enfermedad —dijo con bastante inquietud.

—No es de esperar que eso pase —aclaró Nuria— está muy bien acompañado y tengo plena confianza en que todo vaya según lo previsto. Una vez que nos encontremos habrá que decidir la ruta para dirigirse hasta aquí. Hay varias opciones y tendremos que valorar cuál nos interesa más. Pero, en cualquier caso, las dos son largas así que debe tener paciencia ya que aún tendrá que esperar un poco más.

—Después de tanto tiempo no parece que un mes o dos sean tan difíciles de pasar, pero sabiendo que son los últimos se me pueden hacer eternos. Desde la última vez que nos vimos intento seguir su consejo de ocuparme en el trabajo y hacer cosas, pero cada vez me cuesta más que la mente no se me vaya a Alfredo.

—Tan solo un poco más de paciencia y ya estará. Yo debo marcharme como siempre y es posible que no nos volvamos a ver a no ser que sea en el momento en que ustedes se encuentren. No desespere y confíe en mí. Pase lo que pase en algún momento contactaremos y se habrá acabado la espera. Ahora que me conoce un poco ya sabe que, aunque parezca que se acaba el mundo mi objetivo en este momento es traerle de vuelta a Alfredo así que puedo tardar dos meses, tres meses o un año, todo dependerá de lo que se compliquen las cosas, pero al final se lo traeré.

—Una vez más, gracias por todo —dijo María abrazando espontáneamente a Nuria con bastante cariño, aquella mujer había sido su único vínculo con Alfredo y le había dado el coraje que en ocasiones le faltaba con cada una de sus apariciones inesperadas. Había estado en su búsqueda cuando todo el resto de la administración pública se había olvidado de ellos.

—Cuídese —dijo Nuria mientras se levantaba y le daba un beso en la frente Y diciendo esto Nuria se dio la vuelta y desapareció tal y como había aparecido. De sorpresa y sin anunciarse. María se quedó un rato sentada en el banco, intentando controlar sus emociones, llorando y leyendo y releyendo bajo la luz de la farola que le alumbraba la nota que le habían entregado. No había duda de que era su letra. El papel era un papel basto, pero estaba en buen estado. Los trazos y la claridad de su letra eran inconfundibles para ella. Solo pensar que aquel trozo de papel había estado en sus manos le hacía tener la sensación de que aquello era un milagro.

Cuando consideró que estaba suficientemente serena se fue hacia su casa.

Estaba impaciente por compartir con su madre las noticias nuevas como un niño al salir del colegio que tiene que entregar unas calificaciones excelentes.

María subió las escaleras de casa a toda velocidad y abrió la puerta y empezó a llamar:

—Mamá, mamá —curiosamente no recibió respuesta, aunque las luces estaban encendidas. Era bastante raro. Una alarma se encendió en su mente.

Al llegar al comedor se encontró a Josefina sentada en el sillón donde solía sentarse como si estuviese dormida. María fue hacia allí con pasos rápidos.

—Mamá —le dijo dándole un beso en la mejilla, pero Josefina no respondía, además de que estaba muy pálida y fría. María se asustó y la cogió de los hombros y la intentó zarandear para hacerle despertar. Josefina movió los ojos como si le costase mucho despertarse.

Rápidamente la vecina que estaba al tanto y que pasaba algún rato a vigilar que todo estuviera bien mientras María estaba en el trabajo, abrió la puerta de la casa con sus llaves y entró preguntando:

—Niña, ¿le pasa algo a tu madre?, he oído que le llamabas y por tu tono me ha parecido que estabas nerviosa.

—Sí —dijo María— le cuesta despertar, está muy atontada.

La vecina salió corriendo hacia su casa y en segundos su marido salía corriendo a buscar al médico. En unos minutos estaban de vuelta. Entre los dos hombres llevaron a Josefina a su habitación y el médico la estuvo visitando.

Cuando salió le explicó a María…

—Tranquilícese, no es nada grave. Su madre tan solo ha tenido una bajada de presión. Eso ha hecho que se quedase *semiinconsciente* y le costase tanto

volver y despertar. Es algo que a su edad no es extraño y no tiene muchas consecuencias si no se repite.

María que desde hacía un rato estaba más pálida que su madre, reaccionó poco a poco y le dijo al médico.

—Muchas gracias doctor. ¿Qué debemos hacer ahora?

—Yo le he dado una pastilla para eso. Aquí le dejo apuntado el nombre.

Déjela descansar tranquila y que no tenga muchos sobresaltos. Puede que esto le haya pasado de cansancio. A su edad ella debe vivir una vida muy relajada.

No creo que se repita, pero mañana domingo que esté todo el día sin hacer nada y el martes que viene a las cinco de la tarde las espero en mi consulta para hacerle unas pruebas y asegurarnos de que todo está bien.

—Allí estaremos sin falta —dijo María.

—No se preocupe —insistió el médico— tómese usted también alguna cosa que la ayude a dormir porque la veo muy nerviosa. Mañana que su madre tome cosas consistentes. Pruebe con algún caldo y algo de carne que le haga subir la presión y evite que se descompense. No creo que esto que le ha pasado se le vuelva a repetir si está tranquila y reposa.

—Gracias otra vez doctor. —María había conseguido controlar el temblor de su voz.

El médico se marchó y la vecina estuvo un rato haciéndole compañía a María mientras esta se calmaba. Cuando la pobre mujer vio que parecía que Josefina dormía plácidamente y María estaba más tranquila la dejó sola pero no sin antes asegurarse de que si había cualquier problema le avisaría.

La solidaridad entre los vecinos era así. Se ayudaban unos a otros. A María le resultaba imposible dormir después del susto que le acababa de dar su madre y del encuentro con Nuria que había pasado a un segundo plano. No veía cómo iba a meterse en la cama, así que se puso a preparar el caldo que le había dicho el médico.

Tardó varias horas en hacerlo, mientras tanto releía una y otra vez la nota de Alfredo sin dejar de asomarse cada poco a la habitación de Josefina para comprobar que respiraba bien.

Con las horas se fue tranquilizando. Se convenció de que aquello había sido tan solo un susto. Josefina estaba a punto de cumplir setenta y un años y era natural este tipo de cosas a esa edad. Tenía que empezar a pensar en que cualquier día su madre haría el mismo viaje que había hecho su padre unos años atrás. Por aquel entonces muy poca gente pasaba de los setenta años.

Por natural que fuese y por muy preparada que estuviese tanto su madre como ella para aquello, María se daba cuenta que sería muy duro para ella.

Había vivido toda su vida con su madre y ella había sido su soporte más importante durante todo el tiempo. Habían superado muertes, enfermedades y separaciones juntas y a María le costaba mucho imaginarse una vida sin ella.

Aquel domingo a primera hora de la mañana apareció por allí Juan acompañado por Lola. No sabían nada de lo que había pasado. Habían avisado que irían a comer aquel día, pero a María se le había ido totalmente de la cabeza.

Cuando había acabado con el caldo después de seis horas se había ido a la habitación de Josefina y se había metido con su madre en la cama. La mujer había recuperado el color y dormía plácidamente.

Durmieron hasta tarde y por la mañana Josefina se encontraba como si no hubiese pasado nada.

—He soñado que olía a caldo —dijo risueña al despertar.

Cuando aparecieron por la puerta Juan y Lola les pilló de sorpresa.

Afortunadamente el caldo ya estaba listo y tan solo había que cocinar el segundo plato que por otro lado ya lo tenían en la cocina para preparar.

María le explicó lo que había pasado al matrimonio y ambos se alarmaron bastante, aunque Josefina intentó serenarlos. Ella ahora estaba bien.

—Por favor, no seáis tontos, estoy bien. Solo tuve un desmayo ayer, nada más. Estaba cansada y mi cuerpo reaccionó así. No es tan raro además a mis años no esperareis que cada vez este mejor, lo normal es que cada vez me pasen más cosas.

—Es verdad —le dijo Juan— pero tienes que intentar tomarte las cosas con calma y no trasnochar ni nada de eso, como el otro día.

—Juan tiene razón —dijo María—. A partir de ahora tienes que descansar más y tomarte las cosas con más calma.

—Bueno, lo que queráis —dijo Josefina para que se callasen y convencida de que ella seguiría haciendo lo que le pareciese.

—¿Por qué no se viene a pasar una temporada al pueblo con nosotros? —le propuso una vez más Lola.

—¿Y qué quieres que haga en el pueblo, niña? —le respondió Josefina—. Tengo que quedarme aquí porque esta es mi casa y aquí tengo mis cosas. Tengo también mi vecina que me cuida y otras vecinas que me vienen a ver. Aquí yo estoy muy bien y por las tardes y la noche, está María que me pone al día de sus cosas y ella también me necesita. Las dos estamos como reinas.

—Pero mamá por mí no lo hagas —dijo María— yo me las arreglo perfectamente sola.

—Si eso ya lo sé —dijo Josefina— pero estar aquí a mí me hace sentir útil y de esta manera valgo para algo.

—Allí también nos podría ayudar —dijo Lola— a mi sobrina le vendría bien que usted le echase una mano con los niños. Carmen no da abasto.

—Pero ella tiene a su madre —dijo Josefina—. ¿Cómo va a preferir que le ayude una suegra vieja cuando aún tiene a su madre joven para estar con ella?

—A lo mejor a tu hijo le iría bien —dijo Juan—. A José no le vendría del todo mal que alguien lo centre un poquito y se deje de estar con los falangistas.

Acabará metiéndose en problemas.

Como vieron que era imposible convencerla y que Josefina se negaba en redondo a marcharse, Juan le propuso a María que él y los demás irían pasando de tanto en tanto por allí mientras Josefina se fuese manteniendo como estaba, pero por su parte María se comprometía a que ella pediría ayuda en cualquier momento que la necesitase y que estaría muy pendiente de que su madre siguiese las instrucciones de los médicos.

Poco a poco todos se fueron relajando y Josefina se comió de muy buen grado el caldo espero que María había preparado. Le parecía recordar que había soñado con un plato de caldo y entendió que el sueño venía influido por las horas que se había pasado su hija cocinándolo y llenando la casa de aquel olor tan bueno que hacía.

Ya en los postres María se decidió a explicar a Juan, Josefina y Lola su encuentro de la tarde anterior con Nuria Vega. Todos quedaron sorprendidos por la noticia e impacientes a la espera de que Alfredo estuviese de regreso en Málaga.

Juan preguntó bastantes cosas ya que él sí que estaba al corriente de lo que pasaba en el mundo y entendía perfectamente las dificultades para escapar de la Unión Soviética. También se imaginó cómo debían ser aquellos desiertos y montañas. Se aventuró a calcular dónde sería el encuentro de Nuria y Alfredo, que si no estaba errado y por las explicaciones que daba María sería en la zona de la India o al sur de las montañas entre Afganistán y la Unión Soviética.

Cuando Josefina se fue a hacer la siesta, siguiendo las instrucciones del Médico, María les enseñó la nota que le había entregado Nuria. María había decidido de momento no enseñarle la nota a Josefina para evitarle sobresaltos y emociones.

Lola casi de inmediato se puso a llorar contagiando a María. Ambas se abrazaban.

—¡Qué bien niña!, pronto vas a tener a tu Alfredo aquí.

—Sí —respondía María emocionada y con voz entrecortada— ha sido muy duro todo esto.

—No sé cómo has podido aguantar —le decía Juan.

—La verdad es que yo tampoco —le respondió María.

—Pues con amor —decía Lola— con mucho amor y nada más porque la verdad es que tampoco has tenido nada más para ayudarte a soportarlo.

—¿Puedo decírselo a Ana? —preguntó Lola.

—Claro que sí —dijo María— y a Marta y a José también. Estoy segura de que todos se pondrán muy contentos. Avísales de que no le he dicho a mi madre lo de la nota para que no metan la pata y ya está.

—Estoy impaciente —dijo Lola— ya verás lo contentos que se van a poner todos.

Las luces y las sombras nuevas, o viejas se iban moviendo para dar lugar a penumbras y luces nuevas. María se encontraba ante la luz de una vida en común con su amor de juventud, después de muchos años de distancia obligatoria. Aún no se lo creía, había sido una espera casi eterna.

También se encontraba ante las sombras por el sencillo paso del tiempo y sus consecuencias y de entre ellas la que más le preocupaba, la edad de su madre y la mentalización de que un día u otro acabaría su tránsito por la vida. Dentro del paso del tiempo también se encontraba el abandono definitivo de la maternidad. Durante aquel tiempo empezó a tener la menopausia, totalmente natural a su edad.

Todo eso sin conocer la gran tormenta que acechaba sobre las cabezas de todos ellos y que los iba a dejar en la oscuridad más absoluta. A algunos para siempre y a otros durante bastante tiempo.

En febrero de aquel año se celebraron las terceras elecciones legislativas de la República. Ganó el PSOE, pero para poder gobernar lo tuvo que hacer en coalición con el resto de partidos de izquierdas creándose definitivamente el Frente Popular.

A ese frente se antepuso la CEDA y el resto de partidos de derecha, a los que también se unió la falange. El desastre estaba servido. Un día del mes de Julio los militares se rebelaron contra el poder democráticamente constituido y dieron un golpe de estado que enseguida triunfó en las islas Canarias y en el protectorado de Marruecos. De allí pasó fácilmente a la península tomando algunas zonas en el norte de Castilla y Sevilla y Cádiz. Esto pasaba ante los

ojos de millones de personas que veían que se les venía encima una guerra civil.

Durante ese año 1936, fueron cayendo en poder de los militares rebeldes muchas zonas de España. Madrid, Cataluña y Valencia principalmente resistían al avance de los militares y dentro de Andalucía había una línea delgada que iba por la costa desde la provincia de Málaga hasta Almería y de allí a la zona republicana que se mantenía fiel a la democracia y al gobierno legal del país.

CAPÍTULO 25

TIEMPOS DE GUERRA EN GUADAL VALLE

Lo que había empezado como una revuelta militar en una zona marginal y periférica de España al poco tiempo ocupaba buena parte del territorio. En seguida empezaron los enfrentamientos entre los militares de ambos lados, arrastrando en su locura, también a la población civil.

En los dos territorios había gente de los dos bandos. En los lugares donde se había consolidado el golpe de estado había demócratas y gente que era partidaria de la República y del orden constitucional que rápidamente y según su implicación fueron arrestados y en muchos casos asesinados impunemente.

En un primer momento esto no pasó de forma tan clara en los lugares donde se mantuvo el gobierno legal del país, aunque sí que hubo gente de los partidos y grupos partidarios del golpe que fueron arrestados. Posteriormente los dos bandos se igualarían en crudeza.

Durante la segunda mitad del año 1936 tanto Málaga, como Guadalvalle y Coín, se mantuvieron en el lado fiel a la República y al orden constitucional mientras que las provincias vecinas, excepto la costa de Granada y Almería, se posicionaron con los golpistas.

El caso es que este posicionamiento hizo que mucha gente de Sevilla, de Cádiz o de Córdoba huyera de los militares dirigiéndose hacia Málaga principalmente que era la única ciudad de aquella zona que por su tamaño podía acoger a tanta gente. En la mayoría de casos constituía una base para posteriormente seguir viaje a zonas más seguras.

Los que huían lo hacían con las pocas cosas que podían coger. Eran familias enteras de gente asustada y desesperada que buscaba la salvación de sus hijos y de ellos mismos. Huían por miedo a la represión y en muchos casos sabían lo que había pasado con gente en su misma situación que había quedado atrapada en la zona que empezó a llamarse *nacional*. Las carreteras

se llenaron de gentes que acarreaban con todo lo que habían podido coger y recorrían las distancias a pie.

Cuando conseguían salvarse y en su caso llegar a ciudades como Málaga, porque esto se repetía en muchos sitios de España principalmente de frontera entre las dos zonas, tenían que hospedarse allá donde podían. A veces tenían la suerte de tener familiares con suficiente espacio como para alojarlos, otras veces conseguían alquilar o hasta ocupar viviendas y en algunas ocasiones tenían que acudir a entidades de beneficencia.

Málaga, que tenía un movimiento obrero bastante potente y un partido comunista también fuerte consiguió que el golpe no tuviera éxito en la mayor parte de la provincia, pero quedó casi totalmente aislada del resto del territorio republicano.

A Guadalvalle también llegaron refugiados, aunque muchos menos que a Málaga en valor absoluto ya que se trataba de un pueblo y no de una ciudad.

Pero el caso es que también empezaron a notar los efectos de la situación en que se encontraban. Ellos habían vivido una vida mucho más tranquila que en la ciudad y parecía que esto empezaba a cambiar. La locura llegaba a todos los rincones del país.

Entre la gente que había llegado al pueblo había mucha que se identificaba con las posturas de la izquierda más radical y fueron acogidos bien por la izquierda radical del pueblo. Por su parte la derecha más extrema, es decir la falange, vio cómo cambiaba la relación de fuerzas entre las dos posiciones. Por otro lado, el resto de partidos políticos se posicionaban de parte del orden republicano, aunque la izquierda socialista y democrática se alineaba con la izquierda más radical mientras que la derecha supuestamente democrática en muchas ocasiones se alineaba más con los militares.

El drama estaba servido. Se había acabado la calma en Guadalvalle. La familia Martí al igual que el resto de los ciudadanos del pueblo se vio afectada por la nueva situación.

Juan, que aún era el alcalde del pueblo en el momento del levantamiento se encontró en la encrucijada provocada por ser un alcalde de la derecha en un momento en que la mayor parte de su partido se estaba alineando con los militares. Esto le causaba muchos conflictos personales. Él se consideraba demócrata y detestaba a los militares gobernando. No quería de ninguna de las maneras alinearse con los falangistas y con las facciones de su partido prorebeldes.

Había otro factor y es que los habitantes del pueblo, con la llegada de refugiados habían pasado a ser más de izquierdas y él ya no se sentía como el

representante de todos ellos.

No había otra salida, tenía que dimitir de su cargo. A la primera persona a quién se lo planteó fue a su mujer. Aprovechó que tenía que acompañarle a Málaga a hacer unas gestiones relacionadas con la protección de las obras de arte de la ciudad y los monumentos durante los enfrentamientos para plantearle la cuestión.

—No aguanto más esta situación Lola —le dijo mientras paseaban por la Alcazaba.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Lola sorprendida ya que no pensó en un primer momento en la política.

—Quiero dimitir como alcalde del pueblo

Lola quedó callada durante unos momentos poniendo en orden sus ideas.

Estaba tan ocupada en sus asuntos que no había pensado en esa posibilidad. Su ocupación principal durante todos aquellos días había sido encargarse de colaborar al máximo en la protección de las obras de arte de la ciudad. Nada más empezar el golpe militar y cuando vio qué camino tomaba todo aquello se dirigió a las autoridades del museo y se ofreció a colaborar.

En aquellos días aún no pensaban que los militares pudiesen ganar, pero sí que preveían que serían atacados. Sobre todo, una vez que vieron que tanto alemanes como italianos se pusieron claramente del lado de los rebeldes mientras que ingleses y franceses de los republicanos, pero de una forma mucho más tímida.

Finalmente respondió:

—Perdóname que no haya estado más pendiente de ti durante estos días. Ya sabes que me he volcado en la protección del museo y he dejado que todo lo demás se me perdiese de vista.

—No te preocupes por eso —dijo Juan con franqueza— entiendo muy bien que estés tan preocupada y también estoy muy orgulloso de tu compromiso con el arte. No podías hacer nada, es una cuestión de coherencia y una decisión que debía tomar yo.

—¿Quieres que hablemos? —le invitó Lola— el lugar es incomparable.

Estamos en unos de los balcones de la Alcazaba con la ciudad a nuestros pies y con el mar ante nuestras narices.

—Sí que es un buen lugar —reconoció Juan bromeando— salvo porque en cualquier momento algún barco nos puede bombardear fácilmente desde la costa.

—Esperemos que no ataquen la Alcazaba —dijo Lola preocupada por la simple posibilidad de que eso pasase.

—El problema, Lola, es que toda esta situación me supera. Yo siempre he sido de derechas, pero igualmente siempre he pensado que la democracia es el mejor sistema para gobernar un país cuando ya ha alcanzado un nivel como el nuestro. Creo que hace falta tiempo para que la democracia tome cuerpo y es un tiempo que hay que pasar. Hasta la propia Francia pasó por eso después de su revolución.

—Parece lógico —respondió ella atenta a las explicaciones de su marido.

—El caso es que aquí no nos hemos dado el tiempo suficiente. Por un lado, nuestros partidos de derechas, la CEDA, como nos llamamos ahora todos juntos, tiene una buena parte de sus componentes que son en realidad déspotas.

En Andalucía tenemos a los terratenientes de toda la vida, pero hasta en un lugar como Cataluña, me comentaba un colega de allí el otro día, que pasa igual además de que la burguesía conservadora también ve con buenos ojos a los militares.

—Pero eso siempre ha sido así —dijo Lola con pragmatismo y resignación— y tú solo no lo puedes arreglar. Solo puedes ayudar a que las cosas sean diferentes trabajando en tu pequeña parcela y esperando que los otros hagan su trabajo.

—Por eso mismo cariño, tú misma lo has dicho. Yo creo que he estado intentado hacer mi trabajo en mi parcela, pero me he dado cuenta que los demás no están haciendo el suyo. Muchos esperan que los conquisten los militares para pasarse a la falange.

—Es verdad. Yo también pienso lo mismo, aunque no tengo tanto conocimiento del tema como tú.

—Me están invitando a que me reúna con los falangistas, pero no quiero y me estoy resistiendo.

—¿Tiene eso algo que ver tu hermano? —preguntó Lola preocupada.

—Nada que yo sepa —dijo Juan— nosotros mantenemos nuestra relación personal totalmente al margen de los temas políticos. Siempre lo hemos hecho así y con María igual.

—Es la mejor opción, digo lo de mantener la política a parte de las relaciones familiares.

—Además hay otra cosa —añadió Juan.

—¿Qué cosa?

—Pues que los habitantes del pueblo ahora ya no son de derechas, ahora si contamos todos los que nos están llegando son más bien de izquierdas, es decir que ni siquiera los represento.

—Pero eso es una tontería —dijo Lola y a continuación paso a razonar su respuesta— esta gente está aquí provisionalmente y cualquier día volverán a sus casas. Yo no los tendría muy en cuenta.

—¿Y si esto dura años? —preguntó Juan.

—Ya verás cómo no —dijo Lola convencida de lo que decía— en menos de un año esto está otra vez como antes.

—Que no Lola —le corrigió él— ya verás cómo esto ya no va a volver a ser como antes. Desde que el Hitler ese y Mussolini se han puesto de parte de Franco y sus amigos, esto ya no vuelve atrás —insistió Juan derrotado.

—Eres un pesimista.

—Yo creo que no —dijo Juan—. Ya lo verás, pero eso no es de lo que quería hablar contigo. Nos estamos yendo del tema.

—Tienes razón. Mira a mí lo que tú hagas me parece bien hecho.

Entiendo tus razones y de alguna manera las comparto así que tienes todo mi apoyo moral si decides dimitir. No nos hace falta de nada, podemos seguir viviendo como antes de que fueses alcalde y además estaremos mucho más tranquilos. Cuando todo esto pase ya veremos qué hacemos.

—Eso es lo que quería oír —dijo Juan pasándole el brazo por encima de los hombros a Lola y dándole un beso en la mejilla—. Ahora tenemos que emplearnos en que no les pase nada a todas estas maravillas que tenemos por aquí.

—Eso es —dijo Lola con una gran sonrisa y siguieron con lo que habían venido a hacer.

Por su parte José y Carmen vivían la situación con una tensión diferente.

José no tenía la misma percepción política que su hermano, aunque él no se identificaba tampoco con la gente más extremista de la falange. Su planteamiento era más político, es decir que creía que debía persistir el orden en la sociedad y que, si la gente por sí misma no era capaz de mantenerlo, tal y como se había demostrado ya —según su opinión— se debía utilizar la fuerza.

Carmen no lo veía así, aunque tampoco se implicaba mucho en el tema.

Ella había optado por distanciarse de todos estos líos. Tenía claro que no le gustaba la posición política de su marido. Ella estaba muy enamorada de José y si había ese aspecto que no le gustaba, pues ¿qué le íbamos a hacer?, está claro que no se iba a enfrentar con él por eso y mucho menos a tener una crisis matrimonial. Con la inteligencia emocional que le caracterizaba se dedicó a atender a su familia y a su negocio.

El problema es que mucha gente sabía que José era falangista y que Carmen era su mujer así que, muchos de ellos que no compartían las mismas ideas, dejaron de ir a comprar y la clientela empezó a disminuir.

Maru no estaba de acuerdo con su cuñado y ella sí que era más partidaria, por su carácter, de enfrentarse a él e intentar hacerle cambiar de opinión, pero Carmen insistía en que no lo hiciese y Maru por cariño a su hermana se mordía la lengua cada vez que veía a su cuñado. Tenía claro que todo aquello no significaba más que problemas y más problemas. Además, no toda la bajada de ventas se debía a cuestiones políticas. La gente empezaba a tener serios problemas de abastecimientos, incluso ellos mismos. Era cada vez más difícil conseguir harina y materiales y mucho de lo que se tenía iba a parar a Málaga, donde la situación era aún peor.

Por otro lado, al puerto llegaban pocas cosas y la mayoría de lo que llegaba de fuera venía por la carretera de la costa desde Almería siguiendo un largo camino y perdiéndose mucho entre las dos ciudades. Las cantidades que se perdían empezaban a aparecer en un mercado negro incipiente.

Tenían más tiempo para hablar, eso sí, y Carmen para hacer experimentos con la pastelería e innovar un poco. Estaban las dos aburridas pasando la tarde.

Carmen le contaba a Maru lo *salvajes que* le habían salido los niños. Tanto Ana como José eran dos niños muy movidos que salían en el carácter más al padre que a ella.

—Debe ser porque su padre los apuntó a la falange nada más nacer —dijo Maru irónicamente.

—Siempre llevas la escopeta cargada —le dijo Carmen bromeando.

—Sí, con tanto loco suelto más vale —le contestó Maru siguiendo con la broma.

En eso estaban cuando entró en la confitería Eugenio Baeza.

—A las buenas tardes —dijo cortésmente Eugenio.

—¡Hombre Eugenio! —respondió Maru— me alegro mucho de verte.

—¿Cómo tú por aquí? —preguntó Carmen contenta de verle.

—Pues veréis, pasaba por delante y os he visto aquí muy tranquilas y he pensado que iba a saludaros.

—Pues nada, ¿quieres un café o un chocolate? —propuso Carmen.

—Un café y nada más —respondió mientras se sentaba.

—A eso invitamos nosotras —dijo Maru.

Cuando estaba servido ellas le siguieron a la mesa y se sentaron con él.

—Venía también a explicaros que me voy.

—¿Cómo que te vas? —dijo Maru triste, no era fácil disfrutar de la compañía de aquel amigo de la infancia.

—Sí, me ha salido una gira por América —respondió— y tal y como están las cosas por aquí voy a aprovechar para salir del país un tiempo.

—La verdad es que yo te entiendo —dijo Carmen con resignación.

—Será verdad que me entiendes —dijo Emilio respondiendo con enfado — pero tu marido es de los que están con los rebeldes y que provocan que tenga que marcharme.

—Deja ya a mi marido —le dijo Carmen un poco cansada de las quejas que recibía constantemente—. Él tiene sus ideas y yo las mías. Ya te lo expliqué. ¿Qué voy a hacer?, ¿cargármelo todo solo porque piensa diferente a mí?, no me parece lógico, aparte de ser antidemocrático. Me pondría a la altura de sus amigos.

—Perdona —se disculpó Emilio, no quería marcharse de Guadalvalle dejando que una discusión fuese su última conversación con Carmen—. Tienes razón, la cuestión es que todos tendemos a confundir las cosas. La gente no piensa tanto y como saben que tu marido es un fascista ya ni se acercan. No llegan a pensar que puede ser que tú pienses diferente.

—La gente es la gente —dijo Carmen— y yo soy yo así que piensen lo que quieran, pero no podemos calificarnos y llenarnos la boca como demócratas cuando no aceptamos que otros piensen diferente. Yo no entiendo ese tipo de democracia. —Carmen seguía enfadada, estaba harta de que la prejuzgasen a ella por lo que hacía José.

—Bueno chicos —interrumpió Maru poniendo paz en la conversación— vamos a dejar el tema. Cuéntanos a dónde te vas —dijo mirando a Eugenio e intentando acabar con la discusión, que por otro lado no llevaba a ninguna parte.

—En principio me voy a La Habana y de allí iré haciendo representaciones por diferentes ciudades. Vamos toda una compañía de Madrid.

Somos mucha gente. Por otro lado ¿para qué engañarnos? Es una ocasión para huir de todo esto.

—Ya veo que tú no vuelves a pisar la península hasta que todo esto no se acabe —dijo Carmen ya más calmada.

—Es lo más probable —le respondió Eugenio cogiéndole la mano cariñosamente y arrepentido por la discusión de un momento antes perdona lo de antes, pero es que no se verte con ese hombre.

—Por lo de antes no te preocupes —le dijo Carmen conciliador—. Tú no lo puedes ver con mis ojos —y a continuación ya cambiando de tema—. ¿Nos escribirás?

—¿Para qué? —dijo Eugenio— si luego nunca contestáis.

—Tienes razón —admitió Maru nunca respondían a las cartas de Eugenio entre otras cosas porque cuando se decidían a hacerlo él ya había cambiado de ciudad y no le llegaban las cartas— tendremos que seguirte por los diarios.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo Carmen con resignación fingida— eso nos pasa por ser amigas de gente famosa.

Todos rieron. Eugenio se despidió de las dos hermanas, se hacía tarde y aún tenía cosas pendientes de hacer antes de marcharse del pueblo.

—Cuídate mucho —le dijo a Carmen mientras se despedía de ella.

—Lo haré —respondió.

Y salió de la confitería rumbo hacia la Iglesia del pueblo donde le había citado el párroco, el padre Andrés. Cuando llegó entró por la sacristía donde el cura le estaba esperando.

—Buenas tardes padre, he recibido el aviso de que viniese a verle, pero igualmente iba a pasar a despedirme.

Eugenio a pesar de ser de izquierdas y homosexual y a sabiendas de lo que pensaba la iglesia de estas tendencias, era una persona muy religiosa.

—Pasa Eugenio, hijo —dijo el padre Andrés— yo también quería despedirme de ti y además quería hablar contigo un poco.

—Pues aquí me tiene —respondió Eugenio intrigado por aquel interés en conversar.

—He sabido que te vas mañana mismo para América y he pensado que me podías hacer un favor.

—Si está en mi mano cuente con ello.

—Verás hijo, lo que te voy a proponer puede que lo veas como una locura, pero es la única manera que se me ocurre de salvar la situación. Como sabes, el pueblo se nos ha llenado de *rojos*.

—Pero yo también soy *rojo* como usted dice —dijo Eugenio interrumpiéndole— y además maricón, literalmente como dijo usted de mí no hace mucho.

—Sí —respondió el padre Andrés sin esforzarse en decir que él no había dicho eso— pero eres una persona en la que se puede confiar porque eres religioso y crees en Dios, a pesar de que te entregas al vicio con otros hombres, y eso en estos días está complicado.

—Perdone, no quería responderle mal —ya era la segunda vez en poco rato que Eugenio necesitaba disculparse, quizás estaba nervioso porque se iba.

Ni se molestó en contestar a lo del vicio que acababa de decir el párroco, no valía la pena.

—Estás perdonado —dijo el padre Andrés y siguió con su conversación —. La verdad es que recurro a ti porque no tengo otra opción. Me temo que con toda la gente —casi se le escapa gentuza— que ha llegado al pueblo últimamente me da miedo que cualquier día aparezcan por aquí y me quemen la iglesia.

—Sí, he de reconocer que corre peligro —dijo Eugenio— en Guadalvalle de momento las cosas no son fáciles, pero para eso tiene a Dios. Puede pedirle que le proteja —en el fondo, sus palabras contenían bastante ironía.

—Aquí es donde entras tú —dijo el padre Andrés que iba a la suya y sin ni siquiera prestar atención a las réplicas de Eugenio— quiero que te lleves la figura de la Virgen que tenemos en la iglesia y algunas de las cosas de más valor.

Eugenio se quedó estupefacto. ¿Cómo le podían pedir que se llevase cosas de tanto valor para aquella gente del pueblo?

—¿Qué me está proponiendo padre? —respondió Eugenio— yo no puedo hacer eso. ¿No ve que entonces sí que le quemarán la iglesia? Además, a mí me acusarán de ladrón. Me está pidiendo que cometa un delito. No quiero ni pensar en que diría la gente del pueblo si se entera.

—¿Quién ha dicho que voy a decir que has sido tú? —dijo el padre Andrés.

—¿Pues qué dirá? —dijo Eugenio sarcásticamente— que harta de politiqueo la Virgen, cogió sus cosas y se largó al cielo —no podía evitar otra vez ni la ironía ni el sarcasmo.

—No. Que nos han robado —respondió el cura que de ninguna manera estaba dispuesto a que un arrebato de genio le apartase de su objetivo.

—Nadie se lo va a creer —dijo Eugenio convencido de lo que decía.

—Sí, si entrego una nota anónima.

—¿Tiene una nota anónima? —dijo Eugenio intrigado.

—Por supuesto —dijo el padre Andrés— recibo una cada dos por tres, en un cajón de la sacristía debo tener más de veinte.

—Eso cambia un poco las cosas. Suponiendo que le haga caso y me la lleve, ¿qué quiere que haga yo después?

—Deberías tenerla contigo. Nada de entregarla a la iglesia en otras ciudades o en otros países. Es muy posible que ya no volviese nunca más.

Tienes que tenerla tú y cuando todo haya vuelto a la normalidad devolverla sana y salva.

Eugenio se quedó pensativo valorando la propuesta. Era cierto que con su popularidad y viajando con la compañía de teatro, nadie iba a revisarle el equipaje ni a decirle nada. Su fama de beato era tan grande como la de su homosexualidad así que si decía que era una reliquia de su familia y que la llevaba consigo para que todo fuese bien, era posible que le creyeran. Decidió que lo iba a hacer.

—¿Cómo la sacaremos de la iglesia? —preguntó empezando a interesarse por los detalles del plan.

—Cómo te vas mañana será esta media noche. Hay más gente implicada en el asunto. Esta noche simularán el robo y en vez de llevársela y desaparecer te la llevarán a tu casa. Ocupa muy poco y es fácil de transportar.

—¿Cómo sé que no es un lío o algo que se me escapa en este momento? —preguntó Eugenio con suspicacia.

—Tienes mi palabra ante Dios.

—Imagino que eso tiene que ser suficiente en este momento. De acuerdo haga como tiene planeado.

Dicho esto, Eugenio y el padre Andrés se despidieron. Lo que no dijo el padre Andrés es que la excusa de las amenazas no era cierta y de que había mucho en su plan sobre querer mostrarse ante el pueblo como el salvador de la Virgen y sus joyas cuando todo volviese a la normalidad. Era tan solo la ambición lo que le movía.

Aquella noche todo pasó cómo estaba previsto y la figura y las joyas fueron entregadas en casa de Eugenio a última hora. Al amanecer Eugenio salía del pueblo desapareciendo durante bastante tiempo y llevándose aquel tesoro entre su equipaje. Se veía a él mismo como el *protector* de la virgen. A pesar de todo estaba asustado ya que era una locura y no se fiaba plenamente del párroco de Guadalvalle. Durante el primer tiempo siempre pensó que le iban a arrestar en el momento más inesperado.

Por la mañana, temprano el padre Andrés se despertó fingiendo sorpresa ante el robo. En seguida la iglesia se llenó de fieles que no podían dar crédito a lo que estaba pasando.

Aquella Virgen despertaba una gran devoción y se sentían totalmente ultrajados y desesperados. Ante la policía el padre Andrés contó todo lo relativo al robo y mencionó las amenazas que había ido recibiendo en los últimos tiempos por los comunistas y los rojos del pueblo.

La policía le pidió que trajera los anónimos recibidos, para ver si podían deducir alguna cosa de las notas y le preguntaron porque no había avisado antes. El padre Andrés con su mejor cara de inocente y aspecto de víctima, se limitó a decir:

—Nunca me las creí y las fui tirando a la basura una tras otra y ya ve agente lo equivocado que estaba —se lamentaba el hombre.

—Ha actuado mal padre —dijo el policía convencido de que aquello sería difícil de solucionar— ahora no tenemos ninguna prueba para culpar a nadie.

—Dios sabe que han sido los comunistas —dijo el padre Andrés y se quedó tan fresco— acusó el párroco.

—Sí, pero Dios no testifica en un juicio —respondió el policía una vez que había recogido la declaración y despidiéndose del párroco.

La gente había oído claramente la acusación y a la mayoría no les hacía falta más para tener a un culpable. La tensión subió unos cuantos niveles durante aquellos días mientras que Eugenio, la Virgen y sus joyas estaban ya camino de La Habana y lejos de Guadalvalle.

Hubo enfrentamientos entre falangistas y comunistas, pero también entre gente que no se había manifestado demasiado de un bando o de otro hasta aquel momento. La situación se iba crispando por momentos.

Hasta entonces José se había mantenido muy al margen de los enfrentamientos, pero la gota que colmó el vaso fue cuando al día siguiente de la desaparición de la figura alguien tiró un ladrillo desde la calle, contra el mostrador de la confitería haciendo que algún trozo pequeño de cristal se estrellara en la frente de Carmen. No fue nada serio, pero tanto Carmen como Maru. se asustaron bastante ya que se dieron cuenta de la fragilidad y lo expuestas que estaban en realidad.

No hizo falta más que curarle la herida y ya está. Tuvieron que recoger todos los añicos en que se había roto el vidrio y tirar todo alimento que pudiese haber recibido algún trozo. Daba realmente pena que con aquella situación tuviesen que tirar comida a la basura.

Cuando Carmen llegó a casa le quiso quitar importancia al tema, pero no había acabado de contarlo cuando José ya se subía por las paredes. Habían atacado a su mujer y el ladrillo llevaba escrito *fascista de mierda*. Eso solo significaba una cosa y es que el mensaje iba dirigido a él y que estaban dispuestos a atacar a su familia.

José le pidió el coche a su hermano y se llevó a su mujer y a sus hijos a casa de su hermana Marta en Coín para tenerlos apartados unos días de todo

aquello. Su hermana Ana se había pasado por allí para ver cómo estaban cuando se enteró del atentado contra Carmen.

José, le explicó lo que había pasado y que se los llevaba a casa de Marta y Ana decidió que se iba con ellos. Aquella tarde Ana, Carmen y los niños estaban en Coín. Carmen se negó desde el principio, pensó que no era más que un incidente aislado y que aquello era una exageración. Si finalmente accedió fue porque Maru la convenció y para ello utilizó el argumento de que a los niños podía pasarles cualquier cosa. Igual que le habían atacado a ella se podían meter con los niños. Carmen cedió a su pesar.

José regresó de Coín, con ganas de venganza, pero sabía que tenía que contenerse. Mucha gente de falange había acabado en prisión por provocar desórdenes y él no quería meterse en líos. Tampoco sabía quién había sido el que había tirado el ladrillo, aunque tenía idea de quienes eran los candidatos posibles. Había sido un acto cobarde ya que no habían tenido el valor de decirlo a la cara y decírselo a él.

Se fue hacia la cantina donde se reunían sus amigos. Cuando lo vieron llegar, todos se mostraron solidarios con él. La noticia iba de boca en boca y en aquellas horas todo el pueblo se había enterado.

—Vaya José, siento mucho el atentado contra la confitería. ¿Está bien tu mujer? —le preguntaron. A pesar de las ideas de José, Carmen era una joven muy apreciada por la mayoría de la gente.

—La he enviado lejos del pueblo —contestó sin dar más explicaciones.

—Pues esta noche no tendrás que volver a casa temprano —le dijo otro.

Se juntaron un grupo de seis personas que estuvieron bebiendo durante bastante rato hasta que estaban todos totalmente borrachos y habían perdido el control de sus actos.

Hartos, salieron a la calle a que les diese el aire y mientras iban haciendo equilibrios se dieron cuenta que había mucha gente reunida en la iglesia por el tema del robo.

—Esos putos comunistas encima nos han robado a nuestra Virgen —dijo uno de ellos cuando consiguió que a pesar del alcohol enterarse de lo que había pasado.

—Hay que matarlos a todos —gritó otro de ellos.

Mientras tanto José, que no se dio cuenta que entraban en la plaza de la iglesia por el otro lado un grupo de gente identificados como comunistas, y que también iban un poco pasados de alcohol, se subió en la fuente y empezó a gritar…

—Vívala Falange.

Sus compañeros fueron corriendo hacia él para intentar hacerle bajar y que se callara, pero no llegaron a tiempo.

—Rojos de mierda os vamos a matar —gritó mirando hacia el grupo que entraba en la plaza.

Estaba fuera de sus casillas. El alcohol le desinhibía y estaba sacando todo el enfado y la rabia del incidente de la confitería. La reacción del otro grupo fue inmediata. Se dirigieron hacia él. Eran también unas cinco personas y empezaron a pelearse a puñetazo limpio. La rabia y la furia se reflejaban en los golpes que se repartían a diestro y a siniestro casi sin ningún tipo de control.

Los que no tenían que ver con ninguno de los dos grupos se mantuvieron al margen.

El momento coincidía con la gente saliendo de la iglesia intrigados por los gritos que habían oído. Poco a poco los *amigaste* José fueron *escabulléndose* de forma cobarde y cuando se quiso dar cuenta José estaba solo recibiendo bofetadas, patadas y golpes por todas partes.

La policía llegó y empezó a separar al grupo de contrincantes antes de que mataran a aquel pobre desgraciado que ya estaba bastante malherido. Cuando lo rescataron se lo llevaron a la enfermería donde le curaron las heridas. Aquella noche la pasó en el calabozo, pero por la mañana se lo llevaron temprano arrestado a Málaga.

Habían habilitado un barco en el puerto donde iban metiendo a los falangistas y demás extremistas partidarios de los militares que provocaban disturbios y que empezaban a ser considerados como prisioneros de guerra.

José, cuando consiguió reponerse de aquella noche empezó a tomar conciencia de la gravedad de los hechos. Se había convertido tontamente en un prisionero de guerra de aquella forma tan estúpida. Él que siempre había sido prudente en el tema de la violencia se veía implicado en una situación grave provocada en parte por el ladrillo tirado contra la tienda de su mujer. Había sido un inconsciente y ahora se encontraba en aquella situación. Afortunadamente su familia estaba a salvo en casa de su hermana a unos cuantos quilómetros de Guadalvalle.

El barco en el que le retenían era bastante grande, pero estaba tan anticuado y abandonado que era imposible que navegase. Era una prisión militar republicana.

Nada más llegar, lo metieron en una celda no sin antes ponerle traje de preso y realizar su registro de entrada. Pasaba a formar parte de todas aquellas personas que estaban pendientes de juicio. Eso podía tardar bastante tiempo

ya que la administración de justicia estaba superada por los problemas de aquellos días.

Aquella tarde se organizó un comité clandestino que se tenía que encargar de *ajusticiara* aquel tal José Martí o Pepe como mucha gente en el pueblo le llamaba. En realidad, se trataba de algo bastante habitual en aquellos días y que Pepe no había tenido en cuenta que pudiese pasar.

Eran tres hombres armados que se iban a tomar la justicia por su mano.

Sabían su dirección y se dirigieron a su casa. No disimulaban ni se escondían.

Golpearon insistentemente la puerta. No había nadie y decidieron reventarla. La vecina se asomó a la puerta ante el escándalo y el jaleo que estaban armando y cuando se encontró ante los tres hombres que en aquel momento iban encapuchados se puso a gritar en plan histérico. Uno de ellos la cogió de los hombros y le soltó dos bofetadas.

—Cállate mujer si no quieres que te meta un tiro aquí mismo —le dijo ásperamente. La mujer aterrada calló al momento.

—¿Dónde están? —preguntó refiriéndose a la familia de José.

—No lo sé —dijo ella llorando y asustada— se marcharon ayer y no han vuelto.

—Si no nos dices la verdad te mato delante de todos tus vecinos —dijo un segundo hombre consciente de que había quien estaba mirando desde detrás de las cortinas. La gente no tenía valor para enfrentarse a aquellos energúmenos.

—Es verdad —dijo ella desesperada— al marido se lo han llevado al barco de guerra que tienen en el puerto de Málaga según me ha dicho un policía, pero la mujer y los niños no están. Ayer se los llevó de aquí antes de que pasara todo el lío de la plaza.

—Está bien pero como le digas a alguien algo de todo esto estás muerta —dijo el primero de los hombres y la dejaron marchar—. La pobre mujer entró corriendo en su casa y cerró la puerta con llave rezando para que no se les ocurriese volver a buscarla a ella.

Normalmente estos comités clandestinos los formaban gente que no era del pueblo y que se constituían expresamente para este tipo de ajusticiamientos.

En su caso nadie les había avisado de que el hombre había sido hecho prisionero. Tenían instrucciones de que no debían tocar a la familia de la mujer, incluida ella misma. Lo buscaban a él y aquella acción era para hacerlo salir de su madriguera.

Los tres hombres se ocultaron detrás de una casa.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto el que parecía más razonable de ellos.

—No podemos cazar al hombre y la mujer no está, y aunque estuviese por aquí tenemos instrucciones de no atacarle.

—El tal José ese —dijo con desprecio el tercero— ¿no es el hermano del alcalde que acaba de dimitir?

—Creo que sí —dijo el segundo.

—¿Y si vamos a por él? —dijo el tercero—. Nos vengaremos de esta manera y además matando al antiguo alcalde tendremos más efecto sobre la gente. Habremos conseguido castigarlo, aunque no lo hayamos encontrado.

Aprenderán que no tienen que esconderse porque será peor para sus familiares.

—Déjame pensar un poco —dijo el primero que por otro lado era el que dirigía el grupo—. ¿Alguien sabe dónde vive el antiguo alcalde? —preguntó finalmente.

—Yo lo sé —dijo el segundo—. Tiene una herrería en las afueras del pueblo.

Los tres hombres se sacaron las capuchas y ocultando sus revólveres entre la ropa se dirigieron hacia la herrería. Cuando llegaron a la puerta se encontraron con Juan que se estaba preparado para ir a Málaga a intentar averiguar cómo podía sacar a su hermano de aquel lío. Lola estaba con él porque ella iba a ir mientras tanto a buscar a María para ver si ella tenía algún contacto que les pudiese ayudar.

Juan y Lola habían estado en Málaga hasta tarde. Ahora que Juan tenía más tiempo libre y con sus cincuenta y un años recién hechos había decidido tomarse la vida con calma y dedicarse a actividades más relajadas.

No supieron nada de todo lo ocurrido con José hasta que Antonio y Aquilina, la hermana de Lola, aparecieron por allí a explicarles todo lo que estaba pasando con su hermano. Estaban muy alarmados y bastante nerviosos y también daban gracias a Dios de que Carmen y los niños no estuviesen en el pueblo. Les explicaron que José les había cogido el coche y los había llevado a Coín y que Ana, la hermana de Juan se había ido con ellos.

Era cierto, Juan y Lola habían ido a Málaga con el tren y cuando regresaron a casa se dieron cuenta de que habían movido el coche porque no estaba aparcado en el lugar donde Juan lo había dejado. José hacia aquello de vez en cuando y a Juan no le parecía mal.

Habían pasado la noche sin pegar ojo esperando que se hiciese de día para poder ir a ver qué podían hacer. José le iba a oír —pensó Juan— si se quería complicar la vida era su problema, pero ahora tenía una mujer y dos niños que no tenían culpa de nada.

Con Lola habían pensado que quizás era el momento de que José, Carmen y los niños se fuesen a pasar un tiempo a Málaga ya que aquello había pasado a ser más peligroso para ellos que estar en la ciudad.

Ya lo estaban preparando todo para irse cuando aparecieron los tres hombres. Que Lola les viese las caras podría ser un problema.

—Buenos días —dijo el número uno.

—Buenos días —dijo Juan sin sospechar nada mientras Lola se iba para adentro a buscar más cosas.

—¿Es usted el Señor Martí? —preguntó el número uno.

—Sí, yo mismo, pero me disculpará porque tengo que salir para Málaga a solucionar unos asuntos —se disculpó Juan.

—Solo será un momento —dijo el número dos y casi sin dar tiempo a que nadie reaccionase levantó el arma que llevaba oculta y la apuntó directamente a la sien de Juan.

El disparo sonó fuerte y Lola que estaba en el interior dio un sobresalto por el ruido y salió corriendo a ver que era aquella explosión. Los tres individuos habían desaparecido y Juan estaba estirado en el suelo en medio de un charco de sangre. Tenía un agujero en la sien. Lola no reaccionó en el primer momento, poco a poco fue tomando conciencia de lo que tenía delante de sus ojos y al cabo de unos segundos dio un grito de dolor que le salió de lo más hondo de su alma.

Juan estaba muerto. No había tenido tiempo de nada. Fue todo muy rápido, seguramente no se debió dar cuenta de lo que estaba pasando. Lola se arrodilló a su lado se sentó en el suelo y puso la cabeza de su marido encima de sus rodillas. Le cogió una mano y mientras lo acunaba haciendo lentos movimientos hacia delante y hacia atrás le iba cantando una canción que sabía que siempre le había gustado, susurrándole a la oreja mientras que unos lagrimones enormes caían por sus mejillas. Toda ella se iba cubriendo con la sangre de él.

Algunos vecinos fueron apareciendo. Había alguno que había visto lo que pasaba, pero no habían reaccionado por miedo. La gente tenía terror y lo que le había pasado a Juan le podía pasar a cualquiera de ellos en cualquier momento y por eso no tenían valor para actuar.

Una vecina se sentó al lado de Lola y la cogió por los hombros. Le dio un beso en la frente y se estuvo con ella un rato. Lola estaba en estado de *shock*.

Habían enviado a avisar a los hijos de la pareja y a Aquilina.

Aquilina fue la primera en llegar. Llegó corriendo por la calle con la cara desencajada. Estaba acabando de desayunar cuando llegó un hombre y le dio la noticia. Ella había abierto la puerta y salió disparada. Antonio salió poco después para ver qué estaba pasando, tardó un poco más en reaccionar que su mujer y fue la ventaja que le sacó Aquilina.

La pobre también quería mucho a su cuñado. Cuando vio el panorama se puso las manos tapándose la cara por el horror tan terrible que tenía ante sus ojos. Sabía que lo que estaba viendo era verdad, pero su mente no quería reconocerlo. Se resistía.

Lola manchada de sangre, se levantó y se abrazó a su hermana. Las dos se pasaron varios minutos temblando y llorando. Poco a poco iban tomando conciencia de la realidad.

Cuando llegó Antonio al poco rato también se quedó en un primer momento paralizado y después se acercó al que había sido su amigo de la infancia y su cuñado durante toda la vida. Por la mente le pasaron en pocos minutos cincuenta mil escenas que habían compartido durante casi cincuenta años. No se dio cuenta, pero las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Eran unas lágrimas silenciosas y traidoras porque de ser más consciente no hubiese permitido que le cayesen.

Le daba mucha vergüenza. Los hijos de Juan y Lola fueron llegando desde donde estaban, del colegio, del trabajo, de Málaga y el resto de la familia se fue preparando para el funeral.

Carmen recibió la noticia en Coín al cabo de relativo poco tiempo y mientras Ana y Marta se quedaban deshechas en lágrimas, con los niños ella salió hacia Guadalvalle. Gerardo, el marido de Marta, tuvo que ponerse enérgico con las dos hermanas. Ambas querían correr a Guadalvalle. Estaban igual de destrozadas que todos los demás, era su hermano al que habían asesinado y ninguna iba a quedarse allí tan tranquila. Manuel, el marido de Ana, había ido aquella mañana temprano a explicarles todo lo que había pasado y a traerlos de vuelta.

Pensaron que lo mejor era que las dos hermanas y los niños se quedasen allí al menos hasta que todo se calmase. Finalmente, Ana y Marta entendieron que era la mejor opción. Carmen se negó a cualquier otro planteamiento que no fuese estar con su tía en aquellos momentos.

Estaba destrozada. Ella también había querido mucho a su tío y de alguna manera se sentía responsable de no haber presionado más a José para que se alejase de aquellas historias. Había sido muy comodona no queriendo ver lo que era evidente. Aquella gente de la falange eran asesinos, igual que los que habían matado a su tío en el fondo todos eran iguales.

Cuando llegó a Guadalvalle, Maru la estaba esperando. Nada más verse las dos hermanas se abrazaron y se pusieron a llorar estaban muy impresionadas por aquel horror. Cuando se calmaron Maru le dijo mirándole a los ojos:

—Ni se te ocurra —se anticipaba a los sentimientos de su hermana.

—¿Ni se me ocurra, qué? —preguntó Carmen.

—Sentirte culpable. Toda esta mierda, no tiene nada que ver contigo.

—¿Cómo qué no? —respondió Carmen— yo no he sabido evitar que José se metiese en estos líos. Si lo hubiese hecho ahora el tío estaría vivo.

—Mira niña —le dijo Maru—. José era el hermano de Juan con independencia de que fuese tu marido así que el vínculo entre ellos dos existía desde mucho antes de que tú nacieses, además el Tío Juan acababa de dejar plantado el ayuntamiento, así que no sabemos si le han pegado el tiro por eso o por el follón que lio José.

—Me han dicho que se lo han llevado a Málaga —dijo Carmen.

—Sí —dijo Maru— esta misma mañana, deberían estar camino de Málaga cuando pasaba lo del Tío. Así que él aún no sabe nada.

—Pobre José —se lamentó Carmen— cuando haya visto a la Tía a lo mejor me acerco a Málaga a ver si me lo dejan ver.

—Hasta dentro de un par de días no creo que te dejen verlo. El día de visitas es el sábado así que no hace falta que corras. Nos dará tiempo a enterrar al Tío antes de que puedas ir.

—¿No podrá venir al entierro? —dijo Carmen.

—Por supuesto que no, y es más, es muy probable que hasta que no lo puedas visitar y se lo digas, no sepa lo de su hermano. Lo acusan de alborotos graves y eso hoy en día es muy serio.

Ambas hermanas se dirigieron hacia la herrería. Cuando Carmen vio a Lola, las dos se abrazaron llorando amargamente.

—Lo siento tía —le decía Carmen al oído— lo siento mucho.

—Ya lo sé hija —respondía Lola— que empezaba a reaccionar después de *shock* de los primeros momentos.

—Pobre tío —lloraba Carmen totalmente compungida, ella siempre había tenido muy buena relación con él.

—Al menos no se debió dar mucha cuenta —le respondió Lola que poco a poco iba tomando el control de sus emociones—, todo fue muy de golpe.

Cuando las dos se calmaron un poco, Maru, Lucía que también estaba y Aquilina se sentaron un rato en la salita que tenía Lola.

Dolía entrar en aquella sala. Había un cuadro enorme pintado por la propia Lola donde estaban Juan sentado y a su lado Lola de pie y alrededor los cuatro hijos con el pequeño casi recién nacido. Aquel cuadro tenía más de diez años. Era un cuadro espléndido y seguramente era la mejor obra que nunca pintaría Lola.

Evocaba tiempos felices que ahora parecía que habían acabado para siempre. Margarita y Remedios, las hijas del matrimonio, se unieron a la reunión tan pronto llegaron. Sobre todo, Remedios no era capaz de reaccionar mientras que Margarita parecía más consciente del drama. Ambas estaban desesperadas por lo que había pasado.

Lola fue la primera que habló, ya mucho más serena:

—Carmen —dijo mirando a su sobrina— nos tienes que ayudar.

—Por supuesto tía. ¿Qué quieres que haga?

—Sé que José está encarcelado en un barco del puerto.

—Sí tía —respondió Carmen.

—Yo no responsabilizo a mi cuñado de lo que ha pasado —dijo Lola con aplomo y para que quedase bien claro— sé cómo es él y que se hubiese dejado matar el mismo antes de que hiciesen algo a alguien de su familia.

—Yo también lo pienso —dijo Carmen.

—Así que cuando se entere de todo, él se va a sentir culpable, aunque está muy claro que él no tiene la culpa de nada, por eso he pensado que la mala noticia es mejor que se la des tú y que se la des con todo el tacto que seas capaz.

—No te preocupes por eso ahora tía —dijo Carmen— yo me encargo de eso.

—Si me preocupa porque no quisiera que la muerte de Juan también implicara que José se metiese en algún lío y acabase igual. Ya hemos visto todos que esta gente no va con medias tintas.

—¿Lo saben ya María y su madre? —preguntó Aquilina con preocupación.

—Ha bajado a Málaga José —hijo mayor de Lola y Juan— y se ha ido a buscar a su tía a la escuela y cuando salga se lo dirá. Creo que lo mejor es que de momento Josefina no sepa nada. Esta muy delicada de salud y no sé si lo podría superar.

—No está mal pensado —dijo Carmen— pero empezará a sospechar cuando pasen días y no lo vea aparecer, últimamente iba bastante a Málaga.

—Ya miraremos cómo lo hacemos —dijo Maru.

María subió desesperada. Había reaccionado muy mal a la noticia.

Afortunadamente José tuvo la precaución de hacer que se sentase ya que de lo contrario habría caído al suelo.

Lloró una vez que fue tomando conciencia de todo. Luego supo la historia entera y también se enteró que su otro hermano estaba en un barco prisionero.

También supo que sus hermanas estaban a salvo en Coín.

Rápida preparó un plan. En primer lugar, avisó a la escuela de lo que había pasado y consiguió que le diesen el permiso para ausentarse los días que necesitase. La directora se quedó muy impresionada y Tina también se afectó mucho.

En segundo lugar, se dirigió a su casa y se fue primero a casa de la vecina.

Le explicó que tenía que marcharse a realizar un trabajo especial a Almería y que estaría fuera un par de días. La pobre mujer le dijo que no había ningún problema que ella se encargaba de su madre.

Luego fue a casa y le explicó la misma historia a su madre. Le dijo que estaría dos días fuera y que era muy urgente. Se trataba de una historia del partido que tenía que hacer en Almería y que no se preocupara por nada.

Josefina no acabó de creérselo. No le gustó la cara de María. Había algo extraño en todo aquello además nunca había tenido que irse de aquella manera.

¿Cómo era posible que en plena guerra se tuviese que ir así?

No quiso indagar más. Confiaría en su hija. Ella estaría bien atendida y sin problemas así que ya le diría la verdad cuando quisiese. En algún momento pensó que a lo mejor Alfredo había llegado y estaba en Almería.

Josefina tenía un mal presentimiento. María salió de la casa todo lo rápido que pudo. Para ella era como una maratón. No quería estar más tiempo del justo y necesario para evitar ponerse a llorar. Estaba destrozada.

José —su sobrino— le esperaba a dos calles de allí y María subió al coche. Se pasó todo el trayecto hasta Guadalvalle llorando en silencio. El joven también tenía muy mala cara, habían matado a su padre que siempre había sido una buena persona y él no había podido ni despedirse. Cuando el coche se puso en movimiento María se derrumbó. Era demasiado para ella.

Cuando llegó y se encontró con Lola otra vez empezó el drama de abrazos y sollozos. Ana y Marta se habían escapado de Coín y se habían plantado por sus medios en casa de Lola.

Realmente Juan había sido una persona muy querida. Los vecinos iban pasando por la casa para dar su pésame casi ininterrumpidamente.

Finalmente llegó el día del entierro. En la iglesia no cabía ni un alma.

Estaba toda la familia, incluso Ramón —hermano de Lola y Aquilina— y los suyos que habían llegado a toda velocidad desde Madrid. Habían avisado a Jesús pero evidentemente no tenía sentido viajar desde La Habana. No habría llegado a tiempo.

También había políticos llegados desde Málaga que habían venido expresamente ya que Juan había sido alcalde durante unos años y finalmente estaba el pueblo en pleno, tanto los de derechas como los de izquierdas.

Unas horas más tarde todo había acabado y

Juan empezaba a formar parte de la historia dramática de aquel pueblo pacífico y que se estaba escribiendo con sangre durante aquellos días.

Quedaba una última cosa a hacer y eso lo tenía que hacer Carmen. Habían conseguido un permiso de visitas y era la primera ocasión en que podía visitar a su marido. Había dado muchas vueltas sobre cómo decirle a José lo que había pasado. Ella misma se había sentido culpable así que no quería ni imaginarse cómo iba a sentirse él. Ella había tenido la posibilidad de contar con el soporte de toda la familia y el cariño de todos, pero él estaba solo en un entorno hostil.

Pensó que a pesar de todo lo que tenían que hablar iba a bajar con los niños. A él le gustaría verlos, además le explicaría que estaba embarazada.

Tenía solo una falta, pero ella era muy puntual en eso. Calculaba que hacia final de mayo o principios de junio tendrían otro niño. Eso sí que sería una buena noticia.

Llevaba un niño en cada mano y ya estaban en el puerto frente al muelle donde estaban los barcos prisión. Le pidieron identificación y la dejaron pasar.

Los niños, que en otras circunstancias se habrían comportado de forma diferente, iban con sus mejores ropas y no abrían la boca. Carmen les había explicado más o menos una versión que ellos pudiesen entender sin que les afectase demasiado de todo lo que había pasado durante aquellos días tan terribles.

Las visitas eran en una sala grande con bastantes mesas y bancos clavados al suelo. No había muchos presos con visita así que tendrían una cierta intimidad.

Carmen entró y se sentó con los niños esperando que José llegase. En menos de cinco minutos aparecía por la puerta. Llevaba un ojo morado y

cortes en varios lugares de la cara. Andaba un poco mal, pero por lo demás estaba vivo.

Carmen corrió a abrazarle, pero un guardia le avisó.

—Señora, no puede acercarse tanto. Se tiene que sentar en la mesa y él se sentará en frente.

—Disculpe —dijo Carmen superada por todo aquel entorno.

—Me alegro de verte —dijo José emocionado de verlos allí.

—Yo también cariño. ¿No vais a decirle nada a papá? —dijo Carmen a los niños que estaban un poco atrás, mucho más tímidos de lo normal en ellos.

Los niños se habían quedado impresionados por los golpes que mostraba la cara de su padre. Nunca le habían visto así.

—¿Qué te ha pasado? —dijo el niño.

—Nada —dijo Pepe— que el otro día hacíamos un juego y yo me resbalé y mira qué golpe más tonto me di —fue lo primero que le pasó por la cabeza.

Poco a poco los niños fueron rompiendo el hielo, volviendo a su natural forma de comportarse, hasta que se apartaron un poco a jugar. José, le estuvo contando cómo había ido todo y lo que había pasado. Estaba muy arrepentido.

Carmen ya sabía la mayor parte de todo lo que le estaba contando porque, con todo lo que le habían ido diciendo, fue tomando conciencia, durante aquellos días transcurridos, de cómo había transcurrido todo.

Cuando Pepe acabó de hablar le contó que estaba embarazada. Ambos se alegraron mucho. José se emocionó y Carmen le explicó los síntomas y que calculaba que hacia final de primavera serían cinco en casa.

—Eso será si puedo volver a casa —dijo José.

—Por supuesto que ya estarás en casa —afirmó Carmen intentando transmitir confianza a su marido de que iba a ser así.

Ya no quedaba mucho tiempo así que no podía dudar más. Empezó a explicar a José lo mejor que pudo lo que había pasado con su hermano. Al principio estuvo contenida y consiguió controlarse, pero a medida que iba avanzando en la historia fue descontrolándose y la pobre acabó hipando, hecha un mar de lágrimas. Afortunadamente los niños no se dieron cuenta de nada porque jugaban a su aire.

José al principio no entendía lo que le estaban contando, ¿qué tenía que ver su hermano con lo que había hecho él? luego no quiso entender y se negó en redondo a que todo aquello fuese verdad y acabó rindiéndose y llorando desesperado. Puso sus brazos sobre la mesa y la cabeza encima. Su hermano había muerto por su culpa.

Carmen se empleó a fondo para convencerle de que se tenía que sacar de la cabeza todo aquello. Ella no pensaba que era culpa de nadie más que de los asesinos. Era estúpido culparlo a él. Él no había matado a nadie. Había hecho o había dicho, pero no había hecho daño a nadie. Él no era responsable de la estupidez humana y de que alguien decidiese pagar a unos asesinos para que matasen a un inocente.

A José eso le importaba poco. Él se sentía culpable y debería hacer todo un proceso mental para cambiar su punto de vista. Algo se acababa de romper para siempre en su interior.

Preguntó por Lola y por su madre y Carmen le puso al corriente de todo.

Lola le enviaba todo su cariño y había prevenido a Carmen de aquella reacción.

Su madre, pobre, no sabía nada ni de lo de Juan ni de que él estaba en la cárcel y mucho mejor para todos ya que de esa manera evitarían problemas que le pudiese afectar a la salud.

El guardia les había dejado un poco más de tiempo del habitual y había estado jugando un rato con los niños para entretenerlos. Era poco habitual actitudes como aquella por la autoridad en aquellos días, pero el hombre se había dado cuenta de que algo grave pasaba y había decidido que mejor intentaba dar un poco de margen a aquella pareja para hablar tranquilos.

Finalmente, no pudo alargar mucho más la visita y les avisó que tenían que marcharse. Carmen y José se despidieron y Carmen prometió que la semana siguiente si aún estaba preso volvería. Fue muy triste para ella dejar a su marido destrozado en aquel lugar.

Salieron a la calle en silencio mientras iban caminando hacia la estación.

Carmen iba con la cabeza en el encuentro que acababa de tener. Hacía frío, ya estaban en noviembre, ellos cogerían el tren y llegarían a Guadalvalle, cenarían y se meterían en la cama, calientes, mientras que su marido estaba allí prisionero en pésimas condiciones y, su pobre tío Juan muerto y, su tía Lola destrozada…

A veces el refranero tiene razón y el dicho de que *no hay dos sin tres te* tanto en tanto se cumple. Casi sin tiempo para nada empezaron a sonar las alarmas por toda la calle. Eran unas bocinas que hacían un ruido enorme. De momento Carmen se quedó paralizada, ella venía de un pueblo y no entendía qué estaba pasando, pero vio que la gente empezaba a correr como loca hacia los edificios.

Cogió a los niños y corrió a refugiarse en un portal. Carmen no pensaba en nada, tan solo buscaba un lugar seguro donde poderse meter con sus hijos.

Vio el hueco de la escalera y corrió a meterse allí.

Empezaron a caer bombas sobre Málaga. Todo el mundo estaba aterrado.

Era previsible que pasase, pero ella nunca se había planteado que se iba a encontrar en medio de un bombardeo y menos con los niños.

El estrépito era enorme. Los niños gritaban aterrados y Carmen se dio cuenta de que ella también estaba gritando en aquellos primeros momentos, luego se esforzó en no asustar a los niños y controlarse. Apretaba a los dos contra su cuerpo en un intento de intentar protegerlos.

Con cada estallido el suelo daba sacudidas y notaban como todo crujía a su alrededor. Caía el yeso de las paredes sobre sus cabezas y cerraban los ojos para que no les entrara.

Fue una experiencia terrible. Los niños lloraban asustados y ella contenía el llanto porque tenía que calmar a los pequeños, aunque de buena gana se hubiese puesto a llorar.

Pasó todo con un ritmo lento y angustioso, pero en realidad todo el episodio duró unos cinco minutos. Cayeron algunas bombas cerca de donde ellos estaban, aunque por suerte ninguna tocó el edificio. Cuando salieron del portal el horror podía verse por todos los rincones.

Curiosamente y contra lo que parecía el bombardeo no era desde aviones sino desde barcos en el puerto, pero de eso Carmen se enteró más tarde, cuando llegó a casa de su suegra y María se lo contó.

Había gente herida, llorando y gritando, algunos edificios habían caído al suelo y estaban deshechos. La calle ordenada y la gente que andaba por ella hacía unos momentos habían desaparecido. En su lugar había socavones en el suelo y el suelo estaba lleno de runas. Se veía gente herida mientras otros corrían como locos a auxiliarlos. Carmen sentía terror por aquel espectáculo tan dantesco. El horror reinaba por todos los lados. Llantos, gritos, desolación por doquier. Los niños iban fuertemente agarrados a sus manos y ni siquiera se atrevían a respirar.

Carmen, como pudo y con los dos niños cogidos de la mano consiguió, dando algún que otro rodeo, llegar hasta la estación. Quería salir de allí lo más rápido posible. Huir y abandonar aquel horror.

Cuando llegó le explicaron que el servicio de trenes había quedado interrumpido ya que la estación había sido uno de los lugares bombardeados.

Allí sí que habían tenido algunas bajas tanto entre empleados como entre pasajeros. Si hubiesen estado allí unos minutos antes, al acabar la visita si no les hubiesen dado un poco más de tiempo, posiblemente estarían muertos pensó. La sola idea le causó una sensación extraña de pánico.

Carmen no sabía qué hacer así que se fue hacia la casa de su suegra. Con tal que se iban acercando al domicilio se iban alejando de la parte de la ciudad que había sido la más castigada por todo aquel episodio. Caminaban totalmente mudos los tres mientras que se cruzaban con gente que corría en dirección a la zona bombardeada quien sabe si a ayudar o a buscar a algún ser querido que previsiblemente hubiese estado por allí en aquel momento.

Cuando llegó se encontró con la pobre mujer aterrada y con María sorprendida de verla allí. Carmen le contó todo lo que había pasado y explicaron a Josefina, que Carmen había ido a ver a una prima que estaba en Málaga y que había venido de Melilla y que se había encontrado con el problema del bombardeo.

Josefina se lo creyó, o quizás no se lo creyó en absoluto, pero se dedicó a los niños que estaban aleccionados de que no debían explicar nada de su padre.

Las pobres criaturas estaban tan impresionadas que hicieron caso.

En ningún momento fueron capaces de decir nada relacionado con las bombas. Los dos actuaron borrándolo de su mente como si todo lo que habían visto aquella tarde no fuese más que una pesadilla.

María atendió a Carmen. Hicieron falta un par de tilas para que la joven se sacase de la cabeza el miedo que acababa de pasar. Su mirada reflejaba el horror que había vivido.

Cuando María se la llevó a la cocina para prepararle las tilas y se encontraron las dos solas, Carmen se derrumbó y se puso a llorar. María que también estaba muy afectada por todo lo que acababa de pasar también se derrumbó y acabaron las dos abrazadas llorando por aquello, por Juan y por todas las desgracias que empezaban a afectarles.

Aquella tarde María había corrido a casa cuando empezó el bombardeo a buscar a su madre que afortunadamente no había salido a la calle y se había metido como pudo debajo de la cama a esperar que pasase todo.

En el Perchel solo se habían oído las bombas, pero no había caído ninguna así que los edificios estaban intactos y era muy pronto para saber si alguno de sus vecinos se había visto afectado por aquella salvajada.

Parecía que los aviones habían salido desde la costa del Rif, a pocos quilómetros de allí. Carmen y los niños pasaron la noche allí. Carmen no consiguió pegar ojo en toda la noche y por la mañana regresaron a Guadalvalle con una *viajera*, que eran unos miniautobuses que hacían los trayectos entre la ciudad y los pueblos más cercanos. Entre ellos Guadalvalle.

Por suerte la carretera no había quedado muy afectada y pudieron volver a casa.

María los acompañó y no los dejó solos hasta que vio cómo arrancaba el minibús.

CAPÍTULO 26

A TRAVÉS DE LA INDIA

El encuentro entre Alfredo Estrella, Nuria Vega, Aarón Goldvich y Matzav Abramovich había sido muy emotivo. Aarón y Matzav, amigos y compañeros desde la infancia, se abrazaron después de bastante tiempo sin noticias el uno del otro.

Alfredo no conocía a Matzav, pero recordaba a Nuria. En realidad, recordaba a una Nuria más joven, pero habían pasado casi veinte años desde que se perdieron la pista. Imaginaba que ella debía pensar lo mismo de él. El tiempo pasaba para todos.

Alfredo extendió la mano para estrechársela, pero Nuria le tomo la mano y tiró de él, acercándole para poder ponerse de puntillas, darle dos besos y decirle:

—Ya ve Alfredo, por mucho que se esconda siempre acabo encontrando lo que busco.

—Realmente es usted una mujer muy persistente —dijo Alfredo sonriendo.

—Y usted se ha convertido en un maduro muy interesante —bromeó ella.

Posteriormente Aarón presentó a Matzav.

—Querido Matzav, este hombre es nuestro amigo Alfredo. Ese mismo que hemos estado buscando desde nuestra juventud —dijo Aarón también bromeando.

—Encantado de conocerle en persona por fin, señor Estrella —dijo Matzav estrechándole la mano y dándole una palmada afectuosa en el hombro.

—Encantado igualmente —dijo Alfredo— por favor llámeme Alfredo.

Lamento todos los problemas que he podido causarles…

—No ha sido ningún problema —dijo Matzav— gracias al tiempo dedicado a su búsqueda he desarrollado un fuerte interés por la arqueología y

la búsqueda de pistas históricas que me han dado un buen provecho profesional.

Durante muchos años creí que acabaría encontrando antes el Arca de la Alianza que a Usted.

Todos rieron.

—Nuestro amigo Matzav —explicó Nuria— es un arqueólogo brillante de la Unión Soviética. Podríamos decir que hoy en día es la persona del mundo que más sabe sobre la ruta de la seda, sobre todo en su paso por el Turquestán. Así que comparte con la ruta de la seda las investigaciones de nuestro amigo durante los últimos años —bromeó para acabar.

—Me alegro de que al menos todo esto haya servido para algo bueno —dijo Alfredo.

Una vez que se habían presentado todos fue Nuria quien tomó la iniciativa.

—Bueno, como nuestro amigo Matzav ya sabe, he alquilado una *Houseboat* en el Dal Lake. Tenemos todo un banquete preparado que será servido tan pronto estemos listos y allí podremos seguir hablando y por supuesto alojarnos.

—Creo que un baño me irá bien —dijo Aarón—. Si no me baño pronto los perros de la ciudad me van a empezar a perseguir.

—Yo estoy seguro que a mí también —dijo Alfredo.

—Pues vayamos, allí tendrán todas las comodidades —dijo Nuria encabezando la marcha hacia el coche que les esperaba.

Un chofer sij con un turbante de color naranja y un traje de color blanco inmaculado descendió del vehículo para abrirles la puerta. Nuria tomó asiento en el asiento de delante mientras que los tres hombres se sentaron en el asiento de atrás.

El trayecto fue de unos diez minutos. Lo que Alfredo podía ver no tenía nada en común con el lugar donde había estado todos estos años. Las casas eran de vivos colores a pesar de que ya era oscuro y la calle estaba llena de gente. El chofer detuvo el coche frente a una gran casa de madera que flotaba encima de las aguas del lago.

Alfredo se la quedó mirando desde fuera con la boca y los ojos totalmente abiertos por la sorpresa. Aquel era un edificio bellísimo.

—Si le gusta por fuera —dijo Nuria— espere a verla por dentro —mientras se dirigían hacia el edificio.

Subieron unas escaleras y entraron en la casa. En la entrada había un gran salón de unos cuarenta metros cuadrados, a mano derecha se encontraba el

espacio habilitado como cocina de unos veinte metros cuadrados y a los lados cuatro puertas, una por cada habitación.

Todas eran *suites* y tenían su propio baño con agua corriente. Alfredo empezó a entender a que se referían cuando hablaban del *lujo asiático*.

En realidad, ninguno de los tres hombres estaba acostumbrado a aquel lujo, es posible que Matzav por sus viajes al exterior hubiera conocido más lugares de todo tipo, pero ni Aarón ni por supuesto Alfredo habían imaginado un lugar así.

—Bienvenidos a la joya del Imperio Británico —dijo Nuria sonriendo al ver el efecto que causaba aquel pequeño palacio flotante y sus comodidades— evidentemente me refiero a la India y no a esta casa —aclaró irónicamente.

Toda la casa estaba iluminada con luz de gas y con velas. Había incienso en cada rincón y la combinación de aquella luz y de aquel olor creaba un ambiente realmente de lujo y magia.

—Les aconsejo que después del recorrido que han hecho —dijo Nuria dirigiéndose a Aarón y Alfredo— se tomen su tiempo y se den un baño reparador. Dentro de una hora nos servirán la cena y podremos seguir hablando tranquilamente. Mientras tanto nuestro amigo Matzav y yo tomaremos un té en la terraza. Menos la habitación del fondo a la izquierda las otras se las pueden distribuir entre ustedes tres como decidan.

Alfredo y Aarón se dirigieron hacia las dos habitaciones de la derecha y Matzav se fue hacia la que quedaba libre para dejar su poco equipaje que había quedado en el coche durante el encuentro.

Alfredo entró en la habitación que había escogido y quedó sorprendido por el lujo que percibía en todos los detalles. En su humilde vida en Alemania y en España, nunca había tenido acceso a aquel nivel, ni que decir que en Rusia había sido mucho peor de lo que era posible explicar.

La habitación era amplia. Tenía un gran ventanal que daba directamente sobre el lago, justo al otro lado del lugar por donde habían entrado en aquel palacio flotante. La luz seguía siendo a base de velas y luz de gas. Había un armario. Por curiosidad lo abrió y vio que había ropa. La estuvo mirando y pensó que era ropa de su talla. De hecho, sobre la cama había un pantalón blanco y una camisa de lino del mismo color que entendió que eran para él.

También había una especie de babuchas. Si toda aquella ropa era tan cómoda como parecía llevarla sería como ir desnudo acostumbrado a ir vestido con montones de ropa pesada para protegerse del frío siberiano.

Abrió la puerta del baño y encontró una bañera. Toallas limpias, jabón para el baño y también para afeitarse. Había hasta una cuchilla. Cepillo de

dientes hecho de madera y una pasta para su uso.

Salió del baño y se sentó en la cama. Poco a poco fue tomando conciencia de que ahora era libre. Había escapado de Rusia hacía bastantes días, pero se había pasado todo el tiempo huyendo. Ahora se había acabado la huida, volvía a ser un ser humano independiente. Podía hacer lo que quisiese.

De tan solo pensarlo se emocionó y se le enrojecieron los ojos. Llevaba tantos años esforzándose en no sentir que tenía que volver a aprender a hacerlo.

Todos aquellos años en los que no conseguía recordar nada y en los que estaba prácticamente solo y abandonado a su suerte había aprendido a adormecer todo lo que tuviese que ver con sus sentimientos. Fue práctico para sobrevivir. Ahora los necesitaba de nuevo así que tenía que recuperar aquella capacidad.

Estuvo así unos minutos hasta que pensó que era mejor no seguir perdiendo el tiempo. Entro en el cuarto de baño y se desnudó. Se metió dentro de la bañera y se dio una larga ducha con agua caliente, lo más caliente que pudo resistir sin quemarse. Esperó que toda la suciedad se reblandeciese.

Rascó toda la roña acumulada durante diecinueve años de su vida. Rascó con tanta fuerza que en algún momento pensó que se iba a despellejar. Al principio el agua que resbalaba por su cuerpo era negra, poco a poco fue pasando a marrón y al final ya salía clara. Una vez que el agua salió limpia tapó la bañera y dejó que el agua fuese cubriéndole. Así se fue relajando.

Parecía que al menos una parte de toda la miseria de aquellos años se había ido por el desagüe. Se percató de que ya no apestaba. Olía bien. Aquel jabón dejaba un olor suave y agradable. La sensación de estar limpio y oler bien también había quedado olvidada igual que la de sentir el agua caliente por su cuerpo. Cuando pasó un rato, nunca supo cuánto, salió del baño. Se plantó delante del espejo y empezó a enjabonarse la barba que le había crecido durante todos aquellos días. Cuando estuvo reblandecida empezó a afeitarse. Con cuidado para no cortarse.

La operación le llevó casi un cuarto de hora. Luego salió del baño con la toalla liada en la cintura y se vistió con aquella ropa que había encima de la cama. No recordaba el gusto que daba aquella ropa tan ligera y cómoda sobre la piel limpia. Era ropa con cuerdas para ajustarse al cuerpo así que los pantalones se los pudo ajustar sin problemas. La camisa era suelta y más o menos de su talla. Un poco grande quizás, pensó.

Regresó al baño y se peinó. Mirándose en el espejo pensó que afortunadamente y a pesar de todas las desgracias y contra todo pronóstico,

había llegado a una edad madura en buenas condiciones.

Cuando salió de la habitación se dirigió a la terraza donde ya estaban todos sentados tomando té y conversando.

—Aquí llega nuestro amigo —dijo Matzav sonriendo.

—Madre mía —exclamó Nuria— vaya cambio ha hecho usted en este rato. Parece que ha entrado en el túnel del tiempo. Está irreconocible. Tiene mucho mejor pinta que hace un rato.

Alfredo se ruborizó y dio las gracias. Ya no recordaba lo que era un piropo.

—Siéntate a mi lado —le invitó Aarón— estaba explicando nuestras peripecias a través de desiertos y montañas a nuestros amigos.

—Parece ser que ha sido bastante duro —se lamentó Matzav mirando a Alfredo—, a lo mejor nos equivocamos escogiendo aquella opción.

—La verdad es que una vez que salimos de la Unión Soviética —explicó Alfredo— el tramo a través de Mongolia fue bastante bien. Para mí lo peor ha sido el desierto de Sinkiang. Una zona realmente seca y áspera. Además, se me hizo interminable.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo Aarón—. Además, era la zona que menos conocía. Por cierto, la ciudad de Urumqi es un verdadero agujero en aquel territorio. Realmente horrible. Debe ser lo peor que he visto hasta ahora y mira que he visto sitios feos, la Unión Soviética está llena de ellos.

—Debe haber sido al menos interesante —comentó Nuria.

—Sin duda —comentó serio Aarón— aunque bastante duro. Las condiciones en el centro de Asia son muy extremas para los humanos.

—Ahora vamos a pasar a cenar —dijo Nuria— las mujeres que nos atenderán durante estos días nos han preparado varios platos a base de pescado del lago, pollo a la *tandoori*, huevos y verduras. Son mujeres de la ciudad y todas ellas viven cerca de aquí, así que vamos a comer especialidades totalmente de la zona. Espero que les apetezca y les guste.

Los cuatro se levantaron y se dirigieron hacia el comedor donde estaba ya todo preparado para la cena. Ni Alfredo ni Aarón fueron conscientes del hambre que tenían hasta que empezaron a comer. Todo era delicioso y además cocinado con aquel sistema hindú de cocción que permitía que los alimentos conservaran todo su sabor y sus cualidades nutritivas.

Alfredo recuperó sabores que pensaba que había olvidado para siempre y que durante todos aquellos años de prisión le habían sido prohibidos. Mientras comían iban conversando de temas de la actualidad. Matzav y Nuria estuvieron explicando a Alfredo, cómo estaba la situación en España con la

guerra que había empezado aunque de momento no quisieron entrar en cómo el tema les afectaba a ella misma y a Alfredo personalmente. También estuvieron explicando la situación que se estaba gestando en Alemania con los nazis en el poder, y como Francia y Gran Bretaña estaban preparándose para la guerra a pesar de que no lo reconocían.

Nuria comentó la delicada situación de algunos países vecinos de Alemania. Austria, los checos. Bélgica, Holanda o Dinamarca no tardarían en desaparecer. Nadie tenía claro que pasaría con países grandes como Francia o Polonia, aunque Nuria aseguraba que todo era solo una cuestión de tiempo. La ambición de los alemanes era bastante grande y el nivel de locura de su dirigente aún era mayor.

Al final de la cena volvieron todos a la terraza y Nuria les aconsejó que procurasen hacer la digestión antes de irse a la cama ya que con lo que habían comido y la poca costumbre, podían pasar una mala noche. Para entretener aquel par de horas sirvió *brandy* para todos. Matzav y Aarón, aunque eran judíos y no solían beber bebidas alcohólicas, se permitían normalmente aquel tipo de licencia en situaciones especiales. Sin duda aquella lo era.

Nuria fue a buscar una pipa de agua. Había recuperado aquella costumbre en su último viaje a Estambul, donde se había encontrado con Matzav y volvía a fumar de tanto en tanto, también en ocasiones especiales.

Siguió todo el proceso, casi ritual, de preparar el instrumento y cuando estuvo todo listo empezó a fumar. Pronto, al principio con curiosidad, y después saboreándolo, todos se fueron uniendo a la novedad.

Fue una velada muy agradable para todos. Alfredo no se creía que todo aquello le estuviese pasando a él. Parecía que todos eran viejos amigos, aunque en realidad anteriormente habían tenido muy poca relación entre ellos, salvo entre Aarón y Matzav.

Pasadas casi cuatro horas y ya avanzada la noche decidieron que ya era el momento de irse a dormir. Nuria se despidió y les avisó que durante el día siguiente no había ninguna actividad preparada.

—Duerman todo el tiempo que necesiten. Mañana no haremos nada. A partir de pasado mañana empezaremos a planear nuestros próximos pasos, por eso está bien que estén descansados y con la mente bien fresca.

Cada uno desapareció en su habitación. Alfredo estaba un poco mareado.

Se encontró la cama preparada ya para meterse y un bombón en el cojín. Sin dudarlo se lo llevó a la boca. Toda la vida le había gustado el chocolate. Le sorprendió aquella delicadeza por parte del servicio de abrirle la cama y dejarle aquel detalle.

Se desnudó y se metió en la cama. El colchón era muy cómodo, la temperatura era muy agradable y todo olía a limpio. Antes de que se diese cuenta se había quedado dormido.

Alfredo se levantó casi al mediodía del día siguiente. Le dolían todos los huesos de tanto dormir. Todos pasaron aquella jornada casi sin darse cuenta ya que alternaban las comidas habituales con largos ratos de sueño. En realidad, Nuria y Matzav también llevaban pocos días allí y también estaban cansados.

Se acababa el día y no habían planeado nada sobre el resto del viaje.

Repitieron una cena similar a la del día anterior y Nuria los convocó a desayunar a las siete de la mañana para empezar a definir los siguientes pasos a realizar. Cuando todos se sentaron a la mesa a la mañana siguiente, la del tercer día, esta estaba preparada con un desayuno copioso a base de elementos de la cocina occidental. Había huevos revueltos, jamón, todo tipo de quesos y panes.

También había bacón. Todo tipo de frutas y jarras llenas de Lassi, una especie de yogurt típico en India. En aquel caso tenía dentro trozos de plátano y estaba frío.

Desayunaron entre conversaciones intranscendentes. Se notaba que todos estaban mucho más descansados y en condiciones de empezar a moverse hacia sus destinos más próximos.

Al acabar el desayuno se reunieron los cuatro en la terraza a la entrada de la *Houseboat* ante un té y empezaron a definir sus planes. Matzav fue el primero que habló dirigiéndose a Aarón.

—Bien amigo, ahora que ya estamos todos más descansados ha llegado el momento de empezar el regreso hacia Siberia.

—Lamentablemente es así —contestó Aarón— si no me esperase nadie allí creo que no volvería.

—Bien que debes añorar a tu familia —respondió Matzav.

—Por supuesto, pero de buena gana los traería hasta este paraíso. Seguro que viviríamos mucho mejor.

—No te dejes deslumbrar por el lujo en que nos ha tenido nuestra querida Nuria estos días, hay muchas más realidades alrededor, y no son todas tan agradables, la gente del país no vive demasiado bien, además que tienen sus propias movidas políticas contra Gran Bretaña.

—Matzav tiene razón —añadió Nuria— pero pensé que tras la huida y la travesía agradecerían este entorno.

—Por supuesto que sí —respondió rápidamente Aarón— no creo que haya estado nunca en un lugar tan agradable.

—Yo pienso igual —dijo Alfredo uniéndose a la conversación.

—Así es. Tan solo llamaba la atención sobre que no todo es tan fantástico —aclaró Matzav sonriendo—. Bueno, nuestro plan amigo Aarón es regresar. Para ello tú y yo nos vamos a Samarcanda, en Uzbekistán, dentro de nuestra gran Unión Soviética —dijo no sin ironía.

—¿Cuándo partimos? —preguntó Aarón.

—A las tres de la tarde. Vamos a tomar un pequeño avión que nos va a llevar directamente. Nuestra coartada está en que con ese avión y en compañía del piloto hemos estado sobrevolando y estudiando la ruta de la seda, en su tramo soviético. Tú has sido mi ayudante y una vez que regresemos a Samarcanda te espera otro avión, en este caso de línea regular que te llevará a Novosibirsk y desde allí nuestros amigos te acompañarán a casa.

—¿No me acompañas?

—No, yo iré un par de días más tarde. Aprovecharé para visitar al maestro Baruch Mendel y para explicarle la resolución del rescate de Alfredo Estrella.

Seguro que le gustará conocer cómo ha acabado todo.

—Me gustaría —interrumpió Alfredo la explicación que estaba dando Matzav a su amigo— poder darle personalmente las gracias a Baruch Mendel.

—Lamentablemente eso es del todo imposible, a no ser que esté dispuesto a volver a Siberia —dijo Matzav—. No se preocupe por eso, nosotros se lo transmitiremos.

—Además, Alfredo —intervino Nuria— nosotros tenemos que seguir una ruta diferente que nos debe llevar hacia su encuentro con María. Si es que aún lo desea…

—Claro que lo deseo —afirmó con seguridad Alfredo— de hecho, estoy impaciente pensando en ese momento.

—Debe dar un poco de vértigo —dijo Nuria— tras tantos años.

—Sí que da vértigo y pánico también —respondió Alfredo serio y pensativo al mismo tiempo. El momento se acercaba.

—Para su tranquilidad, le comento que no hace mucho que me encontré con ella. La vi justo antes de emprender el viaje hacia aquí. Estaba espléndida, se emocionó mucho con su nota y yo creo, bueno no creo, estoy segura que le espera con la misma impaciencia con la que Usted espera el encuentro.

Ayudaremos a nuestros amigos a preparar su partida y durante la tarde le comentaré mis planes para regresar. Nosotros nos iremos mañana, así que aún cuenta con un día más de descanso en este fantástico lugar.

Aarón y Matzav pasaron el resto del día preparando su regreso. Alfredo agradeció a Aarón toda la ayuda que le había prestado durante todos aquellos meses de travesía y el gran esfuerzo y los riesgos que había corrido por él.

—Cómo te debes haber dado cuenta —dijo Aarón—. Matzav es la parte científica de nuestro equipo y yo soy el hombre de acción, el que vive aventuras y se escapa de los lugares. Matzav, es un erudito a nivel mundial sobre la ruta de la seda. Es el mejor arqueólogo que tenemos en la Unión en este momento.

—Me he dado cuenta —respondió Alfredo.

—La verdad es que formamos un equipo bastante bueno. Hemos sido educados con esta finalidad y espero que aún nos queden muchas misiones por realizar. Eso querrá decir que todo marcha. Con la solución de tu caso liquidamos el tema más antiguo y que más nos quemaba, pero aún tenemos otras historias que solucionar. Ojalá tengamos el mismo éxito que contigo.

—¿Cuál es el futuro de nuestra comunidad en Rusia? —preguntó Alfredo preocupado por cómo estaba el país.

—¿Te refieres a los judíos? —dijo Aarón para confirmar que había entendido bien la pregunta. Le gustó que Alfredo se considerase parte de aquella comunidad—. Quién sabe. Hemos sobrevivido a todo tipo de historias y no creo que ahora vaya a ser diferente. Hablan de crear una provincia y enviarnos a todos allí pero francamente no creo que les dé resultado. Como siempre ha pasado, no saben qué hacer con nosotros cuando les molestamos.

—Ojalá tengáis buena suerte —deseó muy sinceramente Alfredo.

—Veo que al final te implicaste con nuestro colectivo —no puedo resistirse a preguntar Aarón.

—Nunca he estado apartado del todo, en realidad yo fui criado en una comunidad hebrea muy reducida en Alemania, donde en aquel momento vivían muy pocos de los nuestros, y eso siempre queda marcado en el carácter.

Posteriormente y a medida que fui creciendo, todo aquello empezó a quedar en un segundo plano y la verdad es que hasta que no recuperé la memoria no sabía si era judío, protestante o cristiano. Sencillamente no tenía idea. —Alfredo se encogió de hombros y sonrió al decir aquello.

—Te deseo que hagas lo que hagas en un futuro tengas buena suerte y tu vida tome un rumbo más sereno y puedas, al menos, vivir unos años en paz

con tu mujer.

—Muchas gracias —le respondió Alfredo con afecto. Habían compartido muchas aventuras durante aquellos meses.

Cuando llegó la hora de partir Nuria y Alfredo los acompañaron al lugar en que se encontraba el pequeño avión que les esperaba. Allí se despidieron todos. Aarón y Alfredo se abrazaron convencidos de que lo más seguro es que nunca más se volverían a ver.

De regreso al *Houseboat* y en las tres horas que faltaban para la hora de la cena, Nuria pensó que era el momento ideal para explicarle a Alfredo cuáles eran sus planes con más detalle. Ambos se sentaron en la terraza.

—Bueno amigo Alfredo a partir de ahora nosotros dos seguiremos nuestra ruta hacia su encuentro con María.

—Antes de seguir, quisiera agradecerle todo el esfuerzo que ha dedicado a mi historia durante todos estos años… —volvió una vez más a agradecerle Alfredo.

—No se preocupe —interrumpió Nuria concentrada en lo que iba a explicarle— eso no importa ahora. Era mi obligación rescatarle.

—Insisto en agradecérselo…

—De nada —dijo Nuria sonriendo, pero cambiando el rumbo de la conversación—. Ahora vamos a acabar de elaborar nuestro viaje de vuelta.

—De acuerdo.

—Mi plan es el siguiente. Hoy cenaremos a eso de las seis y nos debemos preparar para partir mañana a primera hora de la mañana, que en India quiere decir aproximadamente a las seis de la mañana y nos dirigiremos en coche hacia la ciudad de Lahore. Lahore está a unos trescientos cincuenta kilómetros de aquí, pero las carreteras son bastante malas así que hasta última hora de la tarde no creo que lleguemos. Allí tengo reservadas dos habitaciones en un hotel donde pasaremos la noche y podremos descansar. Por la mañana a las diez sale nuestro tren.

—¿A dónde nos dirigiremos? —preguntó Alfredo mientras Nuria se había levantado para coger un mapa de la zona y enseñarle sobre él la ruta.

—Nuestro tren va a Ahmadabad y de allí a Bombay. Los ingleses han creado una red de ferrocarriles en la India que no tiene igual en ningún lugar, fuera de la propia Europa. En mi opinión ni siquiera en los Estados Unidos.

—¿Y desde Bombay?

—En Bombay haremos otra parada y de allí nos dirigiremos por mar hasta Suez y desde allí hacia España. En realidad, la ruta que tomemos desde Suez dependerá del estado de la guerra en el momento en que lleguemos al canal.

—Pero todo esto debe costar mucho dinero —comentó Alfredo con preocupación.

—Todo esto lo está pagando el estado español con dinero que dotó en algunas partidas presupuestarias hace bastantes años y de las que fui designada administradora. No debe preocuparse por nada. Los servicios secretos tienen sus propios recursos.

—¿Es usted una espía? —preguntó Alfredo divertido y extrañado, aunque con respeto.

—Entre otras cosas —respondió Nuria riendo—. Una no es una espía y ya está. En realidad, yo soy una funcionaría del ministerio de estado o de relaciones exteriores, como quieran llamarlo, desde hace muchos años. Por otro lado, también se me encargan misiones de tanto en tanto y estoy agregada en el cuerpo consular. En este momento en Egipto. Tengo a veces un trabajo normal y corriente y en otras ocasiones me asignan misiones especiales.

—¿Cómo le está afectando la guerra? —preguntó con curiosidad.

—En mi caso, de momento no me afecta —explicó Nuria pensativa— pero sí que me afectará si la república española fracasa. En ese caso puedo tener problemas ya que de ninguna de las maneras estoy dispuesta a trabajar para los fascistas o para un gobierno militar que no ha sido votado por el pueblo democráticamente.

—¿Y qué hará en caso de que fracase la república?

—No sé si lo ha observado, pero una vez que me apartaron de oriente y de Rusia no he dejado de moverme dentro del Imperio Británico. Fíjese, estamos en la India y yo vengo de Egipto y vuelvo a Egipto.

—¿Quiere decir que también trabaja para los británicos? —preguntó Alfredo sonriendo por la sorpresa.

—Podríamos decirlo así. Digamos que tengo en Brighton una casa que casi nunca visito y una cuenta corriente donde durante muchos años he ido depositando dinero. Hoy en día empiezo a plantearme irme allí y dar clases en la universidad. Hace tiempo que me lo están proponiendo y cada vez me apetece más. El problema es que añoraría la adrenalina de las misiones y de las operaciones especiales.

—Verdaderamente es usted una caja de sorpresas —dijo Alfredo.

—También hay quien dice que soy una caja de bombas —bromeó Nuria.

Todo estaba planeado. Alfredo tan solo tenía que seguir las instrucciones.

Tal y como había explicado Nuria, se levantaron temprano al día siguiente y tras un abundante desayuno, Nuria se despidió del servicio y salieron rumbo

a Lahore.

Alfredo llevaba su equipaje que estaba constituido tan solo por las ropas y demás elementos de aseo personal que había encontrado en la habitación. Nuria le había indicado cómo debía vestirse para aquel trayecto y le explicó que debía empaquetar todas aquellas prendas y elementos, eran para él.

La ropa era mejor de la que había tenido en toda su vida y consiguió que fuese suficiente con una pequeña maleta de tela que podía llevar colgada al hombro.

El trayecto fue largo y difícil. Hubo momentos en que Alfredo estuvo convencido de que el coche se iba a despeñar por uno de aquellos barrancos espectaculares. Pasaron por bosques interminables y montañas enormes, atravesaron la ciudad de Jammu y llegaron a la ciudad de Amristar. Nuria se fue explayando en explicaciones sobre la complejidad de la India y su multitud de religiones y tradiciones. No tenían nada más que hacer durante todo el trayecto.

La llegada a Lahore fue espectacular. Era una ciudad enorme y caótica. Ni siquiera durante la revolución de retrogrado, Alfredo había tenido una sensación similar de caos. Aquel caos no se limitaba al movimiento de personas, sino también tenía relación con lo diferentes que eran entre ellos. Eso sin tener en cuenta las vacas que iban a su aire por las avenidas principales de la ciudad interrumpiendo el tráfico, haciéndolo más caótico si cabe, tráfico por el que circulaban todo tipo de bicicletas, carros y demás que se movían entre coches y motos.

Nuria observaba la sorpresa de Alfredo y se le escapaba una sonrisa mal disimulada. Ella estaba muy acostumbrada a todo tipo de caos. Todo aquel colorido y contraste de olores a una hora en que el sol empezaba a caer tenía totalmente cautivado a Alfredo. Él venía de un mundo gris. Tras atravesar algunos barrios entraron en una zona más europea con edificios de estilo Victoriano donde se encontraba el hotel en el que iban a pasar la noche.

Recogieron las llaves de las dos habitaciones que tenían reservadas y cuando dejaron todo el equipaje y se asearon un poco después de todo un día de viaje por las montañas, Nuria invitó a Alfredo a callejear por la ciudad.

Salieron del hotel y anduvieron callejeando e introduciéndose en la zona antigua. Cenaron en una especie de cantina donde Alfredo comió la cosa más picante que había comido en toda su vida. Pensaba que la lengua se le iba a desprender de la boca. Nuria le estuvo explicando todo lo que sabía de aquella ciudad, que sin duda era mucho y acabaron entrando en un café, donde cuando vieron a una mujer entrar se creó un ambiente tenso.

Nuria habló en árabe, muy parecido al urdu que se hablaba en la ciudad, lengua que dominaba a la perfección y la gente se fue relajando.

—No sé si ha sido una buena idea entrar aquí —comentó Alfredo—. Pensaba que nos iban a echar a patadas.

—Era un riesgo —admitió Nuria—. Pero no me gusta que me discriminen por ser mujer —aclaró sonriendo.

—Le gusta el desafío —afirmó Alfredo.

—No puedo negar que sí me gusta, lo que pasa es que con los años me he ido relajando cada vez más.

Cuando acabaron el té se encaminaron hacia el hotel. Ya se había oído el canto del *muyahidin* para el rezo nocturno. En aquella ciudad la comunidad musulmana era la más importante y numerosa.

Alfredo pasó una mala noche con el picante dándole vueltas en el estómago, pero al final consiguió dormirse y por la mañana se encontraba bien para seguir viajando.

Se levantaron temprano. Habían quedado a las siete en el restaurante del hotel para desayunar. Alfredo le intentaba explicar a Nuria que en aquellos días desde que había llegado a Srinagar había comido tanto como en un mes en Rusia.

Cada vez se sentía más cómodo. Iba recuperando su personalidad tanto tiempo influenciada por el entorno y cada vez se mostraba más confiado y alegre. Hacía mucho tiempo que no se sentía así.

Cada día también estaba más impaciente por ver a María y poder besarla y abrazarla como no había podido en todos aquellos años. Tenía miedo a que ella le rechazase, aunque los mensajes que le llegaban a través de Nuria no parecía que fuesen en esa línea.

La estación era uno de los centros del caos de la ciudad. Todo el lío del exterior estaba concentrado en menor escala en aquel lugar. Era un edificio de estilo Victoriano, no muy grande, donde entre europeos e hindús se movían todo tipo de animales.

Unos hombres altos que iban vestidos con una casaca roja y un turbante blanco les cogieron el equipaje y los guiaron hasta su compartimiento donde los dejaron hasta que el tren con puntualidad británica salió de la estación camino del sur.

El trayecto duró tres días. El tren paraba en todas las estaciones y era constante el tráfico de gente que subía y bajaba. Por los pasillos pasaba gente vendiendo té. Era curioso verlos gritando *chai, chai* y entregando unos

pequeños vasos de barro con un té que a Alfredo le pareció buenísimo, más tarde pasaban a recogerlos. Era como el orden dentro del caos.

Mientras tanto la gente bajaba como loca del tren a comprar todo tipo de cosas y volvían a subir justo a tiempo de no perderlo. No sabía cómo, pero todos subían y que él supiese nadie quedó en tierra. Cuando paraban en alguna estación Alfredo se paseaba por el vagón para ver todo aquel ajetreo. En una ocasión Nuria le invitó a bajar tal y como hacia la gente del país y en realidad Alfredo estuvo más nervioso ante la posibilidad de perder el tren que de disfrutar de la experiencia.

Los paisajes eran muy cambiantes. El tren se desvió de la línea recta, según su mapa, ya que pasaron por la ciudad de Jaipur tras atravesar el desierto del Thar.

A partir de aquel lugar el paisaje se volvía cada vez más tropical.

Abundaban los campos cultivados y los poblados cada vez estaban más cerca unos de los otros. Se percibía la presión demográfica del país, uno de los más poblados de la tierra, ya en aquella época.

Finalmente llegaron a la ciudad de Ahmadabad. La ciudad no era tan grande como Lahore y en consecuencia el caos tampoco era tan impresionante.

Era una ciudad sin duda interesante, pero Nuria le explicó que aquellos años no estaban resultando demasiado buenos. En la ciudad había una importante industria textil, pero llevaban un periodo largo con manifestaciones no violentas en pro de la independencia. Nuria le estuvo explicando a Alfredo el momento político en que vivían la región y el país, y como ellos consideraban que estaban totalmente maduros para poder independizarse de Gran Bretaña, mientras que los británicos de momento se mantenían tozudamente firmes en mantener el dominio del país. Nadie sabía hasta donde estaban dispuestos a llegar los unos y los otros.

Nuria llevó a Alfredo a comer *Thali*, que era una comida típica de allí a base de verduras, bastante fuertes por el componente de curri que tenían.

Descansaron en el hotel y pasaron el día siguiente visitando la ciudad. A las seis de la tarde fueron a la estación de donde salía el tren con destino a Bombay.

El trayecto duró otro día entero y llegaron a la gran ciudad a primera hora de la tarde. Lo primero que sorprendió a Alfredo fue la *Victoria Station*, de estilo totalmente británico y que era uno de los edificios más emblemáticos de aquella gran ciudad.

En aquellos días la ciudad tenía aproximadamente un millón y medio de habitantes y su puerto era el más importante de la India. Aquella urbe, desde el momento en que el tren entró en los suburbios, despertó de una manera especial a Nuria. Allí ella se encontraba en su ambiente. Casi saltó del tren en marcha para guiar a Alfredo a través de toda aquella masa de gente que se agolpaba por todos los rincones. Arrastró a Alfredo hasta el hotel Taj Majal, el más lujoso del país y quizás uno de los más lujosos del mundo en aquel momento, donde se iban a hospedar durante aquellos días.

Había muchas cosas a hacer. Por un lado, tenían que ir a conseguir el pasaporte de Alfredo en el consulado español de la ciudad. Ella había movido todos sus contactos y no fue difícil conseguirlo en un tiempo record, aunque en realidad ese tiempo record fue de casi diez días.

Con el visado Nuria se fue al puerto a buscar los pasajes con destino a Egipto. Llegarían hasta la ciudad de Suez, desde donde irían por tierra hasta El Cairo. Eran pocos kilómetros. Los ratos libres los aprovecharon para visitar la ciudad. Nuria dio un repaso a Alfredo de todo lo relevante que se debía conocer de aquel micromundo por el que caminaban.

La actividad de Nuria era tanta y tan intensa que no se dio cuenta de que Alfredo empezó a encontrarse mal. Al principio fue un malestar general, pero al no bajar a desayunar el día posterior a la compra de los pasajes Nuria se alarmó y subió a la habitación. Lo encontró acostado sudando y con fiebre bastante alta.

Estaba consciente y le contó que había pasado la noche con dolor intestinal y vomitando. Había tenido una gran descomposición y al no comer nada durante las horas anteriores tenía fuertes dolores de estómago, pero no podía ni vomitar ni ir al baño.

Nuria avisó al hotel que urgentemente subiesen a la habitación agua embotellada y que avisasen al médico que trabajaba para la embajada de España. El médico diagnosticó sin dudarlo que Alfredo había cogido el cólera.

La enfermedad era bastante corriente pero muy grave y podía causarle la muerte. Hacía falta llevarlo a un hospital para curarlo sin perder tiempo.

Alfredo fue trasladado al *King Edward Memorial Hospital*, quizás el mejor hospital de la ciudad en aquel momento. Los primeros días y debido a la debilidad que había provocado la enfermedad en Alfredo, estuvo en estado *semiinconsciente*. En el hospital lo mantenían dormido todo el tiempo y lo iban hidratando constantemente. Nuria estuvo la mayor parte del tiempo con él.

Se encargó de ir al puerto y cancelar los pasajes. Cuando Alfredo pudiese viajar ya volvería a contratarlos y salvo los ratos en que tenía que realizar alguna gestión o contactar con alguien para alguna cuestión propia estuvo al lado de Alfredo.

Las noches las pasaba en el hotel donde estaba localizable ante cualquier incidencia. En realidad, no estaba muy alarmada porque le habían explicado que a pesar de lo espectacular de los síntomas de la enfermedad el paciente parecía que resistía bastante bien.

La enfermedad había empezado a tratarse a tiempo. Poco a poco Alfredo fue encontrándose mejor y cada vez estaba más despierto. Nuria llegó la mañana del octavo día de estar ingresado y lo encontró totalmente despierto.

—Hombre, le veo mucho mejor —dijo Nuria alegre— tiene mejor cara.

—Solo hago que provocarle problemas —respondió Alfredo preocupado.

—No se preocupe, si tienen solución no es grave. Y pensándolo bien si no tienen solución aún debe preocuparse menos —bromeó— pero ese no es el caso.

—Por lo visto he tenido cólera.

—Debería haber insistido más en las precauciones con la comida. Verá yo tengo un estómago a prueba de bombas y es que llevo muchos años moviéndome por estas latitudes. Muchas veces se me olvida de avisar sobre los riesgos y sobre qué precauciones se deben tomar. Es culpa mía por no haber avisado. Por otro lado, no sé cómo lo ha cogido usted y yo no ya que es muy contagioso.

—La verdad es que yo me confié —se lamentó Alfredo.

—Bueno, todo eso ya no importa y lo único que importa aquí es que empieza a estar mejor.

—¿Qué ha pasado con los pasajes de barco?

—Afortunadamente los pude recuperar.

—¿Y ahora cuándo nos iremos? —preguntó Alfredo.

—Yo creo que primero tenemos que esperar a que pueda salir del hospital recuperado. Diría que más de dos o tres días no le retendrán ahora que ya empieza a estar mejor. Menos mal que no le han puesto en cuarentena. Una vez que salga de aquí deberemos esperar, unos quince días hasta que salga el próximo barco que nos lleve hasta Suez.

—¿Tanto tiempo? —se quejó Alfredo.

—Bueno, después de veinte años no es tanto tiempo. Piense que durante esos días usted también se recuperará para poder hacer el viaje. Ahora mismo está muy débil. No le veo haciendo un viaje largo en barco en estas

condiciones además de que en todo el trayecto no tendremos un hospital cerca. Francamente hemos tenido suerte de estar en Bombay y no en algún lugar perdido del trayecto. Si esto hubiese pasado unos días más tarde, en alta mar, posiblemente no habría sobrevivido.

—¿Dura mucho el viaje? —preguntó Alfredo sin querer oír lo que Nuria acababa de decir sobre la enfermedad en el barco.

—Depende de las paradas que haga, pero yo creo que debe andar alrededor de los diez días.

—Calculo entonces que aún tardaré un mes en llegar a Málaga.

—Eso es —afirmó Nuria—. Si todo va bien tardaremos más o menos un mes, pero en llegar a El Cairo, no a Málaga. Hay que sumar el tiempo que tardemos entre las dos ciudades. Celebraremos la llegada del año 37 aquí y no piense en llegar antes de finales de enero a Málaga, aunque ya le digo que dependerá de muchas cosas. Cuando estemos en El Cairo veremos la mejor manera de ir hasta allí.

Alfredo estuvo ingresado un par de días más tal y como había previsto Nuria y después fue dado de alta. Ya de vuelta en el hotel, fue recuperándose poco a poco y al final estuvo lo suficientemente fuerte como para hacer el viaje hacia El Cairo.

Durante aquellos días en Bombay, Alfredo supo sobre la vida de Nuria.

Supo que había sido una joven revolucionaria durante su juventud. Supo también de su infancia en Barcelona, su ciudad natal y de que siempre había sido una estudiante brillante.

Poco a poco y recopilando datos pudo conocer a aquel personaje que a su edad había vivido el doble de lo que se vivía en una vida normal completa. La verdad es que la admiración por ella cada vez era mayor. Tenía recursos para todo.

Además, era una filósofa con un cierto reconocimiento entre sus colegas de profesión.

Alfredo cada día soñaba con María. Tenía todo tipo de sueños. A veces pensaba que algo pasaría que impediría que se pudiesen encontrar. Soñaba que corría hacia ella y que ella no se movía, pero por mucho que él avanzase nunca llegaba a dónde ella estaba. Se repetía un sueño en el que él andaba hacia ella por un espacio vacío. Ella estaba de espaldas y no se daba cuenta, pero antes de llegar se despertaba.

Otras veces los sueños eran eróticos, y soñaba con los encuentros amorosos que habían tenido tantos años atrás. En ocasiones se soñaba a sí mismo y a María con niños. Imaginaba una vida diferente a la que habían

tenido e imposible ya para ellos. También ocasionalmente soñaba con que ella no quería saber nada más de él. Se había cansado de esperar y se despedía de él para siempre. En esos sueños afloraban todos sus miedos.

Realmente su vida había sido muy azarosa. Se había casado joven en Alemania. Por desgracia había matado a una persona y eso le había hecho huir, al principio sin rumbo a través de varios países y finalmente atravesando los Alpes llegó a Italia para seguir por la costa del Mediterráneo. Cuando llegó a España no dudó en dirigirse al sur y allí encontró a María.

Cuando parecía que todo empezaba a encarrilarse y su vida a serenarse, se vio atrapado en todo aquel montaje de las autoridades españoles que lo llevaron primero a Berlín y desde Berlín a Petrogrado, y otra vez empezaron los problemas.

Vio morir uno de los pocos amigos que había podido tener ante sus ojos sin que él pudiese hacer nada. De allí se vio impulsado a atravesar Siberia donde llegó a la ciudad de Irkutsk que bien mirado, era una de las ciudades donde más años había vivido a lo largo de su vida.

Desde Irkutsk vino aquella escapada tan extraordinaria que le llevó a atravesar Mongolia y Sinkiang hasta llegar a la India y atravesar el país hasta Bombay. Ahora, estaba a punto de coger un barco que le llevaría a través del Mar Arábigo y el Mar Rojo hasta Egipto, en el continente africano, pero todo volvía a atrasarse por una inoportuna enfermedad. Se había movido por territorios en dos continentes y un tercero que iba a atravesar en breve.

Curiosamente nunca había imaginado en su vida viajar tanto. Tan solo le quedaban por visitar América y Oceanía, pero pensaba que si el tema de las reencarnaciones en las que creían los hindús era mejor dejar estos dos continentes para vidas futuras.

Tan solo quería llegar hasta María y después los dos solos vivir lo que les quedase hasta el final, juntos y sin más problemas. Se lo habían ganado. Aquella vorágine tenía que acabarse algún día.

El día de la partida finalmente llegó. Nuria y Alfredo estaban en el puerto con tiempo suficiente. Alfredo estaba plenamente recuperado y Nuria ya estaba impaciente por verse camino de su querido Egipto, donde había pasado muchos años de su vida.

Les esperaba una supuesta travesía tranquila.

CAPÍTULO 27

ÚLTIMAS ETAPAS

Aquellos días se habían convertido en una locura para María. No daba abasto asimilando todos aquellos cambios tan rápidos e importantes en su vida.

Por un lado, se encontraba con que estaba asumiendo la muerte de su hermano.

Eso la había dejado destrozada, además había decidido que no debía contar nada a su madre con lo que tenía que llevar todo aquello lo más oculto posible.

Ya pensaría en que momento y cómo explicárselo si es que era necesario.

Por otro lado, José estaba en la prisión y realmente temía por él. Los tiempos estaban muy mal y si no cambiaban las cosas tenía muchos números para morir fusilado sin ningún juicio previo. Si las cosas ya estaban radicalizadas, mucho más se habían radicalizado desde el momento en que empezaron a caer bombas sobre la ciudad.

El día del bombardeo fue horrible. En el momento en que empezaron a sonar las sirenas la gente enloqueció y corría desesperadamente en busca de refugios. La sensación de correr para salvar la vida era terrible pero no quería imaginar lo que debían sentir todas aquellas madres, alumnas suyas, cuando eran empujadas hacia aquellos sótanos sin saber si sus hijos que estaban en el colegio, sus maridos o todas las personas que querían, tenían tiempo para ponerse a cubierto o no. María sufría horriblemente por su madre. Las vecinas le prometían que ellas se hacían cargo y que, si tenían que salir corriendo se la llevaban, no la abandonarían. A María no le cabía duda de que así era, pero no dejaba de darle vueltas al hecho de que la mujer pasaba la mayor parte del día sola.

Josefina, después de aquel bombardeo empezó a perder la cabeza. Se había remontado al momento en que ellos —sus hijos— aún eran jóvenes y su

padre estaba vivo. Ahora vivía permanentemente en aquella época. Para ella, Juan se acababa de ir a vivir a Guadalvalle y hacía poco tiempo que se había casado. Alfonso estaba vivo en el ejército y las niñas jugaban todo el día en la calle. Curiosamente José también jugaba, aunque en la vida real José y Alfonso no habían coincidido ya que cuando uno nació el otro ya había muerto.

A pesar de todo se le veía feliz y contenta. Hablaba constantemente con doña Marujita, como si la pobre mujer que llevaba tantos años muerta, estuviese allí con ellos y canturreaba todo el día. Parecía que todo lo que había perdido de mente lo hubiese ganado de alegría.

Para Josefina, cuando llegaba María llegaba su niña querida. Era como si por fin, después de la oscuridad apareciese el sol por la puerta. María no se lo podía creer. Nadie en su vida le había hecho aquellos recibimientos. La pobre

Josefina insistía en prepararle pan con chocolate para merendar, igual que hacía treinta años atrás.

Para tenerla ocupada María la hacía coser todo el día. De esta forma no entraba en la cocina ni se preocupaba por las tareas de la casa. María pagaba una semanada a una vecina que se pasaba algunas horas con ella.

Aquella locura le llegó de repente. Nunca llegaron a decirle que Juan había sido asesinado ni que José estaba en prisión. La noche que pasaron allí Carmen y los niños no se percataron de que los pequeños hablasen más de la cuenta. Carmen los había advertido antes de llegar.

Todo había pasado de golpe, en menos de una semana pasaron todas las desgracias. Muerte, prisión y enfermedad y por si fuera poco las bombas.

Parecía mentira el giro que podían tomar las cosas en tan poco tiempo.

Por las noches Josefina descansaba sin problemas mientras que María no pegaba ojo. Le daba mucho miedo cuando su madre fingía que hablaba todo el tiempo con Doña Marujita porque en realidad solo oía la voz de Josefina, pero ella respondía a las supuestas preguntas de doña Marujita. No quiso obsesionarse con el tema así que la dejó hacer y nunca intervino en aquellas conversaciones.

El terror le llegó una noche en que oyó que su madre hablaba en sueños con Alfonso y con Juan. Josefina, de la manera más natural bromeaba con ellos diciendo fíjate tu Alfonsito que te fuiste al ejército te moriste de una pulmonía y sin embargo Juanito que nunca ha sido de armas murió de un tiro y a continuación reía como si estuviesen los tres juntos.

A María se le pusieron los pelos de punta. No se podía creer lo que estaba oyendo. Josefina sabía cosas que ellos no le habían contado y que estaba

segura que nadie le había dicho. Quizás sí que era verdad que los que están próximos a la muerte pueden ver a personas del otro lado. Por la mañana todo volvía a la normalidad de su locura habitual. Cuando Josefina se despertaba por las mañanas no recordaba nada y seguía con su locura habitual, aunque no hablaba con personas imaginarias o que no estuviesen presentes. A veces hasta parecía que estaba bien.

Ante estos temas no podía hacer nada, si ella era feliz de esa manera para qué desengañarla, además qué sabía ella de lo que ocurre cuando te has muerto o cuando has perdido a un hijo.

Había estado dando vueltas sobre el tema de las bombas. Se planteó llevarla a Guadalvalle, pero se dio cuenta de que no era buena idea. Era inconcebible que estuviese en Guadalvalle y que ni Juan ni José apareciesen de tanto en tanto por allí. Ana había insistido en llevársela, pero al final dedujeron que probablemente las habría descubierto en su engaño. En Guadalvalle todo el mundo conocía la desgracia de Juan y además había afectado mucho a mucha gente. Era facilísimo que alguien hablase de más. Marta también había hablado de llevársela a Coín, pero a Josefina no le gustaba aquel pueblo. María le planteó la posibilidad de irse de Málaga, pero ella se negó en rotundo.

—¿Dónde quieres que vaya si mis niños están aquí?, además, ¿qué dirá tu padre si viene y no me encuentra?

La conclusión a la que llegó María fue que era mejor no preguntar más, no estaba segura de si quería oír las respuestas. Se quedarían las dos solas y buscaría ayuda de los vecinos.

Marta y Ana las visitarían cuando pudiesen y

Carmen pensó que cuando bajase a ver a José pasaría la noche con ellas. De esta forma María también estaba más acompañada.

Lola también iría bajando, pero de momento todos entendían que estaba pasándolo muy mal y que era mejor no meterla en estas historias.

Todos alucinaban con el estado de enajenación en que había entrado Josefina, uno de aquellos días en que Carmen iba a visitar a José, le estuvo comentando a María.

—¿Te había contado alguna vez lo que mi abuela nos decía de los muertos? —comentó Carmen con un punto de ironía.

—No lo recuerdo —respondió María, a la que no le interesaban mucho estos temas— aunque me parece que me da más miedo que otra cosa.

—Según ella no había que tener miedo —comentó Carmen con total tranquilidad.

—¿Y qué decía? —preguntó María finalmente y dando sentido al dicho popular de que la curiosidad mató al gato.

—Explicaba que cuando una persona se muere, pasa un tiempo revisando su vida y haciendo un balance de todo lo bueno y lo malo que ha hecho durante el tiempo que ha estado en la tierra. Cuando ha acabado ese proceso tiene que esperar hasta que está preparado para volver a la tierra y vivir una vida nueva con metas diferentes.

—No me parece mala la idea —dijo María sin estar muy segura de que realmente eso era lo que pensaba— si es así no estaría mal.

—La parte que te va a gustar menos —siguió Carmen con la fina ironía que la caracterizaba— es que también decía que mientras has acabado tu proceso de revisión y estás sin volver a la tierra te pasas el tiempo alrededor de la gente que querías durante tu vida más reciente.

—No me digas esas cosas —cortó María con mala cara— ahora aún tengo más miedo que antes.

—Pero ¿por qué?, —preguntó Carmen medio en broma y medio en serio — ¿es que acaso, por ejemplo, el fantasma del tío Juan o de tu padre te van a hacer algún daño?

—Imagino que no, aunque no estoy segura de que si viese un fantasma no me diese un infarto —respondió María.

—Pues entonces, ¿de qué tienes miedo? —la ironía había sido reemplazada por el sentido común.

—De lo desconocido. —María no dudó ni un segundo en la respuesta.

—Ya ves, debes querer decir que más bien tienes miedo de saber —razonó Carmen—. Es curioso en una persona que se dedica a enseñar.

—Puede ser —respondió María sin estar segura.

—Pero lo que si sabes es que hay otra vida y que esta vida no es el fin de nada no veo para que sirve tanto miedo —insistió Carmen.

—Bueno, niña, tú eres muy valiente, pero yo estoy con mi madre y a veces tiene conversaciones que solo de pensar en ellas, se me pone el pelo de punta —intentaba razonar María, más para explicar la situación que para justificar su miedo.

—Eso le pasaba a mi hermana Maru. Tiene terror a estas cosas. Solo le dices ¿qué es esa sombra? Y la tienes corriendo como una loca —bromeó Carmen—. Por cierto, tu hermano José también tiene bastante miedo de todo esto.

—No me digas —dijo María divertida.

—Si te digo. Alguna vez que me he enfadado con él le he puesto las cabras en el corral asustándolo con alguna historia.

—Ya ves, y a los políticos no les tiene miedo. Esos sí que son fantasmas sin cadenas —dijo María mientras se alejaba por el pasillo en dirección a la cocina.

Los sábados que Carmen iba a visitar a José, María lo pasaba bien. Le caía muy bien aquella niña. Siempre había sido muy espabilada y muy sensata.

No entendía que había visto en el loco de su hermano. Bueno, sí lo entendía. Su hermano podía tener mucho encanto si se lo proponía.

Josefina la trataba como si la conociese de toda la vida, pero en realidad María estaba convencida de que no tenía la menor idea de quién era. Carmen también lo pensaba, pero no le importaba, ella era cariñosa con su suegra y le daba conversación siguiéndole la corriente. Ayudar a cuidar a Josefina la hacía sentir bien. Le parecía que estaba haciendo algo por José también. Él hubiese querido estar con su madre, pero no podía, así que Carmen la reemplazaba en aquella labor.

De todas formas, a veces se sorprendían todos. Un buen día Josefina le dijo a Carmen:

—Tu tío siempre ha dicho que eras una niña con mucho ángel —dijo Josefina como lo más natural.

—¿Sí, Josefina? —respondió Carmen sin dar demasiada importancia y mientras plegaba ropa limpia para guardarla en el armario.

—Sí niña sí, mi Juanito siempre me lo ha dicho. Ayer mismo sin ir más lejos. Me dijo mañana vendrá Carmencita, mi sobrina y me dijo no sé cuántas cosas buenas de ti —lo dijo también como si no fuese importante.

—Ya será menos —dijo Carmen que se había quedado sorprendida, y notaba como se le erizaba la piel del cogote de la impresión.

Cuando Josefina se fue para la habitación, María que lo había oído todo le dijo en susurros a Carmen:

—¿Lo ves?, mi hermano ronda por esta casa —casi llorosa.

—No sé qué decirte —dijo Carmen también susurrando y muy sorprendida a pesar de que María ya le había avisado de estas cosas.

—No hace falta que nosotras digamos nada, ya lo dice todo mi madre concluyó María.

—No le des tanta importancia —dijo al fin Carmen.

—Claro, tú te vas mañana por la mañana, pero yo me quedo aquí a solas con ella —se quejó María.

—¿A solas? —dijo Carmen con ironía y riendo.

—Eres lo que no hay —le dijo María siguiéndole la broma.

Era curioso, pero los días que Carmen pasaba con María, María se relajaba y era más fácil verla reír.

No solo hablaban de fantasmas y espíritus. También María aprovechó y le contó a Carmen toda su historia de amor con Alfredo y el desenlace que estaba a punto de ocurrir.

Carmen había oído buena parte del tema porque José le había contado la historia, igual que su tía Lola se lo había ido contando a su madre pero nunca había tenido la ocasión deque María se lo contase directamente. Le gustó mucho aquella confianza. La estaba tratando como uno más de ellos y le confiaba lo más importante que le había pasado en toda su vida y que había llegado hasta el punto de condicionarla totalmente.

Carmen la animaba y le planteaba preguntas que nadie más le había hecho, ya que ella tenía un punto de vista mucho más fresco, más acorde a su edad. Desde su juventud veía el romance de su cuñada como una novela de amor que estaba a punto de tener un buen final. Admiraba mucho aquella persistencia y confianza en la otra persona.

Josefina a veces se unía a la conversación, aunque en realidad no tocaba con los pies en el suelo y podía salir con lo más inesperado que se le ocurriese.

Aquella Nochebuena era especialmente triste. Era la primera noche de Navidad en que no se reunían todos para celebrar la fiesta.

Carmen le propuso a María ocultar a su madre que día era ya que al no salir de casa no resultaba muy difícil que no se enterase. Tan solo tenían que avisar a las vecinas y bajar el volumen de la radio para que Josefina que no sabía más que encender y apagar el aparato no se diese cuenta.

Carmen pasaría el día con ellas. Aquel año la Nochebuena era un jueves y el viernes era el día de Navidad. Había visita extraordinaria en el barco prisión y María la acompañaría. Dejarían a Josefina con una vecina vigilando.

Los niños eran pequeños y se quedarían con Aquilina y Maru que estaban encantadas de tenerlos en casa. Carmen se quedaría con ellas hasta el domingo, después de la visita del sábado. Hacía tiempo que no podía ver a su marido dos días seguidos. En esta ocasión sería el día de Navidad y el día siguiente.

Aunque no contaron nada a Josefina, prepararon una cena especial y se dispusieron a pasar las tres juntas una festividad que podría haber sido muy triste pero que intentaron que no fuese así.

Al día siguiente salieron temprano en dirección al barco a visitar a José.

María se quedó muy apenada al verlo tan desmejorado. Se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando por la muerte de Juan. Seguía sintiéndose culpable. Las dos mujeres intentaron animarlo y al final pareció que quedaba un poco más tranquilo.

Era la primera vez que una de sus hermanas lo visitaba y consideró que tenía que hablar de aquel tema tan doloroso para él. Se desahogó dejando salir sus sentimientos ante María. Ambos compartían el cariño y la añoranza por Juan.

Las dos mujeres regresaban tranquilamente hacia la casa cuando se encontraron con el vecino que salía a su encuentro. Por lo visto hacía rato que merodeaba por la zona buscándolas.

—Menos mal que te encuentro María —dijo el pobre hombre muy alterado.

—¿Qué pasa? —dijo María intuyendo alguna desgracia.

—Hemos llamado al médico. Tu madre esta mañana no era capaz de hablar con claridad. Mi mujer se ha quedado con ella y yo venía a buscarte.

Salieron los tres rápido hacia el piso donde estaba Josefina.

No hablaba y estaba muy atontada. A María le recordó el susto que ya le había dado una vez, no hacía mucho tiempo. En seguida llegó el médico y sin perder tiempo dio órdenes de que la llevasen al hospital. Era una crisis grave.

No sabía si se trataba de un derrame cerebral o de una bajada de presión que le había afectado seriamente, pero tenían que correr.

Llegaron al hospital en nada de tiempo y se llevaron a Josefina para examinarla. María se quedó temblando en la entrada. Afortunadamente tenía a Carmen que estaba con ella. Carmen se fue a la centralita de teléfono del hospital y de allí llamó a la centralita de Guadalvalle. Avisó a la operadora de lo que había pasado y le dio instrucciones para que avisase a Ana y a su tía Lola, la chica de la centralita le dijo que no se preocupara que ella se encargaría de hacer llegar el mensaje también a Coín, a su hermana Marta.

Como siempre las malas noticias vuelan y no pasaron muchas horas hasta que Lola, Ana y Marta también estaban allí. Habían llevado a Josefina a una habitación y parecía que estaba muy tranquila. Respiraba con normalidad. El médico les había explicado que cabía la posibilidad de que se le hubiese hecho un trombo en el cerebro y que le hubiese afectado algunas funciones vitales.

Era primordial ver como pasaba las próximas horas para ver qué evolución tenía todo aquello. Entre ellas decidieron hacer turnos y aquella

primera noche la iba a pasar allí Lola. Todas pensaron que quizás era la menos adecuada, pero ella les explicó que en su casa estaba amargada siendo el primer día de Navidad sin Juan y que para eso prefería estar haciendo algo útil como cuidar a Josefina. Además, por las noches no pegaba ojo así que no le costaría demasiado esfuerzo estarse allí.

Al final así se hizo. Marta y Ana regresaron a Coín y Guadalvalle respectivamente. Ellas volverían en dos días. El día siguiente se lo combinarían entre Carmen y María.

La noche pasó tranquilamente y sin sobresaltos. Por la mañana María llegó temprano para relevar a Lola. Desayunaron juntas y estuvieron comentando que Carmen había ido a ver a Juan y que la tarde la pasarían allí las dos, luego por la noche se iba a quedar Carmen.

Todo se hizo como habían previsto. Al día siguiente aparecieron por allí Marta y Ana que se repartieron el día, la mañana siguiente volvió a estar Lola.

Josefina había mejorado mucho y parecía que hasta había recuperado parte de la coherencia que había perdido todo aquel tiempo. Por la tarde llegó María que se iba a quedar a pasar la noche. Al poco de estar allí notó que Josefina se ponía muy nerviosa. Algo no iba bien. Le costaba respirar y la zona de encima del labio superior se le había puesto de un color azulado.

María se preocupó y avisó a la enfermera. Aquellos días la situación era bastante mala en Málaga y estaba todo muy colapsado con los heridos de la guerra. A la ciudad llegaban muchos refugiados y algunos de ellos llegaban muy malheridos de todo el oeste de Andalucía y colapsaban los hospitales. La chica que apareció por allí la estuvo mirando y decidió que le daría un ansiolítico para que se calmara y pudiese dormir un poco. En realidad, no se podía hacer mucho más. Al cabo de un rato parecía que, en efecto, Josefina se calmaba y se iba quedando adormilada. Algo le decía a María que aquello no iba bien. Estaba realmente espantada y se sentía muy sola. No estaban sus hermanas ni sus cuñadas. Ella que normalmente sabía lo que había que hacer se sentía desorientada totalmente. Dudaba entre mover cielo y tierra para que viniese alguien más preparado para visitar a su madre o relajarse y pensar que estaba en el hospital y que no podía estar en mejores manos que en las que estaba en aquel momento.

Josefina descansó un rato, pero María no pegó ojo. Respiraba mejor pero no respiraba del todo bien. Seguía alterada. Al cabo de un rato se despertó con los mismos síntomas que la vez anterior. Ahora le costaba mucho respirar y también hablar. María le cogió de la mano pero a Josefina le molestaba todo contacto, necesitaba toda la energía que le quedaba para respirar.

María volvió a insistir para que viniese el doctor. Apareció al cabo de un rato un doctor que estaba de guardia. María le estuvo explicando lo que había pasado y todo el historial de su madre. El médico miró a Josefina con detenimiento y le estuvo haciendo alguna pequeña prueba y le dijo finalmente a María, que el cuadro parecía plenamente de ansiedad. Mandó que le diesen otro ansiolítico y prometió que en una hora volvería.

Puntualmente al cabo de una hora, el hombre estaba allí. No había cambiado nada el estado de Josefina. María estaba muy nerviosa. El médico se dirigió a Josefina:

—Josefina, ¿cómo está?

Josefina hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Está muy nerviosa —dijo el médico—. No hay ningún motivo para que esté así, pronto se va a poner bien.

Josefina lo miró muy seria y solo atinó a decir:

—*Padre nuestro que estás en los cielos*…

—Pero Josefina —dijo el médico muy sorprendido—. ¿Cómo es que estás rezando?, te vas a poner bien dijo mientras le cogía de la mano.

El médico se apartó y se llevó a María al pie de la cama para que Josefina no le oyese.

—No se preocupe, yo creo que es un cuadro de ansiedad. A veces estos cuadros provocan pequeños derrames que afectan a la coherencia de la persona.

—Mi madre ya estaba afectada por estos pequeños derrames antes de ingresar.

—Más razón de lo…

De pronto se quedaron los dos callados.

Josefina, impulsada de alguna manera se sentó en la cama con los ojos en blanco y pegó tres gritos totalmente animales y acto seguido cayó hacia atrás ya relajada.

Ninguno de los dos supo reaccionar. La propia María se encontró con que sus sentimientos se habían bloqueado totalmente. No era capaz ni siquiera de llorar ni de pensar ni de nada de nada. La única cosa que acertó a hacer pasado un rato fue irse al oído de Josefina y susurrarle

—Muchas gracias por todo Mamá. Dale un beso a papá y a Juan y a Alfonso. Que Dios te bendiga —y le dio un beso en la frente. En ese momento le empezaron a resbalar por las mejillas alguna tímida lágrima, pero nada más.

Había tenido la imagen romántica, seguramente influida por las conversaciones con Carmen, de que sería capaz de ver a su madre salir de su propio cuerpo y ver como se encontraba con su padre y sus hermanos, y con todos aquellos que venían a buscarla mientras todos le decían adiós con la mano, pero nada de eso pasó o al menos ella no fue capaz de verlo.

Se fue a la centralita del hospital y avisó de que le pusiesen con la telefonista de Guadalvalle. Solo eran las seis de la mañana, pero pensó que era mejor que avisase. Cuando se puso la operadora pidió que fuesen a buscar a Carmen, le explicó a la operadora lo que había pasado y la mujer fue a avisarla, vivía muy cerca.

En menos de un cuarto de hora Carmen se había hecho cargo del asunto y avisaría de todo lo que había pasado a Lola, Ana y Marta. En unas horas estarían todas allí.

Gerardo, el marido de Marta fue el que las recogió a las cuatro y las llevó a Málaga. El encuentro del grupo fue muy emotivo, como era de esperar. Iban a llevar a Josefina a su cama a pasar el velatorio y en dos días la enterrarían al lado de Juan, su marido.

Cuando María vio que llegaban, por fin dejó en libertad sus emociones y se puso a llorar. Hizo falta un buen rato para consolarla y calmarla. Como no podía ser de otra forma, María se esforzó todo lo que pudo en ir controlando sus emociones. Ella era una mujer muy mesurada al manifestar sus sentimientos.

Poco a poco fue recuperando el control de sí misma.

Ayudó mucho que las demás mujeres de la familia se hiciesen cargo de los trámites y de la organización del entierro. Ella se había ocupado toda su vida de Josefina. Bueno, María no se había ocupado de Josefina, sino que había compartido su vida con Josefina. Josefina, en realidad nunca había necesitado que nadie se ocupase de ella y desde luego para María nunca había sido una carga.

El tiempo de su madre se había acabado después de setenta y dos años que era una larga existencia. Además, había vivido una buena vida, sobre todo en los últimos tiempos ya que una vez que sus hijos habían sido mayores ella había dispuesto de suficientes recursos económicos como para vivir con comodidad. En realidad, había sido una privilegiada.

Bueno, ahora se había acabado. Dedicaría el tiempo necesario a despedir a su madre y después se reincorporaría al trabajo en seguida. Tan solo dos días después del entierro de Josefina, había despachado a sus hermanas y cuñadas hacia sus casas, aunque había prometido que el fin de semana iría a verlas. En

realidad, no sabía qué pensaba hacer, aunque no le apetecía nada ir a Guadalvalle. Tenía ganas de estar sola.

Durante todos aquellos días no había leído las noticias. Sabía que la cosa estaba fatal porque no era sorda y había llegado a oír bombas, como la mayoría de los malagueños. También había alcanzado a saber que los militares ya avanzaban por la provincia alcanzando Marbella y Antequera y que era cuestión de poco tiempo que la ciudad cayese en manos del ejército rebelde.

Cuando llegó a la escuela, Tina fue la primera que la vio aparecer de lejos. La había acompañado en el entierro y ahora acudía a saludarla.

—¿Cómo has venido tan pronto? —dijo muy seria y realmente preocupada por ella— deberías haber descansado unos días.

—En casa no dejo de pensar y tras vivir toda una vida con ella, la encuentro a faltar y la veo por todos los rincones, así que he pensado que lo mejor es volver a la vida normal —dijo María sinceramente e intentando no dramatizar.

—¿Quieres que nos veamos cuando salgamos? —propuso Tina— me gustaría hablar contigo.

—De acuerdo, nadie me espera —respondió María con tristeza— tú también tienes muy mala cara —observó.

—Luego hablamos —dijo Tina y le dio un beso en la frente y desapareció por el pasillo camino de su clase.

Las alumnas de María le dieron el pésame e intentaron tratarla con condescendencia, aunque María procuró que pareciese que no había pasado nada y trató que todo fuese lo más normal posible. Le ayudaba ir a trabajar y salir de casa. Casi consiguió olvidarse en algún momento de todo.

Cuando llegó la hora de marchar, Tina la esperaba en la puerta. Eran las cinco de la tarde, y el día había pasado rápido. A pesar de las bombas y de que la ciudad iba a ser tomada en pocos días la escuela permanecía abierta y los alumnos que podían seguían asistiendo a clase.

En realidad, todos intentaban que durante aquellas horas pudiesen olvidarse de la realidad tan terrible que se les venía encima. Intentaban actuar con el máximo posible de normalidad. De todas formas, la cantidad enorme de refugiados que aquellos días andaban por las calles de Málaga les daba una pista de cómo iban a evolucionar las cosas. La gente los acogía lo mejor que podían, pero para muchos de ellos aquello no era más de una etapa ya que tenían muy claro que era cuestión de días que la ciudad cayese y tenían que seguir huyendo.

Las noticias de la guerra corrían por todos los rincones. La población de la ciudad tenía miedo, más que miedo terror. Habían oído relatos de lo que había pasado en otras ciudades con la entrada de Franco. Había quien decía que todo varón de entre 15 y 60 años que no pudiese demostrar que había sido obligado a trabajar para la república era fusilado. Esto había pasado en algunos lugares provocando verdaderas matanzas. Tenían montones de testimonios horrorosos que contaban los que iban llegando huyendo de otros lugares.

María no se lo acababa de creer, aunque sí que entendía que la implicación política que había tenido durante todo este tiempo iba a complicarle mucho las cosas en un futuro inmediato. Confiaba en que las propietarias de la escuela, pertenecientes a las altas clases locales le ayudasen como mínimo a sobrevivir.

Era curioso, a pesar de que su situación no parecía muy buena, justo lo contrario, parecía malísima, tampoco estaba preocupada. Era como si todo aquello no fuese con ella y ese fue el tema del que había estado hablando con Tina.

—María, tenemos que hablar —le dijo Tina seria— pero tenemos que tener una conversación larga.

—Es que no me apetece mucho hablar sobre la guerra, será lo que tenga que ser…

—No María, es mucho más complicado —cortó Tina tajante—. Si no te importa me voy a tu casa contigo.

—Ya sabes que eres bienvenida. Prepararemos algo de cena y hablamos tranquilamente. Te puedes quedar a dormir, ahora hay espacio más que de sobra.

Pasaron por casa de Tina donde ella metió en un bolso una muda de ropa y lo necesario para el aseo matutino y se fueron hacia casa de María. Había estado lloviendo a cántaros durante todo el día y se pusieron cómodas para preparar la cena. Mientras la preparaban Tina intentó no entrar en el tema que le llevaba de cabeza y estuvieron hablando sobre el duelo, la vida, la muerte, los fantasmas y todo lo que a María se le ocurrió que necesitaba explicar para desahogarse y dejar salir lo que llevaba en su cabeza.

Cuando se sentaron en la mesa, Tina sacó una botella de vino que había cogido en su casa y también puso sobre la mesa tabaco para liar, papel y una caja de cerillas.

En el momento en que empezaron a cenar, Tina consideró que María no tenía excusa para no oírla y que sería más fácil que le prestara atención así

que empezó a explicar todo lo que tenía que decir.

—María, yo no soy lo que tú crees que soy —empezó directamente Tina.

—¿Ah no? —dijo María sin ocultar sorpresa y casi sin tomarla muy en serio—. ¿Qué quieres decir?, no te entiendo.

—En realidad, sabes muy poco de mí. Dime. ¿Qué sabes? Nada —respondió ella misma— que vengo de Tetuán y que hablo idiomas. Nada más.

—Bueno… Es verdad, no sé nada de tu vida, si a eso te refieres. —María no entendía muy bien a dónde iba a parar aquello— ya me irás contando lo que tú quieras contar.

—Ya va siendo hora de que te explique qué hago aquí, además ahora empieza a ser urgente —dijo Tina apurando el vaso de vino y volviendo a llenárselo.

—Vale, dime —dijo María con curiosidad, pero divertida, no sabía que tenía que ver con ella toda aquella historia que le iban a explicar.

—Es todo bastante serio. —Tina intentó situarla en la gravedad de la conversación.

—Perdona, no quería que te ofendieses —rectificó María al darse cuenta de que la joven se había molestado un poco.

—Aunque no te creas, el hecho de que tengas ese poco de humor es bueno, quiere decir que estás un poco mejor. A lo que iba, y por favor no te asustes —siguió Tina muy seria haciendo una pausa— en realidad, no soy hija de nadie importante. Mis padres son dos personas normales y corrientes. Yo he pasado mi infancia entre el Marruecos español y el francés. Eso sí que es verdad. Esa es la razón por la que hablo francés correctamente. El vivir en Marruecos, en mi juventud, me puso en contacto con bastante gente de todo tipo y entre ellos también me puso en contacto con alguna red de información.

María tenía una expresión seria, estaba expectante por oír hacia donde iba todo aquello.

—En realidad, trabajo para lo que llamamos *redes de información y de soporte oficiales y secretas*. Es algo así como un servicio secreto que trabaja para su país pero que también trabaja a título privado, siempre que no se vean perjudicados los intereses estatales. Yo vine a Málaga con una misión.

—¿Tiene algo que ver con la Señora Vega? —una luz se encendió en la mente de María con suficiente fuerza como para que ella pudiese hacer la pregunta.

—Sí, tiene mucho que ver —explicó Tina sorprendida por como María había relacionado temas.

—Por favor, explícamelo un poco mejor porque ahora ya no entiendo nada —respondió María con franqueza.

—Es sencillo María, el estado español ha puesto bastantes recursos en la búsqueda de Alfredo Estrella, hay muchas personas implicadas y mucho esfuerzo dedicado. La razón para todo ello, aunque es un poco incomprensible para muchos de nosotros, está en que la Señora Vega siempre pensó que tu novio había desaparecido por su culpa. Para alguien tan meticulosa como ella esto había sido terrible y era como la búsqueda de su Santo Grial.

—¿Y cómo se relaciona contigo toda la historia? —ahora María ya no tenía ni gota de ironía y estaba muy seria.

—En un momento como este en que hace tiempo que todos saben que Málaga está perdida y en que también saben cómo las gastan los fascistas no querían que ahora todo el plan fallase pero por tu culpa y no por la de Alfredo. Quiero decir que estás en peligro.

—Pero a mí no me va a pasar nada.

—María, —dijo Tina con vehemencia— saben de tu implicación y no tienes ni idea de cómo las gastan. No te puedes hacer la loca a no ser que quieras que te maten. Están mucho mejor informados de lo que puedas imaginar.

Las dos quedaron en silencio unos minutos. María iba situándose y al final estalló.

—Bueno y ¿ahora qué? —dijo levantando un poco la voz— ¿qué tengo que hacer? Me he pasado la vida detrás de una utopía y cuando parece que todo está a punto de acabarse, y raro en mí, de acabarse bien, resulta que llegan los fascistas y me pegan un tiro. ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Cálmate María —dijo cariñosamente Tina— no nos va a pasar nada. Si te sirve de consuelo yo también estoy en riesgo.

—Perdona, no me he podido aguantar estoy más que harta —dijo María secándose las pocas lágrimas que habían brotado de sus ojos.

—Es natural. El problema que tenemos es que he perdido todo el contacto con la Señora Vega. Lo último que supe es que había salido de Bombay con destino a El Cairo. Si todo ha ido bien ya están en el Cairo o de camino hacia aquí.

—¿Y cómo va a llegar a Málaga? Si está a punto de caer en las garras de los fascistas.

—Sencillamente, no va a poder —dijo Tina— no hay tiempo, nos tenemos que ir nosotras. Debemos escapar.

—¿A dónde quieres que vayamos? —preguntó María pensando que su amiga se había vuelto loca.

—Teníamos previsto que podía pasar lo que está pasando. El plan es que debemos salir de Málaga rumbo a Almería, creo que es la única opción que tenemos.

—¿Estará Nuria en Almería?

—No. Desde Almería tendremos que coger un barco rumbo a Orán. Ese es el plan que hemos elaborado para ti.

—¿A Orán? —exclamó María con preocupación— ¡si yo en mi vida he salido de España!

—Créeme que no es fácil que lo consigamos, pero tampoco es imposible.

Tenemos muchas cosas que hacer antes de que pensemos en Orán.

Hubo unos instantes de silencio

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó finalmente María. Parecía que había tomado consciencia de que era la única manera de escapar.

—Hoy es uno de febrero. ¿Tienes dinero? —preguntó directamente Tina.

—Sí. Unos ahorros de todos estos años —respondió María.

—¿Dónde los tienes?

—En el banco.

—Bien, mañana hay que ir a intentar sacarlos.

—¿Y qué haremos? —preguntó María sin entender nada.

—¿Tú confías en mí? —preguntó Tina.

—Creo que está claro que sí —respondió María con sinceridad y plenamente entregada.

—Me los darás y a través de mis contactos los convertiremos en dólares de Estados Unidos. No será difícil para mí —explicó Tina.

—¿Y tendremos que llevarlos encima? ¿No será peligroso? —preguntó María con preocupación, en definitiva, estaba entregando todos sus ahorros a otra persona que, aunque amiga suya no había conocido realmente hasta aquel momento.

—Te puedo proponer depositártelos en algún banco, por ejemplo, en Casablanca. El problema es que para sacarlos tendrás que ir en persona. Es la mejor idea que se me ocurre.

—¿Se puede ir desde Orán? —María estaba un poco perdida ya que si bien sabía que las dos ciudades estaban en el norte de África no era muy consciente de la distancia entre ambas.

—Por supuesto. Ya te digo que el problema en este momento, está en llegar a Orán.

—Tengo que avisar a mi familia, bueno a lo que queda de mi familia —concluyó con tristeza María.

—Te aconsejo que no lo hagas —dijo Tina— mejor no decir nada.

Cuando llegues a Orán ya les avisarás. Ellos no corren peligro. No hay nada contra ellos y además tu hermano se ha significado con los fascistas, eso lo salva a él y tus hermanas son bastante apolíticas.

—Me da pena marcharme así —dijo María—. Se van a preocupar por mí.

—Ya les avisarás. Piensa que en este momento hemos perdido el hilo con mis contactos y estamos improvisando. No deberías ser tan confiada. Yo no te voy a fallar, pero te podrías encontrar con que te estuviese mintiendo.

—Y dime tú, ¿qué tengo que perder si prácticamente lo he perdido todo? —otra vez afloraba la desesperación en María— además me has hablado de Nuria Vega, de Alfredo y de que si me quedo aquí estoy muerta, o casi, así que ya me dirás que tengo que perder.

—Sencillamente la vida querida María, eso es exactamente lo que tienes que perder si te quedas.

El estado de *semidepresión* en que estaba María había ayudado a que Tina lograse convencerla más fácilmente. Lo único por lo que seguía valiendo la pena seguir viviendo era Alfredo así que mejor se apuntaba a esa oportunidad.

Aquella mañana del día dos, María fue al banco y sacó todo el dinero que tenía. Le hicieron mil preguntas y le pusieron miles de pegas. Nunca se sabrá si hubo alguna presión por parte de alguien para permitir que en un momento de pánico general sacase todo el dinero que había depositado. Luego lo entregó a Tina y en aquel momento le perdió la pista.

El resto de la semana fue bastante movida. Los fascistas estaban en las puertas de la ciudad, Guadalvalle y Coín ya habían caído, ahora María ya no tenía forma de contactar con sus hermanas y el miércoles la dirección reunió a profesores y alumnos y les dijeron que las clases quedaban interrumpidas durante unos días mientras se aclaraba la situación.

María estaba muy preocupada por su familia. No podía hablar con ellos.

Aquel sábado día seis, Tina se presentó a última hora de la noche. Llevaba ropa cómoda y una bolsa colgada a la espalda.

—Prepara tus cosas, María, nos vamos mañana por la mañana. Los militares entraran en Málaga el lunes como muy tarde. Hay que salir de esta ratonera.

Ahora sí que estaba asustada María, el momento de empezar una nueva vida había llegado. Solo le faltaba pasar el parto, en sentido figurado, que la llevase al otro lado.

Recogieron lo imprescindible. Alguna cosa de valor sentimental, ropa cómoda y algo para comer durante el camino. Tenían por delante una caminata de doscientos kilómetros hasta Almería y con la complicación extra de que las lluvias habían provocado inundaciones a la altura de Motril. Si todo iba bien Tina calculaba que tardarían unos cuatro días en llegar.

Confiaba en que desde el mar no les dispararían. El ejército les pisaría los talones ya que era previsible que una vez llegasen a la ciudad les persiguiesen y siguiesen avanzando por toda la costa en dirección a Motril.

Antes de que saliese el sol, ya estaban caminando por la carretera de la costa. Era la única salida de la ciudad. Les sorprendió que había mucha gente en la carretera, pero a Tina le pareció que eso estaría bien. Les ayudaría a pasar más desapercibidas y además no creía que nadie tuviese la idea de atacar una fila de civiles. Ellas tenían ventajas comparativas con el resto. Iban ligeras de carga, bien alimentadas y sin nada que les impidiese avanzar con rapidez.

Durante todo el día estuvo saliendo gente de la ciudad. No se sabe la cifra exacta de gente que salió ya que durante los últimos días habían llegado miles de refugiados de otros lugares a la ciudad. Hay quien habla de 15 000 personas y hay quien habla de 150 000. En realidad, serían entre 80 y 100 000 personas las que salían huyendo de Málaga con todas las pertenencias que podían llevar.

Salían de la ciudad muchos ancianos que difícilmente podrían cubrir aquella distancia en un tiempo menor a seis o siete días. También había niños, muchos niños y padres que cargaban con ellos y con todo lo que habían podido recoger. Era impresionante, pero la gente iba aparentemente tranquila.

María y Tina habían conseguido situarse entre la gente que iba más avanzada en aquel trayecto. La gente de los pueblos que iban atravesando se escondía al paso de todos aquellos fugitivos. Lo hacían por miedo a posibles represalias posteriores, aunque algunos dejaban en la carretera alguna que otra cesta llena de fruta y agua para que lo cogiese quien lo necesitase.

Tina y María anduvieron todo el día y descansaron lo justo durante la noche. Encendieron una pequeña hoguera y durmieron en el suelo. Aún era de noche cuando se despertaron y empezaron la marcha de nuevo. Había mucha humedad. Era el día 8 de febrero y habían superado ya Vélez Málaga. Tina tenía intención de llegar a Almuñécar antes de detenerse, en total habrían hecho casi ochenta kilómetros. Avanzaban por la carretera entre otra gente que había optado por descansar lo justo y necesario como ellas, cuando de repente empezaron a oír motores de aviones que se acercaban. Lo que parecía

que no iba a pasar, estaba a punto de pasar. Rápidamente Tina reaccionó y empujó a María fuera de la carretera y alcanzaron a esconderse detrás de unas rocas.

Lo que pasó a continuación fue dantesco. Empezaron a bombardear desde el cielo y desde el mar a la altura del pueblo de Lagos, que era el lugar donde se veía en la distancia, más cantidad de gente de los que iban detrás de ellas.

Desde donde estaban escondidas se oían claramente los gritos y las explosiones. El resto de la gente actuó precipitadamente. Algunos corrieron hacia el interior buscando refugio y otros empezaron a correr por la carretera.

En segundos los aviones llegaron a dónde estaban ellas y empezaron a disparar.

También desde el mar los estaban atacando tres barcos que se encontraban frente a la costa. Eran la aviación y los barcos de Franco.

Tina apretó a María contra el suelo e intentaban ni respirar mientras pasaba el ataque. En realidad, fue muy poco tiempo lo que duró aquello, pero en aquellos minutos los fascistas se habían llevado por delante un buen número de vidas.

María intentó ponerse en pie y correr hacia donde había caído la peor parte del ataque ellas habían visto cómo eran masacradas las personas a la altura de Lagos, estaba desesperada, pero Tina la retuvo con fuerza por el brazo.

—¿Dónde vas? ¿Te crees que se ha acabado? Van a volver. No les podemos ayudar —dijo mirando hacia atrás— lo único que podemos hacer es seguir adelante y lo más rápido que podamos. Es posible que intenten desembarcar delante de nosotros y nos veamos atrapadas.

—Pero hay niños y gente mayor —protestó María.

—No podemos hacer nada —insistió Tina mirándola fijamente, ahora se había convertido en otra persona—. Estaba cumpliendo una función, solo podemos intentar seguir adelante. Esto es la guerra María.

No sin cierta resistencia, María entendió que Tina tenía razón, aunque eso no evitó que se sintiese ruin por abandonar a toda aquella gente a su suerte.

Había muchos niños de todas las edades, ancianos y mujeres entre la gente que había sido atacada.

María la cogió de la mano y empezó a andar sujetándola fuertemente y con paso acelerado. El miedo dio fuerza a María para seguir a pesar de sentirse totalmente ruin por no haberse vuelto a ayudar.

Pasaron por delante de alguna persona herida y también por delante de algunos cadáveres. María se puso a llorar de rabia y de frustración. ¿Cómo

podían haber atacado a un grupo de civiles? ¿Qué peligro representaban ellos?

Maldijo con toda su alma a los responsables de todo aquello. Era terrible pasar por delante de los cadáveres, pero peor aún era pasar por delante de la gente malherida que lloraba y pedían ayuda.

Intentó acercarse a alguna persona, pero Tina la apartaba con firmeza.

María empezó a verla como a un monstruo capaz de pasar por encima de cualquier cosa con tal de cumplir con su función.

La gente se había ido incorporando poco a poco al grupo y muchos ya estaban en marcha.

—Anda María, solo anda. No pienses —le repetía Tina insistentemente.

—Es horrible. No quiero ni imaginarme lo que habrá pasado en Málaga.

—Es la guerra. No podemos hacer nada por los que hemos dejado detrás.

Mientras avanzaban alcanzaron a una pareja que iban con cuatro niños.

Todos bastante pequeños. El mayor no debía tener aún los ocho años. El hombre llevaba uno de ellos colgado a la espalda y el otro del cuello y la mujer llevaba al pequeño cogido en brazos y al mayor de la mano. Iban muy cargados, aunque se les veía fuertes y con energía.

—Ellos puede ser que se salven. Quizás podamos ayudarlos —dijo Tina.

Entendía que valía más la pena perder alguna hora ayudando a aquella gente, pero al menos conseguiría que María se sintiese mejor y acelerase el paso teniendo un motivo. Intentar ayudar a aquel grupo era efectivo, volver a acompañar a los moribundos en su tránsito no lo era.

Cuando llegaron a la altura de aquella familia, Tina les ofreció ayuda y al cabo de un momento andaban todos agrupados. Alguna persona más que andaba sola se fue añadiendo. También alguna otra familia. Al final se juntó un grupo de unas veinte personas que llevaban un buen ritmo y que de alguna manera se habían convertido en el pelotón de cabeza.

Andaban casi sin cruzar palabra. Todos iban con la cabeza puesta en su objetivo que no era otro que salvarse. Saber cómo las gastaban los rebeldes y que los tenían por detrás avanzando era un buen aliciente para acelerar el paso.

A lo largo del día se fueron sucediendo ataques, en ocasiones eran aviones italianos o españoles, otras veces eran los barcos españoles desde el mar y en otras ocasiones todos a la vez.

Tina tenía un instinto excepcional y parecía que los olía a distancia.

Siempre era ella quien daba el aviso y todos corrían a esconderse. Generalmente el ataque no empezaba por ellos. Los aviones venían desde

Málaga que debía haber caído ya en manos de Franco y algunos no llegaban hasta donde se encontraban.

A ratos andaban por los márgenes de la carretera, donde era más fácil esconderse. La gente de los pueblos que atravesaban también había huido y eran pueblos fantasmas.

La segunda noche la pasaron en las afueras de Almuñécar, escondidos.

Muchos de los otros refugiados empezaban a andar por la noche ya que era más difícil que les atacasen. Casi no había tiempo para descansar. O andaban o acabarían muertos.

El grupo en que estaban ellas habían estado hablando de la cuestión, pero consideraron que preferían descansar por la noche ya que después de dos días andando y con la situación en que estaban era mejor estar frescos durante el día para poder avanzar más rápido. No sabían dónde estarían las fuerzas republicanas, pero posiblemente no estuviesen tan lejos.

Al amanecer hubo un grupo de gente que apareció por la carretera. Se trataba de cuatro personas. Tres chicos y una chica de unos veinte años. Cuando llegaron a su altura se dieron cuenta de en qué situación llegaban. Estaban destrozados, uno de los chicos iba lleno de rasguños y andaban al límite de sus fuerzas.

Ellos les explicaron la gravedad de la matanza. Había muerto mucha gente, pero lo que era peor eran los heridos. Muchos habían quedado en la carretera esperando la muerte. También había niños que se habían quedado solos y afortunadamente el resto de la gente los había acogido.

Les explicaron que los militares habían tomado Málaga y que también habían desembarcado en Vélez Málaga, así que no estaban tan lejos de ellos, quizás a cuarenta kilómetros.

El grupo se puso en marcha otra vez antes de que el sol saliese por el horizonte. Los jóvenes se decidieron a seguirlos ya que no tenían muchas alternativas.

Aquel tercer día desde la salida de Málaga lograron llegar hasta La Rabita. Planeaban completar el camino al día siguiente. Ya habían pasado Motril. El día fue como los anteriores, aunque cada vez había menos bombardeos y a última hora ya solo los aviones les atacaban. Seguramente los barcos se habían ensañado en la gente que iba más atrás. Tenían la esperanza de que no se acercasen porque estuviesen cerca de las líneas republicanas, aunque en aquel momento no tenían ni idea de donde estaba esa puñetera línea.

Si habían desembarcado también en Vélez, era muy probable que a una parte de los fugitivos los hubiesen alcanzado antes de superar la ciudad. Fue

una pesadilla. Durante todo aquel tiempo andaban y andaban. Casi no comían, casi no bebían. Parecían almas en pena. Los niños casi no lloraban, no tenían fuerzas.

María pensaba en sus hermanos. Pensaba en Marta y en Ana que seguramente no tendrían problemas ya que sus familias políticas habían sido conservadoras y además ellas nunca se habían metido en temas políticos.

También pensaba en José, seguramente habría sido liberado. Le hubiese gustado que viese la otra cara de aquella gente. Seguro que no se hubiese quedado indiferente ante aquella matanza y aquella crueldad.

A ratos pensaba en Juan y en Josefina. Se hundía, ante tanta desgracia.

Había logrado entender que la muerte de Josefina era ley de vida y que era natural, pero le volvía loca de la rabia la muerte de Juan, tan a destiempo y de una manera tan absurda.

La noche anterior había soñado con su madre. En su sueño Josefina le decía:

—No te preocupes, llegarás a Almería y pronto verás a tu novio.

Pasaron una noche más, destrozados, pero siguiendo un ritmo infernal.

Nadie entendía cómo aquellos niños estaban resistiendo tan bien la caminata.

Imaginaban que el ejército debía venir detrás si es que nadie los había parado en algún sitio. Esto les daba más sensación de urgencia. Empezaban a perder la noción del tiempo.

Días y noches se sucedían en medio de aquella desesperación. Aquella noche la volvieron a pasar otra vez escondidos en los márgenes de la carretera.

Hacían imaginarias y siempre había como mínimo dos de ellos despiertos. Eso hacía que la mayoría de ellos hiciesen algún turno si quitábamos a los niños y a los que estaban en peor estado.

Empezaba un nuevo día de camino. Se aproximaban a Almería. Habían pasado ya El Ejido y estaban a algo más de treinta kilómetros de la ciudad. De pronto hacia ellos, desde el lado republicano vieron que se acercaba un camión del ejército.

Todos quedaron paralizados ante la sorpresa. No sabían qué hacer. Esperaban que si veían militares fuese por detrás y no por delante. El camión avanzaba con dificultades. La carretera estaba en muy mal estado. También había restos de carros y cosas abandonadas en mitad de la carretera.

Cuando llegó a ellos, vieron con alivio que se trataba de un camión del ejército de la República.

—Camaradas —les dijo un soldado asomado a la parte de atrás del camión ¿sois fugitivos de Málaga?

—Sí —contestó el padre de los cuatro niños— llevamos cuatro días andando.

—Subid —les dijo el soldado— os llevaremos a Almería.

Emocionados y sin acabar de creerse que lo habían conseguido, fueron subiendo y situándose en la caja del camión. Entraron todos, pero si no hubiese habido espacio, habrían ido unos encima de los otros.

Por primera vez se dieron cuenta que se habían salvado. El soldado les explicó que había llegado más gente antes que ellos y que habían avisado de lo que estaba pasando y que la carretera debía estar llena de fugitivos y heridos.

También les explicó que en efecto Málaga había caído y que los fascistas estaban ya en Motril.

El ejército había enviado aquel camión a buscar gente que pudiera necesitarlos. Habían llegado también camiones con sangre congelada para recoger enfermos y heridos y llevarlos al hospital. Se iba a experimentar por primera vez en hacer transfusiones de sangre. Tras ellos avanzaban otros camiones que se alejaban en dirección a Motril para intentar rescatar a los fugitivos.

Cuando llegaron a la ciudad los llevaron al ayuntamiento, donde les dieron comida y les dejaron espacio para descansar. A medida que fueron pasando las horas los camiones fueron trayendo gente. Muchos de ellos heridos, todos destrozados moralmente. Muchos habían dejado a sus familiares muertos en la carretera.

Aquel había sido uno de los momentos peores durante aquella maldita guerra y curiosamente, o quizás por vergüenza, durante los años posteriores fue muy desconocido en otros lugares del país. Poco a poco todos, los habitantes de Málaga, los soldados de la República y los fugitivos que se habían salvado fueron tomando conciencia a través de lo que relataban de la extrema crueldad y la magnitud de las masacres que había caído sobre ellos que en parte no eran más que civiles que huían asustados.

La gente que llegaba, cada vez explicaba más horrores. Pronto se fue llenando todo el espacio disponible y empezaron a ubicar a la gente en el puerto. Dos días después aún llegaba gente a la ciudad que casi había doblado su número de habitantes con todos los refugiados.

Tina y María, no se lo creían. Lo habían conseguido.

—Te dije que te llevaría a Almería —dijo Tina tomándola por el hombro con afecto.

—Y lo has hecho —respondió María agradecida.

—Ya sé que ha sido horrible, no te creas que soy insensible al dolor humano, pero no podíamos hacer nada por los que iban quedando atrás. Como mucho podíamos ayudar a los que iban por delante. —Tina hacia esa aclaración a María, pensaba que debía quedar muy claro que ella no era inhumana.

—Tina, lo entendí. En un primer momento es tu naturaleza o no sé qué es, pero algo te empuja a intentar ayudar, pero después, en mi caso, fui entendiendo que tenías razón y que no podíamos hacer nada.

—Me alegro que lo entendieses. No quisiera que pienses que soy un monstruo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó María.

—Tú te vas —dijo escuetamente Tina.

—¿Y tú no vienes conmigo? —preguntó María con un deje de inquietud.

—No. Yo tengo que irme hacia el norte. Tengo que contactar en Valencia y seguramente acabaré pasando a Francia. No te preocupes por mí, después de ver lo que han hecho por tu novio comprenderás que se cuidan mucho de su gente y me protegerán —dijo Tina sonriendo confiada.

—¿Estarás segura? —preguntó María inquieta.

—Totalmente —afirmó rotundamente Tina.

—Cambiando de tema, te voy a explicar cuál es el plan para ti. —De acuerdo.

—Esta noche embarcarás en el puerto en un pequeño barco pesquero. Con todo lo que está pasando las barcas salen a la mar como locas. Hay que dar de comer a toda esta gente. La barca en la que tú subas no va de pesca. Te va a llevar a Orán.

—¿Y cuando llegue? —preguntó María con inquietud—. ¿Qué debo hacer?

—No te preocupes —dijo Tina con tranquilidad—. Está todo previsto. En primer lugar, cuando llegues, estarás en territorio francés y para ti esta guerra se habrá acabado. De momento al África francesa no ha llegado todo esto.

—Francamente me alegraré, pero si tú tienes que ir a Francia, ¿por qué no vienes a Orán?

—Porque yo tengo alguna otra misión en el camino.

—Entiendo.

—No te preocupes por nada. Cuando llegues a Orán debes dirigirte al *Roya/Hotel*. Tienes una reserva. Aprovecho y te hago entrega de tu pasaporte —y le entregó el pasaporte— y algo de dinero para que puedas subsistir hasta que te desplaces a Casablanca.

—¿Y qué hago allí? —preguntó con inquietud.

—Esperar. No creo que Alfredo haya llegado, pero cuando llegue también irá allí. De hecho, espero que no te moleste que haya hecho la reserva a nombre de los dos —dijo Tina riendo— tendréis que compartir la habitación. Mientras llega, haz un poco de turismo y descansa después de esta pesadilla que hemos vivido. Intenta olvidarlo todo. No merece la pena que recuerdes todo esto. Tu vida ha estado congelada durante mucho tiempo esperando el encuentro con Alfredo, que todo esto no te lo empañe. Ahora te toca vivir. Eres uno de los elegidos por el destino para salvarse. Sencillamente aprovéchalo.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente —dijo abrazándola emocionada.

—Por supuesto, ya lo has hecho. Pienso que cuando a dos personas se les cruzan los caminos siempre se da un intercambio. Tú me has aportado mucho con tu generosidad, tu forma de ser y me ha sorprendido mucho ese amor tuyo por una persona que hace veinte años que no ves.

María no supo qué decir. Esperaron a la hora convenida y finalmente se dirigieron hacia el puerto. Fue difícil atravesar por delante de toda la gente que esperaba, pero finalmente María logró llegar a la barca de pesca.

La distancia hasta Oran era de doscientos kilómetros, con aquel barco no llegarían hasta el día siguiente. María pasaría la noche durmiendo en un pequeño camarote que le habían habilitado como habitación.

Tina y María se despidieron en el puerto. María se fue hacia el sur por mar y Tina salió aquella misma tarde hacia Valencia por tierra. Tuvieron la suerte de no vivir el último acto de aquella huida horrible. Al día siguiente los aviones de Franco bombardearon el puerto de Almería matando a muchos de los miles de refugiados que estaban allí esperando a que los enviasen hacia algún sitio.

Aquella noche en aquel pequeño barco María no podía dormir.

Cuando habían pasado un par de horas de la partida y ya de noche, decidió que saldría a dejar que la brisa del mar le acariciase. El barco era pequeño, aunque la tripulación eran unas siete u ocho personas.

Como en realidad no iban a pescar, en aquellos momentos los marineros tenían un par de horas para relajarse. Entre ellos había un joven argentino que

acarreaba un acordeón. Llevaban algún tipo de anís bastante fuerte. Invitaron a María a que se acercase y le sirvieron un vaso de aquella bebida. María se sentó en la cubierta con aquel grupo de cinco personas.

—Vamos Nicolás, toca alguna cosa para animar a nuestra invitada —dijo uno de los marineros al que llevaba el acordeón. Los demás insistieron mientras que Nicolás se hacía de rogar. María se unió animada a la petición.

—Está bien, pero porque me lo pide la señora —dijo Nicolás con acento argentino—. Le voy a cantar un tango de mi país que canta el gran Gardel y que se ha puesto muy de moda en los últimos tiempos.

A continuación, Nicolás tomó su acordeón y empezó a tocar. Su voz era preciosa y cantaba francamente bien. Se hubiese podido dedicar a aquello si hubiese querido.

La brisa del mar acariciaba el rostro de María. La canción empezó:

Yo adivino el parpadeo de las luces que, a lo lejos van marcando mi retomo.
Son las mismas que alumbraron con sus pálidos reflejos hondas horas de dolor.
Y, aunque no quise el regreso, siempre se vuelve al primer amor.
La quieta calle donde el eco dijo.
«Tuya es su vida, tuyo es su querer»,
bajo el burlón mirar de las estrellas que con indiferencia, hoy me ven volver.

María no sabía si era todo lo pasado durante aquellos años y sobre todo durante las últimas horas o si era la incertidumbre por el reencuentro o si sencillamente la maestría de aquel joven tocando y cantando, pero estaba muy emocionada. Le parecía que aquella canción hablaba de ellos.

La canción seguía:

Volver
con la frente marchita.
Las nieves del tiempo platearon mi sien.
Sentir
que es un soplo la vida, que veinte años no es nada,

que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra.
Vivir
con el alma aferrada
a un dulce recuerdo que lloro otra vez.

Ahora lo tenía claro. La canción hablaba de Alfredo y de ella. Estaba tan emocionada que ya no oía el resto de la letra… La brisa le acariciaba el rostro, el barco la mecía dulcemente y aquel joven marinero le acariciaba el alma con su canción, ¿cómo no iba a…?

CAPÍTULO 28

UNA LARGA TRAVESÍA

Partieron de Bombay en un barco mercante pero que transportaba esporádicamente, también a pasajeros. En realidad, a parte de la tripulación, iban solo ellos dos y casi todos los camarotes habilitados para uso de pasajeros, en esta ocasión, iban vacíos. Eran dos camarotes bastante cómodos aptos para un viaje tan largo.

Durante el día andaban de un lado para otro, sin hacer nada en concreto.

Cuando Alfredo se cansó de tanto reposo se ofreció a ayudar a la tripulación y dedicaba horas a hablar con ellos y a ayudarles en las tareas más fáciles y que él podía hacer sin necesidad de muchas explicaciones.

Las comidas siempre eran con el capitán, un escocés que llevaba toda la vida haciendo el mismo trabajo. Había empezado como aprendiz tras haber escapado de la pobreza de su familia en Glasgow. En el puerto de Edimburgo entró a trabajar de grumete para aquella compañía naviera con la que viajaban.

Desde entonces habían pasado muchas cosas. Estudió y progresó hasta convertirse en capitán de aquella nave. Era lo que los ingleses llamaban un *selfmademan*.

Aquella primera etapa del viaje que debían recorrer iba hasta la ciudad de Adén, al sur de la península arábiga. Alfredo pensaba en el imperio que habían construido los británicos. Seguramente no era tan continuo territorialmente como el antiguo imperio español, o el actual de Francia, pero sí que se les tenía que reconocer que tenían una estupenda red de ciudades y puertos para moverse por todo el planeta sin salir de sus dependencias territoriales.

Alfredo había quedado muy impresionado con la India. Por muchas razones: su diversidad, sus olores, sus colores y por supuesto también por la influencia británica. Aquellos días había empezado a hablar algunas frases en

inglés y poco a poco se iba soltando con aquella lengua. En el viaje intentaba practicar todo lo que podía. Para él, que había llegado a dominar el yiddish, el alemán, el español y a última hora el ruso, el inglés le parecía poco más que un juego de niños, y aunque ya no tenía la mente que tenía en su juventud para los idiomas, seguía conservando una cierta destreza. Desde que era pequeño había sido un buen imitador. En el colegio a menudo lo castigaban por eso. Ese arte de imitar le había provocado alguna situación difícil también en su casa. Sin embargo, para aprender idiomas eso le iba muy bien. Nuria pasaba bastantes ratos encerrada en su camarote. Desde que habían embarcado estaba todo el tiempo en contacto telegráfico con El Cairo y constantemente consultaba mapas y escritos. Alfredo prefería no interrumpirla en su trabajo. Ya la había distraído bastante.

La distancia entre los dos puertos era de aproximadamente tres mil kilómetros, tal y como Alfredo había visto en las cartas de navegación. Era la parte más aburrida del viaje porque no había ninguna escala intermedia. Si todo iba como estaba previsto en Adén pasarían dos días hasta que embarcasen en ese mismo barco rumbo al norte por el Mar Rojo. Hacía mucho calor, aunque el calendario se esforzase en marcar que estaban a final del mes de enero. Había pasado tanto frío aquellos años en Rusia que llegó a pensar que aquella sensación era natural y normal en todos los seres humanos. Como consecuencia cuando volvió a sentir sobre su piel el calor y el sol que lo calentaba le parecía que todo renacía. Era una sensación muy placentera que invitaba a la vida.

Cuando no tenía nada que hacer se sentaba en la cubierta en un lugar iluminado donde el sol tampoco lo quemase y cerraba los ojos. Parecía que dormía, pero en realidad pensaba todo el tiempo. Pensaba en su vida, pensaba también en cómo había ido todo. Dedicaba mucho rato a pensar en María y en adivinar cómo les iría a partir de aquel momento en que se encontrasen. Se emocionaba solo de pensar en el encuentro entre ambos. ¿Qué pinta tendría hoy en día? ¿Cómo la habrían tratado los años? Lo que sí que era totalmente cierto es que él había estado en muchos aspectos muerto y que milagrosamente había recuperado su memoria en un momento en que ya no lo estaba intentando puesto que se había rendido.

Había pasado un tiempo de su vida hasta el accidente que lo dejó inconsciente en Petrogrado. Después pasaron muchos años hasta el otro accidente que le hizo recuperar el conocimiento en Irkutsk. Muy poco más tarde, casi a la vez apareció Aarón para sacarlo de allí, y al final todo fue una vorágine hasta llegar a aquel preciso momento.

Lo que si podía hacer ahora era recomponer el mapa completo de su historia personal una vez que había recuperado todas las piezas. Ahora podía saber quién era y qué era. Primero había seguido un proceso para recuperarse físicamente de la prisión, las miserias, el frío y la huida. Ahora estaba recuperándose mentalmente. El proceso se estaba cerrando. A veces se sentía triste ya que su vida estaba llena de cambios repentinos que lo arrastraban siempre hacia situaciones peores y después tocaba recomponerlo todo poco a poco para quizás al final volverlo a perder. Era como si estuviese construyendo un castillo de arena muy cerca de la orilla y cada vez que lo estaba acabando una ola se lo desmontara y tuviera que volver a empezar de nuevo toda la operación.

El tiempo fue pasando y los días al final transcurrían casi sin tener percepción de ello. A pesar de eso el barco iba avanzando en su camino.

Atravesaron el Golfo de Arabia cruzando el mar hasta la altura de las islas Kuria Muría al sur de la península Arábiga y desde allí bordearon la costa hasta la ciudad donde se dirigían. Desde lejos la costa se veía totalmente desértica. Se divisaban poblados y pequeños puertos en la distancia, pero en conjunto era un paisaje totalmente desolado. Finalmente, tras varios días de atravesar un mar en calma frente a una tierra quemada llegaron a la ciudad de Adén. Adén era una ciudad árabe. La primera que visitaba Alfredo en su vida. Por el contrario, Nuria se movía en aquel entorno como en su salsa. Conocía el idioma y las costumbres perfectamente. Mucha gente también hablaba inglés y Alfredo pudo ir practicando lo que había aprendido durante aquellas últimas jornadas.

Desembarcaron y se dirigieron a un pequeño hotel situado justo en frente del golfo, con las montañas a la espalda. El lugar estaba limpio aunque era bastante humilde pero las opciones eran las que eran y en aquella ciudad no había mucho donde elegir.

Cada uno se dirigió a su habitación y al cabo de un rato, cuando ya había llegado la hora de cenar Nuria fue a buscarlo.

—¿Listo para su pequeña aventura árabe? —preguntó Nuria incansable y con ganas de enseñar a su compañero de viaje la ciudad.

—Sí, siempre que la aventura no sea peligrosa —bromeó Alfredo sonriendo.

—No se preocupe, vamos a dar un paseo por el centro de la ciudad y luego le llevaré a cenar auténtica comida árabe. Espero que esté totalmente recuperado de su experiencia en la India —le propuso ella.

Nuria, ya había estado en alguna ocasión en aquella ciudad. La conocía bien ya que era una ciudad pequeña comparada con otras como Bombay, y supo dirigirlo por toda aquella locura de gente que atiborraban la calle y que les ofrecían constantemente todo tipo de cosas. En realidad, era una ventaja que Nuria hablase árabe ya que les facilitaba mucho moverse por allí. La gente también reaccionaba de forma diferente si les hablabas en su lengua, para ellos todos los europeos eran ingleses y no hacían diferencias.

Visitaron la zona central de la ciudad. No era gran cosa, al menos arquitectónicamente. Parecía más un pueblo grande, aunque se percibía la historia y las eventualidades que había pasado aquel puerto a lo largo del tiempo. Había restos de monumentos que hablaban sobre guerras y conquistas.

Alfredo había aprendido que el mundo era muy variado y que había miles de costumbres y hábitos diferentes, no obstante, le sorprendían las mujeres envueltas en velos negros que se movían por todos los rincones de la ciudad.

Nuria le comentaba todo tipo de detalles y respondía a todo lo que él le preguntaba. Finalmente entraron en un restaurante que no tenía mal aspecto.

Nada más entrar Nuria, salió el propietario a saludarla. Eran conocidos y estuvieron largo rato hablando en árabe. Nuria presentó a Alfredo y lo acompañó a la mesa que le indicaron.

—Ahora vuelvo —le dijo Nuria y se fue directamente hacia la cocina.

A Alfredo le trajeron una jarra de agua fresca para que le fuese más ligera la espera que se alargó más de media hora. Cuando Nuria regresó y tomó asiento le explicó que había ido a la cocina para saludar a la esposa del propietario que era la cocinera. Ella, por tradición entre los árabes, no se dejaría ver de ninguna manera en el comedor y la única forma de saludarla era entrando a verla. Lamentablemente solo ella en calidad de mujer podía hacerlo. Le puso al día de cómo funcionaban las normas sociales entre aquella gente. Cuando dos personas se encontraban podían pasar un rato largo saludándose y preguntándose por sus familiares y demás. Eran muy corteses, aunque tomaba su tiempo. Los ingleses no habían conseguido cambiar la mayoría de las costumbres.

Luego siguió hablando de la comida…

—Espero que le guste lo que he encargado. Ya que entraba he pensado que mejor encargaba ya lo que quería comer.

—Por supuesto que me gustará —dijo Alfredo— siempre que he ido con usted he comido estupendamente.

—Así me gusta —dijo Nuria satisfecha por aquel comentario— verá como no le defrauda.

Al cabo de unos minutos les sirvieron una bandeja con una especie de albóndigas de garbanzos que Nuria le explicó que se llamaba *Falafel* y unas empanadas árabes. Alfredo no recordaba el nombre.

Después les trajeron un *cuscús* de pollo, que fue una de las cosas más deliciosas que Alfredo había comido en toda su vida. Estaba buenísimo y no dejaron nada de todo lo que había en la olla que les habían llevado a la mesa.

Finalmente les trajeron un té a la menta y un postre que era una especie de arroz con leche pero que incorporaba frutos secos. Habían comido hasta reventar. Alfredo hacía tiempo que pensaba que Nuria comía como un cortador de leña de Siberia, pero conservaba una figura bastante aceptable para su edad.

Al final de la comida Nuria le indicó a Alfredo que para mostrar que habían comido bien tenían que eructar. Nuria no tuvo problemas ya que estaba acostumbrada a ello. A Alfredo le dio bastante vergüenza, pero al final lo hizo.

La cara del propietario pasó de la expectación a la satisfacción.

Les trajeron un *narguile* para que se les rebajase un poco la comida y les ayudase a digerir todo aquel mangar. Nuria no paró de hablar sobre Adén y sus costumbres y tradiciones. Le explicó que ella cuando estudiaba árabe se había movido por toda la península arábiga. Desde Bagdad había ido a Riad, a la Meca y a otros muchos lugares. Las cosas ahora habían cambiado mucho y ya no era todo tan auténtico como le pareció en su momento. La influencia británica se dejaba ver en todos los lados en aquella parte del mundo.

A Alfredo, al contrario, le parecía todo bastante auténtico. Seguramente porque no tenía las referencias anteriores que tenía Nuria. Había sido una tarde agradable y una cena estupenda, pero ya empezaba a ser tarde. Se dirigieron hacia el hotel y cada uno se fue a su habitación a dormir. Mientras caminaban hacia el hotel oyeron el canto del *muyahidin* convocando al rezo.

Alfredo cada vez estaba más impaciente por el encuentro. Pensó que a partir del momento en que estuviese junto a María tendría miles de historias para explicarle, sobre todos aquellos años, pero también sobre los viajes que estaba haciendo.

Durmió hasta tarde. A mediodía Nuria fue a buscarlo para volver a embarcar. Le explicó que había estado haciendo gestiones toda la mañana y que le había dejado descansar.

El barco les esperaba en el mismo lugar donde lo habían dejado. Durante aquellas horas habían descargado toda la mercancía que llevaban y habían cargado nuevos materiales que transportarían hacia el norte.

Nuria se llevó a Alfredo ante un gran mapa que había en el puesto de mando y junto con el capitán le estuvieron señalando la ruta que iban a seguir.

—Saldremos en un par de horas —dijo el capitán— y nos dirigiremos hacia el estrecho de Bab el Mandeb.

—Sí, aquí —señaló Nuria en el mapa.

—Por ahí entraremos en el Mar Rojo —aclaró el capitán.

—A partir de aquí navegaremos durante aproximadamente mil kilómetros pegados a la costa arábiga. En frente tenemos Eritrea que es territorio italiano, y ya sabe que en la actualidad la amistad entre italianos y británicos no está en su mejor momento.

—¿Corremos algún peligro? —preguntó

Alfredo más con curiosidad que con preocupación.

—En absoluto —dijo el capitán— tan solo es una cuestión de precaución.

Podrían salir barcos de reconocimiento de la armada italiana y nos podrían entretener con inspecciones y demás. Es una tontería arriesgarse.

—Nunca ha pasado nada —dijo Nuria—. A partir de aquí, cuando superemos las costas de Eritrea nos dirigiremos directamente a Port Sudan, ya en territorio africano dentro del Imperio Británico. Allí haremos otra escala.

Posiblemente un par de días más y después saldremos hacia nuestras últimas etapas, pero eso ya lo iremos concretando.

Siguieron el plan previsto y partieron a la hora estimada. Navegaron hacia el norte pegados a la costa de la península arábiga tal y como le habían dicho.

Fue curioso el momento en que atravesaron el estrecho que daba paso al Mar Rojo ya que hubo algún momento en que se veía tierra africana a un lado y tierra asiática al otro. A Alfredo aquello le llamó la atención.

También hizo recapacitar a Alfredo la idea de que África iba a ser el tercer continente que iba a pisar en su vida. Llegaron a Port Sudan según lo previsto. Se trataba de una ciudad de unos veinticinco mil habitantes con tan solo unos treinta años de historia. Había sido un invento de los ingleses para comunicar con el ferrocarril que se dirigía al río Nilo y para poder dar una salida al mar a aquella región. A pesar de que era una ciudad indudablemente fundada por los británicos tenía mucho de árabe y también de africana. La gente era mucho más oscura de piel, abundaba la gente de color negro. El tráfico y el movimiento era constante a pesar del calor tan terrible que hacía.

Se alojaron en un pequeño hotel y se dedicaron a comer y descansar mientras esperaban la partida. La comida no era tan excelente como en Adén, pero el material era bueno. Había mucho pescado y marisco y con servirlo a la plancha en muchas ocasiones se conseguían sabores deliciosos.

Callejearon algún rato por la ciudad y en aquel rincón del mundo, lo más interesante era la forma de vida de sus habitantes. Diferente a lo que habían visto en Arabia.

Finalmente, al día siguiente, cogieron el barco de nuevo con dirección hacia el norte. Igual que la vez anterior, Nuria le llevó a la sala de mando y le estuvo explicando la ruta, en esa ocasión el capitán no estaba presente ya que tenía varias tareas a realizar antes de zarpar.

—Bueno, querido amigo, vamos a realizar nuestra última etapa en este barco.

—Habremos hecho un largo camino —apreció Alfredo.

—Sin duda. Saldremos esta tarde y navegaremos hacia el norte. Ahora ya no haremos ninguna parada e iremos cercanos a la costa de África. Subiremos por la costa de Egipto hasta el golfo de Suez y al llegar a la ciudad, en la entrada del canal, bajaremos y nos dirigiremos en coche a El Cairo. Son menos de cien kilómetros y nos estarán esperando.

Una vez más todo fue según estaba previsto. Volvieron los días de navegación sin nada que hacer más allá de las obligaciones que ellos mismos se buscaban.

Alfredo se dedicó a echar una mano en todo lo que le permitían hacer y así iba matando el tiempo. Nuria cada vez estaba más activa. Se había instalado en la cabina de mando, donde se encontraba la radio y llevaba a cabo una actividad frenética.

Había pasado semanas entregada a aquella misión y ahora debía recuperar el tiempo. En realidad, ella nunca se había desconectado del todo, pero sí que debía poner al día sus informaciones.

Se aproximaban a Suez, ya habían entrado en el Golfo y navegaban por un espacio de agua que estaba a toca de las dos orillas, la de África y la de la península del Sinaí.

Atardecía y Alfredo estaba mirando por la borda hacia la península. Nuria se le acercó y le habló.

—Esa de ahí enfrente es la Península del Sinaí, está usted a toca de la tierra de sus ancestros.

—Es cierto —dijo Alfredo sonriendo— en eso estaba pensando. Estas tierras son las tierras que le son naturales a mis orígenes y a mis antepasados,

pero curiosamente yo no siento ningún vínculo con ellas.

—En realidad no debe sentirse muy vinculado a ningún sitio —le dijo Nuria.

—Creo que tiene razón, he pasado por tantos sitios que creo que ahora ya no soy de ninguno de ellos.

—Es natural. La gente que viajamos a lo largo de nuestras vidas y que además desarrollamos nuestras profesiones en más de un lugar acabamos siempre desarraigándonos. Eso no quiere decir que no sintamos una tierra concreta como nuestra, pero se tiene otra perspectiva. Desde fuera se aprecian y se ven las cosas de forma diferente.

—Sabe de lo que habla —dijo Alfredo— usted ha vivido en un montón de sitios. ¿De dónde se siente?

—Sin duda, yo soy catalana —dijo Nuria— soy catalana hasta la médula.

Quiero a mi país, pero mi cariño no es excluyente así que puedo estar plenamente encantada si estoy en Madrid o en Estambul o como ha visto si estoy en la India.

—Diría que es una ciudadana del mundo.

—Eso es, aunque catalana.

Ambos rieron por aquella insistencia.

—He observado que está muy activa estos días.

—Sí, hay muchos problemas. En España la guerra cada vez va a peor. No quería decirle nada antes para no preocuparle.

—¿Van ganando los fascistas?

—De momento sí. Son los que más territorios han ocupado y Málaga está amenazada.

—Debo llegar cuanto antes.

—Mañana en El Cairo tendremos toda la información y podremos decidir qué pasos seguir.

Alfredo quedó bastante inquieto por aquella información. No sabía en qué situación estaba Málaga y mucho menos María, no debía perder mucho tiempo si resultaba que los militares iban a tomarla. ¿Podría entrar a buscar a María?

¿Podría salir de allí María? Además de los riesgos que corría la vida de ella en aquellos momentos. Sería muy absurdo que ahora que estaban a punto de reencontrarse a alguno de ellos le pasase alguna desgracia. ¿Qué debía ser de los padres de María?, si estaban vivos deberían ser muy mayores ¿y de sus hermanos?

Pasó mala noche, preocupado por lo que debía estar pasando en Málaga.

No pudo conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. A primera hora Nuria llamó a la puerta de su camarote y le avisó de que debía darse prisa porque estaban a punto de llegar a Suez. El barco se acercaría a la costa y una barca los vendría a buscar. La barca ya estaba de camino.

En cuestión de minutos Alfredo estaba listo. Ni siquiera desayunaron. Tan pronto como la barca atracó al lado del mercante se despidieron del capitán que les deseó buena suerte y embarcaron. En unos minutos llegaban a la ciudad de Suez. De allí anduvieron directamente hasta el vehículo que les estaba esperando. Había un chofer de la embajada española en El Cairo. Nuria le saludó y subieron los dos partiendo rápidamente hacia la capital.

Al cabo de dos horas entraban por la puerta de la embajada española en la capital de Egipto. Atravesar la ciudad fue todo un reto. Las calles estaban llenas de gente y vehículos que iban de un lado a otro. Hacía un calor horrible y poco habitual para aquella época del año, aun siendo una hora temprana de la mañana.

Pasaron cerca de alguna zona importante. Nuria, con cara preocupada, le iba explicando qué zonas iban atravesando. Le indicó dónde estaba el Viejo Cairo y la Ciudadela, y también le señaló hacia qué lado estaban las pirámides.

Nuria conocía perfectamente la ciudad.

Entraron en una zona residencial cercana al Nilo. Alfredo quedó impresionado por la magnitud del río en mitad de aquella tierra desértica.

Finalmente se detuvieron en un palacete de tipo totalmente europeo.

—Hemos llegado —dijo Nuria saltando del coche casi en marcha.

Alfredo se precipitó tras sus pasos.

—Estamos en las dependencias anexas de la embajada. Es territorio español, aunque no estamos propiamente en la embajada. Estas son las dependencias que utilizamos para el tipo de servicio que yo ofrezco —aclaró Nuria mientras caminaba.

—Y ahora. ¿Qué debemos hacer? —preguntó Alfredo mientras seguía sus pasos.

—De momento debería dejarme trabajar un poco, tengo que asegurarme de una serie de cosas y ver en qué momento está la situación en Málaga.

—Está bien —dijo Alfredo—. No se preocupe por mí. Usted haga lo que tenga que hacer.

—No le digo que salga a pasear por la ciudad porque prefiero acompañarle yo. No me fío. Esta es una gran ciudad y es muy fácil perderse, además no creo que tarde mucho rato en poder darle noticias.

—Esperaré por aquí —dijo él.

—Mejor aún, tenemos habitaciones. Avisaré para que le acompañen a su cuarto. Aséese y cámbiese de ropa, sin prisas, y cuando ya esté listo, que le lleven a la sala de libros y que le sirvan alguna bebida, cuando yo acabe iré a buscarle allí.

—De acuerdo —dijo Alfredo.

—Fátima, por favor, acompañe al señor a la habitación que le hemos preparado —dijo Nuria en español a una mujer que pasaba por allí.

La mujer acompañó a Alfredo hasta la planta superior y lo dejó en una habitación tan excelente como todas en las que había estado desde que había escapado del poder soviético.

Era una habitación espaciosa con una vista sobre el río espectacular situada frente a la isla de Gezirah, donde había un gran parque. Alfredo estaba histérico y llevaba los nervios en el estómago. Había vuelto a tener descomposición intestinal, pero estaba seguro de que aquella vez no tenía nada que ver con la enfermedad que había pasado en la India. En aquella ocasión era algo psicosomático.

Se duchó y se aseó. Luego se cambió de ropa y se puso la ropa más fina que tenía. Unos pantalones de algodón bastante cómodos y una camisa de lino blanco de manga corta. Le habían dicho que en invierno el clima en El Cairo era mucho más templado, pero debían estar pasando una ola de calor porque estaban por encima de los treinta grados. A esto se sumaba una humedad alta y la polución de la ciudad con lo que la sensación de calor era bastante agobiante.

Cuando se cansó de dar vueltas por la habitación se decidió a bajar a la planta de abajo. Otra vez apareció Fátima de entre las sombras, parecía como si le hubiese estado esperando.

—Por favor, ¿podría decirme dónde está la sala de lectura? —preguntó él cuando la vio.

—Le acompaño —le indicó sumisamente la mujer.

Alfredo le siguió hasta un gran salón lleno de libros.

—Es medio día señor —dijo la mujer— doña Nuria nos ha dicho que le sirvamos unos sándwiches y que coma algo. También nos ha indicado que le digamos que en el mueble bar encontrará bebidas y hielo. Que por favor, se sirva a su gusto.

—Muchas gracias —dijo Alfredo sin saber bien qué hacer.

En aquel momento entró una jovencita con una bandeja en la que había un par de Sándwiches.

—Son dos Club Sándwich. No sabíamos lo que le gusta así que hemos pensado que esto le podía ir bien.

—Está perfecto —dijo Alfredo.

Ambas mujeres salieron de la sala y Alfredo se quedó mordisqueando los bocadillos. Era comida europea después de mucho tiempo. Aunque estaba nervioso dio cuenta de ellos en unos minutos.

Cuando acabó se fue al mueble bar y se puso un vaso corto de *whisky* con dos cubitos de hielo y se sentó a esperar que llegase Nuria con buenas noticias. Se repetía a sí mismo una y otra vez que no podía ser que después de todo aquel tiempo y todo aquel esfuerzo acabase todo mal.

Pensaba que eso hubiese sido una crueldad del destino más allá de lo normal.

Todos estos mensajes se los iba diciendo a sí mismo, para convencerse.

También llegó a la conclusión de que de nada servía ponerse histérico. No sabía realmente que estaba pasando, pero creía que se encontraba en las mejores manos para que todo acabase correctamente.

La tarde fue pasando lentamente y Nuria no aparecía por allí, Alfredo se había quedado transpuesto algún rato y a ratos también había ojeado algún diario que había encima de la mesa. Leía prensa en español, pero la mayoría estaba bastante anticuada.

Luego se fue a buscar entre la biblioteca un atlas. Consiguió uno bastante actualizado y estuvo resiguiendo todo el viaje que había hecho desde que salió de Irkutsk. Realmente se parecía a *La vuelta al mundo en 5O días de* Julio Verne, pero si no recordaba mal, él lo había hecho en sentido contrario que los personajes del libro. Ahora ya no estaba tan lejos de su destino final. Aquella parecía la parte fácil de toda la aventura si no se tenía en cuenta la guerra civil en que en aquel momento llevaba siete meses inmersa España. Le costaba entender que aquella gente con la que él había convivido durante tanto tiempo se hubiese liado a tiros entre ellos. Eran buena gente, generalmente con buen carácter e intentaban mejorar su situación para dejar a sus hijos un mundo mejor, pero de eso a que estallara una guerra, le costaba mucho de imaginar.

Se dedicó toda la tarde a hacer lo que hacía frecuentemente, en aquellos ratos en que su destino salía de su control. Divagaba mentalmente. Pensaba en María, a veces de manera romántica, en otras ocasiones recordaba su cuerpo y los rincones que tanto le gustaban a ella que él explorase y en otras ocasiones recordaba a la joven idealista que era por aquellos días. ¿Qué quedaría de todo aquello? ¿Cómo habría evolucionado a lo largo de tantos años?

Nuria le había contado que la había visto y que habían hablado. También le explicó su reacción cuando le entregó su nota y que ella estaba esperándole desde hacía casi veinte años. No entendía como él podía merecer que una persona tan maravillosa a sus ojos le esperase durante tanto tiempo. Para él había sido bastante más fácil. Cuando perdió la memoria todo aquello quedó en suspenso durante muchos años y cuando la recuperó fue como retomar sus sentimientos en el punto donde los había olvidado.

Claro que si no hubiese perdido la memoria, no hubiese sido tan terrible para ellos. Posiblemente hubiese podido salir de Rusia en el intercambio de prisioneros, o incluso lo podían haber rescatado mucho antes ya que hubiesen sabido dónde estaba.

En fin, todo esto no tenía sentido había pasado como había pasado y eso ya no se podía cambiar de ninguna de las maneras. Estaba aburrido y cansado de estar allí y pensó que quizás podría salir a la calle a dar una vuelta, aunque Nuria le había dicho que no lo hiciese que la ciudad era una gran ciudad y tenía sus peligros.

De pronto se abrió la puerta y entró Nuria. Tenía aspecto de cansada y no se la veía muy contenta. Alfredo se levantó del sillón nada más verla entrar.

—¿Qué está tomando? —preguntó Nuria.

—Un *whisky* con hielo, es el segundo —respondió.

—¿Puede prepararme uno para mí, por favor? —dijo Nuria dejándose caer en un sillón.

—Claro que sí —respondió él.

Alfredo se dirigió al mueble bar y preparó la bebida para Nuria. Cuando la tuvo se la llevó al sillón.

—Estoy impaciente por saber cómo están las cosas —dijo Alfredo.

—Tiene razón —contestó Nuria— le he tenido aquí todo el día abandonado y no le he explicado nada.

—¿Sabe si a María le ha pasado algo?

—Bueno, le explicaré paso a paso cómo están las cosas.

—Adelante —la invitó Alfredo con inquietud.

—Las cosas se han complicado un poco, y cuando digo un poco quiero decir que hay algún nuevo inconveniente pero que de momento se ha ido salvando. El caso es que durante el día de ayer, los militares de Franco llegaron a las puertas de Málaga. Como creo que le he contado en algún momento corren muchas noticias sobre las salvajadas de los soldados cuando toman un lugar, en consecuencia, por la ciudad cundió el pánico y todo invitó a que las personas con más implicación política, bueno, en realidad con

alguna implicación política por pequeña que esta fuese o la gente con más miedo se decidieran a abandonar la ciudad.

—María, colaboraba a veces con el partido socialista —le comentó Alfredo, aunque ella ya lo sabía.

—Bueno, al final María era una afiliada al partido socialista, aunque actuase un poco al margen de todo el dictado del partido. El caso es que María corría peligro y hubo que presionarla para que saliese de la ciudad.

—¿Cómo que hubo que presionarla? —preguntó Alfredo sin entender lo que quería decir.

—Desde el mismo momento en que se puso en marcha la operación para rescatarle a usted, a nuestro comité le pareció que lo más inteligente era poner a un agente anónimo cercano a María para protegerla sin que ella se diese cuenta.

Nosotros enviamos a Tina, una compañera muy joven pero muy competente.

Ella entró a trabajar en la escuela de su novia enseñando idiomas y se procuró que María la tutelase y al final así fue. El caso es que ambas se hicieron muy amigas y esto permitía que mantuviésemos a María controlada.

—Realmente sus tentáculos son infinitos —dijo Alfredo admirado.

—Bueno, llevo muchos años en esta profesión —le recordó Nuria sonriendo—. El caso es que Tina tuvo que descubrir su auténtico papel ante María y la convenció de que tenían que salir de Málaga y ese es el último mensaje que hemos recibido hasta ahora.

—Es decir, ¿no saben dónde está María? —preguntó Alfredo alarmado.

—Sabemos que escapó de la ciudad y que salió el día siete, es decir ayer y también sabemos que el único camino que había para salir era la carretera que va a Almería. Son doscientos kilómetros de mala carretera y justo al borde de la costa.

—¿Sabe si salió mucha gente de la ciudad? —preguntó Alfredo para hacerse una idea de la situación.

—No se sabe con exactitud, el caos es grandioso, pero nos informan de que salieron aproximadamente cien mil personas, aunque hay quien habla de ciento cincuenta mil. Jóvenes, mayores y niños con todas sus pertenencias y casi todos a pie. Pensamos que María estaba entre ellos. Málaga albergaba a muchos refugiados de Sevilla o Cádiz que no estaban controlados en ningún censo.

—¿Cuánto puede tardar en llegar a Almería? —Alfredo estaba muy preocupado por las noticias.

—Entre tres y cuatro días, dependerá del ritmo que lleven.

—¿No podemos llegar nosotros en ese tiempo a Almería?

—Podríamos si así lo intentáramos, pero hay una cosa más que aún no le he contado.

—¿Qué es? —preguntó temiendo francamente la respuesta antes de oírla.

—Los fascistas están bombardeando con aviones y desde el mar a la columna de gente que ha salido de Málaga. Por lo que nos ha llegado ha habido varias matanzas salvajes… ¡Esos asesinos! —exclamó Nuria derrotada.

—Pero ¿tenemos alguna constancia de qué ha pasado con ellas? —insistió Alfredo con desespero.

—No, amigo mío. No sabemos nada. Confío en que sabiendo que Tina tiene instrumentos suficientes y que María, cuando la vi, estaba en buen estado de forma, sean capaces de haber sobrevivido a los bombardeos y que estén camino de su objetivo.

—¿Cuándo sabremos alguna cosa? —ahora ya su tono reflejaba hasta un poco de histeria.

—Seguramente tendremos que esperar a que Tina nos envíe alguna información desde Almería o desde el lugar alternativo en donde se encuentren.

—No lo resistiré —dijo Alfredo desesperado.

—No le queda más remedio. Piense que usted ahora está viviendo en versión reducida lo que su prometida ha vivido a lo largo de muchos años. Se lo debe. Debe resistir y esperar. No es mucho tiempo. El problema lo tendremos si en una semana Tina no ha conseguido ponerse en contacto con nosotros. Eso querrá decir que no llegaron a la ciudad.

—¿Y si vamos nosotros hacia Almería? —insistió Alfredo

—No podemos por varias razones. Una de ellas es que nada nos asegura que una vez que hayan tomado Málaga el ejército no haga el mismo camino que los fugitivos y acabe tomando también Almería. No podemos ir hacia allí. Por otro lado, hay que dejar todas las alternativas abiertas. Es posible que Tina haya tenido que tomar otro camino y no se dirija hacia Almería y por ejemplo haya conseguido… ¿Quién sabe?… Por mar por ejemplo llegar hasta Valencia o a otra ciudad. Debemos esperar aquí, es el lugar donde Tina nos buscará.

—Pues creo que me volveré loco esperando.

—Intentaremos que eso no ocurra. Ha sido un día duro. Este asunto me ha llevado de cabeza todo el tiempo, pero como he estado fuera muchos días

también he tenido que solucionar una serie de cosas que me estaban esperando.

—Supongamos que no sabemos nada de ellas —dijo Alfredo—. ¿Qué haremos?

—Las buscaremos de una forma eficiente hasta saber qué ha pasado.

¿Todavía duda de nuestro potencial? Recuerde que a Usted le encontramos en un espacio infinitamente mayor.

—¿Y si mañana Tina se comunica con nosotros y nos dice que ha llegado?

—Eso es casi imposible. Hoy es día ocho y hasta el día diez, como muy temprano no tendremos noticias de ellas. Es el tiempo que tardarían a buen paso en llegar. Si el día diez o el once sabemos algo de ellas nos pondremos en camino hacia el destino que nos indiquen. No tardaremos más de dos o tres días en llegar hasta donde nos digan.

—¿Podemos confiar en Tina? —dijo Alfredo, aunque no por desconfianza sino para asegurarse de que María estaba en buenas manos.

—Bueno, su pregunta me sorprende —contestó Nuria un poco brusca en parte por el cansancio que acumulaba—. Hasta ahora ha visto que se puede confiar en todo aquel que me rodea, pero además Tina es mi sobrina, así que puede imaginarse que también estoy preocupada por lo que pueda pasar.

—Lo siento mucho —rectificó inmediatamente Alfredo avergonzándose por su comentario— disculpe. Tiene toda la razón todos sus colaboradores han sido excelentes y gracias a ellos estamos aquí. Por otro lado, no se me ocurrió pensar que Tina fuese su sobrina no quería ofenderle. Han sido los nervios.

—No se preocupe, no me ha ofendido en absoluto, es normal su pregunta y entiendo que en este momento esté muy preocupado. Tan solo quería que conociese el grado de implicación en esta última fase.

—¿Qué haremos ahora?

—Esperar. Hasta el día diez no tengo que volver a estar encerrada en este edificio así que aprovecharé para enseñarle un poco la ciudad. De momento saldremos a cenar alguna cosa y a que nos dé un poco el aire. Cuando anochece en invierno la temperatura baja bastante y es agradable salir fuera.

Salieron y pasearon por aquel barrio de edificios oficiales y residencias.

Finalmente se decidieron por un restaurante de comida egipcia y Nuria le encargó una cena típica del país.

Al cabo de unas horas volvieron al edificio consular donde iban a pasar la noche y cada uno se fue a su habitación.

Alfredo volvió a pasar mala noche. Se imaginaba a María andando por aquella carretera huyendo de las bombas y de los aviones. En su sueño, él corría con ella mientras en el mismo sueño veía a los padres de María que le gritaban que fuese hacia ellos y que se dirigiese hacia la ciudad. ¿Qué debería haber pasado con los padres de María?, eran mayores como para haber huido con ella, imaginaba que no podrían con la edad que les suponía cruzar toda aquella distancia. ¿Le habría costado mucho a María dejarlos en Málaga? Lo más probable es que ya no estuviesen vivos.

Como no podía dormir abrió el balcón que daba a su habitación.

El golpe de aire frío le revitalizó. Llevaba solo unos calzones puestos y notó por todo su cuerpo el mordisco del frío. Era una sensación que había tenido a lo largo de muchos años en su destierro en Siberia. No echaba de menos el frío en absoluto, pero sí que recordaba claramente la sensación, en algún momento sintió la seguridad de lo conocido, aunque fuese desagradable.

Se sentó en una silla y estuvo así más o menos media hora hasta que pensó que o entraba en la habitación o cogería una pulmonía. Entró y cerró la ventana, a los pocos minutos estaba dormido, aunque seguía teniendo sueños inquietantes e incomprensibles.

Por la mañana le despertaron unos golpes en la puerta.

—Diga —dijo Alfredo

—Señor, la señora Nuria nos ha avisado de que le despertemos. Le espera dentro de media hora en la sala de lectura para desayunar —le dijo una mujer desde el otro lado de la puerta.

—Está bien, me arreglo y bajo enseguida.

Cuando Alfredo llegó a la sala Nuria estaba sentada esperándole.

—Buenos días. ¿Ha podido dormir? —preguntó.

—La verdad es que no —respondió Alfredo—. Bueno no es que no haya dormido en toda la noche, pero he tenido malos sueños y me he ido despertando. Todo el tiempo he tenido pesadillas y veía a las dos mujeres andando por aquella carretera.

—Le comprendo —dijo Nuria—. He pensado que debíamos ser positivos.

Nada hay que podamos hacer en este momento así que vamos a dejar de torturarnos y nos ocuparemos de este asunto cuando tengamos posibilidad de hacerlo.

—No me parece mala idea si queremos evitar la locura. Lo que ocurre es que no se si sabré hacerlo.

—Ya me encargo yo de eso —dijo Nuria— hoy vamos a visitar El Cairo.

Al cabo de un rato salían del edificio consular y Nuria empezó su visita intensiva a la ciudad. No pararon de moverse de un lugar a otro. Nuria lo llevó a la *Cindadela de Saladino* desde donde pudieron observar buena parte de la ciudad. Luego le llevó de ruta por las mezquitas, la de alabastro y la de Ibn Tulun y la de Ibn Al As.

Cuando se cansaron de ver mezquitas lo llevó al bazar de Khan el Kalili donde Alfredo casi se volvió loco entre tantas tiendas y tanta gente que intentaba atraer su atención.

Nuria le prometió que la tarde sería más tranquila y después de comer lo llevó a visitar la Sinagoga de Ben Ezrah donde decía la leyenda que era el punto en que Moisés fue salvado de las aguas del Nilo. Alfredo aprovecho la visita a aquel lugar sagrado para su religión para pedir ayuda para María. A Nuria, que no era nada religiosa le conmovió ver a aquel hombre rezando.

Después lo llevó a visitar la fortaleza romana de Babilonia y el convento de San Jorge.

Acabaron el día agotados. De regreso al edificio consular cenaron y cuando llegaron lo primero que preguntó Nuria es si había noticias y le confirmaron lo que se temía. No había noticias. Era de esperar, no había pasado suficiente tiempo.

—Aún es temprano —dijo Nuria.

—Imagino que sí. Debe ser imposible que hayan llegado a Almería.

—No espere que mañana tengamos noticias. Seguirá siendo pronto.

Además, tenemos informadores en todos los sitios y desde Almería aún no han enviado a nadie a buscar a los huidos por miedo a encontrarse con el ejército de Franco.

—Esperemos que tengan suerte. Muchas gracias por el día de hoy.

—A mí también me ha ido muy bien. Necesitaba despejarme. Para mañana tengo preparada la segunda parte de la visita así que procure descansar.

Pasado mañana ya no podré irme de aquí ya que será cuando podamos empezar a esperar noticias.

—Buenas noches.

—Que descanse.

Cada uno desapareció en su habitación.

Alfredo estaba agotado por el día que había pasado sin parar de moverse por la ciudad. Le había gustado mucho todo lo que había visto aunque no tenía el humor necesario. De todas formas decidió que debía entregarse a la visita ya que no sabía si nunca más volvería a pasar por aquella gran urbe.

Eso unido al cansancio emocional y los nervios reprimidos consiguieron que aquella noche sí que durmiese de un tirón.

La mañana siguiente empezó como la anterior. En aquella ocasión Nuria lo arrastró por la Avenida de las Pirámides y lo llevó a visitar en primer lugar la Esfinge de Giza y después el Templo del Valle, la Barca Solar y una tras otra las Pirámides de Keops, Kefren y Micerinos.

Alfredo había oído hablar a lo largo de su vida de todos aquellos monumentos y no se podía creer que se encontrase ante ellos. La verdad es que la visita fue también extenuante.

De regreso a la ciudad, Nuria lo llevó al Museo Egipcio, donde pasaron el resto del día. Otra vez de regreso al consulado cenaron y volvieron a llegar rendidos. La operación del día anterior se repitió. Se despidieron y se dieron las gracias. Nuria le aconsejó a Alfredo que al día siguiente durmiese todo lo que pudiese y descansase. Ella tenía bastante trabajo y no podría separarse de la oficina. Empezaría temprano ya que en España era una hora menos así que empezaría sus pesquisas antes de la hora habitual.

A Alfredo le costó dormirse pero una vez que se lo consiguió durmió bien. Las pesadillas no le acosaron aquella noche. Temprano, apenas había amanecido, la misma voz que le despertaba cada mañana llamó a la puerta.

—Dígame —respondió medio dormido.

—Señor, dice doña Nuria que baje lo antes que pueda a la sala de la biblioteca —le apresuraba Fátima.

—Voy —dijo él.

Alfredo saltó de la cama y se puso lo primero que encontró. Sin peinarse ni lavarse la cara voló a la sala de la biblioteca. Cuando abrió la puerta se encontró con los ojos brillantes de Nuria por la falta de sueño y una sonrisa de oreja a oreja.

—Han llegado a Almería. Están sanas y salvas.

Se abrazaron y Alfredo no pudo evitar que se le saltasen las lágrimas de la emoción. Nuria lo consoló lo mejor que pudo. Ella no era una mujer que gustase de mucho contacto físico, aunque francamente le había cogido aprecio a aquel hombre.

—¿Y ahora cuándo nos vamos? —preguntó Alfredo impaciente.

—Mañana María sale en barco hacia Orán, en África —dijo Nuria señalando un punto en el mapa que presidía aquella sala—. Está todo organizado. Le hemos buscado alojamiento en el Royal Hotel. Allí le esperará. Tienen una habitación a nombre de los dos. Espero que no le moleste —dijo Nuria sonriendo con picardía.

—Por supuesto que no —respondió Alfredo.

—Esta tarde sale nuestro avión. En esta ocasión vamos a ir volando.

Nunca mejor dicho.

—¿Son rápidos estos vuelos? —preguntó Alfredo que nunca se había imaginado subido en un avión.

—Sí, el problema es que hay que ir haciendo escalas, pero es mucho más rápido que el barco o ir por tierra. Aun así, eso de volar para llevar pasajeros, todavía es muy experimental. Llegaremos un día más tarde que ella si todo sale según lo previsto.

Tras desayunar y pasar la mañana impaciente, Alfredo se fue a la habitación y recogió las pocas pertenencias que tenía en un pequeño bolso.

Había quedado con Nuria en que la esperaría en la biblioteca.

Llegó y mientras esperaba estuvo mirando entre los libros. Casi sin querer vio el aparato de radio. Había visto ya algún otro y en alguna ocasión la había oído. Se decidió a intentar conectarla. Cuando toco el botón oportuno aquel aparato empezó a emitir una especie de zumbido. Él fue girando ligeramente hasta que empezó a sonar una música que se correspondía con una canción en español. La letra decía:

Tengo miedo del encuentro
con el pasado que vuelve
a enfrentarse con mi vida.
Tengo miedo de las noches
que, pobladas de recuerdos,
encadenan mi soñar,
pero el viajero que huye
tarde o temprano detiene su andar.
Y aunque el olvido que todo destruye,
haya matado mi vieja ilusión,
guardo escondida una esperanza humilde
que es toda la fortuna de mi corazón.

En ese momento entro Nuria en la sala. Se lo quedó mirando y vio cómo le afectaba lo que estaba oyendo.

—Es un tango que ahora está muy de moda en toda Europa. Se llama *Volver* y es de un cantante argentino que se llama Carlos Gardel.

—Parece que hable de mí —respondió él.

—Es verdad —comentó Nuria, cuando lo oí la primera vez ya pensé en usted y su novia.

Volver
con la frente marchita.
Las nieves del tiempo platearon mi sien.
Sentir
que es un soplo la vida,
que veinte años no es nada,
que febril la mirada
errante en las sombras
te busca y te nombra.
Vivir
con el alma aferrada
a un dulce recuerdo
que lloro otra vez.

Aquella tarde salieron rumbo a Oran. El avión despegó del aeródromo de El Cairo rumbo a la ciudad Libia de Bengasi. Después de unas cuantas horas de espera el siguiente avión les llevó hasta Trípoli. Atravesaban territorio bajo dominio italiano, pero en calidad de ciudadanos españoles no tuvieron ningún problema. Hasta el día siguiente no salía ningún avión que les pudiese interesar así que se fueron a un hotel en el centro de la ciudad.

A la mañana siguiente partieron hacia Túnez. De allí salía un vuelo hacia Oran en unas horas. Estaban llegando al punto de encuentro. En el aeropuerto, Nuria se sentó e invitó a Alfredo a sentarse.

—Bien, querido Alfredo Estrella, yo le he acompañado hasta aquí.

—¿Quiere decir que no va a venir conmigo? —preguntó él inquieto.

—No. Yo creo que lo que queda lo puede hacer usted solo y será mucho mejor que sea así ya que yo solo molestaría.

—Le estoy muy agradecido…

—Ha sido un verdadero placer acompañarle. Lamento mucho todo el tiempo que ha perdido hasta que dimos con usted, pero con esto doy por saldada mi obligación y mi misión queda completada. De todas formas, no ha sido solamente una cuestión profesional, con el tiempo le fui cogiendo cariño

al igual que a su prometida en los pocos ratos que la pude ver. Son ustedes buena gente y se merecen que las cosas les vayan bien de una vez por todas. Hágame caso, no vuelva a España y si puede váyase lejos de Europa. Ni una ni la otra tienen un buen futuro. Las cosas están muy mal y no preveo un buen final.

—No he pensado aún en eso —dijo Alfredo.

—¡Se me olvidaba! —dijo Nuria—. Debo entregarle dos cosas. Una de ellas es su pasaporte español definitivo y perfectamente legal.

—Gracias —dijo Alfredo.

—La otra es un resguardo. Como verá usted ha estado activo todo este tiempo como empleado del gobierno español. Los salarios de todo este tiempo fueron depositados en su momento en una cuenta bancaria de la que yo podía disponer. Posteriormente se unieron los ingresos de la liquidación de su apartamento en Berlín y los salarios que había cobrado de *La Vanguardia*. En definitiva, tiene usted una bonita cantidad de dinero que le permitirá empezar cómodamente en cualquier lugar.

—No sé qué decir —dijo él conmovido, no se le había ocurrido pensar en el mismo como una persona con recursos económicos suficientes. En su vida anterior nunca los había tenido.

—La única cosa —siguió ella— es que está depositado todo a su nombre en un banco en la ciudad de Casablanca. Es una cuenta en dólares de los Estados Unidos. En esa misma entidad María tiene depositado todo su dinero.

Lo organizamos de esa manera porque en aquel momento no sabíamos hacia qué ciudad iban a derivar así que a ciegas escogimos Casablanca. Antes de irse hacia donde decidan ir tendrán que pasar por allí.

—Muchas gracias de nuevo —no sabía que más decir.

—Creo que ya es el momento de que me vaya, mi avión está a punto de salir y el suyo ya está en la pista.

Se miraron una vez más y Nuria se puso de puntillas, le acarició la cara y le dio un beso en la mejilla, un beso como el que da una madre a su hijo cuando se van a separar durante un periodo de tiempo largo. Se dio la vuelta y sin decir ni una palabra se encaminó hacia la pista en búsqueda de su avión. No se giró.

Ahora ya había acabado su trabajo. Alfredo la vio mientras se alejaba.

CAPÍTULO 29

EL NUEVO ORDEN DE LAS COSAS

El ejército de Franco, entró en una ciudad con aspecto de pueblo abandonado. La gente que se había quedado en Málaga estaba encerrada en sus casas, con miedo y sin saber qué futuro les esperaba. Las historias sobre fusilamientos y torturas habían precedido a aquella entrada.

Se podía sentir perfectamente el terror a la nueva situación que se les venía encima. Posteriormente la historia hablaría de aproximadamente veinte mil personas ejecutadas. Parecía que aquel miedo estaba más que justificado.

De las primeras cosas que hicieron los conquistadores militares, fue liberar a los prisioneros de falange que estaban en las cárceles y en los barcos, entre ellos estaba José.

Cuando salió de aquel barco infecto, no había nadie esperándole. La situación no aconsejaba moverse de un municipio a otro. Guadalvalle estaba pasando por un momento similar, pero a menor escala y Carmen no fue a buscar a su marido, entre otras cosas, porque nadie sabía lo que estaba pasando en la capital, la información era muy confusa y el peligro era muy elevado como para arriesgarse a moverse. Hubiese ido si la hubieran dejado a pesar de todos los riesgos, pero su familia se negó en rotundo a dejarla marchar.

José decidió ir a casa de su madre y esperar allí a ver cómo iban avanzando los acontecimientos. Cuando le liberaron le estuvieron interrogando durante un par de horas y al final, tras felicitarlo por su liberación le dejaron marchar. Le aconsejaron que se quedase en la ciudad al menos un par de días hasta que todo estuviese controlado y él dio la dirección de la casa familiar como dirección donde se instalaría.

Al llegar encontró la casa extrañamente vacía. Sabía que Josefina había muerto hacía pocos días, pero esperaba encontrar a María. No había nadie y tampoco había ninguna nota avisando. Había señales de que María había

salido tras preparar un poco de equipaje. Se veía en los cajones abiertos y el armario revuelto. No era lo natural en su hermana que en estos aspectos siempre había sido una persona muy ordenada.

Imaginó que a lo mejor había huido a Guadalvalle para estar más segura.

Le preocupaba mucho su hermana porque María era socialista. Él pensaba que la podría proteger.

También le extrañó que sus vecinos no se asomasen para ver quién había llegado, claro está, que quizás estaban también entre la gente que había abandonado la ciudad. En la calle había un silencio total. Era tan extraño que realmente impresionaba aquella quietud.

Miró en la alacena y encontró huevos, patatas y aceite y decidió prepararse alguna cosa para comer. Durante todo aquel tiempo había comido lo justo para mantenerse con vida y tenía hambre acumulada.

Tardó un rato porque no tenía práctica en cocinar y al final le quedó una especie de revuelto de huevos con patatas pero que a él le pareció un manjar.

También había encontrado pan que aún no estaba duro y media botella de vino, así que tuvo su primera comida completa en varios días. Después decidió que se iba a asear y a dormir una buena siesta mientras decidía qué iba a hacer con su vida en los próximos días. Estaba realmente sucio y cansado. El baño lo dejó más que relajado como para poder irse a dormir.

Se metió en la cama y empezó a darle vueltas a todo lo que había pasado durante aquellos meses. Le dolía mucho que su madre hubiese muerto y que él ni siquiera hubiese podido despedirse de ella ni tampoco acudir a su entierro, aunque podía comprender que su madre era una mujer mayor y que había vivido su vida y que ya le había llegado la hora de marcharse, era lo que se solía llamar ley de vida. Pero lo que le dolía especialmente era la muerte de Juan.

Esto le atormentaba. Su hermano era una buena persona y no tenía ninguna culpa de lo que él hiciese. Lo habían matado a sangre fría y sin ninguna justificación para ello. Intentaba ponerlo en situación y relativizarlo pensando en los tiempos que vivían, pero no conseguía hacerlo.

Definitivamente se había desencantado de todo aquello. Tarde, pero al final tenía que reconocer que sus hermanos tenían razón respecto a la falange.

Su mente volvía a Juan. Las envidias y las rencillas en un entorno rural tenían esas características. No sabía quién podría haber sido pero seguro que alguien había encargado el asesinato de su hermano, en principio para vengarse de él.

Los asesinos seguían siendo asesinos bajo el régimen político que fuera y él se encargaría de hacer justicia. Justicia y no venganza, se repetía una y otra vez a pesar de que en su interior sabía perfectamente que lo que buscaba era venganza.

Se sentía responsable y culpable de la muerte de su hermano, aunque él no hubiese apretado ningún gatillo. Estaba seguro que mientras sus propios familiares le habían intentado convencer de que no tenía la culpa de que otros lo asesinasen, al llegar a Guadalvalle, mucha gente, sin saber qué había pasado y cómo había pasado, lo acusarían sin más. Tan solo para poder criticar y hacer daño.

La familia de Carmen era una familia bien aposentada y criticar a alguien de su entorno tenía un valor especial. Era mucho más morboso. No era la primera vez que aquella gente recibía una crítica por culpa suya sobre todo desde que se había metido en temas políticos.

José, nunca había matado a nadie. Él no era ningún asesino. Tenía miedo de buscar a María. Finalmente se decidió y empezó un periplo por los lugares adonde supo que llevaban a los detenidos, pero nadie le supo dar ninguna información sobre su hermana. Se movía muy discretamente y con la confianza que le daba el hecho de haber sido un preso político durante la república.

Regresó a casa frustrado y preocupado.

Pasó un par de días reponiéndose del tiempo de prisión y dando vueltas por la casa. No podía hacer mucho más. Sabía que las comunicaciones con los pueblos estaban interrumpidas. Los militares estaban purgando a la población.

Más tarde supo que habían realizado matanzas muy crueles, tanto en Málaga como en Guadalvalle.

Málaga había sido conocida como *Málaga la roja* y ahora les estaban haciendo pagar por ello. Además de la matanza de fugitivos que habían realizado durante los días siguientes a la entrada en la ciudad, fusilaron a millares de personas en su mayoría culpables por tener una ideología política. Hasta algunos miembros de los partidos conservadores fueron hechos prisioneros.

José concluyó al final que quizás María había huido, pero de todas formas intentó confirmar que no había sido hecha prisionera por sus ideas y volvió una segunda vez a pasearse preguntando discretamente por los lugares a dónde llevaban a los presos.

Nadie sabía nada de ella, no aparecía ni entre los prisioneros vivos ni entre los ajusticiados. Tampoco estaba entre los cadáveres identificados que

habían devuelto a la ciudad desde la carretera de Almería.

José, entró en las salas donde tenían los cadáveres esperando ser reconocidos por alguien y pasó un largo rato viendo cadáveres de niños, mujeres y ancianos entre los que no encontró a María.

Su conciencia estaba totalmente alterada. ¿Cómo habían sido capaces de esas matanzas? Estaba realmente horrorizado por todo lo que estaba viendo. No era eso lo que él quería. Solo quería lo que él entendía que era orden. Nada más.

Tras el segundo día de búsqueda se decidió a preguntar a sus vecinos.

Tuvo que insistir picando a la puerta para que al final la pobre mujer que había cuidado a su madre abriese.

—¿Qué desea? —dijo la pobre mujer entreabriendo la puerta y muerta de miedo.

—Soy José, el hijo de Josefina —dijo él— ¿no me reconoce?

—¡Dios mío! —dijo la mujer—. No te había reconocido. Perdóname, pero estoy muy asustada. Hace días que oigo movimiento en tu casa, pero con todo lo que está pasando no me he atrevido a asomarme. Hace unos días que no salgo a la calle.

—Mire, yo solo quisiera saber si sabe algo de mi hermana. No la encuentro por ningún lado. He estado buscando en los depósitos de cadáveres, en las prisiones, en todos los sitios, pero no he sabido nada.

—Hijo, yo solo te puedo contar lo que supongo porque desapareció el día antes de que entrara el ejército en la ciudad. Lo sé porque oí ruidos y porque tú ya sabes que en esta casa se oye todo.

—¿Y que oyó? —preguntó José.

—Pues que con una amiga se iban de la ciudad. Salieron de aquí en la *espanta* de gente que cogió carretera y manta camino de Almería el día anterior.

No he sabido nada más. Hasta que no llegaste tú no se había oído ni un ruido en la casa.

—¿Está sola? —preguntó José.

—Si hijo —respondió la mujer asustada temiendo cualquier cosa. Era una mujer de alrededor de setenta años, viuda y con sus hijos ya mayores.

—No sé cuántos días voy a estar por aquí hasta que pueda irme a Guadalvalle. Se lo digo por si necesita que le vaya a buscar comida o alguna cosa, dígamelo. Tendré que buscar para mi así que también puedo traer para usted.

—Gracias hijo, pero de momento tengo alguna cosa y no tengo dinero para comprar.

—No se preocupe por el dinero. Sé que usted cuidó a mi madre y la conozco de toda la vida. Cuando vaya a buscar traeré para los dos.

—Muchas gracias.

—Si necesita alguna cosa dígamelo.

José se fue hacia su casa y la mujer cerró la puerta de la suya. No le había invitado a entrar. La pobre estaba aterrada. Con la información conseguida dedujo que si su hermana había salido camino de Almería y no había encontrado en ningún lugar su cadáver ni en ninguna lista su nombre, eso quería decir que había conseguido llegar así que de momento se quedó más tranquilo, aunque debía buscar alguna forma de poder confirmar aquellas deducciones.

El décimo día, avisaron por la radio que las comunicaciones telefónicas con el exterior estaban abiertas. Los malagueños aún no debían salir de la ciudad sin un permiso específico, una especie de salvoconducto, pero ahora ya sí que podían comunicarse con otros lugares de la provincia.

José se fue a la centralita de teléfonos más próxima e hizo una larga cola hasta que llegó su tuno para llamar. Pidió a la operadora que le comunicaran con la centralita de Guadalvalle y al cabo de unos minutos oyó una voz que le contestaba.

—Guadalvalle, buenos días. ¿Quién habla? —la voz claramente mostraba un cierto estado de alerta.

—Buenos días —no reconocía la voz de la operadora, no era la persona que habitualmente se ocupaba de la centralita en el pueblo— quisiera hablar con la señora Carmen Maura de Martí.

—¿Quién le llama? —preguntó la mujer.

—Su marido.

—Espere unos minutos que mando a buscarla —y a continuación dejo de oírse aquella voz para dejar el teléfono totalmente en silencio.

Pasaron varios minutos, quizás cinco cuando alguien oyó a alguien que indicaba:

—Ya puede hablar.

—¡José! —dijo Carmen con voz angustiada— ¿eres tú?, ¿estás bien?

—Carmen, vida mía —respondió José— estoy bien. Me soltaron el día ocho, pero no nos dejan salir de aquí aún. Estoy en casa de mi madre, pero María no está. Llevo varios días buscándola, pero no la encuentro.

—A nosotros tampoco nos dejan ir a Málaga. Estaba muy preocupada. No sabía si te habían matado en algún bombardeo… —y de pronto se le escapó la tensión acumulada y se puso a llorar.

—Bueno, Carmen, tranquila. Estoy bien. Solo tenemos que esperar unos días y podré ir. Quizás mañana. Tú no te muevas de allí. Iré yo. ¿Sabes algo de mi hermana?

—¿De María? No sé nada de nada. Pensaba que estaría en su casa, aunque estaba también muy preocupada. Sus ideas…

—Carmen, no digas nada más. Quién sabe si nos están oyendo —dijo bruscamente José.

—Ana y Marta están bien. Ana ha estado conmigo y ha venido a preguntar por si sabía algo de ti un par o tres veces cada día. Marta por lo visto también está bien, pero a ellos tampoco les dejan moverse de su pueblo así que no nos hemos podido ver.

—Bueno, ahora tengo que dejarte, me están haciendo señales de que el tiempo se me ha acabado. Aquí hay colas larguísimas para llamar. No te preocupes por mí, en un par de días estaré allí.

—Te quiero —dijo ella a punto de volverse a poner a llorar.

—Yo también te quiero —respondió José y a continuación la comunicación se interrumpió.

Por el mismo auricular oyó una voz que le dijo que debía dejar el puesto del teléfono al siguiente. José se dio cuenta que toda la conversación había sido escuchada, tal y como se había imaginado.

Salió del locutorio y decidió dar una vuelta por el centro de la ciudad para ver qué situación había. El centro estaba totalmente tomado por el ejército, cada cuatro pasos le pedían su documentación y a parte de sus documentos enseñaba el informe que le habían entregado tras su liberación.

Era milagroso, le saludaban y le dejaban marchar. José fue pasando aquellos días de espera de la mejor manera que pudo. Racionó la comida que había encontrado en casa de su madre ya que no era fácil encontrar alimentos y aunque tenía de sobras no quería tener que recurrir a buscar qué comer más de lo estrictamente necesario. Hablaban de que empezarían a distribuir cartillas de racionamiento. José se informaba sobre todo por la radio.

La vecina no volvió a dar señales de vida durante aquellos días. Después de todo lo que había visto no se sentía muy identificado con aquella gente. Vio el mismo horror con el ejército que con los revolucionarios en su peor momento. De todas formas, sacaría todo el partido que pudiese de la nueva

situación para que los suyos sobreviviesen a aquel horror y además se hiciese justicia con su hermano.

De momento, dedicó todo el tiempo que pudo a intentar averiguar el paradero de su hermana. Una tercera vez miró por todo tipo de calabozos, de prisiones, de morgues y de hospitales, pero todo fue inútil, no había rastro de María. Poco a poco se fue haciendo a la idea y confirmando su suposición de que María había sido de aquellos afortunados que habían conseguido llegar a Almería. En realidad, no era raro. María no iba acompañada de un anciano o un niño a su cargo y además estaba en buena forma física a pesar de que ya tenía una edad, así que seguramente habría aguantado bien la caminata.

Lamentablemente, no había ninguna forma de comunicarse con Almería.

Finalmente, las comunicaciones dentro de la provincia quedaron abiertas y José consiguió subir en uno de los primeros transportes, un camión militar que pasaba por Guadal valle.

El camino lo hicieron relativamente rápido ya que Guadalvalle estaba muy cerca. Había restos de alguna explosión, pero tampoco se veía demasiado destrozo. No deberían haber sido muy cruentos los enfrentamientos.

Posiblemente no tardarían mucho tiempo en poder recuperar aquella zona y devolverla a la normalidad relativa de la nueva situación. Antes de entrar en el pueblo, el camión paró y José bajó. Tampoco allí se veían destrozos. Estaba todo tal cual había estado. Parecía como si el pueblo no hubiese sufrido mucho.

En realidad, no había pasado mucho tiempo desde que salió de allí, aunque habían pasado un montón de cosas. La sensación que tenía era que había pasado toda una eternidad.

Era muy temprano así que encontró muy poca gente por la calle. Hubo quién le saludo y también hubo quien le paró y le felicitó por estar libre. Por supuesto hubo gente que lo ignoró y que miró hacia otro lado al verlo pasar.

José esperaba aquellas reacciones. No le importaron lo más mínimo.

Cuando llegó a la que era su casa entró sin llamar a la puerta. Las puertas solían estar abiertas durante el día. Encontró a los niños sentados en la mesa desayunando. Salieron los dos corriendo y le abrazaron.

Carmen salió de la cocina para ver que era ese jaleo de sillas y al ver a José se le cayó al suelo la taza que llevaba y corrió a abrazarle. Carmen ya tenía una barriga de seis meses y empezaba a estar un poco pesada.

Al principio hablaban todos a la vez y poco a poco se fueron calmando y compartieron un desayuno familiar después de mucho tiempo. Todos se daban

cuenta de lo mal que lo habían pasado aquellos días que parecía que se iba a acabar el mundo, hasta los niños.

Durante esas semanas, la confitería estaba cerrada y la escuela también, así que de momento no podían hacer nada. Lola apareció por allí una vez supo que su cuñado había vuelto.

El encuentro fue muy emotivo. José y Lola se abrazaron y entre lágrimas Lola le fue diciendo que sabía que se sentía culpable pero que él no tenía ninguna culpa. José decía insistiendo en que él se sentía responsable de lo que le había pasado a Juan.

Poco a poco se fueron serenando todos y por allí, a lo largo del día, fueron llegando: Maru y su marido, los padres de Carmen y muchos de los amigos de la familia para ver cómo estaba José y contar cada uno sus experiencias y sus miedos ante esa nueva etapa. A pesar de la ideología de José, había mucha gente que no había querido darles la espalda.

El Ayuntamiento de Guadalvalle había estado ocupado temporalmente por una junta militar provisional que se encargó de poner en orden el pueblo. La finalidad principal fue reconstruir lo necesario para empezar a producir, depurar la localidad de gente contraria al régimen fascista y reabrir la escuela y los demás servicios públicos. Se trataba de buscar la mayor normalidad posible.

Eso ya lo habían conseguido así que podían retirarse.

Investigaron sobre la historia del último alcalde electo y de rebote sobre su hermano de la falange y decidieron entrevistarlo para ver si era un buen candidato para ocupar la alcaldía.

José se presentó en el ayuntamiento a la hora en que lo habían citado. No le hicieron esperar mucho rato. Cuando entró en el edificio el alférez que estaba sentado en la mesa se levantó y dando un taconazo y levantando el brazo derecho dijo: *Arriba España*. José se quedó un poco sorprendido, pero decidió responder de la misma forma, para evitar conflictos antes de empezar a hablar.

Le hicieron sentar y aquel militar le hizo explicar su historial familiar, política y profesional. También estuvo indagando en los motivos que lo habían llevado a estar encarcelado.

Al final del interrogatorio pensó que tenía información suficiente como para hacerle la oferta en firme y desvelar finalmente la razón por la que estaban teniendo aquella reunión. No estaba muy seguro de que fuese el candidato ideal, pero al fin de cuentas, aquel pueblo no le importaba mucho y de lo que realmente tenía ganas era de volver a la ciudad.

—Señor Martí, todo esto no es más que para proponerle si usted está interesado en ser el nuevo alcalde de este pueblo y tener la gran oportunidad de ser la voz de nuestro nuevo orden entre los ciudadanos respetables de Guadalvalle. Parece que es usted un buen patriota y es la persona ideal para el cargo.

José no se acababa de creer lo que le estaban proponiendo, pero pensó en lo que había decidido aquellos días en Málaga. Buscaría lo mejor para su familia y buscaría justicia por la muerte de su hermano. Aquella oferta le facilitaba ambos objetivos.

—Estaré muy orgulloso de poder ayudar a este nuevo orden colaborando como alcalde de Guadalvalle.

—Dicho y hecho —dijo el Alférez—. Pues enviaré mi informe a la Diputación y seguramente en un par de días será nombrado.

Carmen no tuvo claro que aquella fuese una buena opción. Ya habían pagado un precio muy alto por las veleidades políticas de todos ellos y aquello se parecía a seguir en lo mismo. Intentó convencer a José, pero no lo consiguió.

En consecuencia, optó por la única alternativa que tenía y que era mantenerse al margen de aquella actividad política todo lo que pudiese.

Poco a poco todo fue volviendo a una normalidad relativa. La moneda era diferente y la forma de dirigir la parte ocupada del país no tenía nada que ver con los tiempos de la República. Habían perdido todos los derechos políticos.

Había censura y no se podía decir según qué cosas públicamente.

El país seguía en guerra, pero los militares parecía que iban ganando cada vez más territorios, así que la guerra propiamente dicha cada vez estaba más lejos de ellos. Había racionamiento y la comida si bien no faltaba tampoco sobraba. Los pocos jóvenes que quedaban en el pueblo fueron reclutados y enviados a luchar en otras provincias.

En este entorno nació Alfonso, el tercer hijo de la pareja. Al tratarse del nuevo hijo del alcalde recibieron un montón de regalos de los habitantes del pueblo más inclinados hacia el nuevo orden que les permitieron pasar una temporada un poco más desahogados. El amiguismo estaba a la orden del día. A la gente le convenía estar a bien con el régimen y sus representantes así que no dudaron en obsequiar todo tipo de cosas.

Carmen volvió con Maru a la confitería, aunque no funcionaba tan bien como en otras épocas. Tampoco ellas tenían tantas cosas que ofrecer como unos años antes.

Distribuían pan y harina a las cartillas de racionamiento y en muchas ocasiones tenían que controlarse mucho para no dar más cantidad a la gente que lo estaba pasando realmente mal y que ellas sabían que lo tenían peor para sobrevivir. El problema era que lo que daban de más por un lado tenían que recortarlo por otro ya que se les entregaba las cantidades exactas que después debían justificar.

Podían llegar a producirse situaciones violentas cuando alguien reclamaba mayores cantidades de alimentos y ante la negativa de las dos mujeres las insultaban o las amenazaban. Ellas solo podían limitarse a las órdenes que recibían. No podían hacer nada más.

Maru no había perdonado a José por su implicación política y las consecuencias que había tenido para todos ellos, pero intentaba que aquello no afectase a la relación con su hermana y en consecuencia evitaba el tema y hacía un papel lo más normal que podía a su cuñado. Carmen que no era tonta y tenía muy buenas dotes de observación sabía perfectamente lo que pensaba su hermana y reconocía y agradecía, el esfuerzo que hacía por ella.

Las dos habían hablado del tema más de una vez, pero Maru no conseguía olvidarse de que por aquellas historias hoy su tío estaba muerto. En su interior y aunque no lo reconociese públicamente creía que José sí que era responsable de alguna manera de la muerte de su tío Juan. Ni siquiera el nacimiento de su primera hija le hizo dulcificar su postura ante el tema.

La policía local de Guadalvalle se dedicaba exclusivamente a mantener el orden dentro del pueblo y cualquier prisionero que hiciesen era llevado a Málaga. Todo aquel tiempo había gente que se había ocultado y gente que se había tirado al monte huyendo de las represalias y esperando el momento para poder trasladarse a la zona republicana para así poder escapar de la represión sanguinaria que estaba habiendo.

Una tarde uno de los guardias municipales avisó a José de que tenían un prisionero que quería hablar con él. Le había enviado un mensaje diciéndole que él sabía quién había matado a su hermano.

José no lo dudo y fue a verlo al calabozo del cuartelillo. Cuando entró en la celda se encontró con un joven de unos diecinueve años que había recibido una buena paliza.

—¿Eres tú el que ha pedido verme? —preguntó José rudamente superando la impresión de ver a aquel joven en tan mal estado.

—¿Eres tú el alcalde? —respondió con descaro, el joven que no era del pueblo. Se le entendía con dificultad ya que tenía la cara totalmente

deformada de la paliza que le habían dado. Los ojos estaban hinchados y casi no podía abrirlos y la parte derecha de mejilla estaba inflada y morada.

—Sí, soy yo.

—Pues entonces sí que he pedido verte. Tengo una información que a lo mejor te interesa saber —habló aquel joven con bastante dificultad.

—Te escucho, pero no tengo mucho tiempo que perder. —José estaba a la expectativa. Sabía que no podía creer cualquier cosa que le contasen.

—Sé quién mató a tu hermano —dijo el joven.

—¡Habla! —exigió José con sequedad.

—Antes quiero pactar contigo —respondió el joven.

—No estás en condiciones de pactar —le dijo José realmente admirado por la valentía de aquel chaval.

—Yo creo que sí. Imagino que a ti te interesa saber quién fue y yo si no consigo tu ayuda estoy muerto sea como sea así que no tengo nada que perder, pero quizás sí que tengo algo que ganar —el joven demostraba que era listo y valiente o eso, o es que estaba muy desesperado ante la perspectiva de verse ante un pelotón de fusilamiento.

—¿Qué quieres a cambio? —dijo José pacientemente.

—Que me dejes marchar. Yo no soy un asesino ni un revolucionario. Solo hui por miedo a las represalias, pero nunca le he hecho daño a nadie —el joven parecía sincero.

—Y… ¿Cómo sabré que me dices la verdad? —le preguntó José.

—Tendrás que creerlo —dijo simplemente.

—Está bien. Si me dices lo que sabes te dejaré marchar y te prometo que en Guadalvalle nadie te hará daño. —José había tomado una decisión. Si le había mentido no se perdía nada y posiblemente lo encontrarían en alguna cuneta asesinado por cualquiera. Si era verdad y lo liberaba en menos tiempo del que se imaginaba sería reclutado y enviado al frente.

—¿Puedo confiar en su palabra? —dijo inocentemente y a la desesperada el joven.

—¿Qué alternativa tienes?, la respuesta es la misma que la que tú me has dado antes. Tendrás que creerme —respondió José ahora con ironía.

—Está bien —dijo el joven empezando a poner en orden sus ideas. Con tantos golpes como había recibido su claridad mental no era la mejor—. La historia tiene su origen hace unos años. El padre Andrés, párroco de su iglesia, hace unos años preparaba a los niños de mi parroquia para hacer la primera comunión.

—¿Qué tiene todo eso que ver? —José se impacientaba.

—Por favor, deme un poco de tiempo. El caso es que en el confesionario nos tocaba mientras nos confesaba y nos amenazaba con el infierno.

—¿Puedes demostrar que lo que dices es cierto? Porque si no aún puedes meterte en más problemas. —José pensó que a él tampoco le había gustado nunca aquel cura.

—Por lo visto él estuvo detrás de la desaparición de la Virgen y sus reliquias ya que lo organizó todo para sacarlas del país. Según me enteré, su hermano sabía que abusaba de los niños. Había tenido alguna queja de alguna familia.

—Pero no entiendo como liga todo eso con lo que yo quiero saber.

—Pues liga que cuando usted lio aquel jaleo en el pueblo, provocó que toda la atención cayera sobre su familia. Se le relacionó sin ninguna base con la desaparición de todo aquel tesoro y el cura planeó que era una buena estrategia para que, teóricamente vengándose de usted, matar a su hermano que se había convertido en un peligro para él.

—No puede ser. Te lo estás inventando —le dijo José.

—No me invento nada y sí que puede ser. Piénselo —le respondió el joven casi gritando.

La mente de José iba a toda velocidad. No podía ser que alguien como el cura del pueblo fuese culpable del asesinato de su hermano. No tenía sentido.

—El padre Andrés se fue antes de que el pueblo cayese —dijo José—. Ahora no podemos saber qué tiene él que decir.

—El padre Andrés debe haber pasado ya la frontera de Francia —afirmó el prisionero—. Fue él quien contrato a las tres personas que mataron a su hermano. Además, es de la iglesia. Usted no va a poder hacer nada contra él.

—Apúntame los nombres y dónde los puedo encontrar en esta hoja y los mandaré buscar.

Con la hoja y los tres nombres, José se fue de la celda. No quería leerlos ni saber quiénes eran ni dónde vivían. Se fue a la diputación a la mañana siguiente y pidió que le atendiese el responsable de los temas jurídicos.

Cuando lo atendieron. Explicó por qué estaba allí y entregó los tres nombres. Dijo como los había conseguido y pidió un permiso para que el joven que estaba arrestado pudiese quedar en libertad si se demostraba que aquellos hombres habían sido los responsables de la muerte de su hermano. Era necesario ser muy prudente con este tipo de actuaciones, el gobierno provisional estaba en plena caza de brujas y veían acciones sospechosas por todos los lados.

Cuando volvió al pueblo visitó al chaval en la prisión y le dijo lo que había hecho. Dio instrucciones de que lo retuviesen allí hasta nueva orden. No tardaron mucho las noticias. En efecto, aquellos tres hombres habían sido los asesinos de su hermano. Los habían arrestado y ya los habían ejecutado.

Respecto a la implicación del párroco del pueblo no había ninguna prueba en absoluto y parecía bastante improbable que la acusación de aquel joven fuese verdadera.

José volvió al calabozo con la información. El joven insistió en que todo lo referente al padre Andrés era cierto y que él no lo hacía para vengarse del cura porque le había causado mucho daño a su familia. José nunca llegaría saber que parte era verdad y que parte no lo era.

José no quiso saber más. Le dio su salvoconducto y lo dejó libre dándole instrucciones de que no quería volver a verlo nunca más. Después se fue a ver a Lola y a explicarle que su hermano había quedado definitivamente vengado. Al principio a Lola no le gustó todo aquello, quería que todo acabase de una vez, pero al saber que había sido utilizando los mecanismos de la justicia disponibles, no le pareció mal. Lo lamentó por las familias de las tres personas ejecutadas.

Ahora, José, ya estaba en paz con su conciencia. De todo aquel asunto quedaba solo el saber hasta dónde llegaba la verdad y la duda, que sería ya eterna, sobre el padre Andrés. También quedaba pendiente el tema de las reliquias de la iglesia que habían desaparecido.

¿Podría haberse tratado todo de una maniobra del cura que no tenía nada que ver con él? Le gustaba creer que era así, más que nada por su conciencia, aunque nunca llegaría a estar seguro.

José nunca había sido un hombre muy religioso así que al final pensó que todo aquel tema ya no le interesaba y pasó a dedicarse a otros asuntos. Una tarde, en su casa, se reunió con sus hermanas. Los tres estaban muy preocupados por lo que hubiese podido pasar con María. No aparecía ni entre los muertos ni entre los vivos. Había que hacer algo pero parecía que se la había tragado la tierra.

Finalmente fue Ana la que propuso:

—Yo creo que María no va a volver. Sabíamos todos que Alfredo estaba vivo y había escapado así que lo más probable es que se hayan encontrado y hayan huido. Si no fuese así Alfredo ya hubiese contactado con nosotros para preguntar por ella. Pensadlo bien, ¿qué le puede ofrecer a ellos dos esta nueva situación? Nada en absoluto.

—¿Y si Alfredo ha intentado contactar sin conseguirlo? —preguntó José.

—Hubiese venido a Guadalvalle. Él llegó a conocer la casa de Juan y hubiese aparecido por aquí —respondió Ana segura de lo que estaba diciendo.

Era lo más lógico.

—Es verdad —dijo Marta— quizás deberíamos cerrar la casa de Málaga.

—A lo mejor podríamos venderla —dijo Ana— ninguno de los tres que yo sepa tiene intención de volver a Málaga.

—No es mala idea —dijo José—. Seguro que habrá a quien le interese dentro del ejército porque el resto de la gente no tiene ni un real. También está el resto del patrimonio de mamá.

—Lo que podemos hacer —dijo Ana— es ir y que cada uno coja lo que quiera. Vender todo el resto y lo que obtengamos dividirlo en cinco partes. Una para Lola, otra para cada uno de nosotros y una para María que le guardaremos en algún sitio por si vuelve. Si en unos años no sabemos nada de ella nos lo repartimos entre los demás.

—No es mala idea —dijo José— tú siempre has sido muy expeditiva.

—Yo también pienso que está bien —opinó Marta— y así si algún día sabemos de María podremos darle su parte.

Así lo hicieron y las semanas siguientes las dedicaron a desmantelar aquella casa que había sido la de todos durante sus vidas y en la que habían nacido los tres.

A medida que iban vaciando la casa iban recordando vivencias, Marta recordó el nacimiento de José. Rieron un buen rato. Lola también bajó algún rato con ellos, pero más que para recoger nada para hacerles compañía. Eran los hermanos menores de su marido y para ella aún había algo de aquellos niños que andaban por la casa de sus suegros. De alguna manera se sentía responsable de todos ellos, a pesar de las edades que tenían.

Vender la casa no les costó. Con la llegada del ejército había llegado gente con dinero y con ganas de invertir. José contactó con una constructora interesada en la compra de una manzana de casas en el Perchel para tirarla al suelo y construir nuevas viviendas. Su casa fue la primera que se vendió de aquella manzana.

Cuando repartieron el dinero Lola no quería recibir nada. Ella estaba suficientemente bien situada como para no necesitar aquel dinero, pero José insistió hasta que consiguió que se lo quedase, al menos para los niños.

Con la guerra José se había ganado algunas antipatías en el pueblo y el negocio de Carmen y Maru ya no funcionaba como había funcionado en otros tiempos.

Las hermanas también decidieron liquidar la confitería y buscaron una alternativa. Querían seguir trabajando juntas ya que toda la vida lo habían hecho. En esta ocasión decidieron montar un taller para bordar sábanas, pañuelos y todo tipo de prendas.

Ambas eran buenas bordadoras puesto que habían sido educadas como damas de *clase bien* y entre las materias aprendidas, estaba la de bordar.

Pudieron instalarse en una habitación de la casa de Carmen, de este modo tenían cerca al pequeño de Carmen y al bebé que acababa de tener Maru, mientras que los dos mayores de Carmen estaban en el colegio.

Les llegaba el trabajo de una camisería de la ciudad y aparte de coser las piezas que formaban luego las partes de las camisas, también bordaban las iniciales que les pedían. No era un gran negocio, pero algo iban ganando. Sus maridos tenían sus sueldos y ellas colaboraban de aquella manera. Sobre todo era muy cómodo ya que tampoco había muchas más ocasiones de trabajo. La miseria de la postguerra empezaba a castigarlos a todos y el racionamiento trajo consigo que surgiese el estraperlo que al principio era muy perseguido por las autoridades, pero poco a poco el control del mismo se fue relajando. A José, en aquellos momentos el trabajo en la alcaldía lo tenía bastante ocupado ya que se trataba de implantar un nuevo orden en el pueblo y no era tarea fácil. Más teniendo en cuenta como había llegado todo aquello a imponerse, tras una guerra.

Reconocía en privado a Carmen que cada día que pasaba estaba más asqueado de todo aquel mundo de militares y de imposiciones y que empezaba a ver que se había equivocado. Empezaba a hacer planes de futuro sin tener en cuenta la política.

Lola le había ofrecido que llevase la herrería y en las horas en que no estaba ocupado en los asuntos oficiales se iba para allí y se dedicaba ratos y más ratos perdidos en revisar las herramientas y en hacer pequeños trabajillos.

Algunos eran encargos y otros no eran más que divertimentos. Cuando estaba en aquel espacio se sentía muy cercano a su hermano.

Al principio le entristecía mucho pasar por allí. Se acordaba de Juan y pensaba en los tiempos en que habían trabajado juntos, pero poco a poco fue haciendo suyo todo aquello y al final acudía cada vez con más frecuencia, se sentía plenamente satisfecho trabajando con sus manos y dando forma al hierro.

Lola bajaba algunos ratos que sabía que él estaba allí y hablaban, sobre todo del pasado y de los niños, el pequeño, Juan, aún estaba acabando los estudios en Málaga y posiblemente era el que más debía echar de menos a su

padre. Lola se había quedado en el pueblo con sus dos hijas que ya tenían su propia vida pero que vivían cerca y la iban a ver cada día.

Lola había vuelto a la pintura y hasta se estaba planteando hacer alguna escapada a Madrid. Le había gustado mucho la ciudad y con los años había hecho amigos, pero antes tenía que acabar aquella guerra. La ciudad estaba siendo atacada constantemente y no sabía que quedaría de todo lo que había conocido cuando paso aquella temporada en la ciudad.

El tiempo fue pasando y la guerra cada vez estaba más lejos de ellos. Los niños se hacían mayores y Guadalvalle y la ciudad de Málaga cada vez se parecían más a lo que habían sido anteriormente, a pesar de que el ambiente era mucho más oscuro que en otras épocas.

Casi dos años exactos después de la caída de Málaga, el ejército de Franco tomó las ciudades primero de Barcelona y después de Madrid, último reducto esta de la resistencia del gobierno legítimo de España. Lo bueno de aquello fue que finalmente y después de casi tres años la guerra civil española había acabado.

Hubo quien habló de un millón de muertos, aunque en realidad no existió nunca una cifra oficial ya que mucha gente sencillamente desapareció, como

María. Ahora tocaba volver a la vida normal.

Reconstruir el país y ver políticamente qué pasaba.

Desgraciadamente a los pocos meses de acabada la guerra civil española empezó la segunda guerra mundial y el país no pudo contar con el apoyo internacional ni con las exportaciones para su reconstrucción. Por suerte al menos consiguió mantenerse neutral en la teoría, pero amiga de Alemania en la práctica y así evito que los ejércitos de Hitler machacasen a la ya maltrecha población española. Al final parecía que la guerra civil española había sido una prueba previa a la segunda guerra mundial.

En Guadalvalle, José había renunciado a su cargo político una vez acabada la guerra. Pensó que era un buen momento y se puso a trabajar en la herrería. Hubo conciudadanos que no le perdonaron su implicación con los militares y hasta dejaron de hablarle. Otra parte de la población sí que mantenía una buena relación con él. José era de Málaga y no tenía ningún vínculo especial con Guadalvalle que no pudiese romper. Cada vez tenía más ganas de abandonar aquel pueblo. Quería empezar en algún lugar nuevo. No entendía los odios en silencio y las miradas disimuladas a sus espaldas. El tiempo iba pasando y él, en realidad, no había hecho nada.

Eugenio Baeza, que se había alineado en un principio con el régimen democrático, al final volvió de su gira por América y devolvió al pueblo la

imagen original de la Virgen y todas las reliquias que se había llevado siguiendo las instrucciones del Padre Andrés.

Cada vez José estaba más convencido de que lo que le había explicado aquel joven encarcelado era verdad. Hubo celebraciones especiales por todo lo alto y romerías para dar las gracias por la devolución de la figura. Eugenio Baeza había pactado la devolución con el gobierno de Franco que le permitió regresar a pesar de su vinculación con la izquierda republicana a cambio de olvidar todo lo anterior. Respecto a su homosexualidad, allá él lo que hiciese en su alcoba. Solo le atañía a él. Lo único que debía hacer era no darle publicidad.

Nadie le tuvo en cuenta ese cambio de ideología, ni tampoco nadie se sorprendió ante algún *Viva Franco* o *Viva España* que soltó en sus discursos cuando entregó las reliquias. Toda España, poco a poco fue asumiendo el nuevo régimen para, de aquella manera, poder ir viviendo su propia vida y poder pasar página. La *España Republicana y de vanguardia* se convirtió en la *España Fascista y casposa* de los años posteriores, tardando bastante tiempo en empezar a dar algún síntoma de apertura.

José y Carmen, se convirtieron en dos personajes más de aquella sociedad. Carmen tuvo unos años más tardes su cuarto hijo. En esta ocasión una niña que también se llamó Carmen como ella misma.

La guerra en Europa estaba durando mucho más de lo que cabía esperar y casi habían pasado seis años cuando acabó. En muchas ciudades todo lo que quedaron fueron ruinas y poco más. Estaban como había estado España poco antes.

Estados Unidos ayudó en la reconstrucción de los países que habían participado en la gran guerra y partieron Alemania en varios trozos. Para España, que quedó como el único país grande de Europa con un régimen fascista no hubo ningún tipo de ayuda y esto hizo que las penurias durasen muchos más años que en otros lugares del continente, a pesar de que había sido el banco de pruebas para los ejércitos de los dos bandos.

La gente empezó a emigrar del campo a la ciudad y de las ciudades a las ciudades mayores. Principalmente Barcelona, Madrid, Bilbao y Valencia se convirtieron en el destino de muchos andaluces que se fueron a buscar un futuro mejor.

José veía que el dinero que conseguían cobrar cada mes no era suficiente para mantenerse ellos y los cuatro niños. Carmen diligentemente llevaba las cuentas de la casa. Intentaba tener bajo control cada peseta que entraba por la

puerta y a pesar de que era una buena administradora, era realmente difícil poder subsistir con el trabajo de la herrería y los bordados.

Como era una mujer decidida, un buen día se arregló y se fue a la antigua confitería que ahora era de unos vecinos a los que se la habían vendido y se decidió a pedir trabajo.

—Ya me gustaría Carmen —le dijo Consuelo la nueva propietaria— y no te creas que trabajo hay, pero acuérdate de que os empezó a ir mal cuando se empezó a mezclar la política con la harina. Me da miedo que si te doy trabajo vuelvan a dejar de venir la gente que tuvo problemas.

—¿Y si no lo saben? —propuso ella.

—Hombre aquí todo se sabe —respondió la mujer.

—Pero no tiene porqué ser así. Si yo vengo temprano por la mañana a preparar los dulces y pasteles y no dejo que nadie me vea, no tienen por qué enterarse.

—Déjame que lo comente a mi marido y mañana te digo algo —dijo finalmente la mujer.

Al final Carmen pudo ir a trabajar algunas horas por la mañana sin que nadie de fuera de su más estricto ámbito privado supiese qué estaba haciendo y de aquella manera obtenían un sobre sueldo que les iba bastante bien para completar la semanada.

Por su parte José siguió trabajando en la herrería sin ningún límite de horarios. Tanto herraba animales como hacía hierros forjados para ventanas y demás y los iba a instalar.

Los dos se estaban matando a trabajar y llegaban a cubrir sus necesidades con bastante poca holgura. Esa era la situación general de todo el país.

Un buen día José no tuvo más remedio que hablar con Carmen y proponerle que marcharía a buscar trabajo. Pasaría primero por Madrid, pero su idea final era irse a Barcelona.

Estaba harto de aquel pueblo que para él estaba lleno de rencor y en el que no se sentía a gusto y Barcelona a mil kilómetros de distancia estaba suficientemente lejos como para empezar una nueva vida.

Tal y como habían acordado, José se marchó de Guadalvalle y pasó un tiempo en Barcelona. Al principio en malas condiciones, pero luego cada vez mejor. Allí había trabajo y pronto encontró un lugar donde podía vivir con su familia. En un principio se trataba de una habitación en una casa, pero las posibilidades de mejora estaban aseguradas.

Al cabo de tres meses regresó a Guadalvalle a buscar a Carmen y a la pequeña y se las llevó. Los niños se quedaron con Maru mientras ellos se

instalaban.

José fue pasando por varios trabajos, pero lo cierto es que en ningún momento dejó de trabajar. Carmen había retomado el tema de los bordados y colaboraba con una sastrería de la ciudad, tal y coma había hecho previamente en Guadalvalle.

En seguida se fueron acostumbrando a moverse por una ciudad mucho mayor de lo que ellos habían conocido con anterioridad. Poco a poco coger el tranvía se fue convirtiendo en algo normal y fueron tomando conciencia de las posibilidades que se habían puesto a su alcance.

Carmen y José decidieron que para ellos aquello era una oportunidad pero que por la edad que empezaban a tener, conseguirían vivir bien, pero era precisamente a sus cuatro hijos a quienes se les abrían un montón de ocasiones de futuro que si se quedaban en Guadalvalle nunca tendrían.

Finalmente decidieron que José iría a buscarlos. Un buen día apareció por Guadalvalle y en un par de días más estaba de camino con los tres mayores atravesando otra vez la península con destino a Barcelona.

Cuando llegaron celebraron que estaban todos juntos otra vez. Habían pasado unos meses en los que habían estado repartidos por varios lugares y para los menores había sido un poco duro. En aquel momento compartían una habitación dentro de una casa en la que había otra familia, pero era cuestión de tiempo que consiguiesen una vivienda propia.

No tardaron en tenerla. Unos años más tarde Maru y su familia también se fueron a vivir a Barcelona y Carmen ya no se sintió tan sola. Tenía a su hermana con ella. La situación en general era cada vez peor en Guadalvalle y en casi toda Andalucía. La región pasó a ser un suministrador de inmigrantes que intentaban abrirse camino en Barcelona, en Madrid y en Bilbao, los más afortunados, mientras que otros se tenían que ir a Alemania y otros países de Europa donde encontraban trabajo en fábricas o colaborando en la reconstrucción de los países destrozados por la guerra mundial. Los hijos de Carmen y de Maru, ajenos en parte a todos los conflictos que habían pasado sus padres durante aquellos años mantuvieron contacto más o menos intenso con la familia que quedó en Guadalvalle. Se escribían durante los primeros años y cuando la sociedad se fue modernizando empezaron a viajar allí de vez en cuando y a mantener contacto principalmente telefónico.

Carmen mantenía el contacto con su hermana Lucía y mucho más distante con su hermano que vivía en la ciudad. José mantuvo el contacto con sus hermanas por teléfono y si bien al principio se iban llamando de tanto en tanto

al final las noticias le llegaban a través de Carmen y lo que Lucía le contaba de ellas.

Ni José ni Carmen regresaron nunca más a Guadalvalle ni a Málaga.

Además, se perdió la posibilidad de que si María había sobrevivido pudiese contactar con José ya que ahora estaba en la otra punta del país. Marta seguía en Coín y Ana seguía viviendo en Guadalvalle, pero en un lugar diferente al que había sido su casa en otros tiempos. La casa de la ciudad ya no era de ellos y la única posibilidad de contactar fácilmente era a través de Lola. Durante años esperaron esa comunicación, pero al final se fueron acostumbrando a pensar en María como uno de aquellos miles de desaparecidos que aquellos tres años de guerra habían dejado en el país. La realidad de todos ellos era bastante dura y fueron centrándose cada vez más en sus propias vidas. Las comunicaciones de José con Ana y Marta se fueron distanciando.

La distancia y las ganas de olvidar aquellos años terribles junto con las necesidades y las condiciones en que vivía la población hicieron que se produjese aquel distanciamiento.

Curiosamente José había vuelto a la tierra de sus ancestros. Estaba a relativamente pocos quilómetros del lugar de donde había partido Nito más de ochenta años atrás iniciando su aventura con las mulas y los caballos y las ferias a lo largo de la costa del Mediterráneo. No dejaba de ser curioso, aunque él no tenía ningún vínculo con todos aquellos familiares. Lo único que conservaba era el *Llibre de la vida* que había pasado de Nito a su padre Juan y de Juan padre a Josefina que un buen día se lo entregó a su hijo Juan. Cuando Juan murió Lola lo recuperó y se lo había entregado a él.

Había sido muy emotivo. Cuando Lola supo que la familia se disponía a marcharse había buscado a José y le había hecho entrega solemnemente de aquel libro.

—Creo que debes tenerlo tú —dijo ella.

José recordaba vagamente aquel libro. Lo estuvieron mirando juntos y ambos se emocionaron cuando revisaron las anotaciones de todos sus antepasados.

Figuraban todos ellos. Las últimas anotaciones las había hecho la propia Lola.

—Muchas gracias —le respondió José muy emocionado.

—Es tuyo. Aquí está la historia de tu familia. No la olvides nunca.

Lola sabía que la situación económica les empujaba a marchar, pero también estaba segura de que José se alejaba de todos ellos huyendo de sus

recuerdos durante la guerra. No le habían perdonado muchos de los habitantes de Guadalvalle, era cierto, pero también era cierto que él no les había perdonado a ellos.

—No lo haré —respondió José— ni quiero ni creo que pueda.

En aquellas páginas había buena parte de la historia de la familia Martí durante todos aquellos años. También había datos de los hermanos de Nito, pero José no quiso nunca investigar y presentarse ante aquella familia lejana a la que nunca había conocido.

Le bastaba con los suyos: sus padres, sus hermanos y ahora su mujer y sus hijos.

CAPÍTULO 30

UNA NUEVA VIDA

En el momento en que María puso el pie en el puerto de Oran tuvo la constatación plena y empírica de que estaba absolutamente sola. Sola en Oran y también se había quedado de alguna forma sola en el mundo. Su gente, la gente que habían formado parte de ella o bien habían muerto o estaban en lugares a los que ella no podía acceder. Había estado durante toda la escapada de Málaga bajo la custodia de Tina, pero ahora se había acabado el peligro de muerte inminente que les había acompañado todo el tiempo y se sentía muy sola en un mundo extraño.

Ella nunca antes había salido de España y lo que conocía del mundo en el que se encontraba era exclusivamente por películas. Para empezar, nunca había estado en un lugar en donde no le entendiesen cuando hablaba o ella no entendiese lo que le explicaban. Era incapaz de comprender ni una sola palabra de lo que le decían.

La ciudad, todo y no ser pequeña, no era una gran ciudad. Seguramente era algo menor que Málaga. Preguntó a varias personas hasta que encontró una española expatriada que llevaba varios años viviendo allí y le acompañó hasta el hotel donde se alojaba. Había una colonia importante de españoles que habían huido de la guerra y se habían instalado en aquel lugar que en aquel momento era parte de Francia.

Cuando llegó todo fue tal y como Tina le había dicho. Tenía una habitación reservada y le informaron que también estaba pagada al menos durante quince días, con todos los gastos que tuviesen.

La empezaron a tratar como si fuese una gran señora. Empezaba a darse cuenta de que las mujeres europeas tenían un estatus especial en la ciudad. Esto la violentaba un poco porque era clasista y a ella no le gustaban esta clase de cosas, pero tampoco podía enfrentarse ella sola a todos estos hábitos.

No podía pretender llegar a un lugar extraño para ella y cambiar las costumbres, así que dejó que la tratasen así.

Cuando llegó a la habitación se dio cuenta de que estaba realmente cansada. No se había recuperado de los doscientos kilómetros a pie huyendo de las bombas. Durante muchos días cada vez que cerraba los ojos pasaban por su mente las peores imágenes de muerte y destrucción que había vivido en toda su vida. Le costaba dormir y según el día tenía pesadillas. Lloraba dormida y en alguna ocasión se había despertado sentada en la cama, sin darse cuenta de que se había levantado. Necesitaría tiempo para recuperarse de todo lo vivido los últimos días.

Decidió darse un baño y cambiarse la ropa que había arrastrado todos aquellos días y que olían a mar. Afortunadamente había cogido ropa suficiente como para poder cambiarse al menos dos veces mientras esperaba.

Se metió en la bañera y casi sin darse cuenta se quedó dormida. No supo cuánto tiempo debió pasar así pero seguro que como mínimo fueron un par de horas. Cuando despertó el agua estaba fría y el cuello le dolía de tenerlo apoyado en el borde de la bañera.

Salió y vio que se le había ido el día y que ya iba siendo hora de ir a cenar y meterse en la cama. Se arregló y bajó al restaurante del hotel. Ceno un cuscús con cordero y verduras deliciosas. Nunca había comido nada así y le gustó mucho. Si esos eran los sabores de aquellas tierras, le iba a gustar. Se dio cuenta de que intentaba adoptar una postura frívola ante todo para evitar que se notase que estaba aterrada. Tenía miedo a que Alfredo se lo pensase a última hora y no apareciese o que le pasase algo mientras llegaba a Orán… No sabía cómo hacer para que toda aquella incertidumbre pasase rápido.

Finalmente firmó la cuenta y se fue a su habitación. La habitación estaba a nombre de los dos. Esa era una buena señal. Seguro que Tina tenía algo que ver en aquello. Era el tipo de detalles que tenía.

Se metió en la cama y a pesar de sus miedos y sus nervios, al final se quedó dormida. Al principio tuvo pesadillas de todo tipo que poco a poco se fueron convirtiendo en sueños inquietos y más tarde se fue relajando hasta que los sueños dejaron de ser agitados.

Estaba tan cansada que durmió doce horas seguidas, cuando se despertó ya era tarde para desayunar. No importaba, hacía días que no dormía en una cama como aquella y no quiso desaprovechar la ocasión para descansar todo lo que necesitaba. A pesar de que le habían dicho que esperase en el hotel decidió que se daría una vuelta por el centro de la ciudad. Tenía mucha curiosidad como era todo aquello.

Poco a poco se fue sintiendo segura y cómoda en aquel lugar. Era diferente a todo lo que conocía, pero le agradaba. La gente la llamaba cuando pasaba e intentaba venderle cosas que en realidad no le interesaban, pero igualmente ella se acercaba e intentaba hablar, hacía ver que quería comprar para al final marcharse, así se entretenía. Le hablaban en francés y ella respondía en español.

Llegó a las tres de la tarde al hotel y preguntó si podía comer alguna cosa.

Le ofrecieron un sándwich de queso que le supo a gloria. Tenía hambre y no se había dado mucha cuenta de la hora con todo lo que le ofrecía la ciudad y sus mercados.

Cuando acabó, el camarero intentó darle algo de conversación para de paso practicar un poco de español. María le explicó que estaba esperando a alguien y que sabía que venía en avión, pero no sabía cuándo llegaba.

—¿De dónde viene? —le preguntó el camarero.

—Pues no lo sé. Salía desde El Cairo, pero no sé si vuela directo o cómo funciona.

—¿Directo? —rio aquel hombre mientras que María pensó que acababa de decir un disparate— no puede ser. Si viene de El Cairo seguramente hará escala o bien en Túnez o bien en Argel antes de llegar aquí. Los aviones que vienen desde allí tienen relativamente poca autonomía.

—¿Autonomía? —preguntó al no saber a qué se refería.

—Sí. Quiero decir que no pueden volar distancias muy largas sin antes repostar. Se les acaba la gasolina.

—¿Hay muchos vuelos cada día? —preguntó María cuando ya dio por buena la explicación.

—No. En Oran llega uno cada tarde que viene de cada una de esas ciudades. Además, si no me equivoco no se llevan mucho rato. Llegan seguidos. El aeropuerto está abierto el tiempo suficiente para recibir a los pasajeros y después cierra.

—¿A qué hora llegan? —preguntó con curiosidad.

—A eso de las cinco y las cinco y media. Pero no sé cuál es el que llega primero.

—¿Está lejos el Aeropuerto?

—No. Si coge un taxi en diez minutos estará allí. Además, hay una sala donde se puede esperar a la gente que llega. En realidad, no es un aeropuerto es un edificio con una carretera corta donde aterrizan los aviones. El auténtico aeropuerto está previsto que lo construyan, pero aún no se sabe cuándo.

—Muchas gracias —dijo María, se estaba planteando que mañana se iría al aeropuerto a ver si llegaba el avión de Alfredo.

A pesar de que Tina le había recomendado que no se aventurase mucho por la ciudad tampoco le parecía que fuese ir tan lejos llegar hasta donde llegaban los aviones, y más si iba en un taxi.

Por la tarde volvió a salir a pasear por el zoco. Compró ropa occidental y una maleta para llevarla. También estuvo mirando colonias y perfumes que encontró a muy buen precio.

Llegó justo a tiempo de cenar. No había llegado nadie preguntando por ella y nadie había preguntado por Alfredo Estrella. En el restaurante aquel día comió una variedad de platos típicos de la zona y en aquella ocasión disfrutó de la comida aún más que el día anterior. Estaba muy delgada y pensó que a Alfredo no le gustaría, aunque tampoco había tenido mucho tiempo para engordar un poco, pues por mucho que se lo propusiese su naturaleza era estar delgada, pero por intentarlo no perdía nada y ganaba en gustos y sabores.

Otra vez se metió en la cama y durmió hasta tarde. Aquel día sí que tuvo tiempo de desayunar antes de que cerrasen el restaurante. Se propuso volver a salir a andar por la ciudad, pero la verdad es que el centro de Orán tampoco ofrecía una gran variedad de atractivos, o al menos ella no sabía verlos y se le hacía un poco cuesta arriba salir a pasar el día en el Bazar. Quizás en unos días volvería, pero no aquel día.

Preguntó, dónde podía encontrar una peluquería occidental y le indicaron una muy cercana al hotel. Allí pasó toda la mañana. Se tiñó el pelo y se lo cortaron a la moda entre las mujeres europeas de aquellos tiempos. A ella le encantó como le quedaba. Se veía juvenil y le daba una expresión alegre. Hacía tiempo que no disfrutaba de aquellos pequeños placeres, los últimos años la vida en Málaga había sido bastante dura y con pocas ocasiones para arreglarse.

Luego volvió al hotel y decidió meterse en el baño para asearse y prepararse para salir por la tarde. Antes llamó al servicio de habitaciones y pidió si le podían subir un bocadillo de queso como el del día anterior y una jarra de zumo de limón para acompañarlo. Cuando colgó le pareció que se estaba volviendo una persona caprichosa. Tendría que trabajar sobre ese tema.

En pocos minutos llamaban a la puerta. Era el camarero que le traía el pedido. María se lo comió saboreando cada mordisco y dando sorbos a aquella limonada deliciosa, cuando acabó se relajó se puso cómoda y decidió darse una pequeña siesta.

Se despertó con tiempo suficiente para arreglarse con esmero y con su mejor aspecto dirigirse al aeropuerto.

Alfredo sobrevolaba las montañas de lo que suponía que era el Atlas entre Túnez y Orán. Aquel vuelo no hacía parada en Argel porque había tenido la suerte de viajar en un vuelo de una compañía americana que había hecho promoción de sus aparatos entre los británicos y alquilaba su avión para realizar aquella ruta como prueba. Se trataba de un DC3 con cabida para unas veinte personas.

Estaba impaciente por llegar. Había pasado los últimos veinte años de su vida esperando aquel momento. Bien, aquello no era exacto. Durante unos cuantos de aquellos años no sabía que esperaba porque había perdido la memoria.

En Túnez, antes de despedirse de Nuria y de despegar se había arreglado para estar presentable cuando se encontrase con María. Tenía miedo que le pareciese que se había vuelto un viejo mientras que ella se mantenía joven en su memoria.

Durante el vuelo estuvo sentado al lado de un comerciante valenciano que volvía a España para intentar llevarse lo que quedaba de su antiguo hogar a Túnez, donde ya estaba el resto de su familia. Preveía un mal final a la guerra y había decidido poner tierra de por medio. No había ido hacia Europa a instalarse porque preveía que aún sería peor a corto plazo ya que estaba seguro que Alemania se acabaría enfrentando con buena parte de sus vecinos y posiblemente todo aquello podía llevar a la destrucción del viejo continente, aún se acordaba bien de cuando después de la primera guerra mundial había viajado por aquellos países para intentar vender sus productos.

Aquel hombre puso al día a Alfredo de todo lo que había pasado en los últimos días en España. La caída de Málaga, la matanza de los fugitivos, la matanza en el puerto de Almería y todos los desastres que se estaban sucediendo cada día.

Alfredo pensó que tenían aún que decidir qué futuro querían compartir María y él y si su lugar estaba en España o bien en algún otro sitio. Se dio cuenta de que no había pensado en ello. La verdad es que durante los últimos años no le había hecho mucha falta pensar para sobrevivir y desde que escapó de la Unión Soviética también había estado dirigido.

Ahora él dirigía su propia vida. Esperaba saber qué hacer con ella. Con tanto nerviosismo y cansancio acumulado y dado que aún quedaba un rato para llegar decidió dar una cabezada. Se durmió pensando en que nada más llegar a Oran buscaría el hotel que Nuria le había dicho. Debía ser fácil de

encontrar. La ciudad tampoco era tan grande. Se quedó medio dormido y cuando abrió los ojos vio que el avión ya descendía y estaba acercándose a la ciudad. Desde el aire pudo ver perfectamente la costa y las casas.

A Alfredo le entró el pánico. ¿Y si no había ido?, ¿y si quedaba decepcionada cuando lo viese? Tenía más miedos de los que había tenido en situaciones en que su integridad física había corrido verdadero peligro. Se acercaba el momento de la verdad.

El avión finalmente tomó tierra justo al lado de otro que llegaba de Argel y que acababa de aterrizar también. En el otro solo viajaban una decena de personas.

Los esperaban los gendarmes al pie del avión. Dos gendarmes para cada uno de los vuelos y los llevaron andando hacia la terminal. El proceso fue lento revisaban el pasaporte y el equipaje. Persona a persona abrían las maletas y miraban lo que llevaban, luego en muchas ocasiones discutían, pero al final fueron pasando los pasajeros uno a uno.

Alfredo se fue quedando atrás, y cuando fue a sacar el pasaporte se dio cuenta que no lo encontraba. Se puso nervioso y empezó a buscar desesperadamente.

Sabía las pasadas que le jugaba el destino a él y empezó a pensar que algo pasaría en aquel momento que no le dejase entrar en la ciudad. Un gendarme que no hacía nada se le acercó y le preguntó que le pasaba. Alfredo le explicó cómo pudo que no encontraba el pasaporte. El gendarme le preguntó por la última vez que lo había visto.

—Fue al embarcar en Túnez.

—Está bien señor, espere aquí —y lo llevó a una sala.

Alfredo estaba muy nervioso y mientras esperaba se le pasaron mil calamidades por la cabeza. Al final lo estropearía todo y no podría entrar en el país se iba repitiendo todo el tiempo. ¿Qué haría?

Mientras tanto la gente iba pasando el control de pasaportes y el de equipajes y entraban en una especie de edificio con una única sala donde se encontraban con la gente que les había venido a buscar.

Había una mujer de aspecto occidental. Estaba sola. Ella esperaba a alguien, pero parecía que no había tenido suerte. Cuando vio que no había más movimiento en la zona de la aduana pensó que ya habían pasado todos los pasajeros y empezó a caminar hacia la salida.

Tenía que ver cómo volvía al hotel.

Alfredo consiguió pasar los controles cuando ya todo el mundo se había ido. Fue muy rápido al no haber nadie más. Le dio varias veces las gracias al

gendarme que le había ayudado y entró en la sala precipitadamente.

Se dirigía con paso un poco acelerado hacia la salida. No había puerta y era una gran abertura por donde pasaba todo el mundo. De pronto algo llamó su atención. Aquella mujer. Estaba de espaldas a él, caminaba delante de él, pero le era muy familiar. Sin saber por qué, aceleró el paso y cuando estuvo a su altura llamó con la voz temblando:

—María.

Ella se giró con el corazón palpitando a más del doble de lo normal. Le temblaban las piernas. Al girarse lo vio ante ella. Era Alfredo, el de siempre.

Más mayor, pero con más cosas vividas. A Alfredo le pareció que tenía ante sus ojos la persona más maravillosa del planeta. Se observaban mutuamente como si no se lo pudiesen creer. Finalmente lo habían conseguido. Tenían delante de ellos la recompensa a tantos años de soledad y de espera.

Intentaban memorizarse. No dijeron nada. Se unieron en un abrazo sin palabras. Un abrazo en el que sus corazones se comunicaban todo lo ocurrido durante aquellos años. Aquel abrazo también era una manera de retenerse mutuamente y evitar que se volviesen a separar. En definitiva, aquel abrazo era la unión de dos almas.

Los gendarmes que estaban cerrando la instalación una vez que todos los pasajeros habían pasado el control, los miraban sorprendidos. Aquella pareja debía haber sufrido mucho, pensaban.

Al final les aplaudieron y les gritaron algunos bravos. Alfredo y María dieron las gracias desde lejos y abandonaron el hangar camino de una nueva vida.

El nieto y el abuelo subían por el Paseo Fabra y Puig poco a poco, sin prisas, el niño que era muy preguntón y estabaimpaciente por saber más cosas, le interrumpió.

—¿Estuvieron abrazados mucho rato?

—Hombre, un ratito porque hacía mucho tiempo que no se veían.

—Y la gente ¿no les decía nada?

—No te acuerdas que te he explicado que Alfredo fue el último en salir y que ya se habían ido todos.

—Ah sí, es verdad.

—¿Y qué pasó después?

—Ya sabes que durante mucho tiempo nadie supo nada más de María y mucho menos de Alfredo. Para su familia fue como si se los hubiese tragado

la tierra. Además, en aquella época hubo mucha gente que desapareció así que tampoco era tan raro.

—¿Y la gente que desaparecía se volvía invisible?

—No hombre, que desaparecen quiere decir que nadie sabe dónde está porque está en otro sitio, no que se vuelven in visibles.

—Sí, pero en la tele Embrujada desaparece y es que se vuelve invisible.

—Sí, pero eso es magia —aclaró el abuelo con paciencia.

—No lo entiendo muy bien.

—Bueno, tampoco es importante para la historia.

—Es verdad a vi, ¿por qué no me sigues explicando? Cuando nos demos cuenta ya estaremos en casa y ya no hablaremos de las a venturas.

—Síes que me distraes con tanta pregunta.

—Bueno, me estaré callado. Así —decía el niño apretando los labios.

—No hace falta que hagas fuerza —le decía el abuelo riendo.

—Bueno pues así —decía el niño apretando con menos fuerza los labios.

—Eso está mejor.

El abuelo intentó poner en orden los recuerdos y pensar cómo había ocurrido exactamente a pesar que a menudo repetía la misma historia.

Explicó que durante muchos años, tantos como unos treinta no supieron nada de nada y pensaron que María había muerto. También pensaron que Alfredo al no encontrarles en Málaga, si es que había ido, no los había buscado ya que quizás pensase que María había rehecho su vida en otro lugar y con otra persona.

Un buen día, Margarita, la hija de Juan que ya había pasado ampliamente los cuarenta envió un sobre bastante gordo a casa. El niño se acordaba vagamente de todo aquello. Bien, en realidad no estaba seguro de si se acordaba o de si alguien se lo había explicado.

El caso es que en el sobre había una explicación de Margarita que le decía a su tío que habían recibido en la antigua herrería aquel sobre dirigido a él. Por el apellido pudieron deducir en correos que debía ser para su familia y se lo llevaron a ella que por aquel entonces tenía un estanco en Guadalvalle.

Ella, que no sabía exactamente la dirección se fue a casa de Lucía, la hermana de Carmen, que si sabía que ella sí que conocía la dirección y se la dio.

Dentro iba otro sobre, también bastante grande y lleno de papeles que iba dirigido a José, así que se lo enviaba. No le había parecido correcto abrirlo y le agradecía que si había alguna información importante para la familia se lo hiciese saber ya que ella estaba cuidando a la tía Ana, ya viuda, en su casa y

no quería que se llevase sobresaltos innecesariamente y a continuación se despedía cariñosamente.

Al abuelo le temblaban las manos mientras miraba el sobre que tenía delante de él y que le daba hasta un poco de miedo abrir.

Aquel día lo dejó en su mesita de noche y durante todo el día no le hizo mucho caso, intentaba aclararse y saber si lo quería leer o no. No tenía ni idea de qué podía haber dentro, pero él había roto hacía muchos años con Guadalvalle y con aquellos tiempos. Había sido tan difícil cerrar toda aquella historia que no estaba seguro de que debiese volver a abrir la tapa. Total, ¿para qué?

De todas formas, no se decidió a tirarlo, aunque lo pensó en más de una ocasión y lo mantuvo sin abrir durante casi toda una semana. Al final, él mismo se dio cuenta de que aquello era totalmente ridículo y que tenía que abrir el sobre, leerlo y ver lo que había dentro. Aquel sábado por la tarde de principios de otoño se encerró en el cuarto para que nadie le molestase y finalmente abrió el sobre. Al abrirlo, encontró una carta que ocupaba bastantes hojas. Era una carta escrita con letra clara y grande que resultaba fácil de leer. Del sobre salieron siete u ocho fotos. Luego las miraría. Empezó a leer la carta.

Valle de la Estrella. 12 de diciembre de 1969

En primer lugar, me dirijo a usted, no sin antes presentarle mis respetos y para comunicarle una serie de informaciones que pueden ser de su interés. Quiero hablarle de la que fue su hermana María, que también fue mi mamá. Por cierto, que aún recuerdo cuando mi mamá nos explicaba que en España eso de «mi mamá» suena extraño, pero aquí es la manera cariñosa que tenemos de referimos a nuestros padres. Permítame pues que la utilice. Veo que ya me estoy complicando, así que mejor explico todo paso a paso.

Mi mamá huyó de España en 1937 y fue de los afortunados que llegaron a Almería y a su vez también pudo escapar de allí. Se fue a la ciudad de Orán en lo que hoy en día es Argelia pero que entonces era Francia. Mi papá, Alfred,

atravesó medio mundo, aunque él a veces bromeaba diciendo que en realidad era más de medio, para encontrarse con ella allí. Finalmente se encontraron y ya nunca más se separaron. Pasaron unos días en Orán poniéndose al corriente de lo que les había pasado durante los veinte años que habían estado separados. Sobre todo mi papá tenía muchas aventuras que explicar. Había suficientes como para escribir un libro, aunque a mi mamá también le habían pasado muchas cosas.

Muchos días para irnos a dormir nos explicaba cómo había sido su infancia en Málaga y como eran ustedes de pequeños y que pasó después. Hablaba mucho de todos y yo creo que un poco sí que les añoraba. Siempre se le quedaba en la cara una sonrisa triste. Intentó escribirles en más de una ocasión, pero siempre llegaron devueltas las cartas así que al final pensó en dejar pasar un tiempo para ver si todo se calmaba en España pero que yo sepa nunca más volvió a escribir.

Volviendo a mi relato, cuando se cansaron de estar en Orán se fueron a la ciudad de Casablanca donde encontraron, tal y como les habían dicho que había, una importante cantidad de dinero en dólares en una cuenta a nombre de los dos. A que líos días los pasaron también por la ciudad y recorriendo Marruecos. Cuando ya había

pasado casi un año decidieron que tenían que organizar su futuro.

Mi papá que aquellos di as se llamaba Alfredo Estrella, decidió que quería conservar la nacionalidad española pero que prefería volverse a llamar como se llamaba en el origen Alfred Stern. ya que no había razón para tener otro nombre porque al final no era un fugitivo en Alemania, aunque como judío era aún peor considerado que un prisionero. A sí que hizo todos los trámites que le pidieron.

Cuando todo estuvo listo y antes de irse de Marruecos, se casaron civilmente.

Aquellos días en España lo estaban pasando muy mal porque aún estaban en plena guerra.

Contentos y felices como no lo habían estado antes se decidieron a coger un barco y se fueron a América. En principio no tenían un rumbo fijo y el barco les llevó hasta Caracas, donde estuvieron un par de meses. A mi mamá no le gustó la ciudad y mi papá también pensaba que no era lo que estaba buscando. Un buen día oye ron hablar de Costa Rica y ni cortos ni perezosos cogieron todas sus cosas y se embarcaron rumbo a mi país. Aquí llegaron a finales del año 1939. Los dos quedaron encantados ya que para ellos era una especie de paraíso tropical, con selvas, volcanes y demás maravillas. En realidad, aquí se vive muy bien. Mis papás habían gastado muy poca plata así que aún tenían casi todo el dinero que habían traído desde Marruecos. Decidieron no instalarse en San José, la capital y que era el lugar habitual donde se instalaban los

europeos que llegaban. Recorrieron el país de punta a punta (debo decirle que no es muy grande) y al final se instalaron en el Valle de la Estrella, al ladito de la ciudad de Limón, en el Caribe.

A quilos paisajes son impresionantes y en el valle el clima es muy bueno.

Alfred, mi papá, decidió dedicarse a la comercialización de los productos agrícolas de la zona (bananas, tabaco y cacao básicamente) y los exportaba a otros ligares.

Sobre todo, a Estados Unidos y a Canadá. Créame que le fue muy bien y que se le veía bastante feliz.

Mi mamá pudo hacerlo que le gustaba sin ningún tipo de restricción. Montó una especie de residencia para niños abandonados. Allí llegaban los niños que habían quedado huérfanos en la provincia y que no tenían nadie que les atendiese.

Mi mamá con ayuda de señoritas y maestras que le echaban una mano, dedicaba el tiempo a cuidamos y enseñamos. La residencia estaba al lado de la casa que ellos tenían en el valle. Era un ligar precioso. Le envió alguna foto para que lo pueda ver.

El centro funcionaba muy bien y mi mamá era excelente con los niños. Tanto era así que al final decidió adoptarme legalmente, a mí y a mis hermanos. En aquel entonces, le hablo de 1941, yo tenía ya doce años y mi hermano Raúl tenía seis y mi hermanita Palmira tenía cuatro. Nosotros habíamos quedado huérfanos hacía dos años en unas inundaciones muy graves que hubieron en

nuestro pueblo y como casi toda nuestra familia había muerto nadie pudo hacerse cargo de nosotros. Por eso nos habían enviado a la residencia. Cuando mi mamá y mi papá decidieron que éramos sus hijos nos fuimos a vivir a la casa grande y mi mamá seguía trabajando en la residencia, aunque ya no iba tanto y dejaba en manos de muy buenas cuidadoras y maestras el ligar. De todas formas, ella siempre controlaba que todo estuviese en orden. Dedicó casi todo su tiempo a cuidar de mi papá y de nosotros tres.

Ahora que han pasado tantos años, lo recuerdo como una infancia adorable.

Es curioso como lo que a veces se estropea en el inicio se puede mejorar con cariño y paciencia.

Mi papá tenía mano con el negocio y la verdad es que nunca nos faltó dinero.

Desde luego que vivir holgadamente ayuda a que la vida sea mejor. Mi papá decía que nuestra familia era como cinco barcos a la deriva que se habían encontrado y que ahora navegaban juntos para siempre.

Yo quería mucho a mi papá. Una vez hicieron un viaje a Australia. Fue cuando mi papá cumplió sesenta años. Siempre decía que había estado en cuatro de los cinco continentes así que decidimos que antes de que fuese muy mayor tenía que visitar el que le faltaba.

Embarcamos a los dos en un trasatlántico que les tuvo tres meses de viaje. Él no sabía nada y todo lo planeamos mi mamá y nosotros. No sé si se puede imaginarla cara de mi papá cuando lo metimos en el barco y le dijimos a

dónde iba. No se lo creía, el pobre intentaba no llorar de la emoción.

Nosotros nos fuimos haciendo mayores y mis papás insistieron mucho en que estudiásemos para que tuviésemos una vida más fácil de la que habían tenido ellos.

Yo decidí estudiar Biología en la Universidad de Costa Rica, en San José, así que cuando cumplí dieciocho años me tuve que ir a la capital a unos cien kilómetros.

Después encontré un trabajo en la propia Universidad y hoy en día estoy de profesora en el departamento de botánica. Mi mamá y mi papá estaban muy orgullosos.

Raúl se fue mucho más lejos. Primero estudió ingeniería en Costa Rica y luego se fue a Estados Unidos. Allí se casó y ahora nos vemos solo por Navidad, aunque nos escribimos muy a menudo. Vive en una ciudad que se llama Houston.

Mi hermanita Palmira. no quiso estudiar una carrera, pero decidió seguir con la residencia que había empezado mi mamá y hoy en día es ella la que la está gestionando.

La razón por la que le escribo es porque mi mamá siempre pensó que debía contactar con Ustedes y explicarles que estaba viva y que estaba bien, pero estaba tan concentrada en vivir su propia vida que al final nunca lo hizo.

Mi papá murió repentinamente hace seis meses. Le dio un infarto. No hubo tiempo para nada y él ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta de que se estaba muriendo. Tenía ochenta años. Era muy viejito, pero seguía como si

tuviese veinte años menos. ¿Puede imaginarse cómo le añoro? Aún me parece que va a aparecer por la casa en cualquier momento. Estaban en San José, y afortunadamente pude estar con mi mamá en aquellos momentos y no la dejé sola ni un segundo.

Mi mamá que también tenía casi ochenta años se quedó muy triste y pasaba los días en mi apartamento con mis hijos que intentaban animarla todo lo que podían, pero estaba claro que aquel era uno de aquellos casos en que cuando se muere uno de los dos de la pareja, el otro se muere rápido. Mi mamá murió el mes pasado. Solo se llevaron cinco meses. Sencillamente una mañana no se despertó.

Imagino que tanto habían querido estar juntos durante tantos años que no quiso resistirse a estar sin él y decidió seguirle al otro mundo. Perdóneme que me ponga tan sensible pero es que aún es muy reciente y no puedo evitar escribir estas líneas sin que me caigan lágrimas.

Debo decirle que fueron muy

felices. Que todo lo que la vida les vetó todos aquellos años luego se lo devolvió incrementado en los años siguientes. Nunca estuvieron solos y siempre estuvimos nosotros a su alrededor. Estaban acompañados por su nueva familia. Tuvieron los dos una muy buena segunda parte de vida.

Los últimos meses y una vez que mi papaya se había ido, mi mamá hablaba mucho de ustedes. Sobre todo, hablaba mucho de su hermano Juan y de cómo le había ayudado cuando mi papá se fue. También hablaba mucho

de su mamá con la que estuvo toda la vida. Me decía que a usted y a sus hermanas les quería mucho y que era la única cosa que añoraba de su vida anterior.

Por eso he pensado que debía escribirle y explicarle todo lo que le he explicado en esta carta tan larga, pero es que es muy difícil resumir treinta años de vida en un espacio pequeño.

Estoy segura de que me olvido de explicar muchas cosas y de hablar de muchos momentos que sin duda fueron especiales para todos nosotros. Le envío varias fotos donde podrá acabar de completaren imágenes todo lo que le he contado.

En una verá nuestra casa en mitad del valle. Parece que estamos muy alejados de todo, pero no se lo crea. En nada llegamos al puerto de Limón y a la playa. Eso hace que el ligar aún sea mejor. Esa foto la he marcado por detrás con el número uno.

La que tiene el número dos es una foto de familia. Es una copia, ya que todos en casa tenemos otra para recordamos quienes somos. Se me ve a mí con quince años y a mis hermanos. Los tres sentados en las rodillas de mi papá y de mi mamá.

¿Se da cuenta de la cara de felices que tenemos todos?, nos estábamos muriendo de la risa cuando nos hicieron la foto.

Las fotos tres y cuatro son de la graduación de mi hermano y de la mía. Se notan como los años van pasando. Se habrá dado cuenta que nosotros somos un poquito de mezcla de todas las razas que han pasado por

Costa Rica. Mi papá decía que éramos como un vaso de leche al que le habían puesto unas gotas de chocolate y además azúcar y canela y que por eso éramos tan dulces. En realidad, como se imaginará se refería a la mezcla racial caribeña que tenemos por estas tierras.

La foto que lleva el número cinco la tomaron mis papás durante el crucero que hicieron hasta Australia. Aún se les ve jóvenes, nunca parecieron la edad que tenían, y felices. A nosotros no nos dejaron ir. Dijeron que era un regalo solo para ellos dos.

La foto seis es de mi mamá y mi papá con mis hijos. El niño se llama Juan, como su hermano y la niña se llama Nuria como la señora que organizó el rescate de mi papá cuando estaba en Rusia.

Bueno, las otras dos fotos que le envió son de mi mamá cuando llevaba pocos años aquí y se las envío porque sencillamente está muy linda y se le ve muy bien.

Creo que eso era todo lo que quería explicarle. Reciba mi más cariñoso beso y sepa que al igual que mi mamá siempre les llevó en su corazón, están siempre en nuestras oraciones. Nunca les olvidamos.

Que Dios les bendiga.

Delia María Stem Marti



ANTONIO MORA DÍAZ, Barcelona 1962.Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona. Estoy casado y tengo dos hijas.Desde hace casi diez años trabajo como consultor para empresas. Anteriormente había trabajado en varias empresas que no tenían nada que ver entre ellas (un hotel de cinco estrellas, un banco que acabó intervenido o un laboratorio internacional) hasta que me decidí a empezar mi aventura empresarial. A parte de castellano y catalán, hablo inglés y me expreso correctamente en francés. La escritura empezó siendo un *hobby* para mí pero poco a poco ha ido tomando peso entre las actividades en las que me gusta perderme durante horas. Leo casi incansablemente todo lo que cae en mis manos y cuando me puedo separar de los libros procuro hacer algo de ejercicio, ir al cine y sobre todo viajar (siempre que puedo) con cualquier excusa. No importa dónde. Tengo dos obras autopublicadas anteriores: *Esperare* (Marzo de 2015) y *Futuro Perfecto* (Octubre de 2.016). También colaboré en una obra colectiva: *Bestiari* (en catalán, Abril 2017) gracias a la cual tuve ocasión de entrar en contacto con escritores de novela fantástica. Creo que con trabajo, investigando y practicando he conseguido ir mejorando algo en mis habilidades como escritor.